



Joseph Ephiplane Darras

Historia de Nuestro Señor Jesucristo Exposición de los Santos Evangelios

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Joseph Ephiplane Darras

Historia de Nuestro Señor Jesucristo Exposición de los Santos Evangelios

Advertencia del traductor

La Historia de Nuestro Señor Jesucristo, escrita por el sabio canónigo M. Darras, es acaso la más importante de cuantas se han publicado en el presente siglo, satisfaciendo una de las necesidades más imperiosas de nuestra época.

Después de los estudios y esfuerzos hechos, para desnaturalizar y falsificar completamente la vida de Nuestro Señor Jesucristo, por las funestas escuelas naturalista y mítica de los Paulus y de los Strauss, y por la no menos fatal escuela crítica de Tubinga y sus sectarios Baur, Reus, Reville, Scherer, d'Eichthal y tantos otros corifeos de las nuevas doctrinas, y especialmente, después de la última manifestación del racionalismo, efectuada por M. Renan en su libro que lleva por título: Vida de Jesús, era absolutamente necesario escribir una obra en que se consignara y expusiera clara y completamente los hechos evangélicos que constituyen la verdadera Historia de nuestro divino Redentor, bajo el aspecto crítico, apologético y filosófico, conciliando los textos con la exégesis, y desarrollando y exponiendo el dogma y la moral cristianas en todo su esplendor y pureza, y en sus aplicaciones a la esfera social y política, al paso que se refutara y destruyese radicalmente en esta obra, cuantos errores, objeciones, sofismas y calumnias han opuesto en contrario los nuevos incrédulos.

Gran parte de escritores católicos han tratado de atender a este objeto en los últimos años, y especialmente desde la publicación de la nueva obra de M. Renan, saliendo, con sus luminosos escritos, al encuentro de aquellas funestas doctrinas. Unos, como el abate Freppel, Augusto Nicolás, monseñor Plantier y el padre Delaporte juzgaron más breve y expedito limitarse a escribir refutaciones más o menos extensas de las doctrinas de, M. Renan. Otros, como M. Walon y M. Parisis, creyeron más conveniente restablecer, según los Evangelios, los hechos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo alterados por el nuevo sofista. Mas no permitiendo, tal vez, a estos escritores su ardiente ansiedad por ofrecer al público el oportuno correctivo lo más pronto posible, tomarse todo el tiempo necesario para adquirir, examinar y meditar con toda detención y sosiego los datos y documentos que requería una obra profunda y completa de historia y de polémica a un tiempo mismo sobre tan importante asunto, y proponiéndose particularmente rebatir los errores que contenía la de M. Renan, hubo de notarse en sus escritos algunos vacíos y omisiones de importancia y aun faltas de erudición y de datos notables.

La presente Historia del abate Darras carece de estos defectos, al paso que llena cumplidamente los dos fines que llevamos referidos. Y en verdad, consagrado su ilustre

autor por espacio de largos años a escribir su grande Historia general de la Iglesia, de que forma parte la presente, había reunido, por medio de exquisitas investigaciones, la multitud de datos y documentos necesarios para una obra de tan grande aliento; había estudiado, con toda tranquilidad y tiempo, los expositores de los libros sagrados y las obras de las más célebres filósofos del mundo católico; interrogado los monumentos antiguos descubiertos últimamente por la ciencia que atestiguan a maravilla la veracidad histórica de los textos evangélicos, y examinando las objeciones de la incredulidad moderna para rebatirlas y pulverizarlas completamente.

Tales eran las felices disposiciones y las ventajosas circunstancias en que se hallaba M. Darras al aparecer la nueva obra de M. Renan sobre la Vida de Jesús. Aprovechando, pues, nuestro ilustre escritor los grandes elementos científicos que ya poseía, y redoblando nuevamente sus estudios y esfuerzos, le ha sido posible escribir una Historia de Nuestro Señor Jesucristo, notabilísima por más de un concepto. Suma exactitud en la exposición y concordancia de los cuatro Evangelios; gran saber y acierto en la explicación del significado y trascendencia de los hechos a que se refiere; profundas y eruditas investigaciones filológicas de las raíces hebreas y griegas y de las variantes de sus versiones a las lenguas orientales o a la Vulgata latina, para inducir aclaraciones y explicaciones luminosísimas de pasajes y textos de grande importancia; sumo conocimiento de los sucesos históricos y de las instituciones y costumbres contemporáneas; un intenso estudio de la patología griega y latina, no menos que de la literatura rabínica; solidez y fuerza de lógica y de raciocinio y suma energía en la poderosa dialéctica de que se vale para rebatir los argumentos de los nuevos racionalistas; grande elevación de miras y un estilo nervioso al par que elegante: tales son las principales y sobresalientes dotes que dominan en toda esta obra.

El mundo católico ha acogido, pues, con general entusiasmo tan notable trabajo, no habiendo vacilado en tributarle los mayores elogios aun los mismos escritores que han dado a luz obras análogas. Así, M. Veuillot ha reconocido en la última edición de su Vida de Jesucristo, «hallarse en la bella y completa historia de Nuestro Señor Jesucristo, que M. Darras publica en este momento, excelentes respuestas a todas las objeciones antiguas renovadas en el día» y el señor obispo de Quimper ha demostrado su entusiasmo por esta historia en una carta dirigida a su editor francés, que va impresa a continuación de esta advertencia.

Habiéndose publicado en la Europa sabia simultáneamente a esta obra, estudios y trabajos parciales importantísimos sobre los hechos que constituyen la Historia de Nuestro Señor Jesucristo y contra las doctrinas de los nuevos incrédulos, hubiéramos creído incurrir en una negligencia culpable, sino hubiésemos enriquecido la obra de M. Darras, por medio de notas e ilustraciones, con los preciosos tesoros de erudición y ciencia que aquellos nos ofrecían, y en especial los notabilísimos de Riggenbach y Luthard, publicados en Alemania, de Ghiringhella y de Cavedoni, dados a luz en Italia, y del padre Gratry, M. Wallon y el padre Félix, y tantos otros insignes escritores católicos de la vecina Francia.

Finalmente, en cuanto a la traducción de los textos sagrados, teniendo en cuenta el gran respeto que les son debidos, hemos adoptado, concordándolas, las sabias versiones, autorizadas por la potestad eclesiástica, de los padres Scio, Amat y Petit.

Advertencia del editor francés
He recibido la carta siguiente

Quimper etc.

«Muy señor mío:

»El abate Darras ha tenido la complacencia de comunicarme las pruebas de su cuarto volumen de la Historia general de la Iglesia, que contiene la Vida de Nuestro Señor Jesucristo.

»Después de haber leído con un vivo interés este importante y extenso trabajo, ha sido mi primer idea empeñar a su autor a formar con él una obra dispuesta de modo que pueda darse al público por separado: bien entendido que esto había de ser sin lastimar en lo más mínimo los derechos de V., y solamente después de haber aparecido esta obra en su forma de cuarto volumen de aquella publicación.

»M. Darras me ha contestado como yo esperaba, que esto dependía de V. únicamente. Así, pues, me dirijo a V. y creo conocerle sobrado tiempo para dudar de su asentimiento.

»No le detengan a V. los gastos de una segunda edición, pues debe V. considerar únicamente que responde a las necesidades del día, y que será útil a muchas personas a quienes por falta de tiempo y de recursos no les es posible leer esta obra, ni comprar la grande Historia de M. Darras. Puede V. estar seguro de que no quedará esta edición en sus almacenes. Deberá formar dos volúmenes al alcance de todo el mundo y que serán sumamente solicitados, porque se hallan en ella, desde la primera página hasta la última, las cualidades requeridas para una lectura de erudición, de piedad y hasta de recreo. En ella se presentan los hechos evangélicos con las mismas palabras del texto sagrado; difundiendo tan brillante luz las explicaciones de los Padres de la Iglesia, las noticias tomadas de los autores profanos, y el profundo conocimiento de los acontecimientos históricos, que con una sola expresión y una sola palabra se ve brillar, no solamente la autenticidad de la narración divina, sino también las pruebas más claras y palpables.

»Reciba V. anticipadamente mis felicitaciones, aceptando los afectuosos sentimientos con los cuales, etc.,

Renato, Obispo de Quimper»

Los consejos del ilustre y venerable prelado Monseñor de Quimper serán siempre órdenes para mí, pues no tengo otro deseo más íntimo que contribuir en cierto modo a la defensa de la verdad.

Así, pues, he hecho reimprimir por separado en dos volúmenes las partes de la Historia eclesiástica, que contienen la Vida de Nuestro Señor Jesucristo.

He deseado hacer más aún: a fin de que todo el mundo pueda procurarse un libro, cuya utilidad nos señala una autoridad tan respetable, he fijado un precio reducido a cada volumen de esta obra, esperando que el público cristiano comprenderá los motivos que me han inducido a ello, y que tratará por iguales razones de dar a conocer y propagar la verdadera Historia de Nuestro Señor Jesucristo, historia que no deja sin contestación ninguna de las objeciones formuladas por el autor de la Vida de Jesús.

L. Vives

Introducción

El mundo antes de Jesucristo

Dos nombres resumen todo el movimiento del pensamiento y de las civilizaciones greco-paganas; Atenas y Roma. Bajo el punto de vista geográfico, realizó la primera de estas capitales intelectuales, la universalidad de la dominación, en tiempo de Alejandro; la segunda, en tiempo de Augusto. Vencida Atenas como poder, fue absorbida en la vasta unidad romana; pero triunfó la idea griega de los vencedores de Atenas, de suerte que reinaron en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas, en dos idiomas diferentes, la misma teología, el mismo culto, la misma filosofía y las mismas doctrinas. El siglo de Augusto no fue más que una reducción del de Pericles. La musa de Teócrito y de Eurípides hablaba el latín de Virgilio y de Séneca el trágico; Horacio no valía lo que Píndaro, y Cicerón intentando trasladar al Foro la elocuencia de Demóstenes, no pudo conservar el varonil vigor de su modelo. Tal cual es no obstante, el brillo literario del siglo de Augusto, ha deslumbrado por largo tiempo las miradas mas firmes, y ha conseguido alucinar generalmente, cubriendo lo ignominioso del fondo con la riqueza de la forma. Aun en el día es muy común elogiar hasta lo sumo la grandeza moral, la poderosa civilización, las instituciones, las costumbres y las leyes de lo que el énfasis clásico llama por excelencia: la Antigüedad. Pero si realizó el mundo pagano el ideal de la perfección humana, ¿qué venía a hacer aquí el Cristo Redentor, el Verbo «cuya luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo» ¿Dónde estaban «los pueblos sentados en las tinieblas, en la región de las sombras de la muerte,» a quienes debía iluminar el esplendor de la Encarnación divina, según el oráculo de Isaías? ¿Si merece todos los elogios que se le han tributado con sobrada liberalidad la antigüedad greco-romana; son unos impostores los profetas; la expectación de los pueblos fue un alucinamiento, el Mesías una superfluidad, y una barbarie el Evangelio! La cuestión merece la pena de examinarse. Busquemos, pues, bajo las flores de la poesía, bajo el ritmo de la prosa, al par que bajo las guirnaldas y los dorados de los templos paganos; toquemos tras de la máscara la realidad; penetremos estos misterios infames y separemos toda clase de velos, en cuanto lo permite el pudor cristiano. Conviene sondear las llagas que venía a curar el Salvador, llagas sangrientas que no pudo cicatrizar el óleo de la sabiduría antigua, que no pudo cerrar el bálsamo de las literaturas paganas, que no consiguieron más que hacer revivir todos las mitologías del politeísmo.

La teología greco-romana provino directamente de Sodoma, puesto que procede de la ausencia de Dios, para ir a terminar en la corrupción más horrible que existió nunca. La ausencia de Dios, en las sociedades paganas, admirará tal vez a algunos entendimientos superficiales que han retenido, sin comprenderlo, un dicho célebre de Bossuet, que caracteriza perfectamente al politeísmo. «Todo era Dios, excepto Dios mismo» ha dicho el gran obispo de Meaux. Y en efecto, Júpiter, el parricida, el raptor de Ganimedes, el seductor de Leda, el infiel esposo de Juno, poblando el cielo con sus disoluciones y la tierra con sus víctimas, Júpiter era Dios. Siendo partícipe de su trono eterno, Juno, su compañera, no pudo hallar la felicidad en este enlace divino. Así es que se indemnizaba, por medio de su orgullo, de los ultrajes inferidos a su belleza, y hallaba el secreto de dar a Júpiter un hijo, cuyo padre ha quedado desconocido, vengando el nacimiento de Marte al de Minerva y siendo todo esto dioses. Tal era el tipo divinizado de la familia que las teogonías de Homero y Hesiodo colocaban en la cumbre del Olimpo y proponían a la adoración del género humano. Todo el sistema de la mitología griega y romana se refiere a este interior doméstico ideal. Minos, Eaco y Radamanto, jueces de los infiernos, eran fruto de una unión sin nombre en nuestras lenguas modernas. Su madre era Europa, su padre un toro, metamorfosis bestial de Júpiter. Apolo y Diana, divinidades de segundo orden, procedían de un adulterio del padre de los Dioses con Latona; Mercurio, el ladrón celestial, era hijo de Maya; Baco, la embriaguez deificada, tenía por madre a Semele; Alcmena daba a luz a Hércules, la fuerza erigida en divinidad. Pero Júpiter era el padre y de toda esta infame generación, en medio de la cual se ostentaba la impudicia, adorada con el nombre de Venus. He aquí las divinas imágenes que poblaban con sus estatuas, con sus templos y enseñanzas, el mundo griego y romano. «Nadie las tomaba por lo serio, dice Varron; considerábaselas como fuerzas diferentes de la naturaleza. Solo el mundo era Dios». En otras palabras, Dios había desaparecido del mundo.

Pero ¿es cierto, como dice Varron, que «nadie tomó por lo serio estas teogonías» en las que llega la falta de pudor al último límite de la demencia? Diez siglos de degradación moral van a contestarnos. Los misterios de Eleusis, de Baco y de la gran Diosa, resumían para los iniciados toda la sublimidad de las enseñanzas teológicas. ¿Qué eran estos misterios? Traslado aquí las palabras de San Agustín para cubrir con la autoridad de este ilustre doctor revelaciones de tal naturaleza. He aquí como se explica: «Me ruboriza tener que hablar de los misterios de Baco; pero es preciso para confundir tan arrogante estupidez.» «Entre los numerosos ritos que me veo obligado a omitir, nos dice Varron que se celebraban las fiestas de Baco con tal cinismo, que se presentaba en honor suyo, para que la adorase la asamblea, una figura inmunda. Este culto, desdeñando el pudor del secreto, ostentaba a la luz del sol el triunfo de la infamia. La horrible representación era paseada en una carroza, recorría los alrededores de Roma, y entraba en la ciudad en medio de una muchedumbre ebria de vino y de disolución. A estas fiestas se consagraba todo un mes, hasta que había atravesado el Foro el ídolo monstruoso para entrar en su santuario. Anteriormente era preciso que lo coronara en público con sus propias manos la madre de familia más honrada.» He aquí cómo se consideraban seriamente las divinidades del Olimpo. El mundo entero se modeló sobre la imagen del cielo pagano, siendo la tierra un vasto teatro de infamias. Por más que ahora cubran los poetas con flores estas inmundicias de la teología politeísta, jamás conseguirán disfrazarlas. ¿Qué digo? Lejos de tratar de disimularlas, las enseñan ex profeso todos los literatos griegos y romanos. No siempre ha

celebrado la lira de Virgilio las praderas y los bosques; a veces ha repetido inspiraciones que hubieran sido admiradas en Gomorra. Hase derramado el néctar de Homero en la copa del padre de los Dioses por otras manos que las de Hebe. Cornelio Nepote se encarga de enseñar a nuestra juventud estudiosos secretos que deshonran a Alcibiades, Sócrates y Platón. Cicerón, el grave moralista, ha escrito estas palabras: Nobis qui, concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur, etiam vitia saepe jucunda sunt. ¡Jamás consentirá en traducir estas palabras latinas una pluma cristiana! Quinto Curcio es también indiscreto respecto de Alejandro y Pausanias. No es más reservado Salustio respecto de Catilina. Solón constituye un privilegio de esta infamia en favor de los hombres libres, excluyendo a los esclavos. César se aprovecha de él ampliamente, prohibiéndonos insistir en ello un proverbio tan famoso como su nombre. «Si César ha dominado a las Galias, Nicomedes ha dominado a César». Plinio el joven nos dice lo mismo de Cicerón. Todas las poesías de Píndaro no borrarán el oprobio que ha inferido a su memoria el nombre de Teoxenes; todas las odas de Horacio no harán olvidar a Ligurino. Antinoo tuvo altares en tiempo de Adriano y de Trajano. El modelo de los emperadores no fue más escrupuloso que Plinio el Joven, su panegirista.

La ausencia de Dios se traducía en este mundo degenerado por la ausencia del alma. ¿Qué había llegado a ser la dignidad humana, en este desbordamiento sin nombre que mancilló las memorias más gloriosas? No tenemos valor, después de tan horribles pormenores, de considerar por el lado ridículo, una religión que autorizaba con el ejemplo de los dioses, semejantes infamias entre los hombres. Los graves romanos llevaban en pos de sus ejércitos pollos sagrados para proveer a cada instante a la necesidad de los arúspices, pues de lo contrario hubiera podido suceder, que en el momento de consultar a los dioses, no se hubiera encontrado otras aves, y hubiera tenido que suspenderse las operaciones militares. Colocábase, pues, delante de los pollos sagrados fuera de su jaula cierta cantidad de granos que era el pasto ritual: *offa pultis*. Si los volátiles se precipitaban ávidamente sobre el alimento, y en especial, si en su afán y premura dejaban caer granos en tierra, se había efectuado el *Tripudium*, esto es, el auspicio más favorable. En el caso contrario, si rehusaban los pollos el alimento, si se obstinaban en permanecer en su jaula, era el auspicio desgraciado y reprobada la empresa. ¿Y quién nos da oficialmente estos pormenores? Cicerón que era augur aunque no creía en ellos, puesto que nos dice en una de sus obras que no podían mirarse sin reírse dos arúspices. Pero era preciso que creyera la plebe romana, para que permaneciese dominada por estos sacerdotes sin fe, que hacían profesión de especular con la credulidad del vulgo.

¿Mas, por lo menos nos indemnizarán los filósofos de estas vergonzosas y ridículas supersticiones? La filosofía que se separa de una fe religiosa no es más que el movimiento perpetuo de la ignorancia humana, agitándose sobre sí misma y recayendo siempre en el vacío. El materialismo fue el primer punto de partida de la filosofía griega. Thales de Mileto (600), fundador de la escuela Jónica, colocó el principio del mundo en los dos elementos generadores, el agua y lo húmedo. Esto era un absurdo en física y una blasfemia en religión. Pitágoras (608-500), padre de la escuela Itálica, después de haber recorrido el Oriente, y héchose iniciar en los misterios de Baco y de Orfeo, repudió la física incompleta de Thales, sustituyendo a ella un sistema matemático en que Dios es solo una mónada absoluta, el alma un número viviente, el mundo un conjunto armonioso de números reunidos. La escuela de Elea (500) con sus jefes, Xenófanes, Parménides y Zenón,

desarrolló el germen panteístico de las dos filosofías precedentes. El mundo entero, ser colectivo, omnipotente, inmutable, eterno, fue proclamado Dios. Leucipo descompuso esta vasta divinidad en átomos que se movían eternamente, en número infinito, en el vacío. Cada uno de estos átomos era una fracción de Dios. La escuela de los sofistas (siglo V antes de Jesucristo), vino en breve a sacar la consecuencia práctica de estas extravagancias. Gorgias Leontino, Protágoras de Abdera, Prodicos de Ceos, Hipias de Elis, Trasimaco, Eutidemo enseñaron que la verdad y el error eran dos términos igualmente desprovistos de significación y de realidad. El escepticismo llegó a ser la última palabra de la razón humana. A esta gloriosa conquista fueron a terminar los trabajos del primer periodo filosófico en Grecia. Tal vez nunca hubiera salido de este caos la sabiduría antigua sin la reacción maravillosa de Sócrates y de Platón, su discípulo (470-400). La aparición de estos dos genios poderosos coincide con el periodo de la dispersión del pueblo judío en tiempo de los Acheménides. Sin embargo, a pesar de su elevación incontestable y de las numerosas relaciones que ofrecen con la revelación mosaica, las doctrinas de Sócrates sobre la inmortalidad del alma, la unidad y la providencia divinas son más bien rasgos y como relámpagos de verdad que no forman un conjunto ordenado, definido y compacto. «Debemos necesariamente, decía Sócrates, esperar un doctor desconocido que venga a enseñarnos cuáles deben ser nuestros sentimientos para con los dioses y los hombres.»- «¿Cuándo vendrá este maestro? replicaba Alcibiades. ¡Con qué gozo le saludaré, sea quien fuere!»-. La gloria filosófica de Sócrates consiste precisamente en haber proclamado la impotencia de la filosofía humana. Partiendo del conocimiento del hombre, en sus dos naturalezas corporal y espiritual, discierne con lucidez todas las leyes de la moral, y las expone con una claridad, una pureza y una precisión admirables. Además, entrevé por los fenómenos exteriores, la inteligencia divina presidiendo los destinos del mundo; pero al llegar a este punto extremo, mas allá del cual no puede percibir nada la humanidad reducida a sus propias fuerzas, apela a un revelador desconocido. Para oprobio del paganismo, el único de sus filósofos que llegó a tal altura, fue precisamente el único contra quien se armaron todos los brazos. A los escépticos se les coronaba de flores; a Sócrates se le dio a beber la cicuta. Platón (429-347), su discípulo, formuló en cuerpo de doctrina, con el nombre de Escuela Académica, la enseñanza oral del maestro. Su filosofía es eminentemente espiritualista. Los tipos de todos los seres son las ideas, siendo las únicas que tienen existencia real y absoluta. Los sentidos sólo perciben lo particular, lo individual; en cuanto a las ideas, residen en Dios, que es su sustancia común, y son percibidas por una facultad superior, la razón, o quizá forman en el alma como reminiscencias de una vida anterior. El alma es una fuerza activa; la virtud un esfuerzo hacia el bien ideal que es Dios; el arte una imitación del bello ideal, que es Dios. Verdaderamente estas doctrinas son nobles y grandes, protestando con su sublimidad, contra la degradación politeísta; pero son estériles en su aplicación. Al lado de estas luces tan vivas en teoría, permanece la práctica del filósofo envuelta en sombras opacas, puesto que establece su república ideal, no solamente en la poligamia, sino en la promiscuidad. De esta suerte suprime la familia, la autoridad paterna, la piedad filial; puesto que quiere que sean educados los hijos por el Estado, sin conocer siquiera a sus padres; que encierra su sociedad imaginaria en castas, como el antiguo Egipto; y después de haber dado tan elevada definición del arte humano, proscribió a los artistas. ¡Tan impotentes y contradictorias eran estas elevaciones individuales del alma hacia una sabiduría y una verdad inaccesibles! Aristóteles (384-322), discípulo de Platón, trastornó el sistema de su maestro, y volvió a emprender el estudio de la filosofía, elevándose del efecto a la causa, en lugar de descender de la causa al efecto.

Así es que fueron su punto de partida lo variable, lo contingente, las sensaciones, o las relaciones de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Su filosofía que llevó el nombre de Experimental, debía resumirse con Epicuro, con relación a la moral, en este axioma: «El placer es el bien supremo del hombre.» El día en que se introdujo tan solemnemente la inmoralidad en el dominio de la filosofía, se espantaron los sabios de su obra, y volvieron a arrojar a Zenón (300-260), en la exagerada rigidez del estoicismo. «El cuerpo es todo» decía Epicuro; «el cuerpo no es nada» decían los estoicos; «el placer es el bien supremo» dicen los unos; «el dolor no es un mal» responden los otros. De estas contradicciones debía salir el escepticismo universal. Arcesilao (300-241) lo erigió en principio, en la Nueva Academia de que fue fundador. La base de toda sabiduría, decía, es que no podemos saber nada, puesto que carecemos de un criterio para discernir la verdad.

¿Qué era entre tanto de la humanidad, sacudida del materialismo al espiritualismo, del espiritualismo al empirismo, del empirismo a la incredulidad dogmática? ¡La humanidad se moría! No había familia, porque el celibato del vicio había matado todas las generaciones en su fuente, y fue preciso que inventara Augusto una legislación penal para obligar a los jóvenes romanos a casarse. Y sin embargo, hacían bastante fácil de soportar el yugo conyugal, el divorcio, la poligamia y el concubinato. En Roma, en tiempo de Augusto, como en el día en la China, se exponía, se vendía, se mataba a los niños. El padre tenía este bárbaro derecho y lo ponía en práctica. Esparta arrojaba también a las aguas del Taigeto a sus hijos deformes. La humanidad perecía entre las garras de las fieras en los circos, al hierro de los gladiadores, al látigo sangriento que desgarraba las carnes desnudas de los esclavos; porque la esclavitud era la base de la sociedad greco-romana. El esclavo era una cosa, una bestia de carga, menos que un perro. «El portero esclavo era atado junto a la puerta con una larga cadena, sujeta a un anillo de hierro, que se le ponía en el pie. El señor no se dignaba las más veces ni aun hablar a sus esclavos; llamábales sonando los dedos, y cuando tenían que dar más explicaciones, llevaban algunos su orgullo hasta escribir lo que deseaban, temiendo prostituir sus palabras. La ley condenaba a la misma pena al individuo que había muerto a un esclavo que al que había muerto a una bestia de carga de otro, debiendo pagar su precio, que variaba según que era robusto o débil el esclavo y el mayor o menor perjuicio irrogado con su muerte a su dueño.» En cuanto a éste, tenía un derecho absoluto sobre el esclavo. Augusto hizo degollar en un solo día seis mil de estos desgraciados, culpables de haberse alistado bajo las órdenes del Senado para servir a la República, porque los esclavos no tenían derecho de llevar las armas y de morir en campaña como un soldado. El clemente emperador supo otra vez que uno de sus esclavos se había comido una codorniz, y le hizo morir crucificados. Vedio Polión hacer arrojar a sus murenas un esclavo, que ha quebrado por descuido un vaso precioso. «Cuando se comete un crimen público, cuando es asesinado un dueño de esclavos en su casa, condena la ley a perecer en el suplicio de la cruz a todos los esclavos sin distinción alguna que se encuentran bajo el mismo techo, en el momento del crimen.» Y la esclavitud en Roma, en Atenas y Esparta se hallaba en la espantosa proporción de doscientos esclavos por un hombre libre, y aún se conoció a simples ciudadanos romanos que poseyeron hasta veinte mil esclavos. La humanidad perecía, pues, en estas regiones desoladas de la servidumbre. La guerra mantenía la esclavitud. *Servi servati*, decía el proverbio romano. Tal era el escaso valor que tenía la vida humana a los ojos de la moral pública y oficial, que Julio César, aquel ideal del héroe, hacía reducir a la esclavitud a cuatro mil Helvecios vencidos, y cortar a otros tres mil las dos manos.

Era preciso alimentar para la señora del mundo esta jauría humana de que decía Séneca: «¡Qué horror si llegaran a contarnos nuestros esclavos!» El Egipto, la Libia, el Oriente, la Grecia, la Galia, todas las provincias del universo enviaban, pues, sus vencidos en largas e interminables caravanas para poblar el ergástulo de los patricios. En las tabernas en que se hacía constantemente el tráfico de esta horrible mercancía, tenía el prisionero de guerra la corona en la cabeza, cual marca irrisoria de su procedencia. Los que venían de ultramar llevaban frotados los pies con yeso o greda. Al entrar en aquella Roma a donde iba a sepultárseles vivos, se ofrecían a sus ojos las cruces infames, siempre enhiestas con los cuerpos abandonados, cerca de la puerta Esquilina. Entonces comprendían que la ciudad de Rómulo había aplicado contra ellos aquella palabra de Breno. «¡Ay de los vencidos!» Y se encaminaban silenciosos a la morada de su señor, donde les esperaba la horquilla, los azotes, el tormento, la marca, las cadenas, la cárcel y la muerte! ¡Siempre la muerte! Las matronas romanas y las jóvenes vestales la indicaban, alzando el dedo, en los juegos sangrientos del anfiteatro. ¡Los gladiadores que iban a morir saludaban a César! No había festines en que no debieran matarse mutuamente algunos esclavos, para despertar, con el aspecto de la sangre, a los convidados medio dormidos en el triclinio de oro. Los romanos opulentos legaban por testamento a sus herederos la muerte de sus esclavos como un recuerdo de inmortal afecto.

Carencia de Dios; la humanidad degollada por do quiera; el alma envilecida en una monstruosa disolución; he aquí el espectáculo del mundo greco-romano! No lo hemos dicho todo, y por otra parte se resiste a ello el corazón. En esta rápida carrera, por entre tantas torpezas morales, tan feroz barbarie, y tan infernal degradación, se aplanan sobre el alma un disgusto profundo, mezclado a no sé qué terror lleno de angustia. San Pablo ha dicho una palabra que resume la civilización antigua. Deus venter est. «Se comía, para vomitar; se vomitaba para comer continuamente: sin dar tiempo siquiera para digerir comidas cuya magnificencia tenía por tributarlos todas las comarcas del mundo.» Así habla Séneca el filósofo; y añade: «Cayo Graco, a quien produjo la naturaleza en mi concepto para dar el ejemplo de un conjunto de todos los vicios, en el seno de la fortuna mas elevada, gastó un día 100,000 sestercios en un banquete, llegando apenas su imaginación, auxiliada en esta tarea por todos sus convidados, a agotar, en una comida gigantesca, las rentas anuales de tres provincias.» Esopo, el trágico, sirve un plato que cuesta 73,800 reales. Clodio hace disolver una perla en vinagre, y se bebe de un trago, 738,000 reales. Conocidas son las cenas de Lúculo y de Antonio; sabido es el nombre de aquel Apicio, que después de haberse comido millones, se mató diciendo que no podía vivir un romano con solo 760,000 reales de renta. Coronarse de flores; tenderse sobre cojines de seda y de púrpura en salas de festines servidos por jóvenes doncellas despojadas de todos sus velos, y en donde se celebraba el espectáculo de gladiadores que se degollaban al pie de lechos de oro; devorar la sustancia del universo; embriagarse a un tiempo mismo con vino, voluptuosidad y sangre, tal era la vida en el siglo de Augusto!

El suicidio formaba su natural desenlace. Arruinado Apicio, no hacía más que poner en práctica los preceptos de Cicerón: Injurias fortunae, quas ferre nequeas, defugiendo relinquant. «Cuando no hay fuerza para soportar los reveses de la fortuna, es preciso salir de este mundo.» He aquí la última fórmula de la filosofía. Y no es de temer que se califique de cobardía el desertar de la vida como un soldado que arroja sus armas y abandona el puesto

confiado a su honor. El suicidio es un acto de heroísmo supremo. «Si eres desgraciado y te queda algo de virtud, añade Cicerón, mádate, a ejemplo de los más grandes hombres.» Pero tal vez detengan tu brazo la vida futura, los destinos del alma inmortal. Háblase del negro Cocito, del Aqueronte, río de los infiernos, y de tormentos que no acaban nunca. «¿Me juzgáis, pues, tan insensato, contesta el mismo Cicerón, que crea en estas fábulas? ¿Qué entendimiento hay tan imbécil que pueda admitirlas?» «O sobrevive el alma a la muerte, continúa el mismo, o muere con ella. Algún día nos dirá un Dios lo que hay sobre esto, porque, para nosotros, es ya muy difícil distinguir cuál de estas dos opiniones es más probable. Como quiera que sea, si muere el alma, la muerte no es un mal; si el alma sobrevive, tiene que ser feliz. Si manent beati sunt.» En virtud de este dilema que simplificó mas Séneca, reduciéndolo a esta palabra tan conocida: Aut beatus, aut nullus, «Felicidad o nada» se cernía sobre el mundo el suicidio, como sobre una presa; marcando con su vergonzoso estigma las memorias más ilustres. Aníbal, Temístocles, Antonio, Pompeyo, Mario, Catón de Útica, Cleómenes, Craso, Demóstenes, Cayo Graco, Otón, todos estos héroes de Plutarco, son los héroes del suicidio. Si queremos interrogar hasta el fin, como termómetro de la moralidad pública, la lista de los nombres que ha inscrito este historiador en su colección biográfica, como sobre las tablas o registros de la inmortalidad, vendrá el asesinato a formar el reverso o la parte contrapuesta de la muerte voluntaria. Agis, Alcibiades, César, Cicerón, Coriolano, Dión, Tiberio Graco, Nicias, Numa, Filopemenes, Sertorio, caen víctimas del puñal o del veneno. Los más afortunados mueren en el destierro. De los cincuenta grandes hombres de Plutarco, tan solo diez tuvieron la dicha de terminar gloriosamente su vida en un campo de batalla o en la calma y tranquilidad del hogar doméstico. Ahora comprendemos la palabra del profeta. La humanidad se hallaba realmente sentada en las tinieblas y en la región de las sombras de la muerte.

El libro de la Sabiduría presenta un cuadro del mundo idolátrico, cada uno de cuyos rasgos ofrece una realidad palpable. «Los hombres, decía, sacrifican sus hijos en altares impuros, verifican ritos insensatos, en misterios nocturnos, manchados de infamias. No respetan las vidas, ni la pureza de los matrimonios: el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones en el seno de una horrible confusión. ¡Por todas partes sangre, homicidio, robo y mentira, corrupción e infidelidad, rebelión y perjurio, opresión tumultuosa, olvido de Dios, contaminación de las almas, nacimientos vilipendiados, inestabilidad en las uniones, desorden entre esposos, y suprema lujuria! Tal es el culto de los ídolos infames, causa, principio y fin de todos los males.» He aquí, pues, despojado de todas las seducciones de la forma, de todos los encantos de la poesía, de todos los prestigios del arte oratoria, he aquí, en su terrible desnudez, el cadáver del paganismo antiguo. Ahí está, a nuestra vista, ostentando el espectáculo de sus oprobios. Pero ¿quién le ha matado? ¿Por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió a torrentes durante cuarenta siglos? ¿Quién fue el David de este Goliath, el vencedor de este gigante, a quien no supieron vencer ni Sócrates, ni Platón, ni Alejandro, ni César, ni el gran genio de los sabios, ni las armas de los héroes? Hallábase lleno de vida en el siglo de Augusto: había conquistado el mundo. Arrojábasele víctimas, de Oriente a Occidente; devoraba cuerpos y almas, infancia y vejez, pudor, virginidad, virtud, y hombres a millares! Todo parecía afirmar la duración a su reinado. Los poetas le cantaban en obras inmortales; coronábanse sus estatuas; abalanzábanse todos a sus fiestas; perfumaban sus altares los vapores del incienso; saludaban su divinidad los pueblos y los reyes, y los mismos sabios. Suponiendo una progresión en el porvenir, análoga a su desarrollo en lo

pasado, debió haber llegado hasta nosotros por una serie no interrumpida de victorias. Figurémonos lo que sería en el día disponiendo de los poderosos agentes de nuestra civilización moderna. Las hecatombes de la antigüedad serían degollaciones en masa; los treinta mil gladiadores que murieron en el reinado de Augusto, serían reemplazados por naciones enteras, trasladadas con el auxilio del vapor al centro de un anfiteatro de que formaría el antiguo Coliseo apenas el local de un palco. Las fieras no serían bastantes para devorar las víctimas; hasta el fuego sagrado de los altares sería demasiado lento, y habría que suplirlo con esos nuevos y ardientes fuegos que ha puesto en nuestro poder la electricidad; con esas máquinas que vomitan llamas, y cuyos rodajes pulverizarían sin cesar miembros palpitantes. El sensualismo tendría por tributario, no ya a provincias, sino al mundo entero; las vías romanas, reemplazadas por nuestros caminos de hierro, transportarían en algunos días lo que tenían que esperar por años enteros la voluptuosidad o la glotonería de los patricios. ¿Quién mató, repito, al paganismo? Quien quiera que sea, verificó el más grande de los milagros históricos. Sólo Dios podía hacerlo, y la humanidad moribunda pedía a voz en grito un Salvador divino.

Expectación universal

Hace largo tiempo que se ha insistido en este grande hecho que domina la antigüedad e ilumina las tinieblas del politeísmo, quiero decir, la expectación general de un Dios Salvador; habiéndosela considerado con justo título, como una brillante y manifiesta confirmación de la verdad bíblica. Porque verdaderamente es el comentario más magnífico de aquella palabra del patriarca: *Et ipse erit exspectatio gentium*, todo el género humano proclamando con sus más lejanos y diversos ecos, la fe en el Mesías, cuyo profeta había sido la nación judía al través de los tiempos. Por más que diga el racionalismo incrédulo, no puede arrancar el árbol divino, cuyas raíces penetran en las profundidades de la historia antigua, y cuyas ramas cubren las sociedades modernas. Antes de atacar la divinidad de Jesucristo, sería preciso trastornar la historia de los cuarenta siglos que le esperan; destruir la fe de los dos mil años que le adoran; sepultar la historia en una destrucción universal, y si aún quedase algún sofista que sobreviviera a sus ruinas, debería crear un mundo nuevo para ponerlo en el lugar del mundo histórico y real que acabase de destruir. No se trata ya en efecto de ahogar solamente cada una de las voces que se han oído en Israel. Aun cuando se destruyera a Moisés, el Pentateuco, David, los Profetas, todos los monumentos de la fe judía, quedaría el grito espontáneo, universal, unánime del género humano que pide un Salvador, de Oriente a Occidente, del Septentrión al Mediodía, en todos los idiomas y en todas las literaturas conocidas. Toda la tierra habla como ha hablado Moisés. Sobre este punto están acordes los oráculos de Delfos y de Cumas con los Profetas: el mundo espera y atiende durante cuatro mil años. En la segunda vertiente de la historia, el mundo adora y cree: esta magnífica unidad de esperanza y de fe, desafía todos los esfuerzos del escepticismo.

«Hay, dice Plutarco, una doctrina de la más remota antigüedad, que se ha trasmitido de los teólogos y de los legisladores a los poetas y a los filósofos; es desconocido su autor, pero se apoya en una fe constante e inalterable, y se halla consagrada universalmente, no tan solo en los discursos y en las tradiciones del género humano, sino también en los

misterios y en los sacrificios, entre los Griegos y entre los bárbaros.» Esta opinión es, que el universo no ha sido abandonado al acaso, y que tampoco está bajo el imperio de un poder único, sino que existen dos principios vivientes, el uno del bien, el otro del mal. «El primero se llama Dios, el segundo se llama el demonio. «Así es como hablaba Zoroastro. Dios era Oromazes, el demonio se llamaba Ahrimanes. Pero entre los dos colocaba un mediador llamado Mithras. Pues bien, vendrá un tiempo fatal y predestinado en que Ahrimanes después de haber abrumado al mundo con toda clase de plagas, será destruido y exterminado. Entonces se aplanará la tierra como un valle llano y unido; no habrá más que una vida y una clase de gobierno entre los hombres y todos hablarán el mismo lenguaje y vivirán felices. -Teopompo es- escribe también que los dos poderes del bien y del mal combatirán uno contra otro, en una lucha que durará siglos; pero que al fin será vencido, abandonado, destruido Plutón, (el poder infernal): entonces serán felices los hombres, y el Dios que habrá obrado, hecho y procurado este triunfo, reposará un tiempo conveniente a su divinidad. «La filosofía moderna ha reconstruido, con el auxilio de los monumentos caldeos y del texto de Zend-Avesta, todo el sistema de Zoroastro, de que sólo hace Plutarco un análisis incompleto. He aquí la manera como resume M. Lajard el dogma persa: Zaruan, Ormuzd y Mithra componen una triada divina que representa el pensamiento, la palabra y la acción. Ormuzd, rey del firmamento, ha creado el mundo por medio de la palabra. Esta palabra es: Yo soy. Mithra, rey del cielo movable, rey de los vivos o de la tierra, rey de los muertos o de los infiernos, pronuncia sin cesar esta palabra, como encargado por Ormuzd de presidir a la reproducción de los seres. Su nombre significa también, en Zend, la Palabra, se leen estas palabras: Namasebesio, que pronuncia este Dios en el momento en que clava su puñal en el cuerpo del toro (víctima sagrada de los Persas). Estas dos palabras, la primera de las cuales pertenece al idioma de los Persas, significan: Gloria a Sebesio, que es el mismo Dios que Ormuzd. Esta fórmula es un resumen lacónico de la oración que dirige Mithra en los libros de los Persas, con las manos elevadas al cielo, a Ormuzd, para implorar el perdón del pecado cometido por la primera pareja humana; y las palabras de Mithra están aquí en perfecta armonía con las que Zoroastro pone en boca del mismo Ormuzd, y cuyo sentido es que si no hubiera tributado Meschia (el primer hombre) a Ahrimanes un culto que sólo debía rendir a Ormuzd, «hubiera arribado su alma, criada pura e inmortal, a la mansión de la felicidad, en cuanto hubiese llegado el tiempo del hombre creado puro.» El mediador, el Verbo, el Mithra de Zoroastro, que debe restablecer la armonía entre el cielo y la tierra, que debe triunfar del principio infernal, según Teopompo, vuelve a encontrarse con su nombre de . «Resumiendo, añade M. Lajard, diré que el sistema religioso de los Persas reconocía .» Finalmente, «este último libertador verificará la resurrección de los muertos y la renovación de los cuerpos.» D'Herbelot en su Biblioteca Oriental, había señalado ya esta importante tradición del nacimiento maravilloso del Libertador, prometido por Zoroastro. He aquí sus palabras: «Aboul-Faradj, en su quinta dinastía, dice que Zardascht (Zoroastro) autor de la Magoussiah, había anunciado que nacería de una virgen el Libertador.» Ahora comprendemos por qué vendrán los Magos a adorar al divino Hijo de María, al establo de Belén. «Una constante tradición, dice también M. Lajard les hace venir de la misma Persia, y los primeros homenajes que recibe al nacer, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, son los que ellos vienen a ofrecerle.» No habían olvidado los Magos, discípulos de los Caldeos, la palabra del hijo de Beor: «Nacerá una estrella de en medio de Jacob.»

?- Los tres reyes, respondió Confucio, dotados de una gran bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible. Mas por mi parte, Khieou, no sé si fueron santos.- El ministro replicó: No han sido santos los cinco señores?- Los cinco señores, contestó Confucio, dotados de una gran bondad, han hecho uso de una caridad divina y de una justicia inalterable, pero yo, Khieou, no sé si han sido santos.- El ministro le preguntó ?- Los tres Augustos, replicó Confucio, han podido emplear bien el tiempo, mas yo, Khieou, ignoro si han sido santos.- Sorprendido el ministro, le dijo al fin: Pues entonces ¿a quién se puede llamar santo?- Confucio conmovido, respondió, no obstante, con dulzura a esta pregunta: Yo, Khieou, he oído decir que habría en las comarcas occidentales un Hombre Santo, que sin ejercer ningún acto de gobierno, prevendría las turbulencias; quien, sin hablar, inspiraría una fe espontánea; quien, sin alterar el orden de las cosas, produciría naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe decir su nombre; pero yo, Khieou, he oído decir que éste será el verdadero santo.» He aquí las palabras no menos explícitas que tomamos al Tchoung-Young, traducido recientemente por nuestro sabio sinólogo M. Pauthier: «El príncipe sabio, dice Confucio, busca la prueba de la verdad en los espíritus y en las inteligencias superiores, y por tanto conoce profundamente la ley del mandato celestial; hay que esperar por cien generaciones al Hombre Santo, el cual no está sujeto a nuestros errores. Que aparezca este Hombre supremamente Santo con sus virtudes y sus poderosas facultades, y los pueblos no dejarán de demostrarle su veneración; que hable, y los pueblos no dejarán de tener fe en sus palabras; que obre, y no dejarán de regocijarse los pueblos. Así es como la fama de sus virtudes es un Océano que inunda el imperio por todas partes, extendiéndose aún hasta a los bárbaros de las regiones meridionales y septentrionales; por todas partes donde pueden abordar las naves o llegar las carrozas, o penetrar las fuerzas de la industria humana, en todos los lugares que cubre el cielo con su inmenso dosel, en todos los puntos que abraza la tierra, que iluminan el sol y la luna con sus rayos, que fertilizan el rocío y los vapores de la mañana: cuantos seres humanos viven y respiran, no pueden dejar de amarle y reverenciarle. Por esto se ha dicho que le » Parece que se oye en estas admirables palabras una paráfrasis de las inspiraciones de Israel: «Marcharán las naciones guiadas por su luz, y los reyes por el esplendor de su aurora.- Levántate, Jerusalén, sube a las alturas, mira hacia el Oriente, y ve congregados tus hijos desde el Oriente al Occidente, en virtud de la palabra del Santo, gozándose en la memoria de Dios.»

. La parábola del hijo extraviado que forma el capítulo IV del Lotus de la Buena Ley, uno de los libros sagrados más extendido entre los que componen la voluminosa literatura de los budistas, ha sido traducida hace algunos años por MM. E. Burnouf y Foucaux. En ella se representa al género humano como en el Evangelio, bajo la imagen de un hijo separado por largos años del padre más tierno. «Nos extraviamos, somos impotentes, somos incapaces de hacer un esfuerzo, dicen los sabios.» Baghavat les lleva la ley que no habían oído anteriormente. Pasmados de admiración y sorpresa, poseídos de la mayor alegría los sabios, se levantan, hincan la rodilla derecha en tierra, se inclinan y juntan las manos ante Baghavat. Su alegría es igual a la del hijo extraviado que vuelve a encontrar a su padre.

.» Los americanos del Norte no son menos explícitos que los del Mediodía. «Una profecía antigua, dice M. de Humboldt, hacía esperar a los mejicanos una reforma benéfica en las .» En todos los recuerdos del género humano se encuentra el dogma de la rehabilitación estrechamente ligado con el del pecado original. «La mujer de la serpiente, llamada

también mujer de nuestra carne, porque la consideraban los mejicanos como madre de todos los mortales, continúa M. de Humboldt, se halla representada siempre en relación con una gran serpiente, y otras pinturas nos ofrecen una culebra con penacho, despedazada por el gran espíritu Tezcatlipoa, o por el sol personificado, el dios Tonatuch, que parece ser idéntico al Krischna de los Indios, cantado en el Bhagavata-Purana, y al Mithras de los persas. Esta serpiente, derribada por el gran espíritu, cuando toma la forma de una de las divinidades subalternas, es el genio del mal, un verdadero «.» Finalmente, para completar estas nociones de tan capital interés, añade M. de Humboldt: «Hállase en muchos rituales de los antiguos mejicanos, la figura de un animal desconocido, adornado con un collar y una especie de arnés, pero traspasado de dardos. Según las tradiciones que se han conservado hasta nuestros días, es un símbolo de la inocencia padeciendo: bajo este concepto, recuerda esta representación al cordero de los hebreos o la idea mística de un sacrificio expiatorio destinado a calmar la cólera de la Divinidad.»

.» Después de haber vuelto a trazar el origen del mundo, la creación del hombre y los trabajos de los dioses, refiere la Vola la llegada del genio del mal y la perversidad de los hombres que fue su consecuencia. Entonces se eleva su acento: «¡La llanura en que se encontraron Suttur y los dioses buenos, dice la Vola, para combatir, tiene cien jornadas de camino a lo ancho y a lo largo! Este es el lugar que les está asignado.» Todo lo que se refiere a este gran combate, cuyo resultado decidirá de la suerte del mundo, se halla «desarrollado, añade M. Ampere, con la complacencia de un profeta que amenaza a sus enemigos.» Al fin quedará la victoria por los dioses, se renovará el mundo, y volverá a comenzar el reinado de la justicia para no terminar nunca.

.» ¿Poseía Platón ese Dios Salvador? No, puesto que en otro pasaje nos dice que «vendrá un día a enseñar a los mortales». Sin embargo, anteriormente, le implora. «Al principiar esta plática, dice, invoquemos al Dios Salvador para que nos salve con su enseñanza extraordinaria y maravillosa, instruyéndonos con su doctrina verdadera.» Esto recuerda la profesión de fe de Sócrates que hemos indicado más arriba, y que creemos conveniente citar por completo. Después de haber demostrado el filósofo que Dios no mira ni a la multitud, ni a la magnificencia de los sacrificios, sino que considera únicamente la disposición del corazón que los ofrece, no se atreve a explicar cuáles deben ser estas disposiciones, ni lo que debe pedirse a como bienes. Es preciso, pues, esperar, hasta que nos enseñe alguno cuáles deben ser nuestros sentimientos hacia Dios y hacia los hombres.- Alcibiades. ¿Quién será este maestro, y cuándo vendrá? Con gran gozo veré a este hombre, sea quien fuere.- Sócrates. Es aquel de quien eres querido desde ahora; mas para conocerle, es preciso que se disipen las tinieblas que ofuscan tu entendimiento y que te impiden discernir claramente el bien del mal; al modo que abre Minerva, en Homero, los ojos a Diomedes, para que distinga al Dios, oculto bajo la figura de un hombre.- Alcibiades. Que disipe, pues, esta nube espesa, porque estoy pronto a hacer todo lo que me mande para ser mejor.- Sócrates. Te repito que aquel de quien hablamos desea infinitamente tu bien.- Alcibiades. Entonces me parece que haría yo mejor en remitir mi sacrificio hasta el tiempo de su venida.- Sócrates. Es verdad; más seguro es esto que exponerte a desagradar a Dios.- Alcibiades. Pues bien, cuando yo vea ese día deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley. Yo espero de la bondad de los dioses que no tardará en venir.» ¿Dónde habían, pues, tomado estas ideas, tan opuestas al orgullo filosófico, Sócrates y su intérprete Platón? Nadie duda, dice el sabio Brucker, que se conservase en el seno de la

antigüedad, en todos los pueblos extraños a la civilización griega, la doctrina tradicional de un Mediador entre Dios y los hombres, que participara a un tiempo mismo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Puede, pues, conjeturarse, con mucha verosimilitud, que se inspire el genio de Sócrates y el de Platón en esta fuente.

.» Augusto nació el año 63 antes de Jesucristo, subiendo treinta años después, con el título de emperador, al trono del mundo. Debía, pues, haberse satisfecho .» «Todo el Oriente, dice Suetonio, tenía fijos los ojos en una antigua y constante tradición, según la cual prometían los destinos el cetro del universo a hombres que saldrían en aquel tiempo de Judea.»
¡Coincidencia singular! Mientras veían los judíos trascurrir los últimos años del periodo setenta veces semanal de Daniel, anunciaban los sacerdotes etruscos la proximidad del Gran Año, de la era décima, era fatídica en que reinaría, al fin, en el mundo la felicidad universal. «Algunos meses antes del rompimiento de Mario y de Sila que debía ser tan fatal para los romanos, dice Plutarco, resonó el aire puro y sereno súbitamente con sonidos lúgubres y doloridos que descendían del cielo. Apoderose la consternación de todos los corazones. Reuniéronse los sacerdotes etruscos en el templo de Belona, y consultados oficialmente por el Senado sobre la significación del fenómeno, respondieron: «La trompeta celestial anuncia una era nueva que cambiará la faz del universo.» Todos saben de memoria los bellos versos de Virgilio. «Ha llegado, dice el poeta, la última edad de los oráculos de Cumas. Renuévase íntegramente el gran periodo de los siglos. Ya aparece la Virgen y vuelve a traer las felicidades del reinado de Saturno. Descenderá de las alturas de los cielos una nueva raza, y nacerá un niño que cerrará el siglo de hierro y restablecerá la edad de oro. Tu consulado, ilustre Polión, tendrá la gloria de dar fecha al venturoso advenimiento de los grandes meses que van a sucederse. Borráranse todas las antiguas manchas de nuestros crímenes, y quedará libre la tierra del temor secular que la oprimía. Este niño recibirá la vida de los dioses, y reinará en el universo pacificado, con la fuerza y la virtud paternas. A tus pies, divino Niño, brotará la tierra espontáneamente, sus primeras ofrendas; los tapices de hiedra con sus flores pendientes, las colocasias mezcladas al gracioso acanto. La cabra de las montañas traerá . Tal es el siglo, cuyo hilo se apresuran a plegar en sus ligeros husos las Parcas, dóciles a la suprema voluntad de los destinos. Hijo amadísimo de los dioses, agosto vástago de Jove, date prisa, te esperamos para honrarte. Mira al mundo que vacila en su inmensa órbita, y los continentes, y los mares, y las profundidades de los cielos. Todo se agita y se estremece a la gozosa expectativa del siglo que va a venir. ¡Oh! ¡ojalá se prolongue mi vida hasta este día afortunado, y quede en mis labios un postrer aliento para cantar tus hazañas! ¡Aparece, pues, Niño, y principia a reconocer el semblante de tu madre en su sonrisa!»

en los bosques de las Galias, en las dilatadas llanuras del Oriente, por todas partes donde agita siquiera un soplo religioso pechos humanos, brilla y se desborda en el mundo antiguo la misma fe en el Redentor, que ha de venir a enseñar y juzgar a los mortales. Perpetúase el eco de la promesa del Edén, bajo la bóveda sonora de las edades, y ¿se rehúsa a la Iglesia católica el derecho de recoger

.» ¿Y no domina en el Capitolio, a pesar de los dioses y de los hombres, la cruz, cetro del rey inmortal? No hay duda que se rebelaban contra el oráculo sibilino las simpatías republicanas de Cicerón. El orador filósofo arroja una negación enfática a la predicción de

la Sibila, y sólo consigue consignar mejor para lo futuro, su propio error y la veracidad de la profetisa. Finalmente, para justificar desde ahora, sin tener que insistir en ello, la mención simultánea de David y de la Sibila, en el canto litúrgico, en que traza la Iglesia romana en la tumba de sus hijos, la catástrofe final que reducirá a polvo el mundo, nos basta reproducir aquí otro texto de Cicerón: «Futura praesentiunt, ut deflagrationem futuram aliquando coeli atque terrarum.» Este texto es seguramente, si se reflexiona, la confirmación del texto litúrgico:

. El autor de esta obra, Mr. Alexandre, ha dado el golpe de gracia a la limitada y mezquina filosofía del último siglo, que creía resolver las cuestiones más graves con una carcajada. Remitimos a esta obra magistral a nuestros lectores que deseen hacer un estudio más profundo de la cuestión. Por nuestra parte, antes que nos hubiera dado esta confirmación tan irrecusable la más autorizada crítica, pensábamos que bastaban los testimonios de la antigüedad pagana para cortar la dificultad. ¡Pues qué! decíamos, atestigua Cicerón que la Sibila anunciaba el advenimiento de un rey, cuya soberanía debían reconocer los romanos, si querían salvarse, Si salvi esse vellemus. Se exalta el orador republicano al solo pensamiento de un monarca, que volviera a levantar en el Capitolio el cetro hecho trozos de Tarquino el Soberbio. Pregunta: ¿Dónde está ese rey? ¿Quién le ha visto? ¿para qué siglos se halla reservado? Requiere a los dioses y a los hombres que no toleren jamás semejante usurpación, ¡y habíamos de cerrar nosotros los ojos a la luz, habiendo sido testigos de la vanidad de las recriminaciones del orador romano, y del cumplimiento, al pie de la letra, de las predicciones sibilinas, y no habíamos de ver la correlación de las tradiciones paganas con las profecías mesiánicas en la persona de Jesucristo! Nombra Virgilio a la Sibila de Cumas, y comenta sus oráculos en versos inmortales, ¡y no se ha de tener esto en cuenta!

. No es solamente la profetisa Ana, los aduladores de Augusto aplican igualmente al César de Roma las predicciones de los oráculos sibilinos. La expectación es general. ¡El mundo parece suspender su marcha: interrógase a todos los puntos del cielo: se escucha; se espera! Hanse cumplido los tiempos: su plenitud se ha consumado. El recogimiento de la humanidad en esta hora solemne se reviste de un carácter misterioso. Hubo entonces un silencio que recordó el del universo creado, cuando esperaba de la mano de Dios un señor futuro, en la época en que meditaba la Santísima Trinidad la formación del hombre. ¡Cuánta sangre, cuántos crímenes ignominiosos cayeron sobre esta raza humana desde el momento en que salió radiante y pura de la creación primitiva! Todavía será más maravillosa la obra de la creación. El día cuyos esplendores van a ostentarse a nuestras miradas, es el que ha de iluminar el triunfo de una hija de Eva sobre la antigua serpiente; el que ha de realizar las bendiciones con que debía dotar un hijo de Abraham a todas las tribus de la tierra. El sacerdote, según el orden de Melquisedech; el Isaac del monte Moria; el Enviado de las colinas eternas, predicho por Jacob; el Profeta suscitado por Dios, como Moisés; el Conquistador, hijo de David; pacífico como Salomón; cuyo imperio significa la paz; cuyo nombre es Dios con nosotros; cuya madre debe ser una virgen; cuya patria es Belén; cuyos enviados deben recorrer el mundo, pasando hasta a las islas remotas para anunciar el reino de los cielos: el Mesías, en fin, va a aparecer. Ya su estrella, anunciada

por Balaam, ha sido distinguida por los Magos del Oriente. ¡Venid, Hijo de los patriarcas, Heredero de los reyes de Judá, Esperanza de los justos, verdadero Cordero de los sacrificios, Arca de alianza inmortal; realizad todas las figuras; cumplid todas las promesas; consumad el mundo en la unidad! El Antiguo Testamento, con su séquito de esperanzas seculares rodea vuestra cuna. La humanidad encorvada bajo el yugo del error, sentada en la sombra de cuatro mil años, espera vuestra luz, Estremécese como el ciervo sediento que suspira por las aguas de las fuentes y ansía sumergirse en los manantiales de aguas vivas, abiertos por el Salvador y que saltan hasta la vida eterna.

se hizo carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Ninguno vio jamás a Dios. El Unigénito que está en el seno del Padre, éste es quien le dio a conocer.

, Juan, hijo del Zebedeo,» sino de un literato racionalista, que se expresa de esta suerte: «En cuanto se distinguió el hombre del animal, fue religioso, es decir, que vio en la naturaleza algo mas allá de la realidad, y para él, algo mas allá de la muerte. Este sentimiento se extravió durante millares de años de la manera más extraña. Entre muchas razas no pasó de la creencia en los hechiceros bajo la tosca forma en que la encontramos aún en ciertas partes de la Oceanía. En algunas, llegó a parar el sentimiento religioso a las vergonzosas escenas de carnicería que forman el carácter de la antigua religión de Méjico; en otras, especialmente en África, llegó al puro fetiquismo, es decir, a la adoración de un objeto material, al que se atribuían poderes sobrenaturales. Así como el instinto del amor, que eleva por momentos al hombre más vulgar sobre sí mismo, se convierte a veces en perversión y ferocidad, así esta divina facultad de la religión pudo parecer por largo tiempo un cáncer que era preciso extirpar de la especie.» Así habla el moderno revelador. ¡Qué luz proyectada en los horizontes intelectuales! ¡Un día el animal primitivo se durmió gorilla o negro troglodita, y se despertó al siguiente día hombre inteligente! Época memorable, cuya

fecha exacta preguntamos al punto, porque aún sería tiempo de inscribirla en la primera página de los anales humanos. El hombre vio «la naturaleza» deliciosa contemplación, de que sólo habían podido percibir sus ojos de mono los cuadros más toscos. Estos encantos súbitamente revelados, debieron enajenarle, y fue más allá del objeto presente, y «vio algo más allá de la realidad.» No sabía el desdichado, como nuestros racionalistas, que no existe lo sobrenatural. De error en error, llegó a forjarse «para él algo mas allá de la muerte.» En breve cedió ante los espantos de una religión imaginaria; revelose su instinto de amor en «un cáncer religioso que fue preciso extirpar de la especie humana.» ¡Ay! ¿por qué no permaneció siendo orangután el animal primitivo? Pero estaba hecha la transformación, y parece que fue irrevocable, a pesar de su carácter tan poco natural. ¡Oh, hombre! Consuélate si puedes: este es el Evangelio moderno. No hay nada mas allá de la naturaleza; no hay nada para ti mas allá de la muerte. Tu única desgracia fue distinguirte del animal. ¿Es tan difícil reconquistar tu felicidad perdida, volviendo a tu origen primitivo?

.»

?»

?» Antes aún de pensar en todas estas puerilidades, .» Pues bien, se ha reproducido el milagro veinte veces, cuarenta veces en otras circunstancias, y multiplicándose en otras tantas naciones paganas que se han presentado alternativamente a la acción del Verbo hecho carne.

. Se levanta. Es el hijo pródigo que va a arrojarse en los brazos de su padre; es Lázaro tendido en las fétidas emanaciones del sepulcro. ¡Ha resucitado este muerto, este desesperado, este hijo perdido! He aquí el milagro permanente del Evangelio. Mil veces habéis visto un confesonario, un penitente, un sacerdote, y mil veces habéis visto sin pensarlo una resurrección.

. Por lo demás, se le impuso su reputación de taumaturgo, a lo que no se resistió mucho, si bien no hizo nada para coadyuvar a ella; pero experimentaba la vanidad de la opinión sobre este particular. En la vida de Jesús ocupan un gran lugar los actos de ilusión y de locura.»

.»

!»

» Tal es la conclusión del Evangelio racionalista. ¡Despojado así de todo esplendor divino, de toda verdad histórica, de toda verosimilitud posible, y por el contrario, envuelto con un manto irrisorio, encubierto con el disfraz más miserable, más odioso y absurdo, el nombre de Jesús acaba de obrar este prodigio a la faz del mundo! El racionalismo moderno que niega todos los milagros, no podía negar este, aun auxiliado por una comisión de químicos.

. Obra de curiosidad y hasta cierto punto de buena fe, establecióse esta leyenda a fines del siglo I sobre un), compuesto según las noticias y los recuerdos del apóstol Pedro; 2.º una colección de sentencias () escrita en hebreo por Mateo, y que cada cual tradujo lo mejor que pudo. No es sostenible que estas dos obras, tales como las leemos, sean absolutamente semejantes a las que leía Papías; primeramente, porque el escrito de Mateo se componía tan solo de discursos en hebreo del cual circulaban traducciones bastante distintas, y en segundo lugar, porque para Papías eran enteramente distintos el escrito . Pues bien, en el estado actual de los textos, el Evangelio según Mateo, y el Evangelio según Marcos, . Esto prueba perfectamente que no conservamos, respecto de Mateo ni de Marcos, las redacciones originales. Nuestros dos primeros Evangelios son ya solo arreglos o coordinaciones de éstas. Cada cual deseaba, en efecto, poseer un ejemplar completo. El que sólo tenía en su ejemplar discursos, quería tener relatos, y recíprocamente. Por eso se ve que el Evangelio según Mateo ha reunido casi todas las anécdotas del de Marcos, y el Evangelio según Marcos contiene en el día una multitud de pasajes o rasgos provenientes de los Logia de Mateo.» En cuanto a la obra de Lucas, - es todavía mucho mas, débil su valor histórico. Lucas tuvo probablemente a la vista la colección biográfica de Marcos y los Logia de Mateo; pero procede respecto de ellas con suma libertad; pues unas veces refunde dos anécdotas . Es, pues, este Evangelio un documento de segunda mano.-El cuarto Evangelio, el de Juan, nos presenta . En él se despliega todo un nuevo ? «Es, pues, claro que los .

. Si hubiera interrogado el código CCXXXII del Myriobiblon de Focio, hubiera descubierto que se honra en él a San Papías, obispo de Hierápolis, con el título de mártir. Finalmente, los Bollandistas que el crítico se vanagloriaba en otra época de haber leído, y que parece haber olvidado después demasiado, le hubieran traído a la memoria que San Papías, obispo de Hierápolis, encarcelado primero con Onésimo, discípulo de San Pablo, fue desterrado posteriormente por su fe en la divinidad de Jesucristo. ¡Por mi parte creería siempre en verdad a testigos dispuestos a sellar su declaración con su sangre! Pues bien, San Papías,

varón grave, que recogió en el año 105 de la Era cristiana todo lo que se podía saber de la persona de Jesucristo, se expone a la muerte, confesando la divinidad de Jesús en el tribunal del prefecto de Roma, Tertullo.

. Y es que el sentido de la célebre expresión «Logia» no se circunscribe . Así llama San Ireneo a los Evangelios: los Logia del Señor. Así Clemente de Alejandría les da el nombre de Logia de verdad, y designa toda la Sagrada Escritura con el término genérico de . Así llama Orígenes a los Evangelios Logia divinos. Así el mismo San Papías escribió tres libros titulados: Exposición de los Logia (Evangelios) del Señor. Como para prevenir el equívoco en que acaba de incurrir tan torpemente la filología, hablando San Papías del Evangelio de Marcos, de este Evangelio que sólo contiene anécdotas según el sistema del moderno exégeta, no encuentra dificultad alguna en designarlo con el título de : Discursos del Señor; de suerte que da San Papías al Evangelio de Mateo, que, según se dice, sólo contiene sentencias, exactamente el mismo nombre que al Evangelio de Marcos, que, según se quiere, sólo contiene anécdotas. En vista de tales hechos, ¿a qué se reduce la distinción capital inventada por el nuevo traductor, y la antítesis triunfante que debería destruir la creencia en la narración evangélica, destruyendo por su base la fe en la divinidad de Jesucristo? Y si desease saber el racionalismo por qué se ha

.» Siendo así, la revelación de las Escrituras en general y la del Evangelio en particular debía llevar el nombre de su autor. El Logos, el Verbo divino, nos dio los Logia. Sin duda que esto se

. «Los libros de Papías ascienden al número de cinco, dice Eusebio, y se titulan: Exposición de los Logia (Evangelios) del Señor. Su autor se expresa así al principio: Se me agradecerá que transmita la enseñanza que recibí de los Ancianos, cuya memoria he .» Es decir, que

.»

. Llámase Jesucristo, nombre que recibió la Iglesia católica de los apóstoles, que conserva en su integridad compleja, y que no le dejará dividir ni por las fantasías del racionalismo, ni por las predilecciones injustificables de la herejía. Pues bien, el nombre de Jesucristo es el lazo que une las dos edades de la historia humana. Lo que fue prometido, figurado, predicho, designado anticipadamente y esperado durante cuatro mil años, fue el Cristo. No basta, pues, introducir subrepticamente, en la serie de los siglos, un Jesús de imaginación, inventado por la credulidad, popularizado por la leyenda, para entregarlo como un rey de teatro, a la irrisión del vulgo. Antes de pensar siquiera en atacar al Evangelio, es preciso destruir todos los libros del Antiguo Testamento que anuncian el advenimiento de un

Mesías; es preciso quemar todos los monumentos de las literaturas egipcias, chinas, indias, asirias, persas, griegas y romanas que atestiguan uniformes la creencia del mundo en una redención futura, cuyos sacrificios son su señal en cierto modo sacramental, cuyos ritos religiosos son su expresión popular. ¿Hase reflexionado en la inmensidad de esta hecatombe que debió comenzar en Manethón y en Confucio, pasando por Hesiodo y Homero, para terminar en Virgilio, Cicerón y Tácito? No es esto todo. No solamente los monumentos escritos de las civilizaciones estudiadas hasta aquí, proclaman la decadencia primitiva de la humanidad, la necesidad de una rehabilitación y la fe en un revelador futuro, sino que adquieren voz las piedras mismas y emplean el mismo lenguaje. Destruíd, pues, previamente en todos los puntos del globo, todos los recuerdos lapidarios, las estatuas, los bajo-relieves, las columnas, los arcos triunfales, los mármoles y los bronceos antiguos: arrasadlo todo, desde los templos trogloditas de Mahalibapur y los pylonos de Karnac, pasando

.» Así, el Redentor será hijo de una mujer; Dios no le designa padre en el mundo. El Redentor quebrantará la cabeza de Satanás; no será, pues, solamente un filósofo, un sabio, que destruya algunos errores, que reforme algunos abusos parciales; tendrá el poder sobrehumano de aplanar el error, el mal, en su origen, de una manera absoluta. Tales son, en el punto de partida, los dos rasgos característicos del Mesías. Sucesivamente van a dibujarse con toda precisión todas las líneas de su figura celestial. El Redentor, «en quien serán benditas todas las naciones de la tierra, saldrá de la raza de Abraham.» El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las Naciones parecerá «en la época en que el cetro será quitado de la casa de Judá.» Será «hijo de David, y, no obstante ser su generación eterna, nacerá en Belén.» -«Una Virgen concebirá y parirá un hijo cuyo nombre será Dios con nosotros (Emmanuel). Será el Cristo, rey de Israel Jesús el Salvador.» -Nacerá una estrella de Jacob.» -«Traeranle presentes los reyes de Arabia y de Sabá.» Sin embargo, será preciso «volver a Egipto al divino niño.» -«Elevarse del desierto una voz, y será precursor de Cristo otro Elías.» -«El Mesías tendrá toda la autoridad ; será, además, sacerdote según el orden de Melquisedech; rey en la eternidad.» -«Su palabra se dirigirá a los humildes y a los afligidos.» -« Abriránse los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; saltarán los cojos como los ciervos, y será desatada la lengua de los mudos.» -«Será honrado con la presencia del Mesías el Templo de Zorobabel.» - «La hija de Sión saltará de alegría; la hija de Jerusalén se colmará de júbilo al acercarse su rey, el Justo, el Salvador: él vendrá pobre y montado en una asna seguida de su pollino.» -«Carecerá su aspecto de externo esplendor, y le veremos sin reconocerle.» -«Congregaránse contra él en consejo los que acechaban su vida.» -«El hombre con quien vivía en paz y que comía el pan de su mesa, le venderá.» -«Nadie le prestará auxilio al acercarse el peligro, caerá en desaliento y su sangre correrá como el agua.» -«Será herido el pastor y se dispersarán las ovejas.» -«Será estimado en precio de treinta monedas de plata que serán arrojadas en el Templo, y que se entregarán después al alfarero.» Sin embargo, «abandonará su cuerpo a los verdugos y su rostro a las bofetadas, sin volver el semblante a las salivas y a las injurias de sus enemigos.» -Dejarase conducir a la muerte, como la oveja que se lleva al matadero; pero llevará en los hombros el cetro de su reinado.» -«Serán taladrados sus pies y sus manos, y se contarán sus huesos.» - Repartiránse sus vestiduras y echarán suertes sobre su túnica.» - «Cubierto de heridas por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes, se ofrecerá él mismo y por su libre voluntad, en sacrificio.» -«Los que le vean, insultarán su angustia, y le ultrajarán

moviendo la cabeza. ¡Pues que esperaba en el Señor, dirán, que el Señor le libre!» -«Se le dará a beber hiel y se le presentará vinagre para apagar su sed.» -«Rogará por los pecadores.» -«Entregará su alma en manos del Señor.» -«Morirá, más para resucitar; será glorioso su sepulcro, y se enarbolará entre las naciones su estandarte.» -Hállase también .

del mundo romano durante tres siglos? La Iglesia de Jesucristo venció a todos estos paganos, y siempre del mismo modo, padeciendo, orando, muriendo. Aún en el día se padece, se ruega, se muere por la divinidad de Jesucristo; y así será hasta el fin de los siglos. Estos son hechos, que es preciso negar, antes de despojar a Jesucristo de su manto divino. Pues bien, negarlos es negar la luz del sol; es destruir toda evidencia, aniquilar toda historia y sumergir el mundo en tinieblas. ¡Levántese ahora el audaz Erostrato intentando abrasar el edificio de la divinidad de Jesucristo! El cimiento de este edificio inmortal se remonta al Edén. Cada siglo de la historia antigua forma uno de sus pilares. Cristo es la esperanza de cuatro mil años; la flor sagrada del Antiguo Testamento; el Redentor esperado, descrito, señalado por todas las edades. ¡Jesús aparece en la cima de .

el cual será para ti objeto de gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque ha de ser grande en la presencia del Señor. Según la ley de los Nazarenos, no beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo, aún desde el seno de su madre; y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor, su Dios, delante del cual irá él, con el espíritu y la virtud de Elías, para conciliar los corazones de los padres con los de los hijos, y conducir los incrédulos a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Y preguntó Zacarías al Ángel: ¿Cómo conoceré que es cierto lo que me dices? porque ya yo soy viejo y mi mujer está muy avanzada en la edad. Y respondiéndole el Ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, y uno de los espíritus celestiales que circundan la majestad de Dios, de quien he recibido .»

. ¿Cómo habían de admitir los racionalistas un milagro al principio de la historia de Jesucristo! ¡Así, pues, rehúsan a Dios, en nombre del orden natural, inmutable en sus leyes, estudiadas por la ciencia, el poder de manifestar sus oráculos a un sacerdote judío, y de hablarle por ministerio de un Ángel! Por desgracia para los discípulos de Strauss, en esta ocasión les vence, abruma y rinde el milagro por todas partes. Y para librarse de la visión de Zacarías van a precipitarse en toda una serie de prodigios. Decís que la primer página de San Lucas es una adición apócrifa; concedido; fue la pluma de un impostor la que escribió en la cuna de Juan Bautista estas palabras: «muchos se alegrarán con su nacimiento,» pero ¿cómo es que se realizó esta profecía si fue obra de un impostor? ¿Por qué es célebre todos los años el día de la Natividad de San Juan Bautista en todos los puntos del universo? ¿Cuántas personas saben hoy en el mundo entero qué día es el aniversario del nacimiento de Alejandro o de César, sin embargo de haber sido ambos figuras bastante ilustres en la historia? ¡Y he aquí que en la cuna de un hijo oscuro de Aarón, predice un impostor, un falsario, que jamás perderá el mundo la memoria de una Natividad tan gloriosa! Esta profecía , y que la proseguirá por el orden cronológico (. Tales son los caracteres que señala de antemano, como debiendo considerarse propios exclusivamente de su obra. Si se suprimieran, pues, los dos primeros capítulos de San Lucas, es decir, el nacimiento de Juan Bautista y la historia de los primeros años de Jesucristo, ¿en qué se distinguiría el Evangelio de San Lucas del de San Marcos, puesto que comenzaría, como este último en el bautismo del Jordán? ¿Cómo justificaría la intención, previamente manifestada de tomar el relato desde el principio (. ¿Dónde colocar, pues, vuestro invisible falsario, en un período histórico examinado tan escrupulosamente? Tertuliano, Ireneo, anteriores a Orígenes, no le conocieron. San Papías, cuyos preciosos testimonios nota Eusebio con tanto cuidado, no tenía la menor sospecha de él. Guardad, pues, con vuestros demás mitos este milagro apócrifo. No ha podido inventarse después del suceso la primera página de San Lucas por un falsario póstumo.

, y no hubiera pensado en darle otro título. Sólo un contemporáneo podía escribir estas palabras: «En tiempo de Herodes, rey de Judea.» Porque en efecto, sólo un Herodes reinó en toda la Judea, pues los demás, confinados en sus tetrarquías, sólo reinaron en una parte de ella. Y nótese que no dice San Lucas: «Rey de los Judíos,» porque si bien podía equivocarse sobre este punto un impostor, un legendario póstumo, nunca podía equivocarse un contemporáneo. Herodes el Idumeo fue impuesto por Roma a la Judea; soberano de hecho, no de derecho, reinaba en el país contra la voluntad de sus habitantes. El rey de los Judíos sólo podía ser un heredero , u otro descendiente de la tribu de Judá y de la raza de

David. La pluma del pretendido apócrifo no tropieza entre tantos escollos. ¡La casualidad! se dirá. La casualidad es un Dios complaciente que ha escrito todas las líneas del Antiguo Testamento sin que haya que hacer en él una sola corrección. ¿Cuántos milagros no habéis atribuido a la casualidad? Agréguese también a su ciega responsabilidad la maravillosa exactitud con que vuestro falsario, del siglo segundo o tercero, habla de los orígenes y de las costumbres sacerdotales de los Judíos: «Zacarías, dice era de la raza de Abias, y su mujer Isabel era de la familia de Aarón.» Sin duda no ignoran los racionalistas modernos qué relación puede haber entre la raza de Abias y las funciones sacerdotales. Su ciencia no conoce eclipse, y no obstante un lector común podría no sospechar siquiera el motivo de esta correlación; con mucho más motivo, pues, hubiera podido equivocarse un oscuro falsario. Pero el apócrifo interpolador de San Lucas no ignora nada. Sabe que en tiempo de David fueron divididas en veinte y cuatro clases las familias sacerdotales provenientes de Aarón, a que pertenecía la de Abias. No ignora que se arregló por turnos el orden del servicio semanal de cada una de ellas en el Templo; que en su consecuencia, la de Abias ocupó el turno octavo. El falsario sabe todo esto, y ha leído a Josefo que dice en términos formales: «Este orden se ha mantenido hasta nuestros días.» Sabe muy bien el impostor otra cosa todavía; que los sacerdotes judíos podían elegir una esposa entre todas las tribus de Israel. El apócrifo lo sabe, y advierte como una particularidad notable, que la mujer de Zacarías no pertenecía solamente a la tribu de Levi, sino que descendía de la familia pontifical de Aarón. Con la misma seguridad de intuición da cuenta el afortunado legendario, dos o tres siglos después de la ruina del Templo, y viviendo tal vez a quinientas leguas de Jerusalén, de las funciones sacerdotales que consistían en cuatro principales deberes: 1.º La inmolación de las víctimas y la oblación de los holocaustos; 2.º El cuidado de las lámparas en el Candelero de oro; 3.º La confección y la ofrenda de los doce panes nuevos en la Mesa de Proposición; . Asimismo sabe que los sacerdotes al principiar su servicio cada semana, echaban suertes para distribuirse estos varios oficios. Esto bastaría para admirarse de la ciencia general de la historia judía, que posee vuestro legendario; pero llevando más adelante este examen, y entrando en los pormenores mismos de la función sacerdotal que describe, resaltará hasta la evidencia la demostración sobre su autenticidad.

, extendía la derecha hacia el pueblo, y pronunciaba en alta voz la fórmula legal: «¡Bendígaos y guárdeos el Señor! ¡Incline Jehovah sobre vosotros una mirada favorable, y otórgueos misericordia; vuelva hacia vosotros una mirada propicia, y concédaos la paz!»

. Y el Ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá (o fecundará) con su sombra, y así lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril, está ahora en el sexto mes. Porque nada hay imposible para Dios. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el Ángel desapareció.

. La China tiene su flor de virginidad: Lien-Huha, semejante al Lotus egipcio que hace, al soplo de Dios, a Isis fecunda. Los Druidas esperan a la Virgen Madre. Todos estos resplandores diseminados de una creencia primitiva que se remonta al Edén, se concentran en la revelación judía, alrededor del Lis de Israel, del Vástago de Jessé, que producirá la flor celestial. Una mujer «quebrantará la cabeza de la serpiente. Una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será Dios con nosotros.»

, de la antigua raza de los reyes de Judá. Su madre, Ana, descendía de Aarón; -y por este lado era la Santísima Virgen parienta de .» En estas palabras del ilustre obispo de Salamina, se encuentra la tradición del mundo católico, tal como nos la transmitieron los Apóstoles. Hoy repetimos nosotros lo que escribía San Epifanio en el año 350; sabemos de la familia de María lo que sabía él mismo, y lo creemos como él.

. Esta Madre reunió en sí una plenitud de santidad y de inocencia, tal, cual no puede imaginarse mayor después de Dios, y cuya magnitud Dios sólo puede medir. Así como Cristo, mediador entre Dios y los hombres, destruyó, al revestirse con la naturaleza humana, el decreto de nuestra condenación, y lo fijó vencedor en su cruz, así la Santísima Virgen, unida a Jesucristo con el lazo más estrecho y más indisoluble, entrando con él y por él en el eterno combate contra la antigua serpiente, ha triunfado sin reserva, quebrantando con su pie sin mancha, la cabeza del enemigo. ¡Triunfo magnífico y singular de la Virgen: inocencia incomparable, pureza, santidad, integridad sin mancha, efusión inefable de gracias, de virtudes y de privilegios divinos que proclamaron los Santos Padres, los cuales vieron su figura en el arca de Noé, que hizo sobrenadar la mano de Dios en el naufragio del género humano! Para ellos era la Escala de Jacob, que unía la tierra con el cielo, por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios, y en cuya cima descansaba Jehovah: era la Zarza ardiendo que vio Moisés rodeada de llamas, sin que tocara el fuego su verde follaje; la Torre inexpugnable, de donde penden los mil escudos, armadura de los fuertes y terror del enemigo; el Jardín cerrado, cuya entrada no manchará nadie, y a cuya puerta son impotentes el fraude y la asechanza; la Ciudad de Dios, centelleante de resplandores, cuyos cimientos se hallan colocados en las montañas santas; el Templo augusto de Jerusalén, . Al meditar las palabras de Gabriel y el mensaje con que anuncia el Ángel a la Virgen la dignidad sublime de Madre de Dios, han proclamado que esta salutación inaudita, solemne y sin precedentes, reconocía a la Virgen María como la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo; como tesoro, en cierto modo infinito, y como abismo inagotable de las gracias celestiales. De manera que sustraída a la maldición y participando con su Hijo de las bendiciones eternas, pudo recibir de la boca inspirada de Isabel, esta otra salutación: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. He aquí por qué, revindicando para María la inocencia y la justicia originales, la compararon a Eva en los tiempos en que, Virgen inocente y pura, no había sucumbido aún a las emboscadas mortales de la falaz serpiente, y aún llegaron a ensalzarla por una admirable antítesis, sobre este tipo primitivo. Porque en realidad, Eva prestó miserablemente el oído a la serpiente, perdió la inocencia original y se hizo la esclava del tentador; más al contrario, la bienaventurada Virgen, acrecentando sin medida el don original, lejos de abrir el oído a

las seducciones de la serpiente, destruyó con la virtud de Dios, su energía y su poder. Tal es el sentido de los nombres que dan a María. . Han dicho también, hablando de la Concepción de la Virgen, que se había detenido la naturaleza trémula, ante esta obra maestra de la gracia. Según su testimonio, sólo tuvo María de común con Adán la naturaleza, mas no la culpa. Era conveniente que el Hijo único, a cuyo Padre cantan en los cielos el trisagio los serafines, tuviera en el mundo una Madre, cuya santidad no hubiese experimentado jamás eclipse. Pues bien, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y por Nuestra propia autoridad, declaramos, pronunciamos y definimos, como revelada por Dios, la doctrina que enseña, que la muy bienaventurada Virgen María fue desde el primer instante de su concepción, por una gracia y un privilegio .

. Estaba tan arraigada en Oriente, desde el siglo VI, la tradición sobre este hecho histórico, que el mismo Mahoma creyó deber consignarlo en su Koran: «Habla de Mirjam, se lee en él. Refiere de qué modo dejó a sus padres, cómo fue al Oriente .» ¡Admirable conformidad de testimonios! La aureola con que rodea la fe católica la figura celestial de María y traspasa las nubes del mahometismo, prolongándose su radiación al través de las edades. La Presentación de la Virgen Inmaculada en el Templo de Jerusalén es un acontecimiento que hace época en los anales del género humano. Desde entonces fue educada María, dicen unánimemente los Doctores y los Padres, por el sacerdote Zacarías su pariente. Desde la época de Moisés y en toda la serie de la historia judía, rodeaban el santuario de Jehovah piadosas mujeres y jóvenes vírgenes. El templo de Zorobabel tenía, después de la restauración de Herodes, un distrito dedicado especialmente para uso de las mujeres, aislado de la clausura, con dos puertas, que daban, la una a la ciudad, y la otra al Templo. En este asilo de oración, de recogimiento y de santas labores, se deslizaron a las miradas de los Ángeles, los primeros años de la humilde María. En la época de la mayoría de edad de las mujeres judías, hacia los catorce años, entregó Zacarías la joven virgen a sus padres en Nazareth, para que se desposara, según la ley de los Hebreos. La sucesión temporal era el honor de las mujeres en Israel; todas las bendiciones de la Antigua Alianza se referían a ella; el porvenir del mundo dependía de la perpetuidad de la raza de Abraham, que debía dar a la tierra el germen bendito, en el que se salvarían las naciones. .

.»

,» en vano tratará de persuadirnos que tenemos a la vista «una leyenda sin valor, una amplificación pueril.» ¿Es cierto que fue prometido un Dios Salvador del mundo, después del Edén, y predicho por todos los profetas y esperado por toda la serie de las edades en el Antiguo Testamento? No puede negarse, a no destruir la historia. ¿Es cierto que es adorado Jesucristo durante dos mil años, como Salvador, como Hijo de Dios en la eternidad y como Hijo de María en el tiempo? Nadie podría ponerlo en duda, a no negarse a sí mismo. Pues para que se prosternara un solo hombre ante Jesucristo (y se cuentan por millares sus adoradores), ha sido necesario que se hallase rodeada la historia del Señor de señales incontestables de credibilidad. Cuantas más páginas se arranquen a su divina historia, se

imposibilita más la fe en su divinidad. Entonces excedería el milagro de haber creído sin pruebas, en proporción infinita, a la prueba de los milagros que negáis. Así, cuando pensáis haber dicho la última palabra, atribuyendo el Magnificat a un falsario, y creéis haberlo destruido todo, relegando el relato de la Visitación entre las crédulas invenciones de un apócrifo, no habréis hecho, no obstante, más que multiplicar rechazándolas, dificultades inexplicables. Supongamos, pues, si

es su nombre; de lo que quedaron todos admirados. Y en aquel momento, se desató la lengua del sacerdote, y empezó a hablar, bendiciendo a Dios en alta voz. Un temor religioso se apoderó de todos los asistentes. Y en las montañas de Hebrón, donde se divulgaron estas maravillas, conservaron sus habitantes su memoria, y se decían unos a otros: ¿Quién será algún día este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor esta con él. Y Zacarías, su padre, inspirado por el Espíritu Santo, hizo oír estos proféticos acentos: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en el seno de la familia de su siervo David, según prometió por boca de sus Santos profetas que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente siempre su santa Alianza; conforme al juramento que hizo a Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. ¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, a preparar sus caminos, enseñando a su pueblo la ciencia de la salvación, para que obtenga la remisión de sus pecados, por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, con la cual vino a visitarnos ese Sol naciente de lo alto del cielo, iluminando a los pueblos sentados en las tinieblas y a la sombra de la muerte, y dirigiendo nuestros pasos por el camino de la paz!- Tales fueron las palabras de Zacarías. Y el niño crecía y se fortalecía en el Espíritu del Señor y habitó en los desiertos hasta el tiempo de su manifestación pública en Israel.»

!» Tal era la palabra final del ciclo profético. La Judea, trémula de impaciencia y de esperanza, interrogaba todos los horizontes, y se estremecía en la expectación. ¡Llega el Dominador, el Rey, hijo de David, cuyo trono no tendrá fin; el Deseado de las colinas eternas; el Mesías; el Cristo! ¿Qué voz tendrá la gloria de ser la primera en anunciar su advenimiento al mundo? ¿Quién será el primero que señale su Precursor? Evidentemente, en semejante situación de los espíritus, en medio de la expectativa de un pueblo entero, debieron grabarse en la memoria con caracteres indelebles, todos los rasgos que podían referirse a la realización de las esperanzas unánimes, ávidamente recogidos por la atención pública. Así fue a la verdad, según lo atestigua el Evangelio. Los prodigios verificados en la cuna de Juan Bautista, despertaron la esperanza en todos los corazones. «¿Quién será, se decía, este niño extraordinario?» Semejante lenguaje no ha podido imaginarse después del suceso. Siéntese vibrar en toda esta narración la impresión de la época, en su candidez y su profundidad. El historiador no ha perdido el menor detalle y el pretendido legendario es aquí, como en todas partes, de una exactitud desesperadora para el racionalismo. Un apócrifo póstumo no hubiera dejado de colocar la escena de la Circuncisión, para dar más colorido a su relato, en el atrio del Templo. Hubiera designado un sacerdote para realizar la ceremonia. El afortunado Zacarías hubiera sido rodeado de la tribu sacerdotal, que le hubiese felicitado por su curación súbita, y hubiera oído de sus labios la magnífica

predicción de los destinos de su Hijo. Pero no hay nada de esto en el Evangelista. Sabe que no exigía la Circuncisión entre los Judíos, rigurosamente el ministerio sacerdotal, ni aún el levítico. Bastaba una mano profana para imprimir sobre los hijos de Abraham el sello exterior de la alianza divina; por tanto, se circunscribió la solemnidad al hogar doméstico de Hebrón. El historiador sabe además, que en semejante caso, se reunían alrededor del recién nacido toda la parentela y toda la vecindad. Un nacimiento en Israel tenía no solamente el carácter de un regocijo nacimiento de familia, sino de una bendición pública. Todo esto resulta como de un modo natural, del texto sagrado, sin gran examen, sin esfuerzo, sin preparación. Un hebraizante moderno que quisiera

. Y al despertar Josef del sueño, obedeció la prescripción del Ángel del Señor, y retuvo a María por esposa.» La terrible ansiedad de Josef forma con la tranquilidad de María en esta circunstancia, un contraste de que se apoderaba victoriosamente Orígenes contra las odiosas calumnias de Celso. La ley mosaica era terminante. Al tribunal de los Sacerdotes pertenecía el juicio de la mujer culpable, y no había lenidad en la sentencia, como nos lo demuestra suficientemente el ejemplo de Susana; así es que esperaba a la desposada convicta de crimen, el suplicio de la lapidación. Nunca se insistirá demasiado sobre este hecho capital, que forma por sí solo una demostración completa de la veracidad del Evangelio. Herido Josef en su honor, perseguido por la más cruel duda,

. » Cada palabra del texto Evangélico toca aquí cuestiones capitales. Historia universal, pormenores particulares de la administración de las provincias; derecho romano, puesto en parangón con el derecho judío; en estas breves líneas, donde no encuentra el lector la menor vacilación, se hallan resueltos los problemas más complicados y del orden más diverso. El Evangelista no hubiera podido pasar tan ligeramente sobre hechos de tal importancia, a no referirse a recuerdos todavía vivos de una generación contemporánea, y a no hablar de hechos notorios que todos habían visto, oído y experimentado. No afecta sin embargo este carácter intrínseco de autenticidad a nuestros modernos racionalistas. San Lucas, dicen ellos, menciona un empadronamiento universal ordenado por Augusto en la época del nacimiento de Jesucristo; es así que no habla de este empadronamiento ningún historiador moderno; luego ha mentido el Evangelio. Tal es el silogismo de Strauss, adoptado por d'Eichthal, Salvador, etc. Merecen citarse íntegras sus palabras, porque han obtenido en estos últimos tiempos una publicidad más ruidosa. «Los textos con que se trata de probar, dicen ellos, que debieron extenderse al dominio de los Herodes algunas de las operaciones de estadística y de catastro, mandadas por Augusto, o no implican lo que se les hace decir, o son de autores cristianos que han tomado estos datos al Evangelio de Lucas.» He aquí la objeción; nadie hallará la tesis oscura o mal deslindadas las posiciones.

), confirmado con el nombre de Augusto y el de Agripa, su colega; el tercero el año 767 de Roma (14 de la E. V.), que lleva los nombres de Augusto y de Tiberio. Es indudable que ni este primero ni este último empadronamiento tienen relación con el que menciona San Lucas; el uno es 28 años anterior al nacimiento de Jesucristo; el otro es 14 años posterior, por lo menos; el uno llevaba los nombres de Augusto y de Agripa, el otro los de Augusto y de Tiberio, al paso que el edicto citado por San Lucas, no debe llevar más que un solo

nombre, el de César Augusto: *Exiit edictum a Caesare Augusto*. Pero hubo un empadronamiento intermedio, que refiere el mármol de Aneyra en estos términos significativos: «Yo he cerrado sólo el segundo lustro con el poder consular, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Durante este lustro se han empadronado por cabezas los ciudadanos romanos, habiendo resultado ascender su número a cuatro millones doscientos treinta mil.» Nos hallamos ahora ante un texto que indudablemente no es de un autor cristiano, «y que no ha podido tomar al Evangelio de Lucas su dato,» por la razón suprema de que Augusto murió cuarenta años antes que San Lucas escribiese su Evangelio. No es posible sospechar connivencia sobre este punto. Ahora bien, el mármol de Aneyra usa exactamente el mismo lenguaje que San Lucas. La concordancia es perfecta. El segundo lustro, es decir, el intervalo transcurrido desde el último empadronamiento, fue cerrado por Augusto, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Así lo dice la Inscripción lapidaria, para que llegara el empadronamiento al número oficial inscrito por Augusto, debió comprender todas las provincias anejas, súbditas o aliadas del Imperio por do quiera, todos los puntos a que se había concedido a alguna familia el título de ciudadano romano. Y tal era en particular el estado en que se hallaba la Judea. El padre de Herodes, Antipas el Idumeo recibió como un ilustre favor este título que no había extendido aún al universo entero la locura de Caracalla.

.» Tácito alude también a este empadronamiento de un modo manifiesto: «Augusto, dice, dejó al morir una obra póstuma, titulada: *Breviarium Iniperii* (Sumario del Imperio), donde se consignaban todos los recursos del Estado, cuántos ciudadanos y aliados había en todas partes bajo las armas; cuantas flotas, reinos y provincias; los foros y tributos; los gastos que había que hacer, y las gratificaciones que conceder; todo escrito de mano del príncipe.» Después de la muerte de Augusto, decía también Suetonio, «llevaron al Senado las Vestales, con el testamento imperial, a cuyas manos había confiado Augusto, en vida, este depósito precioso, tres paquetes sellados; el uno contenía órdenes relativas a sus funerales; el otro un sumario de los actos de su reinado hecho para grabarse en tablas de bronce, ante su mausoleo» (el Mármol de Ancyra, de que acabamos de hablar, es precisamente, sino su original, al menos una copia auténtica); «finalmente, el tercero era el *Breviarium Imperii*. En él se veía cuántos soldados había por todas partes bajo las armas; cuánto dinero había en el Tesoro, así como en las diversas arcas del fisco, y finalmente, a cuánto ascendían las rentas públicas. «Estos textos, a los cuales se agrega el de Dion Casio, que se expresa lo mismo, no son ciertamente de origen cristiano; «no han tomado sus datos del Evangelio de Lucas.» «Antes implican verdaderamente lo que se les hace decir» porque ¿cómo hubiera podido reunir, en efecto, Augusto, los elementos de un trabajo que comprendía a todos los ciudadanos y aliados, los recursos y los cargos militares, marítimos y rentísticos del Imperio, de las provincias y de los reinos, a no haber tenido previamente en su mano la estadística de un empadronamiento universal? No es necesario ser un grande estadista para comprender la correlación necesaria, rigurosa, absoluta que existe entre estas dos ideas. El *Breviarium Imperii*, redactado por Augusto y citado por Tácito, Suetonio y Dion .» Agripa el Joven debía saber el derecho romano bajo el cual vivía. Herodes tenía su trono por la benévola voluntad de Roma, pudiendo hacerle bajar de él una señal de Augusto, así como le había hecho subir otra. Sabidas son las circunstancias de la concesión imperial hecha en favor de Herodes después de la batalla de Accio. Pues bien, nadie da más de lo que tiene; Roma tenía, pues, la propiedad real de la Judea, y para que no lo olvidase Herodes, unió

Augusto a su título de rey vasallo, el de gobernador romano en Oriente. Herodes no era, pues, más que un gobernador coronado. En cuanto al hecho: el inviolable «dominio de los Herodes» fue violado en el año 37 de la era de Accio, por la deposición de Arquelao, hijo de Herodes, que fue desterrado por Orden de Augusto a Viena, en las Galias, y diez años antes había sido violado por el empadronamiento de Augusto, en la época del nacimiento de Jesucristo. Esta vez lo afirma un Judío que no tiene nada que ver con San Lucas. El año penúltimo del reinado de Herodes, «se vio obligado todo el pueblo judío, dice Josefo, a prestar el juramento individual de fidelidad a César, habiendo protestado y negándose a obedecer solamente seis mil Fariseos. Irritado Herodes de su resistencia, los condenó a una multa que pagó por ellos la intrigante Salomé.» ¡Este es el modo como respetaba César Augusto «el dominio de los Herodes!» Y para que no haya equivocación . ¡Explíquese ahora esta pasmosa concordancia! El año en que fueron obligados los Hebreos, según Josefo, a prestar juramento individual a César Augusto, es exactamente el mismo en que escribe San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.»

.» Así habla un jurisconsulto romano a toda una sociedad en expectativa y pronta a apoderarse y abultar la más ligera inadvertencia en su lenguaje. Así es como se explica ciento cincuenta años solamente después de la muerte de Augusto, cuando estaba aún tan reciente en Roma la memoria de este glorioso reinado, como puede estarlo en Francia la de Luis XIV; cuando se trataba de un hecho, tal como un empadronamiento universal, base de todo el impuesto, de todos los contratos de propiedad, de todas las prerrogativas hereditarias adherentes al título de ciudadano, de todos los estados de nacimiento, de familia o de condición en el Imperio. ¡Es posible imaginar que evoque aquí Tertuliano un «dato» completamente desconocido a los romanos «tomado de San Lucas!» «¡Cuando apela de él el jurisconsulto a los archivos públicos de Roma, a los documentos originales del empadronamiento de Augusto, significa esto para nuestros literatos que no tiene Roma otros archivos ni otros documentos originales que «el Evangelio de Lucas!» Esto es verdaderamente mofarse demasiado de la razón humana en nombre del racionalismo. Aunque no tuviéramos más que el testimonio de Tertuliano, bastaría para echar por tierra el famoso silogismo de Strauss, aun adicionado con la famosa paráfrasis de sus nuevos discípulos.

, gobernador romano de Syria. ¿Sería posible que ignorase el racionalismo que reinaba aún Augusto en el año 37 de la era de Accio? Hállase, sin embargo, probado que murió el primer emperador romano, más que septuagenario, en el año 44 de la era de Accio; por consiguiente, se verificaba en nombre de Augusto, el año 37, el empadronamiento de la Judea por Quirinio. Pero oigamos las mismas palabras del crítico, porque es sobrado inverosímil semejante contradicción. «El empadronamiento verificado por Quirinio, dice, al cual refiere la leyenda el viaje a Belén, es posterior por lo menos en diez años al en que habría nacido Jesucristo, según Lucas y Mateo. Y en efecto, los dos Evangelistas hacen nacer a Jesús bajo el reinado de Herodes (Mat. II, 1, 19, 22; Lucas, I, 5). Y el empadronamiento de Quirinio no se verificó hasta después de la deposición de Arquelao, es decir, diez años después de la muerte de Herodes, el año 37 de la era de Accio (Josefo, Ant. XVII, XIII, 5; XVIII; I. 1; II, 1). La inscripción por la que se quiso consignar en otro tiempo que hizo Quirinio dos empadronamientos, se ha reconocido como falsa (V. Orelli, Inscr. latin. núm. 623, y el suplemento de Henzen, a este número; Borghesi, Fastos

consulares (aún inéditos, en el año 742).» Es imposible equivocarse sobre este punto. El crítico dice positivamente que «en el año 37 de la era de Accio, después de la deposición de Arquelao, se verificó, no una operación catastral, sino un verdadero empadronamiento de la Judea por Quirinio.» Pues bien, Arquelao fue depuesto por Augusto; Arquelao era hijo de Herodes. «Su «dominio» fue violado por Augusto; Quirinio fue enviado a Judea por Augusto; Augusto sobrevivió siete años al 37 de la era de Accio. ¡Luego el racionalismo moderno, de quien no se sospechará que tomo «este dato del Evangelio de Lucas,» y cuya palabra «implica» muy realmente una contradicción, enseña con Tertuliano y San Lucas, que hubo un empadronamiento de la Judea en tiempo de Augusto! ¡Qué importa que no sepan los lectores vulgares qué emperador reinaba en el año 37 de la era de Accio? ¿Qué importa que no sospechen lo que puede haber de común entre Arquelao y «los Herodes?» Pueden muy bien ignorar el nombre del príncipe que depuso a Arquelao; nadie está obligado a saber, como Josefo, que el gobernador romano Quirinio fue enviado a Judea por Augusto, y como Tácito, que tenía el rango consular, que era amigo del emperador y preceptor de sus nietos. Estos pormenores prueban indudablemente la contradicción del crítico; pero el silencio en que éste los envuelve, atestigua, al mismo

.» La deposición de Arquelao, hijo de Herodes, se verificó cerca de diez años después de la muerte de su padre, o sea en el año 37 de la era de Accio. Luego el Evangelio de San Lucas equivoca la fecha, cuando coloca la operación de Quirinio en tiempo de Herodes, y cuando dice: *Haec descriptio prima facta est a praeside Syriae Cyrino*. Esta vez es decisiva la objeción. A menos de suponer que hizo Quirinio anteriormente un viaje a la Judea, en tiempo de Herodes, es imposible conciliar el texto de San Lucas con el de Josefo. «Ahora bien, está reconocida como falsa la inscripción por la cual se pretendía consignar en otro tiempo que Quirinio hizo dos empadronamientos. (V. Orelli, *Inscr. lat.*, número 623, y el suplemento de Henzen a este número. Borghesi, *Fastos consulares* (aún inéditos), en el año 742).» Luego No queda, pues, ya sombra de contradicción entre el texto original de San Lucas y el testimonio de Josefo, y ha venido a tierra el triunfante silogismo. Pero ¿es tal vez arbitraria la interpretación de Teofilactes; es tal vez desconocida y sin autoridad en el mundo sabio? No. «Cuanto más se examina el versículo griego, ya en sí mismo, ya en sus relaciones con lo que le rodea, dice M. Waillon, más se quiere entenderlo en este sentido. La explicación de Teofilactes parece natural en un autor que hablaba el griego, y tiene en él tanto más valor, cuanto que según toda apariencia, no creía que fuera el gobierno de Quirinio en Syria, posterior de diez a doce años al edicto imperial, citado por San Lucas.» Después de este testimonio de la ciencia contemporánea, sólo nos resta que decir, que en estos tres últimos siglos, toda la Alemania, desde Keplero hasta Michaelis y Huschke y toda la Inglaterra, desde Herwaert hasta Lardner; todos los sabios europeos, desde Casaubón hasta los Bollandistas y a los demás autores del Arte de comprobar las fechas,

. ¡Verdaderamente es cosa peregrina un «en otro tiempo» que data de 1830! «¡El suplemento de Henzen y Borghesi, *Fastos consulares* (aún inéditos)» realza maravillosamente la venerable antigüedad de 1830! El mundo sabía hacía largo tiempo, que en el año 138 de nuestra era se expresó San Justino en su Reclamación oficial presentada al emperador Antonino Pío en estos términos: «Jesucristo nació en Belén, pequeña villa judía, situada a treinta y cinco estadios de Jerusalén, como puedes cerciorarte consultando las tablas del empadronamiento de Quirinio, tu primer gobernador en Judea.» Tal era el

lenguaje de San Justino en una Apología en favor de los Cristianos, puesta a los pies del Señor del mundo, y que tuvo por resultado poner fin a la tercera persecución general. Esta Apología de San Justino tuvo que pasar como todas las reclamaciones oficiales, antes de llegar a poder del César, por manos y por la inspección de los oficiales, de los secretarios y de los consejeros imperiales. ¿Es de creer que evocase San Justino ante estos jueces, los registros de Quirinio si no hubiesen sido realmente conocidos con tal nombre, si no hubieran referido el nacimiento de Jesucristo en Belén? Habiendo matado los Romanos diez millones de mártires por odio a Jesucristo, hubiera sido mucho más sencillo abrir los archivos públicos de Roma, y mostrar a los Cristianos que se les engañaba, que no había registro alguno que

? Cuando se piensa que durante cerca de dos mil años ha experimentado el Evangelio la comprobación hostil de los sabios, de los filósofos, de los incrédulos de todos tiempos y países, sin que hayan conseguido borrar una sola coma de este libro, es preciso convenir, a no renegar de toda razón, de toda ciencia y de toda filosofía, en que es divino el Evangelio. Cada letra de esta obra inspirada resplandece a medida que se fijan los ojos en ella. ¡Dichosos los siglos que se iluminan con estos rayos de la verdad eterna, en vez de tomarse la ingrata y estéril tarea de oscurecerlos! No hay duda que la lucha empeñada contra la luz va a parar en definitiva al triunfo de la luz. Todos los sofismas, cuya refutación acabamos de ver, hacen más patente y brillante la augusta sencillez de las palabras de San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento se hizo por Cirino, gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse a la ciudad de donde cada uno descendía. Y Josef que era de la casa y familia de David, .»

.»- ¿No era Jesús de la familia de David? Si principiara un escritor moderno la historia de Alejandro con estas palabras: Alejandro el Grande no era hijo de Filipo, rey de Macedonia, obraría con prudencia en no remitir a su lector a un desdeñoso, «véase más adelante páginas 237 y 238.» Es verdad que jamás obtendrá la historia de Alejandro la notoriedad que la Vida de Jesús. Habrá, pues, que tener la paciencia de buscar la cita indicada, para saber a qué familia pertenecía el Salvador, para saber qué nueva genealogía debe sustituirse a la de San Lucas, que le hace descender de David, y a la de San Mateo, que le da el mismo origen. No puede menos de despertarse vivamente la curiosidad, sobre todo, en vista de textos precisos de San Marcos que afirma ser Jesús de la familia de David. Pues bien, «el Evangelio de Marcos, se nos dice, es de los tres sinópticos el más antiguo, el más original, el menos recargado de fábulas tardíamente insertas.» San Juan ha escrito en el Apocalipsi estas palabras significativas: «En cuanto a mí, Jesús, yo soy la raíz y la prosapia de David.» Pero no tiene San Juan las simpatías del moderno racionalismo porque deja ver sin cesar, dice, las preocupaciones del sectario; sus cláusulas son presuntuosas, pesadas, mal escritas: todos sus discursos están llenos de una metafísica refinada.» Es evidente que la pluma que ha escrito el In principio, no estaba cortada a gusto de nuestros literatos. El autor de los Actos de los Apóstoles por lo menos ha encontrado gracia a los ojos de los nuevos exégetas. Pues bien, se lee en la segunda página de los Actos, que saliendo San Pedro del Cenáculo, se dirige a la muchedumbre, el Cristo esperado y predicho. Tres mil judíos se

hacen bautizar a su voz. San Pablo, un judío discípulo de Gamaliel, nutrido en todas las tradiciones nacionales, dice de Jesucristo que «le hizo nacer Dios de la raza de David, según la carne.» Habíase pues creído hasta el día, bajo la fe de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas, de San Juan, de San Pedro y de San Pablo, que Jesucristo era hijo de David. La unanimidad de creencia fundada en la unanimidad de testimonios contemporáneos hace más interesante la revelación remitida negligentemente al «Véase más adelante páginas 237 y 238.» He aquí esta revelación: La familia de David, nos dice en fin, se había extinguido, a lo que parece, hacía mucho tiempo; ni los Asmoneos de origen sacerdotal, podían tratar de atribuirse semejante descendencia; ni Herodes ni los Romanos piensan un momento en que exista a su alrededor representante alguno de los derechos de la antigua dinastía.» A esto se reduce todo. Evidentemente los cuatro Evangelistas y los testimonios de San Pedro y San Pablo quedan destruidos por esta frase: «¡No era Jesús de la familia de David!»- «Parece que se había extinguido hacía largo tiempo la familia real;» y por esto sin duda estaban acordes todos los Judíos en esperar un Mesías, hijo de David. «Parece que los Asmoneos no tenían nada de común con la descendencia de David.» Y ¿qué tienen que ver los Asmoneos con Jesucristo? Y no obstante, afirman los Talmudistas que los Asmoneos asociaron la sangre de la tribu real a la tribu de Aarón. «Parece que no pensó Herodes un momento que existiera a su alrededor representante alguno de la antigua dinastía.» Por eso hizo degollar Herodes a todos los niños de Belén. «Parece que no se preocupan de esto los Romanos» ¿y qué tenían que ver con ello los Romanos? Sin embargo, como si no debiera quedar una sílaba de todos los «parece» del racionalismo, quiso el presidente romano Pilatos, conservar obstinadamente a Jesús crucificado su título oficial de Rey de los Judíos. Y Vespasiano, después de la destrucción de Jerusalén, hacía buscar y matar a todos los miembros que sobrevivían de la familia de David.

. ¿Qué era todo el resto a los ojos del derecho? Esclavos o vencidos. He aquí por qué se hacía el empadronamiento en Roma, por tribus, es decir, en el lugar originario sin consideración al lugar de la residencia. Convocábase a los ciudadanos de las provincias a Italia, para que se inscribieran; y recíprocamente, se mandaba a los Latinos que residían en Roma, que fueron a sufrir el censo en sus propios municipios. Establecióse como regla absoluta por la ley Julia, que se hiciera cada uno empadronar en la ciudad de que era ciudadano; y el libro De Censibus, de Ulpiano, nos ha conservado hasta las fórmulas legales de los estados de empadronamiento, los cuales reproducimos aquí para convencer al lector sobre el verdadero carácter de lo que afecta llamar el racionalismo una «operación insignificante de estadística y de catastro.» No se acusará a Ulpiano, secretario y ministro de Alejandro Severo, de ignorar el derecho romano. En cuanto al derecho judío sería inútil probar que se hallaba esencialmente basado en la división por tribus, por familias y por patrimonios o herencias.

, un hecho más reciente, que demostrará la persistencia de estas costumbres en Siria. «Habiendo querido Abdul Melik proceder a un empadronamiento de la Judea, mandó como Augusto, que acudiera cada individuo ».

». Vamos a poner en toda su claridad estas observaciones del sabio arqueólogo. No se habrá olvidado la Reclamación oficial dirigida a Antonino Pío por San Justino: «Jesucristo ha nacido, decía el Apologista, en Belén, pequeño pueblo judío, situado a treinta y cinco estadios de Jerusalén, según podéis cercioraros, abriendo los registros del empadronamiento de la Judea, por Quirinio». Así hablaba un testigo ocular, un siglo después de la muerte de Jesucristo. He dicho testigo ocular, porque habiendo nacido San Justino en el año 103 de la E. C. en Flavia Neapolis, la antigua Siquem, a veinte leguas solamente de la capital de Palestina, paso en ella toda su juventud, y vio en su consecuencia, los sitios de que habla. Esto es tanto menos dudable, cuanto que procediendo de una familia de colonos paganos trasladados por Vespasiano y Tito a la Judea, se convirtió San Justino al cristianismo a la edad de treinta años. Tenemos, pues, en él, no solamente un testigo ocular, sino un testigo que se vio en la obligación de estudiar escrupulosamente los hechos de que habla, puesto que fue incrédulo, antes de convertirse; condición manifiestamente preferible para hablar de una religión, a la de un escritor que hubiera principiado por creer en ella y que terminase por la apostasía. Para librarse de las seducciones de la filosofía platónica y abrazar la sabiduría de Jesucristo, «única verdadera» como lo expresa él mismo, debió San Justino determinarse por motivos irrecusables de credibilidad. Pues bien, San Justino encuentra precisamente

». Pues bien, explicadnos ¿por qué prodigio de inexplicable poder conseguirían los Cristianos, relegados en las catacumbas, arrojados a los leones en el anfiteatro, encarcelados en todos los calabozos ». ¿Qué son estas evoluciones de un comentario pueril ante los hechos reales de la historia? ¿A quién se hará creer que las colonias romanas que habitaban la Palestina, que permanecieron fieles al culto de los dioses del Imperio, que estaban sumamente interesadas, por su celo en favor de la divinidad de César, en sofocar el cristianismo naciente, se hicieran eco de una leyenda cristiana, cuando se trataba de un hecho contemporáneo y de una localidad que tenían a la vista? Pero no es esto todo. El mismo San Justino insiste sobre este hecho capital, en la célebre conferencia que tuvo en Roma con un judío, y de que nos ha dejado el acta auténtica, con el título de Diálogo con Tryfon: «Cuando nació Jesucristo en Belén, dice, fue informado de ello el rey Herodes por los Magos, que venían de Arabia, y resolvió matar al niño; pero Josef, por orden de Dios, tomó a Jesús, con María, su madre, y se refugió a Egipto». Así habla San Justino. ¿Qué objeción va a hacerle su interlocutor? Oid: ¿No podía Dios, responde el judío, hacer morir a Herodes del modo más fácil? «He aquí lo que halla que oponer a este relato un hebreo, Tryfon, que estaba muy al corriente de la historia evangélica, y de la que sólo se hallaba separado por un intervalo de ochenta años. Si no hubiera pues nacido en Belén Jesucristo; sino hubiera pensado nunca Herodes en hacer degollar a los niños de Belén; sino hubieran ido jamás a Egipto Josef y María; si hubieran sido todos estos hechos una leyenda cristiana, sin realidad, sin notoriedad, sin raíz en la historia, no hubiera dejado de decirlo Tryfon. Hubiera declarado, como nuestros racionalistas que «faltaba

». Así hablaba Celso, que vivía en tiempo de San Justino, y que detestaba el nombre de Jesucristo tanto como pueden detestarlo nuestros racionalistas modernos, y su polémica era más formal que la de estos; pues les llevaba la ventaja de vivir en la época en que, según nuestros literatos, «debió añadirse al texto primitivo, la leyenda que suministró el bosquejo narrativo a los actuales Evangelios». No habiendo advertido Celso tal adición, es esta un sueño. Y el racionalismo moderno del siglo XIX habrá tenido la gloria de inventar por un

milagro de perspicacia retrospectiva, lo que no vieron ni el filósofo Celso, ni el judío Tryphon, ni el discípulo de Platón, Justino, en el año 103 de la E. C.

». Jamás se ha escrito semejante despropósito. Si fueran las dos genealogías, fruto «de un trabajo popular» ejecutado en puntos distantes uno de otro, se hubiera tratado sobre todo de conciliarlas, se hubiera hecho desaparecer la aparente contradicción que señala en ellas el racionalismo, y cuya explicación han dado todos los padres griegos y latinos, desde San Ireneo y San Justino. Era preciso ser judío y contemporáneo de Jesucristo para trazar estas dos genealogías; en el día no hubiera podido inventarlas sino existieran, toda la ciencia de todas las academias del mundo. He aquí la razón.

cierta vanidad en exponer a los ojos de los patricios de Roma, envanecidos ellos también con su origen, la antigüedad de su propia raza; si añade que se hallaba consignado cada grado de su genealogía por los cuadros oficiales y públicos. «Obsérvase este orden, dice, no sólo en Judea, sino también en todos los lugares donde están diseminados mis compatriotas: en Egipto, en Babilonia, por todas partes. Remiten a Jerusalén el nombre del padre de aquella con quien quieren desposarse, con una reseña de su genealogía, certificada por testigos. Si sobreviene alguna guerra, redactan los sacrificadores sobre las antiguas Tablas nuevos registros de todo el resto de las mujeres de origen sacerdotal, y no se desposan con ninguna que haya estado cautiva, por temor de que haya tenido comercio con los extranjeros. ¿Puede haber nada más a propósito para evitar toda mezcla de razas? Nuestros sacerdotes pueden probar con documentos auténticos su descendencia de padres a hijos desde hace dos mil años, y el que deja de observar estas leyes es separado para siempre del altar». Así, pues, con tal conjunto de formalidades desplegado en torno de los

, eran siempre pasadas en silencio las mujeres. Sólo el hombre (Zhar), tenía el privilegio de perpetuar los recuerdos, así como la raza. Desde el día en que fue legalmente María esposa de Josef, debían substituir los genealogistas el nombre de Josef al de María; de suerte que según la expresión de un moderno exegeta, «hay en la genealogía de San Lucas precisamente lo que debía haber. Hállase velada la mujer; no se habla de ella, aun con perjuicio de la divinidad del Cristo. Se ha puesto sobre esta línea genealógica el sello de una robusta autenticidad».

».

». Los Ángeles visitaron las campiñas de la Natividad, como en los días en que Job apacentaba en ellas sus ganados. «Los pueblos sentados en las tinieblas, en la sombra de la muerte», inclinados bajo un yugo de hierro en el Ergastulo romano, «vieron elevarse la luz». Hanse verificado los decretos de salvación, registrados desde la eternidad en los consejos de la Providencia. «El Verbo se ha hecho carne, Gloria a Dios en los esplendores del cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Los pastores son los primeros adoradores del Rey inmortal de la paz, que acaba de nacer; las primicias del divino Pastor que va a reunir los rebaños de las generaciones humanas, en el redil de su Iglesia. María, la Virgen Inmaculada, los introduce

». Si bastara escribir una paradoja para hacerla creer, permanecería Nazareth investida del honor inesperado de haber sido la cuna de Jesucristo. Pero la historia no procede por medio de afirmaciones, sino que exige pruebas. Cuando se trata de saber en qué lugar nació Augusto, se recoge el testimonio de Suetonio, de Tácito, de Dión y de los autores que nos transmitieron la vida de este príncipe. Como todos están unánimes en decir que nació Augusto en Roma, tendríamos lástima de oír afirmar a un escritor, alejado por diez y nueve siglos de los hechos

; porque en efecto, en nuestros idiomas y hábitos modernos, así como entre los mismos paganos, la palabra «primogénito» no tiene otra acepción que la de mayor. Así » y no obstante, ambos acababan de dar a María el nombre de Virgen. Esto consiste en que la palabra Primogenitus, era entre los Judíos un título jurídico, que tenía un significado especial, que no tuvo analogía en ninguna otra sociedad, pues la palabra «mayor» no equivale a ésta. La ley de Moisés daba el nombre de «primogénito» hasta a un hijo único, confiriéndolo desde el instante del nacimiento a todo niño varón que abría la carrera bendita de la maternidad a una mujer de Israel. Según nuestros usos, sería absurdo llamar «mayor»

a un hijo que no tiene todavía hermanos ni hermanas, no pudiendo aplicársele esta calificación hasta más adelante, en el caso de que nacieran otros hijos. Y por esto precisamente, si fuera el texto evangélico obra de un apócrifo, no leeríamos el título de Primogenitus en la narración de la Natividad del Salvador. Pero según el estilo hebraico, hallábase investido Jesús, hijo de la Virgen María, desde el momento en que nacía en el establo de Belén, de la prerrogativa y de las cargas de la primogenitura. «Todo lo que nazca primero entre los hijos de Israel, dice el Señor a Moisés, me pertenece en propiedad y queda marcado con el sello de mi santidad. -Separaréis para hacer mi porción todos los hijos varones que tengan el carácter de la primogenitura, y me los consagraréis». Tal era en un principio la devolución legal que ponía a todos los primogénitos del pueblo judío en una clase aparte, que formaba el dominio propio y exclusivo de Jehovah y de su Templo. Sabido es que esta disposición particular a la nacionalidad de los Hebreos, se refería directamente al gran acontecimiento de la salida de Egipto; cuando todos los primogénitos de Mesraun «desde el heredero de Faraón hasta el hijo de la servidora empleada fueron muertos en una sola noche. Estamos muy lejos, fácil es comprenderlo, de nuestras ideas modernas, sobre el título y el derecho de primogenitura. En compensación de los primogénitos de los Hebreos, cuyo número hubiera excedido pronto de las necesidades del ministerio sacerdotal, y de los demás servicios religiosos, se había reservado Jehovah, como propia suya toda la tribu de Leví; pero con la condición expresa de que se presentarían en el Templo todos los primogénitos y serían rescatados con una compensación individual en dinero. He aquí lo que significa la palabra Primogenitum, empleada por los Evangelistas. En otro tiempo, sabía esto el último escolar de Europa, no solamente de las universidades católicas, sino del seno del mismo protestantismo. Grocio no creía que valiera la pena de insistir por más tiempo sobre este hecho. «La expresión de primogénito, dice, se refiere a las dignidades y a las prerrogativas que, en todos tiempos, y aun antes de la ley de Moisés, se atribuían a los hijos varones, ya fuesen únicos o ya hubiese menores». No está menos terminante Calvino, cuyo testimonio no puede ser sospechoso. «A pretexto de este pasaje, dice, suscitó Helvidio en su tiempo grandes turbulencias en la Iglesia, por intentar sostener con él que María no fue Virgen, sino hasta que dio a luz a Jesús, porque después tuvo otros hijos. Bástanos, pues, decir que esto no viene a propósito de lo que dice el Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que sucedió después del, nacimiento de Cristo. Llámasele primogénito, mas no por otra razón, sino a fin de que sepamos que nació de una madre Virgen, y que jamás había tenido hijo alguno... Sabido es que según el uso común de la Escritura, deben entenderse así estas locuciones. Verdaderamente éste es un punto sobre el cual no moverá disputa jamás hombre alguno, sino es algún porfiado y zumbón».

(Sitio para descargar los fardos). En este lugar tenía cada viajero que proveer por sí mismo y como le parecía, a sus propias necesidades. Al lado de la caravanera, porque este término oriental pinta mejor las costumbres del Oriente, tenían los animales el Praeseptum, donde podían descansar, y sustentarse con lo que sus dueños les distribuían. Estas nociones preliminares nos permiten apreciar perfectamente el conjunto y cada uno de los pormenores evangélicos. Llegan Josef y María por la noche al término de su viaje, y encuentran lleno Belén de la gente que acude a empadronarse allí; tan cierto es que no se había extinguido la familia de David, una de las más numerosas y más importantes de las de Judá. Todas las casas de la población se hallan ocupadas como lo prueba el hallarse obstruida de gente la misma caravanera; los ilustres viajeros se retiran al Praeseptum, abrigo provisional de que

participan realmente con los animales. Allí nace Jesucristo, el hijo de Dios, el Verbo hecho carne; y el Ángel, el primer Evangelista de esta buena nueva, dice a los pastores: «He aquí la señal en que reconoceréis al Salvador, el Cristo que acaba de nacer. Hallaréis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Esta indicación, según nuestras costumbres actuales, sería sumamente vaga; porque ¿dónde encontrar a media noche, en una de nuestras aldeas, la casa que contuviera el dichoso pesebre? Pero los pastores saben lo que es el Praeseptum de Belén. Lo conocen por experiencia; allí es donde van ellos mismos, cuando es necesario, a encerrar sus ganados. Así, no vacilan un instante; corren a él, y encuentran «a María, a Josef y al Niño reclinado en el pesebre. «La indicación del Ángel es para ellos tan circunstanciada como sería vaga en una población moderna. El abrigo que habían impuesto a la Santa Familia circunstancias excepcionales era provisional. Y en efecto, cuando vayan los Magos a adorar al Hijo de Dios, no le encontrarán ya en el Praeseptum, pues lo habían dejado Josef y María para habitar una casa de Belén. «Entrando en la casa, dice el Evangelio, encontraron al Niño y a María. No se habla ya aquí, añade San Epifanio, del Praeseptum, ni de la gruta, sino de la morada hospitalaria que había sustituido al abrigo provisional.

». Orígenes, decía al filósofo Celso, casi en el mismo tiempo: «Si no basta para convencer a los incrédulos la profecía de Miqueas y su admirable concordancia con la narración evangélica; si se quiere una prueba más decisiva de la realidad del nacimiento de Jesucristo en Belén, reflexiónese bien que hoy se enseña en Belén mismo la gruta donde nació, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales. Allí están los monumentos en perfecta conformidad con la narración evangélica. El hecho es público y notorio en toda la comarca; se halla atestiguado, aun entre los enemigos de nuestra fe, los cuales están unánimes en proclamar que, en esta gruta nació Jesús, a quien veneran y adoran los cristianos. Estas declaraciones del año 200 de la E. C., aun sin atender a su valor exegético, sobre el cual volveremos en breve, tienen, bajo el punto de vista dogmático, una trascendencia e importancia, que no haremos más que indicar. Diariamente oímos a los protestantes acusar de superstición y hasta de idolatría el respeto con que rodea la Iglesia y la piedad de los peregrinos católicos los Santos Lugares. No es raro hallar en Palestina, hombres que adoran a Jesucristo como a Dios, y que se ruborizarían de descubrirse la cabeza o de prosternarse ante la gruta de Belén, donde fue envuelto en pañales Jesús al nacer, ante la piedra del sepulcro, donde fue envuelto el cuerpo de Jesús, descendido de la cruz, con las fajas y ligaduras de la muerte. Estos hombres pretenden mantener en su pureza

. «La profanación, dice M. de Vogué, lejos de borrar el recuerdo de la Natividad, según los Paganos, contribuyó a fijar su tradición». Orígenes, en el pasaje que acabamos de citar, se apoyaba, en efecto, en el testimonio de las poblaciones paganas, establecidas entonces durante medio siglo en Belén, para consignar de un modo indestructible la autenticidad de la tradición evangélica. En vista de hechos tan patentes, de significación tan clara, precisa e irrefragable, ha sido realmente necesario especular con la ligereza que caracteriza nuestra época, y con un olvido lamentable de toda la historia religiosa, para atreverse a escribir sin temer sublevar la conciencia popular, la increíble afirmación: «Jesús nació en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, sin celebridad alguna anteriormente». Los anales del mundo no ofrecen, en su conjunto, un hecho mas sólidamente consignado que el del nacimiento de Jesucristo en Belén. El suelo mismo, aun cuando faltaran los demás monumentos, protestaría de la verdad de las tradiciones. No se ha olvidado un descubrimiento reciente

debido a la casualidad de una feliz investigación. En 1859 se encontraron las . Tan ciertos, que en nuestra época, turbada por la incredulidad racionalista, adquieren voz las mismas piedras para proclamar la autenticidad de los relatos evangélicos. Y ahora, desviando el pensamiento de estas miserables objeciones, adoremos las divinas maravillas del pesebre, diciendo, con San Epifanio: «El establo de Belén es el cielo entero que ha bajado a la tierra. Las jerarquías angélicas rodean la cuna del Verbo hecho carne. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. ¡Oh milagros! ¡Oh, prodigios! ¡Oh, misterios! exclama San Agustín. Hase suspendido el orden de la naturaleza: Dios nace hombre, una Virgen se hace fecunda, conservando su virginidad inmaculada; ».

». La época en que debían recibir los hijos de los Hebreos la dolorosa marca del Sacramento de la Antigua Alianza, no se dejaba a discreción de los padres. El mismo Jehovah la había fijado diciendo a Abraham: «Cuando tenga el Niño ocho días será circuncidado La ley mosaica renovó el precepto. «En el octavo día recibirá la circuncisión el recién nacido. «Hállase, pues, aquí el texto evangélico en perfecta conformidad con la legislación judía. El Hijo de Dios, que venía en su persona a consumir toda la ley, comienza en el pesebre su misión de víctima sangrienta, que sólo terminará en el Calvario. En el Praeseptium de Belén, fue, pues, en efecto, donde el Cristo «que era antes de Abraham» y «cuyo nacimiento había deseado ver» el padre de los creyentes, recibió por medio de la circuncisión la marca de los hijos de Abraham. Hásenos conservado por el Talmud los ritos que se usaban en esta ceremonia legal, siendo el modo de practicarlos casi el mismo en el seno del judaísmo actual. En la mañana del día octavo debían reunirse diez personas por lo menos alrededor del recién nacido. Ya hemos dicho que la operación no era Mohel, se elegía, y aún se elige en la actualidad indistintamente, entre todas las clases de la población judía; su habilidad es el único ». En todos los puntos del universo en que se hallan actualmente dispersos los hijos de Israel, observan también esta costumbre simbólica, atestiguando así su fe en la venida del precursor que debía abrir los caminos al Mesías. Mas para ellos, la silla de Elías permanece siempre vacía; hase sentado en ella Juan Bautista, y Jesucristo, el divino niño de Belén, ha enseñado al mundo de lo alto de una cátedra más augusta que la de Moisés.

». En tales circunstancias, fue, pues, como el nombre de Jesús proclamado en el establo de Belén, resonó en presencia de los últimos descendientes de la familia de David, reunidos en el pueblecillo originario, en virtud de la orden de Augusto. ¿Comprendieron entonces los testigos de la ceremonia legal, el sentido del nombre divino, ante el cual «se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?» Concíbese fácilmente que los pastores instruidos por los Ángeles, que la multitud, entre la que había circulado la narración de las maravillas del pesebre, debieron saludar, como un . «La tradición histórica de los Hebreos le atribuía un papel importante. Cuando se dio este nombre al divino hijo de María, se persuadieron los asistentes, sin duda, que el descendiente de David, cuya cuna rodeaban, sería en algún día un guerrero poderoso como Josué; restaurador del culto mosaico, como el gran Sacerdote Jesús, hijo do Josedech; sabio, como Jesús, hijo de Sirach. No se elevaban a más las esperanzas de los Judíos. El yugo del cuarto imperio, el imperio de hierro, predicho por Daniel, pesaba sobre sus cabezas. Roma los anonadaba por mano de Herodes. Pero

habían llegado los tiempos marcados por la profecía de Jacob; habíase cumplido el período final de las setenta semanas de años. Todos los Judíos esperaban

».

; ». Refiriendo estos textos de la ley a la narración evangélica, nos hacen comprender todo lo que en ella se sobreentiende: el Antiguo Testamento proyecta sobre la cuna de Jesucristo sus últimos rayos de luz, como la antorcha que viene a confundir sus fuegos moribundos en los esplendores de la aurora.

. -Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo oír que se les había aparecido la estrella. Y los envió a Belén, diciendo: Id, e informaros puntualmente de lo que hay de ese Niño, y en habiéndole hallado, dadme noticia para ir yo también a adorarlo. -Los Magos, habiendo oído al rey, se marcharon. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró. Y viendo nuevamente los Magos la estrella, se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso de que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino. Después que marcharon los Magos, he aquí que un Ángel del Señor se apareció en sueños a Josef, diciéndole: Levántate y toma al Niño y su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. -Levantándose, pues, Josef, tomó al Niño y a su Madre por la noche, y se retiró a Egipto».

». Estas pocas líneas representan por sí solas, en el Evangelio racionalista, toda la narración del nacimiento de San Juan Bautista, de la Anunciación, de la Natividad divina en Belén, de la Circuncisión, de la Presentación en el Templo y de la Adoración de los Magos. ¡Qué! ¡tantos hechos de notoriedad universal, en el seno de nuestras sociedades cristianas, en tan pocas palabras! Todo un conjunto de relatos que han convertido al mundo, iluminado y transformado !

. Así, la expectación provocada por los oráculos proféticos había salvado los límites de la Judea e invadido el mundo. Explíquese ¿por qué cantaba Virgilio en Roma, la vuelta de Astreo, la Virgen Celestial, precisamente en el tiempo en que el del texto Evangélico acudía a guiar a los Magos a Belén? ¿Por qué afirma el libro persa titulado Oráculos mágicos «que en una época poco remota dará a luz una Virgen un Santo, cuya aparición anunciará una estrella ¿Por qué, finalmente, hablando la Sibila Caldea de los ?» Los Cristianos no han podido influir sobre las inspiraciones de Virgilio; sobre los pensamientos del rabino Akiba y de los autores del Talmud; sobre el seudo Zoroastro, que escribió los Oráculos mágicos. Supóngase, pues, que estas tradiciones, conmoviendo al mundo, de Oriente a Occidente, en los últimos días de Herodes, no hubieran sido notorias entre el vulgo, y no tiene ya sentido la narración evangélica. Si vinieran en el día tres extranjeros a una de nuestras capitales

europas a hablarnos de una estrella que hubiera aparecido en el fondo del Asia, y a anunciarnos el nacimiento de un Niño-Rey, no conmovería su palabra seguramente a ningún soberano en su trono; la opinión pública permanecería impasible y continuarían su camino los tres visionarios sin causar la menor emoción en torno suyo. Era, pues, necesario circunstancias excepcionales para que agitase como agitó la llegada de los Magos a Jerusalén, al anciano Herodes, al Sanhedrín, a los Escribas y a toda Jerusalén. Pero el Evangelista no nos explica estas circunstancias excepcionales. Luego se escribió el Evangelio en una época en que se conservaba aún su recuerdo en el seno de una generación contemporánea. Luego por todas partes resplandece esa luminosa autenticidad del texto evangélico que la incredulidad quisiera cubrir con un velo de nubes.

», había dicho el hijo de Beor. Esta profecía, consignada en los libros de Moisés, llevada por la emigración a Babilonia, a Persia, a Caldea, no había cesado de fijar las miradas de Israel. Una estrella, el Mesías, eran dos términos que dilataban todos los pechos y hacían palpar todos los corazones de los hijos de Judá. Cuando fueron a decir a Jerusalén los Magos, esto es, los herederos Caldeos o Persas de la antigua ciencia de los astros: «Hemos visto una estrella, ¿dónde está el rey de los Judíos?» fueron tan naturales y tan inteligibles sus palabras, como si preguntara un extranjero en nuestros días, al oír el estampido del cañón anunciando el nacimiento del heredero de un trono; ¿dónde está el palacio del Rey que acaba de nacer? Porque oigo la señal de su venida al mundo. -No se había interpretado la profecía de Balaam en sentido alegórico, pues no se prestaba por otra parte a ello su texto, sino que se había tomado al pie de la letra y estudiádose con tal perseverancia, que habían llegado los Judíos a fijar la época de su cumplimiento. Léese en el Talmud, que debía verificarse la venida del Mesías en la conjunción de Saturno y de Júpiter en el signo de Piscis: pues bien, según ha demostrado Keplero, esta conjunción se verificó el año 747 de Roma, año que cae en el del nacimiento de Jesucristo. Hallábanse tan persuadidos los Fariseos de la exactitud de este cálculo astronómico que no temieron predecir al mismo Herodes, según atestigua Josefo, la próxima caída de su trono. Finalmente, era tan general y tan uniforme a un mismo tiempo la creencia sobre este punto, que Filón, que entonces vivía en Alejandría, predijo, conforme a un fenómeno celeste observado por él, que iban a reunirse los judíos de todos los puntos del mundo, para inaugurar el imperio de la paz.

». Un siglo antes . Hacia el año 103, Justino, educado en el seno del paganismo, recogía en Siquem las tradiciones casi contemporáneas de la historia de Jesucristo. Conservábase todavía el recuerdo de los Magos y de la estrella de Belén, según lo proclama Justino, en su diálogo con el judío Tryfon, sin que sueñe su interlocutor un instante en poner en duda la autenticidad de una narración que se había conservado por todos en la memoria.

, se volverán a su país por otro camino. El Hijo de María será llevado al Egipto, y los sanguinarios proyectos del tirano se realizarán demasiado tarde.

, se irritó mucho, y enviando ministros, hizo matar todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos, desde la edad de dos años abajo, según el tiempo de la aparición de la

estrella que le habían indicado los Magos. Entonces se cumplió lo que dijo el Profeta Jeremías. Un clamor ha resonado en Rama entre llantos y alaridos. ¡Es Raquel que llora a sus hijos y rehúsa todo consuelo porque no existen!» Hallábase resuelta por Herodes la degollación de las inocentes víctimas de Belén desde el día en que llamó la atención del tirano la respuesta del Sanhedrín, sobre la ciudad real designada por los Profetas, como la cuna futura del Mesías. La sangrienta ejecución debió seguir próximamente a la partida de los Magos, siendo uno de los hechos históricos mejor consignados por los testimonios extrínsecos. Nadie ignora las palabras de Augusto sobre este suceso. La noticia de la degollación de Belén llegó a la corte del Emperador al mismo tiempo que la de la ejecución de Antipater, hijo mayor de Herodes. Al saber, dice Macrobio, que acababa de hacer degollar el rey de los Judíos, en Siria, a todos los niños de dos años abajo, y que había sido muerto » Semejante crueldad subleva la delicadeza de nuestros modernos racionalistas, pues no creen ni en los milagros del poder divino, ni en los monstruosos extravíos de la ambición humana. Y no obstante, la bárbara medida aplicada por el tirano Idumeo a sólo los niños de Belén, había sido decretada cincuenta años antes por el Senado de Roma, contra todos los que nacieran en el año fatídico, en que, debía «dar a luz la naturaleza un rey», según los oráculos sibilinos.- No lo ignoraba Augusto, porque este decreto, sancionado por la feroz exaltación de los senadores republicanos, pero repudiado por la conciencia del pueblo, se había dado en el año mismo que precedió al nacimiento de este emperador. Así, no hay en su irónica exclamación sombra de censura sobre la cruel política de Herodes; no hay ni un acento de piedad en favor de las tiernas víctimas y de las lágrimas de sus madres. A los ojos de Augusto, ha obrado Herodes con prudencia, segando esas tiernas flores; su única falta es haber muerto a su propio hijo, de la cual bastará para absolverle el dicho imperial. ¡He aquí lo que era la humanidad en manos del despotismo de Roma y de los agentes coronados que sostenía el Capitolio en todas las provincias! Vespasiano hacía buscar, al día siguiente de la toma de Jerusalén, todos los miembros de la familia real de David, haciéndolos degollar, a sangre fría, para ahogar en su origen la persistencia de las aspiraciones populares que se obstinaban en esperar un libertador salido del tronco de la familia de Jessé. ¡Tan cierto es que los Romanos «pensaron largo tiempo que existía en torno suyo algún representante de la antigua dinastía» judía! ¡Tan cierto es que el advenimiento del Salvador, prometido en las puertas del Edén, predicho por los profetas y esperado por el mundo oprimido, turbaba el sueño de los opresores y hacía temblar el imperio de Satanás, erigido en todos los tronos!

van a acrecentar diariamente el séquito del Cordero! La humanidad entera tiene, pues, el derecho de repetir el cántico de la Iglesia: «Salve, flores de los mártires que ha segado en el mismo umbral de la vida el perseguidor de Cristo, como troncha la tempestad las rosas nacientes! Primicias de la inmolación de Jesús, tierno rebaño de víctimas: vuestras manos inocentes juguetea al pie del altar con las palmas y las coronas».

». Con desprecio de la ley de Moisés, había hecho colocar sobre la portada del Templo una águila de oro, símbolo de la dominación romana. Judas, hijo de Saripheo, y Matías, hijo de Margalotha, dos doctores cuyo celo, elocuencia y adhesión profunda a las instituciones nacionales habían hecho su nombre querido a toda la juventud de Jerusalén, dejaron estallar

toda su indignación. La resistencia de los Fariseos que acababan de negarse al empadronamiento mandado por César, había arrojado en el pueblo fermentos de rebelión. El nuevo ultraje hecho a la religión mosaica, con la exhibición en el santuario de Jehová de una escultura prohibida formalmente por la ley judía, acabó de exasperar los ánimos. Arrancose de los pórticos del Templo el águila de oro, con aplauso de la multitud; rompiose a hachazos este emblema de la servidumbre de Israel, hollándose sus despojos. El viejo Herodes, que supo este atentado en su lecho de dolor, tuvo aun bastante vida y poder para hacer quemar vivos a Matías y todos sus cómplices. Algunos días después, se hacía trasladar, por consejo de los médicos, a las aguas bituminosas de Callirhoe, a algunos estadios de Jericó. He aquí los términos en que describe Josefo los padecimientos del tirano: Consumíale hasta la médula de los huesos una calentura lenta, cuyo fuego parecía enteramente concentrado en su interior; obligábale una hambre insaciable a devorar de continuo alimentos que no le nutrían: roíanle las entrañas úlceras purulentas, arrancándole gritos de dolor; hinchados los pies y las coyunturas por la hidropesía, hallábanse aun cubiertos por una piel trasluciente, devorando la parte viva del busto los gusanos. Agregábase a este horrible suplicio el de un olor fétido e insoportable: hallábanse todos los nervios contraídos, y la respiración era corta y quejumbrosa. Los médicos que le curaban proclamaban unánimes que había ». Tal era el cadáver viviente que se sumergía en Callirhoe en una tina de betún y de aceite tibios. No bien entró en ella el enfermo, cuando pareció disolverse su cuerpo, cerrándose a la luz sus ojos moribundos. Volvió a conducírsele a su lecho, principiando no obstante a divulgarse la noticia de su muerte. A este falso rumor, manifiestan su gozo los Judíos. Lo sabe Herodes al volver de su letargo, y manda traer a Jericó todos los miembros de las principales familias de este pueblo esclavo, y les hace encerrar en el Hipódromo. «¡En el momento que haya expirado, dice a Salomé, manda a mis arqueros que maten a flechazos toda esta multitud para que se vea obligada la Judea a llorar mi muerte!» Pidió después, para apagar su ardiente sed, una manzana, y quiso cortarla él mismo. Diosele este gusto, pero aprovechándose de un momento en que se creía libre, intentó traspasarse el corazón con el cuchillo que tenía en la mano. Su sobrino Achiab, dando un grito de terror, se precipitó sobre él y detuvo su brazo suicida. El ruido que produjo este acontecimiento alarmó el palacio: la noticia de que había muerto el tirano voló por segunda vez por toda la ciudad, llegando hasta la prisión donde estaba detenido Antipater, su hijo. El joven príncipe que la esperaba con impaciencia, se entregó al enajenamiento de una alegría desnaturalizada, y suplicó a los guardias que le pusieran en libertad. Fuese a avisárselo a Herodes, el cual más furioso por la alegría de Antipater, que por la misma proximidad de su muerte, envió soldados a degollarle en su prisión, y cinco días después, expiró él mismo, llevando al sepulcro la maldición de los Judíos y la mancha de la sangre inocente, derramada a raudales durante un reinado de treinta y siete años.

». En seguida legaba a César todos los vasos de oro y de plata y los objetos artísticos más preciosos de sus palacios con una suma de 10.000,000 de plata acuñada; y a la emperatriz Livia 5.000,000. Estas liberalidades póstumas debían coadyuvar poderosamente a obtener la ratificación imperial de las demás partes del testamento que investían a Arquelao con el título de rey de Judea; que daban a Antipas las tetrarquías de Galilea y de Perea; a Filipo, las de la Traconítida de la Gaulanita y de Batanea, y finalmente a Salomé, tía de los tres jóvenes príncipes y hermana del difunto rey, las ciudades de Jamnia, Azoth y Phasaelis. El pueblo respondió a esta comunicación con gritos de: ¡Viva el rey Arquelao! y se celebraron los funerales del tirano con una pompa hasta entonces inusitada entre los Hebreos. El

cuerpo revestido con las insignias reales, con una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano, fue conducido por espacio de doscientos estadios, en una litera de oro, enriquecida de pedrería, desde Jericó hasta Herodion, sitio designado para la sepultura. Abría la marcha la guardia real, compuesta de Francos, Germanos y Galos. No se ha comprobado lo suficiente, bajo el punto de vista de los orígenes nacionales de los Francos, la particularidad de la presencia de las cohortes galas en Judea en la época del Evangelio. Hemos consignado ya que el hecho se remonta al tiempo de las relaciones de Herodes con la famosa Cleopatra. Estos hijos de la Galia a sueldo del rey de los judíos; estos compatriotas de Vercingétorix, trasladados a Jerusalén, oyeron la relación de los Magos, fueron testigos de la agitación de los Hebreos a la noticia de haber aparecido en Oriente la Estrella del Mesías, y oyeron resonar a sus oídos los gritos desgarradores de las madres

». La narración evangélica en su sencilla y natural brevedad, va a amoldarse con admirable precisión a los pormenores de los acontecimientos políticos referidos por el historiador Josefo. El súbito recelo que invadió el ánimo del patriarca al llegar a las fronteras de Judá, estaba suficientemente justificado por las turbaciones que siguieron a la muerte de Herodes. Después de haber tributado los últimos deberes a su padre Arquelao, explotando, como hábil político, una costumbre

». Cotejando la historia profana era también hijo de Herodes, y no temió Josef por esta circunstancia establecerse en Nazareth. «Los que atentaban a la vida del niño han muerto, había dicho al Ángel: Éste celestial mensaje tranquilizaba completamente al esposo de María sobre las intenciones de los nuevos príncipes. -Arquelao y Antipas no pensaban, pues, en efecto, envolver a comenzar las sangrientas pesquisas de Belén. Estos dos hermanos secretamente rivales, tenían un solo pensamiento, pero contradictorio. Arquelao quería hacer confirmar por la potestad imperial, el testamento que le llamaba al trono. Antipas, aconsejado por Salomé, su tía, esperaba tener bastante influencia en la corte de Augusto, para hacerse sustituir a su hermano, como rey de Jerusalén, a lo cual le daba derecho un testamento anterior de Herodes. Para hacer triunfar sus pretensiones, necesitaba cada competidor atraerse el favor del pueblo. Esta necesidad predisponía a los dos jóvenes príncipes a proceder con dulzura y clemencia por el momento. Había sido necesaria toda la obstinación de los facciosos para provocar la represión que acababa de ensangrentar el Templo de Jerusalén. Pero este incidente que hubiera querido prevenir Arquelao, y cuya explosión imprevista era un verdadero contratiempo para sus proyectos, creaba un peligro real a la santa Familia. Lanzados bruscamente y huyendo de la Ciudad santa los extranjeros que habían acudido a la festividad de la Pascua, divulgaron la noticia de la degollación por todas las fronteras. Concíbese, pues, que participara del temor general San Josef que se dirigía a la misma Jerusalén. Además, ocasionábale motivos particulares de temor, el sentimiento de su responsabilidad respecto del divino depósito confiado a su guarda. Siguiendo, pues, la costa marítima de la Palestina, llegaron a Galilea los ilustres viajeros, volviendo a ver la Virgen María su morada de Nazareth, cuyo humilde techo tuvo la gloria de abrigar la infancia y la juventud del Hombre-Dios.

». No fue tan decisivo como hubiera podido creerse el efecto de esta protesta apoyada por los ocho mil judíos establecidos entonces en Roma. Augusto, después de muchos días de reflexiones, dio a Arquelao las provincias de Judea, de Samaria y de Idumea, con el título de etnarca, prometiéndole concederle más adelante el título de rey, si se mostraba digno de llevarlo por su moderación y su virtud. Antipas fue tetrarca de la Galilea y de la Perea; Filipo recibió con el mismo título la investidura de la Batanea, de la Traconítida y de la Auranita. Salomé fue confirmada en la posesión de las ciudades que le había legado su hermano. Así se ratificó el último testamento de Herodes, salvo la importante modificación que suprimía provisionalmente el título de rey de los judíos y la anexión de las ciudades de Gaza, Hippo y Gadara a la provincia romana de Siria.

a Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó en Jerusalén el niño Jesús sin que sus padres lo advirtieran, antes bien persuadidos de que iba entre los de su comitiva de viaje, anduvieron la jornada entera, y por la noche le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días, le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y cuantos le oían, se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: «Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos ido buscando llenos de aflicción, y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida ». Tales son los únicos pormenores que nos ha transmitido el Evangelio sobre la divina infancia y toda la juventud del Verbo hecho carne. Supliendo el silencio del texto sagrado, se atreve a inventar el racionalismo todo un capítulo titulado: «Educación de Jesús» con aserciones como ésta: «Aprendió a leer y a escribir, sin duda según el método del Oriente que consistía en poner en manos del niño un libro que lee cadenciosamente con sus compañeros, hasta que lo aprende de memoria». Para apoyar esta suposición gratuita, pone al pie de la página una cita concebida en estos términos: «Juan, VIII, 6», y se admira el lector de cómo es que hasta ahora ninguno había sabido encontrar en el Evangelio de San Juan la prueba de que Jesús aprendió a leer y a escribir, como todos los demás niños. Pues bien, en el capítulo VIII, versículo 6 de su Evangelio, refiere San Juan el conmovedor episodio de la mujer adúltera. Los Fariseos llevan a esta desgraciada a los pies del Salvador: «Señor, dicen, esta mujer es culpable de adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrearla. ¿Qué dices tú sobre ello? Y esto lo decían para sorprender en los labios de Jesús una palabra que pudiese servir de base a una acusación. Pero Jesús, inclinándose hacia el suelo, se puso a escribir con el dedo en tierra»: He aquí el texto de San Juan que prueba que Jesús aprendió a leer y a escribir. Jamás ha llegado a tal exceso, en nombre de la ciencia, el desprecio de sí mismo, del público y de la verdad. La página precedente de San Juan ofrece este significativo versículo: «Los judíos permanecían admirados, escuchando la doctrina de Jesús, y decían entre sí: ¿Cómo sabe las letras, él que jamás las ha estudiado?» ¿A quién esperaba, pues, engañar el nuevo exégeta

con un procedimiento tan irrisorio? No nos tomaremos la molestia de comprobar cada uno de sus errores voluntarios. Quien tenga la paciencia de cotejar sus aseveraciones con el texto del Evangelio, no tardará en participar del sentimiento de profunda compasión que nos inspira la nueva obra. No se discuten seriamente semejantes fantasías. Sin embargo, queremos llamar aquí la atención sobre otro orden de ideas, tomado

?» La exclamación referida por San Marcos se halla en iguales términos en el Evangelio de San Mateo: «¿No es éste el hijo de un artesano? ¿No se llama María su Madre, y sus hermanos Santiago, Josef, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros?» En otra ocasión, estando Jesús enseñando al pueblo en una casa de Cafarnaúm, fueron a decirle: «Finalmente, San Juan añade que muchos de los hermanos de Jesús no creían en él». Estos textos son terminantes, dicen los protestantes de nuestros días que los reproducen con afectación, en mil folletos destinados a la propaganda popular. ¿No veis, añaden, que puesto que llama él Evangelista a Santiago, José, Simón y Judas hermanos de Jesús, es una invención de la idolatría católica la perpetua virginidad de María? He aquí la objeción en toda su fuerza. Sin embargo, sólo prueba una cosa, la decadencia, en el seno del protestantísimo actual, de la ciencia escrituraria. En otro tiempo se expresaba Calvino de esta suerte: «Ya hemos dicho en otro lugar, que según costumbre de los Hebreos, se llamaba hermanos a todos los parientes. Por tanto, aparece Helvidio sobrado ignorante al decir que tuvo María muchos hijos, porque se hace mención en algunos pasajes de los hermanos de Cristo». También Grocio desmentiría a los modernos intérpretes: «Los que llama hermanos de Cristo el Evangelio, dice, eran primos suyos. Esta locución familiar entre los Hebreos se hallaba en uso, entre los Griegos y entre los mismos Romanos». Es de sentir, en verdad, que se hallen hoy los protestantes menos familiarizados con el estudio de los libros sagrados, que lo estaban sus antepasados Calvino y Grocio. Pero esto es de cuenta suya. Lo que importa decir, es, que la Iglesia ha leído desde hace dos mil años el Evangelio tal como lo vemos en el día. Cualquiera que lo abra, encontrará en él con palabras claras y terminantes, que «María, Madre de Santiago y de Josef, esposa de Cleofás, era hermana de la Madre de Jesús». Iguales palabras consignan San Mateo, San Marcos y San Juan. He aquí, pues, que San Judas, en el versículo I de su Epístola Católica, se llama él mismo: «Hermano de Santiago». Era, pues, su padre Cleofás, y su madre la hermana de la Santísima Virgen. Finalmente, Simón, segundo obispo de Jerusalén, sucedió, dice Eusebio, a su hermano ». Si os ocurre negar el valor del testimonio de Eusebio en esta circunstancia, este mismo historiador tomará la precaución de advertiros, que escribió esta particularidad Hegesipo, contemporáneo de Simón, y judío de nacimiento, habiéndola tomado él de este testigo ocular.

». Esta confesión nos dispensa de insistir más. Entre los Hebreos, la palabra «hermano», (Akh) tenía dos significaciones, la una general, que indicaba simplemente el parentesco en todos los grados, tales como los de primo, tío, sobrino, etc.; la otra limitada y precisa, idéntica a nuestro sentido actual. Loth era sobrino de Abraham, lo que no impedía que dijera el escritor sagrado: «Habiendo sabido Abrahán el cautiverio de Loth, su hermano, armó a sus servidores para librarle, y volvió a traer a Loth, con todas sus riquezas Labán era tío de Jacob, y no obstante, habla así es su sobrino. «¿Se dirá que porque eres mi hermano,

me has de servir gratuitamente». El joven Tobías y su esposa Sara eran primos en un grado muy remoto, y Tobías, la llama hermana suya. Son estos modos de hablar sabidos de todos los que han estudiado la antigüedad sagrada y profana, porque se hallan fórmulas absolutamente idénticas en todos los autores griegos y latinos. Sería

», es uno de esos sueños que nada justifica y que no puede adoptarse. El milagro por el cual se halla sustituido el nombre de estos desconocidos, «en boca de las gentes de Nazareth, por los nombres de los hijos de Cleofás, permanecerá inexplicable a todas las comisiones de sabios que quisieran tomarse la molestia de examinarlo. Sólo hay un punto en esta excursión al país de las quimeras, accesible a cualquier controversia». Las hermanas de Jesús, se dice, se casaron en Nazareth. He aquí al menos, una afirmación que tiene cuerpo: Se la puede coger y tocar tanto mejor cuanto que la apoya el exégeta en una nota concebida en estos términos: «Marc., VI, 3». Abrimos, pues, el Evangelio, para buscar en él la explicación alegada, y leemos las palabras siguientes, que no aluden próxima ni remotamente a un matrimonio. «¿No es éste un artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no están aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él. « Para ver en este texto la indicación de un matrimonio, se necesita hacer una interpretación extensiva que traspasa todas las leyes ordinarias de la lógica y del sentido común. Pero tal vez dispone acaso el racionalismo de una dialéctica extra-natural.

, (año 16 de la edad de J. C., 12 de la E. V.); el mundo romano iba a inclinarse bajo el despotismo caprichoso y sangriento de un monstruo. Tres años después, era nombrado Anio Rufo gobernador de Judea, y en breve murió el mismo Augusto a la edad de setenta y cinco años (año 18 de la edad de J. C., 14 de la E. V). Enviose a Jerusalén un nuevo gobernador escogido por Tiberio, que fue Valerio Grato, el cual notició a los Judíos el feliz advenimiento de un tirano al trono del mundo, y el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, se apresuró a dar a la antigua Sephoris, que acababa de reedificar el nombre glorioso de Tiberíades. El lago de Genesareth, a las orillas del cual se elevaba la ciudad, tomó también el sobrenombre impuesto a la misma por una adulación servil. El tetrarca de Iturea, Filipo, no menos celoso de merecer las gracias imperiales, dedicó también en honor de Tiberio César, la ciudad de Paneas que acababa de reedificar en el nacimiento del Jordán, dándola por nombre Cesarea de Filipo. De esta suerte invadía la historia romana la Judea, y sólo la necesidad de un racionalista podía formular esta aseercción extraña: «Jesús no tuvo idea alguna exacta del poder romano»;

, al Niño de Belén, bastante fuerte para luchar, en nombre de la humanidad decaída, contra la justicia de Dios. Háble visto el Egipto, como en otro tiempo a su antepasado, prestar el apoyo de su brazo al verdadero rey del mundo. En tiempos pasados murió el hijo de Jacob en tierra extranjera; San Josef muere lo mismo en el umbral de la historia evangélica, antes que se consumara la redención del mundo. Al dejar Moisés el Egipto, a la cabeza de los Hebreos que habían recobrado la libertad, se llevó piadosamente los despojos del antiguo ministro de Faraón, que depositó Jossué en el suelo de la Tierra Prometida. Así Jesucristo, vencedor de la muerte, introdujo en el reino de su Padre celestial el alma santa y . Iba a comenzar la obra publica de Jesucristo, y ya el precursor Juan Bautista, nuevo Elias, preparaba el camino al Redentor del mundo.

». Éste es, dice San Marcos, el principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios. Conforme a lo que se halla escrito en el libro de Isaías; he aquí, yo envié a mi Ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti preparándote el camino. Este precursor fue Juan que bautizaba en el desierto, predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados. Y acudía a él todo el país de Judea y todas las gentes de Jerusalén, y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados. Y este mismo iba vestido con un saco de pelos de camello, y traía un ceñidor de cuero a la cintura, sustentándose de langostas y miel silvestre». Y predicaba diciendo: «Va a venir uno más poderoso que yo, y a quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: yo os bautizo en el agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo». Igual lenguaje usan los otros dos Evangelistas. La era de la Redención del mundo se abre con la imponente figura de Juan Bautista.

. Moisés distingue en el Levítico cuatro especies de insectos: el atelabe, el atacio, el ofiomaco y la langosta propiamente dicha, cuyo uso como alimento permite a la nación judía. Cuanto más se alejan estas particularidades de nuestras costumbres, más testifican la autenticidad del Evangelio. Las indicaciones cronológicas de San Lucas tienen el mismo carácter. Compréndese, después de lo que hemos dicho más arriba sobre las perpetuas vicisitudes del Soberano Pontífice en Jerusalén, que era preciso estar profundamente

versado en la historia judaica para consignar tan rotundamente los nombres de Anás y Caifás, como príncipes de los sacerdotes, en la época de la predicación de Juan Bautista. La simultaneidad de los dos Pontífices era contraria a la legislación de Moisés, lo cual hubiera llamado la atención de un autor póstumo, haciéndole guardarse bien de incurrir en este error aparente. Pero San Lucas sabía que Caifás, investido recientemente con la gran dignidad de sacrificador, era yerno del ex-gran sacerdote Anás, que la había ejercido también por más de quince años. Anás, que era por su crédito y riqueza uno de los personajes más notables de la Judea, consiguió por su influencia con los gobernadores romanos, hacer que pasara sucesivamente esta dignidad a su hijo Eleazar y a su yerno Caifás. Era, pues, realmente el jefe del sacerdocio, cuyo poder nominal tenía Caifás. Y esto es lo que sabía el Evangelista y lo que nota con admirable precisión. Hállase también inscrito en su fecha oficial el nombre del gobernador romano Poncio Pilatos. La emoción general causada en toda la Palestina por la predicación de San Juan Bautista, la afluencia de la muchedumbre que va a buscar al Precursor al desierto, fueron preparadas por un acto irreflexivo del nuevo representante de Tiberio. Aun antes de llegar a Jerusalén, envió Poncio Pilatos a la Ciudad Santa las águilas de sus legiones y los estandartes que llevaban la efigie del emperador, con orden de enarbolarlos sobre el palacio Antonia. Esto era

». Así habla San Lucas. A la hora en que resonaba en las orillas del Jordán esta elocuencia divina, recordando el estilo de los Profetas, decía Pilatos tal vez entre sí, que Cicerón había dado algunos años antes al arte oratoria su última fórmula. El cortesano de Tiberio no podía menos de deplorar la ceguedad de estas colonias bárbaras que iban al desierto a oír la voz de un orador vestido de pelos de camello, debiendo redoblarse la admiración del romano, cuando oía hablar de la muchedumbre que confesaba sus pecados: *Confitentes peccata sua*, y que recibía el bautismo de la penitencia en las aguas del Jordán: *Baptizabantur ab illo in Jordanis flumine*. La Roma de Tiberio cometía toda clase de crímenes, pero no los confesaba; contraía toda clase de manchas, pero se cuidaba poco de lavarlas en las aguas de la penitencia. Quién se equivocaba ¿el desden irónico de Pilatos o la fe de los Hebreos? No era nueva la confesión y el bautismo entre los Judíos, puesto que en la fiesta solemne de las expiaciones, hacía el Gran Sacerdote en nombre de Israel, confesión general de todos los pecados del pueblo, y que todos los días recibían los sacerdotes en el Templo, en nombre del Señor, la confesión de las culpas particulares, y ofrecían por el culpable un sacrificio a Jehovah. Toda clase de impurezas ilegales se purificaban por las abluciones ceremoniales, bautismo permanente que entrañaba en cada pormenor de la vida hebraica. Cuando fueron al Sinaí los hijos de Jacob, huyendo de la tiranía de Faraón, a recibir la ley divina «habían sido bautizados antes, dice San Pablo, en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo». Así fueron purificados del contacto de los Egipcios, poniendo después la ley del bautismo o de la ablución, una barrera entre ellos y las naciones extranjeras. He aquí por qué había aceptado toda la Judea la confesión de los pecados y el bautismo de penitencia, predicados por San Juan, como la viva expresión y la esencia misma de la ley judaica. Pilatos podía

. Y lo preguntaron de nuevo. Pues ¿por qué bautizas, sino eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondioles Juan diciendo: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Ése es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. -Estas cosas pasaron en Bethania del otro lado del Jordán, donde bautizaba Juan. No era, pues, posible dudar que Juan no era el Cristo, sino que le precedía, como precede la escolta encargada de abrir el

camino al paso del soberano. «Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Éste le vio venir y dijo: He aquí el cordero de Dios; ». Juan por su parte decía a la multitud. «Aquel que me ha enviado a bautizar con el agua, me ha dicho: Aquel sobre quien vieres descender y reposar al Espíritu en figura de paloma, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Le he visto actualmente, y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios. Y entonces entraba Jesús en la edad de treinta años y pasaba por ser el hijo de Josef».

». Este análisis del texto sagrado es tan fiel como la traducción del griego de San Papías. ¿Qué diremos también de la adición unida ingeniosamente al relato, con la que se pretende que Jesús «fue bautista a su vez, y vio también preferido su bautismo?» En breve daremos íntegro lo que sigue del Evangelio, y en que no se encuentra ». El bautismo hace un gran papel en las tradiciones rabínicas. «Los justos y los hombres piadosos, dice el Zohar, se regocijaban con la solemnidad de la efusión del agua, porque era una figura del favor que concederá el Altísimo, cuando borre de la tierra la impureza de la serpiente. El Korán da a Juan Bautista el nombre de el Profeta Santo, y a la hora en que escribimos estas líneas, existe aun, en las cercanías de Bassora una secta llamada Mende-Jahia (discípulos de Juan) que adora al hijo de Zacarías, los cuales tienen un texto sagrado a que llaman Diván, y del que existe un ejemplar con el título de Codex Nazaraeorum en la Biblioteca romana de la Propaganda. Así es como los sueños del racionalismo moderno caen, uno tras otro, ante los hechos reales de la historia.

. Entonces el diablo le llevó a Jerusalén y le puso sobre el pináculo del Templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito que Jehovah ha mandado a sus ángeles

. Y respondiendo Jesús, le dijo: Está escrito; no tentarás al Señor tu Dios. Entonces el diablo lo condujo a un elevado monte y le puso a la vista en un instante todos los reinos del mundo con su magnificencia, y le dijo: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque se me han dado a mí, y yo los doy a quien quiero: si tú quieres, pues, adorarme serán todos tuyos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a él sólo servirás. Y en aquel instante el diablo se apartó de él, y acercándose los Ángeles a Jesús, le sirvieron.

». No procedió Mahoma de otro modo. Pero instituir el ayuno, y comenzar practicándolo; instituir el bautismo y comenzar recibéndolo, son actos de un espíritu sacerdotal, cuya mezquindad deplora el racionalismo. Y no obstante, tales son los dos primeros actos de la vida pública de Jesucristo, como deben ser, hasta la consumación de los siglos, los de toda vida humana regenerada. El sensualismo ha perdido a la humanidad en la cuna; y sólo puede rehabilitarla renunciando a él. Contra los apetitos de los goces materiales, y la concupiscencia de la carne, origen de todas las tiranías sociales, de todas las rebeliones, de todas las agitaciones del mundo, trae el Salvador un remedio divino, pero que sólo producirá efecto con la condición de ser individual y aplicarse a cada hombre en particular, para su propia restauración. La mortificación llegará a ser el único medio de salvación para

cada uno de los hijos de Adán redimidos por Jesucristo. Semejante programa, repito, es superior a las concepciones de todos los legisladores, de todos los filósofos, de todos los genios humanos. Su aparente sencillez supone realmente una fuerza divina. Reformar el mundo respetando el libre alvedrío del hombre y las leyes fundamentales de las sociedades humanas, es una obra imposible siempre a todas las teorías de los sabios. Sólo un Dios podía hacer amar la privación, abrazar el sufrimiento, y decir a la carne que tiene hambre y sed: ¡Serás dichosa ayunando, mortificándote, macerándote! ¡Cuán ciego es quien no ve que era un milagro divino la ley de la privación, en la época en que se producía en la sagrada persona del Salvador, en el monte de la Santa Cuarentena! Las rosas con que Horacio coronaba su frente en voluptuosos festines, eran recogidas por Ovidio y Tibulo. Roma era el pandemonium de todas las irracionalidades, todas las corrupciones de la carne. Gigantesca Gula (para tomar su lenguaje una palabra que el cristianismo ha matado) abríase desencajada, tragándose mil vidas, en beneficio de una sola, a cada dentellada. Sin que esto impidiera a los filósofos, como Séneca, escribir . ¡Retóricos! ¿Cuál es, pues, la influencia de cualquier periodo en la reforma del género humano? Los discursos son allí impotentes, los preceptos estériles, las frases superfluas. Hace allí falta el poder creador, uniendo el ejemplo al precepto. He aquí por qué ayunó Jesucristo, el Verbo encarnado, cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, y he aquí por qué tiene el mundo cristiano, hace dos mil años, hambre y sed de mortificación, de ayunos y austeridades, hasta tal punto que, a pesar de vuestros sofismas, a pesar de vuestras excitaciones al deleite, al bienestar material, a los goces del sensualismo, no volverán a verse nunca en nuestra tierra los desenfrenos de la Roma pagana.

». ¿Salvará, la alegación de circunstancias atenuantes en favor de Satanás, al mundo, de su imperio? ¿Resonará menos su voz, aún dulcificada por la elocuencia de los sofistas, en las conciencias humanas? El «pobre calumniado» que se hizo adorar en el universo durante cuarenta siglos, que se hizo sacrificar víctimas humanas a millares, que devoró la inocencia, el pudor, la virtud de las generaciones, sin decir jamás: ¡Basta! «este revolucionario desgraciado» que se hizo padre de toda clase de revoluciones, instigador de todas las rebeliones, consejero de todo género de crímenes, artífice de toda clase de errores, seducciones y mentiras, ¿creéis que se halla muy lejos de vosotros? Guardad silencio y escuchad el grito de las pasiones, el rumor del orgullo que suena sordamente al oído del corazón, el rugido de la voluptuosidad, el estertor de la avaricia. Es el llamamiento de Satanás, al fondo de las almas, ayer, hoy, mañana, bajo todos los cielos, en todas las latitudes, en cada punto del espacio y del tiempo. La empresa de su rehabilitación, si pudiera conseguirse, equivaldría al aniquilamiento de la virtud en la humanidad. Felizmente sobrepuja esta obra al poder, no solamente de la literatura ligera, sino de los genios más fuertes. El Hijo de Dios venció a Satanás, y es verdaderamente notable que tenga el demonio, después del Evangelio, tantos enemigos como tenía adoradores en la antigüedad pagana. ¡Satanás no podría ofrecer hoy a nadie, como lo propuso al Salvador, la dominación universal del mundo ¡tanto ha debilitado su infernal energía la lucha que se atrevió a sostener contra el Verbo encarnado!

; tú serás llamado Cefas, que quiere decir en hebreo Pedro, Piedra. Tal es, en su

, a algunos estadios del extremo del lago de Genesareth en la parte occidental; pero habitaban en la ciudad vecina de Cafarnaúm, donde volveremos a hallar más adelante a Simón, en casa de su suegra. El mismo Juan, hijo de Zebedeo, era de Cafarnaúm. Según observa el doctor Sepp, su oficio les había llevado con frecuencia a las riberas del Jordán, donde tenían relaciones de negocios con los pescadores de Betania. Parece también que al aproximarse las grandes festividades, llevaban a vender sus peces a Jerusalén. Así es como probablemente, habiendo tenido el evangelista San Juan ocasión de ir a casa de Caifás, fue conocido por la criada, que dejó entrar por recomendación suya a San Pedro, en el vestíbulo, cuando fue llevado Jesús ante el Gran Sacerdote. Como quiera que sea, dos pescadores han querido ver dónde moraba Jesús, aquel que les había designado Juan Bautista, como «Cordero de Dios». Jesús les dijo: «¡Venid y ved!» Después de haber pasado algunas horas en compañía del nuevo Maestro, reconocieron a Cristo, el Mesías; y llevaron ante él a Pedro, pescador como ellos. Éstos son los primeros elementos de la Iglesia inmortal, fundada por Jesucristo. El racionalismo halla todo esto sencillo; a los ojos de quien quiera reflexionar en ello, es el medio escogido tan desproporcionado con el efecto, que tenemos derecho para afirmar, sin necesidad de otra prueba, que la Iglesia es divina.

, y que fue anunciado por los profetas. Y díjole Nathanael: ¿Puede salir de Nazareth cosa buena? -Díjole, Felipe: Ven y lo verás. Vio Jesús venir hacia sí a Nathanael, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez. -Preguntóle Nathanael: ¿De qué me conoces? -Respondióle Jesús: Antes que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera. -Al oír esto Nathanael, exclamó: ¡Oh! ¡Maestro mío! tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. -Respondióle Jesús: Has creído porque te dije que te vi debajo de la higuera. Tú verás cosas mucho mayores todavía. -Y añadió: en verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre».

». Si hay algo que cause sensación en el texto sagrado que acabamos de reproducir, es precisamente la falta de todo aparato escénico y de toda «ficción». Jesús va a tomar de nuevo el camino de Galilea, y se atrae a Felipe con una sola palabra. «¡Sígueme!» y Felipe le sigue. Expliquémosnos si es posible, el predominio de semejante palabra, en boca de quien la pronuncia, y la obediencia espontánea de aquel a quien se dirige. No solamente sigue Felipe a Jesús, sino que reconoce Felipe en él al Mesías prometido por Moisés y predicho por los Profetas. Felipe hace en favor de Nathanael lo que habían hecho Andrés y Juan la víspera en favor de Simón: corre a informarle de este gran advenimiento de Cristo. «¡Ha venido el Mesías: es Jesús, hijo de Josef de Nazareth!» Felipe no sabe todavía, sobre el origen y la patria de Jesús, más que lo que refiere el vulgo. Admírase Nathanael de que pueda salir el Mesías de Nazareth, cuando han señalado los Profetas a Belén como la ciudad en donde debe nacer Cristo. Y hace de buena. Para comprender bien el sentido de la alusión, es necesario recordar el significado hebraico del nombre de Israel; «Fuerte contra Dios» que se dio al patriarca Jacob, después de la visión de la Escala misteriosa. Este término de Israelita; Fuerte contra Dios, empleado en esta circunstancia, era por sí solo una revelación. Otro que no hubiera sido judío, no lo hubiera comprendido, pero Nathanael no podía equivocarse sobre esto. Conoce que penetra la mirada de Jesús en lo más profundo de

su conciencia, y exclama: «¿De qué me conoces?» La mención de la higuera, bajo la cual estaba sentado antes que le llamara Felipe, y donde le había seguido Jesús con sus ojos divinos al través de la distancia, esta particularidad íntima de que nadie había sido testigo, acaba de llevar la fe a su alma: «Rabi (Maestro), dice, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel»; y Jesús, continuando la alusión a la historia del patriarca Jacob, apellidado divinamente Israel, replica: «Tú, verdadero israelita, verás subir y bajar los Ángeles de Dios sobre la cabeza del Hijo del Hombre. « He aquí en su incomparable sencillez y despojada de todo . El racionalismo no parece ni aun sospechar los caracteres intrínsecos de autenticidad, de buena fe y de poder divino que hay en este texto evangélico, y el comentario que de él da se reduce a una presuntuosa pasquinada.

. Tres días después, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fue también convidado a estas bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Y Jesús contestó: Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo? Aun no es llegada . Jesús dijo a los servidores: Llenad de agua las hidrias; y las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesús: Sacad ahora y llevad al Maestresala (o presidente del festín), y ellos la llevaron. Apenas el Maestresala probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde era este vino (aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido a su satisfacción, sacan el inferior; pero tú has reservado el buen vino para lo último. Éste fue el primer ».

», y más adelante: «Los discípulos creyeron en él». Es imposible no reconocer aquí que preside María a la manifestación de Jesús en Caná, como había presidido a la de Belén, en favor de los Magos, siendo para los discípulos la introductora en el sendero de la fe. Así, más adelante, los Padres del concilio de Éfeso repetirán en honor suyo, esta gloriosa aclamación: «¡Dios te salve, María, Madre de Dios y siempre Virgen! Por mediación tuya ha evangelizado al mundo el colegio apostólico». La duda de Nathanael se disipó ante el testimonio de la Virgen Madre, así como se disipó la sospecha de San Josef ante la proclamación evangélica de la Virginitad Inmaculada. Así, pues, ». Hay más; así como esperó el Hijo de Dios que expresara su voluntad María para descender a la tierra, y que precediera el Fiat virginal a la obra de redención, como había precedido el Fiat del primer día a la creación, así es la voluntad de María la que adelanta la hora de la manifestación de Jesucristo. Parece que el mismo divino Maestro se queja de la violencia poderosa de su Madre. «Mujer, ¿qué hay de común entre ti y yo? dice. Aún no ha llegado mi hora». - «¿Qué hay de común entre Vos y Ella? ¡Oh Dios mío! exclama San Bernardo. Hay entre Vos y Ella todo lo que hay de común entre una madre y su hijo. ¿Y para qué preguntar lo que hay de común entre un Hijo divino y las entrañas que le han llevado, entre los labios que han mamado la leche, y el seno virginal que los ha lactado? «Esta palabra evangélica es una de las que más han sublevado, bajo diversos puntos de vista, a los herejes de todas épocas. En el siglo de San Agustín, creían encontrar en ella los sectarios de Manés la prueba de que no era Jesús realmente el Hijo de María y que la maternidad divina había tenido sólo una apariencia fantástica. En nuestros días, no deja de citar el racionalismo esta respuesta, para justificar su famosa aserción: «La familia de Jesús no parece que le amase,

y hay momentos en que se encuentra a Jesús duro con ella». Las dos conclusiones, maniquea y racionalista, son tan erróneas una como otra. He aquí lo que contestaba el gran obispo de Hipona a la primera: «Nuestro Señor Jesucristo, dice, era a un mismo tiempo Dios y hombre; en cuanto Dios, no tenía madre; en cuanto hombre, tenía una; tal era la madre de su humanidad, de la flaca naturaleza con que quiso revestirse por nosotros. Pues bien, el milagro que iba a verificar debía ser obra de la divinidad, y no de la débil carne; iba a obrar como Dios, sin que tuviera nada de común con la debilidad de ». Así hablaba San Agustín a los racionalistas de su tiempo. Los del nuestro aprenderán de este ilustre doctor, que sólo el Hijo de Dios podía dar semejante respuesta a su madre, así como sólo María podía tener sobre el Hijo de Dios el poder de exigir un milagro; de suerte, que cuanto más rigurosa parezca la respuesta de Jesús, más lleva el sello de la autenticidad intrínseca de que nos ha dado tantos ejemplos el Evangelio.

. ¿Había entre los convidados de Caná muchos, excepto los discípulos, que hubieran apreciado el honor de tener en medio de ellos, un huésped divino? Nadie parece sospecharlo. Pero «allí está la Madre de Jesús»; y parece que tenga prisa de manifestar a todos estos indiferentes la divinidad de su hijo. «Aún no había llegado, sin embargo, la hora», pero la intervención de María tiene el poder de adelantar la hora de la gracia; la hora de María llegará a ser la hora de Dios. «Haced todo lo que él os diga, dice a los sirvientes»; tan segura está la Virgen María de que acceda a ello Jesús. Ella sabía «que le era sumiso». Por orden de Jesús, van los sirvientes a tomar agua, y llenan hasta el borde seis grandes hidrias dispuestas para las abluciones de todos los convidados. No son, pues, los discípulos del Salvador los que ejecutan la orden de su Señor, como hace observar un intérprete moderno. No hay duda de que los convidados de Caná no formaban una , del Architriclino, como le llama el texto sagrado, representando con este término, con maravillosa exactitud, la observancia de las dos costumbres hebraica y romana en la civilización de la Judea, en aquella época. El Triclinio, lecho de descanso, en que se tendían los convidados, apoyado el codo izquierdo sobre cojines, era una importación romana. Josefo la hace notar como una de las magnificencias del palacio de Herodes. Semejante lujo contrastaba singularmente con la institución mosaica que prescribía a los Hebreos que comiesen el Cordero Pascual, en pie, ceñidos los riñones, calzados los pies con las sandalias de viaje y con el báculo en la mano. Sin embargo, extendiose en breve en Palestina, y lo encontraremos usado en todas partes, en la serie de la historia evangélica. El nombre de Architriclinus procedió indudablemente del Triclinium romano; la expresión era nueva, pero la función que designaba era mucho más antigua entre los Judíos. El capítulo XXXIII del Eclesiástico está consagrado enteramente a trazar las reglas de conducta para uso de los symposiarcas o presidentes de los festines, que servían el vino a los convidados. Todo el mundo sabe las sublimes metáforas que tomaron de esta costumbre nacional David e Isaías en sus cantos populares. ». -Levántate Jerusalén, dice el profeta Isaías. La mano de Jehovah ha derramado sobre tus labios la copa de su cólera, tú has agotado hasta el fondo el cáliz del adormecimiento, y lo has apurado hasta las heces. Los Hebreos tenían, pues, en sus festines, un symposiarca, un «architriclino» encargado de la presidencia del convite. Más adelante veremos que se disputaban tal honor, muy solicitado especialmente por los Fariseos. En las bodas de Caná, se ejercía tal vez esta función por el Paraninfo, es decir, por el que dirigía la comitiva de la novia. El elogio que dirige al esposo en esta circunstancia, parece hacerlo sospechar así.

». Pero

». Pero según el sentir de San Agustín y de los Padres de la Iglesia, el milagro de las bodas de Caná, tenía una significación más elevada todavía. El agua que llenaba las hidrias destinadas a las abluciones prescritas por la antigua ley, este elemento de una purificación enteramente material se convierte en el vino del Nuevo Testamento, que hace germinar las Vírgenes, en una generación espiritual y pura. El Evangelio era el vino excelente que tenía en reserva para la última hora el celestial Esposo. «Asistiendo con su Madre a las bodas de Caná, dice San Cirilo de Alejandría, quiso Jesús consagrar el principio de las generaciones humanas, así como había santificado anteriormente el agua bautismal con su contacto divino. Para levantar la naturaleza decaída y volverla a su primitiva santidad, no bastaba que bendijera el Salvador a los hombres que ya habían nacido, era necesario, para el porvenir, que estableciera en las fuentes de la vida, la gracia que debía extenderse a toda la posteridad humana y santificar el origen de todos los nacimientos. « Así, lo mismo que en las puertas del Edén se nos aparecieron Adán y Eva como los primeros padres de una raza culpable, así, en las bodas de Caná, presiden, Jesucristo, el nuevo Adán, y María, la Eva rehabilitada, a la generación espiritual de los hijos de la gracia. El matrimonio cristiano será uno de los sacramentos del Nuevo Testamento. El milagro de las bodas de Caná inaugura la institución divina de la familia, reconstituida en Jesucristo. He aquí lo que se sabía en nuestra Europa, después que fue regenerada por el Evangelio. ¿Cree la exégesis racionalista haber tocado siquiera estas grandes cosas que han convertido al mundo, ?» ¡Este milagro hubiera obtenido sin duda el favor de una mención más formal si se hubiera verificado en las bodas de Agripina, para distraer de sus iras al César Tiberio!

. Entre tanto, interpelando los Judíos a Jesús, le pre-señal o prodigio nos manifestarás que tienes autoridad para hacer estas cosas? -Respondió Jesús y les dijo: Destruid este Templo, y yo le reedificaré en tres días. -Dijéronle los judíos. Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este Templo, ¿y tú le has de restablecer en tres días? Pero Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Así, después que resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo dijo por esto, y creyeron (con más fe) en la Sagrada Escritura y en las palabras que ».

. La especulación había sido lucrativa, y le imitaron los mercaderes de bueyes y de palomas. En breve todas .

. La empresa que comenzó este príncipe veinte años antes de la E. V. se prolongó aun más allá del periodo evangélico. Veinte y seis años de nuestra era habían transcurrido, en la época de la solemnidad Pascual, en que expulsó Jesús a los mercaderes del Atrio de los extranjeros; de manera que tenían una exactitud matemática los cuarenta y seis años citados por los Judíos.

».

. La riqueza de Nicodemo, que llamó la atención de los Talmudistas, no causa impresión alguna en el Evangelista; pero fijan particularmente la atención de San Juan, su título de doctor en Israel y el conocimiento de las Escrituras que éste supone. Todo el diálogo de Jesús con este tímido prosélito tiene por base la Escritura. El Antiguo Testamento era como la raíz del Evangelio; pero era precisa la revelación del Verbo para fecundizar este antiguo tronco. ¿Cuántas veces no habían anunciado los Profetas que Dios crearía una nueva generación, nuevos cielos y una tierra nueva? Nicodemo conocía sin duda estos textos sagrados, pero cuando oye la solemne afirmación de la necesidad de un segundo nacimiento, no comprende nada de este misterio, cuya sola enunciación provoca por su parte la objeción del más repugnante materialismo. Sin embargo, había leído las palabras de Jeremías, mandando de parte de Jehovah la circuncisión del corazón y la célebre profecía de Ezequiel: «Os quitaré vuestro corazón de piedra para sustituirlo con otro de carne». Tal vez llevaba, como fariseo escrupuloso, bordada en la orla de su vestidura, la oración de David: ¡Oh Dios! ! «Por lo menos, era fiel observante de las prescripciones legales, respecto de las abluciones frecuentes. Pero bajo la letra de la ley, no sabía discernir la purificación espiritual, de que eran figura los ritos Mosaicos. El bautismo legal en el agua, para borrar las impurezas corporales; el bautismo legal en la carne, por medio de la circuncisión, para imprimir el sello de la adopción de los hijos de Abraham; tales eran a los ojos del Fariseo, los únicos elementos de santificación. He aquí por qué no comprende nada de la regeneración de las almas que acaba de verificar el Hijo de Dios. Para él, así como para todo el judaísmo, debe ser el Mesías un poderoso dominador, un fundador de imperio:

subyúgale la idea de ver realizarse esta esperanza en la persona de Jesucristo; viene por la noche a llevar a los pies del Salvador el testimonio de toda su secta. «Rabí, dice, sabemos que vienes de parte de Dios, según nos lo prueban tus milagros». Si le hubiera contestado el divino Maestro: «Dentro de dos años volverá a levantarse el trono de David, Jerusalén eclipsará a la Roma del César, y los hijos de Abraham serán los soberanos del mundo», hubiera comprendido Nicodemo este lenguaje y aplaudido esta revelación.

, pues caen por su peso ante la majestuosa sencillez del Evangelio. «Después de la festividad de Pascua, continúa el escritor sagrado, Jesús, seguido de sus discípulos, volvió a la campiña de Judá, próxima a Jerusalén; . Entonces se hallaba Jesús en las riberas del torrente de Ennom junto a Salim, donde había agua abundante y profunda. Y acudían muchos y eran bautizados, porque en aquella época aún no había sido Juan encarcelado, como lo fue a poco por Herodes Antipas. Habiéndose suscitado una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos sobre el bautismo de su Maestro, acudieron a Juan sus discípulos, y le dijeron: Maestro, aquel que estaba contigo, a la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, sábetete que se ha puesto a bautizar, y todos van a él. Respondió Juan, y dijo: el hombre no puede atribuirse cosa alguna sino le es dada del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él (como precursor suyo). ¿Quién es el esposo, sino aquel en cuyas manos se entrega la esposa? En cuanto al amigo del esposo, que está para asistirlo, se regocija en extremo de oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo. Conviene que Jesús crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior a todos. Y atestigua los misterios ».

, dejaba la casa paterna de noche, al son de los instrumentos de música a la luz de las lámparas. Formaban su séquito diez Vírgenes con sus lámparas encendidas, a quienes precedía la joven esposa, llevada por el paraninfo. El esposo, ungido de perfumes, ceñida la frente con una corona, venía a recibirla, precedido de diez jóvenes, a cuya cabeza iba el amigo del esposo. Designábase su llegada, que esperaban las jóvenes Vírgenes por la gozosa aclamación que nos ha conservado una parábola evangélica: «He aquí al esposo, salid a su encuentro». Entonces se reunían las dos comitivas, y presentaba el paraninfo la esposa a su futuro esposo. Estos pormenores, tomados de las costumbres tradicionales de los Judíos, nos dan el sentido

, no se mostraron menos hostiles a la influencia del Salvador. «Habiendo, pues, sabido con furiosos celos que Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, dice el Evangelista, conociendo Jesús sus malos designios, dejó la Judea y se fue otra vez a Galilea, para lo que le era necesario pasar por Samaria. Llegó, pues, a una ciudad de este país llamada Sicar, próxima a la heredad que había dado Jacob a su hijo Josef, y donde estaba el pozo llamado la Fuente de Jacob. Fatigado Jesús del camino, se sentó en el brocal del pozo. Era ya cerca de la hora de sexta. Y habiendo venido una Samaritana a sacar agua, le dijo Jesús: Dame de beber, (porque sus discípulos habían ido a la ciudad próxima a comprar de comer.) Y la Samaritana le dijo: ¿cómo, siendo tú Judío, me pides de beber a mí que soy Samaritana? ¿por qué los Judíos no comunican con los Samaritanos? -Respondió

Jesús y le dijo: si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a él y te hubiera dado agua viva. -Señor, respondió ella, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; antes el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna. -¡Ah! Señor, exclamó la Samaritana, dame de esa agua, para que no , respondió Jesús, créeme a mí: ya llegó el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoréis al Padre. Vosotros los Samaritanos adoráis lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (o el Salvador) procede de los Judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad. -Ya sé, replicó la Samaritana que está para venir el Mesías (que quiere decir Cristo). Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. -Y Jesús le respondió: Ése soy yo, que hablo contigo. A este tiempo llegaron sus discípulos y se admiraban de que estuviese hablando con una mujer. No obstante, ninguno le dijo ¿qué le preguntas, o qué hablas con ella? -Con esto, la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y dijo a aquella gente: Venid a ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Será éste, por ventura el Cristo! -Salieron ellos de la ciudad y vinieron a verle. Entre tanto, habían servido los discípulos la comida, y rogaban a Jesús diciendo: Maestro, come. -Y él les respondió: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis. Y los discípulos se preguntaban unos a otros. ¿Acaso le habrá traído alguno que comer durante nuestra ausencia? -Pero Jesús respondió. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo. Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse. Aquel que siega recibe su jornal y recoge el fruto para la vida eterna, para que así haya contento tanto para el que siembra como para el que siega. .

. El agua viva que encerraba, llamada así en oposición a los depósitos estancados de aguas pluviales que se recogen en Palestina en las cisternas, era el único recurso de la comarca. He aquí lo que le opuso la Samaritana, interpretando las palabras de Jesús en sentido material.

. El altar Eucarístico, el sacrificio sangriento en que se inmola cada día, «en espíritu y en verdad, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», he aquí la forma divina de adoración que traía Jesús

. Ningún profeta es venerado en su patria, decía, aplicándose a sí mismo este testimonio. Habiendo, , cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Este oficial, habiendo oído que venía Jesús de la Judea a Galilea, fue a estar con él y le pidió que bajara a Cafarnaúm a curar a su hijo que estaba muriéndose. -Pero Jesús le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis. -Mas el padre replicó: Señor, ven antes que muera mi hijo. Anda, le dijo Jesús, que tu hijo está sano. -Creyó el oficial lo que le dijo Jesús, y marchó. Y cuando iba ya por el camino, le salieron al encuentro sus criados y le dijeron que su hijo estaba ya bueno. -Preguntales por la hora precisa en que se había sentido mejor, y le dijeron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre. -Conoció por aquí el padre que ésta era la hora en que le dijo Jesús: Tu hijo está sano, y creyó él y toda su familia. Éste fue el segundo milagro que hizo Jesús después de haber vuelto de Judea a Galilea». Los racionalistas modernos no creen como el oficial de Cafarnaúm. ¡Qué! dicen, ¡había de haber vuelto la vida Jesús con una sola palabra a los labios moribundos de un joven que se hallaba distante y que no podía experimentar la influencia del contacto, ni de la mirada, ni de una enérgica voluntad! ¿Puede la súplica de un padre desesperado interrumpir el orden inmutable de las leyes de la naturaleza? He aquí lo que dicen. Pero el oficial de Cafarnaúm creyó por sí y

». Cuanta más ignorancia y sencillez se suponga en estos cuatro galileos, más se acrecentará el milagro. Porque la afición a las cosas de la tierra está en razón inversa del grado de cultura de los entendimientos. Cuanto más estrecho es el horizonte que rodea al aldeano y al pobre, más querido les es este horizonte. Y por otra parte, estos cuatro pescadores galileos son las cuatro primeras columnas del edificio inmortal de la Iglesia. Cuanto más se repita que Simón, por sobrenombre Pedro, era un simple pescador sin cultura y sin letras, más se agrandará

». La pesca milagrosa del lago de Genesaret pasma a Simón. Pero Pedro no se admira ya al día siguiente de Pentecostés, cuando según la enérgica expresión del texto sagrado, «cayeron a sus pies tres mil almas». La última pesca en la barca de Tiberiades figuraba la primera pesca en la barca de la Iglesia. El mundo entero debía entrar en las redes de Pedro, así como los

. En estas circunstancias fue, dice Josefo, cuando encontró Herodes Antipas por vez primera a su sobrina Herodías, mujer cruel e intrigante, cuyo nombre mancillado por la historia, llevará hasta el fin de los siglos la mancha de la sangre inocente. Herodías se había casado con Filipo, hijo de Herodes el Grande y hermano materno de Antipater. Este Filipo, que no debe confundirse con el Príncipe del mismo nombre que reinaba en Iturea y la Traconítida, . Herodías sobrado ambiciosa para contentarse con semejante papel, aspiraba a reinar. Había tenido de Filipo, su esposo, una hija llamada Salomé, la célebre bailarina; pero ni el sagrado nombre de esposa ni el de madre valían a sus ojos el título de reina. Supo engañar a Herodes Antipas y hacer que le prometiera que se casaría con ella a su regreso de Roma. Estas nupcias incestuosas se celebraron con gran pompa, cuando habiendo vuelto de su viaje el Tetrarca y colmado de nuevos favores por el emperador, hizo la dedicación solemne de la capital de Galilea, bajo el nombre de Tiberiades. Este enlace causó grande

escándalo entre los Judíos, pues jamás se había visto en los peores días del reinado de Herodes el Idumeo arrancar un hermano a su hermano una esposa legítima. Para colmo de ignominia, la joven Salomé había seguido a su madre, y cambiado la inocente oscuridad del hogar doméstico por los esplendores de una corte disoluta.

». Herodes temía la influencia de Juan sobre la multitud que le veneraba como a un profeta. Por otra parte no podía dejar de reconocer la justicia y la santidad del Precursor. Más de una vez obró por su consejo, y le oyó con gusto. Pero Herodías se hizo la Jezabel del nuevo Elías; había jurado la perdición de Juan Bautista, y no pudiendo arrancar una sentencia de muerte contra él a su marido, recurrió a los ardides y artificios. Los fariseos y los doctores de la ley habían protestado siempre contra el bautismo de Juan, desde que les declaró el hombre de Dios que no era Elías ni profeta. No solamente habían rehusado ir con la multitud a recibir de él la purificación bautismal en las aguas del Jordán, sino que declaraban en alta voz que Juan estaba endemoniado y que obraba bajo el imperio del espíritu de Satanás. Herodías halló en ellos cómplices dispuestos a auxiliarle en sus proyectos de venganza, los cuales se encargaron de todo lo odioso de la traición, , denunciaron a Juan Bautista a Herodes, como un sedicioso que sublevaba al pueblo contra su regia autoridad. Con este pretexto se determinó en fin el Tetrarca a hacer prender al Precursor, que fue conducido, cargado de cadenas a la fortaleza de Maqueronta. Mas no hallándose aún satisfecha la crueldad de Herodías, no le bastó la prisión del hombre de Dios, y quiso su cabeza. Pero el débil Antipas, temiendo más que nunca que se rebelase el pueblo, resistió por el momento a las solicitudes de esta mujer sanguinaria, y aun fingiendo por el ilustre cautivo un especial interés, permitió a sus discípulos que le visitaran en su prisión, y se aprovechó él mismo de su permanencia en Maqueronta para mantener con él relaciones benévolas, según atestiguan los Evangelistas.

. -«Haced penitencia, decía, porque se acerca el reino de los cielos. Así principió a predicar el Evangelio de Dios. Y los sábados iba a la sinagoga y dirigía su enseñanza a la multitud. Todos se pasmaban de la sublimidad de su doctrina, y les enseñaba como quien tenía potestad, y no como los Escribas y doctores». Para comprender que es un testimonio implícito de la divinidad del Salvador. Los Escribas y los doctores Judíos comentaban los libros del Antiguo Testamento; su doctrina no era más que una tradición, su palabra un reflejo. Pero Jesús en la Sinagoga, en día de sábado, en presencia de la multitud congregada para oír la lectura de la Ley, dirige a los habitantes de Cafarnaúm una palabra que no proviene sino de él mismo, una enseñanza que se apoya en su propia autoridad. Jehovah, pues, era el único doctor en Israel; los Scribas aspiraban únicamente al honor de ser sus intérpretes. El Salvador afirmaba, pues, su divinidad a los ojos de los Judíos, del modo más claro y más formal. «Hablaban como quien tiene potestad» y experimentaban la omnipotencia de su palabra los mismos demonios.

». La primer posesión del hombre por Satanás remonta hasta el Edén. Al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, llegó a ser el demonio realmente «el príncipe del mundo». Por mano del fratricida Caín, imprimió en sangrientos caracteres el sello de su tiranía en sus nuevos súbditos. Desde entonces se desarrolló la acción diabólica, en toda la serie de la

historia, paralelamente al plan divino seguido de edad en edad para preparar la redención. El mundo antediluviano se había dividido entre el Hijo de Dios y los hijos de Satanás, hasta el día en que, tomando el mal proporciones gigantescas que no volveremos a ver más, atrajo sobre nuestro globo el último cataclismo universal. El imperio de Satanás se perpetuó en la raza postdiluviana, procedente de Noé. Cam volvió a tomar al salir del arca con menos odiosas condiciones, el papel de Caín, en el umbral del Paraíso Terrenal. El demonio recibió bajo todos los nombres divinizados por el politeísmo, los homenajes de la tierra, dio oráculos, se posesionó de las pitonisas, y las agitó con extrañas convulsiones, sobre la trípode de Apolo, bajo las encinas de Dodona, en los antros de Cumas, al pie de los dólmenes y de los menhires de las Galias. La posesión del mundo antiguo por Satanás, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Así es notable que en los primeros días de la Iglesia llegará a ser la expulsión de los demonios en nombre de Cristo, para los mismos paganos, uno de los signos perentorios de la divinidad del Evangelio. El poder infernal, deificado por sus adoradores, se gozaba en su vasto imperio, y tenía manifestaciones sobrenaturales, de que nadie dudaba, porque todo el mundo era testigo de ellas. He aquí lo que escribía Tertuliano en su Apologética: hará bien nuestro siglo en meditar

. Primitivamente recibió de Dios el hombre la soberanía sobre la materia. Pero separándose » . Pero como el principio corporal en el hombre está tomado a la naturaleza, tiene Satanás sobre él un poder inmediato y directo que se manifiesta visiblemente en ciertas circunstancias y en límites determinados por la suprema voluntad de Dios. Así las posesiones corporales del hombre por Satanás, son hechos positivos que ha consignado por otra parte la observación de todos los siglos, habiendo dado el Evangelio a estas manifestaciones sobrenaturales el nombre de endemoniados. Verificanse bajo el imperio de ciertas circunstancias particulares, es decir, que los hábitos corporales o espirituales del hombre le predisponen más o menos a experimentar la influencia del espíritu del mal. Los vicios cuyo carácter propio es la degradación del ser humano y su identificación con la materia, las pasiones de la concupiscencia carnal que extinguen el sentido íntimo de la conciencia para sumergir a sus víctimas en la vida animal más grosera, tienen evidentemente por resultado dos desórdenes, en el organismo y en el sistema nervioso por una parte, en las facultades intelectuales por otra. Pero viciados el organismo y el sistema nervioso por hábitos perversos, turbados por la invasión desordenada de las pasiones animales, son instrumentos materiales, sobre los que tiene el demonio un imperio directo y que puede poseer » cuando vendió este apóstol a su divino Maestro; y no obstante, Judas no fue un «endemoniado». El Evangelio no le da este nombre en parte alguna.

. Nos hallamos aquí en presencia de la exégesis racionalista que niega positivamente toda esta doctrina, y no ve en los hechos de posesión diabólica referidos por el Evangelio sino casos de locura, hábitos mórbidos, fenómenos de enajenación mental, a los cuales Jesús, por no chocar contra las preocupaciones universales de su tiempo, dejaba dar el nombre de estados demoniacos y que curaba ya por una virtud superior, ya por los secretos de un arte desconocido. «Uno de los géneros de curaciones que verifica Jesús con más frecuencia, dicen los nuevos críticos, es la expulsión de los demonios. Una facilidad extraña de creer en los demonios reinaba en todos los espíritus. Era una opinión universal, no sólo en Judea, sino en el mundo entero, que los demonios se apoderan del cuerpo de ciertas personas, haciéndolas obrar de un modo contrario a su voluntad. La epilepsia, las enfermedades

mentales y nerviosas que parece posesionarse del paciente, las dolencias cuya causa es desconocida, como la sordera, la mudez, se explicaban del mismo modo. Suponíase que había procedimientos más o menos eficaces para expeler los demonios; el estado de exorcista era una profesión ordinaria como la de médico. No es . Esta teoría ya añeja en Alemania no tendrá gran éxito en Francia, a pesar de la novedad que trata de dársele. He aquí la causa. El Evangelio nombra la epilepsia, las enajenaciones mentales, las afecciones nerviosas, absolutamente como las llamamos en el día, y las distingue perfectamente de las posesiones demoniacas. «Presentaron a Jesús, dice San Mateo, toda clase de enfermos, gentes acometidas de varias enfermedades, poseídos del demonio, lunáticos y paralíticos, y los curó». Así no confunde en manera alguna San Mateo los locos ni los epilépticos, sobre cuyo estado mórbido ejercen las fases lunares una influencia no explicada hasta aquí, con los endemoniados. «El estado de exorcista» era desconocido en toda la antigüedad judía y pagana, no obstante hallarse endemoniados en todas las épocas de la historia. El ministerio solemne y públicamente ejercido de arrojar los demonios por medio del exorcismo, sólo aparece con Jesucristo; perpetúase en el seno de la Iglesia Católica, depositaria de la potestad libertadora del Redentor. Este ministerio, que constituye un orden especial en la jerarquía eclesiástica, no dispone ni de un arte oculto, ni de secretos desconocidos. Su fórmula es la misma hoy que lo era en Efeso, cuando los Judíos, testigos de los exorcismos de San Pablo, quisieron imitarlos con algunos endemoniados. «En el nombre de Jesús que anuncia Pablo, decían ellos al espíritu infernal, yo te conjuro que salgas de este hombre». Y contestaba el espíritu: «¡Conozco a Jesús y sé quien es Pablo! Mas vosotros ¿quién sois?»

. Tiene, pues, la noción sana y clara del ». Semejante notoriedad supone necesariamente en el público el conocimiento de los caracteres propios a los poseídos del demonio. Para que pudiera discernirse este estado sobrenatural de las enajenaciones mentales de las demás afecciones mórbidas enumeradas por San Mateo, era preciso que se revelara la posesión por signos particulares y fenómenos de un género aparte. ¿De qué naturaleza eran estos fenómenos? El Evangelio nos lo dice. El poseso de Cafarnaúm no conocía al Salvador que iba por primera vez a esta ciudad, y no obstante, no bien le apercibe, exclama: «Déjanos, Jesús de Nazareth. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros?» ¿Dónde, pues, había oído el energúmeno el nombre del doctor desconocido que encuentra en la sinagoga? Si se supone que se había divulgado rápidamente por la ciudad el nombre del Salvador y que pudo haberlo sabido el endemoniado por el rumor público, no se hace más que aumentar la dificultad. El milagro de la curación verificada en favor del hijo del oficial real de Cafarnaúm había predisposto ciertamente la opinión a no ver en el taumaturgo más que una potestad bienhechora, y no obstante exclama el endemoniado: «¿Vienes acaso a perdernos?» Pero tal vez se dirá, ésta era una de esas palabras incoherentes que no tienen sentido racional, y tales como pueden salir de los labios de un alucinado. ¿Por qué, pues, responderemos nosotros, este alucinado, este frenético, inconsciente de su propio pensamiento, sigue tan lógicamente y con tan admirable verdad, la idea satánica de que es órgano? «Retírate, Jesús de Nazareno. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros? ¿Has venido a perdernos?» Si habló el demonio, no pudo usar otro lenguaje. Si son éstas las exclamaciones de un loco, ¿por qué tienen ese carácter tan manifiesto de lógica demoniaca? Y finalmente, ¿cómo referir a un loco el último rasgo que termina esta extraña interpelación: «Sé quien eres: eres el santo de Dios» cuándo es manifiestamente la expresión más clara y más precisa, y más inesperada de la verdad? Toda la ciudad de Cafarnaúm ignoraba la verdadera naturaleza de Jesucristo. Mirábasele

». Aquí tenemos el segundo carácter de las posesiones demoniacas: el trastorno de las leyes físicas de equilibrio, de ponderabilidad y de sensibilidad en los cuerpos. El demonio levantó a este hombre en medio de la sinagoga y le lanzó violentamente al suelo, sin hacerle daño alguno. No se necesita sabios ni químicos para consignar que semejante fenómeno se halla fuera de las reglas ordinarias de la naturaleza, y que si se tratara medicinalmente a un enajenado por este sistema, se mataría seguramente al enfermo. Así, no se engañaron los habitantes de Cafarnaúm. Aun cuando hubiese habido entre ellos uno de nuestros racionalistas modernos y les hubiera dicho: «Estos ligeros desórdenes merecen poca atención»; no deben exagerarse las dificultades; una palabra suave basta para expeler al demonio» esta teoría les hubiera parecido lo que es realmente, es decir, una puerilidad miserable en comparación del espectáculo sobrenatural de que acababan de ser testigos.

en cama con calentura, y luego le hablaron de ella. Los discípulos rogaron a Jesús que la curase; llegándose, pues, a ella, la tomó por la mano y la levantó, y al instante la dejó la calentura y se puso a servirles». Cuando eligió Jesús sus Apóstoles, dos o tres de ellos estaban ya casados. Simón

». Durante todo este día de sábado, los Judíos de Cafarnaúm no se atreven, a pesar de su impaciencia, a infringir el precepto del sagrado reposo. Obsérvanle con todo el rigor de la interpretación farisaica, pues creerían incurrir en el anatema legal, si prestasen una mano caritativa a sus hermanos enfermos, para llevarlos al Médico celestial. Pero el sábado terminaba con la luz del sol, porque los Hebreos contaban los días de una tarde a otra. Compréndese, pues, la premura de la multitud que sitia la casa del pescador galileo, no bien ha desaparecido el sol del horizonte y ha cesado el descanso sabático. Pero ¿qué comisión científica explicará nunca la instantaneidad de estas curaciones milagrosas verificadas en una multitud de enfermos a los ojos de toda una ciudad, por la sencilla interposición de manos o por

. Y habiendo ido a Nazareth, donde había pasado su infancia, entró en la sinagoga, según su costumbre el día del sábado. Y habiéndose levantado para encargarse de la leyenda e interpretación, fuele dado el libro de las Profecías de Isaías, y luego que lo desplegó, halló el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu de Jehovah reposó sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción divina y me ha enviado a predicar el Evangelio a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar a los cautivos la libertad, a dar a los ciegos la vista, a soltar a los que están oprimidos, a publicar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución divina». Después de haber leído esta profecía, arrolló o cerró el libro y lo entregó al ministro y se sentó; y todos los que estaban en la sinagoga tenían fijos en él los ojos. Y él empezó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta sentencia de la Escritura que acabáis de oír. -En seguida continuó explicándoles la Escritura, y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras de gracia que salían de sus labios, y decían: ¿No es este el hijo de Josef? -Mas Jesús replicó: Sin duda que me aplicaréis vosotros este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; haz aquí en tu patria las maravillas que hemos oído hiciste en Cafarnaúm. Mas añadió luego: En verdad os digo, que ningún profeta

es bien recibido en su patria. Por cierto os digo, que en tiempo de . También había muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Elías, y ninguno de ellos fue curado, sino Naaman, natural de Siria. Al oír estas cosas en la sinagoga, montaron en cólera, y levantándose alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad y le persiguieron hasta la cima del monte sobre que estaba edificada la ciudad de Nazareth, con ánimo de despeñarle; pero Jesús, pasando por medio de ellos, prosiguió tranquilamente su camino y bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, donde enseñaba al pueblo en los días de sábado».

. La forma de los volúmenes hebreos rollados en un cilindro, de modo que los dos primeros capítulos estaban rollados bajo numerosas vueltas, y los últimos se ofrecían desde luego a la vista, nos hace concebir muy bien que el Salvador no desplegó más que el pliegue superior del pergamino y «encontró al abrir el libro», como dice San Lucas, este pasaje sacado de uno de los últimos capítulos del Profeta, y leyó este texto hebreo. Esta circunstancia destruye enteramente la teoría de los racionalistas modernos que se han atrevido a decir: «Es dudoso que comprendiera bien los escritos hebreos en su lengua original». Pero ¿qué importan estas falaces apreciaciones, en que compite lo ridículo con lo sacrílego? Jesús responde a los sofistas de Nazareth con las palabras de Isaías: «El Espíritu de Jehovah reposa sobre mí y me ha conferido la unción Santa». Todos los oyentes sabían que en las riberas del Jordán, había reposado en la cabeza de Jesús el espíritu de Dios, en figura de paloma, y que el carácter propio del Mesías, del Cristo a quien se esperaba, sería, como lo indica la misma etimología del nombre, la unción por el Espíritu de Dios, semejante a la unción real de David por el óleo santo. «El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar los corazones quebrantados, a anunciar la redención a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a libertar a los esclavos, a publicar el año de Jehovah y el día de la retribución divina». La Galilea entera resonaba pues con la predicación del reino de Dios, evangelizado para los pobres; la tiranía de Satanás bajo que gemía el mundo, se veía obligada a abandonar sus víctimas; todos los atacados de las enfermedades y de las pasiones humanas; todos los corazones destrozados por los padecimientos físicos y morales eran consolados y curados; los ojos del ciego se abrían a la luz del día, mientras la luz divina proyectaba

, de Jerusalén, de la Judea entera, de las provincias de Siria y de los confines marítimos de Tiro y Sidón, a oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales. Y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud a todos. Viendo Jesús esta multitud inmensa, se dirigió al monte próximo de Cafarnaúm, sentose en él, rodeado de sus discípulos, y alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! ¡Bienaventurados los

pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios! ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! Dichosos seréis cuando los hombres por causa mía os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor ¿con qué cosa se hará salada? Para nada vale después sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad edificada en un monte no puede ocultarse a los ojos del viajero. Ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

. Si, pues, al ir a llevar tu ofrenda al altar, te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda al pie del altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda al Señor. Compite pronto con tu contrario cuando estés con él en el camino, no sea que el contrario te delate al juez y el juez te entregue al ministro y te pongan en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí . Habéis oído también que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón. Que si tu ojo derecho o tu mano derecha te sirve de escándalo o incita a pecar, sácate el uno y córtate la otra y, arrójalos lejos de ti. Porque más te importa que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. También se dijo a los antiguos: Cualquiera que despidiese a su mujer, dele carta de repudio; pero yo os digo, que todo aquel que repudiare a su mujer, sino es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio».

, antes bien cumplirás ; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, porque no está en vuestra mano hacer blanco o negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; o no, no; porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene. Habéis oído también que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis resistencia al agravio, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa. Y al que te embargare (o requiriere) para ir cargado una milla, ve con él otras dos. Da al que te pide y no tuerzas el rostro al que pretende de ti algún préstamo. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo más: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os , haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque ¿qué mérito hacéis en amar a los que os aman? Por ventura, ¿no hacen esto también los publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? Por ventura, ¿no hacen otro tanto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto».

; pues en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tú des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre que ve lo oculto te recompensará. Y cuando oréis, no habéis de ser como los

hipócritas que gustan de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres, porque en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Antes por el contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu cuarto más retirado, y cerrada la puerta, .

; para que no conozcan los hombres que ayunas; sino únicamente tu Padre, a quien no se oculta nada, y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te recompensará. No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierren y los roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren ni roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. -La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido; pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará oscuro. Pues si lo que debe ser luz en sí, es tinieblas, . Pedid y se os dará: buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra a su hijo cuando le pide pan, o que le dé una serpiente, si le pide un pez? Si pues vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas llenas a los que se las piden?»

».

». Si hubo jamás dolencia alguna respecto de la cual . Después de un atento examen, todos cuyos pormenores consignados en el Levítico son de tal naturaleza que bastan para satisfacer a los espíritus más meticulosos, cuando se había reconocido oficialmente la lepra, se prohibía al desgraciado que era atacado de ella entrar en los lugares habitados, debiendo retirarse a las campiñas desiertas, y siendo arrasada su casa, cuyas piedras mismas eran sometidas a la acción de una hoguera encendida, a donde se arrojaba todo lo que había usado personalmente el leproso. Para prevenir los encuentros fortuitos que podían llegar a ser fatales al viajero, al transeúnte, al extranjero, sólo llevaba el leproso vestidos descosidos por cuyas aberturas veía cada cual sus horribles úlceras. Estábale prohibido por la misma razón cubrirse la cabeza; pero debía taparse la boca con la ropa, no fuese que comunicase el contagio el aire pestífero de su aliento; finalmente, estaba obligado a avisar de lejos a los que encontraba en el camino, gritando: ¡Huid del leproso! -Al leer esto, nos preguntamos si sería posible en las sociedades modernas donde ha llegado a sus últimos límites el lujo de reglamentarlo todo, imaginar una organización más apropiada, a un tiempo mismo, a las necesidades del clima, al respeto de la libertad individual y al interés general de . Tal fue la suerte del leproso de Cafarnaúm, y tal es el sentido real de la palabra de Jesús: Vade, ostende te sacerdoti et offer pro emundatione tua, sicut praecepit Moyses, in testimonium illis. ¿Haría más una comisión científica que se nombrara hoy por la Academia de París o de Berlín?

».

». Bajo esta forma parabólica, daba el Salvador al mundo la lección más sublime. Necesitábanse para la doctrina celestial del Verbo encarnado, inteligencias y corazones capaces de recibirla. El mundo antiguo resquebrajado,

».

. Dos ciegos, que iban con el gentío, le seguían clamando y diciendo: Hijo de David, ten misericordia de nosotros. -Y habiéndose detenido Jesús en una casa, le presentaron los ciegos, y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo yo curaros? -Sí, Señor, respondieron ellos. -Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase con vosotros, según vuestra fe. -Y al instante se abrieron sus ojos. Y Jesús les dijo: No digáis a nadie lo que acaba de aconteceros. -Sin embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca. Y he aquí que habiendo ellos salido, le presentaron un hombre mudo que estaba endemoniado. Jesús lanzó el inmundo espíritu, y habló el mudo, y admirándose las gentes dijeron: Jamás se ha visto cosa como ésta en Israel. -Pero los Fariseos decían: -¡Lanza a los espíritus impuros por la virtud de Belzebú, príncipe de los demonios! -Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios y curando toda

dolencia y toda enfermedad. Y viendo la mucha gente que se agrupaba a su tránsito, tuvo compasión de ella, porque estaban mal parados y decaídos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La mies, a la verdad, es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios.

. En aquellos tiempos se consideraba el curar como una cosa moral; y Jesús, que conocía su fuerza moral, debía creerse dotado especialmente para curar. Convencido de que el contacto de su túnica o vestidura, la imposición de sus manos producía bien a los enfermos, se hubiese mostrado duro, si hubiera rehusado a los que padecían, un alivio que estaba en su poder concederles».

Las aguas termales eran de un uso frecuente, y se tomaban prescribiéndolas los médicos. En breve veremos que no faltaban enfermos indigentes en la Piscina Probática, en el Templo de Jerusalén, y todos saben que la hemorroisa, curada milagrosamente por el Salvador, había gastado durante doce años, todos sus recursos en consultas de médicos. La profesión médica, mencionada ya por los libros hebraicos en la época de los Patriarcas, había sido objeto de prescripciones particulares en la época de Moisés. Volveremos a encontrarla ejerciéndose en tiempo de David, y el autor de los Paralipómenos reprende al rey Asa el haber puesto toda su esperanza en el arte de los médicos, sin contar con la misericordia divina. . Ya hemos oído a Nuestro Señor citar a sus compatriotas de Nazareth el proverbio divulgado entonces por toda la Judea: «Médico, cúrate a ti mismo». Y responder a los murmullos de los Fariseos, en casa del publicano Leví, con estas otras palabras: «No son los hombres sanos los que necesitan médicos». Era, pues, la medicina científica, conocida, practicada y honrada por los Judíos de Palestina, en la época del Evangelio. El racionalismo que querría inventar una historia nueva para su uso, no ha salido airoso en esta tentativa. Pero ¿qué diremos de su teoría patológica, y de las enfermedades para las que son remedios decisivos «el contacto de una persona predilecta, la presencia de un hombre superior, una sonrisa, una esperanza?» ¿De las enfermedades que cura radicalmente, «el placer de ver a un grande hombre?» ¡Refirámonos sobre esto a todas las comisiones de físicos, de doctores y de químicos! ¡Organícese, según este sistema, verdaderamente muy económico, el servicio de nuestros hospitales, de las casas de curación, de los asilos de sordomudos y de ciegos! No será difícil encontrar «algunos hombres superiores», «algunas naturalezas privilegiadas», «algunas personas predilectas». Suplíqueseles, pues, que se dejen tocar y ver por esa inmensa familia de moribundos y dolientes; y entonces se podrá afirmar que «su contacto o sus miradas valen los recursos de la farmacia, y que esto no es vano». ¡No parece sino que la Judea fue en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo teatro de una epidemia de enfermedades imaginarias! O más bien, parece que en nuestros días, para ofrecer al público semejantes pequeñeces, se ha contado con una epidemia de ceguera intelectual.

, una piscina, llamada en hebreo Bethesda, descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba las aguas. Y el primero que, después de movida el agua, entraba en la piscina, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un paralítico que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Viéndole Jesús tendido en un lecho y conociendo ser de edad avanzada y que ya tenía mucho tiempo de enfermo, le dijo: «¿Quieres ser curado? -Respondióle el enfermo: Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando se mueve el agua, por lo cual, mientras que yo voy, ya ha bajado a ella otro. -Díjole Jesús: Levántate, coge tu camilla y anda. -Y al instante quedó sano el paralítico, y tomó su

camilla y empezó a andar. Y era sábado aquel día. Y los Judíos decían al que había sido curado: Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondioles él: Aquel que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla y anda. -Preguntáronle ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda? -Pero el que había sido curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había inmediatamente después del suceso. Algunas horas después le encontró Jesús en el Templo, y le dijo: Bien ves cómo has quedado sano; no peques en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor. -Este hombre dijo entonces a los Judíos: He aquí al que me ha curado».

. Abríase sobre la calle de los Mercaderes y de los Plateros, en el interior de la ciudad, y daba paso al Templo, del que se consideraba como una de las puertas exteriores. Bajo este título, había recibido una consagración solemne. La mención que hace de ella el texto sagrado, es pues de una rigurosa exactitud; no lo es menos la indicación del monumento, designado con el nombre de piscina de Bethesda o piscina Probática. En tiempo de Eusebio de Cesarea, existía aún esta piscina en su forma primitiva, no obstante haberse arruinado los cinco pórticos cubiertos, cuando devastaron el Templo los soldados de Tito. «Al lado de un lago natural, alimentado por las lluvias del invierno, dice Eusebio, se ve aún una piscina de construcción muy antigua cuyas aguas extraordinariamente rojas, son de color de sangre». En el día se conoce esta piscina en Jerusalén con el nombre de Bezetha, derivado evidentemente del Bethesda del Evangelio. En cuanto a los caracteres de antigüedad que llamaron la atención de Eusebio, son notados por los viajeros modernos. «Al Este del palacio Antonia, dice monseñor Mislin, en medio de un vasto edificio arruinado, se halla la piscina Bethsaida. En ella se advierte la misma fábrica que en los estanques de Salomón, más allá de Belén, con un baño de piedra clariza, como en los pozos de Salomón, cerca de Tyro, y el mismo barnizado en lo exterior. Sus dimensiones exactas son de ciento cincuenta pies de largo sobre cuarenta de ancho, y en cuanto a su profundidad sería muy difícil medirla en el día, aunque ha debido ser muy considerable». A principios de este siglo, en la época en que la visitó Chateaubriand, estaba ya medio cegada. «Esta piscina, dice el ilustre viajero, se halla actualmente seca, creciendo en ella granados y una especie de tamarindos silvestres de ». El deterioro de este célebre monumento ha hecho nuevos progresos en estos últimos años, «Vese todavía, dice monseñor Mislin, algunos arbustos y algunos troncos de nópalos en el ángulo del Oeste; pero el otro lado se ciega más y más, desde que se amontonan en él los escombros provenientes de las ruinas de la iglesia de Santa Ana, que está en frente». A pesar de los estragos del tiempo, agravados por la notoria falta de inteligencia de la administración local, reconócese todavía la piscina Probática, subsistiendo en nuestros días, como un testigo lapidario, que afirma durante diez y nueve siglos, la veracidad de las indicaciones topográficas del Evangelio. La mayor parte de los arqueólogos reconocen con Broccard que esta piscina es de construcción Salomónica. Los Nathinenses o servidores del Templo, iban a ella a lavar las víctimas que presentaban a los sacerdotes para los sacrificios. Los cinco pórticos de que estaba rodeada, en tiempo de Nuestro Señor, suponen una disposición particular, estudiada recientemente por M. de Sauley. «La columnata no era, dice, de forma circular. La disposición del terreno que conozco perfectamente, no me permite adoptar esta idea, siendo una razón perentoria que entonces el pórtico colocado alrededor de la piscina hubiera conducido o dado paso al Templo por el lado de la ciudad, mientras que este foso lleno de agua, aunque necesario a los usos del Templo, le servía también de defensa por el lado del Norte. Pero en el interior del edificio sagrado, servía un inmenso pórtico sostenido por cuatro filas de columnas, para

dar abrigo a los sacrificadores que iban a lavar las víctimas al inmenso lago de Bezetha. Tal es la explicación natural de los términos del Evangelista». Estas inducciones de la ciencia moderna nos hacen comprender perfectamente la relación que existía entre la piscina de Bethesda y los atrios del Templo, en que se halla Nuestro Señor algunos instantes después de la curación del paralítico. La topografía .

, han venido espontáneamente a confirmar todos los datos del Antiguo Testamento, en vano se trataría de eludir el examen científico del Testamento Nuevo. Había, pues, en las dependencias del Templo, en tiempo del Salvador, un , de suerte que la virtud maravillosa de las aguas de Bethesda sobrevivió a la catástrofe de que fue víctima la Ciudad Santa. Tenemos además, respecto de las propiedades particulares de los manantiales que proveían al Templo, un testimonio irrefragable. Josefo habla con admiración de las aguas de Siloé, cercanas a la piscina de Bethesda y tal vez alimentadas por el mismo manantial subterráneo. La Palestina se hallaba abundantemente provista de aguas termales, cuya eficacia atestiguan todos los historiadores. La reputación de las aguas de Callirhoe, en tiempo de Herodes, era universal. La tradición nos habla también de la fuente de Mirjam, cerca del lago de Tiberiades, y menciona la fuente de Eliseo, cerca de Jericó, que brota al pie del monte de la Quarentena, y se llama hoy entre los Árabes Ain-el-Sultan, o Fuente del Rey.

». Partiendo de este dato exclusivamente físico el doctor Sepp, se expresa de esta suerte: «Los que padecían alguna enfermedad rodeaban ». Admitimos gustosos con el doctor alemán, las propiedades medicinales de la piscina de Bethesda; pero no podríamos adoptar igualmente su comentario del texto sagrado relativo a la intervención del Ángel. No solamente se ha prestado San Juan a la creencia popular de la Judea, sino que ha dado la medida y la regla de la fe en todos tiempos. Sería disminuir singularmente la autoridad de las palabras del Evangelio, adaptarlas de esta suerte a las preocupaciones vulgares. El Evangelio es a un tiempo mismo una historia y una doctrina. Bajo el punto de vista doctrinal, importa, pues, mantenerlo en su integridad divina y en los términos exactos de su interpretación tradicional. Santo Tomás de Aquino ha resumido la verdad en estas palabras demasiado olvidadas en nuestros días. «Toda la naturaleza está regida por los Ángeles. Este principio se halla admitido, no solamente por los doctores, sino por todos los filósofos que han reconocido la existencia ». En un siglo de materialismo como el nuestro, no se insistiría lo suficiente en estos principios, que son los del Evangelio y de la tradición entera. ¿Qué sabríamos nosotros del mundo sobrenatural, sin la revelación del Verbo encarnado? inaccesible a nuestros sentidos, la jerarquía de los espíritus se revela a veces de una manera inusitada. Si los ángeles malos ejercen una fatal influencia sobre el hombre y sobre la naturaleza que de él depende, es cierto que Dios comunica a los Ángeles buenos un poder directo sobre el mundo. He aquí por qué entendemos, con todos los Padres, el texto de San Juan, relativo al Ángel de Bethesda, en un sentido natural y obvio.

?

», añadiendo la misma autoridad legisladora, la de Jehovah, por boca de Moisés: «Si obra un profeta prodigios y viene a decirnos: Vamos a rendir homenaje a los dioses ajenos, dad muerte a este profeta y habréis hecho desaparecer el mal del medio de vosotros».

Ciertamente, que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, no predicaba a los Judíos el culto de una divinidad extraña; lejos de violar el precepto sabático, venía a cumplirlo, en el sentido más elevado; había santificado el día del descanso con el sello del milagro. Sin embargo, el espíritu de la legislación mosaica, ahogado en los absurdos comentarios de los Fariseos, había desaparecido para dar lugar a prácticas serviles, requeridas por un egoísmo descontentadizo, y vigiladas por los celos orgullosos de una secta. Moisés había prohibido trabajar el día de sábado. ¿Trabajó acaso el paralítico volviendo a su morada y llevando en sus hombros su camilla? ¿Trabajó el divino Maestro, volviéndole con una palabra al libre ejercicio de sus miembros? Sin embargo, para estos enfermos espirituales, para estos paralíticos del farisaísmo, como les llama San Agustín, el milagro verificado en sábado constituía una violación del descanso sabático. El acto de llevar en sus hombros la camilla donde había yacido tantos años, les parecía como un crimen. Tales aberraciones, repito, no podían hallarse sino en un pueblo dominado por el rigorismo farisaico, y esclavizado por las minuciosas formalidades de una hipócrita observancia. Así ¿cuál no fue de nuestro tiempo no quieren comprender. Irrítanse, no de oír a Jesús dar a Dios el nombre de padre, pues ¿no decimos, todos nosotros: Padre nuestro que estás en los cielos? ¿y no leían los Judíos diariamente la oración de Isaías: Señor, vos sois nuestro padre y nuestro Redentor? Lo que excita su cólera es que da Jesús a su filiación divina un sentido real y absoluto, tal como no podría corresponder a hombre alguno. Rebélanse porque se hace Jesús igual a Dios». Esto es para ellos una blasfemia, un crimen nacional, previsto por su ley y penado de muerte. He aquí por qué la multitud amotinada y tumultuosa, «trataba, dice el Evangelista, de hacerle morir, no solamente porque violaba el sábado, sino porque llamaba a Dios padre suyo, haciéndose él mismo igual a Dios».

. En esta igualdad de naturaleza, de poder y de divinidad entre el Padre y el Hijo, hay no obstante, una relación jerárquica que les une sin confundirlos, porque «el Hijo no hace más que lo que ve hacer al Padre. El Padre es quien revela al Hijo todas sus obras y quien le ha dado el poder supremo de juzgar». La palabra del Hijo es un instrumento de regeneración, que produce directamente la vida eterna de las almas. Esta vida divina, la trae Jesucristo a la tierra. Todos los muertos espirituales que mató el paganismo, que los demonios de la carne, del sensualismo y del orgullo codicioso, han sepultado en la región de las sombras de la muerte, van a oír la voz del Hijo de Dios y a resucitar a la vida de la fe, de la gracia y del amor. «Ha llegado la hora». Pero esta resurrección de las almas no será más que un prelude, y como el primer acto de la gran resurrección universal. Cuando la Iglesia Católica en su símbolo, ha inscrito este dogma solemne: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable», no ha hecho más que traducir en su profesión de fe la palabra del mismo Jesucristo: «Llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo, y se levantarán los que hayan obrado bien para la resurrección de la vida; y los que hayan obrado mal para la resurrección del castigo».

». Toda la teología católica está en este admirable discurso, que resume, con una autoridad divina, el conjunto de la revelación evangélica. Jesucristo, Hijo de Dios, cura los enfermos, resucita los muertos y manda a la naturaleza, de que es creador. Jesucristo, Hijo del hombre, sufre todas las dolencias y achaques humanos; nace en la indigencia; huye ante un tirano vulgar; crece trabajando en un taller; es desconocido de los suyos, perseguido en su patria, ultrajado, contradicho, calumniado, hasta el día en que muera en una cruz. Si el Hijo de Dios halla un Tabor, el Hijo del hombre hallará un Calvario. ¿Qué es todo esto sino el

comentario en acción del discurso del Templo? Pero las humillaciones y los padecimientos del hombre no son más que el manto que vuelve a cubrir, sin eclipsarla, la divina omnipotencia. Juan Bautista es el ángel del testimonio, enviado para preparar el camino a los pasos del Dios encarnado. Moisés y el Antiguo Testamento han predicho sus glorias y sus oprobios. Espérale lo pasado, y las obras maravillosas que verifica proclaman su advenimiento. Retórico, que has osado decir: «No se hallará en el Evangelio una sola proposición teológica ¿has leído el Evangelio?»»

. -Y sucedió, que en el sábado llamado Segundo-Primero, pasando Jesús por junto a un campo de trigo, arrancaron sus discípulos algunas espigas, y estregándolas entre las manos, comían los granos. Y algunos de los Fariseos, les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?. -Y dirigiéndose a Jesús: He aquí, le dijeron, que tus discípulos violan la ley del sábado. -Y Jesús les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David un día que él y los que le acompañaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró David en la casa de Dios y tomando los panes de proposición, comió y dio de ellos a sus compañeros, siendo así que a nadie es lícito el comerlos sino a solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo los sacerdotes trabajan en sábado en el servicio del Templo y con todo eso no pecan? Pues yo os digo, que hay aquí alguno que es mayor que el Templo. Que si vosotros supiereis lo que significa la palabra de la Escritura: «Mas quiero la misericordia que no el sacrificio», jamás hubierais condenado a los inocentes. -Después añadió: «El sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por esto el Hijo del hombre es también Señor del sábado».

». He aquí por qué no cometían ninguna infracción los discípulos del Salvador, contra el derecho de propiedad, tal como se hallaba constituido entre los Hebreos, cuando atravesando por campos de trigo en sazón, intentaban, arrancando algunas espigas, más bien entretener que satisfacer el hambre que les atormentaba.

. Así, pues, viene a interponerse aquí, como en Jerusalén, la prescripción del descanso sabático, entendida con el rigorismo de una secta implacable, como una barrera entre el judaísmo mezquino de los Hebreos y la doctrina misericordiosa del Verbo encarnado. Agreguemos a esto, que todos los actos lícitos en un sábado habían sido enumerados minuciosamente por los Doctores y los Escribas. Así, estaba permitido, y el Talmud ha conservado esta indicación, hacer una jornada de dos mil codos, sin infringir el precepto. El hecho de la presencia de los fariseos, siguiendo al divino Maestro, en esta circunstancia, nos prueba suficientemente que la jornada del Salvador y de sus discípulos no excedió el límite tradicional. De otra suerte, lo hubieran notado los fariseos, y se hubieran separado de los viajeros. Pero su escrupulosa crítica halló en el acto de desgranar algunas espigas, un nuevo motivo de escándalo. La respuesta de Nuestro Señor es el modelo divino de un comentario sobre la Sagrada Escritura. Cuando proclama la Iglesia católica que el Antiguo Testamento no era más que la figura del Nuevo, cuando erige en principio, con San Pablo, que «el fin de la ley era el Cristo», es su palabra el eco fiel de la revelación evangélica, habiendo recibido directamente esta doctrina del Salvador. El Tabernáculo de Jehovah

». ¿Puede compararse este cuadro evangélico de la real mansedumbre y de la humildad divina de Jesucristo, con las fantásticas descripciones de una democracia fogosa y soberbia, paseando por Galilea su tiránica usurpación, e inaugurando en las orillas del lago de Genezareth, las declamaciones furibundas de un revolucionarismo trascendental? ¡Ensayarase, si se quiere, el aplicar a esta efusión de milagros, que se producen alrededor de Jesucristo, los irrisorios comentarios del racionalismo y las propiedades excepcionalmente curativas «del placer de ver a una persona predilecta!» No tenemos valor de hacerlo por nosotros mismos. La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo nos arrastra en pos de sí, con la muchedumbre del lago de Tiberiades; subyuga nuestro corazón y nuestra inteligencia, y no nos quedan fuerzas sino para adorarle.

». He aquí, en pocas líneas, la primer piedra del edificio inmortal de la Iglesia, colocada por mano de Jesucristo. Va a posesionarse del mundo todo un orden nuevo de hechos, de ideas y de doctrina. El número de los discípulos que seguían a Nuestro Señor, era ya tan considerable, que los designa San Lucas con esta expresión: Turba Discipulorum. La igualdad que han pretendido establecer los Heresiarcas modernos entre todos los fieles; la supresión del orden jerárquico en la Iglesia; el derecho reivindicado para cada conciencia de ser por sí misma su guía, su pastor y su sacerdote; (escogidos), conserva, para aplicárselo, el término del Evangelio: Elegit. Cuando todos los odios del mundo, que ha vuelto a hacerse pagano, persiguen al nombre clerical, ¿quién piensa siquiera, en este siglo de suprema ignorancia, que un nombre tan ultrajado es de origen evangélico, y que los que se glorían hoy de llevarlo, recuerdan la promesa de Jesucristo? «Bienaventurados de vosotros cuando se os maldiga, se os persiga y seáis objeto de las más falaces calumnias por causa mía». ¿Qué espíritu fuerte, entre los incrédulos, sabe una palabra de estas cosas divinas? Bástale repetir los absurdos de los racionalistas. «Jamás hubo nadie menos sacerdote que Jesús; ningún cuidado de ayunos, ninguna teología, ninguna práctica religiosa, nada sacerdotal».

. Y por do quiera que vayáis, predicad y anunciad la buena nueva, diciendo que se acerca el reino de los cielos. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios. De balde habéis recibido estos dones, dadlos de balde. No llevéis oro ni plata, ni dinero en vuestros bolsillos. Ni alforja para el viaje, ni más de una túnica, y un . Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Recataos empero de tales hombres, porque os delatarán a sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas. Y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones. Y cuando os hicieren comparecer así ante los magistrados, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar, porque en aquella hora se os inspirará lo que hayáis de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará a la muerte a su hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir. Y vosotros seréis odiados de todos, por causa de mi nombre, pero quien perseverase hasta el fin, éste se salvará. Y cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad, os digo, que no acabaréis de convertir a las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.

No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Bástale al discípulo ser tratado como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familias osaron llamar Belzebub ¿cuánto más ultrajarán a sus domésticos? Pero por eso, no tengáis miedo, porque nada está cubierto que no se ha ya de descubrir algún día, ni secreto que no se haya de saber. ».

. «¿Qué ha venido a ser en el seno del protestantismo esta unción de aceite a los enfermos? ¿Qué significan entre nuestros hermanos extraviados estas acusaciones mil veces repetidas de superstición idolátrica, a propósito del sacramento de la Extrema-Unción? Parece verdaderamente que a fuerza de leer el Evangelio, haya llegado el protestantismo a no comprender una sola palabra del texto sagrado. Ya veremos en efecto, pasar a nuestra vista, por el orden de la narración evangélica, todas y cada una de las instituciones actuales de la Iglesia. La tradición apostólica ha reproducido, mantenido y perpetuado la vida y el apostolado de Jesucristo en la tierra, sin quitarle nada, sin añadirle nada; desarrollando, con la expansión misma de la obra, el espíritu de su divino fundador. Jesús, en la Iglesia, enseña, bendice, ruega, ofrece su sacrificio, da la unción a los enfermos, lanza a los demonios, obra milagros y resucita los muertos, actualmente lo mismo que durante los tres años de su ministerio público.

». Después de haber hablado así Jesús, se volvió a Cafarnaúm, y entró en una casa de la ciudad. Precipitose en ella tal tropel de gentes, que ni siquiera podían tomar allí alimento Jesús ni sus discípulos. Y cayó en desfallecimiento: los discípulos quisieron penetrar por entre la multitud para socorrerle, y se esparció el rumor de que había perdido el uso de los sentidos. Y los Doctores y los Fariseos que le seguían desde Jerusalén, y que se habían juntado con la multitud, exclamaron: «¿no veis que se halla poseído de Belcebub, y lanza los demonios por arte del príncipe de los demonios? -Entonces Jesús hizo acercarse a los Escribas y les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás lanzar a Satanás? Si un reino se divide en partidos contrarios, no puede subsistir. Y si una familia está dividida contra sí misma, no puede subsistir. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido y no podrá subsistir, sino que su poder vacilante tendría bien pronto fin. Nadie puede entrar) «Hablaba Jesús así, para responder a la acusación que acababan de hacerle, diciendo»: ¡Está poseído del demonio! -En este momento, vinieron la Madre de Jesús y sus hermanos (o parientes), y quedándose fuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba alrededor de él, le dijeron: Mira que tu Madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. Y respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando atentamente a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos; porque el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre».

. El nombre de esta divinidad extraña había sobrevivido a su culto, y se había perpetuado en los recuerdos

»; -«apagarlo en su corazón»; -«ultrajar al Espíritu de gracia», son otras tantas locuciones hebraicas, cuyo significado es el de pecar contra Dios. Pero la inclinación del hombre hacia

el mal, la debilidad de nuestra flaca o decaída naturaleza, los ciegos impulsos de las pasiones nos solicitan sin cesar al pecado. ¡Acaso Jesucristo, que venia a desposarse con

». El soldado romano en frente de la divinidad de Jesucristo, es uno de los rasgos más admirables del Evangelio. Este centurión, que había tal vez cruzado las Galias y la Germania con las legiones de Varo, vino a acabar sus últimos días en Judea. Tiene toda la bondad del veterano, y toda la disciplina del legionario. Edifica una sinagoga a sus administrados galileos, y manda a sus subalternos con la altivez y el laconismo de un hijo de Rómulo: «Ve», les dice, y van; «ven», y vienen. El mandato breve y preciso de César ha pasado al lenguaje militar de Roma. Pero bajo esta ruda corteza ¡qué elevación de pensamiento, qué delicadeza de sentimiento! El mismo Jesús admira la fe de este Romano. Jamás, en efecto, se expresó más solemnemente la afirmación de la divinidad del Salvador. Parece que se ha unido en el corazón del soldado la ternura del más ferviente apóstol a la energía del carácter nacional. «Señor, dice, no soy digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y quedará sano mi criado». La naturaleza obedece a vuestras leyes, pues que vos sois su Dios. Yo mismo, oficial de un grado inferior en los ejércitos del César Tiberio, no tengo más que decir una palabra, y mis soldados ejecutan mis órdenes. Vos, Señor supremo, hablad, y los elementos dóciles obedecerán a vuestra voz. -Tal es el sentido de estas enérgicas palabras; y la fe del centurión es oída. Que busque el racionalismo por qué maravilla de contacto lejano, un criado moribundo, que «no tuvo el placer de ver a una persona predilecta»,

. Y sucedió que iba Jesús a la ciudad de Naín, e iban con él sus discípulos y gran multitud de gentes. Y cuando estaba cerca de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, a la cual acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vio el Señor, movido a compasión, la dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro, y los que le llevaban se pararon; y dijo entonces: Mancebo, levántate, yo te lo mando. -Y luego al punto se incorporó el que estaba muerto, y empezó a hablar. Y Jesús le entregó a su madre. Y todos se llenaron de temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. -Y la fama de este milagro se extendió por toda la Judea y las provincias comarcanas».

». ¡Desembarácese como pueda el racionalismo moderno de semejantes testimonios!

. El que tiene oídos para entender, entiéndalo».

.

. En estas ciudades ingratas, reinan la soledad y el silencio. Palmeras solamente que crecen en medio de las ruinas, y vestigios de un puerto en el lago, son los únicos monumentos de la ciudad galilea. Corozain y Betsaida han desaparecido enteramente, ignorándose hasta su

situación. La deliciosa comarca de Genezareth está habitada en el día por los Árabes del desierto que viven medio desnudos bajo sus tiendas. La palmera, signo de victoria que constituía en otro tiempo el ornato de todas estas campiñas, ha desaparecido enteramente de un país que ha entregado Dios, como una presa, a todos los pueblos de la tierra, no quedando ni una sola del célebre bosque que rodeaba en otro tiempo a Jericó. Una torre construida en tiempo de las cruzadas, y algunas barracas árabes indican de un modo bastante dudoso, el sitio donde estuvo situada esta ciudad, famosa por su anfiteatro y por los palacios que hizo construir allí Herodes. Sólo se ven acá y acullá cipreses que dan sombra a los sepulcros de un pueblo extranjero. Los espinos y escaramujos han reemplazado al arbusto que suministraba en otro tiempo un bálsamo famoso a todo el universo. Hase verificado, pues, al pie de la letra la maldición de Jesucristo. Los racionalistas de Galilea que insultaban al Salvador, despreciaron sin duda, como exageraciones sin valor alguno el anatema que dirigía Jesús contra su patria. Eran poderosos, ricos y en gran número; la abundancia del suelo, la dulzura del clima, la importancia de sus relaciones comerciales, el desarrollo de su industria, todo esto parecía una prenda para el porvenir; y no se dignaron ocuparse en la condenación solemne que acababa de caer sobre ellos. ¡Ay! los racionalistas de todos los tiempos se parecen, siendo su ceguedad la misma. La gracia divina se agota contra su obstinación. La trompeta de los jubileos de misericordia no les lleva a las fiestas del Señor; las lamentaciones y los gritos de alarma no les despiertan de su letargo. ¡Así llegan sobre las sociedades los azotes de la justicia; así pasa sobre las naciones el rasero de la venganza celestial!

».

. -Desde entonces, cuando recorría Jesús las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios, en compañía de los doce, seguíanle algunas mujeres a quienes había curado de sus enfermedades y a quienes había librado del espíritu maligno: entre otras, María, llamada Magdalena, de quien habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes, y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes».

». Hállase, pues, indicado por San Juan el nombre de la pecadora, el cual pasa en silencio San Lucas en su narración. La pecadora era María, hermana de Marta y de Lázaro. Luego María la pecadora, hermana de Marta y de Lázaro, es realmente María Magdalena, porque el evangelista San Marcos se expresa así: «Habiendo resucitado Jesús la mañana del primer día de la semana (o domingo), apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios». He aquí . Permitiéronse, bajo la fe de algunos críticos exagerados, borrar de la santa liturgia nombres que desagradaban o fechas que se repudiaba. Así desapareció el nombre de María Magdalena de una célebre prosa, reemplazándosele con la vaga designación , y se creyó haber extinguido para siempre la verdad tradicional: como si la tradición de la Iglesia universal, las promesas de infalibilidad doctrinal dadas a Pedro y a sus sucesores hubieran sido súbitamente trasladadas a los siglos XVII y XVIII, en cabeza de algunos novadores hostiles a la autoridad de la Iglesia, y a la de los Papas.

».

. -Entonces dijo Jesús: Esta raza mala y adúltera busca un milagro, pero no se le dará más milagro que el prodigio del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Porque así como Jonás fue un milagro para los Ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para los de esta nación infiel e incrédula. Los Ninivitas se levantarán en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicción de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es más que Jonás. La reina del Mediodía se levantará en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará; porque vino de los extremos de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y con todo mirad que hay quien es más que Salomón. Ninguno enciende una lámpara y la pone en lugar escondido o debajo de un celemín, sino sobre un candelero para iluminar a los que entran. La lámpara de tu cuerpo son sus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; pero si fuere malo, también tu cuerpo estará oscuro. Cuida, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Pues si todo tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna tenebrosa, todo lo demás estará luminoso como en la casa donde resplandece la claridad de la lámpara». El signo de Jonás, la resurrección de Jesucristo, la luz evangélica, este esplendor divino que ha brillado en las tinieblas del antiguo mundo, son en el día hechos patentes, cuya notoriedad es universal. Sin embargo, el actual racionalismo se coloca aun en el terreno del racionalismo farisaico, persistiendo en poner la luz debajo del celemín, y en sellar el Dios resucitado en la tumba. ¡Maravillosa perseverancia del hombre en engañarse a sí mismo y en envolverse en una atmósfera de tinieblas palpables y de falaces ilusiones! El divino Maestro agotó, para combatir esta funesta inclinación hacia el mal buscado voluntariamente y conservado con obstinación por las conciencias culpables, todas las solicitudes de una misericordia verdaderamente maternal. Porque quería tratar con contemplaciones la independencia del libre alvedrío humano, y dar a su doctrina, a sus milagros, a su vida entera, bastante brillo para convencer a las

. Porque al que tiene lo que debe tener, se le dará aun más y estará en la . Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos porque oyen».

». Así hablaba el Salvador. Por esto sin duda el racionalismo moderno, examinando cada una de sus palabras, no encuentra en ellas nada teológico, ni sobre todo, nada que se parezca a una doctrina sacerdotal.

».

».

».

».

. Por eso le preguntaron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiéndoles él, les dijo: El que siembra las buenas simientes es el Hijo del hombre. Su campo es el

mundo. La buena simiente son los hijos del reino, la cizaña son los hijos del maligno espíritu. -El hombre enemigo que siembra la cizaña es el diablo. La época de la siega es el fin del mundo. Y los segadores son los Ángeles. Así, pues, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos y a aquellos que cometan la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre». -La profecía y la doctrina se aúnan, en estos símiles pronunciados en el lago de Tiberiades, en la altura del pensamiento y en la sencillez del lenguaje. Jamás habló de esta suerte mortal alguno. ¿No ha llegado a ser el grano de mostaza de la predicación evangélica, el árbol inmenso de la Iglesia, donde hallan las almas un abrigo durante veinte siglos? Y nótese de paso esta significativa particularidad que da a la parábola como un sello de su origen. La mostaza no llega en nuestras comarcas a las proporciones del arbusto más débil. Pero en los climas cálidos, como en Judea y aun en España, se desarrollan sus ramas con un vigor desconocido en Francia. Las campiñas que recorría el Salvador estaban llenas de estos arbustos, pues sabido es que en Egipto tenía la Mostaza una reputación especial entre los antiguos. Aprovechándose los Galileos de las ventajas de un terreno regado por las aguas del lago, habían introducido este cultivo remunerador en su país. Todos

». La pobreza soportada valerosamente, el despego de las preocupaciones domésticas y de los intereses de familia, tales son aun las condiciones del apostolado. Este heroísmo ha llegado a ser en la Iglesia un fenómeno tan ordinario, que apenas se le advierte. ¿Es por esto menos sobrenatural, y se hace menos milagrosa su permanencia? «Siendo ya tarde, continúa el Evangelio, dijo Jesús a sus discípulos. Pasemos a la otra orilla del lago. Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesús se moviese del sitio en que se hallaba sentado. Íbanles acompañando también otros barcos, y mientras navegaban, se durmió Jesús, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca, de manera que ésta se llenaba de agua, y ellos estaban en peligro. Y llegándose a él sus discípulos, le despertaron, diciendo: Maestro, sálvanos, que perecemos. ¿Te inquieta tan poco nuestra vida?- Y Jesús les dijo: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, mandó a los vientos y a la tempestad. Y dijo al mar: Calla, y sosiégate. Y al instante se calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Y dijo entonces Jesús a sus discípulos: ¿Por qué tenéis miedo? Cómo ¿no tenéis fe todavía? Entre tanto se hallaban ellos sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos a otros: ¿Quién pensáis que sea este hombre? ¡Manda a la mar y a los vientos, y los vientos y la mar le obedecen!» -«¡Así fue cómo cruzaron el lago y llegaron a la otra orilla, al territorio de los Gerasenos, situado en frente de Galilea».

».

». Según el testimonio de Nicéforo Calisto, los discípulos del Precursor obtuvieron el permiso de trasladar su cuerpo a Sebaste, la antigua Samaria, para sustraerle a los últimos ultrajes que podía reservar aun a sus restos sagrados el resentimiento de Herodías. Sabido

es, en efecto, que Sebaste no pertenecía ya a la dominación de Antipas, y que formaba parte de la provincia romana de Judea. Como quiera que sea, Herodías y su débil esposo expiaron más tarde su crimen. Despojados de sus Estados por Cayo, sucesor de Tiberio, fueron desde luego desterrados a Lyon en las Galias, y relegados después a España, donde arrastraron en la miseria los últimos días de una existencia maldita. Estos pormenores, de una autenticidad incontestable, nos los suministra el historiador Josefo. El matrimonio de la bailarina con Filipo, el tetrarca, no fue dichoso. Filipo murió prematuramente, sin haber tenido posteridad, y su viuda se desposó en segundas nupcias con Aristóbulo, rey de Cálcida, primo hermano suyo. Tales son las expresiones de Josefo. No ofrece las mismas garantías de autenticidad la narración del fin trágico de la bailarina, tal como lo ha consignado Nicéforo. Cruzando un día un río medio helado, dice Nicéforo, se rompió el hielo a sus pies, y se hundió hasta el cuello, encontrándola sus criados así aprisionada, y dominando con la cabeza su prisión de hielo.

, dice el Evangelio, le salieron al encuentro dos endemoniados. El uno de estos hombres hacía largo tiempo que había dejado los lugares habitados; no llevaba vestidos y tenía su morada en las cuevas sepulcrales de las montañas. Era imposible refrenarle ni aun con cadenas. Porque habiéndole aherrojado los pies y las manos muchas veces con cadenas y

grillos, había roto las cadenas y hecho trozos los grillos, sin que nadie pudiera domarle. Y vagaba día y noche por los sepulcros y por los montes, gritando y macerándose con agudas piedras. Y viendo de lejos a Jesús, corrió a él y prosternándose, le adoró. Y clamando en voz alta, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, hijo del Altísimo? ¿Has venido con el fin de atormentarnos .

, ».

, a anunciar el suceso. Por consiguiente, no fue una sola piara la poseída de vértigo. En efecto, nada es menos imitador, nada tiene modos de andar menos uniformes

». Hay, pues, sobre nosotros y entre los principados ». En el mismo sentido decía San Pablo, a los Corintios: «Ya sabéis que nosotros hemos de juzgar hasta a los ángeles». La lógica de Satanás es, pues, manifiesta en este diálogo con el Salvador. El espíritu del mal no quiere ser, antes de tiempo, antes del juicio final, lanzado de su dominio y vuelto a sumergir en el abismo eterno.

se halla, no obstante, sometido a la suprema voluntad de Dios. El ángel de las tinieblas, Satanás, sólo obra con el permiso de su Criador y de su juez. Así se comprende que se doble toda rodilla, al nombre de Jesús, aun en los abismos del infierno. La súplica dirigida al Salvador por boca del endemoniado, nos revela la ley del mundo infernal. El principio sobrenatural de la gracia falta a esta súplica, que no constituye ni un acto de esperanza ni un acto de caridad. Es la sorda imprecación del esclavo, mordiendo la cadena que le amarra, sin poder romperla. Pero es un acto de fe, el único de que son capaces los demonios, porque dice San Jacobo: «Los demonios creen». La subordinación absoluta de lo potestad satánica a la voluntad de Dios, tranquiliza nuestras almas contra los terrores excesivos, y nos coloca entre un temor legítimo y una esperanza segura, en el camino de la salvación. Cuanto más perversas intenciones oculta la súplica de Satanás, más tesoros de misericordia encierra la voluntad de Jesús. Lo que el demonio pretende hacer que sirva de destrucción y de ruina, Jesús lo convierte en beneficio de la santificación de las almas; y aunque el mismo Satanás trabaje en extinguir la fe en los corazones, no conseguirá más que arraigarla en ellos para siempre.

. El pueblo le recibió con júbilo, porque esperaba su regreso. Los discípulos de Juan Bautista, después de haber sepultado a su maestro, fueron a encontrar a Jesús para decirle lo que había pasado; y en adelante le siguieron. Los Apóstoles, después de su primera excursión a Galilea, se reunieron para volverse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado». La noticia de la muerte de Juan Bautista debió interrumpir la misión de los Apóstoles. Podía temerse de parte de Herodes Antipas un sistema de persecución que se extendiera a los discípulos de Jesús, después de haberse ensañado contra el Precursor. La sangre llama a la sangre bajo el poder de las tiranías sombrías y débiles que se han dejado arrastrar una vez al crimen. «Estaba próxima la festividad de la Pascua», pero Jesús no fue

a Jerusalén a la solemnidad. «Venid, dijo a los Apóstoles, a descansar conmigo en el desierto. -Porque la multitud se estrechaba siempre alrededor de ellos, sin dejarles tiempo para comer. -Habiendo, pues, subido en una barca, se retiraron a la próxima soledad de Bethsaida, a la otra orilla del lago. Al verles el pueblo alejarse, adivinó su dirección y les siguió a pie, costeando la mar de Tiberiades. La muchedumbre se aumentaba por el camino con la afluencia de los habitantes del país, los cuales se le agregaban, de suerte, que al bajar Jesús de la barca, fue movido a compasión, y acogiéndola con bondad, le comunicó sus enseñanzas y curó a todos los enfermos. Después subió a la montaña y se sentó rodeado de sus discípulos. Entre tanto era ya avanzada la hora, y los Apóstoles se acercaron a Jesús y le dijeron: Este lugar es desierto y empieza a caer el día: despacha esas gentes para que vayan a las ciudades, alquerías y aldeas circunvecinas a comprar qué comer. -No tienen necesidad de ir, respondió Jesús: dadles vosotros de comer. -Pero apenas bastarían doscientos denarios, replicaron los Apóstoles, para comprar lo preciso para tanta gente. -Entonces Jesús alzó sus ojos, y viendo aquella inmensa muchedumbre que venía a él, dijo a Felipe: ».

». Lo que hubiere admirado el satírico en un estoico, lo despreciaba en un pueblo detestado por su intolerancia religiosa. Porque no se perdonaba a la raza judía que permaneciera exclusivamente fiel al culto del verdadero Dios, como no se perdona a la Iglesia de Jesucristo, su adhesión completa a la revelación

».

. Sólo Pedro, el primero en la jerarquía apostólica se atreve a usar este lenguaje, porque es el primero por su adhesión y su amor». La embarcación en que se hallaban los discípulos era una de esas barcas pescadoras, cuyo número se elevaba, según nos dice Josefo, en su tiempo, a cerca de cuatro mil, en el lago de Tiberiades. En la época de la ruina de Jerusalén, se atrevieron los Galileos con esta ligera escuadra a empeñar un combate naval contra los trirremes de Vespasiano y de Tito. Concíbese que San Pedro pudiera saltar fácilmente la barca y descender al mar para ir hacia Jesús. Pero lo que sobrepujará siempre la inteligencia del racionalismo, es que el agua permaneciese firme bajo sus pies. La fe del príncipe de los Apóstoles obtiene un prodigio; sin embargo, esta fe no está aún confirmada en su inmutable estabilidad. El viento

. Entre tanto la muchedumbre, alimentada con el pan milagroso, había pasado la noche al pie de la montaña. Al día siguiente, no viendo ya la única barca que estaba sujeta en la ribera, y sabiendo que Jesús había dejado partir a los discípulos sin acompañarles, se puso a buscarle. Y no habiéndole hallado, cruzó la muchedumbre el lago en las barcas de los pescadores de Tiberiades, y fue a Cafarnaúm a buscar a Jesús. Y habiéndole hallado, le dijo: Maestro, ¿cuándo viniste aquí? Respondió Jesús, y dijo: En verdad, en verdad, os digo: Vosotros me buscáis, no porque visteis los milagros, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para obtener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el Hijo del hombre, pues en éste imprimió su sello (o imagen) el Padre que es Dios. -Entonces le preguntaron: ¿Qué hemos de hacer ».

». Volviendo, pues, los Escribas y Fariseos de Jerusalén, se juntaron a la muchedumbre que le seguía. Y viendo que algunos de sus discípulos rompían el pan para la comida, sin haber practicado la ablución legal de las manos, les vituperaron. Porque los Fariseos y todo el pueblo judío no comen jamás sin lavarse a menudo las manos. Y si han estado en la plaza, . En efecto, de esta suerte abandonáis el mandamiento de Dios por tradiciones humanas y purificaciones de jarros y de vasos y otras prácticas semejantes a estas. He aquí cómo a pretexto de vuestras tradiciones destruí el precepto de Dios. -Después, dirigiéndose al pueblo, le dijo: Escuchadme todos y entendedlo bien. No es lo que entra en la boca del hombre lo que le hace sin mancha o puro, sino lo que sale de su boca es lo que deja mácula en el hombre. Si alguno tiene oídos para oír, enténdalo. -En aquel momento se acercaron a él los discípulos, y le dijeron: ¿Sabes que los Fariseos se han escandalizado de tus palabras? Pero respondiendo Jesús, dijo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejad a esos hombres; son ciegos y guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el abismo. -Después que se hubo retirado de la gente, y entrado en la casa, desearon sus discípulos saber el sentido de esta parábola, y le dijo Pedro: Señor, ».

. La ley de las abluciones se hallaba restringida a casos de impureza material, especificados por el divino Legislador, tales como el contacto de cadáveres de animales inmundos. En un país y en un clima en que causaba la lepra tan terribles estragos, constituían estas precauciones una necesidad social de primer orden. Pero la reserva de Moisés había desaparecido para dar lugar a la invasión de los ritos supersticiosos del Fariseísmo. Ningún Israelita podía comer un pedazo de pan, si no se había lavado antes las manos, levantándolas a la altura de la cabeza; y aun los más celosos afectaban durante la comida lavarse la punta de los dedos. Finalmente, cuando acababan de comer, practicaban la última ablución, teniendo las manos bajas y observando cuidadosamente que no llegase jamás el agua más arriba de las muñecas. No era permitido sumergir enteramente el brazo en el agua, sino para la comida de los sacrificios; ritos supersticiosos cuya inviolabilidad conservaban los Fariseos, aun cuando fuera preciso, ir a buscar el agua a distancia de cuatro millas. El judío que los infringía, era declarado tan criminal como . Compréndese, pues, el escándalo de los Fariseos y de los Escribas, cuando rompiendo el divino Maestro el haz de sus absurdas tradiciones, les vuelve a llamar al verdadero espíritu de la ley mosaica, y proclama el gran principio de la pureza del corazón. La escuela rabínica de Hillel y de Schammai que había ajustado recientemente estas observancias al precepto positivo de la ley, pretendía darles un valor doctrinal superior al del texto de Moisés. «Las palabras de los sabios en la Escritura, dice el Talmud, prevalecieron sobre las de la ley y de los profetas. El que estudia con la Mischna merece recompensa; pero el que se entrega al estudio de la Gemara hace la acción más meritoria». La aplicación de este principio había sancionado el odioso abuso que reprobó Nuestro Señor con tanta severidad. La lengua hebrea llamaba: Corban, todo lo que se consagraba al Señor. Hállase esta expresión en los libros de Moisés para designar las ovejas, las cabras, las terneras de los holocaustos y de los sacrificios expiatorios o pacíficos. Por extensión, se dio en lo sucesivo este nombre al Gazophilatium, especie de tronco o cepillo dispuesto en el atrio del Templo para recibir las ofrendas del pueblo. La palabra Corban había llegado a ser sacramental en el lenguaje común, para significar todo lo que de hecho o intencionalmente era dedicado al Señor, de suerte que

bastaba pronunciar esta palabra: Corban, para atajar toda reivindicación aun legítima sobre cualquier objeto, el cual se hallaba investido por esto mismo de la inviolabilidad de una cosa sagrada, perteneciente al Templo, y cubierta por la majestad de Jehovah. Tal era el subterfugio que se empleaba por los hijos ingratos para sustraerse a las obligaciones de la piedad filial. ¡Corban! decían al anciano que tendía la mano, para comer en la mesa de un hijo desnaturalizado. Y los Escribas y los Fariseos enseñaban que no solamente era legítima esta acción, sino que el hijo no podía ya, sin hacerse culpable de sacrilegio, desdecirse de la fórmula sacramental. He aquí verdaderamente la doctrina más monstruosa, que pudieron hacer que aceptase a un pueblo, espíritus

».

. Tal era este avariento proselitismo a que alude Nuestro Señor. Sin duda los Fariseos, para persuadir a su víctima, habían jurado por el Templo de Jerusalén a la matrona Fulvia, ejecutar religiosamente su última voluntad. Pero en el estilo farisaico, no obligaba a nada jurar por el Templo. Tampoco tenían valor los juramentos por el altar y por el cielo mismo. Los discípulos de Hillel, armados con las distinciones de su maestro, iban, pues, recorriendo los continentes y los mares, para buscar, no tanto prosélitos, como tesoros, y entregar a la maldición de los gentiles el nombre sagrado de Jehovah. El farisaísmo, anatematizado por el Salvador, no tiene en el día las formas altivas y dominadoras de que se había revestido en Judea; pero se atrinchera en las argucias de los sofistas. ¡Cuántas veces no habéis oído al racionalismo moderno desnaturalizar las palabras que el divino Maestro empleaba para abatir la hipocresía de los doctores de la Ley! ¿Para qué dicen los Escribas actuales, imponernos ayunos, cuando ha declarado Jesús que no puede manchar al hombre el alimento que toma el hombre? Miserable equivocación, que notamos aquí,

». A pesar de todas las excitaciones de esta pérfida secta, seguía siempre la muchedumbre los pasos del Salvador. . Un día que se habían olvidado sus discípulos de llevar la provisión de pan para la jornada, les dijo Jesús: Estad alerta y guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de la levadura de Herodes. Mas discurrendo entre sí, se decían uno a otro los discípulos admirados. Esto lo dice, porque no hemos traído pan. -Y conociendo Jesús sus pensamientos, replicó: ¿En que pensáis, hombres de poca fe? ¿Os inquietáis porque no habéis traído pan? ¿Todavía estáis sin conocimiento ni inteligencia? ¿Aún está oscurecido vuestro corazón? ¿Tendréis siempre los oídos sin oír y los ojos sin percibir? ¿Ni os acordáis ya de cuando repartí cinco panes de cebada entre cinco mil hombres? ¿Cuántos cestos llenos de las sobras recogisteis entonces? -Dijéronle: Doce. -Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil personas, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis? -Dijéronle: Siete cestos. -¿Comprendéis, pues, que no he querido hablaros del pan material, al deciros: Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes? Entonces comprendieron los discípulos que por la levadura entendía el Señor la doctrina de los Fariseos y de los Saduceos».

. -Y otros decían: Es Elías; y otros: Es un nuevo profeta o alguno de los antiguos profetas que ha resucitado. -Pero el Tetrarca continuaba diciendo: Juan, a quien yo mandé cortar la

cabeza, ha resucitado de entre los muertos. -Y deseaba ver a Jesús». Una circunstancia que nos refiere Josefo, aumentaba el terror del matador. Acababa de experimentar una sangrienta derrota, en las fronteras meridionales de la Perea, en un choque con un jefe árabe, Aretas. Habíase dado la batalla bajos los muros de Maqueronta, al pie de la fortaleza en que fue sacrificado el Precursor a la venganza de una bailarina. Herodes, vendido por algunos tránsfugas, súbditos de Filipo, su hermano, había visto la derrota de todo el ejército. Este desastre se consideró por los Hebreos, dice Josefo, como el castigo del crimen cometido en la persona del hombre de Dios. Compréndese, pues, la ansiedad del tetrarca, a medida que le llevaba la fama la noticia de los prodigios obrados por el Salvador. A los remordimientos de una conciencia culpable, a la humillación del rey vencido, se agregaba el temor de una sublevación popular. Sin embargo, Herodes podía interrogar en su propia corte a los discípulos del Salvador, que le hubiesen tranquilizado sobre este punto. De este número eran Chusa, intendente del palacio, gobernador de Cafarnaúm; Juana, su mujer, y Manahem, compañero de infancia y amigo del tetrarca; pero tal vez, como acontece a los tiranos recelosos y débiles, desconfiaba Herodes tanto más de sus servidores más fieles, cuanto que los consideraba más capaces de decir la verdad. Como quiera que sea, su deseo de ver a Jesús no procedía ciertamente de un sentimiento simpático. «Algunos Fariseos, menos hostiles que los demás, fueron a decir al Señor: Aléjate y sal de aquí, porque Herodes quiere matarte. -Jesús les respondió: Id y decid de mi parte a aquella raposa: ». Necesitábanse tres días, dice el doctor Sepp, para ir de Galilea a Jerusalén. Nuestro Señor toma este término de comparación para designar el tiempo que debía durar su vida pública, hasta que muriese por la redención del mundo. Aquí se toman sus días por años, y por consiguiente, circunscribe el tiempo de su misión evangélica a un intervalo de tres años y medio. Igualmente determina la época y el lugar de su Pasión, que debía verificarse después de su tercer viaje a Jerusalén, por la festividad Pascual. Tales eran las circunstancias en que decía el divino Maestro a sus discípulos: «Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes». Si se extrañase la poco inteligente interpretación que se dio en un principio a sus palabras, no debe olvidarse en manera alguna, que nos ha sido transmitida por los mismos discípulos. La personalidad de los Evangelistas se eclipsa ante la verdad, con una abnegación tan sobrehumana, que este solo hecho constituiría, para todo espíritu imparcial, la más solemne garantía de autenticidad.

».

». No por esto, prosiguió menos Pilatos sus proyectos sobre la construcción del acueducto. Así, pues, hizo levantar en la piscina de Siloé arcadas para sostener el acueducto que debía atravesar la ciudad por encima del valle situado entre el monte Moría y las montañas de Sión. Entonces fue cuando aconteció el accidente de que habla el Evangelio, desplomándose uno de los pilares que se estaban construyendo y aplanando bajo sus ruinas a diez y ocho pobres operarios de los arrabales de Jerusalén.

, era idólatra. Después de haber adorado a Jesús, le dijo: Señor, dignate ampararme. Y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio, que la atormentaba. -Jesús le respondió: Deja primero que se sacien los hijos de la casa, porque no es justo tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros. -Así es, respondió la mujer, pero Señor, también los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos. -Jesús le dijo entonces: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase según deseas. Vete en paz. En premio de lo que has dicho,

ya salió de tu hija el demonio. -Y en efecto, en aquella misma hora fue curada su hija, habiéndola encontrado la Cananea, al volver a su casa, reposando apaciblemente en su cama, y libre del demonio».

. Jesús fue entonces a sentarse a la vertiente de un monte vecino. Y se llegaron a él muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos dolientes, y los pusieron a sus pies, y los curó; por manera que las gentes se admiraban, viendo hablar a los mudos, andar a los cojos y con vista a los ciegos, y glorificaban al Dios de Israel. -Y fueron después a Betsaida y le trajeron un ciego y le pedían que le tocara. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo. Y el ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo andar a unos hombres, que me parecen como árboles. -Y alzando Jesús sus miradas al cielo, volvió a poner las manos sobre los ojos del ciego, y empezó a ver mejor; y finalmente recobró la vista del todo, de suerte, que veía claramente todos los objetos. Y Jesús le envió a su casa, diciendo: Vuelve a tu morada, y no digas a nadie este suceso».

, se abren los oídos del enfermo y se desata su lengua. Pero, dicen los ». -Después humedece el sacerdote el dedo con saliva, y toca los oídos y las narices del niño, diciendo: Ephphtha, abríos a la suave fragancia de los perfumes del Evangelio. «Huye, Satanás, porque se acerca el juicio de Dios». Así habla y obra, desde la era evangélica la Iglesia fundada por Jesucristo, reproduciendo sobre los sordomudos y los ciegos espirituales que se presentan al bautismo, los actos simbólicos verificados por Nuestro Señor sobre el sordomudo de la Decápolis y el ciego de Betsaida. Pueden consignarlo el fariseísmo protestante y el racionalismo saduceo. La tradición Católica desciende del Salvador y vuelve a subir a él por una cadena no interrumpida. La puerta de salvación,

. Después de haber orado solo, tomó consigo a sus discípulos, y recorrió las aldeas comarcanas. Y en el camino preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?- Los discípulos respondieron: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías, y aún hay quienes pretenden que eres uno de los antiguos Profetas, que ha resucitado en estos tiempos. -Pero vosotros, replicó Jesús, ¿quién decís que soy? -Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. - Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás (o Juan), porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los Cielos».

del infierno no prevalecerán contra ella».

».

».

, este interesante episodio. «Hallábame, dice, al amanecer, en el Pambamarca, con seis de mis compañeros: hallábase todo el cerro de la montaña envuelto en nubes muy densas, las que, con la salida del sol se fueron disipando, y quedaron solamente unos vapores tan tenues, que no los distinguía la vista; al lado opuesto por donde el sol salía en la misma montaña, a cosa de diez toesas distante de donde estábamos, se veía como en un espejo, representada la imagen de cada uno de nosotros, y haciendo centro en su cabeza tres iris concéntricos, cuyos últimos colores o los más exteriores del uno, tocaban a los primeros del

. La emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, hizo construir una basílica en el mismo sitio en que fue transfigurado Jesús. Desde entonces, todos los peregrinos que visitan la Palestina, han ido a postrar su frente en el sitio donde «cayeron sobre su rostro» Pedro, Santiago y Juan. He aquí la descripción que nos suministra uno de ellos. «La cumbre del Tabor es una explanada de media legua de circunferencia, ligeramente inclinada al Oeste, cubierta toda de verdes encinas, de hiedra, de odoríferos bosquecillos, de antiguas ruinas y de recuerdos. En la parte Sudeste de la llanura, marcan el sitio en que apareció Jesús escoltado de Moisés y de Elias, tres altares resguardados por pequeñas bóvedas. La parte Meridional de la montaña se extiende a lo lejos hacia el Sud, al través de las montañas de Gelboe, sobre las azuladas cadenas de Judá y de Efraím: las alturas más sombrías del Carmelo detienen la vista en el Poniente; en el Norte se extiende la coronada casi siempre de nieves: después vienen los desiertos del Horán, el lago de Tiberiades, el valle del Jordán con su río sagrado, donde se abrieron los cielos, como en el Thabor, para dejar descender las complacencias del Altísimo sobre el Hijo de una Virgen de Nazareth. La inmensa llanura de Esdrelon, donde los guerreros de todas las naciones que respiran debajo del cielo, han plantado sus tiendas en la serie de las edades, se despliega como una brillante alfombra de oro, digna de los esplendores de semejante sitio. Al contemplar esta magnificencia, donde nos sentimos sobrecogidos de un santo entusiasmo, se cree ver aun la nube luminosa, y oír la voz del Eterno. El cristiano que ha visto las maravillas del Thabor cree poder decir con el príncipe de los Apóstoles: «No hemos dado a conocer la potestad y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo ficciones ingeniosas; sino que después de haber sido por nosotros mismos espectadores de su majestad, hemos oído esta voz que venía del cielo, cuando estábamos con él en la Montaña Santa».

. Habiendo llegado a donde le esperaban los otros discípulos, los encontraron rodeados de gran multitud de gente, y a los Escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vio a Jesús, guardó silencio. -Y él les preguntó: ¿Sobre qué altercabais? -Entonces salió un hombre de entre la muchedumbre, y fue a postrarse a sus pies, diciendo: Maestro, te he traído un hijo mío, que es el único que tengo, y se halla poseído de un espíritu mudo. Yo te ruego le mires con ojos de piedad. Es lunático y padece mucho, pues muy a menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y cuando se apodera de él el espíritu del mal, le tira

con furia contra el suelo y le hace dar alaridos, y le agita con violentas convulsiones, hasta hacerle arrojar espuma por la boca ».

. Y habiendo llegado a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo del didracma para el Templo de Jerusalén, y : tómale y dáselo por mí y por ti».

. «Este canon o censo nacional se pagaba por todos los Judíos que tenían por un honor, dice el historiador Josefo, enviarlo de todos los puntos del mundo, en la época de la solemnidad Pascual, cuando no podían llevarlo ellos mismos. El Salvador no había ido este año a Jerusalén, y no había pagado personalmente esta ». Esta actitud de sumisión a los reglamentos y a los poderes establecidos, se halla poco conforme con el retrato de fantasía que nos lo representa como «un demócrata fogoso, en rebelión contra todas las autoridades locales, detestando el Templo y anunciando a sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento en que esto causa rubor». Verdaderamente sí hay que ruborizarse de algo, es de la ignorancia de un siglo en que es necesario reparar semejantes ineptias. La narración evangélica que se acaba de leer, es una de aquellas cuyos caracteres de autenticidad intrínseca son más patentes. Manifiéstase desde luego la primacía de Pedro por un detalle tanto más significativo cuanto que es menos concertado. El colector del diezmo sagrado se dirige a Pedro. No queriendo importunar al Maestro con una reclamación poco importante, cree más natural trasmitirla por medio del jefe de los discípulos. Pero, según el sistema de sublime delicadeza que hemos notado anteriormente, el Evangelio de San Marcos, escrito bajo la inspiración del príncipe de los Apóstoles guarda silencio sobre este punto. Por todas partes donde la ambición humana hubiera encontrado ocasión legítima de poner su nombre, eclipsa San Pedro el suyo. Trátase del didracma o medio siclo mosaico. Los Judíos tenían dos especies de moneda en tiempo de Nuestro Señor. La dominación de los Césares les había traído el sistema monetario de Roma, el as, con sus múltiplos: el dipondio (dos ases), el denario (diez ases), etc., y los submúltiplos: el quadrans (cuarta parte de un as), etc. Todos estos nombres se hallan en los Evangelistas. Usábanse las evaluaciones en monedas romanas para los negocios, el comercio, los salarios y las transacciones de todo género. Mas por una distinción en la que se retrata todo el carácter hebreo, no bien se trataba del impuesto nacional para el Templo y de los diezmos sagrados establecidos por Moisés, era repudiado el lenguaje romano, empleándose solamente las evaluaciones del antiguo sistema monetario de la

, se colocó en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: En verdad, os digo, si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños (en la sencillez e inocencia), no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillase como este niño, ése será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere a un niño semejante, en nombre mío, a mí me acoge, y quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió. Quien fuere, pues, el más pequeño entre vosotros, aquel es el más grande. Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles (de la guarda) contemplan continuamente en los cielos la majestad de mi Padre celestial. Y además, el Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? El pastor que tiene cien ovejas, si una se descarría

¿no deja las noventa y nueve en los montes y va en busca de la que se ha descarriado? Y si llega a encontrarla, en verdad, os digo que siente más regocijo por aquella que por las noventa y nueve que no se ».

, pretendía que se podía perdonar a su hermano tres veces, pero que no podía llegarse más allá. Tal era la doctrina rigorista a que aludía el Salvador, al establecer la gran ley de la misericordia evangélica, sin medida y sin límites, sobre , tenía naturalmente para los Judíos la idea de universalidad. He aquí por qué emplea Nuestro Señor esta expresión, en el sentido indeterminado que tenía para sus oyentes. Pero la misericordia debe conciliarse con la justicia, lo mismo en el seno de la Iglesia que en el gobierno del mismo Dios. Para conciliar estos dos términos que parecen excluirse, ha agotado el genio de los legisladores humanos en combinaciones siempre defectuosas. No dejará Jesucristo a su Iglesia desarmada, y manteniendo la gran ley de la misericordia, sabrá asegurar la inviolabilidad de los derechos de la justicia. La regla llena de mansedumbre que ha sentado, ha aplicado a todos los enemigos de la Iglesia, desde Arrio hasta Lutero. Cuando desgarran hijos ingratos el seno maternal de la esposa de Cristo, la queja caritativa y tierna del Pontífice supremo se dirige a su corazón para despertar en él el sentimiento filial. Si no es oída esta voz, vienen los dos o tres testigos que exigía la ley de Moisés para toda prueba legal, a emplear los esfuerzos de su celo para con el culpable que se obstina en su orgullo. Si tienen el dolor de ser rechazados, es denunciado el rebelde a toda la Iglesia, reunida en solemne tribunal, en la persona de los obispos, sucesores de los Apóstoles. Pronuncia la sentencia el concilio universal, y anatematizado el genio del error, llega a ser para los fieles como un pagano y un publicano.

». Los concilios, las asociaciones para orar, las congregaciones religiosas, esos conventos, para llamarlos con un nombre, que ha querido manchar un odio ciego, se derivan, pues, directamente del Evangelio. Si duo consenserint. Ubi duo vel tres congregati in nomine meo. Tales son las

. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado echándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Y el rey, movido a compasión de aquel criado, le dio por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciendo: Págame al momento lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Mas sin querer oírle este acreedor implacable, le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo y fueron a contar a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el rey llamó a este ingrato, y le dijo: ¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y el rey indignado le entregó en manos de los verdugos ».

».

».

». No era en verdad muy temible la oposición de parte de estos hombres que incitan al Salvador a que elija, para manifestarse al mundo, un teatro más vasto y más brillante. No se hallaba todavía elevada sin duda su fe a la perfección divina, cuyo carácter tardaron tanto tiempo en conocer los mismos Apóstoles. Sin embargo, bajo el punto de vista puramente humano, ¿hay uno solo de los más ilustres racionalistas cuyo amor propio no acogiese con afán semejante homenaje? Si fueran a decirle: ¡No basta a vuestra gloria brillar en el estrecho círculo de vuestra patria; el mundo entero os reclama y os espera! dudamos que se hubiera ofendido mucho de tal lenguaje y que lo hubiera tomado por una declaración de guerra. La pretendida oposición de los «hermanos» del Salvador es, pues, una oposición quimérica. Pero insiste el racionalismo. «El nombre de 'hermanos' es realmente la expresión que emplea el Evangelio; y no pudiendo ser los 'hermanos' de Jesús, designados aquí, ni Santiago el Mayor y Juan, hijos de Zebedeo, ni Santiago el Menor y Judas o Tadeo, hijos de Cleofás, primos hermanos de Jesús, puesto que los cuatro formaban parte del Colegio Apostólico y creían en su Maestro, mientras que los hermanos de que se trata en este pasaje 'no creían en él,' es claro que Jesucristo tuvo realmente hermanos. Es imposible saber, por falta de noticias, si procedían del lado paterno o del materno. En el primer caso, sería la virginidad de José, y en el segundo la de María, una invención apócrifa. Todo lo que se puede afirmar legítimamente, es la existencia de 'hermanos oscuros' de Jesús, cuyo nombre no nos ha conservado la historia». Tal es, en toda su fuerza,

, Aristión, Juan el Anciano, Andrónico Junias, Lucio de Cirene, Barsabas, Silas y Manahem. Por muy restringida que se halle esta nomenclatura, es evidente que si los dos primos-hermanos del Salvador Josef y Simón, hubieran formado parte, desde entonces, de los setenta y dos discípulos, hubieran ocupado el primer lugar en esta lista. Tenía tal importancia desde los primeros siglos de la Iglesia el título de parientes de Jesús, que siempre se les atribuye. Hegesipo, en el año 40 de nuestra era, los designa como hijos de Cleofás, hermano de San Josef. El mismo texto de Hegesipo, inserto por Eusebio de Cesarea en su Historia eclesiástica, es de una autenticidad incontestable. Hegesipo atestigua que la afinidad de Simón con el Salvador fue una de las razones que hicieron elegirle por unanimidad para suceder a Santiago, su hermano, en la silla de Jerusalén. Sobre esto no hay la menor oscuridad en el texto del Evangelio. Cuando nos habla San Juan de los «hermanos de Jesús que no creían en él» y que invitaban al Salvador a acompañarles a Jerusalén, en la peregrinación emprendida en común para la fiesta nacional de los Tabernáculos, emplea exactamente la misma expresión que San Mateo, en una circunstancia análoga. Toda la antigüedad cristiana ha sabido el nombre de estos pretendidos hermanos oscuros», como lo sabemos aun en el día.

, respondieron. -No tenemos esta suma en dinero, sino en propiedades rústicas, de extensión de treinta y nueve fanegas. Las cultivamos nosotros mismos, sirviéndonos su producto para pagar los impuestos y proveer a nuestra existencia. Hablando así, enseñaban sus manos encallecidas, en las cuales había marcado sus huellas un trabajo incesante. Por fin, Domiciano les habló del Cristo. -¿De qué naturaleza será su reino? preguntó. ¿En dónde debe comenzar? Este imperio no es el imperio de la tierra y de este mundo, respondieron ellos. Es el reino angélico y celestial, que vendrá a la consumación de los siglos, cuando aparezca el Cristo en su gloria para juzgar vivos y muertos, y dar a cada uno según sus obras». -La gloriosa confesión de los hijos reparará la incredulidad momentánea de los padres. Nazareth adoró al crucificado del Gólgota, cuya divina aureola había repudiado por un instante.

al entrar un día en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales, parándose a lo lejos, levantaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Luego que Jesús los vio, les dijo: Id, y mostraos a los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados de la lepra. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio de la lepra, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y se postró a los pies de Jesús, pecho por tierra, dándole gracias, y éste era Samaritano. Jesús dijo entonces: ¿Por ventura, no fueron curados todos diez? ¿Dónde están, pues, los otros nueve? Ninguno ha vuelto a dar gloria a Dios, sino este extranjero. Después le dijo: Levántate y vete, porque tu fe, te ha salvado».

y se preguntaban unos a otros. ¿Dónde está aquel? Y se hablaba mucho de él entre el pueblo. Porque unos decían: «Sin duda es hombre de bien. Y otros al contrario: No, que

trae engañado al pueblo. -Pero nadie osaba declararse públicamente a favor suyo por temor de los Judíos. Y en el cuarto día de la solemnidad, subió Jesús al Templo y se puso a enseñar al pueblo. Y maravillándose los Judíos de su doctrina decían: ¿Cómo sabe éste las letras sagradas, no habiéndolas aprendido nunca? -Respondió Jesús: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria, mas el que busca únicamente la gloria del que le envía, ése habla en nombre de la verdad, y no hay en él injusticia o fraude. Por ventura ¿no os dio Moisés la ley? y con todo eso, ninguno de vosotros la cumple. Pues ¿por qué buscáis la ocasión de matarme? - Respondió el pueblo y dijo: Tú estás endemoniado: ¿Quién procura matarte? -Jesús continuó diciendo: Yo hice sólo un prodigio »

»; la exégesis católica tiene el sensible deber de bajarse a recoger tales ultrajes, y hacer que se manifieste su profunda inepticia. Si hubiera contestado Nuestro Señor a los Judíos: Yo no he aprendido las Letras en ninguna de vuestras escuelas, y sin embargo, la meditación, el estudio particular que he hecho de ellas, la inspiración divina me las han revelado, y la prueba de que las conozco es que me oís enseñarlas: si hubiera sido su lenguaje, se mostraría probablemente satisfecho el racionalismo moderno. Apreciaría claramente la correlación entre la objeción y la respuesta, y concedería al Salvador un diploma de

. Jesucristo lo afirma otra vez, con una exactitud que no deja lugar a ningún subterfugio. La ley de Moisés era a los ojos de todos los Judíos, una ley divina. El Salvador la toma como término de comparación respecto de su propia ley. Moisés, les dice, os dio la ley del descanso sabático, al renovar el precepto de la circuncisión impuesto a los Patriarcas. Pues bien, vosotros practicáis sin escrúpulo en día de

». Miqueas se expresó más categóricamente: «Será engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad». No era menos formal la profecía mesiánica de David: «Contigo, decía, está el principado en el día de su poderío, en medio de los resplandores de la santidad; de mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana. Tú eres el Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech». Cada uno de estos rayos luminosos que hoy nos es tan fácil referir a la inmortal corona de Jesucristo, eran para los Judíos otros tantos problemas que resolver. Cristo debía aparecer en medio de las edades, como la figura patriarcal de Melquisedech, a cuyo padre nadie conocía. Los Judíos creían conocer al padre de Jesús, y le llamaban Josef. Nuestros racionalistas modernos saben tanto como ellos sobre este punto. La generación del Mesías debía ser desconocida a los mortales, y no obstante, los Judíos creían saber positivamente que Jesús era hijo de Josef y de María. El origen del Mesías debía remontarse más allá de los tiempos, y perderse en los esplendores de los santos, y los Judíos creían poder afirmar que Jesús saldría de la humilde casa de un carpintero de Nazareth. Tal era esta situación llena de dudas y de incertidumbres, cual no se vio jamás en otra parte que en Jerusalén. He aquí por qué alzando la voz Jesús, en medio del Templo de su Padre, responde con una afirmación directa de su divinidad.

« Los ministros de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos, no se atrevieron a ejecutar la orden que habían recibido. Al acercarse al Salvador le hallaron instruido de su misión, como si hubiera estado presente al conciliábulo que acababa de reunirse contra él. Y no obstante, Jesús no había abandonado el atrio del Templo, y no había interrumpido su

predicación al pueblo. Así, pues, apóyase la narración evangélica en un Substratum continuo de milagros, los más frecuentes, de los cuales son a veces los menos advertidos. El racionalismo no parece haber sospechado ni aun esto. Hase desembarazado de los prodigios de curación con la famosa teoría «del contacto de una persona predilecta». Pero pasa en silencio este fenómeno, bastante notable sin embargo, de las guardias apostadas por los Príncipes

». En el día octavo de la solemnidad de los Tabernáculos, todos los Hebreos dejaban las tiendas de follaje, a cuya sombra iban a pasar la semana, en memoria de la peregrinación de sus abuelos en el desierto debajo de las tiendas de Moisés. Reunida toda la multitud en los pórticos del Templo, asistía al sacrificio de la mañana; en este día a nadie le era dado, a no ser judío, tomar parte en la solemnidad, permaneciendo vacío el atrio de los Gentiles. Después de la inmolación de las víctimas en el altar, un sacerdote, designado para este oficio, iba a la fuente de Siloé, donde cogía tres medidas de agua viva, en una copa de oro. Precedido de los Levitas, volvía al Templo por la puerta del Agua, la misma por donde hizo su entrada triunfal Nuestro Señor. Recibíasele ». Tal era la solemne ceremonia que recordaba a los Judíos las fuentes milagrosas abiertas por Moisés en el desierto; las fuentes y las palmeras de Elim; los tabernáculos de Israel y las tiendas de Jacob, saludadas en otro tiempo por los hijos de Beor; y finalmente, los racimos de uvas traídos por los enviados del Gran Profeta, en testimonio de la fecundidad de la Tierra Prometida, donde debían cambiar los hijos de Abraham el agua de los torrentes por el vino que regocija el corazón del hombre. La época de la fiesta de los Tabernáculos era aquella en que se venía a recoger el fruto de la viña en las colinas de Engadd y de Jericó. Así se unía el reconocimiento por las bendiciones del Altísimo a las tradiciones seculares de la historia nacional. Cada uno de los hijos de Abraham llevaba a su morada y conservaba todo el año los Lulabim, o ramos de la fiesta de los Tabernáculos. Tales fueron las circunstancias, en medio de las cuales el divino Maestro, haciendo alusión al agua de Siloé, ofrecida en el altar del Templo, y a las palabras proféticas de Isaías, exclamaba: «Quien cree en mí, verá surgir de su seno fuentes de agua viva». Aquí sirven, pues, de comentario al Evangelio los usos y las ceremonias hebraicas.

».

. Los Fariseos, a pesar de sus afectados desdenes, no tienen otra creencia sobre este punto. Así es, que remiten a Nicodemo a las Escrituras, para convencerse de que no debe venir de Galilea el Profeta. Pero la discusión que se suscita entre la multitud, tiene un aspecto más particularmente interesante, bajo el punto de vista de la crítica moderna. ¿Cómo, dicen los racionalistas, podía suscitarse la objeción sobre Belén si hubiera sido público y notorio que nació Jesús en esta ciudad? La polémica empeñada por los Judíos sobre este punto, prueba perentoriamente que la narración evangélica del nacimiento en Belén, es una interpolación apócrifa, inventada después del suceso, por quererlo así el asunto. -Éste es uno de los argumentos predilectos de la escuela de nuestros sofistas.

»

».

« La pretensión de poner un límite a la bondad suprema, y de hacer prevalecer la exageración de un rigorismo implacable sobre las misericordiosas condescendencias de la gracia divina, es uno de los más extraños contrastes que han podido producirse en el seno de la humanidad. ¡Qué! En medio de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza nativa, en este abismo de ignominia en que se agita una raza de caída, entre estos misterios de vergüenza, que abrasan de rubor todos los rostros y que atormentan en secreto las conciencias, se hallan hipócritas de virtud, de justicia y de pudor, bastante audaces para decir al perdón de Jesucristo: ¡No llegarás hasta mí! ¡Insultas mi dignidad! -Así es, no obstante; y se ostentan a la luz del medio día todas las inconsecuencias más monstruosas, en cuanto se trata de combatir la doctrina de salvación traída al mundo por el Verbo encarnado.

. Los Fariseos y los Doctores de la Ley, cuyos desórdenes e inmoralidad eran entonces tan escandalosos que el mismo Talmud los condena con una energía que desafía toda traducción, habían dejado poco a poco caer en desuso los rigores de

». ¡Se ha tenido la osadía, en verdad, de inscribir esta afirmación, sin temer que viniera el genio de San Agustín, de Santo Tomás o de Bossuet a arrojar esta innoble injuria al rostro de quien la lanzó, revelando toda la radical ignorancia o intrépida mala fe que supone el gusto de un hombre del siglo XIX, capaz de firmar semejante blasfemia! Retórico: os parece rígida y desaliñada esta afirmación del Verbo encarnado: «¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida!» ¿Cuál es, por tanto, a la hora presente el sol del mundo intelectual y moral, cuyo rayo ha ofuscado vuestra mirada hasta el punto de obligaros a la lucha impía, con cuya escandalosa responsabilidad cargáis? En este momento está por do quiera la luz de Jesucristo; la habéis hallado en la historia de lo pasado, en el desarrollo de nuestra civilización actual, en las leyes, las costumbres, las tradiciones y las glorias en medio de las cuales vivís. No podéis dar un paso, sin tropezar con ella; y la mejor prueba de que esta luz es brillante y

». ¿Humillaremos acaso a nuestros racionalistas enviándoles a la escuela del gran obispo de Hipona? Como quiera que sea, necesitan todavía aprender el sentido real de la objeción de los Fariseos. «Das testimonio de ti mismo, decían los Escribas, luego tu testimonio es nulo». Éste es uno de esos argumentos fundados en la ley judía, cuya lógica serían tentados a desconocer nuestros sofistas. Toda declaración debía, para tener carácter oficial, según la ley de Moisés, apoyarse a lo menos en dos testigos. Tal es el sentido real de la objeción Farisaica; y el divino Maestro entra en el fondo de la cuestión, invocando la declaración, conforme a aquella ley, hecha por su Padre en tiempo de Juan Bautista, en las riberas del Jordán. -¿Dónde está tu Padre? preguntaban los Escribas, -Y Jesús renueva la afirmación de su divinidad replicando: «Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre». Después de esto, ¡dejaremos al racionalismo moderno aplicar a la argumentación de Jesús las reglas de la «lógica aristotélica!»

».

».

. Los doctores Fariseos admitían la metempsicosis pitagórica, creyendo que habían participado los seres humanos, que existían a la sazón, de una vida anterior capaz de mérito o de demérito. En este sentido fue en el que podía temer Herodes Antipas que hubiera pasado el alma de Juan Bautista a la persona de Jesús de Nazareth, después del crimen de Maqueronta. La segunda opinión consistía en decir, que en el día de la creación, habían recibido el ser simultáneamente todas las almas, las cuales, esperando ir a ocupar un cuerpo, permanecían, dice el Talmud, en el trono de la gloria celestial. La pregunta de los discípulos está perfectamente de acuerdo con las preocupaciones locales y la sociedad contemporánea. O el alma del ciego de nacimiento preexistente al cuerpo, había podido contraer, en una vida anterior, manchas que espiaba a la sazón, y en este caso, era culpable el doliente; o bien, en vez de ser la culpa personal, ». Así, la pregunta que hicieron los discípulos no se eleva sobre el nivel de las preocupaciones vulgares, sino que es la expresión espontánea y verdadera de las costumbres de la época. Libres son nuestros espíritus fuertes de compadecerse de ella, y no obstante, ¿qué saben ellos sobre la cuestión del alma? Pero es imposible desconocer su carácter de evidente autenticidad. «Ni los pecados de este hombre ni los de sus padres, responde Jesús, son causa de su ceguera; sino que es ciego para que se manifiesten en él las obras del poder de Dios. Yo soy la luz del mundo. Y lo prueba el Salvador dando vista al ciego de nacimiento. Y «no se hace rogar», ni es posible notar en su semblante la menor apariencia de «mal humor»; ni «hecha en cara a ninguno de sus interlocutores» la tosquedad de su entendimiento. Pero es preciso confesar que hace intervenir en la acción inesperada y libre de su voluntad suprema, «una circunstancia chocante». Con la saliva de su boca hace con tierra un poco barro que aplica a los párpados del ciego. Ni el espiritismo, ni la medicina científica, ni «los encantos de rara eficacia del más potente hechicero», han tenido jamás nada análogo a este barro que va a volver la vista a un ciego. ¿Y qué delicada organización podría soportar la idea de un remedio tan repugnante imaginado como de adrede en contradicción con el objeto a que se dirige, puesto que sería a propósito para cegar a un hombre de buena vista? Pero el dedo que petrificó la arcilla de que fue formado el hombre, es precisamente el que forma un poco barro para el ciego de Jerusalén: la mano que trasformó el barro primitivo en esta admirable estructura de nuestro cuerpo, es la única que tiene el secreto de transformar en un órgano perfectamente constituido el barro que aplica a los ojos apagados. Pues qué; ¿Sería Jesucristo el Dios Criador? ¿Es esta realmente la lógica del Evangelio?

»

. El rebaño perseguido de las ovejas de Cristo gustaba contemplar los rasgos del divino Pastor. Es, pues, incontestable que los primeros fieles, reunidos en Roma bajo la dirección de Pedro y sus sucesores, oían la parábola evangélica en el sentido que le da el Catolicismo aun en el día. Consientan nuestros hermanos separados en estudiar en su sencillez y en su admirable energía la palabra del Salvador: «No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. Yo soy este Pastor, siempre visible, obrando siempre, cuya voz no cesarán jamás de oír las ovejas». La alegoría empleada por Nuestro Señor en esta circunstancia, era familiar hacía largo tiempo a los Judíos, a quienes designa la Escritura con el nombre de: «Ovejas escogidas del rebaño de Jehovah». Los pastores que dirigían el rebaño, eran los Doctores de la ley, los Escribas y los Fariseos, que acababan de excluir de su seno al ciego curado milagrosamente. Igual excomunió amenazaba a quien quiera que confesara, como él en lo futuro, la divinidad del Salvador. He aquí por qué dice Jesús al pueblo: «Yo soy la verdadera puerta del redil de las ovejas. Yo soy el buen Pastor». Todos los pormenores de la Parábola están tomados de los usos y costumbres del Oriente. Los rebaños que formaban la principal riqueza agrícola de la Palestina, tenían que temer sin cesar las incursiones de las bandas de salteadores árabes y el ataque de las fieras. No era menos temible el pillaje de las tribus nómadas que las garras de las fieras del desierto. He aquí por qué reunían por la noche los pastores de cada comarca sus diferentes rebaños en un inmenso parque cercado de setos, de empalizadas, y aun de tapias de piedra. Guardaba la entrada de este redil común un portero, no dejando entrar en él sino a los pastores. El que entraba por otra parte, es decir, escalaba el cercado para librarse de la vigilancia del portero, era, pues, como dice Jesús, un ladrón y un salteador. Por la mañana iban los pastores a recoger sus ovejas para llevarlas a los pastos. Reconociendo entonces cada rebaño la voz de su pastor, se agrupaba en torno suyo, sin equivocarse ni acercarse a un pastor que no fuera el propio. «Las ovejas no siguen a otro pastor, dice Jesús, apartándose de él, porque no conocen su voz, sino que siguen los pasos

. Y Jesús le dijo: Bien has respondido: haz eso y vivirás. -Mas él, queriendo dar a entender que era justo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? -Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de todo, , donde tuvo cuidado de él. Al día siguiente, al partir, sacó dos denarios, y dióselos al encargado de la caravanera, diciendo: Ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta. Jesús preguntó al Doctor: ¿Quién de estos tres, el Sacerdote, el Levita o el Samaritano, te parece haber sido el prójimo del herido? -El Samaritano, que usó de misericordia con él, respondió el Doctor. Pues anda, dijo Jesús, y obra tú de la misma suerte».

de los Griegos significaban únicamente los lazos de parentesco. Habíase admirado, con un esfuerzo sublime de la filosofía especulativa, la famosa palabra de un autor romano: «Yo soy hombre, y no me es extraño nada de cuanto se refiere a la humanidad». Pero permanecía el axioma en estado de abstracción puramente teórica. La realidad era la esclavitud, erigida en principio social; y el desdeñoso epíteto de Bárbaro, dado por un ciudadano del Ágora o del Foro, a todo lo que no era Griego ni Romano. Entre los Judíos no se hallaba menos marcado ni era menos extraño este exclusivismo, habiéndose revestido con las formas rigoristas de la secta farisaica. He aquí cómo racionan sobre este punto los Doctores de la Ley. Moisés había escrito en el Levítico estas palabras legales: «Amarás a tu

hermano». La palabra hebrea Rea se puede entender en el sentido general de hermano, o en el más restringido de amigo, habiendo prevalecido esta última interpretación en la Sinagoga. Se nos manda amar a nuestros amigos, decían los Rabinos; luego por razón inversa, se nos prescribe odiar a nuestros enemigos. En su consecuencia, el nombre de Gentiles, dado indistintamente por los Judíos a todas las razas extranjeras, expresaba en su boca un sentimiento de desprecio idéntico al que encerraba la palabra de Bárbaro entre los Romanos y los Griegos. Un hebreo profesaba, exceptuada la descendencia de Abraham, a todo el resto del género humano, un horror invencible. Además, había de Judío a Judío una distinción sofística, cuya clave nos da el Fariseo del Evangelio. Un verdadero servidor de Jehovah no consideraba como Rea, o prójimo, sino a un hombre por lo menos tan justo como él mismo. Fijada así, bajo la base del egoísmo, la medida de afecto fraternal de un Fariseo, resultaba no

».

siglo, como se decía al tiempo de Federico II o de Enrique IV de Alemania. Hase verificado la experiencia en la más vasta escala que puede imaginar ninguna comisión científica. Cada tiranía vulgar ha querido destronar a la Iglesia, despojarla, y reemplazar el cetro que lleva en la mano con el báculo del mendigo. Mas de una vez hallaron las pretensiones de esta clase, por cómplice, la potestad más elevada de este mundo, el genio. Semejante situación vale la pena de examinarse seriamente. La Iglesia es siempre el pusillus grex, de que habla el Salvador. Fáltale la fuerza material, pudiendo el hombre de Estado más diminuto tener el gusto de insultar esta debilidad y de hollarla a los pies. Pero he aquí el milagro. La Iglesia destronada, vencida, aniquilada en apariencia, vuelve a levantarse siempre, con la diadema en la frente y el cetro en la mano. ¡Dichosa cuando le es dado bendecir el sepulcro de su perseguidor arrepentido! La solidaridad divina entre el gobierno del cielo y el de la Iglesia, es un hecho atestiguado por el testimonio

en nombre del dueño, la provisión de trigo correspondiente a las necesidades de las diversas familias. Este encargado era también un esclavo; si daba muestra de celo y de una verdadera capacidad, podía llegar a ser administrador general, y este día veía romperse sus cadenas, dándole libertad la manumisión. A esto aludía la palabra del Salvador: «¡Dichoso el esclavo a quien encuentre su Señor fiel a sus deberes! En verdad os digo; el amo le confiará la administración de todos sus bienes». Pero por lo común no se aprovechaban estos esclavos de su elevación, sino para entregarse al instinto brutal y a groseros apetitos que la esclavitud desarrolla en las almas, haciendo pesar su autoridad sobre sus compañeros. «El amo no volverá en mucho tiempo, dicen ellos; y abruman a golpes a criados y criadas, pasando los días en comer, beber y embriagarse». Sin embargo, el amo volvía al fin. Juez supremo en su tierra, teniendo el derecho de vida o muerte sobre todos sus esclavos, reservaba para el encargado infiel los rigores más duros del ergastulum y la flagelación más repetida; lo cual no le impedía castigar los delitos de los demás esclavos, pero con menos severidad, porque dice Nuestro Señor: «Se exige mucho de aquel a quien se ha dado mucho, y se pide más a aquel a quien más se ha confiado». Así, pues, la responsabilidad en el gobierno de la Iglesia es proporcionada a la magnitud de las funciones. El Señor a quien se sirve es Dios, cuya mirada nadie puede engañar, ni sorprender su vigilancia, ni torcer su justicia. He aquí por qué se frustrarán siempre las

tentativas de influencia o de corrupción humana, ante los sucesores de Pedro, a quien se dijo: «¿De qué servirá al hombre ganar el universo si pierde su alma?» Vendrá el Señor a la hora menos pensada; juzgará al servidor culpable, y le impondrá suplicios tanto mayores, cuando era más eminente la administración que tenía a su cargo.

. Prolongáronse las fiestas durante ocho días, y esta renovación tan súbita y tan inesperada tomó al lenguaje mismo que habían introducido los Sirios helenistas en Palestina su nombre significativo de Encenias («Renovación», en hebreo: Hanucca). El enemigo no había tenido tiempo de consumir en honor de los ídolos, toda la provisión de aceite que tenía de reserva para los usos del Templo. Esta circunstancia había redoblado los trasportes de la alegría nacional. Durante los ocho días de la fiesta, fue permanente la iluminación del sagrado edificio. La ciudad entera quiso asociarse a esta piadosa demostración, y ardieron día y noche antorchas encendidas en las fachadas de todas las casas. De aquí el nombre de Fiesta de las Luces, que se dio también a la solemnidad de las Encenias. Judas Macabeo y sus hermanos, reunidos en asamblea nacional con los descendientes de Aarón, ordenaron que en lo sucesivo celebrase Israel, durante ocho días, este sagrado aniversario. Tal era esta Dedicación del Templo de Jerusalén, imagen de la Dedicación de las Iglesias cristianas, celebrada actualmente en todo el universo.

. «Jesús . De un extremo a otro del pórtico de Salomón se ostentaban cuatro columnas paralelas. El diámetro de cada columna era tal, que se necesitaban tres hombres para abarcarlo; su elevación era de veinte y siete pies, y su cuerpo coronado de chapiteles corintios, tenía hacia la base, una doble espiral. Estas columnas llegaban al número de ciento sesenta y dos. En razón del paralelismo de las columnas dispuestas de cuatro en de largo, y más de cincuenta pies de alto. La arcada central tenía el doble de alto y de ancho, de suerte que dominaba completamente las otras dos. El remate se hallaba adornado de esculturas en madera, de alto relieve y de variados dibujos. El de la bovedilla o techo del centro era muy elevado; las paredes superiores estaban cortadas por el arquitrabe, y divididas por columnas empotradas; siendo el conjunto de una arquitectura tan maravillosa, que los que no han visto este edificio no pueden creer lo que de él se refiere; mientras que los que lo han visto, hallan todas sus descripciones inferiores a la realidad. El suelo se hallaba enteramente cubierto de mosaicos».

». Tal era la designación profética del Mesías. Todo el mundo lo sabía en Jerusalén. Si, pues, Jesús no hubiese hecho ningún milagro; si no hubiera abierto los ojos del ciego de nacimiento; si no hubiera obrado uno solo de los prodigios de misericordia, cuyo relato contiene el Evangelio, nadie hubiera pensado en ver en él al Cristo tan deseado. Sin embargo, los mismos Profetas habían sido taumaturgos, no siendo en su consecuencia la señal del milagro la única en que debiera reconocerse al Mesías. La descripción de los

esplendores del reinado del Hijo de David, tan elocuentemente trazada con anterioridad por los escritores inspirados, se avenía muy poco entonces con la humildad del Hijo del hombre, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza. Así, pues, vacilaban los Judíos, y decían: «¿Hasta cuándo prolongarás nuestra ansiedad y nuestra incertidumbre? ¡Si eres realmente el Cristo, decláralo abiertamente!» Jesús responde a esta pregunta categórica con una majestad suprema, afirmando, por la vigésima vez, su divinidad. Pero los Judíos querían un Cristo, hijo de David, y no querían un Cristo, Hijo de Dios. Todavía repiten hoy los hijos de Jacob, como dirigiendo una acusación de idolatría contra los Cristianos, la palabra de Moisés: «Oye, Israel. Jehovah, nuestro Dios, el Señor, es uno». Permanece, pues, encubierto a sus miradas, como lo estaba a las de sus antepasados, el misterio de la unidad divina, en los fecundos esplendores de la Trinidad. «¡Qué! ¡Sois un hombre y osáis proclamaros Dios!» exclaman, y se arman todos con piedras para lapidar al blasfemo. Pues bien; Jerusalén era el único lugar del mundo en que se considerase la apoteosis como un crimen. Roma, Atenas, Alejandría, todas las ciudades del Oriente y del Occidente, desde Antioquía hasta la Lugdunum de los Galos, se hallaban pobladas de altares erigidos en honor del dios Tiberio. César, asesinado por su propio hijo, era dios; Augusto era dios; Livia era diosa; ¡haced, pues, que se componga el Evangelio por un autor extraño a las leyes y a las costumbres judaicas! ¡Imaginad, para los relatos evangélicos, otro teatro distinto del de Judea; otros actores que los hijos de Abraham; otro

. Puede creerse que la aldea hospitalaria, cuyo nombre no ha inscrito San Lucas, era la de Bethania, a 15 estadios, o cerca de 2 millas romanas de Jerusalén, sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos. Atravesábala en todo rigor el camino que conducía de la Ciudad Santa a Jericó. Tal vez había acompañado María al divino Maestro en el viaje. Recordarase, sobre esto, las palabras del Evangelio que hemos reproducido ya: «Cuando Jesús recorría

las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce, seguíanle algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos, y curadas de varias enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios; Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes; Susana y muchas otras que le servían y proveían a sus necesidades con sus bienes». En esta enumeración no aparece, pues, Marta; la cual guardaba el hogar doméstico de su hermano Lázaro, por lo que tuvo el honor de abrir su casa al divino Huésped, que se dignó descansar en él un día. Como quiera que sea, Marta y María representan los dos tipos de la vida nueva que trae el Salvador al mundo. Las almas cristianas podrán escoger entre dos vías, cuyo término y objeto es igualmente la caridad. La acción, es decir, el ministerio exterior del amor de

». La máscara cómica con que afectaba cubrirse el rostro el Fariseo, para reivindicar las prerrogativas de la ley sabática, no puede sostenerse un momento ante la superior lógica de Jesús. Encorvada la raza de Abraham durante diez y ocho siglos bajo los terrores de la ley sinaítica, exagerados por la ambiciosa tradición de los Escribas y Doctores, no podía levantar la cabeza, para contemplar en las alturas celestiales, la misericordia del Dios de Moisés y de los Patriarcas. Un judío desataba en día de sábado, sin escrúpulo alguno, el buey o el asno del establo, para llevarlo al abrevadero. ¡Y Jesús, enderezando por medio de una simple imposición de manos a la infeliz mujer encorvada por una enfermedad de diez y ocho años, era culpable de una infracción irremisible! La penosa operación de sacar del establo a buey o al asno, los dos animales que constituían la riqueza de un hebreo, y de llevarlos del cabestro hasta la fuente pública, no constituía un delito contra una ley que hacía elástica el interés sabático. ¡Pero, curar con una palabra o un gesto, a una hija de Abraham era un crimen! ¡Diez y ocho años de enfermedad padecidos por una

, aunque sea día de sábado? -Y no sabían qué responder a esto. -Notando entonces que los convidados , no sea que haya otro convidado de más distinción que tú; y viniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: Amigo; cede ese lugar a éste, y entonces tengas el sonrojo de verte precisado a ponerte el último: antes bien, cuando fueres convidado, vete a poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba, lo que te granjeará honor en presencia de los demás convidados. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. -Dirigiéndose entonces al Fariseo que lo había convidado, le dijo Jesús: Cuando des alguna comida o cena, no convides a tus amigos ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos que son ricos: para que no suceda que te conviden también ellos a ti, y esto te sirva de recompensa, de lo que recibieron de ti: sino que cuando tuvieres algún banquete, convida a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden recompensarte, y así serás recompensado en la resurrección de los justos. -Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: ¡Bienaventurado aquel que tuviere parte en el convite del reino de Dios! -Mas Jesús le respondió: Un hombre dispuso una gran cena y convidó a mucha gente: A la hora de cenar, envió un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron ».

».

». La nacionalidad judía entera reivindicaba de las razas extranjeras la superioridad que se arrogaban estos doctores sobre los Hebreos. El banquete de la vida, a que había

». ¡Sentencia terrible pronunciada contra la obstinación judía! Su realización, visible desde este mundo, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Cada página del Evangelio es así, o un milagro de profecía o un milagro de poder, o un milagro de revelación divina.

a su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus , no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con qué acabarla, no sea que después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean, comiencen a burlarse de él, diciendo: ¡Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo acabar! ¿O cuál es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que viene contra él con veinte mil? ¿Y si no puede, le envía embajadores cuando aún está lejos, pidiéndole la paz? Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena, mas si la sal se desvirtúa o hace insípida ¿con qué será sazonada?

». La distinción indicada por la crítica entre la doctrina de los primeros días del ministerio de Jesucristo y la de los últimos, es aquí tan marcada, que tenemos el deber de censurarla con energía. No existe tal distinción, y es verdaderamente preciso haber especulado con la ligereza de nuestro siglo para afirmarlo así. Desde el año segundo de su predicación pública, desde el momento en que agrupó Nuestro Señor en torno de su divina persona el colegio de los doce apóstoles, les dijo: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí». Así hablaba el Salvador, en la montaña de Galilea, a los Apóstoles reunidos para recibir la investidura del ministerio evangélico. ¿Hay en esta enseñanza sombra siquiera de la menor diferencia respecto del lenguaje del divino Maestro, en los últimos meses de su predicación? ¿Qué significa, pues, la sacrílega antítesis, entre «el sutil y festivo moralista de los primeros días y el gigante sombrío de los últimos?» ¿En qué se funda? Porque en fin, si no es permitido, ni a un novelista, disfamar sin pruebas una memoria que ha dejado representantes y vengadores en la tierra, ¿qué diremos de la temeraria pretensión de un historiador que sustituye su calumniadora fantasía a los más terminantes textos, y prodiga gratuitamente injurias a un nombre ante el cual doblan la rodilla trescientos millones de hombres? ¡Retóricos! ¿No comprendéis

».

que ».

, y que eran cebados con los algarrobos de las orillas del lago de Tiberiades, para los mercados de la Fenicia y del alto Oriente, son insaciables sus pasiones, abriendo en las almas abismos de voracidad sin fondo. Un día, disputando los hambrientos pródigos su pasto a los puercos, pensaron en los goces sin mezcla alguna del hogar paterno, en las delicias del banquete divino. No les resta de su antiguo esplendor, de su felicidad perdida,

más que un amargo recuerdo. La túnica de inocencia ha quedado a girones en las espinas del camino. El anillo de la santa y noble alianza con el cielo, ha desaparecido hace largo tiempo. Sus pies destrozados, ensangrentados en todas las piedras del camino, ya no son protegidos por el calzado que preparaba la ternura maternal por sí misma. La desnudez del pródigo, tal como lo pinta la Parábola, era en la época evangélica, cual la de los esclavos. El esclavo no llevaba sandalias, sino que andaba con los pies desnudos. La túnica flotante, «este primer vestido» de que habla el Evangelio, se hallaba reservada exclusivamente para los hombres

. Díjole el mayordomo. o cargas de trigo. Díjole: Toma tu obligación y escribe otra de ochenta. Y habiéndolo sabido el amo, alabó a este mayordomo infiel (no por su infidelidad) sino porque hubiese sabido portarse sagazmente, porque los hijos de este siglo (o amadores del mundo) son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Así, os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con el Mammon de la iniquidad (o con las riquezas injustas, manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas».

». Lo único «extraño ». Un día comprenderemos todo el sentido de esta revelación, cuyos términos exceden a los alcances de nuestra mortalidad. Entre los millares de globos luminosos que sigue la mirada de la ciencia en los espacios del éter, hay tal vez una escala jerárquica, cada uno de cuyos peldaños está ocupado por inteligencias bienaventuradas. Circunscrito en los estrechos límites de la materia el espíritu del hombre, no hace más que deletrear el libro de los mundos. El Verbo encarnado nos enseña, que las pruebas de esta vida son el aprendizaje de las grandes responsabilidades de la vida inmortal. Esto es todo lo que podía soportar nuestra limitada inteligencia; porque el peso infinito de gloria que nos espera en los cielos, aplanaría en este momento nuestra debilidad. Ahora nos basta practicar este otro precepto del Salvador: «Nadie puede servir a dos amos, porque o aborrecerá al uno o amará al otro: o se aficionará al primero y no hará caso del segundo: no podéis »».

». Imposible es imaginar una afirmación más clara y más exacta del carácter sobrenatural y divino del Evangelio. La ley mosaica fue su preparación en la serie de las edades; los Profetas anunciaban su advenimiento; Juan Bautista era su precursor. La flor del Antiguo Testamento es el Mesías, el Cristo, que da su perfección a la Ley, su cumplimiento a las profecías, su realización a las esperanzas del mundo. No se equivocan los Fariseos sobre las trascendencia de esta doctrina, y aceptan claramente todas las consecuencias que van a deducirse de ella. Jesucristo se erige en legislador soberano, y proclama su derecho imprescriptible de completar la ley Mosaica y de trasformarla en un código universal, que será la regla de todas las generaciones humanas. Para consignarlo mejor, y tal vez con la esperanza de suscitar la indignación popular contra el Salvador, le proponen una cuestión que dividía durante cuarenta años sus escuelas, y a la cual daba el reciente divorcio de Herodes Antipas una peligrosa actualidad. Los discípulos de Schammai pretendían que la autorización del divorcio, concedida por Moisés, debía limitarse exclusivamente al caso de adulterio. Los discípulos de Hillel daban a esta facultad una extensión general y absoluta. La controversia versaba sobre este texto del Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y después de haber cohabitado con ella, viniere a ser mal vista de él por algún ». La Ley no definía la gravedad del vicio o falta alegada; las dos escuelas interpretaban a su fantasía la cláusula restrictiva, y permanecía siendo imposible la solución del problema.

Parecía, pues, perfectamente inspirado el odio de los Fariseos al elegir una cuestión de esta naturaleza. Jesucristo anunciaba su poder de legislador supremo, debiendo en su consecuencia resolver todas las dificultades legales; pero si se pronunciaba en favor de la doctrina rigorista de Schammai, incurría en todas las cóleras oficiales de los partidarios de Herodes Antipas, y perdía, a los ojos de la multitud, el prestigio que le granjeaban su misericordia y su indulgencia, tan elogiadas. Si por el contrario, adoptaba los principios relajados de Hillel, era un corruptor de la moral pública, un ambicioso vulgar, que acariciaba los instintos degradados y perversos del corazón humano, y sacrificaba la verdad, la justicia y la ley a su deseo de popularidad.

. -Jesús replicó: ¿No habéis leído que aquel que al principio crió al linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo: ¿Dejará el hombre a su padre y a su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre. -Pero ¿por qué, replicaron ellos, nos autorizó Moisés para dar a la mujer libelo de repudio y despedirla? Respondió Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero no fue así desde el principio. Así, pues, os declaro, que cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio y comételo también, ».

». ¿No acababa de crear, en efecto, por la fecundidad de su palabra divina, una doble paternidad, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, para estos niños hasta entonces tan desamparados? ¡Cuántas veces al encontrar en medio de nuestras sociedades tan profundamente turbadas por el egoísmo de la sensualidad, las humildes vírgenes de Jesucristo, que se constituyen en madres de los que no tienen madres; las modestas maestras de la infancia, que se hacen los padres de toda una generación de almas jóvenes; cuántas veces no hemos repetido la palabra del divino Maestro: «Dejad venir a mí los niños!» ¡Qué prodigio permanente de sacrificios sin gloria, de trabajos oscuros, de adhesiones desconocidas, verificadas por la influencia del consejo evangélico de la

». Tal es la nueva exégesis. Había, pues, ricos que seguían al Salvador en el curso de sus predicaciones. María Magdalena era rica. Lázaro, el amigo a quien resucitará en breve Jesús, era rico. Juana, mujer de Chusa, mayordomo de Herodes Antipas, era rica; Josef de Arimatea era rico. Y ¿mandó acaso el divino Maestro a Lázaro que vendiera la casa de Bethania y distribuyese su precio entre los pobres? ¿Mandó a Josef de Arimatea que enajenase el sepulcro de sus padres en la falda de la colina del Gólgota, en que debía recibir una hospitalidad de tres días el cuerpo del Hombre-Dios? ¿Mandó a la Magdalena que vendiera los perfumes que derramó a los pies del Verbo encarnado, para distribuirlos a los pobres? ¿Ordenó a las santas mujeres que subvenían sus propias necesidades, y que compraron cien libras de aromas preciosos para su sepultura, que vendieran sus bienes y que se desprendieran de sus tesoros? ¿Cuál era, pues, la verdadera doctrina del Salvador, respecto de la riqueza? Hela aquí: Un joven israelita que pertenecía a una familia principal, princeps, que poseía cuantiosos bienes, se llegó a él y se postró a sus pies, llamándole: ¡Bien Maestro!» Dobló la rodilla: así nos lo dice el Evangelio; de manera que el protestantismo sería tentado de acusar a este joven de idolatría. «¿Qué debo hacer para

obtener la vida eterna?» pregunta el adolescente. -«Guarda los mandamientos», responde el Salvador; y enumera todos los artículos del Decálogo. He aquí,

. Lo que acaeció en tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el día del Hijo del hombre. En los días que precedieron al diluvio, los hombres comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que Noé entró en el arca, y sobrevino entonces el diluvio de improviso y acabó con todos. Como también lo que sucedió en los días de Lot. Se comía y se bebía; se compraba y se vendía; se hacían plantíos y se edificaban casas; mas en el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los abrasó a todos: lo mismo será en el día en que aparezca el Hijo del hombre. En aquella hora, quien se hallare en el terrado y tuviese también sus muebles dentro de casa, no entre a sacarlos, y el que estuviere en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que quisiere salvar su vida (abandonando la fe) la perderá (eternamente); y quien la perdiere ».

de la Escritura. He aquí por qué dirigen al Señor los Fariseos esta pregunta: ¿en qué época vendrá el reino de Dios? «Puesto que Jesús proclamaba en alta voz su título de Mesías, debía saber el momento preciso en que se realizaría la expectación de Israel. Así, pues, ocultaba la pregunta farisaica en su aparente sencillez, una idea hostil preconcebida y un supuesto capcioso. Si era evasiva e indeterminada la respuesta, sería fácil deducir de ella que ignoraba Jesús el término fijado por los decretos providenciales para la liberación del mundo, y que su título de Mesías era una impostura. Al contrario, si asignaba un tiempo limitado, si indicaba una fecha, se encargarían los mismos acontecimientos contemporáneos de darle un solemne mentís. Era entonces tan formidable el poder de Roma, que no podía la previsión humana señalar la caída. La contestación de Jesús echa por tierra todo este aparato de ardid y de odios. «El advenimiento del reino de Dios se verificará sin aparato o brillo exterior. En este momento está el medio de vosotros». Con esta tranquila y solemne declaración, afirmaba claramente Jesús su divinidad; porque, al cabo la única aparición

».

». La perseverancia en la oración, en la humildad de corazón, tales son, pues, las dos grandes leyes de la vida cristiana. El abismo de nuestras miserias solicita la infinita misericordia del Dios, que perdona a los humildes y castiga nuestro orgullo rebelado.

salió a tomar jornaleros para su viña; y ajustándose con ellos por un denario por día, los envió a su viña. Saliendo después cerca de la hora tercera (o de tercia), se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Y habiendo vuelto a salir cerca de la hora de sexta y de la hora de nona, el padre de familias hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca , porque yo soy bueno? -Así, los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos».

». El precio de un jornal de trabajo que comenzaba a las seis de la mañana, y que concluía a las seis de la tarde, era en la época evangélica un denario o diez y seis ases romanos, que

representaban cerca de 0,80 c. de nuestra moneda actual. Deben tenerse aquí en cuenta dos elementos que modifican el resultado de la comparación que se quisiera hacer entre la exigüedad de semejante remuneración y el precio actual de la mano de obra entre nosotros. Por una parte, los géneros de primera necesidad eran proporcionalmente menos caros, pues sabido es que lo que eleva el precio de todas las mercancías, es la abundancia de valores de oro y de plata. Por otra parte, se trata aquí de un trabajo campesino, menos retribuido en todas partes que el de una industria propiamente dicha, que supone un aprendizaje preparatorio, y que se ejerce por lo común en medio de las ciudades, en las que todo lo que se refiere a la vida material exige gastos más considerables. No ha mucho tiempo aún que en Francia, en las provincias vinícolas, las bandas de trabajadores que cubren las colinas en la época de las vendimias, recibían por todo un día de trabajo, un jornal inferior al de los viñadores del Evangelio. Tal es, pues, la explicación literal de la parábola. Es una escena familiar de la vida de los campos que expone Nuestro Señor Jesucristo en su real y viva sencillez. Es una página que no podía escribirse por un apócrifo Griego o Romano. Pero sobre la autenticidad, por decirlo así, flagrante del texto sagrado, ¡qué profundidad de la revelación divina! El Padre de familias, es Dios; la viña, la Iglesia; los operarios, son los hombres que están situados, antes de la vocación divina, en la plaza pública del mundo, en la ociosidad espiritual. El mayordomo del Padre de familias es el mismo Jesucristo, y el denario, la vida eterna. En todas las horas de la historia humana, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta los tiempos de Abraham, desde Abraham a Moisés, desde Moisés a Jesucristo, desde Jesucristo hasta nosotros, no ha cesado Dios de enviar operarios a su viña. Todo el trabajo social de la humanidad se ha verificado bajo esta acción providencial. La misma ley se aplica a las individualidades; unas son llamadas desde la aurora de la vida, otras en la época de la adolescencia o de

(o en los tormentos), levantando los ojos, vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno y clamó diciendo: Padre mío, Abraham, compadécete de mí, y envíame a Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. -Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males, y así, éste ahora es consolado y tú atormentado; además de que entre nosotros y vosotros hay de por medio un abismo insondable, de suerte que los que aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá. -Entonces dijo el rico: Ruégote, pues, ¡oh Padre! que envíes al menos a Lázaro a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos para que les advierta de esto, y no les suceda el venir también a este lugar de tormentos. -Replicole Abraham: Tienen ».

. Esta María era aquella ».

». -«Creemos, dicen hoy nuestros literatos, que aconteció en Bethania algo que se tuvo por una resurrección. La familia de Lázaro pudo ser inducida, casi sin advertirlo, al acto importante que se deseaba. Tal vez el ardiente deseo de cerrar la boca a los que negaban

injuriosamente la misión divina de su amigo, arrastró a estas personas apasionadas más allá de todo límite». -«Un solo Evangelista, decía Woolston, ha hablado de la resurrección de Lázaro. ». -«A la distancia en que nos hallamos del suceso, repite la joven crítica, y en vista de un solo texto que ofrece señales evidentes de haberse ideado artificialmente, es imposible decidir, si es todo ficción en el suceso de que se trata, o si aconteció en Belén un hecho real y efectivo que sirviera de base a los rumores divulgados». Es, pues, «un hecho muy real en el presente caso» el paralelismo entre los dos lenguajes, y podría, sin la menor apariencia de milagro, «considerarse como una resurrección».

». Pero por lo menos hubiera sido necesario que hubiese estado Jesús en Bethania; y hacía dos meses que había pasado Jesús el Jordán, siendo verosímil que ignorase el mensajero que se le enviaba en qué región de la Perea le encontraría. ¡Extraño modo de confabularse, separándose por el tiempo y por el espacio! La Judea no tenía muchos de los medios de comunicación actuales, no conociéndose entonces el vapor y el telégrafo. », sino que recorría a pie todas las provincias de Palestina, se hallaba tan lejos de Marta y de María en esta circunstancia, como París lo está en el día de Londres. Pero aun hay más. Si se hallara a peso de oro un malvado que quisiera consentir en hacerse encerrar en un féretro y en dejarse sepultar vivo, para la mayor gloria de un charlatán de baja estofa, lo más que de él se podría conseguir, sería que se prestase por algunas horas a esta fúnebre farsa. Pero inténtese que se preste a permanecer cuatro días envuelto en su sudario, y por consiguiente, sin poder tomar alimento, bajo la losa de un sepulcro, y harán resonar sus gritos de furor todos los ecos del contorno, antes que haya terminado el primer acto de esta comedia. Así, pues, ¿es posible creer que hiciera de buena voluntad y como por vía de juego, Lázaro, que era uno de los hombres más ricos de Bethania, uno de los hombres más conocidos de Jerusalén, lo que no hubiera hecho entre nosotros el más miserable de esos seres desgraciados que populan en los grados inferiores de nuestra civilización moderna? Entre nosotros el sudario funeral es un tejido muy elástico, que no intercepta el aire respirable, y que permitiría, en caso necesario, ciertos movimientos indispensables para vivir; pero entre los Judíos estaba herméticamente cubierta con el sudario la cabeza del muerto; y sus miembros ligados con fajas muy apretadas que paralizaban todos sus movimientos, reduciendo el cuerpo al estado de una momia. Si Lázaro, lleno de vida, se hubiese dejado agarrotar de esta suerte, no hubiera indudablemente vivido una hora; y no obstante, según vuestra hipótesis, ¿había de haber aceptado Lázaro voluntariamente, por espacio de cuatro días, este horrible suplicio, habiendo sobrevivido a él? Cualquiera que tenga sentido común comprenderá, que si hubiera podido concebir Lázaro la idea de semejante impostura, hubiese esperado para comenarla, a que hubiera entrado su resucitador en Bethania, dispuesto a sacarle de tan arriesgada posición.

como a unos quince estadios de Jerusalén. Y habían ido muchos Judíos a consolar a Marta y María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sin embargo, sé que aún ahora te concederá Dios todo lo que le pidieres. Díjole Jesús: Tu hermano resucitará. Bien se que resucitará, respondióle Marta, en la resurrección universal, que será el último día. Jesús replicó: Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? ¡Oh! Señor, dijo ella, sí que

lo creo, y que tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. -Y habiendo dicho esto, volvió a su casa y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: Ha llegado el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente, y fue a encontrarle; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Y los Judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al ver a María levantarse tan pronto, y que salía, la siguieron diciendo: Ésta va al sepulcro a llorar. -María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, luego que le vio, se echó a sus pies, y le dijo: ¡Señor! ¡Si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano! -Jesús al verla llorar, y llorar también los Judíos que habían venido con ella, estremecióse en su alma, y »

; pues no bien era llevado el cadáver al sepulcro, lo cual se verificaba tres horas después de la muerte, se sacaban todas las sillas y lechos para evitar las impurezas legales que podría ocasionar el contacto de estos objetos. Al volver de la fúnebre ceremonia, sentábanse en tierra todos los miembros de la familia, cubierta la cabeza con un velo y con los pies desnudos; los parientes, amigos y vecinos formaban círculo a su alrededor, y respondían a sus quejas con palabras consolatorias. Durante los tres primeros días, se iba al sepulcro a visitar el cadáver. «Los Judíos, dice Sepp, creían que revoloteaba el alma durante tres días alrededor de su despojo mortal, para volver a entrar en él; pero que lo abandonaba definitivamente, cuando comenzaban a manifestarse las señales de descomposición». Esta creencia, fruto de la leyenda, no es otra cosa, según la observación del doctor Iahn, que la traducción en lenguaje popular, de la admirable legislación de Moisés relativa a los funerales. Para evitar las horribles consecuencias de las inhumaciones precipitadas, dejando a salvo el interés general de la salud pública, en un clima en que son tan peligrosas las emanaciones pútridas, estaba prohibido que pudiera permanecer el cadáver en lugar habitado; pero debía visitarse durante los tres primeros días el sepulcro de familia, donde se le trasladaba inmediatamente después de la muerte; y no se sellaba definitivamente la piedra, hasta que se consignaba la muerte por las dos señales menos equívocas, la descomposición cadavérica y su olor fétido. Al final, el tercer día, se cerraba, pues, para no volverla a abrir, la entrada del monumento fúnebre. Pero se prolongaba el luto de la familia todavía por cuatro días, durante los cuales se acudía a orar y a llorar

. Un impostor no hubiera pensado siquiera en sentarse en semejante caso. Pero tal vez Jesús avisó a las dos hermanas para que viniesen inmediatamente a recibirle, con personas crédulas elegidas anticipadamente como testigos del futuro milagro. No. Sólo es avisada Marta de la llegada de Jesús. Sólo ella sale a recibirle; y su primer palabra echa por tierra todo el aparato de la invención racionalista «¡Señor, dice, si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano!» Una farsante hubiera dicho, deshaciéndose en lágrimas: ¡Señor, ven, pues, al fin a resucitar a mi hermano! Marta conoce tan poco el espíritu de su pretendido papel, que ni siquiera comprende el sentido de la respuesta que le da Jesús: «Tu hermano resucitará, dice»; y Marta,

».

». ¿Qué se ha hecho, en esta narración cercenada y dificultosa, del Jam foetet del Evangelista? Cuanto más habéis tratado de ocultarlo, más queremos verlo. ¿Acaso hería vuestra delicadeza esta circunstancia? ¿Habéis temido la susceptibilidad de un siglo

sobrado impresionable para soportar semejantes espectáculos? Sin embargo, según vuestra hipótesis, ha debido llenarse la tumba en que estuviera Lázaro encerrado durante cuatro días, de un olor tan fétido, que Marta, en beneficio de los asistentes, y por un sentimiento de respetuosa ternura por el mismo muerto, se opone a que se quite la piedra sepulcral. ¿Se comprende la posibilidad de vivir durante cuatro días en una atmósfera tan infecta? Hasta que se dé una explicación satisfactoria sobre el Jam foetet, ante el cual han retrocedido vuestra pluma y vuestra imaginación, no habéis hecho nada contra el texto evangélico. Por lo demás, no se hallan mejor aclarados los otros puntos que toca el racionalismo. ¿Qué decir, por ejemplo, de la «opinión popular, que quiere que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo?» Las afecciones del sistema nervioso son bastante frecuentes entre nosotros para que puedan estudiarlas todas las «comisiones de físicos y de químicos». Aún no hemos oído decir que haya hecho el menor milagro la epilepsia. ¿Dónde encontrar, por otra parte, la apariencia de una «convulsión» en la actitud de Jesucristo en la tumba de Lázaro? El divino Maestro «lloró». Lo advierte el Evangelio, porque Jesús, a quien jamás se vio reír, lloró dos veces solamente. La primera vez lloró la muerte individual de un hombre a quien iba a resucitar; la segunda, lloró ante la ceguera de un pueblo y de una ciudad que corrían a la muerte. No haber reído una vez, y haber llorado dos veces solamente, en treinta y tres años de vida, parece a nuestros racionalistas, síntoma evidente de una constitución tan nerviosa y de un organismo tan debilitado, que reconocen en él todas las señales

. «Si no hubo una resurrección en Bethania, díganos ¿por qué este pueblo destruido por los Romanos y que sobrevivió a esta primer ruina, ha cambiado su nombre histórico para llamarse: «Aldea de Lázaro?» ¿Por qué, si el Evangelio no es más que una leyenda, ha conservado la tradición con tal cuidado la memoria de Lázaro, y especialmente, por qué conserva el mismo sepulcro en este momento, después de tantos siglos de revoluciones, la forma exacta y precisa que le da el historiador sagrado? Los apócrifos, los escritores legendarios pueden inventar narraciones, pero no podrían crear ni monumentos, ni tradiciones locales.

que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación judía, sino también para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesús no se dejaba ver en público entre los Judíos, antes bien se retiró a un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efrén, donde moraba con sus discípulos. Y como estaba próxima la Pascua de los Judíos, muchos de aquel distrito fueron a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Los cuales iban en busca de Jesús; y se decían en el Templo unos a otros: ¿Qué será que aún no ha venido a la fiesta? Pero los Pontífices y Fariseos tenían ya dada orden de que si alguno sabía dónde estaba Jesús, le denunciase, para hacerle prender».

». El odio de los Samaritanos contra Jerusalén estalla aquí en toda su violencia. Niégase a Jesús la hospitalidad, únicamente porque se dirige hacia esta ciudad aborrecida. Los sentimientos de indignación de los Apóstoles se traducen en un lenguaje que debe admirar singularmente a nuestros racionalistas modernos. ¡Qué extraña proposición la de Santiago y de Juan! ¿Se concebiría, si no hubieran sido mil veces testigos de los prodigios obrados por su Maestro, que pudieran racionalmente dirigirle semejante palabra? Sin embargo, el buen Pastor que iba a dar su vida por sus ovejas, les atrae al verdadero espíritu de su vocación. «No he venido a perder las almas, sino a salvarlas». La mansedumbre del divino Maestro absuelve a la ciudad inhospitalaria; y en vez de tomar Jesús su camino por el territorio Samaritano, cambia de dirección y se vuelve a Jerusalén por el camino de Jericó, es decir, que arrostra ostensiblemente el peligro que le ha creado el reciente decreto del Sanhedrín, pues en el camino que recorre, podrán darle muerte legalmente todos los judíos, a él y a sus discípulos.

». Era la tercera vez que el Salvador del mundo revelaba tan explícitamente a los Apóstoles el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección. Sin embargo, a pesar de la claridad de semejante lenguaje, a pesar de la gravedad de las circunstancias en que se encontraban, persuadidos más y más los Apóstoles de la divinidad de su Maestro, rehúsan creer en la posibilidad de tantas humillaciones e ignominiosos suplicios. Obsérvese bien, ellos mismos son los que nos confiesan la obstinación de su credulidad sobre este punto. Sequentes timebant. La animosidad de los Judíos les consterna, respecto de sí mismos; pero en lo concerniente a Jesucristo, no sólo no imaginan tener el menor cuidado, sino que no comprenden ni aun la sencilla, clara y circunstanciada profecía que les dirige. ¿Qué idea tenían, pues, de Jesús los Apóstoles? Evidentemente, si no hubieran tenido la fe más firme y más indestructible en su divinidad, hubieran comprendido demasiado su predicción.

».

. El Talmud ha conservado igualmente la memoria de esta antigua familia. Hay, pues, motivo para creer que el Zaqueo del Evangelio era de origen hebreo. Pero al aceptar la desacreditada función de agente del fisco, había descendido de su clase y condición, según el reglamento farisaico, considerándose desde entonces deshonorado un Judío, en mantener con él otras relaciones que las puramente oficiales. He aquí por qué rehabilita Jesús al publicano, diciendo: «Este hombre es también un hijo de Abraham». El salvador no había encontrado nunca a Zaqueo, y no obstante, le conoce sin que nadie le nombre; le llama por su nombre al verle en el sicomoro, a donde había subido el Publicano para dar más altura a su poca talla. Así buscó la humanidad elevarse hasta Dios sobre los sicomoros de las religiones antiguas, sin poder llegar a las alturas celestiales. Era preciso que el Verbo Encarnado

, diciéndoles. Negociad con ellas hasta mi vuelta. -Es de saber, que sus naturales le aborrecían; y así, despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos a ése por nuestro rey. -Mas habiendo tomado posesión del reino, volvió e hizo llamar los criados a quienes había dado su dinero, para informarse de lo que había negociado cada uno. -Vino, pues, el primero y dijo: Señor, tu mina ha adquirido diez minas. Y el Señor le dijo: Bien

está, buen criado, ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha dado cinco minas. Dijo asimismo a éste: Tú tendrás también el gobierno de cinco ciudades. Vino otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina que he guardado envuelta en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre de un natural duro y austero, tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado. -El príncipe respondió: ¡oh mal siervo! por tu propia boca te condeno: sabías que yo soy un hombre duro y austero, que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado: ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que yo en volviendo lo recobrase con los intereses? Por lo que, dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, ».

». Esto es correcto como una lección de profesor a un escolar de vigésimo Orden; el cinismo del sacrilegio afecta aquí los aires del pedantismo más estirado, en su proverbial ignorancia. Perdónenos por esta vez la explosión de un sentimiento que hemos podido comprimir hasta aquí, en ciertos límites. Pero si es permitido a un retórico ultrajar así al Dios de los cristianos y al hombre más grande de la historia para los mismos racionalistas, debe permitirse la indignación a un cristiano que adora a Jesús como Dios, y que le encuentra, como hombre, superior a todo cuanto puede concebir la humanidad. Y ahora, diremos al sofista, ¿habéis leído por acaso la parábola de las diez Minas de plata? ¿La habéis comprendido? ¡Qué inverosimilitud en el tema evangélico! Parte un pretendiente a recibir la corona en una región extranjera, y le envían los habitantes mismos del país una embajada encargada de decirle: «¡No queremos que este hombre reine sobre nosotros!» El nuevo emperador de Méjico parte en este momento para sus remotos Estados, ¿cómo imaginar que alarmada la Alemania, le haga seguir a su futura capital de una diputación que le diga: la Alemania no quiero que el archiduque Maximiliano suba hoy al trono de Viena? No es posible que cupiera semejante concepción política en la cabeza de un demente. Tal es, no obstante, dicen los racionalistas, la idea de la Parábola. Los compatriotas del pretendiente del Evangelio son realmente los que protestan contra él, cuando deberían, por el contrario juzgarse sobrado felices en verse desembarazados de su odiosa presencia. Es inexplicable el paso que dan; y no obstante, el pretendiente. Ya hemos trazado más arriba este episodio. Las circunstancias eran críticas. La degollación de los tres mil Hebreos bajo los Pórticos del Templo, mandada por Arquelao, había levantado un grito de indignación en toda la Palestina. Por todas partes se hallaba armado el pueblo. Arquelao, antes de su partida, había confiado sus tierras, sus bienes muebles y los tesoros de su padre a algunos amigos y servidores fieles, entre los cuales nombra Josefo al oficial Filipo, que defendió, durante la ausencia del príncipe, con riesgo de su vida, las sumas que se le habían entregado, contra la rapacidad de Sabino, gobernador de Siria. Estos pormenores históricos son el comentario vivo de las palabras del Evangelio: «Habiendo llamado a diez de sus criados, entregó a cada uno una mina, diciendo: negociad con ellas hasta que yo vuelva». Sin embargo, una diputación de cincuenta Judíos había seguido a Arquelao a Roma. Agregaron a ella los ocho mil Hebreos fijados en la capital del mundo, y todos juntos se postraron a los pies de Augusto, suplicándole ». Tal es el discurso que pone el historiador Josefo en boca de los embajadores judíos. La Parábola lo resume en una fórmula más concisa y no menos enérgica: «No queremos que reine este hombre sobre nosotros». Sabido es que la política imperial, sin consideración a la protesta de todo un pueblo, confirió al pretendiente el título de Etnarca de la Judea. Arquelao volvió, pues, como señor irritado, a un país que entregaba a su tiranía la investidura concedida por César. Sació de riquezas y

de honores a todas sus hechuras, haciendo caer sobre el partido de la oposición todo el peso de su resentimiento y de sus venganzas, hasta que acarrió la misma exageración de sus crueldades su propia ruina y la de la nacionalidad hebraica. Por eso en la Parábola le hace decir el Salvador: «¡Tú sabías que yo soy un Señor implacable que tomo lo que no he depositado, y que siego lo que no he sembrado!»

». Nuestros literatos se lisonjean de haber resumido imparcialmente este hecho evangélico en las tres líneas siguientes: «Al salir de la ciudad el mendigo Bartimeo le dio sumo gusto, llamándole obstinadamente 'Hijo de David', no obstante intimársele que callara».

, continúa el Evangelista, volvió Jesús a Bethania, donde había muerto Lázaro, a quien resucitó Jesús. Durante su permanencia allí, le dispusieron una cena en casa de Simón el Leproso. Marta servía y Lázaro era uno de los , se acercó al triclinio en que estaba reclinado Jesús, quebró el vaso de alabastro y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungiendo también sus pies, que enjugó con sus cabellos, y se llenó la casa de la fragancia del perfume. Indignáronse algunos de sus discípulos de esta profusión, y Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, aquel que había de entregar a su Maestro, dijo: ¿Para qué esta prodigalidad de un perfume que se hubiera podido vender en más de trescientos denarios para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa, quitaba el dinero que entraba en ella. Pero Jesús, conociendo estos murmullos, les dijo: ¿Por qué censuráis a esta mujer? La obra que ha hecho conmigo, es buena y laudable; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien (o darles limosna) cuando quisierais; mas a mí no me tendréis siempre. Al verter sobre mí este perfume, se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria o alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer».

. Si no hubo resurrección en Bethania, si jamás curó Jesús leprosos, ni verificó un solo milagro, todo esto es ininteligible. Sin embargo, el texto del Evangelio lleva en cada línea un testimonio irrecusable de veracidad. Supóngase que se quiere ofrecer hoy un festín a un huésped distinguido; ¿quién pensaría nunca en derramar sobre su cabeza, en medio de la comida, un unguento perfumado? Entre los Judíos era costumbre en los banquetes solemnes, ungir de esta suerte la cabeza del Rabbi que los presidía. María Magdalena celebra la llegada del divino Maestro como el acontecimiento más feliz. La acción espontánea de Magdalena . Sin embargo, María Magdalena quiebra el vaso precioso: Fracto alabastro. Era costumbre judaica en los festines suntuosos, romper un vaso de valor; acción simbólica que debía recordar a los convidados la fragilidad humana y la corta duración de los goces o alegrías de la vida. En esta circunstancia, la copa quebrada en Bethania tenía una significación que determina aun más el mismo Jesús. Mientras murmura Judas, el ladrón y el traidor, de esta prodigalidad, llama el Salvador la atención de los oyentes sobre su muerte próxima. Anuncia que María no podrá tributarle otros deberes sepulcrales que este embalsamamiento anticipado; y añade, que no perderá jamás el mundo la memoria de este acto de adicta y respetuosa ternura. Profecía dupla, que se verifica en su primer parte con ocho días de intervalo, y en su segunda parte se efectúa aun a nuestra vista, y no ha cesado de realizarse en un período de diez y ocho siglos. La Iglesia Católica celebra la

piEDAD de Magdalena, la perpetúa en su seno, y no cesa de derramar preciosos perfumes a los pies del Dios de la Eucaristía.

. «Tal fue la sentencia de excomuniÓN pronunciada por el Sanhedrín contra Lázaro. El Talmud refiere, dice el doctor Sepp, que al día siguiente de la llegada de Jesús a Bethania, habiéndose divulgado esta noticia por Jerusalén, envió allí el Gran Consejo a dos de sus miembros, Ananías y Azarías, con el fin de tenderle ».

, dice el Evangelista, acercándose Jesús y sus discípulos a Jerusalén, luego que llegaron a la vista de Bethphagé al pie del Monte de los Olivos, despachó Jesús a sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que se ve en frente de vosotros, y a la entrada encontraréis un jumentillo en el cual nadie ha montado hasta ahora, atado junto a su madre. Desatadlos y traédmelos. Y si alguno os pregunta ¿por qué le desatáis? contestad: El Señor lo ha menester; y al instante se os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: Decid a la hija de Sión: mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino». Los dos discípulos hicieron lo que Jesús les mandó, y hallaron el pollino atado junto a su madre ante la puerta de Bethphagé en la confluencia de dos caminos; y estando desatándole, algunos de los que estaban allí, les dijeron: ¿Qué hacéis? ¿Por qué desatáis ese pollino? Lo necesita el Maestro, contestaron los discípulos, conforme a lo que Jesús les había mandado, y se lo dejaron llevar. Y trajeron el pollino a Jesús seguido de su madre, y habiéndolos aparejado con los vestidos de ellos, montó Jesús en él. Entre tanto la multitud que acudía de Jerusalén para la fiesta de Pascua, habiendo sabido que llegaba Jesús, salió de la ciudad llevando ramos de palmas en las manos, y fueron a su encuentro, exclamando: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre el Señor! Y las gentes tendían sus vestidos por el camino y cortaban al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llegar ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! -Algunos de los Fariseos que iban entre la gente, dijeron a Jesús: ¡Maestro, haz callar a tus discípulos RespondiÓles él: En verdad os digo, que si éstos callan, las mismas piedras prorrumpirán en aclamaciones. -Al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que a te son enviados; cuantas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido. ¡Ah! si por lo menos conocieses en este día que se te ha dado lo que puede atraerte la paz o felicidad; mas ahora, está todo ello oculto a tus ojos. ¡Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos, te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre -Después de haber hablado así, continuó su camino. Entrado que hubo en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo muchos: ¿Quién es éste? -A lo que respondían las gentes: ¡Éste es el Profeta Galileo, Jesús de Nazareth! -Así fue como hizo el Señor su entrada en el Templo. Y al llegar a él, echó fuera a todos los que vendían allí y compraban, y derribó las mesas de los banqueros o cambiantes y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones. - Al mismo tiempo le fueron conducidos varios cojos y ciegos que estaban en los pórticos del Templo, y los curó. Los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas buscaban el medio de perderle, pero temían atacarle, porque le demostraba su admiración la multitud. Testigos, pues, de las maravillas que hacía y oyendo a los mismos niños aclamarle en el Templo,

diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David, le dijeron: ¿Oyes estas aclamaciones? Jesús les respondió: Sí, por cierto. Pues ¿qué no habéis leído jamás la profecía: De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la más perfecta alabanza? «Si estos niños callaran las mismas piedras hablarían. -Y siendo ya tarde, salió Jesús de la ciudad de Bethania».

». La resurrección de Lázaro había sido, pues, para la multitud, la última y solemne demostración de la divinidad de Jesús. Después de este prodigio patente e irresistible, desaparecen todas las anteriores vacilaciones. ¡Jesús es el Mesías, el heredero del trono de David, el verdadero rey de Israel! Sin embargo, no era Lázaro el único a quien hubiera resucitado de entre los muertos el divino Maestro. La hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín, vueltos a la vida con una palabra del Salvador, habían demostrado hacía largo tiempo a toda Judea el divino poder de Jesús. Pero las circunstancias de las dos anteriores resurrecciones, el sitio en que se habían verificado, las personas que habían sido su objeto, no ofrecían igual notoriedad ni el mismo carácter solemne. La hija del oficial de Cafarnaúm se hallaba aun en el lecho de muerte en que acababa de exhalar el último suspiro, cuando la reanimó la voz omnipotente de Jesús. El hijo de la viuda de Naín no había entrado todavía en posesión de su tumba, «de la casa de su eternidad», como decían los Judíos, cuando se levantó del féretro a la orden de Nuestro Señor. Ya hemos dicho que los Hebreos creían, que el alma revoloteaba durante tres días alrededor de sus mortales despojos, para volver a entrar en ellos, y que los abandonaba definitivamente cuando comenzaban a manifestarse señales de descomposición en el cadáver. La consignación oficial de la muerte requería, pues, tres días; he aquí por qué no se cerraba sin remisión el monumento fúnebre hasta que trascurría este plazo. Por esta misma razón quiso sin duda el Salvador del mundo resucitar

el mismo día tercero después de su muerte. Verdaderamente las condiciones bajo las cuales se verificó la resurrección de Lázaro realzaron a los ojos de los Judíos lo pasmoso .

. ¿Y que diré?, ¡Oh Padre, líbrame de esta hora! Mas no; que para esa misma , que el Cristo debe vivir eternamente ¿pues cómo dices que debe ser levantado en alto (o crucificado) el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre de quien hablas? -Respondioles Jesús. La luz aún está entre vosotros por un poco tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, que quien anda entre tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz. Mas con haber hecho Jesús tantos milagros delante de ellos, no creían en él, de suerte que vinieron a cumplirse las palabras que dio el profeta Isaías: ¡Oh Señor! ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿y quién reconoció el poder de vuestro brazo?» Por eso no podían creer, y su obstinación realizaba esta otra predicción de Isaías: El Señor cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean y no perciban en su corazón, por temor de convertirse y de que yo los cure!» Esto dijo Isaías cuando vio anticipadamente la gloria del Cristo, y predijo su advenimiento. No obstante, hubo aun de los magnates que creyeron en él; mas por temor de los Fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la Sinagoga. Y es que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Jesús, pues, alzó la voz y dijo: Quien cree en mí, no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que a mí me ve, ve al que me envió». Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas. Que si alguno oye mis palabras y no las observa, yo no le doy la sentencia, pues no he venido (ahora) a juzgar al mundo, sino a salvarle. Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue; la palabra que yo . - Después de haber hablado así, habiéndose hecho tarde, los dejó, y saliendo de la ciudad se fue a Bethania con los doce».

y San Marcos por la Fenicia, la Siria y las provincias Árabes. Pero, ¿por qué, puesto que se halla a la sazón el divino Maestro en el Templo, por qué tienen estos extranjeros necesidad de recurrir a la intervención de Felipe, uno de los Apóstoles? Este pormenor, que nota de paso un escritor sagrado, es también una prueba de autenticidad intrínseca. Los «extranjeros» no podían traspasar el recinto del Atrio, llamado con su nombre «Atrio de los Gentiles». Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo enseñaba entonces a la multitud en el «Atrio de los Judíos», adonde no podían entrar los extranjeros. Los «Helenos» se dirigen, pues, al Apóstol Felipe para obtener el favor de «ver a Jesús». La » que vamos a reproducir íntegros.

. Me escribís para que vaya a vuestra corte. Pero tengo que cumplir aquí todas las cosas para que he sido enviado; y después que sean cumplidas debo volver a Aquel que me envió. Cuando haya subido a su lado, os enviaré uno de mis discípulos para que os cure de vuestra enfermedad y abra para vos y para los que os rodean el camino de la vida».

, no cesó de preocupar el mundo sabio en Italia, en Inglaterra y en Alemania.

». Avagair reconoció el dominio eminente de Roma, pero conservó su independencia relativamente a las pretensiones de Herodes el Idumeo, y más adelante, de Herodes el Tetrarca, a los cuales hizo la guerra con buen éxito. Unido su ejército al de Aretas, hizo sufrir al matador de San Juan Bautista la sangrienta derrota de Maqueronta. En una expedición a Persia, restableció en el trono de este país al rey Artases, a quien querían sus hermanos arrebatarse la herencia paterna. Esta intervención acrecentó su influjo. Herodes Antipas, el mismo Pilatos, en cualidad de gobernador de Judea, acriminaron la conducta de Avagair. Sus acusaciones, llevadas a la corte de Tiberio, presentaban al rey de Armenia como un ambicioso, dispuesto a sacudir el yugo imperial, y apoyando en los estados vecinos una política hostil a los intereses de Roma. «En aquel tiempo, dice Moisés de Corene, gobernaba la Fenicia, la Palestina, la Siria y la Mesopotamia el tribuno de César Marino. Avagair diputó a su lado dos de sus oficiales, Marihab, gobernador de Alznia, y Samsagram, príncipe de la Apahunia, a los cuales agregó su fiel Anano. Estos diputados debían exponer al Procónsul los verdaderos motivos de la expedición de Persia, y entregarle una copia del tratado verificado entre Artases y sus hermanos. Los embajadores

». El Salvador, pues en esta época y en las circunstancias en que se hallaba, rehusó acceder a la invitación del rey, pero se dignó contestarle en estos términos:

.

».

. Finalmente, la tradición que atestigua que jamás escribió nada Jesús, se halla confirmada de un modo admirable por el texto de Moisés de Corene. Anteriormente, los defensores de Eusebio respondían a la objeción de los adversarios con una conjetura muy plausible, diciendo: Nada hay en la contestación a Agbar, reproducida por el Obispo de Cesarea, que pruebe que se trata de una carta autógrafa.

».

». La nueva crítica

». Semejante argumento no tendría absolutamente valor en París, en Londres o en Berlín. Pero en Jerusalén

.

. Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios, y se dará a una gente que dé sus frutos. Y el que cayese sobre esta piedra, se hará pedazos, pero a aquel sobre quien ella cayere, le reducirá a polvo. Y habiendo oído los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos estas parábolas de Jesús, comprendieron que hablaba por ellos, y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; porque le tenía por un profeta».

».

».

. Al introducir los servidores a los convidados al festín parabólico, habían tenido cuidado de ofrecer a cada uno de ellos la túnica de honor o «traje nupcial». El desdichado que se descuidaba de revestirse con ella, insultaba voluntariamente la noble hospitalidad que se le ofrecía. He aquí por qué lo hace el rey «arrojar a las tinieblas exteriores». Ya hemos tenido ocasión de observar, que el festín nupcial en Judea se verificaba durante la noche, a la luz de lámparas encendidas. «Las tinieblas exteriores» de la parábola, se refieren, pues, a la brusca transición que hace pasar al convidado, expulsado de esta suerte, de las luminosas claridades del salón del festín, a la sombría noche que reina en lo exterior. Pero bajo el sentido literal de

, que hiciesen de los hombres de bien o justos para cogerle en falta en sus respuestas, a fin de entregarle al Sanhedrín y al tribunal del Gobernador. Eligieron, pues, algunos Fariseos discípulos suyos con algunos Herodianos. Éstos dirigieron a Jesús esta pregunta: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de la ley de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas: dínos, pues, qué te parece de esto: ¿es o no lícito a los Judíos pagar tributo al César? -A lo cual Jesús, conociendo su perverso ardid, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? -De César, respondieron ellos. -Dad, pues, al César lo que es del César, dijo, y a Dios lo que es de Dios. -Y no pudiendo censurar esta respuesta delante del pueblo, antes bien, admirados de ella, guardaron silencio y se retiraron».

». Tratemos de hacer resaltar la increíble candidez que hay en esta interpretación racionalista. Supongamos que hoy fuese la tasa de la capitación, o como se diría en lenguaje fiscal, la cuota personal de cada francés un franco. Si pasase en París la escena Evangélica, y quisiera ver Jesús una moneda de este valor, podría suceder que se lo presentara una moneda con la efigie de un monarca extranjero, de un soberano decaído, o de alguna república enterrada. No sería, pues, exacto entre nosotros el raciocinio que quería basar Jesús en el Numisma census, sino con la condición de hallar casualmente una moneda acuñada con la efigie del soberano actual; y como la política inconstante multiplica desgraciadamente en nuestro país los cambios de gobierno, no significa nada la efigie de la moneda, sino que lo es todo el valor intrínseco del metal. No era así en Jerusalén en la época Evangélica. El fisco romano no aceptaba en pago del impuesto más que la moneda romana, mientras que los Judíos no se servían para sus transacciones privadas, y para la tasa o tarifa del Templo, más que de la moneda nacional. He aquí por qué volvemos a hallar en cada página del Evangelio la mención de los cambiantes que especulaban a un tiempo mismo con el fisco romano y con la patriótica preocupación de los Hebreos. El signo de la

decadencia, la señal de la servidumbre judía era, pues, realmente entonces la efigie de César, que imponía a los hijos de Jacob su moneda y el censo. Así, pues,

». Es el caso que había entre nosotros una familia compuesta de siete hermanos. El primero, o mayor, tomó mujer, y murió sin hijos: casó con ella el segundo y murió también sin hijos: la tomó el tercero, y así todos siete, y todos murieron sin dejar sucesión. En fin, » Y en verdad que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. Luego estáis vosotros en un grande error. Algunos Escribas habiéndole oído hablar así, le dijeron: Has respondido bien, Maestro. Y el pueblo estaba asombrado de su doctrina».

. Así, el Pentateuco era el único libro de la Escritura, cuya inspiración admitiesen, desechando todos los demás. El pasaje del Deuteronomio que invocaban en favor de su grosero materialismo, les parecía decisivo. El divino Maestro reconocía su buena fe. Así que, no les dice, como a los Fariseos: «Hipócritas; »

Pues si David llama a Cristo su Señor, ¿cómo puede ser Cristo hijo de David? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo ya quien desde aquel día osase hacerle más preguntas. Y el numeroso auditorio le oía con gusto». La última prueba de los Fariseos para «tentar» a Jesús, después que le oyeron rechazar las proposiciones de una secta rival, ofrece el mismo carácter de perfidia y malignidad que marcaba sus interrogaciones precedentes. La primera y la más grande enseñanza de la revelación a los ojos de todos los Judíos, era ésta: «Escucha, Israel, Jehovah, Dios tuyo, es el solo Dios». Esta palabra se hallaba inscrita en los filacterios que llevaban los Hebreos en las sinagogas, en la frente y en la mano izquierda, sin que la

y multiplican las orlas de su manto. Gustan de ser saludados públicamente a su paso; quieren las primeras sillas en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes que los hombres les den el título de Maestros. Vosotros por el contrario, no habéis de querer ser saludados como Maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco debéis llamar a nadie sobre la tierra vuestro padre, pues uno solo es vuestro verdadero Padre, el cual está en los cielos. Que el mayor de entre vosotros, sea ministro o criado vuestro. -Habiendo hablado así Jesús, se sentó frente al arca de las ofrendas (Gazophylacium), y observaba cómo la gente echaba en ella sus ofrendas. Muchos ricos echaban muchas monedas de plata. Vino también una viuda pobre, la cual echó solamente dos pequeñas monedas de cobre, de valor de un cuarto de as; y entonces, convocando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás, han echado algo de lo que les sobraba, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, y el único recurso que le quedaba. -Después de haber hablado así, salió del Templo».

». Tal es la fórmula que resume, según ellos, con una rigurosa fidelidad, todo el relato Evangélico, y cuando hace el Salvador un elogio tan conmovedor de la pobre viuda que deposita el óbolo de su indigencia en el Gazophylacium, exclaman los racionalistas, siempre con la misma suerte en su interpretación: ¡Era enemigo mortal de las prácticas de los de devotos!» Mientras el divino Maestro descendía por última vez las gradas de la Montaña Santa, le mostraban sus discípulos, continúa el Evangelio, la magnificencia de la fábrica. ¡Qué piedras tan preciosas! ¡Qué riqueza de adornos! decían. -Maestro, dijo uno de

ellos, mira qué enormes piedras y qué fábrica tan asombrosa. Jesús le dio por respuesta: ¿Veis toda esa gran fábrica? ¡Pues en verdad os digo, que llegará día en que de tal modo será destruida, que no quedará de ella piedra sobre piedra! Después, habiendo llegado al Monte de los Olivos, se sentó en frente del Templo, y le preguntaron aparte Pedro y Santiago y Juan y Andrés: Maestro, ¿cuándo sucederá esa ruina y cuáles serán las seriales precursoras? -Jesús respondió: Oiréis rumores de guerra y el tumulto de sediciones y el estrépito de las armas: no hay que turbaros por eso; que si bien han de acaecer estas cosas, no serán todavía el fin. Es verdad que se levantará nación contra nación y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres y terror por do quiera y siniestros presagios. Empero todo esto aun no será más que el principio de los dolores. Pero antes se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y os encerrarán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los tribunales para ser puestos en los tormentos; y seréis presentados por causa de mí ante los gobernadores y los reyes, lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio de mí. Por tanto; grabad esto en vuestros corazones. Cuando os lleven a sus tribunales, no debéis discurrir de antemano lo que habréis de responder, sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance, pues yo pondré en vuestros labios una elocuencia y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Porque no seréis entonces vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano hará traición a su hermano; y el padre a su hijo invadido el Lugar Santo (el que lea esto nótelo bien), entonces los que moran en Judea huyan a los montes, y los habitantes abandonen este país, y los de las regiones extranjeras no traten de entrar en él. Porque aquellos días serán los de la venganza, y todas las palabras del Profeta se cumplirán. Ay de las mujeres que estén en cinta o criando en aquellos días. Rogad, pues, a Dios que vuestra huida no sea en invierno o en sábado (en que se puede caminar poco); porque será tan terrible la tribulación entonces cual no la hubo ni habrá jamás semejante. Pues este país se verá en grandes angustias, y la ira de Dios descargará sobre este pueblo. Parte morirán al filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los Gentiles hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse. Si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, nadie se salvaría de este desastre; mas en gracia de los escogidos que él eligió, Dios los ha abreviado».

». He aquí por qué refiere, sin duda, Eusebio, «que al acercarse Tito y sus legiones, todos los cristianos que habitaban la Palestina, guiados por el oráculo divino, abandonaron en masa este país, y se refugiaron más allá del Jordán, en las montañas de Galaad». Hay por otra parte en esta profecía, rasgos que no hubiera podido añadir una mano apócrifa. ¿Quién hubiera podido escribir, después de la ruina de Jerusalén por Tito, que los Judíos no volverían a constituir nunca su nacionalidad en el suelo de su patria, que permanecerían dispersos entre todos los pueblos; y que la ciudad de Dios «sería aplanada por el talón de las razas extranjeras hasta que se completara la era de las naciones?» Sin embargo, así es. La planta de los hijos de Mahoma aplana hoy día a Jerusalén; otros cien vencedores han precedido a los actuales tiranos, y les sucederán tal vez. Jamás han vuelto ni volverán a entrar los Judíos como señores en la tierra de sus abuelos.

hasta que se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán».

, sino sólo mi Padre. Estad, pues, alerta, velad y orad, ya que no sabéis cuándo será el tiempo. Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones (o entendimientos) con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día, que será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos los males venideros, y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre. Acontecerá como al padre de familia, que estando para emprender un largo viaje, confió su casa a sus criados, y mandó al portero que velase. Velad, pues, también vosotros, porque ignoráis cuándo vendrá el dueño, si a la tarde o a la media noche, si al canto del gallo o al amanecer, no . De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes; pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron profundamente dormidas. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis a los que lo venden y compréis el que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor! ¡Señor! ábrenos. Pero, el esposo les respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco. Así que, velad vosotros, porque no sabéis ni el día ni la hora».

».

».

, uno de los doce Apóstoles, el cual se fue a encontrar a los Príncipes de los Sacerdotes, ofreciéndoles entregarles a Jesús. Y se puso a tratar con ellos y con los magistrados del Templo sobre la manera de entregarle. ¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos? -A estas palabras se colmaron de alegría y se convinieron con él en darle más adelante cierta suma de dinero, entregándole desde luego treinta monedas ».

con el servicio que va a prestar, y con el gozo que excita su proposición en la asamblea: Promiserunt ei pecuniam se daturos. Sin embargo, no le entregan anticipadamente más que treinta monedas de plata. Constituerunt ei triginta argenteos, cerca de doscientos reales de nuestra moneda. Apenas era el precio de un esclavo fuera de edad. Y ésta fue la suma que en otro tiempo recibieron los hermanos de Josef. No impedía el odio a los ancianos del Sanhedrín calcular sus intereses, así que especulaban con la codicia del traidor, y bajo un doble punto de vista, creyeron que era buen negocio para ellos.

. Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amo hasta el fin. Cuando estuvo dispuesta la cena pascual, aquel en cuyas manos había puesto el Padre .

».

. Pero no lleva los labios a la bebida mosaica, y variando la fórmula ordinaria, anuncia el fin de la Ley Antigua y el advenimiento de la Nueva. «En verdad os digo, no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva, en el reino de Dios». Después de la Eulogia de la copa, el presidente del festín pascual tomaba, según el precepto de la ley, las lechugas silvestres que mojaba en vinagre, y teniéndolas en alto con la mano derecha, decía: «Comemos estas amargas legumbres, en memoria de la amargura con que llenó Egipto la vida de los Israelitas nuestros abuelos!» Entonces comía como el tamaño de una oliva, dice el Talmud, de este desabrido alimento, imitándole todos los convidados. En seguida se traía una nueva copa de vino, dos panes ázimos y el Cordero pascual. El presidente de la comida tomaba uno de los panes con la mano derecha, y decía: Comemos este pan sin levadura, en memoria de . Todos estos pormenores del ceremonial judaico forman en el relato Evangélico un cuadro de autenticidad que nos dispensará de más amplios comentarios. Al vino de la liberación y al pan de la amargura, va a sustituir Jesús «el pan de los Ángeles y el vino que hace germinar las vírgenes».

».

. He aquí, en efecto, que se halla en esta mesa la mano del traidor. En verdad os digo, que uno de vosotros, uno de los doce que lleva conmigo la mano al plato me hará traición. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, según está escrito de él. Pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Más le valdría no haber nacido! Los Apóstoles afligidos sobre manera, empezaron cada uno de por sí a preguntar: ¡Señor! ¿soy yo acaso? Inmediatamente comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos podría ser el que tal hiciera. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado en la mesa, cerca del seno de Jesús. A este discípulo, pues, le hizo . -Judas, el traidor, preguntaba en aquel momento: ¿Soy yo acaso? Maestro. -Jesús respondió de modo que lo oyera sólo Juan: Tú lo has dicho. -Después, mojando un pedazo de pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote, del cual, después que tomó este bocado, se apoderó Satanás. Y Jesús le dijo en alta voz: Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo: porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús quería decirle: Compra pronto lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. -Judas, luego que tomó el bocado, se salió, y era ya de noche».

». Los Apóstoles comprendieron esta palabra en el sentido del advenimiento inmediato de Jesucristo. «¿Quién será el mayor en el nuevo reino? preguntaron entre sí. -Jesús va a

contestarles, y al confirmar por segunda vez el nombramiento hecho anteriormente del jefe futuro de la Iglesia, les recuerda las condiciones de la autoridad cristiana». «Los reyes de las naciones las tratan con imperio, dice; los que tienen autoridad sobre ellas se hacen dar títulos lisonjeros. No habéis de ser vosotros así: antes bien el mayor de entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierna sea como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es claro que quien está a la mesa? No obstante, yo que presido a esta mesa estoy entre vosotros ».

. -Pedro le dijo: ¿Por qué no puedo seguirte al presente? -Entonces le dijo Jesús: Todos vosotros padeceréis escándalo, y me abandonaréis, por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño». Mas en resucitando, yo os precederé a Galilea. Pedro, respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo, ni te abandonaré; yo daré por ti mi vida: Señor, estoy pronto a ir contigo a la cárcel y a la muerte. -Replicole Jesús: ¿Tú darás la vida por mí? ¡En verdad, en verdad te digo: esta noche antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces! Él, no obstante, se afirmaba más y más en lo dicho, diciendo: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré nunca. -Eso mismo protestaron todos los discípulos. Jesús les dijo: En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? -Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsillo llévele, y también alforja, y el que no tiene espada, venda ». «Se acerca mi fin». -Los Apóstoles comprendieron entonces que estaba a punto de empeñarse una lucha terrible. Señor, exclamaron, he aquí dos espadas. -Basta, respondió Jesús». En efecto, en manos de la Iglesia han bastado las dos espadas del poder espiritual y del temporal, para conquistar al mundo. Pero no debían emplearse una ni otra, a la manera que los conquistadores humanos: por eso reprime Jesús el belicoso ardor de los Apóstoles. «No se turbe vuestro corazón: pues creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas: voy a preparar lugar para vosotros. Después, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estuviere estéis también vosotros. Que ya sabéis a dónde voy, y sabéis asimismo el camino. -Díjole Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino? - Respondióle Jesús: Yo soy el camino y la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido a mí, hubierais sin duda conocido a mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habéis visto (en cierto modo). -Señor, preguntó Felipe; muéstranos al Padre y eso nos basta. Respondióle Jesús: Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y ¿aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre. Pues como dices tú, ¿muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? El Padre que está en mí, él mismo hace conmigo las obras que yo hago. Creed en las obras que habéis visto. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese mismo hará las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; porque yo voy al Padre, y haré todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre. Si me amáis, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os enviará otro Paráclito (consolador) para que esté con vosotros eternamente; a saber, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros. Aún resta un poco de tiempo, después del cual el . En adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el Príncipe de este mundo; en mí no tiene cosa alguna; pero es preciso que sepa el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado. Levantaos y salgamos de aquí».

, dejaron el Cenáculo, dirigiéndose hacia el Monte de los Olivos». Por el camino, mientras iban cruzando collados cubiertos de vides, continuó el divino Maestro hablándoles en estos términos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo cortará, y todo el que diere fruto lo podará para . Ahora me voy a Aquel que me envió. Y ninguno de vosotros me pregunta a dónde voy. Esta palabra de separación ha llenado vuestro corazón de tristeza. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Espíritu consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de estas tres grandes verdades: el pecado, la justicia y el juicio. ; os repito, pues, que lloraréis y plañiréis, y el mundo se alegrará. Os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le llegó su hora; mas una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón saltará de un gozo que nadie os podrá arrebatar. En verdad, en verdad, os digo, que cuanto pidierdes al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Ha llegado el tiempo en que os hablaré claramente del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo, y otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre. -Dijéronle sus discípulos. Ahora sí que hablas claro, y no por medio de parábolas: ahora conocemos que tú lo sabes todo, y creemos que has salido de Dios. - Respondioles Jesús: ¿Creéis ahora en efecto? Mirad que viene la hora, en que cada uno de vosotros se irá por su lado y me dejaréis solo, pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que halléis la paz en mí. En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza; yo he venido al mundo».

». Habiendo hablado así, en un lenguaje que sólo podía usar el Verbo encarnado, y que bastará hasta el fin de las edades para la felicidad de nuestra tierra «atravesó Jesús con sus discípulos el torrente Cedron».

, donde había un huerto perfectamente conocido del traidor Judas, porque el Señor solía retirarse muchas veces a él con sus discípulos. Jesús entró, pues, en él, y dijo a los Apóstoles. Sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. Orad vosotros también para no caer en tentación. Y llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a entristecerse y a angustiarse; y les dijo entonces: Mi alma está en una tristeza mortal: aguardad aquí, y velad conmigo. Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración y decía: ¡Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; no obstante, hágase tu voluntad y no la mía! En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y Jesús, postrándose en tierra, caído sobre su rostro, cayó en una verdadera agonía, y oraba con mayor intensidad: Abba, ¡Padre mío! decía, todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz, quítame esta copa de amargura, mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. -Y en aquel momento fue cubierto de un sudor como de gotas de sangre que caía hasta el suelo. Y levantándose de la oración, y viniendo a sus discípulos, hallolos dormidos por causa de la tristeza. Y díjoles: ¿Por qué dormís? ¡Levantaos y orad para no caer en tentación; que si bien el espíritu es esforzado, más la carne es flaca! Y dirigiéndose a Pedro, le dijo: Simón, ¿duermes? ¡Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo! Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: ¡Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. -Volviendo después a sus discípulos, encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabían qué responderle. Y dejándolos, se retiró aun a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió a sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó ».

!»

». Entonces ellos le echaron las manos y le aseguraron. Y los Apóstoles que le rodeaban, le dijeron: «Señor ¿heriremos a estos hombres con la espada? Simón Pedro, sin esperar la respuesta, desenvainando la espada, hirió a un criado del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Maleo (Malek, «Rey».) Deteneos, dijo Jesús a los Apóstoles. -Después, dirigiéndose a Pedro, le dijo: Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirviesen de la espada (por su propia autoridad) a espada morirán. ¿He de dejar yo de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿Piensas acaso que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de Ángeles? Mas entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así? En seguida dijo a aquella multitud, entre la que se hallaban los príncipes de los Sacerdotes, los ministros del Templo y los Ancianos: ¡Habéis salido con espadas y con palos a prenderme,

como si fuerais en busca de un ladrón! Cada día estaba sentado entre vosotros, enseñando al pueblo en el Templo, y nunca me prendisteis. Mas ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sucedido así para que se cumplan las palabras de los Profetas».

». ¡Tales son las alturas a que se eleva la inteligencia del racionalismo contemporáneo! Con tan feliz comprensión histórica, resume la escena del arresto del Salvador en estos términos. «A todas estas medidas presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora. Tratábase de evitar un escándalo. Como la fiesta de Pascua, que comenzaba este año en la noche del viernes, daba ocasión a grande aglomeración de gente y a la exaltación de los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues Jesús tenía mucha popularidad, y se temió una sedición. Fijose, pues, el arresto para el jueves, resolviéndose también no apoderarse de Jesús en el Templo, a donde iba todos los días, sino espiar sus hábitos para prenderle en algún sitio secreto. Los agentes de los sacerdotes sondearon a los discípulos, esperando obtener de su debilidad o sencillez noticias útiles, y hallaron lo que buscaban en Judas de Kerioth. Este desgraciado por motivos que es imposible explicar, vendió a su maestro, dio todas las noticias necesarias, y se encargó él mismo (aunque tal extremo de depravación sea apenas creíble) a guiar la partida que debía verificar el arresto. La memoria de horror que la necesidad o la ruindad de este hombre dejó en la tradición cristiana, debió ser causa de que se introdujera en esto alguna exageración, Judas, por un contratiempo común en las funciones activas de cajero, prefirió acrecentar los intereses de la caja, con perjuicio de la obra misma a que estaba destinada, y el administrador mató al Apóstol. Creemos, pues, que son algún tanto injustas las maldiciones con que se lo abruma. La marcha que resolvieron seguir los sacerdotes era muy conforme al derecho establecido. La emboscada judicial formaba parte esencial entre los Judíos de la instrucción criminal».

, como dicen nuestros racionalistas, y cuya extrema elevación rechazaba todo enternecimiento personal», era en el hábito de la vida, un maestro que se dejaba besar por sus discípulos. El traidor Judas se felicitó de hallar a tan poca costa, una señal que comprendiera el populacho. Parece que los Rabí de Israel no se prestaban ya en su tiempo, a esta tierna familiaridad, más que se prestaría hoy un profesor de hebreo del colegio de Francia. Pero Jesús no era ni de la generación de los Escribas, ni de la raza de los Doctores oficiales. Era el amor divino, encarnado para la salvación del mundo. ¡Oh, Jesús! ¡Víctima sagrada! ¡En efecto presidió una gran medida de policía conservadora al arresto que os habéis dignado sufrir! Tal fue el decreto eterno de la conservación del género humano, dado en los consejos de la augusta Trinidad. Pero los Príncipes de los Sacerdotes que ordenaron el arresto del Hijo del Hombre, violaban la ley de Moisés y todas las leyes conocidas. En ninguna parte la justicia humana, que tiene conciencia de sí misma, ejecuta los arrestos en la sombra de la noche. Jamás, y entre los Judíos menos que en ninguna otra nación, podía un juez delegar su mandato a un vil denunciador. ¿Era Judas Iscariote, bajo título alguno un agente público? Por último, ¿qué puede tener de común con la justicia, esa turba armada de espadas y palos? Y ¡ha habido atrevimiento de escribir en un siglo que rebosa en formalismo: «A todas las medidas de arresto presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora!» ¡Oh, Dios! ¡perdonadles, porque no saben lo que dicen! ¿No les defiende lo suficiente su ignorancia, cuando añaden estas palabras: «Como la fiesta de Pascua que comenzaba aquel año en viernes, daba ocasión a una grande aglomeración de gente y a exaltación en los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues gozando Jesús de popularidad, se temió una sedición: así, pues, se fijó para el arresto el jueves?»

Desde que se lee y ». Esta deliberación , no sea que el pueblo se subleve!» En su terror, lejos de tratar de «adelantar» el arresto, pensaban en retrasarlo, para después de la semana de Pascua, cuando comenzaran a alejarse de Jerusalén las caravanas de los peregrinos. «Pero, dice Cornelio a Lapide, resumiendo con una sola palabra la enseñanza de los Padres y la exégesis de todos los siglos, el Consejo de Dios había decretado que muriese Cristo durante la Pascua, para que el tipo divino, la víctima augusta de que era figura el Cordero pascual, fuese inmolada en el día de la verdadera liberación del mundo de que eran símbolos la Pascua y la libertad de Israel». El Nuevo Testamento se fundaba en la sangre del Testamento Antiguo. La historia entera se concentraba en torno de la cruz redentora.

». Dispertado tal vez por el ruido de la multitud, dice el doctor Sepp, este joven discípulo, al . «Como quiera que sea, la tentativa de los soldados para apoderarse de este joven, prueba que les habían mandado los Sacerdotes prender a los Apóstoles. Los Evangelistas ni siquiera se cuidan de mencionar esta circunstancia que atenuaría su fuga. San Marcos escribe, dictándole Pedro: «Entonces le abandonaron todos los discípulos y huyeron», sin tomarse cuidado alguno de atenuar a los ojos del universo, con una palabra explicatoria, este acto de cobardía. ¿Conoce el racionalismo muchos ejemplos de un sentimiento semejante de impersonalidad entre los escritores?

, el cual era conocido del Pontífice, y así pudo entrar con Jesús en el atrio; pero Pedro tuvo que quedarse fuera, mas Juan salió a la puerta y habló a la portera, que franqueó a Pedro la entrada al patio del Gran Sacerdote. Los criados y ministros estaban allí a la lumbre, porque hacía frío, y Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose. Entre tanto el Pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; he enseñado constantemente en las Sinagogas y en el Templo a donde concurren todos los Judíos, y no he pronunciado una sola palabra de enseñanza en secreto. ¿Para qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado, pues éstos saben las cosas que yo les he dicho. Y habiendo Jesús dicho esto, uno de los ministros asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes ».

, en frente del sepulcro de Absalón; subir la colina del Templo, y penetrar en la ciudad por la puerta Sterquilina. Habían trascurrido cuatro días desde su entrada triunfal, y apenas habían podido marchitarse las palmas con que se había alfombrado el camino. Al hosanna del pueblo habían sucedido los gritos de muerte de una horda infame. Sin embargo, era siempre un rey el que entraba en Jerusalén, sin que disminuyeran su poder las esposas con que se habían cargado sus manos. ¡Qué rayo de majestad divina brilla súbitamente, en el tribunal de Caifás! «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Me veréis un día sentado a la derecha de Jehovah, descender en las nubes del cielo!» He aquí el rayo que surca las tinieblas de esta horrible noche, retumbando en la conciencia de los mismos jueces. Ha poco escribía un literato: «Jamás tuvo Jesús la idea de presentarse a los Judíos como Dios. Su mal humor contra el Templo, que había detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte». ¿Ha leído realmente

el Evangelio el literato que usa este lenguaje? La «imprudente palabra contra el Templo» no figura «en los considerandos de la sentencia de muerte». Jesús había dicho a los Judíos: «Destruid el Templo, y yo lo reedificaré en tres días.» Y añade el Evangelista: «Jesús quería hablar del Templo de su cuerpo.» Falsos testigos tratan de desnaturalizar esta palabra. El » Esta doble declaración falaz y contradictoria, fue desechada. El Evangelio lo dice en términos formales: Non erat conveniens testimonium illorum. Caifás proclama un instante después su nulidad: ¿Quid adhuc egemus testibus? ¿Dónde, pues, ha encontrado el racionalista moderno monumentos desconocidos que atestigüen que figuró «la palabra imprudente» contra el Templo entre los considerandos de la sentencia de muerte? Lo que está en el Evangelio tan patente como la luz del Sol, es la solemne declaración de Jesús: «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo.» El Salvador ha guardado silencio mientras se ha tratado de acusaciones calumniosas, o de declaraciones contradictorias puestas en labios venales de testigos falsos. En este acusado que calla, no ven nuestros retóricos más que un hombre. Un hombre ante este tribunal inicuo hubiera protestado contra un juicio tan ilegal. Hubiera invocado los textos mosaicos que prohibían instruir un proceso criminal por la noche, que prohibían absolutamente toda sesión de este género durante la solemnidad pascual; hubiera recusado sobre todo, como juez a este Caifás, que se había constituido anteriormente en acusador suyo. Cuando le echa en cara un testigo el haber conspirado para destruir el Templo, calla Jesús. Pero, ¿se conoce bien el valor de semejante acusación en el pueblo judío? El Templo de Jehovah era toda la nacionalidad hebraica; la ley divina y humana reunidas en un monumento que todos los hijos de Abraham creían eterno. Para defender este Templo imperecedero contra las legiones romanas, se habían hecho degollar 1.100,000 judíos. Si se hubiese probado que había pensado tan sólo Jesús en destruir el Templo, le hubieran degollado al punto los testigos, los jueces, satélites y criados. Sin embargo, Jesús guardó silencio. Con una sola palabra hubiera podido deshacer la equivocación y restablecer el verdadero sentido de las palabras de que se le acriminaba falsamente. Mas sus labios no

.»

. Sin embargo, uno de los ancianos, el senador Josef de Arimatea, varón virtuoso y justo, que era de los que esperaban el reino de Dios, rehusó concurrir a sus deliberaciones y al designio de los demás. Fue llevado Jesús a la sala del consejo y le dijeron los jueces: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Respondioles Jesús: Si os lo dijere, no me creeréis, y si yo os hiciese alguna pregunta, no me responderéis ni me dejaréis ir. Mas después de ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Dijéronle entonces todos: Luego tú eres el Hijo de Dios. Respondioles él: Así es que yo soy como vosotros decís. A estas palabras exclamaron ellos: ¡Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca! ¡Reo es, pues, de muerte! En esta ratificación sumaria de la sentencia precedente, ya no hay testigos ni forma alguna jurídica, manifestándose únicamente el odio y la venganza. La ley judía prohibía condenar a un hombre, aun por su propia confesión, si no tenía otros testigos del crimen. No podían verificarse las reuniones legales del gran Consejo sino después del sacrificio de la mañana,

entre las ocho o las nueve, a fin de que pudiera asistir todo el pueblo a la instrucción del proceso, conocer la acusación y apreciar la justicia de la sentencia. Finalmente, no podía pronunciarse condenación alguna a pena capital, sino hasta tres días después del juicio. Pero el

Era muy de mañana, y los Judíos no quisieron entrar en el pretorio por no contraer la impureza legal que les hubiera imposibilitado comer la Pascua. Así es que estaban a la puerta exterior del tribunal. En aquel momento, el traidor Judas, viendo que era condenado Jesús, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata que había recibido, a los Príncipes de los Sacerdotes, diciendo: ¡Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente del Justo!- A lo que dijeron ellos: ¿A nosotros qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fue, y echándose un lazo, desesperado, se ahorcó. En las angustias de su agonía, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas. Los Príncipes de los Sacerdotes, habiendo recogido las monedas, dijeron: No es lícito depositarlas en el «Corban (Gazophylacium) o Tesoro Sagrado» porque son precio de sangre. -Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros, por lo cual se llama este campo aun en el día Haceldama, esto es, «campo de sangre» con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Zacarías, que dice: «Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto El escrúpulo de los Judíos que acaban de condenar a un inocente, y que no se atreven a entrar en el pretorio de Pilatos, por temor de contraer una impureza legal, es un rasgo de costumbres farisaicas, que basta hacer notar. La desesperación y el suicidio de Judas Iscariote, referidos tan claramente por el Evangelista, nos recuerdan otros escrúpulos que ha concebido ha poco la conciencia de nuestros literatos. Simpáticos a este desdichado cajero, no pueden admitir tan triste fin los racionalistas modernos. «Tal vez, dicen, retirado a su campo de Hakeldama, llevó Judas una vida pacífica y oscura, mientras sus antiguos compañeros conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia.» No hay duda, que después de haber tenido el valor de vender a su Maestro, y con mayor razón, a su Dios, por treinta monedas de plata, hay derecho para esperar una muerte pacífica y tranquila, como un propietario que se retira al campo. Sin embargo, esta hipótesis idílica no tranquiliza completamente a nuestros literatos, sobre el destino del infortunado Iscariote. «Tal vez también, dicen, la espantosa odiosidad que pesó sobre su cabeza, fue a parar a actos violentos, en que se vio el dedo del cielo.» ¡Una acusación de asesinato, lanzada a la faz del siglo apostólico, que sólo tuvo mártires! ¡Sofista, permítenos pensar que cuando pusiste este punto de interrogación sobre tantas famas ilustres, no comprendiste lo que hacías!

mi reino no es de aquí. -¿Luego tú eres rey? le replicó Pilatos. Respondió Jesús: Así es, como dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que está por la verdad, escucha mi voz. ¿La verdad? dijo Pilatos. ¿Qué es la verdad? -Y diciendo esto, sin esperar la respuesta, salió segunda vez a los Judíos, y les dijo: Yo ningún delito hallo en este

La han subido también de rodillas todas las generaciones cristianas de los peregrinos. Cuando salió Pilatos a hablar a los Judíos, como dice el Evangelio, se paró en lo alto de esta

escalera. «Así, el escrúpulo de los Príncipes de los sacerdotes fue respetado, y conservaron intacta la pureza legal, que no les impedía mancharse con la sangre del Justo.»

Busca en el acusado crímenes, y sólo encuentra ideas cuya expresión, tendencias y trascendencias reales no comprende, pero cuya inocencia es incontestable. Después vuelve a decir a los Judíos: «No he encontrado crimen en este hombre.» Juez competente, anula la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrín. Si Pilatos hubiera sostenido como era deber suyo, la inviolabilidad de la sentencia absolutoria; si hubiera resistido a los clamores de la multitud deicida, no hubiera sido entregado su nombre a una infamia eterna. Pero no tiene el valor de la justicia, y se deja intimidar por las vociferaciones de los Judíos. Tal vez es tan poca cosa la vida de un inocente para este romano que no quiere tomarse la pena de defenderla. ¿Qué es una víctima más en el reinado de Tiberio? Como quiera que sea, Jesús de Nazareth depende de la jurisdicción del tetrarca Herodes, y Pilatos remite la causa a su príncipe natural.

¿Castigo por qué? puesto que es inocente. He aquí la justicia sumaria de Pilatos. Y no obstante, nos vemos obligados a añadir, que el inicuo expediente del gobernador romano, era en realidad un acto de clemencia, si se compara con el odio obstinado de los Sacerdotes. Todos los castigos que podrá imponerse a Jesús, no satisfarán su rabia; porque quieren su muerte. La proposición de Pilatos no fue aceptada. «Acostumbraban los presidentes o gobernadores romanos, continúa el Evangelio, conceder por razón de la fiesta de Pascua la libertad de un reo a elección del pueblo, y teniendo a la sazón en la cárcel a un ladrón muy famoso llamado Barrabás, culpable de robo, de sedición y asesinato, preguntó Pilatos a los que habían concurrido: Os repito que no hallo delito alguno en el hombre que me habéis traído a mi tribunal; mas ya que tenéis costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al Rey de los Judíos? ¿A quién elegís de Barrabás o Jesús, que es llamado el Cristo? -Pilatos hacía esta nueva proposición al pueblo y no a los Príncipes de los Sacerdotes, cuyo odio personal a Jesús era conocido. Y estando el gobernador sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. - Pilatos esperaba que el pueblo sería más compasivo que los Príncipes de los Sacerdotes, pero éstos, de concierto con los Ancianos y con los Escribas, indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es, que preguntándoles el presidente otra vez, y diciendo:

Sabida es la importancia que los antiguos daban a los sueños. La oneirocricia o adivinación por sueños, había recorrido el mundo pagano. Del palacio de los Faraones pasó a los de Nínive, de Babilonia y de Persépolis; reinó en la Grecia y dominó a los Romanos, dueños del universo. Calpurnia, aterrada por un sueño, quiso impedir a Julio César que fuera al Senado el día en que debía ser asesinado el héroe. Claudia Prócula quiso sin mejor éxito evitar a Pilatos la mancha que iba a caer en su nombre. El gobernador o presidente intentó, no obstante, disputar la vida de la augusta víctima al furor de sus enemigos. Contaba con que la vista de la sangre inocente que iba a correr a oleadas al azote de los soldados, enternecería a los Judíos. Mas esta cruel concesión debía ser más funesta al acusado que una sentencia capital, pues en lugar de un suplicio, iba a sufrir dos Jesús. La flagelación era

un tormento equivalente a la muerte, con que terminaba con frecuencia. El paciente, medio encorvado y metidas ambas manos en un anillo de hierro sujeto a una columna, era despojado de sus vestidos hasta la cintura. Azotábanle cuatro soldados sin contar los golpes, con correas de cuero armadas de bolillas de plomo y garfios de hierro. «Pilatos, dice el Evangelista, mandó azotar a Jesús. Los soldados y después de ejecutar esta orden, le volvieron al vestíbulo. Reunida allí toda la cohorte, le vistieron un manto de escarlata y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una caña en la mano derecha, y se arrimaban a él, y doblando la rodilla, postrándose ante él, le escarnecían diciendo: ¡Salve, oh rey de los Judíos! y dábanle de bofetadas. Al mismo tiempo heríanle con la caña que habían puesto en sus manos atadas y le cubrían de salivas.» Así, pues, comenzó a correr en la pasión la sangre del Redentor al azote de un soldado romano. Un soldado romano fue quien coronó de espinas al Rey de los Judíos y del mundo. ¡Con cuántas lágrimas de amor no ha rescatado la Roma cristiana estos atentados de la Roma de Tiberio! Entre tanto Pilatos volvió a tomar al divino flagelado, y salió con él del palacio. Y salió juntamente con Jesús a lo alto de una arcada que cruzaba la calle, y dominaba a toda la multitud; Jesús, dice el Evangelista, llevaba la corona de espinas en la cabeza y el manto de escarlata en los hombros. He aquí, dijo Pilatos, que os lo saco fuera para que reconozcáis que yo no hallo en él delito alguno. Después, enseñándoselo con el dedo, añadió: ¡Ved aquí al Hombre! Luego que los Pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!» El pueblo enternecido

Era entonces cerca de la hora sexta del día de la Parasceve (Preparación) de la Pascua. Pilatos dijo a los Judíos: Aquí tenéis a vuestro Rey. Mas ellos clamaban: ¡Quítale, quítale de enmedio, crucifícale! Díjoles Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar? Respondieron los Pontífices: No tenemos otro rey que el

Aquí comienza el Camino de la Cruz, todos cuyos pasos han sido y no cesarán de ser regados con lágrimas por la piedad cristiana. La Los soldados requiriéndole en nombre de la ley romana, le cargaron la cruz en los hombros y le obligaron a llevarla detrás de Jesús. Ya hemos dicho que el requerimiento del magistrado o del oficial romano, no admitía dilación ni excusa. Este africano, nacido en Libia y establecido en Jerusalén, era verosímilmente el prosélito o «convertido» del Judaísmo, que volvemos a encontrar en los Actos de los Apóstoles, con el nombre de Simón el Negro, al lado de Lucio de Cirene. Una de ellas tuvo valor para penetrar por entre las apiñadas filas de los soldados, y con un pañuelo que llevaba en la mano, enjugó la sangre, el sudor y las salivas que cubrían la faz del Salvador; y la efigie del divino rostro quedó impresa en sangrientos rasgos, en el lienzo de la piadosa Verónica. «Jesús, volviéndose hacia el grupo de las piadosas mujeres, les dijo, ¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Porque presto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosas las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados: Sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera ¿qué se hará con el seco?» En lo alto de la calle se hallaba la Puerta

Judiciaria, que era en la que terminaba la ciudad, en tiempo de Nuestro Señor. Otra tercer caída marcó el último paso de Jesús por el suelo de la ingrata ciudad. Quiso Jesús caer tres veces, como Pedro el Jefe de su Iglesia, para expiar nuestras multiplicadas caídas, y para enseñarnos a levantarnos, y a llevar con valor nuestra cruz. Al lado de la Puerta Judiciaria, se abría el campo de las ejecuciones capitales, conocido con el nombre de Gólgota.

y los dos ladrones fueron crucificados uno a su derecha y otro a su izquierda. Y la cruz del Señor quedó en medio, cumpliéndose así las palabras de la Escritura: «Y fue puesto en la clase de los facinerosos.» Entre tanto Jesús decía: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Pilatos había escrito la inscripción que debía ponerse encima de la cruz. Los soldados fijaron este Título, que enunciaba la causa del suplicio, en la cruz, encima de la cabeza de Jesús. En él estaba escrito en hebreo, en griego y en latín: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.» Este rótulo lo leyeron muchos de los Judíos, porque el lugar en que fue Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad. Con esto los Pontífices de los Judíos dijeron a Pilatos: No has de escribir: Rey de los Judíos, sino: que se titula Rey de los Judíos. Mas Pilatos respondió: Lo escrito. Entre tanto los soldados, después de haber crucificado Con lo que se cumplió la palabra de la Escritura: Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi Y esto es lo que hicieron los soldados. Y habiéndose sentado junto a él, le guardaban. Y los Judíos que pasaban por allí le blasfemaban, y meneando la cabeza, decían: ¡Oh! tú que derribas el Templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz. Y el pueblo lo estaba mirando todo, y hacía befa de él. Y de la misma manera los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas y los Ancianos, acudieron también a ultrajarle: Ha salvado a otros, decían, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el Rey de Israel, el Cristo elegido por Dios, que baje ahora de la cruz para que seamos testigos de vista y creamos en él. Él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios. -Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arrimaban a él, y presentándole una esponja empapada en vinagre, le decían: Si eres el rey de los Judíos, ponte en salvo.»

La fe de este ladrón conquista el cielo. ¿Quién dirá nunca la majestad divina que había en el crucificado del Gólgota, para que descubriera el buen ladrón en él un Rey que partía a la conquista de un imperio inmortal? La segunda palabra de Jesús en la cruz abre el cielo a un ladrón; la primera había solicitado el perdón celestial para los verdugos. La tercera va a dar por madre a todos los hombres a la Reina del cielo. «Estaban al mismo tiempo en pie, junto a la cruz de Jesús, su Madre con María, mujer de Cleofás, María Magdalena y Juan, el discípulo que Jesús amaba. Jesús mirándoles, dijo a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; y al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. -Y desde aquel punto, tomó el discípulo a María por madre suya.» Lo mismo ha hecho la humanidad. La Eva del Paraíso Terrenal, aceptó la muerte para todos sus hijos al pie del árbol del bien y del mal. Al pie del árbol de la cruz, en que abre Jesús el Paraíso terrestre al arrepentimiento, llega a ser María la madre de la salvación, el refugio y la esperanza de los pecadores. «Entre tanto, dice el texto sagrado, desde la hora sexta hasta la hora de nona (tres horas de la tarde), quedó toda la tierra cubierta de tinieblas, y el sol se oscureció. Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús con una

gran voz, diciendo: Eli, Eli, lamma sabacthani, Elías, el gran taumaturgo del Antiguo Testamento, había sido llamado por los Judíos el Ángel de la alianza, recurriendo a su intercesión en los peligros urgentes. El Talmud refiere que este Profeta, invocado del fondo de los calabozos por los Hebreos fieles, se apareció con frecuencia a los encarcelados, bajo una forma visible, e hizo caer sus cadenas. Aún en el día, durante la noche de Pascua, esperan los hijos de Jacob la venida del Mesías, que debe librar a su pueblo del yugo de los Goim (Gentiles). Estas tradiciones hebraicas son el comentario exacto de la palabra de los Judíos al pie de la cruz. «¡Llama a Elías!» decían. Pero no era tal el sentido de la exclamación del Salvador. Después que Dios, muriendo entre dos malvados, legó el perdón a sus verdugos, el cielo al arrepentimiento, y su propia madre a todos los mortales, el nuevo Adán, el hombre que expía las culpas de la humanidad entera, vuelve a encontrarse en frente de la justicia eterna. Entonces hace oír Jesús las primeras palabras del salmo profético, en que resume David anticipadamente los tormentos del Gólgota. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? No soy un hombre, sino un gusano; he venido a ser oprobio de los humanos y objeto de risa. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza; vociferan blasfemias, diciendo: ¡En el Señor esperaba; que le liberte; sálvele ya que tanto le ama! Mi sangre ha corrido como el agua; se han agotado mis fuerzas, y mi lengua se ha pegado al paladar: han contado todos mis huesos uno por uno; repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica.» He aquí lo que decía Jesús en su divina agonía, relacionando las profecías de Israel con las realidades del Calvario, y recitando el primero este breviario de la cruz que repetirán sin cesar los sacerdotes de la Iglesia Hasta este punto de ignorancia religiosa ha llegado hoy la Francia. «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» «Jesús, continúa el Evangelista, sabiendo que se habían cumplido las profecías, para que se cumpliese otra postrera (o la Escritura) dijo: ¡Tengo sed! -Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados corriendo, tomó una esponja y empapola en él, y puesta en la punta de una caña de hisopo, la acercó a los labios de Jesús. ¡Tengo sed, dijo Jesús. Me han abrevado de hiel y vinagre, había escrito David.- «Entre tanto, los Judíos dijeron al soldado: Dejad, veamos si viene Elías a librarle. Jesús, luego que tomó el vinagre, dijo: ¡Todo está cumplido! Y de nuevo, clamando con una voz muy grande, dijo: ¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!- Y profiriendo estas palabras, inclinó la cabeza y expiró.»

«Cristo, añade San Pedro, había muerto según la carne; pero siempre viviendo en su alma, fue a llevar la buena nueva de la liberación a los espíritus cautivos.»

Así hablan nuestros racionalistas. Por lo demás, guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre-Dios. Y no obstante, algo es una súbita oscuridad extendiéndose por toda la naturaleza desde el medio día hasta las tres, en un día de luna llena en que es inexplicable un eclipse de sol, según los fenómenos naturales. Rocas que se dividen y se parten deben dejar rastros de su ruptura. Un terremoto que desgarró el velo del Templo y remueve y levanta las losas de los sepulcros, y deja consternada una multitud como la que llenaba entonces Jerusalén, no debió ser un hecho desapercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la Ciudad Santa para la solemnidad Pascual, todavía sería un cálculo corto. Pero -«En el reinado de Tiberio, dice Plinio el Antiguo, arruinó doce ciudades en Oriente un terremoto tal como no hay memoria humana que se viere jamás.» Testigo ocular del eclipse que desconcertó todas las reglas de la Astronomía, observando Apolófanes este fenómeno en Egipto, donde se encontraba

entonces, exclamaba: «¡Estos cambios son sobrenaturales y divinos». Aún en el día presenta a todos los geólogos la roca del Gólgota que se partió a la muerte del Salvador, una prueba palpable de la verdad de la narración Evangélica. «Esta quebradura, que estudié con el mayor cuidado, dice M. de Sauley, es vertical, y forma una línea Un geólogo inglés decía también: «He hecho un largo estudio de las leyes físicas, y estoy seguro de que las rupturas de esta roca no se han cansado por un terremoto ordinario y natural. Un sacudimiento de este género hubiera separado los diversos lechos de que se compone la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que los distinguen, y rompiendo su ligazón por los sitios más débiles. Aquí ha sucedido de muy distinto modo; porque la roca se halla dividida transversalmente, cruzando la ruptura las venas de un modo extraño y sobrenatural. Para mí está demostrado, que esta ruptura es efecto de un milagro que no han podido efectuar ni el arte ni la naturaleza. Doy gracias a Dios por haberme conducido aquí, para contemplar este monumento de su maravilloso poder, este testigo lapidario de la divinidad de Jesucristo.» ¡Qué libro es el Evangelio! Sus páginas se encuentran grabadas en rocas; sus pruebas se hallan registradas por la historia del mundo; los prodigios que refiere tienen por testigos al universo entero. Tertuliano, para convencer a la incredulidad pagana de su tiempo, decía a los Romanos: «¡En vuestros archivos públicos tenéis el relato de la catástrofe que señaló la pasión de Jesús!» San Cirilo de Jerusalén exclamaba un siglo más tarde: «Si se quiere negar que haya muerto aquí un Dios, mírese solamente las rocas desgarradas del Calvario!» ¡Ahora comprendemos por qué no habla el racionalismo actual de los prodigios que acompañaron la muerte del Salvador!

Podía habérselo vendido. Comúnmente los pretores y los procónsules romanos hacían pagar a los parientes o amigos de los crucificados el favor que concede aquí Pilatos gratuitamente. Con una sola palabra: *Donavit*, «hizo la donación», nos traza el Evangelio todo un sistema de jurisprudencia y de tiranía olvidadas. Merece también notarse otra expresión del escritor sagrado. Josef de Arimathea había disimulado cuidadosamente hasta entonces, dice San Juan, sus relaciones con Jesús, por temor de incurrir en el odio y la venganza de los Judíos: *Discipulus Jesu, occultus, autem propter metum Judaeorum*. Mas ahora está lleno de valor, y se confiesa en voz muy alta discípulo del crucificado, presentándose como tal en casa de Pilatos: *Andacter introivit ad Pilatum*. Los prodigios del Calvario habían reanimado el corazón de los amigos de Jesús, al mismo tiempo que consternaban a sus enemigos. «Como era el día de la Parasceve (Preparación o viernes), continúa el Evangelista, y al día siguiente era el gran sábado, no quisieron los Judíos que los cuerpos quedasen en la cruz durante la solemnidad, y suplicaron a Pilatos que se quebrase las piernas a los crucificados y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas de los dos ladrones para que acabaran de morir: mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua de la herida. El que asegura este hecho lo vio con sus ojos, y su testimonio es verdadero. Así se cumplieron y de esta otra: «Dirigirán sus ojos hacia Aquel a quien traspasaron.»

las tinieblas de aquel sangriento día; los sepulcros entreabiertos; todos estos prodigios arrojaron en su alma una consternación indecible. ¡Tienen prisa en hacer que desaparezcan los rastros de su atentado! Ha poco que gritaban: «¡Recaiga su sangre sobre nosotros y

sobre nuestros hijos!» ¡No formaban escrúpulo alguno en violar la santidad del Día de la Preparación! ¡Mas ahora tienen miedo de la cruz silenciosa y de la sangre que han derramado! Para abreviar los tormentos de los sentenciados, acostumbraban los Romanos romperles las piernas con una barra de hierro, o darles en el pecho un golpe con una maza, lo que se llamaba el Golpe de gracia. Pero Jesús había muerto, y el soldado para asegurarse mejor de ello, le hiere el corazón con el largo y encorvado

Pero los Apóstoles expían la cobardía de su fuga en Getsemaní; y callan y lloran con Pedro. En medio de las mujeres sentadas a la entrada del sepulcro, está María, la Madre de Jesús, convertida en aquel día en Madre Dolorosa. En sus brazos desfallecidos recibió el cuerpo ensangrentado que había adorado en el pesebre de Belén. Las siete palabras de su Hijo en la cruz habían traspasado su corazón como otras siete espadas; pero pasa sus angustias en silencio, como había hecho con sus gozos. Ni aun el mismo hijo adoptivo que le ha sido legado en el Calvario, levanta en su Evangelio el velo de dolor, con que se envuelve la compasión de María. La Reina del cielo atraviesa el océano de amargura que debe salvar al mundo, sin que revele una sola palabra la sublimidad de su sacrificio. Solamente los Profetas han descrito anticipadamente este martirio del amor maternal: «¡Oh vosotros que pasáis por el camino, contemplad y ved si hay un dolor semejante al mío!» «¡El manto de humildad de la Virgen María, es tan impenetrable como las tinieblas que se extendían en esta lúgubre noche sobre la ciudad deicida!

Las santas mujeres se habían mostrado más fieles que los Fariseos en observar la ley del descanso sabático. Su amor hacia el divino Maestro no les hace olvidar el respeto a su palabra. El Maestro había dicho: «No he venido a destruir la ley, sino a completar su perfección.» Había dicho también: «Resucitaré al tercer día.» Los Sacerdotes y los Escribas se acordaban de esta profecía, cuyo cumplimiento literal no se Pero, dice San Agustín, si dormían los guardias, ¿cómo pudieron ver a los discípulos hurtar el cuerpo de Jesús? Y si no dormían, ¿cómo no impidieron el rapto? Los Judíos no han contestado nunca a este dilema, cuya solución busca el racionalismo de nuestra época, sin mejor éxito.

He aquí los atrevidos conspiradores que según la hipótesis de Caifás y de nuestros literatos, hubieran tenido el valor de arrostrar la lanza de los soldados romanos, para llevarse a su Maestro! Ni siquiera se atreven a permanecer junto al sepulcro vacío y desierto, protegidos como lo están aun por las sombras de la noche; porque podrían volver los guardias. Así, pues, retíranse tan precipitadamente como han venido, después de haberse, no obstante, asegurado de que no posee el sepulcro a su augusto huésped. Creen en un rapto que les consterna, y no les ocurre ni aun la idea de apropiarse las fajas, la mortaja ni el sudario, abandonados en la gruta sepulcral. ¡Ellos, que según se dice, no hubieran temido venir a disputar, a viva fuerza, el cuerpo de su divino maestro a los soldados de Tiberio, no se atreven ni aun a llevarse estas sagradas reliquias, temiendo que les comprometan, porque no hay duda que ha de buscarse el cuerpo de Jesús!

¡Desdichado del que necesite demostración para conocer lo que hay de divino en esta página Evangélica! Un literato ha creído atenuar la trascendencia de este admirable relato, diciendo: «¡La exaltada imaginación de María de Magdala, representó en esta circunstancia un papel capital! ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que dio al mundo la pasión de una alucinada un Dios resucitado!» Basta para justiciar estos ultrajes ponerlos en frente del texto del Evangelio. «La imaginación alucinada» de María Magdalena no ejerció influencia alguna respecto de los discípulos, puesto que «se negaron a creer.» -«Y no nos dolamos, dice San Gregorio el Grande, de su incredulidad; porque es el fundamento indestructible de nuestra fe. Cuanto más persisten en este momento en negar la resurrección de Jesucristo, más fuerza tendrá su testimonio, cuando, vencidos a su vez por la evidencia, vayan a hacerse matar, en todos los puntos del globo, diciendo: ¡Ha resucitado el Cristo, esperanza nuestra!»

Nec crediderunt. Pedro es el primero que se realza, y principia también la misión que le ha sido dada de confirmar a sus hermanos en la fe.» Sólo María no aparece en este día de gozo. Su triunfo es mudo, como lo habían sido sus dolores. La primera aparición del Hijo resucitado fue a su Madre. La tradición se halla unánime sobre este punto. Y la Iglesia Católica repetirá hasta el fin de los siglos: «¡Reina del cielo, regocíjaoos, ¡alleluia! ¡porque aquel de quien merecisteis ser madre, ¡alleluia! ha resucitado, según lo había dicho ¡alleluia!»

y por el camino conversaban de todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, sucedió, que acercándose el mismo Jesús, caminaba a su lado, sin que le conociesen. Díjoles, pues: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estáis tan tristes? Y respondiendo uno de

ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? ¿Qué? replicó él.- Lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo. ¿Y cómo los sumos sacerdotes y nuestros magistrados le entregaron para que fuese condenado a muerte y le crucificaron? Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad, que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo haberseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado está vivo.

Y has creído enunciar una blasfemia retumbante; y sólo es una impiedad grosera. María Magdalena fue la primera que vio a su buen Maestro, y fue presurosa a anunciar a los Apóstoles la feliz noticia, pero los Apóstoles no la creen. Las santas mujeres favorecidas a su vez por una aparición Preséntanse a su vez los dos discípulos de Emaús, y dicen: Le hemos visto; hemos viajado con él; nos ha hablado durante todo el camino; le hemos reconocido al partir el pan. -Respóndese a Cleofás y a su compañero de viaje como se ha respondido a Pedro, a las santas Mujeres y a María Magdalena. ¡No os creemos! Nec illis crediderunt. ¡Ah! ¡Comprendo el silencio de la Virgen María en este día en que la incredulidad de los Apóstoles daba a luz la fe inmortal de la Iglesia! Aun cuando hubiera ella dicho: ¡Ha resucitado mi Hijo. Ha venido a consolar mi dolor, se hubiera contestado a la Madre de Dios: ¡No os creemos! ¡Son ilusiones de vuestro corazón maternal! María calla, porque su Hijo es Dios, y sólo Dios puede triunfar de la incredulidad humana. Cada uno de los Apóstoles sólo creerá cuando haya visto por sus propios ojos. Si hubiera sido de otra suerte ¿hubiera querido nunca creer el mundo entero que no ha visto? ¿En qué descansa en este momento la fe de los adoradores de Jesús? En la incredulidad obstinada, perseverante, tenaz de los Apóstoles. ¡Oh Dios mío, Salvador y Maestro mío! Pedro y cada uno de los Apóstoles, antes de morir, se negaron, para atestiguar vuestra resurrección, a creer en ella hasta que os vieron. ¡He aquí por qué creo yo, yo que no he visto; y por qué se creerá hasta el fin de los siglos a testigos que sellan su declaración con su sangre!

y a los Apóstoles en general, conferirles a ellos mismos este poder. Ha llegado el momento, y les confiere la investidura de este sagrado ministerio en el mismo día, en que, triunfante del pecado y de la muerte que es su castigo, sale Jesús vencedor del sepulcro. Pero, dicen los sectarios de Lutero y de Calvino, ¿dónde está el precepto de la confesión auricular, en estas palabras de Jesucristo? Concederese tal vez que sea el sacramento de la Penitencia de institución divina; pero no dice el Evangelio que sea necesario a un hombre confesarse. Jesús perdonaba las culpas de los prevaricadores con una sola palabra. «Hijo mío o hija mía, ten confianza, decía, tus pecados te son perdonados.» Mas no se había efectuado la confesión previa. -Así es como razonan, después de

no estaba con ellos cuando se manifestó Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los

clavos y no meto mi dedo en la cicatriz que dejaron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. -Ocho días después, estaban otra vez los discípulos reunidos en la misma casa, y Tomás con ellos. Y vino Jesús estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. -Después, dirigiéndose a Tomás: Mete aquí tu dedo, lo dijo, y registra mis manos, y trae la tuya y métela en la llaga de mi costado y no seas incrédulo, sino fiel. -¡Señor mío y Dios mío! exclamó el Apóstol. -Jesús repuso: Has creído ¡oh Tomás! porque me has visto ¡bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.»

como el Símbolo del divino Pescador de las almas. ¡Qué recuerdo para el corazón de Pedro, de Juan y de los Apóstoles, esta aparición de Jesús resucitado en las orillas del lago de Genesareth! Por última vez vuelven los pescadores Galileos a su barca y a sus redes, trabajando toda la noche sin pescar nada. Al despuntar el día, les grita un desconocido desde la ribera: Muchachos ¿tenéis algo que comer? Creen ellos ser su interlocutor uno de aquellos mercaderes que recorrían las riberas del mar de Tiberiades para comprar los productos de la pesca. -«No», contestan ellos, con el laconismo del desaliento que ocasiona haber perdido el trabajo. Pero el desconocido replica: «Echad la red a la derecha de la barca.» La arrojan, y cuando quieren sacarla, son impotentes sus esfuerzos; teniendo que arrastrarla remando hasta tierra. En esta nueva y milagrosa pesca, reconoce Juan al divino Maestro. Se lo dice a Pedro, y este último, sin cuidarse ya ni de las redes ni de los peces ni de la barca, se pone su túnica, y se lanza al mar, para salvar a nado los doscientos codos que le separan de Jesús, y ser el primero que le bese los pies. He aquí lo que era Pedro, el Jefe o Cabeza de la Iglesia. Y no es ya quien refiere el hecho el Evangelio escrito por su discípulo San Marcos, sino el mismo San Juan.

Y después añadió: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido e ibas donde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará donde tú no quieras ir.

Allí le vieron, dice San Pablo más de quinientos discípulos que estaban reunidos. A su vista, cayeron a sus pies y le adoraron. Sin embargo, algunos tuvieron sus dudas. ¿Han leído el Evangelio los racionalistas que nos hablan de la credulidad de los discípulos y de los alucinamientos de Magdalena? Cada Apóstol, cada discípulo no cree hasta que ha visto y tocado. Los quinientos testigos, gran número de los cuales vivía aun veinte y siete años más adelante, cuando escribió San Pablo su primera Epístola a los Corintios, no creen sino porque han visto. Los demás dudan todavía. Entre tanto se acercaba la fiesta de Pentecostés. Según los términos de la ley judía, debían los Apóstoles ir a Jerusalén a esta solemnidad. Allí fue donde les dio el divino Maestro su última cita en la tierra. Jerusalén había crucificado a su Salvador y a su Rey: la ciudad deicida debía ver al Hijo de Dios subir al cielo. Después de esta suprema manifestación, habrá triunfado la fe en la resurrección, de toda clase de resistencias.

-Comiendo con ellos, les mandó Jesús que no partiesen de Jerusalén hasta haber visto cumplirse la promesa del Padre. «Vosotros la oísteis de mi boca, y es, que Juan bautizaba con el agua, mas vosotros dentro de pocos días habéis de ser bautizados en el Espíritu Santo.»

¡Esta confesión no hace verdaderamente honor a la inteligencia de nuestros literatos!

Historia de Nuestro Señor Jesucristo
Esposición de los Santos Evangelios

Joseph Ephiphane Darras

Advertencia del traductor

La Historia de Nuestro Señor Jesucristo, escrita por el sabio canónigo M. Darras, es acaso la más importante de cuantas se han publicado en el presente siglo, satisfaciendo una de las necesidades más imperiosas de nuestra época.

Después de los estudios y esfuerzos hechos, para desnaturalizar y falsificar completamente la vida de Nuestro Señor Jesucristo, por las funestas escuelas naturalista y mítica de los Paulus y de los Strauss, y por la no menos fatal escuela crítica de Tubinga y sus sectarios Baur, Reus, Reville, Scherer, d'Eichthal y tantos otros corifeos de las nuevas doctrinas, y especialmente, después de la última manifestación del racionalismo, efectuada por M. Renan en su libro que lleva por título: Vida de Jesús, era absolutamente necesario escribir una obra en que se consignara y expusiera clara y completamente los hechos evangélicos que constituyen la verdadera Historia de nuestro divino Redentor, bajo el aspecto crítico, apologético y filosófico, conciliando los textos con la exégesis, y desarrollando y exponiendo el dogma y la moral cristianas en todo su esplendor y pureza, y en sus aplicaciones a la esfera social y política, al paso que se refutara y destruyese

radicalmente en esta obra, cuantos errores, objeciones, sofismas y calumnias han opuesto en contrario los nuevos incrédulos.

Gran parte de escritores católicos han tratado de atender a este objeto en los últimos años, y especialmente desde la publicación de la nueva obra de M. Renan, saliendo, con sus luminosos escritos, al encuentro de aquellas funestas doctrinas. Unos, como el abate Freppel, Augusto Nicolás, monseñor Plantier y el padre Delaporte juzgaron más breve y expedito limitarse a escribir refutaciones más o menos extensas de las doctrinas de, M. Renan. Otros, como M. Walon y M. Parisis, creyeron más conveniente restablecer, según los Evangelios, los hechos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo alterados por el nuevo sofista. Mas no permitiendo, tal vez, a estos escritores su ardiente ansiedad por ofrecer al público el oportuno correctivo lo más pronto posible, tomarse todo el tiempo necesario para adquirir, examinar y meditar con toda detención y sosiego los datos y documentos que requería una obra profunda y completa de historia y de polémica a un tiempo mismo sobre tan importante asunto, y proponiéndose particularmente rebatir los errores que contenía la de M. Renan, hubo de notarse en sus escritos algunos vacíos y omisiones de importancia y aun faltas de erudición y de datos notables.

La presente Historia del abate Darras carece de estos defectos, al paso que llena cumplidamente los dos fines que llevamos referidos. Y en verdad, consagrado su ilustre autor por espacio de largos años a escribir su grande Historia general de la Iglesia, de que forma parte la presente, había reunido, por medio de exquisitas investigaciones, la multitud de datos y documentos necesarios para una obra de tan grande aliento; había estudiado, con toda tranquilidad y tiempo, los expositores de los libros sagrados y las obras de las más célebres filósofos del mundo católico; interrogado los monumentos antiguos descubiertos últimamente por la ciencia que atestiguan a maravilla la veracidad histórica de los textos evangélicos, y examinando las objeciones de la incredulidad moderna para rebatirlas y pulverizarlas completamente.

Tales eran las felices disposiciones y las ventajosas circunstancias en que se hallaba M. Darras al aparecer la nueva obra de M. Renan sobre la Vida de Jesús. Aprovechando, pues, nuestro ilustre escritor los grandes elementos científicos que ya poseía, y redoblando nuevamente sus estudios y esfuerzos, le ha sido posible escribir una Historia de Nuestro Señor Jesucristo, notabilísima por más de un concepto. Suma exactitud en la exposición y concordancia de los cuatro Evangelios; gran saber y acierto en la explicación del significado y trascendencia de los hechos a que se refiere; profundas y eruditas investigaciones filológicas de las raíces hebreas y griegas y de las variantes de sus versiones a las lenguas orientales o a la Vulgata latina, para inducir aclaraciones y explicaciones luminosísimas de pasajes y textos de grande importancia; sumo conocimiento de los sucesos históricos y de las instituciones y costumbres contemporáneas; un intenso estudio de la patología griega y latina, no menos que de la literatura rabínica; solidez y fuerza de lógica y de raciocinio y suma energía en la poderosa dialéctica de que se vale para rebatir los argumentos de los nuevos racionalistas; grande elevación de miras y un estilo nervioso al par que elegante: tales son las principales y sobresalientes dotes que dominan en toda esta obra.

El mundo católico ha acogido, pues, con general entusiasmo tan notable trabajo, no habiendo vacilado en tributarle los mayores elogios aun los mismos escritores que han dado a luz obras análogas. Así, M. Veuillot ha reconocido en la última edición de su Vida de Jesucristo, «hallarse en la bella y completa historia de Nuestro Señor Jesucristo, que M. Darras publica en este momento, excelentes respuestas a todas las objeciones antiguas renovadas en el día» y el señor obispo de Quimper ha demostrado su entusiasmo por esta historia en una carta dirigida a su editor francés, que va impresa a continuación de esta advertencia.

Habiéndose publicado en la Europa sabia simultáneamente a esta obra, estudios y trabajos parciales importantísimos sobre los hechos que constituyen la Historia de Nuestro Señor Jesucristo y contra las doctrinas de los nuevos incrédulos, hubiéramos creído incurrir en una negligencia culpable, sino hubiésemos enriquecido la obra de M. Darras, por medio de notas e ilustraciones, con los preciosos tesoros de erudición y ciencia que aquellos nos ofrecían, y en especial los notabilísimos de Riegenbach y Luthard, publicados en Alemania, de Ghiringhello y de Cavedoni, dados a luz en Italia, y del padre Gratry, M. Wallon y el padre Félix, y tantos otros insignes escritores católicos de la vecina Francia.

Finalmente, en cuanto a la traducción de los textos sagrados, teniendo en cuenta el gran respeto que les son debidos, hemos adoptado, concordándolas, las sabias versiones, autorizadas por la potestad eclesiástica, de los padres Scio, Amat y Petit.

Advertencia del editor francés

He recibido la carta siguiente

Quimper etc.

«Muy señor mío:

»El abate Darras ha tenido la complacencia de comunicarme las pruebas de su cuarto volumen de la Historia general de la Iglesia, que contiene la Vida de Nuestro Señor Jesucristo.

»Después de haber leído con un vivo interés este importante y extenso trabajo, ha sido mi primer idea empeñar a su autor a formar con él una obra dispuesta de modo que pueda darse al público por separado: bien entendido que esto había de ser sin lastimar en lo más mínimo los derechos de V., y solamente después de haber aparecido esta obra en su forma de cuarto volumen de aquella publicación.

»M. Darras me ha contestado como yo esperaba, que esto dependía de V. únicamente. Así, pues, me dirijo a V. y creo conocerle sobrado tiempo para dudar de su asentimiento.

»No le detengan a V. los gastos de una segunda edición, pues debe V. considerar únicamente que responde a las necesidades del día, y que será útil a muchas personas a

quienes por falta de tiempo y de recursos no les es posible leer esta obra, ni comprar la grande Historia de M. Darras. Puede V. estar seguro de que no quedará esta edición en sus almacenes. Deberá formar dos volúmenes al alcance de todo el mundo y que serán sumamente solicitados, porque se hallan en ella, desde la primera página hasta la última, las cualidades requeridas para una lectura de erudición, de piedad y hasta de recreo. En ella se presentan los hechos evangélicos con las mismas palabras del texto sagrado; difundiendo tan brillante luz las explicaciones de los Padres de la Iglesia, las noticias tomadas de los autores profanos, y el profundo conocimiento de los acontecimientos históricos, que con una sola expresión y una sola palabra se ve brillar, no solamente la autenticidad de la narración divina, sino también las pruebas más claras y palpables.

»Reciba V. anticipadamente mis felicitaciones, aceptando los afectuosos sentimientos con los cuales, etc.,

Renato, Obispo de Quimper»

Los consejos del ilustre y venerable prelado Monseñor de Quimper serán siempre órdenes para mí, pues no tengo otro deseo más íntimo que contribuir en cierto modo a la defensa de la verdad.

Así, pues, he hecho reimprimir por separado en dos volúmenes las partes de la Historia eclesiástica, que contienen la Vida de Nuestro Señor Jesucristo.

He deseado hacer más aún: a fin de que todo el mundo pueda procurarse un libro, cuya utilidad nos señala una autoridad tan respetable, he fijado un precio reducido a cada volumen de esta obra, esperando que el público cristiano comprenderá los motivos que me han inducido a ello, y que tratará por iguales razones de dar a conocer y propagar la verdadera Historia de Nuestro Señor Jesucristo, historia que no deja sin contestación ninguna de las objeciones formuladas por el autor de la Vida de Jesús.

L. Vives

Introducción

El mundo antes de Jesucristo

Dos nombres resumen todo el movimiento del pensamiento y de las civilizaciones greco-paganas; Atenas y Roma. Bajo el punto de vista geográfico, realizó la primera de estas capitales intelectuales, la universalidad de la dominación, en tiempo de Alejandro; la segunda, en tiempo de Augusto. Vencida Atenas como poder, fue absorbida en la vasta unidad romana; pero triunfó la idea griega de los vencedores de Atenas, de suerte que reinaron en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas, en dos idiomas diferentes, la misma teología, el mismo culto, la misma filosofía y las mismas doctrinas. El siglo de Augusto no fue más que una reducción del de Pericles. La musa de Teócrito y de Eurípides hablaba el latín de Virgilio y de Séneca el trágico; Horacio no valía lo que Píndaro, y

Cicerón intentando trasladar al Foro la elocuencia de Demóstenes, no pudo conservar el varonil vigor de su modelo. Tal cual es no obstante, el brillo literario del siglo de Augusto, ha deslumbrado por largo tiempo las miradas más firmes, y ha conseguido alucinar generalmente, cubriendo lo ignominioso del fondo con la riqueza de la forma. Aun en el día es muy común elogiar hasta lo sumo la grandeza moral, la poderosa civilización, las instituciones, las costumbres y las leyes de lo que el énfasis clásico llama por excelencia: la Antigüedad. Pero si realizó el mundo pagano el ideal de la perfección humana, ¿qué venía a hacer aquí el Cristo Redentor, el Verbo «cuya luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo» ¿Dónde estaban «los pueblos sentados en las tinieblas, en la región de las sombras de la muerte,» a quienes debía iluminar el esplendor de la Encarnación divina, según el oráculo de Isaías? ¿Si merece todos los elogios que se le han tributado con sobrada liberalidad la antigüedad greco-romana; son unos impostores los profetas; la expectación de los pueblos fue un alucinamiento, el Mesías una superfluidad, y una barbarie el Evangelio! La cuestión merece la pena de examinarse. Busquemos, pues, bajo las flores de la poesía, bajo el ritmo de la prosa, al par que bajo las guirnaldas y los dorados de los templos paganos; toquemos tras de la máscara la realidad; penetremos estos misterios infames y separemos toda clase de velos, en cuanto lo permite el pudor cristiano. Conviene sondear las llagas que venía a curar el Salvador, llagas sangrientas que no pudo cicatrizar el óleo de la sabiduría antigua, que no pudo cerrar el bálsamo de las literaturas paganas, que no consiguieron más que hacer revivir todos las mitologías del politeísmo.

La teología greco-romana provino directamente de Sodoma, puesto que procede de la ausencia de Dios, para ir a terminar en la corrupción más horrible que existió nunca. La ausencia de Dios, en las sociedades paganas, admirará tal vez a algunos entendimientos superficiales que han retenido, sin comprenderlo, un dicho célebre de Bossuet, que caracteriza perfectamente al politeísmo. «Todo era Dios, excepto Dios mismo» ha dicho el gran obispo de Meaux. Y en efecto, Júpiter, el parricida, el raptor de Ganimedes, el seductor de Leda, el infiel esposo de Juno, poblando el cielo con sus disoluciones y la tierra con sus víctimas, Júpiter era Dios. Siendo partícipe de su trono eterno, Juno, su compañera, no pudo hallar la felicidad en este enlace divino. Así es que se indemnizaba, por medio de su orgullo, de los ultrajes inferidos a su belleza, y hallaba el secreto de dar a Júpiter un hijo, cuyo padre ha quedado desconocido, vengando el nacimiento de Marte al de Minerva y siendo todo esto dioses. Tal era el tipo divinizado de la familia que las teogonías de Homero y Hesiodo colocaban en la cumbre del Olimpo y proponían a la adoración del género humano. Todo el sistema de la mitología griega y romana se refiere a este interior doméstico ideal. Minos, Eaco y Radamanto, jueces de los infiernos, eran fruto de una unión sin nombre en nuestras lenguas modernas. Su madre era Europa, su padre un toro, metamorfosis bestial de Júpiter. Apolo y Diana, divinidades de segundo orden, procedían de un adulterio del padre de los Dioses con Latona; Mercurio, el ladrón celestial, era hijo de Maya; Baco, la embriaguez deificada, tenía por madre a Semele; Alcmena daba a luz a Hércules, la fuerza erigida en divinidad. Pero Júpiter era el padre y de toda esta infame generación, en medio de la cual se ostentaba la impudicia, adorada con el nombre de Venus. He aquí las divinas imágenes que poblaban con sus estatuas, con sus templos y enseñanzas, el mundo griego y romano. «Nadie las tomaba por lo serio, dice Varron; considerábaselas como fuerzas diferentes de la naturaleza. Solo el mundo era Dios». En otras palabras, Dios había desaparecido del mundo.

Pero ¿es cierto, como dice Varron, que «nadie tomó por lo serio estas teogonías» en las que llega la falta de pudor al último límite de la demencia? Diez siglos de degradación moral van a contestarnos. Los misterios de Eleusis, de Baco y de la gran Diosa, resumían para los iniciados toda la sublimidad de las enseñanzas teológicas. ¿Qué eran estos misterios? Traslado aquí las palabras de San Agustín para cubrir con la autoridad de este ilustre doctor revelaciones de tal naturaleza. He aquí como se explica: «Me ruboriza tener que hablar de los misterios de Baco; pero es preciso para confundir tan arrogante estupidez.» «Entre los numerosos ritos que me veo obligado a omitir, nos dice Varron que se celebraban las fiestas de Baco con tal cinismo, que se presentaba en honor suyo, para que la adorase la asamblea, una figura inmundada. Este culto, desdeñando el pudor del secreto, ostentaba a la luz del sol el triunfo de la infamia. La horrible representación era paseada en una carroza, recorría los alrededores de Roma, y entraba en la ciudad en medio de una muchedumbre ebria de vino y de disolución. A estas fiestas se consagraba todo un mes, hasta que había atravesado el Foro el ídolo monstruoso para entrar en su santuario. Anteriormente era preciso que lo coronara en público con sus propias manos la madre de familia más honrada.» He aquí cómo se consideraban seriamente las divinidades del Olimpo. El mundo entero se modeló sobre la imagen del cielo pagano, siendo la tierra un vasto teatro de infamias. Por más que ahora cubran los poetas con flores estas inmundicias de la teología politeísta, jamás conseguirán disfrazarlas. ¿Qué digo? Lejos de tratar de disimularlas, las enseñan ex profeso todos los literatos griegos y romanos. No siempre ha celebrado la lira de Virgilio las praderas y los bosques; a veces ha repetido inspiraciones que hubieran sido admiradas en Gomorra. Hase derramado el néctar de Homero en la copa del padre de los Dioses por otras manos que las de Hebe. Cornelio Nepote se encarga de enseñar a nuestra juventud estudiosos secretos que deshonoran a Alcibiades, Sócrates y Platón. Cicerón, el grave moralista, ha escrito estas palabras: *Nobis qui, concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur, etiam vitia saepe jucunda sunt.* ¡Jamás consentirá en traducir estas palabras latinas una pluma cristiana! Quinto Curcio es también indiscreto respecto de Alejandro y Pausanias. No es más reservado Salustio respecto de Catilina. Solón constituye un privilegio de esta infamia en favor de los hombres libres, excluyendo a los esclavos. César se aprovecha de él ampliamente, prohibiéndonos insistir en ello un proverbio tan famoso como su nombre. «Si César ha dominado a las Galias, Nicomedes ha dominado a César». Plinio el joven nos dice lo mismo de Cicerón. Todas las poesías de Píndaro no borrarán el oprobio que ha inferido a su memoria el nombre de Teoxenes; todas las odas de Horacio no harán olvidar a Ligurino. Antinoo tuvo altares en tiempo de Adriano y de Trajano. El modelo de los emperadores no fue más escrupuloso que Plinio el Joven, su panegirista.

La ausencia de Dios se traducía en este mundo degenerado por la ausencia del alma. ¿Qué había llegado a ser la dignidad humana, en este desbordamiento sin nombre que mancilló las memorias más gloriosas? No tenemos valor, después de tan horribles pormenores, de considerar por el lado ridículo, una religión que autorizaba con el ejemplo de los dioses, semejantes infamias entre los hombres. Los graves romanos llevaban en pos de sus ejércitos pollos sagrados para proveer a cada instante a la necesidad de los arúspices, pues de lo contrario hubiera podido suceder, que en el momento de consultar a los dioses, no se hubiera encontrado otras aves, y hubiera tenido que suspenderse las operaciones militares. Colocábase, pues, delante de los pollos sagrados fuera de su jaula cierta cantidad de granos que era el pasto ritual: *offa pultis*. Si los volátiles se precipitaban ávidamente

sobre el alimento, y en especial, si en su afán y premura dejaban caer granos en tierra, se había efectuado el Tripudium, esto es, el auspicio más favorable. En el caso contrario, si rehusaban los pollos el alimento, si se obstinaban en permanecer en su jaula, era el auspicio desgraciado y reprobada la empresa. ¿Y quién nos da oficialmente estos pormenores? Cicerón que era augur aunque no creía en ellos, puesto que nos dice en una de sus obras que no podían mirarse sin reírse dos arúspices. Pero era preciso que creyera la plebe romana, para que permaneciese dominada por estos sacerdotes sin fe, que hacían profesión de especular con la credulidad del vulgo.

¿Mas, por lo menos nos indemnizarán los filósofos de estas vergonzosas y ridículas supersticiones? La filosofía que se separa de una fe religiosa no es más que el movimiento perpetuo de la ignorancia humana, agitándose sobre sí misma y recayendo siempre en el vacío. El materialismo fue el primer punto de partida de la filosofía griega. Thales de Mileto (600), fundador de la escuela Jónica, colocó el principio del mundo en los dos elementos generadores, el agua y lo húmedo. Esto era un absurdo en física y una blasfemia en religión. Pitágoras (608-500), padre de la escuela Itálica, después de haber recorrido el Oriente, y héchose iniciar en los misterios de Baco y de Orfeo, repudió la física incompleta de Thales, sustituyendo a ella un sistema matemático en que Dios es solo una mónada absoluta, el alma un número viviente, el mundo un conjunto armonioso de números reunidos. La escuela de Elea (500) con sus jefes, Xenófanes, Parménides y Zenón, desarrolló el germen panteístico de las dos filosofías precedentes. El mundo entero, ser colectivo, omnipotente, inmutable, eterno, fue proclamado Dios. Leucipo descompuso esta vasta divinidad en átomos que se movían eternamente, en número infinito, en el vacío. Cada uno de estos átomos era una fracción de Dios. La escuela de los sofistas (siglo V antes de Jesucristo), vino en breve a sacar la consecuencia práctica de estas extravagancias. Gorgias Leontino, Protágoras de Abdera, Prodico de Ceos, Hipias de Elis, Trasimaco, Eutidemo enseñaron que la verdad y el error eran dos términos igualmente desprovistos de significación y de realidad. El escepticismo llegó a ser la última palabra de la razón humana. A esta gloriosa conquista fueron a terminar los trabajos del primer periodo filosófico en Grecia. Tal vez nunca hubiera salido de este caos la sabiduría antigua sin la reacción maravillosa de Sócrates y de Platón, su discípulo (470-400). La aparición de estos dos genios poderosos coincide con el periodo de la dispersión del pueblo judío en tiempo de los Acheménides. Sin embargo, a pesar de su elevación incontestable y de las numerosas relaciones que ofrecen con la revelación mosaica, las doctrinas de Sócrates sobre la inmortalidad del alma, la unidad y la providencia divinas son más bien rasgos y como relámpagos de verdad que no forman un conjunto ordenado, definido y compacto. «Debemos necesariamente, decía Sócrates, esperar un doctor desconocido que venga a enseñarnos cuáles deben ser nuestros sentimientos para con los dioses y los hombres.»- «¿Cuándo vendrá este maestro? replicaba Alcibiades. ¡Con qué gozo le saludaré, sea quien fuere!». La gloria filosófica de Sócrates consiste precisamente en haber proclamado la impotencia de la filosofía humana. Partiendo del conocimiento del hombre, en sus dos naturalezas corporal y espiritual, discierne con lucidez todas las leyes de la moral, y las expone con una claridad, una pureza y una precisión admirables. Además, entrevé por los fenómenos exteriores, la inteligencia divina presidiendo los destinos del mundo; pero al llegar a este punto extremo, mas allá del cual no puede apercibir nada la humanidad reducida a sus propias fuerzas, apela a un revelador desconocido. Para oprobio del paganismo, el único de sus filósofos que llegó a tal altura, fue precisamente el único contra

quien se armaron todos los brazos. A los escépticos se les coronaba de flores; a Sócrates se le dio a beber la cicuta. Platón (429-347), su discípulo, formuló en cuerpo de doctrina, con el nombre de Escuela Académica, la enseñanza oral del maestro. Su filosofía es eminentemente espiritualista. Los tipos de todos los seres son las ideas, siendo las únicas que tienen existencia real y absoluta. Los sentidos sólo perciben lo particular, lo individual; en cuanto a las ideas, residen en Dios, que es su sustancia común, y son percibidas por una facultad superior, la razón, o quizá forman en el alma como reminiscencias de una vida anterior. El alma es una fuerza activa; la virtud un esfuerzo hacia el bien ideal que es Dios; el arte una imitación del bello ideal, que es Dios. Verdaderamente estas doctrinas son nobles y grandes, protestando con su sublimidad, contra la degradación politeísta; pero son estériles en su aplicación. Al lado de estas luces tan vivas en teoría, permanece la práctica del filósofo envuelta en sombras opacas, puesto que establece su república ideal, no solamente en la poligamia, sino en la promiscuidad. De esta suerte suprime la familia, la autoridad paterna, la piedad filial; puesto que quiere que sean educados los hijos por el Estado, sin conocer siquiera a sus padres; que encierra su sociedad imaginaria en castas, como el antiguo Egipto; y después de haber dado tan elevada definición del arte humano, proscribió a los artistas. ¡Tan impotentes y contradictorias eran estas elevaciones individuales del alma hacia una sabiduría y una verdad inaccesibles! Aristóteles (384-322), discípulo de Platón, trastornó el sistema de su maestro, y volvió a emprender el estudio de la filosofía, elevándose del efecto a la causa, en lugar de descender de la causa al efecto. Así es que fueron su punto de partida lo variable, lo contingente, las sensaciones, o las relaciones de los sentidos. Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu. Su filosofía que llevó el nombre de Experimental, debía resumirse con Epicuro, con relación a la moral, en este axioma: «El placer es el bien supremo del hombre.» El día en que se introdujo tan solemnemente la inmoralidad en el dominio de la filosofía, se espantaron los sabios de su obra, y volvieron a arrojar a Zenón (300-260), en la exagerada rigidez del estoicismo. «El cuerpo es todo» decía Epicuro; «el cuerpo no es nada» decían los estoicos; «el placer es el bien supremo» dicen los unos; «el dolor no es un mal» responden los otros. De estas contradicciones debía salir el escepticismo universal. Arcesilao (300-241) lo erigió en principio, en la Nueva Academia de que fue fundador. La base de toda sabiduría, decía, es que no podemos saber nada, puesto que carecemos de un criterio para discernir la verdad.

¿Qué era entre tanto de la humanidad, sacudida del materialismo al espiritualismo, del espiritualismo al empirismo, del empirismo a la incredulidad dogmática? ¡La humanidad se moría! No había familia, porque el celibato del vicio había matado todas las generaciones en su fuente, y fue preciso que inventara Augusto una legislación penal para obligar a los jóvenes romanos a casarse. Y sin embargo, hacían bastante fácil de soportar el yugo conyugal, el divorcio, la poligamia y el concubinato. En Roma, en tiempo de Augusto, como en el día en la China, se exponía, se vendía, se mataba a los niños. El padre tenía este bárbaro derecho y lo ponía en práctica. Esparta arrojaba también a las aguas del Taigeto a sus hijos deformes. La humanidad perecía entre las garras de las fieras en los circos, al hierro de los gladiadores, al látigo sangriento que desgarraba las carnes desnudas de los esclavos; porque la esclavitud era la base de la sociedad greco-romana. El esclavo era una cosa, una bestia de carga, menos que un perro. «El portero esclavo era atado junto a la puerta con una larga cadena, sujeta a un anillo de hierro, que se le ponía en el pie. El señor no se dignaba las más veces ni aun hablar a sus esclavos; llamábales sonando los dedos, y cuando tenían que dar más explicaciones, llevaban algunos su orgullo hasta escribir lo que

deseaban, temiendo prostituir sus palabras. La ley condenaba a la misma pena al individuo que había muerto a un esclavo que al que había muerto a una bestia de carga de otro, debiendo pagar su precio, que variaba según que era robusto o débil el esclavo y el mayor o menor perjuicio irrogado con su muerte a su dueño.» En cuanto a éste, tenía un derecho absoluto sobre el esclavo. Augusto hizo degollar en un solo día seis mil de estos desgraciados, culpables de haberse alistado bajo las órdenes del Senado para servir a la República, porque los esclavos no tenían derecho de llevar las armas y de morir en campaña como un soldado. El clemente emperador supo otra vez que uno de sus esclavos se había comido una codorniz, y le hizo morir crucificados. Vedio Polión hacer arrojar a sus murenas un esclavo, que ha quebrado por descuido un vaso precioso. «Cuando se comete un crimen público, cuando es asesinado un dueño de esclavos en su casa, condena la ley a perecer en el suplicio de la cruz a todos los esclavos sin distinción alguna que se encuentran bajo el mismo techo, en el momento del crimen.» Y la esclavitud en Roma, en Atenas y Esparta se hallaba en la espantosa proporción de doscientos esclavos por un hombre libre, y aún se conoció a simples ciudadanos romanos que poseyeron hasta veinte mil esclavos. La humanidad perecía, pues, en estas regiones desoladas de la servidumbre. La guerra mantenía la esclavitud. *Servi servati*, decía el proverbio romano. Tal era el escaso valor que tenía la vida humana a los ojos de la moral pública y oficial, que Julio César, aquel ideal del héroe, hacía reducir a la esclavitud a cuatro mil Helvecios vencidos, y cortar a otros tres mil las dos manos.

Era preciso alimentar para la señora del mundo esta jauría humana de que decía Séneca: «¡Qué horror si llegaran a contarnos nuestros esclavos!» El Egipto, la Libia, el Oriente, la Grecia, la Galia, todas las provincias del universo enviaban, pues, sus vencidos en largas e interminables caravanas para poblar el ergástulo de los patricios. En las tabernas en que se hacía constantemente el tráfico de esta horrible mercancía, tenía el prisionero de guerra la corona en la cabeza, cual marca irrisoria de su procedencia. Los que venían de ultramar llevaban frotados los pies con yeso o greda. Al entrar en aquella Roma a donde iba a sepultárseles vivos, se ofrecían a sus ojos las cruces infames, siempre enhiestas con los cuerpos abandonados, cerca de la puerta Esquilina. Entonces comprendían que la ciudad de Rómulo había aplicado contra ellos aquella palabra de Breno. «¡Ay de los vencidos!» Y se encaminaban silenciosos a la morada de su señor, donde les esperaba la horquilla, los azotes, el tormento, la marca, las cadenas, la cárcel y la muerte! ¡Siempre la muerte! Las matronas romanas y las jóvenes vestales la indicaban, alzando el dedo, en los juegos sangrientos del anfiteatro. ¡Los gladiadores que iban a morir saludaban a César! No había festines en que no debieran matarse mutuamente algunos esclavos, para despertar, con el aspecto de la sangre, a los convidados medio dormidos en el triclinio de oro. Los romanos opulentos legaban por testamento a sus herederos la muerte de sus esclavos como un recuerdo de inmortal afecto.

Carencia de Dios; la humanidad degollada por do quiera; el alma envilecida en una monstruosa disolución; he aquí el espectáculo del mundo greco-romano! No lo hemos dicho todo, y por otra parte se resiste a ello el corazón. En esta rápida carrera, por entre tantas torpezas morales, tan feroz barbarie, y tan infernal degradación, se aplanan sobre el alma un disgusto profundo, mezclado a no sé qué terror lleno de angustia. San Pablo ha dicho una palabra que resume la civilización antigua. *Deus venter est*. «Se comía, para vomitar; se vomitaba para comer continuamente: sin dar tiempo siquiera para digerir

comidas cuya magnificencia tenía por tributarlos todas las comarcas del mundo.» Así habla Séneca el filósofo; y añade: «Cayo Graco, a quien produjo la naturaleza en mi concepto para dar el ejemplo de un conjunto de todos los vicios, en el seno de la fortuna mas elevada, gastó un día 100,000 sesteracios en un banquete, llegando apenas su imaginación, auxiliada en esta tarea por todos sus convidados, a agotar, en una comida gigantesca, las rentas anuales de tres provincias.» Esopo, el trágico, sirve un plato que cuesta 73,800 reales. Clodio hace disolver una perla en vinagre, y se bebe de un trago, 738,000 reales. Conocidas son las cenas de Lúculo y de Antonio; sabido es el nombre de aquel Apicio, que después de haberse comido millones, se mató diciendo que no podía vivir un romano con solo 760,000 reales de renta. Coronarse de flores; tenderse sobre cojines de seda y de púrpura en salas de festines servidos por jóvenes doncellas despojadas de todos sus velos, y en donde se celebraba el espectáculo de gladiadores que se degollaban al pie de lechos de oro; devorar la sustancia del universo; embriagarse a un tiempo mismo con vino, voluptuosidad y sangre, tal era la vida en el siglo de Augusto!

El suicidio formaba su natural desenlace. Arruinado Apicio, no hacía más que poner en práctica los preceptos de Cicerón: Injurias fortunae, quas ferre nequeas, defugiendo relinquis. «Cuando no hay fuerza para soportar los reveses de la fortuna, es preciso salir de este mundo.» He aquí la última fórmula de la filosofía. Y no es de temer que se califique de cobardía el desertar de la vida como un soldado que arroja sus armas y abandona el puesto confiado a su honor. El suicidio es un acto de heroísmo supremo. «Si eres desgraciado y te queda algo de virtud, añade Cicerón, mádate, a ejemplo de los más grandes hombres.» Pero tal vez detengan tu brazo la vida futura, los destinos del alma inmortal. Háblase del negro Cocito, del Aqueronte, río de los infiernos, y de tormentos que no acaban nunca. «¿Me juzgáis, pues, tan insensato, contesta el mismo Cicerón, que crea en estas fábulas? ¿Qué entendimiento hay tan imbécil que pueda admitirlas?» «O sobrevive el alma a la muerte, continúa el mismo, o muere con ella. Algún día nos dirá un Dios lo que hay sobre esto, porque, para nosotros, es ya muy difícil distinguir cuál de estas dos opiniones es más probable. Como quiera que sea, si muere el alma, la muerte no es un mal; si el alma sobrevive, tiene que ser feliz. Si manent beati sunt.» En virtud de este dilema que simplificó mas Séneca, reduciéndolo a esta palabra tan conocida: Aut beatus, aut nullus, «Felicidad o nada» se cernía sobre el mundo el suicidio, como sobre una presa; marcando con su vergonzoso estigma las memorias más ilustres. Aníbal, Temístocles, Antonio, Pompeyo, Mario, Catón de Útica, Cleómenes, Craso, Demóstenes, Cayo Graco, Otón, todos estos héroes de Plutarco, son los héroes del suicidio. Si queremos interrogar hasta el fin, como termómetro de la moralidad pública, la lista de los nombres que ha inscrito este historiador en su colección biográfica, como sobre las tablas o registros de la inmortalidad, vendrá el asesinato a formar el reverso o la parte contrapuesta de la muerte voluntaria. Agis, Alcibiades, César, Cicerón, Coriolano, Dión, Tiberio Graco, Nicias, Numa, Filopemenes, Sertorio, caen víctimas del puñal o del veneno. Los más afortunados mueren en el destierro. De los cincuenta grandes hombres de Plutarco, tan solo diez tuvieron la dicha de terminar gloriosamente su vida en un campo de batalla o en la calma y tranquilidad del hogar doméstico. Ahora comprendemos la palabra del profeta. La humanidad se hallaba realmente sentada en las tinieblas y en la región de las sombras de la muerte.

El libro de la Sabiduría presenta un cuadro del mundo idolátrico, cada uno de cuyos rasgos ofrece una realidad palpable. «Los hombres, decía, sacrifican sus hijos en altares

impuros, verifican ritos insensatos, en misterios nocturnos, manchados de infamias. No respetan las vidas, ni la pureza de los matrimonios: el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones en el seno de una horrible confusión. ¡Por todas partes sangre, homicidio, robo y mentira, corrupción e infidelidad, rebelión y perjurio, opresión tumultuosa, olvido de Dios, contaminación de las almas, nacimientos vilipendiados, inestabilidad en las uniones, desorden entre esposos, y suprema lujuria! Tal es el culto de los ídolos infames, causa, principio y fin de todos los males.» He aquí, pues, despojado de todas las seducciones de la forma, de todos los encantos de la poesía, de todos los prestigios del arte oratoria, he aquí, en su terrible desnudez, el cadáver del paganismo antiguo. Ahí está, a nuestra vista, ostentando el espectáculo de sus oprobios. Pero ¿quién le ha matado? ¿Por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió a torrentes durante cuarenta siglos? ¿Quién fue el David de este Goliath, el vencedor de este gigante, a quien no supieron vencer ni Sócrates, ni Platón, ni Alejandro, ni César, ni el gran genio de los sabios, ni las armas de los héroes? Hallábase lleno de vida en el siglo de Augusto: había conquistado el mundo. Arrojábasele víctimas, de Oriente a Occidente; devoraba cuerpos y almas, infancia y vejez, pudor, virginidad, virtud, y hombres a millares! Todo parecía afirmar la duración a su reinado. Los poetas le cantaban en obras inmortales; coronábanse sus estatuas; abalanzábanse todos a sus fiestas; perfumaban sus altares los vapores del incienso; saludaban su divinidad los pueblos y los reyes, y los mismos sabios. Suponiendo una progresión en el porvenir, análoga a su desarrollo en lo pasado, debió haber llegado hasta nosotros por una serie no interrumpida de victorias. Figurémonos lo que sería en el día disponiendo de los poderosos agentes de nuestra civilización moderna. Las hecatombes de la antigüedad serían degollaciones en masa; los treinta mil gladiadores que murieron en el reinado de Augusto, serían reemplazados por naciones enteras, trasladadas con el auxilio del vapor al centro de un anfiteatro de que formaría el antiguo Coliseo apenas el local de un palco. Las fieras no serían bastantes para devorar las víctimas; hasta el fuego sagrado de los altares sería demasiado lento, y habría que suplirlo con esos nuevos y ardientes fuegos que ha puesto en nuestro poder la electricidad; con esas máquinas que vomitan llamas, y cuyos rodajes pulverizarían sin cesar miembros palpitantes. El sensualismo tendría por tributario, no ya a provincias, sino al mundo entero; las vías romanas, reemplazadas por nuestros caminos de hierro, transportarían en algunos días lo que tenían que esperar por años enteros la voluptuosidad o la glotonería de los patricios. ¿Quién mató, repito, al paganismo? Quien quiera que sea, verificó el más grande de los milagros históricos. Sólo Dios podía hacerlo, y la humanidad moribunda pedía a voz en grito un Salvador divino.

Expectación universal

Hace largo tiempo que se ha insistido en este grande hecho que domina la antigüedad e ilumina las tinieblas del politeísmo, quiero decir, la expectación general de un Dios Salvador; habiéndosela considerado con justo título, como una brillante y manifiesta confirmación de la verdad bíblica. Porque verdaderamente es el comentario más magnífico de aquella palabra del patriarca: *Et ipse erit exspectatio gentium*, todo el género humano proclamando con sus más lejanos y diversos ecos, la fe en el Mesías, cuyo profeta había sido la nación judía al través de los tiempos. Por más que diga el racionalismo incrédulo, no

puede arrancar el árbol divino, cuyas raíces penetran en las profundidades de la historia antigua, y cuyas ramas cubren las sociedades modernas. Antes de atacar la divinidad de Jesucristo, sería preciso trastornar la historia de los cuarenta siglos que le esperan; destruir la fe de los dos mil años que le adoran; sepultar la historia en una destrucción universal, y si aún quedase algún sofista que sobreviviera a sus ruinas, debería crear un mundo nuevo para ponerlo en el lugar del mundo histórico y real que acabase de destruir. No se trata ya en efecto de ahogar solamente cada una de las voces que se han oído en Israel. Aun cuando se destruyera a Moisés, el Pentateuco, David, los Profetas, todos los monumentos de la fe judía, quedaría el grito espontáneo, universal, unánime del género humano que pide un Salvador, de Oriente a Occidente, del Septentrión al Mediodía, en todos los idiomas y en todas las literaturas conocidas. Toda la tierra habla como ha hablado Moisés. Sobre este punto están acordes los oráculos de Delfos y de Cumas con los Profetas: el mundo espera y atiende durante cuatro mil años. En la segunda vertiente de la historia, el mundo adora y cree: esta magnífica unidad de esperanza y de fe, desafía todos los esfuerzos del escepticismo.

«Hay, dice Plutarco, una doctrina de la más remota antigüedad, que se ha transmitido de los teólogos y de los legisladores a los poetas y a los filósofos; es desconocido su autor, pero se apoya en una fe constante e inalterable, y se halla consagrada universalmente, no tan solo en los discursos y en las tradiciones del género humano, sino también en los misterios y en los sacrificios, entre los Griegos y entre los bárbaros.» Esta opinión es, que el universo no ha sido abandonado al acaso, y que tampoco está bajo el imperio de un poder único, sino que existen dos principios vivientes, el uno del bien, el otro del mal. «El primero se llama Dios, el segundo se llama el demonio. «Así es como hablaba Zoroastro. Dios era Oromazes, el demonio se llamaba Ahrimanes. Pero entre los dos colocaba un mediador llamado Mithras. Pues bien, vendrá un tiempo fatal y predestinado en que Ahrimanes después de haber abrumado al mundo con toda clase de plagas, será destruido y exterminado. Entonces se aplanará la tierra como un valle llano y unido; no habrá más que una vida y una clase de gobierno entre los hombres y todos hablarán el mismo lenguaje y vivirán felices. -Teopompo es- escribe también que los dos poderes del bien y del mal combatirán uno contra otro, en una lucha que durará siglos; pero que al fin será vencido, abandonado, destruido Plutón, (el poder infernal): entonces serán felices los hombres, y el Dios que habrá obrado, hecho y procurado este triunfo, reposará un tiempo conveniente a su divinidad. «La filosofía moderna ha reconstruido, con el auxilio de los monumentos caldeos y del texto de Zend-Avesta, todo el sistema de Zoroastro, de que sólo hace Plutarco un análisis incompleto. He aquí la manera como resume M. Lajard el dogma persa: Zaruan, Ormuzd y Mithra componen una triada divina que representa el pensamiento, la palabra y la acción. Ormuzd, rey del firmamento, ha creado el mundo por medio de la palabra. Esta palabra es: Yo soy. Mithra, rey del cielo movable, rey de los vivos o de la tierra, rey de los muertos o de los infiernos, pronuncia sin cesar esta palabra, como encargado por Ormuzd de presidir a la reproducción de los seres. Su nombre significa también, en Zend, la Palabra, se leen estas palabras: Namasebesio, que pronuncia este Dios en el momento en que clava su puñal en el cuerpo del toro (víctima sagrada de los Persas). Estas dos palabras, la primera de las cuales pertenece al idioma de los Persas, significan: Gloria a Sebesio, que es el mismo Dios que Ormuzd. Esta fórmula es un resumen lacónico de la oración que dirige Mithra en los libros de los Persas, con las manos elevadas al cielo, a Ormuzd, para implorar el perdón del pecado cometido por la primera pareja humana; y las palabras de Mithra están

aquí en perfecta armonía con las que Zoroastro pone en boca del mismo Ormuzd, y cuyo sentido es que si no hubiera tributado Meschia (el primer hombre) a Ahrimanes un culto que sólo debía rendir a Ormuzd, «hubiera arribado su alma, criada pura e inmortal, a la mansión de la felicidad, en cuanto hubiese llegado el tiempo del hombre creado puro.» El mediador, el Verbo, el Mithra de Zoroastro, que debe restablecer la armonía entre el cielo y la tierra, que debe triunfar del principio infernal, según Teopompo, vuelve a encontrarse con su nombre de . «Resumiendo, añade M. Lajard, diré que el sistema religioso de los Persas reconocía .» Finalmente, «este último libertador verificará la resurrección de los muertos y la renovación de los cuerpos.» D'Herbelot en su Biblioteca Oriental, había señalado ya esta importante tradición del nacimiento maravilloso del Libertador, prometido por Zoroastro. He aquí sus palabras: «Aboul-Faradj, en su quinta dinastía, dice que Zardascht (Zoroastro) autor de la Magoussiah, había anunciado que nacería de una virgen el Libertador.» Ahora comprendemos por qué vendrán los Magos a adorar al divino Hijo de María, al establo de Belén. «Una constante tradición, dice también M. Lajard les hace venir de la misma Persia, y los primeros homenajes que recibe al nacer, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, son los que ellos vienen a ofrecerle.» No habían olvidado los Magos, discípulos de los Caldeos, la palabra del hijo de Beor: «Nacerá una estrella de en medio de Jacob.»

?- Los tres reyes, respondió Confucio, dotados de una gran bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible. Mas por mi parte, Khieou, no sé si fueron santos.- El ministro replicó: No han sido santos los cinco señores?- Los cinco señores, contestó Confucio, dotados de una gran bondad, han hecho uso de una caridad divina y de una justicia inalterable, pero yo, Khieou, no sé si han sido santos.- El ministro le preguntó ?- Los tres Augustos, replicó Confucio, han podido emplear bien el tiempo, mas yo, Khieou, ignoro si han sido santos.- Sorprendido el ministro, le dijo al fin: Pues entonces ¿a quién se puede llamar santo?- Confucio conmovido, respondió, no obstante, con dulzura a esta pregunta: Yo, Khieou, he oído decir que habría en las comarcas occidentales un Hombre Santo, que sin ejercer ningún acto de gobierno, prevendría las turbulencias; quien, sin hablar, inspiraría una fe espontánea; quien, sin alterar el orden de las cosas, produciría naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe decir su nombre; pero yo, Khieou, he oído decir que éste será el verdadero santo.» He aquí las palabras no menos explícitas que tomamos al Tchoung-Young, traducido recientemente por nuestro sabio sinólogo M. Pauthier: «El príncipe sabio, dice Confucio, busca la prueba de la verdad en los espíritus y en las inteligencias superiores, y por tanto conoce profundamente la ley del mandato celestial; hay que esperar por cien generaciones al Hombre Santo, el cual no está sujeto a nuestros errores. Que aparezca este Hombre supremamente Santo con sus virtudes y sus poderosas facultades, y los pueblos no dejarán de demostrarle su veneración; que hable, y los pueblos no dejarán de tener fe en sus palabras; que obre, y no dejarán de regocijarse los pueblos. Así es como la fama de sus virtudes es un Océano que inunda el imperio por todas partes, extendiéndose aún hasta a los bárbaros de las regiones meridionales y septentrionales; por todas partes donde pueden abordar las naves o llegar las carrozas, o penetrar las fuerzas de la industria humana, en todos los lugares que cubre el cielo con su inmenso dosel, en todos los puntos que abraza la tierra, que iluminan el sol y la luna con sus rayos, que fertilizan el rocío y los vapores de la mañana: cuantos seres humanos viven y respiran, no pueden dejar de amarle y reverenciarle. Por esto se ha dicho que le » Parece que se oye en estas admirables palabras una paráfrasis de las inspiraciones

de Israel: «Marcharán las naciones guiadas por su luz, y los reyes por el esplendor de su aurora.- Levántate, Jerusalén, sube a las alturas, mira hacia el Oriente, y ve congregados tus hijos desde el Oriente al Occidente, en virtud de la palabra del Santo, gozándose en la memoria de Dios.»

. La parábola del hijo extraviado que forma el capítulo IV del Lotus de la Buena Ley, uno de los libros sagrados más extendido entre los que componen la voluminosa literatura de los budistas, ha sido traducida hace algunos años por MM. E. Burnouf y Foucaux. En ella se representa al género humano como en el Evangelio, bajo la imagen de un hijo separado por largos años del padre más tierno. «Nos extraviamos, somos impotentes, somos incapaces de hacer un esfuerzo, dicen los sabios.» Baghavat les lleva la ley que no habían oído anteriormente. Pasmados de admiración y sorpresa, poseídos de la mayor alegría los sabios, se levantan, hincan la rodilla derecha en tierra, se inclinan y juntan las manos ante Baghavat. Su alegría es igual a la del hijo extraviado que vuelve a encontrar a su padre.

.» Los americanos del Norte no son menos explícitos que los del Mediodía. «Una profecía antigua, dice M. de Humboldt, hacía esperar a los mejicanos una reforma benéfica en las .» En todos los recuerdos del género humano se encuentra el dogma de la rehabilitación estrechamente ligado con el del pecado original. «La mujer de la serpiente, llamada también mujer de nuestra carne, porque la consideraban los mejicanos como madre de todos los mortales, continúa M. de Humboldt, se halla representada siempre en relación con una gran serpiente, y otras pinturas nos ofrecen una culebra con penacho, despedazada por el gran espíritu Tezcatlipoa, o por el sol personificado, el dios Tonatuch, que parece ser idéntico al Krischna de los Indios, cantado en el Bhagavata-Purana, y al Mithras de los persas. Esta serpiente, derribada por el gran espíritu, cuando toma la forma de una de las divinidades subalternas, es el genio del mal, un verdadero «.» Finalmente, para completar estas nociones de tan capital interés, añade M. de Humboldt: «Hállase en muchos rituales de los antiguos mejicanos, la figura de un animal desconocido, adornado con un collar y una especie de arnés, pero traspasado de dardos. Según las tradiciones que se han conservado hasta nuestros días, es un símbolo de la inocencia padeciendo: bajo este concepto, recuerda esta representación al cordero de los hebreos o la idea mística de un sacrificio expiatorio destinado a calmar la cólera de la Divinidad.»

.» Después de haber vuelto a trazar el origen del mundo, la creación del hombre y los trabajos de los dioses, refiere la Vola la llegada del genio del mal y la perversidad de los hombres que fue su consecuencia. Entonces se eleva su acento: «¡La llanura en que se encontraron Suttur y los dioses buenos, dice la Vola, para combatir, tiene cien jornadas de camino a lo ancho y a lo largo! Este es el lugar que les está asignado.» Todo lo que se refiere a este gran combate, cuyo resultado decidirá de la suerte del mundo, se halla «desarrollado, añade M. Ampere, con la complacencia de un profeta que amenaza a sus enemigos.» Al fin quedará la victoria por los dioses, se renovará el mundo, y volverá a comenzar el reinado de la justicia para no terminar nunca.

.» ¿Poseía Platón ese Dios Salvador? No, puesto que en otro pasaje nos dice que «vendrá un día a enseñar a los mortales». Sin embargo, anteriormente, le implora. «Al principiar esta plática, dice, invoquemos al Dios Salvador para que nos salve con su enseñanza extraordinaria y maravillosa, instruyéndonos con su doctrina verdadera.» Esto recuerda la

profesión de fe de Sócrates que hemos indicado más arriba, y que creemos conveniente citar por completo. Después de haber demostrado el filósofo que Dios no mira ni a la multitud, ni a la magnificencia de los sacrificios, sino que considera únicamente la disposición del corazón que los ofrece, no se atreve a explicar cuáles deben ser estas disposiciones, ni lo que debe pedirse a como bienes. Es preciso, pues, esperar, hasta que nos enseñe alguno cuáles deben ser nuestros sentimientos hacia Dios y hacia los hombres.- Alcibiades. ¿Quién será este maestro, y cuándo vendrá? Con gran gozo veré a este hombre, sea quien fuere.- Sócrates. Es aquel de quien eres querido desde ahora; mas para conocerle, es preciso que se disipen las tinieblas que ofuscan tu entendimiento y que te impiden discernir claramente el bien del mal; al modo que abre Minerva, en Homero, los ojos a Diomedes, para que distinga al Dios, oculto bajo la figura de un hombre.- Alcibiades. Que disipe, pues, esta nube espesa, porque estoy pronto a hacer todo lo que me mande para ser mejor.- Sócrates. Te repito que aquel de quien hablamos desea infinitamente tu bien.- Alcibiades. Entonces me parece que haría yo mejor en remitir mi sacrificio hasta el tiempo de su venida.- Sócrates. Es verdad; más seguro es esto que exponerte a desagradar a Dios.- Alcibiades. Pues bien, cuando yo vea ese día deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley. Yo espero de la bondad de los dioses que no tardará en venir.»

¿Dónde habían, pues, tomado estas ideas, tan opuestas al orgullo filosófico, Sócrates y su intérprete Platón? Nadie duda, dice el sabio Brucker, que se conservase en el seno de la antigüedad, en todos los pueblos extraños a la civilización griega, la doctrina tradicional de un Mediador entre Dios y los hombres, que participara a un tiempo mismo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Puede, pues, conjeturarse, con mucha verosimilitud, que se inspire el genio de Sócrates y el de Platón en esta fuente.

.» Augusto nació el año 63 antes de Jesucristo, subiendo treinta años después, con el título de emperador, al trono del mundo. Debía, pues, haberse satisfecho .» «Todo el Oriente, dice Suetonio, tenía fijos los ojos en una antigua y constante tradición, según la cual prometían los destinos el cetro del universo a hombres que saldrían en aquel tiempo de Judea.»

¡Coincidencia singular! Mientras veían los judíos transcurrir los últimos años del periodo setenta veces semanal de Daniel, anunciaban los sacerdotes etruscos la proximidad del Gran Año, de la era décima, era fatídica en que reinaría, al fin, en el mundo la felicidad universal. «Algunos meses antes del rompimiento de Mario y de Sila que debía ser tan fatal para los romanos, dice Plutarco, resonó el aire puro y sereno súbitamente con sonidos lúgubres y doloridos que descendían del cielo. Apoderose la consternación de todos los corazones. Reuniéronse los sacerdotes etruscos en el templo de Belona, y consultados oficialmente por el Senado sobre la significación del fenómeno, respondieron: «La trompeta celestial anuncia una era nueva que cambiará la faz del universo.» Todos saben de memoria los bellos versos de Virgilio. «Ha llegado, dice el poeta, la última edad de los oráculos de Cumas. Renuévase íntegramente el gran periodo de los siglos. Ya aparece la Virgen y vuelve a traer las felicidades del reinado de Saturno. Descenderá de las alturas de los cielos una nueva raza, y nacerá un niño que cerrará el siglo de hierro y restablecerá la edad de oro. Tu consulado, ilustre Polión, tendrá la gloria de dar fecha al venturoso advenimiento de los grandes meses que van a sucederse. Borráranse todas las antiguas manchas de nuestros crímenes, y quedará libre la tierra del temor secular que la oprimía. Este niño recibirá la vida de los dioses, y reinará en el universo pacificado, con la fuerza y la virtud paternas. A tus pies, divino Niño, brotará la tierra espontáneamente, sus primeras ofrendas; los tapices de hiedra con sus flores pendientes, las colocasias mezcladas al

gracioso acanto. La cabra de las montañas traerá . Tal es el siglo, cuyo hilo se apresuran a plegar en sus ligeros husos las Parcas, dóciles a la suprema voluntad de los destinos. Hijo amadísimo de los dioses, augusto vástago de Jove, date prisa, te esperamos para honrarte. Mira al mundo que vacila en su inmensa órbita, y los continentes, y los mares, y las profundidades de los cielos. Todo se agita y se estremece a la gozosa expectativa del siglo que va a venir. ¡Oh! ¡ojalá se prolongue mi vida hasta este día afortunado, y quede en mis labios un postrer aliento para cantar tus hazañas! ¡Aparece, pues, Niño, y principia a reconocer el semblante de tu madre en su sonrisa!»

en los bosques de las Galias, en las dilatadas llanuras del Oriente, por todas partes donde agita siquiera un soplo religioso pechos humanos, brilla y se desborda en el mundo antiguo la misma fe en el Redentor, que ha de venir a enseñar y juzgar a los mortales. Perpetúase el eco de la promesa del Edén, bajo la bóveda sonora de las edades, y ¿se rehúsa a la Iglesia católica el derecho de recoger

.» ¿Y no domina en el Capitolio, a pesar de los dioses y de los hombres, la cruz, cetro del rey inmortal? No hay duda que se rebelaban contra el oráculo sibilino las simpatías republicanas de Cicerón. El orador filósofo arroja una negación enfática a la predicción de la Sibila, y sólo consigue consignar mejor para lo futuro, su propio error y la veracidad de la profetisa. Finalmente, para justificar desde ahora, sin tener que insistir en ello, la mención simultánea de David y de la Sibila, en el canto litúrgico, en que traza la Iglesia romana en la tumba de sus hijos, la catástrofe final que reducirá a polvo el mundo, nos basta reproducir aquí otro texto de Cicerón: «Futura praesentiunt, ut deflagrationem futuram aliquando coeli atque terrarum.» Este texto es seguramente, si se reflexiona, la confirmación del texto litúrgico:

. El autor de esta obra, Mr. Alexandre, ha dado el golpe de gracia a la limitada y mezquina filosofía del último siglo, que creía resolver las cuestiones más graves con una carcajada. Remitimos a esta obra magistral a nuestros lectores que deseen hacer un estudio más profundo de la cuestión. Por nuestra parte, antes que nos hubiera dado esta confirmación tan irrecusable la más autorizada crítica, pensábamos que bastaban los testimonios de la antigüedad pagana para cortar la dificultad. ¡Pues qué! decíamos, atestigua Cicerón que la Sibila anunciaba el advenimiento de un rey, cuya soberanía debían reconocer los romanos, si querían salvarse, Si salvi esse vellemus. Se exalta el orador republicano al solo pensamiento de un monarca, que volviera a levantar en el Capitolio el cetro hecho trozos de Tarquino el Soberbio. Pregunta: ¿Dónde está ese rey? ¿Quién le ha visto? ¿para qué siglos se halla reservado? Requiere a los dioses y a los hombres que no toleren jamás semejante usurpación, ¡y habíamos de cerrar nosotros los ojos a la luz, habiendo sido testigos de la vanidad de las recriminaciones del orador romano, y del cumplimiento, al pie de la letra, de las predicciones sibilinas, y no habíamos de ver la correlación de las tradiciones paganas con las profecías mesiánicas en la persona de Jesucristo! Nombra Virgilio a la Sibila de Cumas, y comenta sus oráculos en versos inmortales, ¡y no se ha de tener esto en cuenta!

. No es solamente la profetisa Ana , los aduladores de Augusto aplican igualmente al César de Roma las predicciones de los oráculos sibilinos. La expectación es general. ¡El mundo parece suspender su marcha: interrógase a todos los puntos del cielo: se escucha; se espera! Hanse cumplido los tiempos: su plenitud se ha consumado. El recogimiento de la humanidad en esta hora solemne se reviste de un carácter misterioso. Hubo entonces un silencio que recordó el del universo creado, cuando esperaba de la mano de Dios un señor futuro, en la época en que meditaba la Santísima Trinidad la formación del hombre. ¡Cuánta sangre, cuántos crímenes ignominiosos cayeron sobre esta raza humana desde el momento en que salió radiante y pura de la creación primitiva! Todavía será más maravillosa la obra de la creación. El día cuyos esplendores van a ostentarse a nuestras miradas, es el que ha de iluminar el triunfo de una hija de Eva sobre la antigua serpiente; el que ha de realizar las bendiciones con que debía dotar un hijo de Abraham a todas las tribus de la tierra. El sacerdote, según el orden de Melquisedech; el Isaac del monte Moria; el Enviado de las colinas eternas, predicho por Jacob; el Profeta suscitado por Dios, como Moisés; el Conquistador, hijo de David; pacífico como Salomón; cuyo imperio significa la paz; cuyo nombre es Dios con nosotros; cuya madre debe ser una virgen; cuya patria es Belén; cuyos enviados deben recorrer el mundo, pasando hasta a las islas remotas para anunciar el reino de los cielos: el Mesías, en fin, va a aparecer. Ya su estrella, anunciada por Balaam, ha sido distinguida por los Magos del Oriente. ¡Venid, Hijo de los patriarcas, Heredero de los reyes de Judá, Esperanza de los justos, verdadero Cordero de los sacrificios, Arca de alianza inmortal; realizad todas las figuras; cumplid todas las promesas; consumad el mundo en la unidad! El Antiguo Testamento, con su séquito de esperanzas seculares rodea vuestra cuna. La humanidad encorvada bajo el yugo del error, sentada en la sombra de cuatro mil años, espera vuestra luz, Estremécese como el ciervo sediento que suspira por las aguas de las fuentes y ansía sumergirse en los manantiales de aguas vivas, abiertos por el Salvador y que saltan hasta la vida eterna.

se hizo carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Ninguno vio jamás a Dios. El Unigénito que está en el seno del Padre, éste es quien le dio a conocer.

, Juan, hijo del Zebedeo,» sino de un literato racionalista, que se expresa de esta suerte: «En cuanto se distinguió el hombre del animal, fue religioso, es decir, que vio en la naturaleza algo más allá de la realidad, y para él, algo más allá de la muerte. Este sentimiento se extravió durante millares de años de la manera más extraña. Entre muchas razas no pasó de la creencia en los hechiceros bajo la tosca forma en que la encontramos aún en ciertas partes de la Oceanía. En algunas, llegó a parar el sentimiento religioso a las vergonzosas escenas de carnicería que forman el carácter de la antigua religión de Méjico; en otras, especialmente en África, llegó al puro fetiquismo, es decir, a la adoración de un objeto material, al que se atribuían poderes sobrenaturales. Así como el instinto del amor, que eleva por momentos al hombre más vulgar sobre sí mismo, se convierte a veces en perversión y ferocidad, así esta divina facultad de la religión pudo parecer por largo tiempo un cáncer que era preciso extirpar de la especie .» Así habla el moderno revelador. ¡Qué luz proyectada en los horizontes intelectuales! ¡Un día el animal primitivo se durmió gorilla o negro troglodita, y se despertó al siguiente día hombre inteligente! Época memorable, cuya fecha exacta preguntamos al punto, porque aún sería tiempo de inscribirla en la primera página de los anales humanos. El hombre vio «la naturaleza» deliciosa contemplación, de que sólo habían podido percibir sus ojos de mono los cuadros más toscos. Estos encantos súbitamente revelados, debieron enajenarle, y fue más allá del objeto presente, y «vio algo más allá de la realidad.» No sabía el desdichado, como nuestros racionalistas, que no existe lo sobrenatural. De error en error, llegó a forjarse «para él algo más allá de la muerte.» En breve cedió ante los espantos de una religión imaginaria; revelose su instinto de amor en «un cáncer religioso que fue preciso extirpar de la especie humana.» ¡Ay! ¿por qué no permaneció siendo orangután el animal primitivo? Pero estaba hecha la transformación, y parece que fue irrevocable, a pesar de su carácter tan poco natural. ¡Oh, hombre! Consuélate si puedes: este es el Evangelio moderno. No hay nada más allá de la naturaleza; no hay nada para ti más allá de la muerte. Tu única desgracia fue distinguirte del animal. ¿Es tan difícil reconquistar tu felicidad perdida, volviendo a tu origen primitivo?

.»

?»

?» Antes aún de pensar en todas estas puerilidades, .» Pues bien, se ha reproducido el milagro veinte veces, cuarenta veces en otras circunstancias, y multiplicándose en otras tantas naciones paganas que se han presentado alternativamente a la acción del Verbo hecho carne.

. Se levanta. Es el hijo pródigo que va a arrojarse en los brazos de su padre; es Lázaro tendido en las fétidas emanaciones del sepulcro. ¡Ha resucitado este muerto, este desesperado, este hijo perdido! He aquí el milagro permanente del Evangelio. Mil veces habéis visto un confesor, un penitente, un sacerdote, y mil veces habéis visto sin pensarlo una resurrección.

. Por lo demás, se le impuso su reputación de taumaturgo, a lo que no se resistió mucho, si bien no hizo nada para coadyuvar a ella; pero experimentaba la vanidad de la opinión sobre este particular. En la vida de Jesús ocupan un gran lugar los actos de ilusión y de locura.»

.»

!»

» Tal es la conclusión del Evangelio racionalista. ¡Despojado así de todo esplendor divino, de toda verdad histórica, de toda verosimilitud posible, y por el contrario, envuelto con un manto irrisorio, encubierto con el disfraz más miserable, más odioso y absurdo, el nombre de Jesús acaba de obrar este prodigio a la faz del mundo! El racionalismo moderno que niega todos los milagros, no podía negar este, aun auxiliado por una comisión de químicos.

. Obra de curiosidad y hasta cierto punto de buena fe, establecióse esta leyenda a fines del siglo I sobre un), compuesto según las noticias y los recuerdos del apóstol Pedro; 2.º una colección de sentencias () escrita en hebreo por Mateo, y que cada cual tradujo lo mejor que pudo. No es sostenible que estas dos obras, tales como las leemos, sean absolutamente semejantes a las que leía Papías; primeramente, porque el escrito de Mateo se componía tan solo de discursos en hebreo del cual circulaban traducciones bastante distintas, y en segundo lugar, porque para Papías eran enteramente distintos el escrito . Pues bien, en el estado actual de los textos, el Evangelio según Mateo, y el Evangelio según Marcos, . Esto prueba perfectamente que no conservamos, respecto de Mateo ni de Marcos, las redacciones originales. Nuestros dos primeros Evangelios son ya solo arreglos o coordinaciones de éstas. Cada cual deseaba, en efecto, poseer un ejemplar completo. El que sólo tenía en su ejemplar discursos, quería tener relatos, y recíprocamente. Por eso se ve que el Evangelio según Mateo ha reunido casi todas las anécdotas del de Marcos, y el

Evangelio según Marcos contiene en el día una multitud de pasajes o rasgos provenientes de los Logia de Mateo.» En cuanto a la obra de Lucas, - es todavía mucho mas, débil su valor histórico. Lucas tuvo probablemente a la vista la colección biográfica de Marcos y los Logia de Mateo; pero procede respecto de ellas con suma libertad; pues unas veces refunde dos anécdotas . Es, pues, este Evangelio un documento de segunda mano.-El cuarto Evangelio, el de Juan, nos presenta . En él se despliega todo un nuevo ? «Es, pues, claro que los .

. Si hubiera interrogado el código CCXXXII del Myriobiblon de Focio, hubiera descubierto que se honra en él a San Papías, obispo de Hierápolis, con el título de mártir. Finalmente, los Bollandistas que el crítico se vanagloriaba en otra época de haber leído, y que parece haber olvidado después demasiado, le hubieran traído a la memoria que San Papías, obispo de Hierápolis, encarcelado primero con Onésimo, discípulo de San Pablo, fue desterrado posteriormente por su fe en la divinidad de Jesucristo. ¡Por mi parte creería siempre en verdad a testigos dispuestos a sellar su declaración con su sangre! Pues bien, San Papías, varón grave, que recogió en el año 105 de la Era cristiana todo lo que se podía saber de la persona de Jesucristo, se expone a la muerte, confesando la divinidad de Jesús en el tribunal del prefecto de Roma, Tertullo.

. Y es que el sentido de la célebre expresión «Logia» no se circunscribe . Así llama San Ireneo a los Evangelios: los Logia del Señor. Así Clemente de Alejandría les da el nombre de Logia de verdad, y designa toda la Sagrada Escritura con el término genérico de . Así llama Orígenes a los Evangelios Logia divinos. Así el mismo San Papías escribió tres libros titulados: Exposición de los Logia (Evangelios) del Señor. Como para prevenir el equívoco en que acaba de incurrir tan torpemente la filología, hablando San Papías del Evangelio de Marcos, de este Evangelio que sólo contiene anécdotas según el sistema del moderno exégeta, no encuentra dificultad alguna en designarlo con el título de : Discursos del Señor; de suerte que da San Papías al Evangelio de Mateo, que, según se dice, sólo contiene sentencias, exactamente el mismo nombre que al Evangelio de Marcos, que, según se quiere, sólo contiene anécdotas. En vista de tales hechos, ¿a qué se reduce la distinción capital inventada por el nuevo traductor, y la antítesis triunfante que debería destruir la creencia en la narración evangélica, destruyendo por su base la fe en la divinidad de Jesucristo? Y si desease saber el racionalismo por qué se ha

.» Siendo así, la revelación de las Escrituras en general y la del Evangelio en particular debía llevar el nombre de su autor. El Logos, el Verbo divino, nos dio los Logia. Sin duda que esto se

. «Los libros de Papías ascienden al número de cinco, dice Eusebio, y se titulan: Exposición de los Logia (Evangelios) del Señor. Su autor se expresa así al principio: Se me agradecerá que transmita la enseñanza que recibí de los Ancianos, cuya memoria he .» Es decir, que

.»

. Llámase Jesucristo, nombre que recibió la Iglesia católica de los apóstoles, que conserva en su integridad compleja, y que no le dejará dividir ni por las fantasías del racionalismo, ni por las predilecciones injustificables de la herejía. Pues bien, el nombre de Jesucristo es el lazo que une las dos edades de la historia humana. Lo que fue prometido, figurado, predicho, designado anticipadamente y esperado durante cuatro mil años, fue el Cristo. No basta, pues, introducir subrepticamente, en la serie de los siglos, un Jesús de imaginación, inventado por la credulidad, popularizado por la leyenda, para entregarlo como un rey de teatro, a la irrisión del vulgo. Antes de pensar siquiera en atacar al Evangelio, es preciso destruir todos los libros del Antiguo Testamento que anuncian el advenimiento de un Mesías; es preciso quemar todos los monumentos de las literaturas egipcias, chinas, indias, asirias, persas, griegas y romanas que atestiguan uniformes la creencia del mundo en una redención futura, cuyos sacrificios son su señal en cierto modo sacramental, cuyos ritos religiosos son su expresión popular. ¿Hase reflexionado en la inmensidad de esta hecatombe que debió comenzar en Manethón y en Confucio, pasando por Hesiodo y Homero, para terminar en Virgilio, Cicerón y Tácito? No es esto todo. No solamente los monumentos escritos de las civilizaciones estudiadas hasta aquí, proclaman la decadencia primitiva de la humanidad, la necesidad de una rehabilitación y la fe en un revelador futuro, sino que adquieren voz las piedras mismas y emplean el mismo lenguaje. Destruíd, pues, previamente en todos los puntos del globo, todos los recuerdos lapidarios, las estatuas, los bajo-relieves, las columnas, los arcos triunfales, los mármoles y los bronceos antiguos: arrasadlo todo, desde los templos trogloditas de Mahalibapur y los pylonos de Karnac, pasando

.» Así, el Redentor será hijo de una mujer; Dios no le designa padre en el mundo. El Redentor quebrantará la cabeza de Satanás; no será, pues, solamente un filósofo, un sabio, que destruya algunos errores, que reforme algunos abusos parciales; tendrá el poder sobrehumano de aplanar el error, el mal, en su origen, de una manera absoluta. Tales son, en el punto de partida, los dos rasgos característicos del Mesías. Sucesivamente van a dibujarse con toda precisión todas las líneas de su figura celestial. El Redentor, «en quien serán benditas todas las naciones de la tierra, saldrá de la raza de Abraham.» El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las Naciones parecerá «en la época en que el cetro será quitado de la casa de Judá.» Será «hijo de David, y, no obstante ser su generación eterna, nacerá en Belén.» -«Una Virgen concebirá y parirá un hijo cuyo nombre será Dios con nosotros (Emmanuel). Será el Cristo, rey de Israel Jesús el Salvador.» -Nacerá una estrella de Jacob.» -«Traeránle presentes los reyes de Arabia y de Sabá.» Sin embargo, será preciso

«volver a Egipto al divino niño.» -«Elevarse del desierto una voz, y será precursor de Cristo otro Elías.» -«El Mesías tendrá toda la autoridad ; será, además, sacerdote según el orden de Melquisedech; rey en la eternidad.» -«Su palabra se dirigirá a los humildes y a los afligidos.» -« Abriránse los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; saltarán los cojos como los ciervos, y será desatada la lengua de los mudos.» -«Será honrado con la presencia del Mesías el Templo de Zorobabel.» - «La hija de Sión saltará de alegría; la hija de Jerusalén se colmará de júbilo al acercarse su rey, el Justo, el Salvador: él vendrá pobre y montado en una asna seguida de su pollino.» -«Carecerá su aspecto de externo esplendor, y le veremos sin reconocerle.» -«Congregaránse contra él en consejo los que acechaban su vida.» -«El hombre con quien vivía en paz y que comía el pan de su mesa, le venderá.» - «Nadie le prestará auxilio al acercarse el peligro, caerá en desaliento y su sangre correrá como el agua.» -«Será herido el pastor y se dispersarán las ovejas.» -«Será estimado en precio de treinta monedas de plata que serán arrojadas en el Templo, y que se entregarán después al alfarero.» Sin embargo, «abandonará su cuerpo a los verdugos y su rostro a las bofetadas, sin volver el semblante a las salivas y a las injurias de sus enemigos.» -Dejarase conducir a la muerte, como la oveja que se lleva al matadero; pero llevará en los hombros el cetro de su reinado.» -«Serán taladrados sus pies y sus manos, y se contarán sus huesos.» - Repartiránse sus vestiduras y echarán suertes sobre su túnica.»- «Cubierto de heridas por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes, se ofrecerá él mismo y por su libre voluntad, en sacrificio.» -«Los que le vean, insultarán su angustia, y le ultrajarán moviendo la cabeza. ¡Pues que esperaba en el Señor, dirán, que el Señor le libre!» -«Se le dará a beber hiel y se le presentará vinagre para apagar su sed.» -«Rogará por los pecadores.» -«Entregará su alma en manos del Señor.» -«Morirá, más para resucitar; será glorioso su sepulcro, y se enarbolará entre las naciones su estandarte.» -Hállase también .

del mundo romano durante tres siglos? La Iglesia de Jesucristo venció a todos estos paganos, y siempre del mismo modo, padeciendo, orando, muriendo. Aún en el día se padece, se ruega, se muere por la divinidad de Jesucristo; y así será hasta el fin de los siglos. Estos son hechos, que es preciso negar, antes de despojar a Jesucristo de su manto divino. Pues bien, negarlos es negar la luz del sol; es destruir toda evidencia, aniquilar toda historia y sumergir el mundo en tinieblas. ¡Levántese ahora el audaz Erostrato intentando abrasar el edificio de la divinidad de Jesucristo! El cimiento de este edificio inmortal se remonta al Edén. Cada siglo de la historia antigua forma uno de sus pilares. Cristo es la esperanza de cuatro mil años; la flor sagrada del Antiguo Testamento; el Redentor esperado, descrito, señalado por todas las edades. ¡Jesús aparece en la cima de .

el cual será para ti objeto de gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque ha de ser grande en la presencia del Señor. Según la ley de los Nazarenos, no beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo, aún desde el seno de su madre; y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor, su Dios, delante del cual irá él, con el espíritu y la virtud de Elías, para conciliar los corazones de los padres con los de los hijos, y conducir los incrédulos a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Y preguntó Zacarías al Ángel: ¿Cómo conoceré que es cierto lo que me dices? porque ya yo soy viejo y mi mujer está muy avanzada en la edad. Y respondiéndole el Ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, y uno de los espíritus celestiales que circundan la majestad de Dios, de quien he recibido .»

. ¡Cómo habían de admitir los racionalistas un milagro al principio de la historia de Jesucristo! ¡Así, pues, rehúsan a Dios, en nombre del orden natural, inmutable en sus leyes, estudiadas por la ciencia, el poder de manifestar sus oráculos a un sacerdote judío, y de hablarle por ministerio de un Ángel! Por desgracia para los discípulos de Strauss, en esta ocasión les vence, abruma y rinde el milagro por todas partes. Y para librarse de la visión de Zacarías van a precipitarse en toda una serie de prodigios. Decís que la primer página de San Lucas es una adición apócrifa; concedido; fue la pluma de un impostor la que escribió en la cuna de Juan Bautista estas palabras: «muchos se alegrarán con su nacimiento,» pero ¿cómo es que se realizó esta profecía si fue obra de un impostor? ¿Por qué es célebre todos los años el día de la Natividad de San Juan Bautista en todos los puntos del universo? ¿Cuántas personas saben hoy en el mundo entero qué día es el aniversario del nacimiento de Alejandro o de César, sin embargo de haber sido ambos figuras bastante ilustres en la historia? ¡Y he aquí que en la cuna de un hijo oscuro de Aarón, predice un impostor, un falsario, que jamás perderá el mundo la memoria de una Natividad tan gloriosa! Esta profecía , y que la proseguirá por el orden cronológico (. Tales son los caracteres que señala

de antemano, como debiendo considerarse propios exclusivamente de su obra. Si se suprimieran, pues, los dos primeros capítulos de San Lucas, es decir, el nacimiento de Juan Bautista y la historia de los primeros años de Jesucristo, ¿en qué se distinguiría el Evangelio de San Lucas del de San Marcos, puesto que comenzaría, como este último en el bautismo del Jordán? ¿Cómo justificaría la intención, previamente manifestada de tomar el relato desde el principio (. ¿Dónde colocar, pues, vuestro invisible falsario, en un período histórico examinado tan escrupulosamente? Tertuliano, Ireneo, anteriores a Orígenes, no le conocieron. San Papías, cuyos preciosos testimonios nota Eusebio con tanto cuidado, no tenía la menor sospecha de él. Guardad, pues, con vuestros demás mitos este milagro apócrifo. No ha podido inventarse después del suceso la primera página de San Lucas por un falsario póstumo.

, y no hubiera pensado en darle otro título. Sólo un contemporáneo podía escribir estas palabras: «En tiempo de Herodes, rey de Judea.» Porque en efecto, sólo un Herodes reinó en toda la Judea, pues los demás, confinados en sus tetrarquías, sólo reinaron en una parte de ella. Y nótese que no dice San Lucas: «Rey de los Judíos,» porque si bien podía equivocarse sobre este punto un impostor, un legendario póstumo, nunca podía equivocarse un contemporáneo. Herodes el Idumeo fue impuesto por Roma a la Judea; soberano de hecho, no de derecho, reinaba en el país contra la voluntad de sus habitantes. El rey de los Judíos sólo podía ser un heredero, u otro descendiente de la tribu de Judá y de la raza de David. La pluma del pretendido apócrifo no tropieza entre tantos escollos. ¡La casualidad! se dirá. La casualidad es un Dios complaciente que ha escrito todas las líneas del Antiguo Testamento sin que haya que hacer en él una sola corrección. ¿Cuántos milagros no habéis atribuido a la casualidad? Agréguese también a su ciega responsabilidad la maravillosa exactitud con que vuestro falsario, del siglo segundo o tercero, habla de los orígenes y de las costumbres sacerdotales de los Judíos: «Zacarías, dice era de la raza de Abias, y su mujer Isabel era de la familia de Aarón.» Sin duda no ignoran los racionalistas modernos qué relación puede haber entre la raza de Abias y las funciones sacerdotales. Su ciencia no conoce eclipse, y no obstante un lector común podría no sospechar siquiera el motivo de esta correlación; con mucho más motivo, pues, hubiera podido equivocarse un oscuro falsario. Pero el apócrifo interpolador de San Lucas no ignora nada. Sabe que en tiempo de David fueron divididas en veinte y cuatro clases las familias sacerdotales provenientes de Aarón, a que pertenecía la de Abias. No ignora que se arregló por turnos el orden del servicio semanal de cada una de ellas en el Templo; que en su consecuencia, la de Abias ocupó el turno octavo. El falsario sabe todo esto, y ha leído a Josefo que dice en términos formales: «Este orden se ha mantenido hasta nuestros días.» Sabe muy bien el impostor otra cosa todavía; que los sacerdotes judíos podían elegir una esposa entre todas las tribus de Israel. El apócrifo lo sabe, y advierte como una particularidad notable, que la mujer de Zacarías no pertenecía solamente a la tribu de Levi, sino que descendía de la familia pontifical de Aarón. Con la misma seguridad de intuición da cuenta el afortunado legendario, dos o tres siglos después de la ruina del Templo, y viviendo tal vez a quinientas leguas de Jerusalén, de las funciones sacerdotales que consistían en cuatro principales deberes: 1.º La inmólación de las víctimas y la oblación de los holocaustos; 2.º El cuidado de las lámparas en el Candelero de oro; 3.º La confección y la ofrenda de los doce panes nuevos en la Mesa de Proposición; . Asimismo sabe que los sacerdotes al principiar su servicio cada semana, echaban suertes para distribuirse estos varios oficios. Esto bastaría para admirarse de la ciencia general de la historia judía, que posee vuestro legendario; pero

llevando más adelante este examen, y entrando en los pormenores mismos de la función sacerdotal que describe, resaltará hasta la evidencia la demostración sobre su autenticidad.

, extendía la derecha hacia el pueblo, y pronunciaba en alta voz la fórmula legal:
«¡Bendígaos y guárdeos el Señor! ¡Incline Jehovah sobre vosotros una mirada favorable, y otórgueos misericordia; vuelva hacia vosotros una mirada propicia, y concédaos la paz!»

. Y el Ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá (o fecundará) con su sombra, y así lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril, está ahora en el sexto mes. Porque nada hay imposible para Dios. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el Ángel desapareció.

. La China tiene su flor de virginidad: Lien-Huha, semejante al Lotus egipcio que hace, al soplo de Dios, a Isis fecunda. Los Druidas esperan a la Virgen Madre. Todos estos resplandores diseminados de una creencia primitiva que se remonta al Edén, se concentran en la revelación judía, alrededor del Lis de Israel, del Vástago de Jessé, que producirá la flor celestial. Una mujer «quebrantará la cabeza de la serpiente. Una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será Dios con nosotros.»

, de la antigua raza de los reyes de Judá. Su madre, Ana, descendía de Aarón; -y por este lado era la Santísima Virgen parienta de .» En estas palabras del ilustre obispo de Salamina, se encuentra la tradición del mundo católico, tal como nos la transmitieron los Apóstoles. Hoy repetimos nosotros lo que escribía San Epifanio en el año 350; sabemos de la familia de María lo que sabía él mismo, y lo creemos como él.

. Esta Madre reunió en sí una plenitud de santidad y de inocencia, tal, cual no puede imaginarse mayor después de Dios, y cuya magnitud Dios sólo puede medir. Así como Cristo, mediador entre Dios y los hombres, destruyó, al revestirse con la naturaleza humana, el decreto de nuestra condenación, y lo fijó vencedor en su cruz, así la Santísima Virgen, unida a Jesucristo con el lazo más estrecho y más indisoluble, entrando con él y por él en el eterno combate contra la antigua serpiente, ha triunfado sin reserva, quebrantando con su pie sin mancha, la cabeza del enemigo. ¡Triunfo magnífico y singular de la Virgen: inocencia incomparable, pureza, santidad, integridad sin mancha, efusión inefable de gracias, de virtudes y de privilegios divinos que proclamaron los Santos Padres, los cuales vieron su figura en el arca de Noé, que hizo sobrenadar la mano de Dios en el naufragio del

género humano! Para ellos era la Escala de Jacob, que unía la tierra con el cielo, por cuyas gradas subían y bajaban los ángeles de Dios, y en cuya cima descansaba Jehovah: era la Zarza ardiendo que vio Moisés rodeada de llamas, sin que tocara el fuego su verde follaje; la Torre inexpugnable, de donde penden los mil escudos, armadura de los fuertes y terror del enemigo; el Jardín cerrado, cuya entrada no manchará nadie, y a cuya puerta son impotentes el fraude y la asechanza; la Ciudad de Dios, centelleante de resplandores, cuyos cimientos se hallan colocados en las montañas santas; el Templo augusto de Jerusalén, . Al meditar las palabras de Gabriel y el mensaje con que anuncia el Ángel a la Virgen la dignidad sublime de Madre de Dios, han proclamado que esta salutación inaudita, solemne y sin precedentes, reconocía a la Virgen María como la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo; como tesoro, en cierto modo infinito, y como abismo inagotable de las gracias celestiales. De manera que sustraída a la maldición y participando con su Hijo de las bendiciones eternas, pudo recibir de la boca inspirada de Isabel, esta otra salutación: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. He aquí por qué, reivindicando para María la inocencia y la justicia originales, la compararon a Eva en los tiempos en que, Virgen inocente y pura, no había sucumbido aún a las emboscadas mortales de la falaz serpiente, y aún llegaron a ensalzarla por una admirable antítesis, sobre este tipo primitivo. Porque en realidad, Eva prestó miserablemente el oído a la serpiente, perdió la inocencia original y se hizo la esclava del tentador; más al contrario, la bienaventurada Virgen, acrecentando sin medida el don original, lejos de abrir el oído a las seducciones de la serpiente, destruyó con la virtud de Dios, su energía y su poder. Tal es el sentido de los nombres que dan a María. . Han dicho también, hablando de la Concepción de la Virgen, que se había detenido la naturaleza trémula, ante esta obra maestra de la gracia. Según su testimonio, sólo tuvo María de común con Adán la naturaleza, mas no la culpa. Era conveniente que el Hijo único, a cuyo Padre cantan en los cielos el trisagio los serafines, tuviera en el mundo una Madre, cuya santidad no hubiese experimentado jamás eclipse. Pues bien, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y por Nuestra propia autoridad, declaramos, pronunciamos y definimos, como revelada por Dios, la doctrina que enseña, que la muy bienaventurada Virgen María fue desde el primer instante de su concepción, por una gracia y un privilegio .

. Estaba tan arraigada en Oriente, desde el siglo VI, la tradición sobre este hecho histórico, que el mismo Mahoma creyó deber consignarlo en su Koran: «Habla de Mirjam, se lee en él. Refiere de qué modo dejó a sus padres, cómo fue al Oriente .» ¡Admirable conformidad de testimonios! La aureola con que rodea la fe católica la figura celestial de María y traspasa las nubes del mahometismo, prolongándose su radiación al través de las edades. La Presentación de la Virgen Inmaculada en el Templo de Jerusalén es un acontecimiento que hace época en los anales del género humano. Desde entonces fue educada María, dicen unánimemente los Doctores y los Padres, por el sacerdote Zacarías su pariente. Desde la época de Moisés y en toda la serie de la historia judía, rodeaban el santuario de Jehovah piadosas mujeres y jóvenes vírgenes. El templo de Zorobabel tenía, después de la restauración de Herodes, un distrito dedicado especialmente para uso de las mujeres, aislado de la clausura, con dos puertas, que daban, la una a la ciudad, y la otra al Templo. En este asilo de oración, de recogimiento y de santas labores, se deslizaron a las miradas de los Ángeles, los primeros años de la humilde María. En la época de la mayoría de edad de

las mujeres judías, hacia los catorce años, entregó Zacarías la joven virgen a sus padres en Nazareth, para que se desposara, según la ley de los Hebreos. La sucesión temporal era el honor de las mujeres en Israel; todas las bendiciones de la Antigua Alianza se referían a ella; el porvenir del mundo dependía de la perpetuidad de la raza de Abraham, que debía dar a la tierra el germen bendito, en el que se salvarían las naciones. .

.»

,» en vano tratará de persuadirnos que tenemos a la vista «una leyenda sin valor, una amplificación pueril.» ¿Es cierto que fue prometido un Dios Salvador del mundo, después del Edén, y predicho por todos los profetas y esperado por toda la serie de las edades en el Antiguo Testamento? No puede negarse, a no destruir la historia. ¿Es cierto que es adorado Jesucristo durante dos mil años, como Salvador, como Hijo de Dios en la eternidad y como Hijo de María en el tiempo? Nadie podría ponerlo en duda, a no negarse a sí mismo. Pues para que se prosternara un solo hombre ante Jesucristo (y se cuentan por millares sus adoradores), ha sido necesario que se hallase rodeada la historia del Señor de señales incontestables de credibilidad. Cuantas más páginas se arranquen a su divina historia, se imposibilita más la fe en su divinidad. Entonces excedería el milagro de haber creído sin pruebas, en proporción infinita, a la prueba de los milagros que negáis. Así, cuando pensáis haber dicho la última palabra, atribuyendo el Magnificat a un falsario, y creéis haberlo destruido todo, relegando el relato de la Visitación entre las crédulas invenciones de un apócrifo, no habréis hecho, no obstante, más que multiplicar rechazándolas, dificultades inexplicables. Supongamos, pues, si

es su nombre; de lo que quedaron todos admirados. Y en aquel momento, se desató la lengua del sacerdote, y empezó a hablar, bendiciendo a Dios en alta voz. Un temor religioso se apoderó de todos los asistentes. Y en las montañas de Hebrón, donde se divulgaron estas maravillas, conservaron sus habitantes su memoria, y se decían unos a otros: ¿Quién será algún día este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor esta con él. Y Zacarías, su padre, inspirado por el Espíritu Santo, hizo oír estos proféticos acentos: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en el seno de la familia de su siervo David, según prometió por boca de sus Santos profetas que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente siempre su santa Alianza; conforme al juramento que hizo a Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. ¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, a preparar sus caminos, enseñando a su pueblo la ciencia de la salvación, para que obtenga la remisión de sus pecados, por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, con la cual vino a visitarnos ese Sol naciente de lo alto del cielo, iluminando a los pueblos sentados en las tinieblas y a la sombra de la muerte, y dirigiendo nuestros pasos por el camino de la paz!- Tales fueron las palabras de Zacarías. Y el niño crecía y se fortalecía

en el Espíritu del Señor y habitó en los desiertos hasta el tiempo de su manifestación pública en Israel.»

!» Tal era la palabra final del ciclo profético. La Judea, trémula de impaciencia y de esperanza, interrogaba todos los horizontes, y se estremecía en la expectación. ¡Llega el Dominador, el Rey, hijo de David, cuyo trono no tendrá fin; el Deseado de las colinas eternas; el Mesías; el Cristo! ¿Qué voz tendrá la gloria de ser la primera en anunciar su advenimiento al mundo? ¿Quién será el primero que señale su Precursor? Evidentemente, en semejante situación de los espíritus, en medio de la expectativa de un pueblo entero, debieron grabarse en la memoria con caracteres indelebles, todos los rasgos que podían referirse a la realización de las esperanzas unánimes, ávidamente recogidos por la atención pública. Así fue a la verdad, según lo atestigua el Evangelio. Los prodigios verificados en la cuna de Juan Bautista, despertaron la esperanza en todos los corazones. «¿Quién será, se decía, este niño extraordinario?» Semejante lenguaje no ha podido imaginarse después del suceso. Siéntese vibrar en toda esta narración la impresión de la época, en su candidez y su profundidad. El historiador no ha perdido el menor detalle y el pretendido legendario es aquí, como en todas partes, de una exactitud desesperadora para el racionalismo. Un apócrifo póstumo no hubiera dejado de colocar la escena de la Circuncisión, para dar más colorido a su relato, en el atrio del Templo. Hubiera designado un sacerdote para realizar la ceremonia. El afortunado Zacarías hubiera sido rodeado de la tribu sacerdotal, que le hubiese felicitado por su curación súbita, y hubiera oído de sus labios la magnífica predicción de los destinos de su Hijo. Pero no hay nada de esto en el Evangelista. Sabe que no exigía la Circuncisión entre los Judíos, rigurosamente el ministerio sacerdotal, ni aún el levítico. Bastaba una mano profana para imprimir sobre los hijos de Abraham el sello exterior de la alianza divina; por tanto, se circunscribió la solemnidad al hogar doméstico de Hebrón. El historiador sabe además, que en semejante caso, se reunían alrededor del recién nacido toda la parentela y toda la vecindad. Un nacimiento en Israel tenía no solamente el carácter de un regocijo nacimiento de familia, sino de una bendición pública. Todo esto resulta como de un modo natural, del texto sagrado, sin gran examen, sin esfuerzo, sin preparación. Un hebraizante moderno que quisiera

. Y al despertar Josef del sueño, obedeció la prescripción del Ángel del Señor, y retuvo a María por esposa.» La terrible ansiedad de Josef forma con la tranquilidad de María en esta circunstancia, un contraste de que se apoderaba victoriosamente Orígenes contra las odiosas calumnias de Celso. La ley mosaica era terminante. Al tribunal de los Sacerdotes pertenecía el juicio de la mujer culpable, y no había lenidad en la sentencia, como nos lo demuestra suficientemente el ejemplo de Susana; así es que esperaba a la desposada convicta de crimen, el suplicio de la lapidación. Nunca se insistirá demasiado sobre este hecho capital, que forma por sí solo una demostración completa de la veracidad del Evangelio. Herido Josef en su honor, perseguido por la más cruel duda,

. » Cada palabra del texto Evangélico toca aquí cuestiones capitales. Historia universal, pormenores particulares de la administración de las provincias; derecho romano, puesto en parangón con el derecho judío; en estas breves líneas, donde no encuentra el lector la menor

vacilación, se hallan resueltos los problemas más complicados y del orden más diverso. El Evangelista no hubiera podido pasar tan ligeramente sobre hechos de tal importancia, a no referirse a recuerdos todavía vivos de una generación contemporánea, y a no hablar de hechos notorios que todos habían visto, oído y experimentado. No afecta sin embargo este carácter intrínseco de autenticidad a nuestros modernos racionalistas. San Lucas, dicen ellos, menciona un empadronamiento universal ordenado por Augusto en la época del nacimiento de Jesucristo; es así que no habla de este empadronamiento ningún historiador moderno; luego ha mentido el Evangelio. Tal es el silogismo de Strauss, adoptado por d'Eichthal, Salvador, etc. Merecen citarse íntegras sus palabras, porque han obtenido en estos últimos tiempos una publicidad más ruidosa. «Los textos con que se trata de probar, dicen ellos, que debieron extenderse al dominio de los Herodes algunas de las operaciones de estadística y de catastro, mandadas por Augusto, o no implican lo que se les hace decir, o son de autores cristianos que han tomado estos datos al Evangelio de Lucas.» He aquí la objeción; nadie hallará la tesis oscura o mal deslindadas las posiciones.

), confirmado con el nombre de Augusto y el de Agripa, su colega; el tercero el año 767 de Roma (14 de la E. V.), que lleva los nombres de Augusto y de Tiberio. Es indudable que ni este primero ni este último empadronamiento tienen relación con el que menciona San Lucas; el uno es 28 años anterior al nacimiento de Jesucristo; el otro es 14 años posterior, por lo menos; el uno llevaba los nombres de Augusto y de Agripa, el otro los de Augusto y de Tiberio, al paso que el edicto citado por San Lucas, no debe llevar más que un solo nombre, el de César Augusto: *Exiit edictum a Caesare Augusto*. Pero hubo un empadronamiento intermedio, que refiere el mármol de Aneyra en estos términos significativos: «Yo he cerrado sólo el segundo lustro con el poder consular, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Durante este lustro se han empadronado por cabezas los ciudadanos romanos, habiendo resultado ascender su número a cuatro millones doscientos treinta mil.» Nos hallamos ahora ante un texto que indudablemente no es de un autor cristiano, «y que no ha podido tomar al Evangelio de Lucas su dato,» por la razón suprema de que Augusto murió cuarenta años antes que San Lucas escribiese su Evangelio. No es posible sospechar connivencia sobre este punto. Ahora bien, el mármol de Aneyra usa exactamente el mismo lenguaje que San Lucas. La concordancia es perfecta. El segundo lustro, es decir, el intervalo trascurrido desde el último empadronamiento, fue cerrado por Augusto, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Así lo dice la Inscripción lapidaria. , para que llegara el empadronamiento al número oficial inscrito por Augusto, debió comprender todas las provincias anejas, súbditas o aliadas del Imperio por do quiera, todos los puntos a que se había concedido a alguna familia el título de ciudadano romano. Y tal era en particular el estado en que se hallaba la Judea. El padre de Herodes, Antipas el Idumeo recibió como un ilustre favor este título que no había extendido aún al universo entero la locura de Caracalla.

.» Tácito alude también a este empadronamiento de un modo manifiesto: «Augusto, dice, dejó al morir una obra póstuma, titulada: *Breviarium Iniperii* (Sumario del Imperio), donde se consignaban todos los recursos del Estado, cuántos ciudadanos y aliados había en todas partes bajo las armas; cuantas flotas, reinos y provincias; los foros y tributos; los gastos que había que hacer, y las gratificaciones que conceder; todo escrito de mano del príncipe.» Después de la muerte de Augusto, decía también Suetonio, «llevaron al Senado las

Vestales, con el testamento imperial, a cuyas manos había confiado Augusto, en vida, este depósito precioso, tres paquetes sellados; el uno contenía órdenes relativas a sus funerales; el otro un sumario de los actos de su reinado hecho para grabarse en tablas de bronce, ante su mausoleo» (el Mármol de Ancyra, de que acabamos de hablar, es precisamente, sino su original, al menos una copia auténtica); «finalmente, el tercero era el Breviarium Imperii. En él se veía cuántos soldados había por todas partes bajo las armas; cuánto dinero había en el Tesoro, así como en las diversas arcas del fisco, y finalmente, a cuánto ascendían las rentas públicas. «Estos textos, a los cuales se agrega el de Dion Casio, que se expresa lo mismo, no son ciertamente de origen cristiano; «no han tomado sus datos del Evangelio de Lucas.» «Antes implican verdaderamente lo que se les hace decir» porque ¿cómo hubiera podido reunir, en efecto, Augusto, los elementos de un trabajo que comprendía a todos los ciudadanos y aliados, los recursos y los cargos militares, marítimos y rentísticos del Imperio, de las provincias y de los reinos, a no haber tenido previamente en su mano la estadística de un empadronamiento universal? No es necesario ser un grande estadista para comprender la correlación necesaria, rigurosa, absoluta que existe entre estas dos ideas. El Breviarium Imperii, redactado por Augusto y citado por Tácito, Suetonio y Dion .» Agripa el Joven debía saber el derecho romano bajo el cual vivía. Herodes tenía su trono por la benévola voluntad de Roma, pudiendo hacerle bajar de él una señal de Augusto, así como le había hecho subir otra. Sabidas son las circunstancias de la concesión imperial hecha en favor de Herodes después de la batalla de Accio. Pues bien, nadie da más de lo que tiene; Roma tenía, pues, la propiedad real de la Judea, y para que no lo olvidase Herodes, unió Augusto a su título de rey vasallo, el de gobernador romano en Oriente. Herodes no era, pues, más que un gobernador coronado. En cuanto al hecho: el inviolable «dominio de los Herodes» fue violado en el año 37 de la era de Accio, por la deposición de Arquelao, hijo de Herodes, que fue desterrado por Orden de Augusto a Viena, en las Galias, y diez años antes había sido violado por el empadronamiento de Augusto, en la época del nacimiento de Jesucristo. Esta vez lo afirma un Judío que no tiene nada que ver con San Lucas. El año penúltimo del reinado de Herodes, «se vio obligado todo el pueblo judío, dice Josefo, a prestar el juramento individual de fidelidad a César, habiendo protestado y negándose a obedecer solamente seis mil Fariseos. Irritado Herodes de su resistencia, los condenó a una multa que pagó por ellos la intrigante Salomé.» ¡Este es el modo como respetaba César Augusto «el dominio de los Herodes!» Y para que no haya equivocación . ¡Explíquese ahora esta pasmosa concordancia! El año en que fueron obligados los Hebreos, según Josefo, a prestar juramento individual a César Augusto, es exactamente el mismo en que escribe San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.»

.» Así habla un jurisconsulto romano a toda una sociedad en expectativa y pronta a apoderarse y abultar la más ligera inadvertencia en su lenguaje. Así es como se explica ciento cincuenta años solamente después de la muerte de Augusto, cuando estaba aún tan reciente en Roma la memoria de este glorioso reinado, como puede estarlo en Francia la de Luis XIV; cuando se trataba de un hecho, tal como un empadronamiento universal, base de todo el impuesto, de todos los contratos de propiedad, de todas las prerrogativas hereditarias adherentes al título de ciudadano, de todos los estados de nacimiento, de familia o de condición en el Imperio. ¡Es posible imaginar que evoque aquí Tertuliano un «dato» completamente desconocido a los romanos «tomado de San Lucas!» «¡Cuando apela de él el jurisconsulto a los archivos públicos de Roma, a los documentos originales

del empadronamiento de Augusto, significa esto para nuestros literatos que no tiene Roma otros archivos ni otros documentos originales que «el Evangelio de Lucas!» Esto es verdaderamente mofarse demasiado de la razón humana en nombre del racionalismo. Aunque no tuviéramos más que el testimonio de Tertuliano, bastaría para echar por tierra el famoso silogismo de Strauss, aun adicionado con la famosa paráfrasis de sus nuevos discípulos.

, gobernador romano de Siria. ¿Sería posible que ignorase el racionalismo que reinaba aún Augusto en el año 37 de la era de Accio? Hállase, sin embargo, probado que murió el primer emperador romano, más que septuagenario, en el año 44 de la era de Accio; por consiguiente, se verificaba en nombre de Augusto, el año 37, el empadronamiento de la Judea por Quirinio. Pero oigamos las mismas palabras del crítico, porque es sobrado inverosímil semejante contradicción. «El empadronamiento verificado por Quirinio, dice, al cual refiere la leyenda el viaje a Belén, es posterior por lo menos en diez años al en que habría nacido Jesucristo, según Lucas y Mateo. Y en efecto, los dos Evangelistas hacen nacer a Jesús bajo el reinado de Herodes (Mat. II, 1, 19, 22; Lucas, I, 5). Y el empadronamiento de Quirinio no se verificó hasta después de la deposición de Arquelao, es decir, diez años después de la muerte de Herodes, el año 37 de la era de Accio (Josefo, Ant. XVII, XIII, 5; XVIII; I. 1; II, 1). La inscripción por la que se quiso consignar en otro tiempo que hizo Quirinio dos empadronamientos, se ha reconocido como falsa (V. Orelli, Inscr. latin. núm. 623, y el suplemento de Henzen, a este número; Borghesi, Fastos consulares (aún inéditos, en el año 742).» Es imposible equivocarse sobre este punto. El crítico dice positivamente que «en el año 37 de la era de Accio, después de la deposición de Arquelao, se verificó, no una operación catastral, sino un verdadero empadronamiento de la Judea por Quirinio.» Pues bien, Arquelao fue depuesto por Augusto; Arquelao era hijo de Herodes. «Su «dominio» fue violado por Augusto; Quirinio fue enviado a Judea por Augusto; Augusto sobrevivió siete años al 37 de la era de Accio. ¡Luego el racionalismo moderno, de quien no se sospechará que tomo «este dato del Evangelio de Lucas,» y cuya palabra «implica» muy realmente una contradicción, enseña con Tertuliano y San Lucas, que hubo un empadronamiento de la Judea en tiempo de Augusto! ¡Qué importa que no sepan los lectores vulgares qué emperador reinaba en el año 37 de la era de Accio? ¿Qué importa que no sospechen lo que puede haber de común entre Arquelao y «los Herodes?» Pueden muy bien ignorar el nombre del príncipe que depuso a Arquelao; nadie está obligado a saber, como Josefo, que el gobernador romano Quirinio fue enviado a Judea por Augusto, y como Tácito, que tenía el rango consular, que era amigo del emperador y preceptor de sus nietos. Estos pormenores prueban indudablemente la contradicción del crítico; pero el silencio en que éste los envuelve, atestigua, al mismo

.» La deposición de Arquelao, hijo de Herodes, se verificó cerca de diez años después de la muerte de su padre, o sea en el año 37 de la era de Accio. Luego el Evangelio de San Lucas equivoca la fecha, cuando coloca la operación de Quirinio en tiempo de Herodes, y cuando dice: Haec descriptio prima facta est a praeside Syriae Cyrino. Esta vez es decisiva la objeción. A menos de suponer que hizo Quirinio anteriormente un viaje a la Judea, en tiempo de Herodes, es imposible conciliar el texto de San Lucas con el de Josefo. «Ahora bien, está reconocida como falsa la inscripción por la cual se pretendía consignar en otro tiempo que Quirinio hizo dos empadronamientos. (V. Orelli, Inscr. lat., número 623, y el suplemento de Henzen a este número. Borghesi, Fastos consulares (aún inéditos), en el año

742).» Luego No queda, pues, ya sombra de contradicción entre el texto original de San Lucas y el testimonio de Josefo, y ha venido a tierra el triunfante silogismo. Pero ¿es tal vez arbitraria la interpretación de Teofilactes; es tal vez desconocida y sin autoridad en el mundo sabio? No. «Cuanto más se examina el versículo griego, ya en sí mismo, ya en sus relaciones con lo que le rodea, dice M. Waillon, más se quiere entenderlo en este sentido. La explicación de Teofilactes parece natural en un autor que hablaba el griego, y tiene en él tanto más valor, cuanto que según toda apariencia, no creía que fuera el gobierno de Quirinio en Siria, posterior de diez a doce años al edicto imperial, citado por San Lucas.» Después de este testimonio de la ciencia contemporánea, sólo nos resta que decir, que en estos tres últimos siglos, toda la Alemania, desde Keplero hasta Michaelis y Huschke y toda la Inglaterra, desde Herwaert hasta Lardner; todos los sabios europeos, desde Casaubón hasta los Bollandistas y a los demás autores del Arte de comprobar las fechas,

. ¡Verdaderamente es cosa peregrina un «en otro tiempo» que data de 1830! «¡El suplemento de Henzen y Borghesi, Fastos consulares (aún inéditos)» realza maravillosamente la venerable antigüedad de 1830! El mundo sabía hacía largo tiempo, que en el año 138 de nuestra era se expresó San Justino en su Reclamación oficial presentada al emperador Antonino Pío en estos términos: «Jesucristo nació en Belén, pequeña villa judía, situada a treinta y cinco estadios de Jerusalén, como puedes cerciorarte consultando las tablas del empadronamiento de Quirinio, tu primer gobernador en Judea.» Tal era el lenguaje de San Justino en una Apología en favor de los Cristianos, puesta a los pies del Señor del mundo, y que tuvo por resultado poner fin a la tercera persecución general. Esta Apología de San Justino tuvo que pasar como todas las reclamaciones oficiales, antes de llegar a poder del César, por manos y por la inspección de los oficiales, de los secretarios y de los consejeros imperiales. ¿Es de creer que evocase San Justino ante estos jueces, los registros de Quirinio si no hubiesen sido realmente conocidos con tal nombre, si no hubieran referido el nacimiento de Jesucristo en Belén? Habiendo matado los Romanos diez millones de mártires por odio a Jesucristo, hubiera sido mucho más sencillo abrir los archivos públicos de Roma, y mostrar a los Cristianos que se les engañaba, que no había registro alguno que

? Cuando se piensa que durante cerca de dos mil años ha experimentado el Evangelio la comprobación hostil de los sabios, de los filósofos, de los incrédulos de todos tiempos y países, sin que hayan conseguido borrar una sola coma de este libro, es preciso convenir, a no renegar de toda razón, de toda ciencia y de toda filosofía, en que es divino el Evangelio. Cada letra de esta obra inspirada resplandece a medida que se fijan los ojos en ella. ¡Dichosos los siglos que se iluminan con estos rayos de la verdad eterna, en vez de tomarse la ingrata y estéril tarea de oscurecerlos! No hay duda que la lucha empeñada contra la luz va a parar en definitiva al triunfo de la luz. Todos los sofismas, cuya refutación acabamos de ver, hacen más patente y brillante la augusta sencillez de las palabras de San Lucas: «En aquellos días salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento se hizo por Cirino, gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse a la ciudad de donde cada uno descendía. Y Josef que era de la casa y familia de David, .»

»- ¿No era Jesús de la familia de David? Si principiara un escritor moderno la historia de Alejandro con estas palabras: Alejandro el Grande no era hijo de Filipo, rey de Macedonia, obraría con prudencia en no remitir a su lector a un desdeñoso, «véase más adelante páginas 237 y 238.» Es verdad que jamás obtendrá la historia de Alejandro la notoriedad que la Vida de Jesús. Habrá, pues, que tener la paciencia de buscar la cita indicada, para saber a qué familia pertenecía el Salvador, para saber qué nueva genealogía debe sustituirse a la de San Lucas, que le hace descender de David, y a la de San Mateo, que le da el mismo origen. No puede menos de despertarse vivamente la curiosidad, sobre todo, en vista de textos precisos de San Marcos que afirma ser Jesús de la familia de David. Pues bien, «el Evangelio de Marcos, se nos dice, es de los tres sinópticos el más antiguo, el más original, el menos recargado de fábulas tardíamente insertas.» San Juan ha escrito en el Apocalipsi estas palabras significativas: «En cuanto a mí, Jesús, yo soy la raíz y la prosapia de David.» Pero no tiene San Juan las simpatías del moderno racionalismo porque deja ver sin cesar, dice, las preocupaciones del sectario; sus cláusulas son presuntuosas, pesadas, mal escritas: todos sus discursos están llenos de una metafísica refinada.» Es evidente que la pluma que ha escrito el In principio, no estaba cortada a gusto de nuestros literatos. El autor de los Actos de los Apóstoles por lo menos ha encontrado gracia a los ojos de los nuevos exégetas. Pues bien, se lee en la segunda página de los Actos, que saliendo San Pedro del Cenáculo, se dirige a la muchedumbre, el Cristo esperado y predicho. Tres mil judíos se hacen bautizar a su voz. San Pablo, un judío discípulo de Gamaliel, nutrido en todas las tradiciones nacionales, dice de Jesucristo que «le hizo nacer Dios de la raza de David, según la carne.» Habíase pues creído hasta el día, bajo la fe de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas, de San Juan, de San Pedro y de San Pablo, que Jesucristo era hijo de David. La unanimidad de creencia fundada en la unanimidad de testimonios contemporáneos hace más interesante la revelación remitida negligentemente al «Véase más adelante páginas 237 y 238.» He aquí esta revelación: La familia de David, nos dice en fin, se había extinguido, a lo que parece, hacía mucho tiempo; ni los Asmoneos de origen sacerdotal, podían tratar de atribuirse semejante descendencia; ni Herodes ni los Romanos piensan un momento en que exista a su alrededor representante alguno de los derechos de la antigua dinastía.» A esto se reduce todo. Evidentemente los cuatro Evangelistas y los testimonios de San Pedro y San Pablo quedan destruidos por esta frase: «¡No era Jesús de la familia de David!»- «Parece que se había extinguido hacía largo tiempo la familia real;» y por esto sin duda estaban acordes todos los Judíos en esperar un Mesías, hijo de David. «Parece que los Asmoneos no tenían nada de común con la descendencia de David.» Y ¿qué tienen que ver los Asmoneos con Jesucristo? Y no obstante, afirman los Talmudistas que los Asmoneos asociaron la sangre de la tribu real a la tribu de Aarón. «Parece que no pensó Herodes un momento que existiera a su alrededor representante alguno de la antigua dinastía.» Por eso hizo degollar Herodes a todos los niños de Belén. «Parece que no se preocupan de esto los Romanos» ¿y qué tenían que ver con ello los Romanos? Sin embargo, como si no debiera quedar una sílaba de todos los «parece» del racionalismo, quiso el presidente romano Pilatos, conservar obstinadamente a Jesús crucificado su título oficial de Rey de los Judíos. Y Vespasiano, después de la destrucción de Jerusalén, hacía buscar y matar a todos los miembros que sobrevivían de la familia de David.

. ¿Qué era todo el resto a los ojos del derecho? Esclavos o vencidos. He aquí por qué se hacía el empadronamiento en Roma, por tribus, es decir, en el lugar originario sin consideración al lugar de la residencia. Convocábase a los ciudadanos de las provincias a Italia, para que se inscribieran; y recíprocamente, se mandaba a los Latinos que residían en Roma, que fueron a sufrir el censo en sus propios municipios. Establecióse como regla absoluta por la ley Julia, que se hiciera cada uno empadronar en la ciudad de que era ciudadano; y el libro De Censibus, de Ulpiano, nos ha conservado hasta las fórmulas legales de los estados de empadronamiento, los cuales reproducimos aquí para convencer al lector sobre el verdadero carácter de lo que afecta llamar el racionalismo una «operación insignificante de estadística y de catastro.» No se acusará a Ulpiano, secretario y ministro de Alejandro Severo, de ignorar el derecho romano. En cuanto al derecho judío sería inútil probar que se hallaba esencialmente basado en la división por tribus, por familias y por patrimonios o herencias.

, un hecho más reciente, que demostrará la persistencia de estas costumbres en Siria. «Habiendo querido Abdul Melik proceder a un empadronamiento de la Judea, mandó como Augusto, que acudiera cada individuo ».

». Vamos a poner en toda su claridad estas observaciones del sabio arqueólogo. No se habrá olvidado la Reclamación oficial dirigida a Antonino Pío por San Justino: «Jesucristo ha nacido, decía el Apologista, en Belén, pequeño pueblo judío, situado a treinta y cinco estadios de Jerusalén, según podéis cercioraros, abriendo los registros del empadronamiento de la Judea, por Quirinio». Así hablaba un testigo ocular, un siglo después de la muerte de Jesucristo. He dicho testigo ocular, porque habiendo nacido San Justino en el año 103 de la E. C. en Flavia Neapolis, la antigua Siquem, a veinte leguas solamente de la capital de Palestina, paso en ella toda su juventud, y vio en su consecuencia, los sitios de que habla. Esto es tanto menos dudable, cuanto que procediendo de una familia de colonos paganos trasladados por Vespasiano y Tito a la Judea, se convirtió San Justino al cristianismo a la edad de treinta años. Tenemos, pues, en él, no solamente un testigo ocular, sino un testigo que se vio en la obligación de estudiar escrupulosamente los hechos de que habla, puesto que fue incrédulo, antes de convertirse; condición manifiestamente preferible para hablar de una religión, a la de un escritor que hubiera principiado por creer en ella y que terminase por la apostasía. Para librarse de las seducciones de la filosofía platónica y abrazar la sabiduría de Jesucristo, «única verdadera» como lo expresa él mismo, debió San Justino determinarse por motivos irrecusables de credibilidad. Pues bien, San Justino encuentra precisamente

». Pues bien, explicadnos ¿por qué prodigio de inexplicable poder conseguirían los Cristianos, relegados en las catacumbas, arrojados a los leones en el anfiteatro, encarcelados en todos los calabozos ». ¿Qué son estas evoluciones de un comentario pueril ante los hechos reales de la historia? ¿A quién se hará creer que las colonias romanas que habitaban la Palestina, que permanecieron fieles al culto de los dioses del Imperio, que estaban sumamente interesadas, por su celo en favor de la divinidad de César, en sofocar el cristianismo naciente, se hicieran eco de una leyenda cristiana, cuando se trataba de un

hecho contemporáneo y de una localidad que tenían a la vista? Pero no es esto todo. El mismo San Justino insiste sobre este hecho capital, en la célebre conferencia que tuvo en Roma con un judío, y de que nos ha dejado el acta auténtica, con el título de Diálogo con Tryfon: «Cuando nació Jesucristo en Belén, dice, fue informado de ello el rey Herodes por los Magos, que venían de Arabia, y resolvió matar al niño; pero Josef, por orden de Dios, tomó a Jesús, con María, su madre, y se refugió a Egipto». Así habla San Justino. ¿Qué objeción va a hacerle su interlocutor? Oid: ¿No podía Dios, responde el judío, hacer morir a Herodes del modo más fácil? «He aquí lo que halla que oponer a este relato un hebreo, Tryfon, que estaba muy al corriente de la historia evangélica, y de la que sólo se hallaba separado por un intervalo de ochenta años. Si no hubiera pues nacido en Belén Jesucristo; sino hubiera pensado nunca Herodes en hacer degollar a los niños de Belén; sino hubieran ido jamás a Egipto Josef y María; si hubieran sido todos estos hechos una leyenda cristiana, sin realidad, sin notoriedad, sin raíz en la historia, no hubiera dejado de decirlo Tryfon. Hubiera declarado, como nuestros racionalistas que «faltaba

». Así hablaba Celso, que vivía en tiempo de San Justino, y que detestaba el nombre de Jesucristo tanto como pueden detestarlo nuestros racionalistas modernos, y su polémica era más formal que la de estos; pues les llevaba la ventaja de vivir en la época en que, según nuestros literatos, «debió añadirse al texto primitivo, la leyenda que suministró el bosquejo narrativo a los actuales Evangelios». No habiendo advertido Celso tal adición, es esta un sueño. Y el racionalismo moderno del siglo XIX habrá tenido la gloria de inventar por un milagro de perspicacia retrospectiva, lo que no vieron ni el filósofo Celso, ni el judío Tryphon, ni el discípulo de Platón, Justino, en el año 103 de la E. C.

». Jamás se ha escrito semejante despropósito. Si fueran las dos genealogías, fruto «de un trabajo popular» ejecutado en puntos distantes uno de otro, se hubiera tratado sobre todo de conciliarlas, se hubiera hecho desaparecer la aparente contradicción que señala en ellas el racionalismo, y cuya explicación han dado todos los padres griegos y latinos, desde San Ireneo y San Justino. Era preciso ser judío y contemporáneo de Jesucristo para trazar estas dos genealogías; en el día no hubiera podido inventarlas sino existieran, toda la ciencia de todas las academias del mundo. He aquí la razón.

cierta vanidad en exponer a los ojos de los patricios de Roma, envanecidos ellos también con su origen, la antigüedad de su propia raza; si añade que se hallaba consignado cada grado de su genealogía por los cuadros oficiales y públicos. «Obsérvase este orden, dice, no sólo en Judea, sino también en todos los lugares donde están diseminados mis compatriotas: en Egipto, en Babilonia, por todas partes. Remiten a Jerusalén el nombre del padre de aquella con quien quieren desposarse, con una reseña de su genealogía, certificada por testigos. Si sobreviene alguna guerra, redactan los sacrificadores sobre las antiguas Tablas nuevos registros de todo el resto de las mujeres de origen sacerdotal, y no se desposan con ninguna que haya estado cautiva, por temor de que haya tenido comercio con los extranjeros. ¿Puede haber nada más a propósito para evitar toda mezcla de razas? Nuestros sacerdotes pueden probar con documentos auténticos su descendencia de padres a

hijos desde hace dos mil años, y el que deja de observar estas leyes es separado para siempre del altar». Así, pues, con tal conjunto de formalidades desplegado en torno de los

, eran siempre pasadas en silencio las mujeres. Sólo el hombre (Zhar), tenía el privilegio de perpetuar los recuerdos, así como la raza. Desde el día en que fue legalmente María esposa de Josef, debían substituir los genealogistas el nombre de Josef al de María; de suerte que según la expresión de un moderno exegeta, «hay en la genealogía de San Lucas precisamente lo que debía haber. Hállase velada la mujer; no se habla de ella, aun con perjuicio de la divinidad del Cristo. Se ha puesto sobre esta línea genealógica el sello de una robusta autenticidad».

».

». Los Ángeles visitaron las campiñas de la Natividad, como en los días en que Job apacentaba en ellas sus ganados. «Los pueblos sentados en las tinieblas, en la sombra de la muerte», inclinados bajo un yugo de hierro en el Ergastulo romano, «vieron elevarse la luz». Hanse verificado los decretos de salvación, registrados desde la eternidad en los

consejos de la Providencia. «El Verbo se ha hecho carne, Gloria a Dios en los esplendores del cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Los pastores son los primeros adoradores del Rey inmortal de la paz, que acaba de nacer; las primicias del divino Pastor que va a reunir los rebaños de las generaciones humanas, en el redil de su Iglesia. María, la Virgen Inmaculada, los introduce

». Si bastara escribir una paradoja para hacerla creer, permanecería Nazareth investida del honor inesperado de haber sido la cuna de Jesucristo. Pero la historia no procede por medio de afirmaciones, sino que exige pruebas. Cuando se trata de saber en qué lugar nació Augusto, se recoge el testimonio de Suetonio, de Tácito, de Dión y de los autores que nos transmitieron la vida de este príncipe. Como todos están unánimes en decir que nació Augusto en Roma, tendríamos lástima de oír afirmar a un escritor, alejado por diez y nueve siglos de los hechos

; porque en efecto, en nuestros idiomas y hábitos modernos, así como entre los mismos paganos, la palabra «primogénito» no tiene otra acepción que la de mayor. Así » y no obstante, ambos acababan de dar a María el nombre de Virgen. Esto consiste en que la palabra Primogenitus, era entre los Judíos un título jurídico, que tenía un significado especial, que no tuvo analogía en ninguna otra sociedad, pues la palabra «mayor» no equivale a ésta. La ley de Moisés daba el nombre de «primogénito» hasta a un hijo único, confiriéndolo desde el instante del nacimiento a todo niño varón que abría la carrera bendita de la maternidad a una mujer de Israel. Según nuestros usos, sería absurdo llamar «mayor» a un hijo que no tiene todavía hermanos ni hermanas, no pudiendo aplicársele esta calificación hasta más adelante, en el caso de que nacieran otros hijos. Y por esto precisamente, si fuera el texto evangélico obra de un apócrifo, no leeríamos el título de Primogenitus en la narración de la Natividad del Salvador. Pero según el estilo hebraico, hallábase investido Jesús, hijo de la Virgen María, desde el momento en que nacía en el establo de Belén, de la prerrogativa y de las cargas de la primogenitura. «Todo lo que nazca primero entre los hijos de Israel, dice el Señor a Moisés, me pertenece en propiedad y queda marcado con el sello de mi santidad. -Separaréis para hacer mi porción todos los hijos varones que tengan el carácter de la primogenitura, y me los consagraréis». Tal era en un principio la devolución legal que ponía a todos los primogénitos del pueblo judío en una clase aparte, que formaba el dominio propio y exclusivo de Jehovah y de su Templo. Sabido es que esta disposición particular a la nacionalidad de los Hebreos, se refería directamente al gran acontecimiento de la salida de Egipto; cuando todos los primogénitos de Mesraun «desde el heredero de Faraón hasta el hijo de la servidora empleada fueron muertos en una sola noche. Estamos muy lejos, fácil es comprenderlo, de nuestras ideas modernas, sobre el título y el derecho de primogenitura. En compensación de los primogénitos de los Hebreos, cuyo número hubiera excedido pronto de las necesidades del ministerio sacerdotal, y de los demás servicios religiosos, se había reservado Jehovah, como propia suya toda la tribu de Leví; pero con la condición expresa de que se presentarían en el Templo todos los primogénitos y serían rescatados con una compensación individual en dinero. He aquí lo que significa la palabra Primogenitum, empleada por los Evangelistas. En otro tiempo, sabía esto el último escolar de Europa, no solamente de las universidades católicas, sino del seno del mismo protestantismo. Grocio no creía que valiera la pena de insistir por más tiempo sobre este hecho. «La expresión de primogénito, dice, se refiere a las dignidades y a las prerrogativas que, en todos tiempos, y

aun antes de la ley de Moisés, se atribuían a los hijos varones, ya fuesen únicos o ya hubiese menores». No está menos terminante Calvino, cuyo testimonio no puede ser sospechoso. «A pretexto de este pasaje, dice, suscitó Helvidio en su tiempo grandes turbulencias en la Iglesia, por intentar sostener con él que María no fue Virgen, sino hasta que dio a luz a Jesús, porque después tuvo otros hijos. Bástanos, pues, decir que esto no viene a propósito de lo que dice el Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que sucedió después del nacimiento de Cristo. Llámasele primogénito, mas no por otra razón, sino a fin de que sepamos que nació de una madre Virgen, y que jamás había tenido hijo alguno... Sabido es que según el uso común de la Escritura, deben entenderse así estas locuciones. Verdaderamente éste es un punto sobre el cual no moverá disputa jamás hombre alguno, sino es algún porfiado y zumbón».

(Sitio para descargar los fardos). En este lugar tenía cada viajero que proveer por sí mismo y como le parecía, a sus propias necesidades. Al lado de la caravanera, porque este término oriental pinta mejor las costumbres del Oriente, tenían los animales el Praeseptum, donde podían descansar, y sustentarse con lo que sus dueños les distribuían. Estas nociones preliminares nos permiten apreciar perfectamente el conjunto y cada uno de los pormenores evangélicos. Llegan Josef y María por la noche al término de su viaje, y encuentran lleno Belén de la gente que acude a empadronarse allí; tan cierto es que no se había extinguido la familia de David, una de las más numerosas y más importantes de las de Judá. Todas las casas de la población se hallan ocupadas como lo prueba el hallarse obstruida de gente la misma caravanera; los ilustres viajeros se retiran al Praeseptum, abrigo provisional de que participan realmente con los animales. Allí nace Jesucristo, el hijo de Dios, el Verbo hecho carne; y el Ángel, el primer Evangelista de esta buena nueva, dice a los pastores: «He aquí la señal en que reconoceréis al Salvador, el Cristo que acaba de nacer. Hallaréis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre». Esta indicación, según nuestras costumbres actuales, sería sumamente vaga; porque ¿dónde encontrar a media noche, en una de nuestras aldeas, la casa que contuviera el dichoso pesebre? Pero los pastores saben lo que es el Praeseptum de Belén. Lo conocen por experiencia; allí es donde van ellos mismos, cuando es necesario, a encerrar sus ganados. Así, no vacilan un instante; corren a él, y encuentran «a María, a Josef y al Niño reclinado en el pesebre. «La indicación del Ángel es para ellos tan circunstanciada como sería vaga en una población moderna. El abrigo que habían impuesto a la Santa Familia circunstancias excepcionales era provisional. Y en efecto, cuando vayan los Magos a adorar al Hijo de Dios, no le encontrarán ya en el Praeseptum, pues lo habían dejado Josef y María para habitar una casa de Belén. «Entrando en la casa, dice el Evangelio, encontraron al Niño y a María. No se habla ya aquí, añade San Epifanio, del Praeseptum, ni de la gruta, sino de la morada hospitalaria que había sustituido al abrigo provisional.

». Orígenes, decía al filósofo Celso, casi en el mismo tiempo: «Si no basta para convencer a los incrédulos la profecía de Miqueas y su admirable concordancia con la narración evangélica; si se quiere una prueba más decisiva de la realidad del nacimiento de Jesucristo en Belén, reflexiónese bien que hoy se enseña en Belén mismo la gruta donde nació, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales. Allí están los monumentos en perfecta conformidad con la narración evangélica. El hecho es público y notorio en toda la comarca; se halla atestiguado, aun entre los enemigos de nuestra fe, los cuales están unánimes en proclamar que, en esta gruta nació Jesús, a quien veneran y adoran los cristianos. Estas

declaraciones del año 200 de la E. C., aun sin atender a su valor exegetico, sobre el cual volveremos en breve, tienen, bajo el punto de vista dogmatico, una trascendencia e importancia, que no haremos más que indicar. Diariamente oímos a los protestantes acusar de superstición y hasta de idolatría el respeto con que rodea la Iglesia y la piedad de los peregrinos católicos los Santos Lugares. No es raro hallar en Palestina, hombres que adoran a Jesucristo como a Dios, y que se ruborizarían de descubrirse la cabeza o de prosternarse ante la gruta de Belén, donde fue envuelto en pañales Jesús al nacer, ante la piedra del sepulcro, donde fue envuelto el cuerpo de Jesús, descendido de la cruz, con las fajas y ligaduras de la muerte. Estos hombres pretenden mantener en su pureza

. «La profanación, dice M. de Vogué, lejos de borrar el recuerdo de la Natividad, según los Paganos, contribuyó a fijar su tradición». Orígenes, en el pasaje que acabamos de citar, se apoyaba, en efecto, en el testimonio de las poblaciones paganas, establecidas entonces durante medio siglo en Belén, para consignar de un modo indestructible la autenticidad de la tradición evangélica. En vista de hechos tan patentes, de significación tan clara, precisa e irrefragable, ha sido realmente necesario especular con la ligereza que caracteriza nuestra época, y con un olvido lamentable de toda la historia religiosa, para atreverse a escribir sin temer sublevar la conciencia popular, la increíble afirmación: «Jesús nació en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, sin celebridad alguna anteriormente». Los anales del mundo no ofrecen, en su conjunto, un hecho mas sólidamente consignado que el del nacimiento de Jesucristo en Belén. El suelo mismo, aun cuando faltaran los demás monumentos, protestaría de la verdad de las tradiciones. No se ha olvidado un descubrimiento reciente debido a la casualidad de una feliz investigación. En 1859 se encontraron las . Tan cierto es, que en nuestra época, turbada por la incredulidad racionalista, adquieren voz las mismas piedras para proclamar la autenticidad de los relatos evangélicos. Y ahora, desviando el pensamiento de estas miserables objeciones, adoremos las divinas maravillas del pesebre, diciendo, con San Epifanio: «El establo de Belén es el cielo entero que ha bajado a la tierra. Las jerarquías angélicas rodean la cuna del Verbo hecho carne. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. ¡Oh milagros! ¡Oh, prodigios! ¡Oh, misterios! exclama San Agustín. Hase suspendido el orden de la naturaleza: Dios nace hombre, una Virgen se hace fecunda, conservando su virginidad inmaculada; ».

». La época en que debían recibir los hijos de los Hebreos la dolorosa marca del Sacramento de la Antigua Alianza, no se dejaba a discreción de los padres. El mismo Jehovah la había fijado diciendo a Abraham: «Cuando tenga el Niño ocho días será circuncidado La ley mosaica renovó el precepto. «En el octavo día recibirá la circuncisión el recién nacido. «Hállase, pues, aquí el texto evangélico en perfecta conformidad con la legislación judía. El Hijo de Dios, que venía en su persona a consumir toda la ley, comienza en el pesebre su misión de víctima sangrienta, que sólo terminará en el Calvario. En el Praeseptum de Belén, fue, pues, en efecto, donde el Cristo «que era antes de Abraham» y «cuyo nacimiento había deseado ver» el padre de los creyentes, recibió por medio de la circuncisión la marca de los hijos de Abraham. Hásenos conservado por el Talmud los ritos que se usaban en esta ceremonia legal, siendo el modo de practicarlos casi el mismo en el seno del judaísmo actual. En la mañana del día octavo debían reunirse diez

personas por lo menos alrededor del recién nacido. Ya hemos dicho que la operación no era Mohel, se elegía, y aún se elige en la actualidad indistintamente, entre todas las clases de la población judía; su habilidad es el único ». En todos los puntos del universo en que se hallan actualmente dispersos los hijos de Israel, observan también esta costumbre simbólica, atestiguando así su fe en la venida del precursor que debía abrir los caminos al Mesías. Mas para ellos, la silla de Elías permanece siempre vacía; hase sentado en ella Juan Bautista, y Jesucristo, el divino niño de Belén, ha enseñado al mundo de lo alto de una cátedra más augusta que la de Moisés.

». En tales circunstancias, fue, pues, como el nombre de Jesús proclamado en el establo de Belén, resonó en presencia de los últimos descendientes de la familia de David, reunidos en el pueblecillo originario, en virtud de la orden de Augusto. ¿Comprendieron entonces los testigos de la ceremonia legal, el sentido del nombre divino, ante el cual «se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?» Concíbese fácilmente que los pastores instruidos por los Ángeles, que la multitud, entre la que había circulado la narración de las maravillas del pesebre, debieron saludar, como un . «La tradición histórica de los Hebreos le atribuía un papel importante. Cuando se dio este nombre al divino hijo de María, se persuadieron los asistentes, sin duda, que el descendiente de David, cuya cuna rodeaban, sería en algún día un guerrero poderoso como Josué; restaurador del culto mosaico, como el gran Sacerdote Jesús, hijo do Josedech; sabio, como Jesús, hijo de Sirach. No se elevaban a más las esperanzas de los Judíos. El yugo del cuarto imperio, el imperio de hierro, predicho por Daniel, pesaba sobre sus cabezas. Roma los anonadaba por mano de Herodes. Pero habían llegado los tiempos marcados por la profecía de Jacob; habíase cumplido el período final de las setenta semanas de años. Todos los Judíos esperaban

».

; ». Refiriendo estos textos de la ley a la narración evangélica, nos hacen comprender todo lo que en ella se sobreentiende: el Antiguo Testamento proyecta sobre la cuna de Jesucristo sus últimos rayos de luz, como la antorcha que viene a confundir sus fuegos moribundos en los esplendores de la aurora.

. -Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo oír que se les había aparecido la estrella. Y los envió a Belén, diciendo: Id, e informaros puntualmente de lo que hay de ese Niño, y en habiéndole hallado, dadme noticia para ir yo también a adorarlo. -Los Magos, habiendo oído al rey, se marcharon. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró. Y viendo nuevamente los Magos la estrella, se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso de que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino. Después que marcharon los Magos, he aquí que un Ángel del Señor se apareció en sueños a Josef, diciéndole: Levántate y toma al Niño y su Madre, y huye a

Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle. -Levantándose, pues, Josef, tomó al Niño y a su Madre por la noche, y se retiró a Egipto».

». Estas pocas líneas representan por sí solas, en el Evangelio racionalista, toda la narración del nacimiento de San Juan Bautista, de la Anunciación, de la Natividad divina en Belén, de la Circuncisión, de la Presentación en el Templo y de la Adoración de los Magos. ¡Qué! ¡tantos hechos de notoriedad universal, en el seno de nuestras sociedades cristianas, en tan pocas palabras! Todo un conjunto de relatos que han convertido al mundo, iluminado y transformado !

. Así, la expectación provocada por los oráculos proféticos había salvado los límites de la Judea e invadido el mundo. Explíquese ¿por qué cantaba Virgilio en Roma, la vuelta de Astreo, la Virgen Celestial, precisamente en el tiempo en que el del texto Evangélico acudía a guiar a los Magos a Belén? ¿Por qué afirma el libro persa titulado Oráculos mágicos «que en una época poco remota dará a luz una Virgen un Santo, cuya aparición anunciará una estrella ¿Por qué, finalmente, hablando la Sibila Caldea de los ?» Los Cristianos no han podido influir sobre las inspiraciones de Virgilio; sobre los pensamientos del rabino Akiba y de los autores del Talmud; sobre el seudo Zoroastro, que escribió los Oráculos mágicos. Supóngase, pues, que estas tradiciones, conmoviendo al mundo, de Oriente a Occidente, en los últimos días de Herodes, no hubieran sido notorias entre el vulgo, y no tiene ya sentido la narración evangélica. Si vinieran en el día tres extranjeros a una de nuestras capitales europeas a hablarnos de una estrella que hubiera aparecido en el fondo del Asia, y a anunciarnos el nacimiento de un Niño-Rey, no conmoviera su palabra seguramente a ningún soberano en su trono; la opinión pública permanecería impasible y continuarían su camino los tres visionarios sin causar la menor emoción en torno suyo. Era, pues, necesario circunstancias excepcionales para que agitase como agitó la llegada de los Magos a Jerusalén, al anciano Herodes, al Sanhedrín, a los Escribas y a toda Jerusalén. Pero el Evangelista no nos explica estas circunstancias excepcionales. Luego se escribió el Evangelio en una época en que se conservaba aún su recuerdo en el seno de una generación contemporánea. Luego por todas partes resplandece esa luminosa autenticidad del texto evangélico que la incredulidad quisiera cubrir con un velo de nubes.

», había dicho el hijo de Beor. Esta profecía, consignada en los libros de Moisés, llevada por la emigración a Babilonia, a Persia, a Caldea, no había cesado de fijar las miradas de Israel. Una estrella, el Mesías, eran dos términos que dilataban todos los pechos y hacían palpar todos los corazones de los hijos de Judá. Cuando fueron a decir a Jerusalén los Magos, esto es, los herederos Caldeos o Persas de la antigua ciencia de los astros: «Hemos visto una estrella, ¿dónde está el rey de los Judíos?» fueron tan naturales y tan inteligibles sus palabras, como si preguntara un extranjero en nuestros días, al oír el estampido del cañón anunciando el nacimiento del heredero de un trono; ¿dónde está el palacio del Rey que acaba de nacer? Porque oigo la señal de su venida al mundo. -No se había interpretado la profecía de Balaam en sentido alegórico, pues no se prestaba por otra parte a ello su texto, sino que se había tomado al pie de la letra y estudiádose con tal perseverancia, que habían llegado los Judíos a fijar la época de su cumplimiento. Léese en el Talmud, que debía verificarse la venida del Mesías en la conjunción de Saturno y de Júpiter en el signo de Piscis: pues bien, según ha demostrado Keplero, esta conjunción se verificó el año 747

de Roma, año que cae en el del nacimiento de Jesucristo. Hallábanse tan persuadidos los Fariseos de la exactitud de este cálculo astronómico que no temieron predecir al mismo Herodes, según atestigua Josefo, la próxima cada de su trono. Finalmente, era tan general y tan uniforme a un mismo tiempo la creencia sobre este punto, que Filón, que entonces vivía en Alejandría, predijo, conforme a un fenómeno celeste observado por él, que iban a reunirse los judíos de todos los puntos del mundo, para inaugurar el imperio de la paz.

». Un siglo antes . Hacia el año 103, Justino, educado en el seno del paganismo, recogía en Siquem las tradiciones casi contemporáneas de la historia de Jesucristo. Conservábase todavía el recuerdo de los Magos y de la estrella de Belén, según lo proclama Justino, en su diálogo con el judío Tryfon, sin que sueñe su interlocutor un instante en poner en duda la autenticidad de una narración que se había conservado por todos en la memoria.

, se volverán a su país por otro camino. El Hijo de María será llevado al Egipto, y los sanguinarios proyectos del tirano se realizarán demasiado tarde.

, se irritó mucho, y enviando ministros, hizo matar todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos, desde la edad de dos años abajo, según el tiempo de la aparición de la estrella que le habían indicado los Magos. Entonces se cumplió lo que dijo el Profeta Jeremías. Un clamor ha resonado en Rama entre llantos y alaridos. ¡Es Raquel que llora a sus hijos y rehúsa todo consuelo porque no existen!» Hallábase resuelta por Herodes la degollación de las inocentes víctimas de Belén desde el día en que llamó la atención del tirano la respuesta del Sanhedrín, sobre la ciudad real designada por los Profetas, como la cuna futura del Mesías. La sangrienta ejecución debió seguir próximamente a la partida de los Magos, siendo uno de los hechos históricos mejor consignados por los testimonios extrínsecos. Nadie ignora las palabras de Augusto sobre este suceso. La noticia de la degollación de Belén llegó a la corte del Emperador al mismo tiempo que la de la ejecución de Antipater, hijo mayor de Herodes. Al saber, dice Macrobio, que acababa de hacer degollar el rey de los Judíos, en Siria, a todos los niños de dos años abajo, y que había sido muerto » Semejante crueldad subleva la delicadeza de nuestros modernos racionalistas, pues no creen ni en los milagros del poder divino, ni en los monstruosos extravíos de la ambición humana. Y no obstante, la bárbara medida aplicada por el tirano Idumeo a sólo los niños de Belén, había sido decretada cincuenta años antes por el Senado de Roma, contra todos los que nacieran en el año fatídico, en que, debía «dar a luz la naturaleza un rey», según los oráculos sibilinos.- No lo ignoraba Augusto, porque este decreto, sancionado por la feroz exaltación de los senadores republicanos, pero repudiado por la conciencia del pueblo, se había dado en el año mismo que precedió al nacimiento de este emperador. Así, no hay en su irónica exclamación sombra de censura sobre la cruel política de Herodes; no hay ni un acento de piedad en favor de las tiernas víctimas y de las lágrimas de sus madres. A los ojos de Augusto, ha obrado Herodes con prudencia, segando esas tiernas flores; su única falta es haber muerto a su propio hijo, de la cual bastará para absolverle el dicho imperial. ¡He aquí lo que era la humanidad en manos del despotismo de Roma y de los agentes coronados que sostenía el Capitolio en todas las provincias!

Vespasiano hacía buscar, al día siguiente de la toma de Jerusalén, todos los miembros de la familia real de David, haciéndolos degollar, a sangre fría, para ahogar en su origen la persistencia de las aspiraciones populares que se obstinaban en esperar un libertador salido del tronco de la familia de Jessé. ¡Tan cierto es que los Romanos «pensaron largo tiempo que existía en torno suyo algún representante de la antigua dinastía» judía! ¡Tan cierto es que el advenimiento del Salvador, prometido en las puertas del Edén, predicho por los profetas y esperado por el mundo oprimido, turbaba el sueño de los opresores y hacía temblar el imperio de Satanás, erigido en todos los tronos!

van a acrecentar diariamente el séquito del Cordero! La humanidad entera tiene, pues, el derecho de repetir el cántico de la Iglesia: «Salve, flores de los mártires que ha segado en el mismo umbral de la vida el perseguidor de Cristo, como troncha la tempestad las rosas nacientes! Primicias de la inmolación de Jesús, tierno rebaño de víctimas: vuestras manos inocentes juguetean al pie del altar con las palmas y las coronas».

». Con desprecio de la ley de Moisés, había hecho colocar sobre la portada del Templo una águila de oro, símbolo de la dominación romana. Judas, hijo de Saripheo, y Matías, hijo de Margalotha, dos doctores cuyo celo, elocuencia y adhesión profunda a las instituciones nacionales habían hecho su nombre querido a toda la juventud de Jerusalén, dejaron estallar toda su indignación. La resistencia de los Fariseos que acababan de negarse al empadronamiento mandado por César, había arrojado en el pueblo fermentos de rebelión. El nuevo ultraje hecho a la religión mosaica, con la exhibición en el santuario de Jehová de una escultura prohibida formalmente por la ley judía, acabó de exasperar los ánimos. Arrancose de los pórticos del Templo el águila de oro, con aplauso de la multitud; rompiose a hachazos este emblema de la servidumbre de Israel, hollándose sus despojos. El viejo Herodes, que supo este atentado en su lecho de dolor, tuvo aun bastante vida y poder para hacer quemar vivos a Matías y todos sus cómplices. Algunos días después, se hacía trasladar, por consejo de los médicos, a las aguas bituminosas de Callirhoe, a algunos estadios de Jericó. He aquí los términos en que describe Josefo los padecimientos del tirano: Consumíale hasta la médula de los huesos una calentura lenta, cuyo fuego parecía enteramente concentrado en su interior; obligábale una hambre insaciable a devorar de continuo alimentos que no le nutrían: roíanle las entrañas úlceras purulentas, arrancándole gritos de dolor; hinchados los pies y las coyunturas por la hidropesía, hallábanse aun cubiertos por una piel trasluciente, devorando la parte viva del busto los gusanos. Agregábase a este horrible suplicio el de un olor fétido e insoportable: hallábanse todos los nervios contraídos, y la respiración era corta y quejumbrosa. Los médicos que le curaban proclamaban unánimes que había ». Tal era el cadáver viviente que se sumergía en Callirhoe en una tina de betún y de aceite tibios. No bien entró en ella el enfermo, cuando pareció disolverse su cuerpo, cerrándose a la luz sus ojos moribundos. Volvió a conducírsele a su lecho, principiando no obstante a divulgarse la noticia de su muerte. A este falso rumor, manifiestan su gozo los Judíos. Lo sabe Herodes al volver de su letargo, y manda traer a Jericó todos los miembros de las principales familias de este pueblo esclavo, y les hace encerrar en el Hipódromo. «¡En el momento que haya expirado, dice a Salomé, manda a mis arqueros que maten a flechazos toda esta multitud para que se vea obligada la

Judea a llorar mi muerte!» Pidió después, para apagar su ardiente sed, una manzana, y quiso cortarla él mismo. Diosele este gusto, pero aprovechándose de un momento en que se creía libre, intentó traspasarse el corazón con el cuchillo que tenía en la mano. Su sobrino Achiab, dando un grito de terror, se precipitó sobre él y detuvo su brazo suicida. El ruido que produjo este acontecimiento alarmó el palacio: la noticia de que había muerto el tirano voló por segunda vez por toda la ciudad, llegando hasta la prisión donde estaba detenido Antipater, su hijo. El joven príncipe que la esperaba con impaciencia, se entregó al enajenamiento de una alegría desnaturalizada, y suplicó a los guardias que le pusieran en libertad. Fuese a avisárselo a Herodes, el cual más furioso por la alegría de Antipater, que por la misma proximidad de su muerte, envió soldados a degollarle en su prisión, y cinco días después, expiró él mismo, llevando al sepulcro la maldición de los Judíos y la mancha de la sangre inocente, derramada a raudales durante un reinado de treinta y siete años.

». En seguida legaba a César todos los vasos de oro y de plata y los objetos artísticos más preciosos de sus palacios con una suma de 10.000,000 de plata acuñada; y a la emperatriz Livia 5.000,000. Estas liberalidades póstumas debían coadyuvar poderosamente a obtener la ratificación imperial de las demás partes del testamento que investían a Arquelao con el título de rey de Judea; que daban a Antipas las tetrarquías de Galilea y de Perea; a Filipo, las de la Traconítida de la Gaulanita y de Batanea, y finalmente a Salomé, tía de los tres jóvenes príncipes y hermana del difunto rey, las ciudades de Jamnia, Azoth y Phasaelis. El pueblo respondió a esta comunicación con gritos de: ¡Viva el rey Arquelao! y se celebraron los funerales del tirano con una pompa hasta entonces inusitada entre los Hebreos. El cuerpo revestido con las insignias reales, con una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano, fue conducido por espacio de doscientos estadios, en una litera de oro, enriquecida de pedrería, desde Jericó hasta Herodion, sitio designado para la sepultura. Abría la marcha la guardia real, compuesta de Francos, Germanos y Galos. No se ha comprobado lo suficiente, bajo el punto de vista de los orígenes nacionales de los Francos, la particularidad de la presencia de las cohortes galas en Judea en la época del Evangelio. Hemos consignado ya que el hecho se remonta al tiempo de las relaciones de Herodes con la famosa Cleopatra. Estos hijos de la Galia a sueldo del rey de los judíos; estos compatriotas de Vercingétorix, trasladados a Jerusalén, oyeron la relación de los Magos, fueron testigos de la agitación de los Hebreos a la noticia de haber aparecido en Oriente la Estrella del Mesías, y oyeron resonar a sus oídos los gritos desgarradores de las madres

». La narración evangélica en su sencilla y natural brevedad, va a amoldarse con admirable precisión a los pormenores de los acontecimientos políticos referidos por el historiador Josefo. El súbito recelo que invadió el ánimo del patriarca al llegar a las fronteras de Judá, estaba suficientemente justificado por las turbaciones que siguieron a la muerte de Herodes. Después de haber tributado los últimos deberes a su padre Arquelao, explotando, como hábil político, una costumbre

». Cotejando la historia profana era también hijo de Herodes, y no temió Josef por esta circunstancia establecerse en Nazareth. «Los que atentaban a la vida del niño han muerto, había dicho al Ángel: Éste celestial mensaje tranquilizaba completamente al esposo de María sobre las intenciones de los nuevos príncipes. -Arquelao y Antipas no pensaban,

pues, en efecto, envolver a comenzar las sangrientas pesquisas de Belén. Estos dos hermanos secretamente rivales, tenían un solo pensamiento, pero contradictorio. Arquelao quería hacer confirmar por la potestad imperial, el testamento que le llamaba al trono. Antipas, aconsejado por Salomé, su tía, esperaba tener bastante influencia en la corte de Augusto, para hacerse sustituir a su hermano, como rey de Jerusalén, a lo cual le daba derecho un testamento anterior de Herodes. Para hacer triunfar sus pretensiones, necesitaba cada competidor atraerse el favor del pueblo. Esta necesidad predisponía a los dos jóvenes príncipes a proceder con dulzura y clemencia por el momento. Había sido necesaria toda la obstinación de los facciosos para provocar la represión que acababa de ensangrentar el Templo de Jerusalén. Pero este incidente que hubiera querido prevenir Arquelao, y cuya explosión imprevista era un verdadero contratiempo para sus proyectos, creaba un peligro real a la santa Familia. Lanzados bruscamente y huyendo de la Ciudad santa los extranjeros que habían acudido a la festividad de la Pascua, divulgaron la noticia de la degollación por todas las fronteras. Concíbese, pues, que participara del temor general San Josef que se dirigía a la misma Jerusalén. Además, ocasionábale motivos particulares de temor, el sentimiento de su responsabilidad respecto del divino depósito confiado a su guarda. Siguiendo, pues, la costa marítima de la Palestina, llegaron a Galilea los ilustres viajeros, volviendo a ver la Virgen María su morada de Nazareth, cuyo humilde techo tuvo la gloria de abrigar la infancia y la juventud del Hombre-Dios.

». No fue tan decisivo como hubiera podido creerse el efecto de esta protesta apoyada por los ocho mil judíos establecidos entonces en Roma. Augusto, después de muchos días de reflexiones, dio a Arquelao las provincias de Judea, de Samaria y de Idumea, con el título de etnarca, prometiéndole concederle más adelante el título de rey, si se mostraba digno de llevarlo por su moderación y su virtud. Antipas fue tetrarca de la Galilea y de la Perea; Filipo recibió con el mismo título la investidura de la Batanea, de la Traconítida y de la Auranita. Salomé fue confirmada en la posesión de las ciudades que le había legado su hermano. Así se ratificó el último testamento de Herodes, salvo la importante modificación que suprimía provisionalmente el título de rey de los judíos y la anexión de las ciudades de Gaza, Hippo y Gadara a la provincia romana de Syria.

a Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó en Jerusalén el niño Jesús sin que sus padres lo advirtieran, antes bien persuadidos de que iba entre los de su comitiva de viaje, anduvieron la jornada entera, y por la noche le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días, le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y cuantos le oían, se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: «Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos ido

buscando llenos de aflicción, y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabéis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida ». Tales son los únicos pormenores que nos ha transmitido el Evangelio sobre la divina infancia y toda la juventud del Verbo hecho carne. Supliendo el silencio del texto sagrado, se atreve a inventar el racionalismo todo un capítulo titulado: «Educación de Jesús» con aserciones como ésta: «Aprendió a leer y a escribir, sin duda según el método del Oriente que consistía en poner en manos del niño un libro que lee cadenciosamente con sus compañeros, hasta que lo aprende de memoria». Para apoyar esta suposición gratuita, pone al pie de la página una cita concebida en estos términos: «Juan, VIII, 6», y se admira el lector de cómo es que hasta ahora ninguno había sabido encontrar en el Evangelio de San Juan la prueba de que Jesús aprendió a leer y a escribir, como todos los demás niños. Pues bien, en el capítulo VIII, versículo 6 de su Evangelio, refiere San Juan el conmovedor episodio de la mujer adúltera. Los Fariseos llevan a esta desgraciada a los pies del Salvador: «Señor, dicen, esta mujer es culpable de adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrearla. ¿Qué dices tú sobre ello? Y esto lo decían para sorprender en los labios de Jesús una palabra que pudiese servir de base a una acusación. Pero Jesús, inclinándose hacia el suelo, se puso a escribir con el dedo en tierra»: He aquí el texto de San Juan que prueba que Jesús aprendió a leer y a escribir. Jamás ha llegado a tal exceso, en nombre de la ciencia, el desprecio de sí mismo, del público y de la verdad. La página precedente de San Juan ofrece este significativo versículo: «Los judíos permanecían admirados, escuchando la doctrina de Jesús, y decían entre sí: ¿Cómo sabe las letras, él que jamás las ha estudiado?» ¿A quién esperaba, pues, engañar el nuevo exégeta con un procedimiento tan irrisorio? No nos tomaremos la molestia de comprobar cada uno de sus errores voluntarios. Quien tenga la paciencia de cotejar sus aserciones con el texto del Evangelio, no tardará en participar del sentimiento de profunda compasión que nos inspira la nueva obra. No se discuten seriamente semejantes fantasías. Sin embargo, queremos llamar aquí la atención sobre otro orden de ideas, tomado

?» La exclamación referida por San Marcos se halla en iguales términos en el Evangelio de San Mateo: «¿No es éste el hijo de un artesano? ¿No se llama María su Madre, y sus hermanos Santiago, Josef, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros?» En otra ocasión, estando Jesús enseñando al pueblo en una casa de Cafarnaúm, fueron a decirle: «Finalmente, San Juan añade que muchos de los hermanos de Jesús no creían en él». Estos textos son terminantes, dicen los protestantes de nuestros días que los reproducen con afectación, en mil folletos destinados a la propaganda popular. ¿No veis, añaden, que puesto que llama él Evangelista a Santiago, José, Simón y Judas hermanos de Jesús, es una invención de la idolatría católica la perpetua virginidad de María? He aquí la objeción en toda su fuerza. Sin embargo, sólo prueba una cosa, la decadencia, en el seno del protestantísimo actual, de la ciencia escrituraria. En otro tiempo se expresaba Calvino de esta suerte: «Ya hemos dicho en otro lugar, que según costumbre de los Hebreos, se llamaba hermanos a todos los parientes. Por tanto, aparece Helvidio sobrado ignorante al decir que tuvo María muchos hijos, porque se hace mención en algunos pasajes de los hermanos de Cristo». También Grocio desmentiría a los modernos intérpretes: «Los que llama hermanos de Cristo el Evangelio, dice, eran primos suyos. Esta locución familiar

entre los Hebreos se hallaba en uso, entre los Griegos y entre los mismos Romanos». Es de sentir, en verdad, que se hallen hoy los protestantes menos familiarizados con el estudio de los libros sagrados, que lo estaban sus antepasados Calvino y Grocio. Pero esto es de cuenta suya. Lo que importa decir, es, que la Iglesia ha leído desde hace dos mil años el Evangelio tal como lo vemos en el día. Cualquiera que lo abra, encontrará en él con palabras claras y terminantes, que «María, Madre de Santiago y de Josef, esposa de Cleofás, era hermana de la Madre de Jesús». Iguales palabras consignan San Mateo, San Marcos y San Juan. He aquí, pues, que San Judas, en el versículo I de su Epístola Católica, se llama él mismo: «Hermano de Santiago». Era, pues, su padre Cleofás, y su madre la hermana de la Santísima Virgen. Finalmente, Simón, segundo obispo de Jerusalén, sucedió, dice Eusebio, a su hermano ». Si os ocurre negar el valor del testimonio de Eusebio en esta circunstancia, este mismo historiador tomará la precaución de advertiros, que escribió esta particularidad Hegesipo, contemporáneo de Simón, y judío de nacimiento, habiéndola tomado él de este testigo ocular.

». Esta confesión nos dispensa de insistir más. Entre los Hebreos, la palabra «hermano», (Akh) tenía dos significaciones, la una general, que indicaba simplemente el parentesco en todos los grados, tales como los de primo, tío, sobrino, etc.; la otra limitada y precisa, idéntica a nuestro sentido actual. Loth era sobrino de Abraham, lo que no impedía que dijera el escritor sagrado: «Habiendo sabido Abrahán el cautiverio de Loth, su hermano, armó a sus servidores para librarle, y volvió a traer a Loth, con todas sus riquezas Labán era tío de Jacob, y no obstante, habla así es su sobrino. «¿Se dirá que porque eres mi hermano, me has de servir gratuitamente». El joven Tobías y su esposa Sara eran primos en un grado muy remoto, y Tobías, la llama hermana suya. Son estos modos de hablar sabidos de todos los que han estudiado la antigüedad sagrada y profana, porque se hallan fórmulas absolutamente idénticas en todos los autores griegos y latinos. Sería

», es uno de esos sueños que nada justifica y que no puede adoptarse. El milagro por el cual se halla sustituido el nombre de estos desconocidos, «en boca de las gentes de Nazareth, por los nombres de los hijos de Cleofás, permanecerá inexplicable a todas las comisiones de sabios que quisieran tomarse la molestia de examinarlo. Sólo hay un punto en esta excursión al país de las quimeras, accesible a cualquier controversia». Las hermanas de Jesús, se dice, se casaron en Nazareth. He aquí al menos, una afirmación que tiene cuerpo: Se la puede coger y tocar tanto mejor cuanto que la apoya el exégeta en una nota concebida en estos términos: «Marc., VI, 3». Abrimos, pues, el Evangelio, para buscar en él la explicación alegada, y leemos las palabras siguientes, que no aluden próxima ni remotamente a un matrimonio. «¿No es éste un artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no están aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él. « Para ver en este texto la indicación de un matrimonio, se necesita hacer una interpretación extensiva que traspasa todas las leyes ordinarias de la lógica y del sentido común. Pero tal vez dispone acaso el racionalismo de una dialéctica extra-natural.

, (año 16 de la edad de J. C., 12 de la E. V.); el mundo romano iba a inclinarse bajo el despotismo caprichoso y sangriento de un monstruo. Tres años después, era nombrado Anio Rufo gobernador de Judea, y en breve murió el mismo Augusto a la edad de setenta y cinco años (año 18 de la edad de J. C., 14 de la E. V). Enviose a Jerusalén un nuevo gobernador escogido por Tiberio, que fue Valerio Grato, el cual notició a los Judíos el feliz advenimiento de un tirano al trono del mundo, y el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, se apresuró a dar a la antigua Sephoris, que acababa de reedificar el nombre glorioso de Tiberíades. El lago de Genesareth, a las orillas del cual se elevaba la ciudad, tomó también el sobrenombre impuesto a la misma por una adulación servil. El tetrarca de Iturea, Filipo, no menos celoso de merecer las gracias imperiales, dedicó también en honor de Tiberio César, la ciudad de Paneas que acababa de reedificar en el nacimiento del Jordán, dándola por nombre Cesarea de Filipo. De esta suerte invadía la historia romana la Judea, y sólo la necesidad de un racionalista podía formular esta aserción extraña: «Jesús no tuvo idea alguna exacta del poder romano»;

, al Niño de Belén, bastante fuerte para luchar, en nombre de la humanidad decaída, contra la justicia de Dios. Habíale visto el Egipto, como en otro tiempo a su antepasado, prestar el apoyo de su brazo al verdadero rey del mundo. En tiempos pasados murió el hijo de Jacob en tierra extranjera; San Josef muere lo mismo en el umbral de la historia evangélica, antes que se consumara la redención del mundo. Al dejar Moisés el Egipto, a la cabeza de los Hebreos que habían recobrado la libertad, se llevó piadosamente los despojos del antiguo ministro de Faraón, que depositó Jossué en el suelo de la Tierra Prometida. Así Jesucristo, vencedor de la muerte, introdujo en el reino de su Padre celestial el alma santa y . Iba a comenzar la obra publica de Jesucristo, y ya el precursor Juan Bautista, nuevo Elias, preparaba el camino al Redentor del mundo.

». Éste es, dice San Marcos, el principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios. Conforme a lo que se halla escrito en el libro de Isaías; he aquí, yo envié a mi Ángel ante tu presencia, el cual irá delante de ti preparándote el camino. Este precursor fue Juan que bautizaba en el desierto, predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados. Y acudía a él todo el país de Judea y todas las gentes de Jerusalén, y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados. Y este mismo iba vestido con un saco de pelos de camello, y traía un ceñidor de cuero a la cintura, sustentándose de langostas y miel silvestre». Y predicaba diciendo: «Va a venir uno más poderoso que yo, y a quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: yo os bautizo en el agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo». Igual lenguaje usan los otros dos Evangelistas. La era de la Redención del mundo se abre con la imponente figura de Juan Bautista.

. Moisés distingue en el Levítico cuatro especies de insectos: el atelabe, el atacio, el ofiomaco y la langosta propiamente dicha, cuyo uso como alimento permite a la nación judía. Cuanto más se alejan estas particularidades de nuestras costumbres, más testifican la autenticidad del Evangelio. Las indicaciones cronológicas de San Lucas tienen el mismo carácter. Compréndese, después de lo que hemos dicho más arriba sobre las perpetuas vicisitudes del Soberano Pontífice en Jerusalén, que era preciso estar profundamente versado en la historia judaica para consignar tan rotundamente los nombres de Anás y Caifás, como príncipes de los sacerdotes, en la época de la predicación de Juan Bautista. La simultaneidad de los dos Pontífices era contraria a la legislación de Moisés, lo cual hubiera llamado la atención de un autor póstumo, haciéndole guardarse bien de incurrir en este error aparente. Pero San Lucas sabía que Caifás, investido recientemente con la gran dignidad de sacrificador, era yerno del ex-gran sacerdote Anás, que la había ejercido también por más de quince años. Anás, que era por su crédito y riqueza uno de los personajes más notables de la Judea, consiguió por su influencia con los gobernadores romanos, hacer que pasara sucesivamente esta dignidad a su hijo Eleazar y a su yerno Caifás. Era, pues, realmente el jefe del sacerdocio, cuyo poder nominal tenía Caifás. Y esto es lo que sabía el Evangelista y lo que nota con admirable precisión. Hállase también inscrito en su fecha oficial el nombre del gobernador romano Poncio Pilatos. La emoción general causada en toda la Palestina por la predicación de San Juan Bautista, la afluencia de la muchedumbre que va a buscar al Precursor al desierto, fueron preparadas por un acto irreflexivo del nuevo representante de Tiberio. Aun antes de llegar a Jerusalén, envió Poncio Pilatos a la Ciudad Santa las águilas de sus legiones y los estandartes que llevaban la efigie del emperador, con orden de enarbolarlos sobre el palacio Antonia. Esto era

». Así habla San Lucas. A la hora en que resonaba en las orillas del Jordán esta elocuencia divina, recordando el estilo de los Profetas, decía Pilatos tal vez entre sí, que Cicerón había dado algunos años antes al arte oratoria su última fórmula. El cortesano de Tiberio no podía menos de deplorar la ceguedad de estas colonias bárbaras que iban al desierto a oír la voz de un orador vestido de pelos de camello, debiendo redoblarse la admiración del romano, cuando oía hablar de la muchedumbre que confesaba sus pecados: *Confitentes peccata sua*, y que recibía el bautismo de la penitencia en las aguas del Jordán: *Baptizabantur ab illo in Jordanis flumine*. La Roma de Tiberio cometía toda clase de crímenes, pero no los

confesaba; contraía toda clase de manchas, pero se cuidaba poco de lavarlas en las aguas de la penitencia. Quién se equivocaba ¿el desden irónico de Pilatos o la fe de los Hebreos? No era nueva la confesión y el bautismo entre los Judíos, puesto que en la fiesta solemne de las expiaciones, hacía el Gran Sacerdote en nombre de Israel, confesión general de todos los pecados del pueblo, y que todos los días recibían los sacerdotes en el Templo, en nombre del Señor, la confesión de las culpas particulares, y ofrecían por el culpable un sacrificio a Jehovah. Toda clase de impurezas ilegales se purificaban por las abluciones ceremoniales, bautismo permanente que entrañaba en cada pormenor de la vida hebrea. Cuando fueron al Sinaí los hijos de Jacob, huyendo de la tiranía de Faraón, a recibir la ley divina «habían sido bautizados antes, dice San Pablo, en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo». Así fueron purificados del contacto de los Egipcios, poniendo después la ley del bautismo o de la ablución, una barrera entre ellos y las naciones extranjeras. He aquí por qué había aceptado toda la Judea la confesión de los pecados y el bautismo de penitencia, predicados por San Juan, como la viva expresión y la esencia misma de la ley judaica. Pilatos podía

. Y lo preguntaron de nuevo. Pues ¿por qué bautizas, sino eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióle Juan diciendo: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Ése es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido a mí, y a quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. -Estas cosas pasaron en Bethania del otro lado del Jordán, donde bautizaba Juan. No era, pues, posible dudar que Juan no era el Cristo, sino que le precedía, como precede la escolta encargada de abrir el camino al paso del soberano. «Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan. Éste le vio venir y dijo: He aquí el cordero de Dios; ». Juan por su parte decía a la multitud. «Aquel que me ha enviado a bautizar con el agua, me ha dicho: Aquel sobre quien vieres descender y reposar al Espíritu en figura de paloma, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Le he visto actualmente, y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios. Y entonces entraba Jesús en la edad de treinta años y pasaba por ser el hijo de Josef».

». Este análisis del texto sagrado es tan fiel como la traducción del griego de San Papías. ¿Qué diremos también de la adición unida ingeniosamente al relato, con la que se pretende que Jesús «fue bautista a su vez, y vio también preferido su bautismo?» En breve daremos íntegro lo que sigue del Evangelio, y en que no se encuentra ». El bautismo hace un gran papel en las tradiciones rabínicas. «Los justos y los hombres piadosos, dice el Zohar, se regocijaban con la solemnidad de la efusión del agua, porque era una figura del favor que concederá el Altísimo, cuando borre de la tierra la impureza de la serpiente. El Korán da a Juan Bautista el nombre de el Profeta Santo, y a la hora en que escribimos estas líneas, existe aun, en las cercanías de Bassora una secta llamada Mende-Jahia (discípulos de Juan) que adora al hijo de Zacarías, los cuales tienen un texto sagrado a que llaman Diván, y del que existe un ejemplar con el título de Codex Nazaraeorum en la Biblioteca romana de la Propaganda. Así es como los sueños del racionalismo moderno caen, uno tras otro, ante los hechos reales de la historia.

. Entonces el diablo le llevó a Jerusalén y le puso sobre el pináculo del Templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito que Jehovah ha mandado a sus ángeles

. Y respondiendo Jesús, le dijo: Está escrito; no tentarás al Señor tu Dios. Entonces el diablo lo condujo a un elevado monte y le puso a la vista en un instante todos los reinos del mundo con su magnificencia, y le dijo: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque se me han dado a mí, y yo los doy a quien quiero: si tú quieres, pues, adorarme serán todos tuyos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a él sólo servirás. Y en aquel instante el diablo se apartó de él, y acercándose los Ángeles a Jesús, le sirvieron.

». No procedió Mahoma de otro modo. Pero instituir el ayuno, y comenzar practicándolo; instituir el bautismo y comenzar recibéndolo, son actos de un espíritu sacerdotal, cuya mezquindad deplora el racionalismo. Y no obstante, tales son los dos primeros actos de la vida pública de Jesucristo, como deben ser, hasta la consumación de los siglos, los de toda vida humana regenerada. El sensualismo ha perdido a la humanidad en la cuna; y sólo puede rehabilitarla renunciando a él. Contra los apetitos de los goces materiales, y la concupiscencia de la carne, origen de todas las tiranías sociales, de todas las rebeliones, de todas las agitaciones del mundo, trae el Salvador un remedio divino, pero que sólo producirá efecto con la condición de ser individual y aplicarse a cada hombre en particular, para su propia restauración. La mortificación llegará a ser el único medio de salvación para cada uno de los hijos de Adán redimidos por Jesucristo. Semejante programa, repito, es superior a las concepciones de todos los legisladores, de todos los filósofos, de todos los genios humanos. Su aparente sencillez supone realmente una fuerza divina. Reformar el mundo respetando el libre albedrío del hombre y las leyes fundamentales de las sociedades humanas, es una obra imposible siempre a todas las teorías de los sabios. Sólo un Dios podía hacer amar la privación, abrazar el sufrimiento, y decir a la carne que tiene hambre y sed: ¡Serás dichosa ayunando, mortificándote, macerándote! ¡Cuán ciego es quien no ve que era un milagro divino la ley de la privación, en la época en que se producía en la sagrada persona del Salvador, en el monte de la Santa Cuarentena! Las rosas con que Horacio coronaba su frente en voluptuosos festines, eran recogidas por Ovidio y Tibulo. Roma era el pandemonium de todas las irracionalidades, todas las corrupciones de la carne. Gigantesca Gula (para tomar su lenguaje una palabra que el cristianismo ha matado) abríase desencajada, tragándose mil vidas, en beneficio de una sola, a cada dentellada. Sin que esto impidiera a los filósofos, como Séneca, escribir . ¡Retóricos! ¿Cuál es, pues, la influencia de cualquier periodo en la reforma del género humano? Los discursos son allí impotentes, los preceptos estériles, las frases superfluas. Hace allí falta el poder creador, uniendo el ejemplo al precepto. He aquí por qué ayunó Jesucristo, el Verbo encarnado, cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, y he aquí por qué tiene el mundo cristiano, hace dos mil años, hambre y sed de mortificación, de ayunos y austeridades, hasta tal punto que, a pesar de vuestros sofismas, a pesar de vuestras excitaciones al deleite, al bienestar material, a los goces del sensualismo, no volverán a verse nunca en nuestra tierra los desenfrenos de la Roma pagana.

». ¿Salvará, la alegación de circunstancias atenuantes en favor de Satanás, al mundo, de su imperio? ¿Resonará menos su voz, aún dulcificada por la elocuencia de los sofistas, en las conciencias humanas? El «pobre calumniado» que se hizo adorar en el universo durante cuarenta siglos, que se hizo sacrificar víctimas humanas a millares, que devoró la inocencia, el pudor, la virtud de las generaciones, sin decir jamás: ¡Basta! «este revolucionario desgraciado» que se hizo padre de toda clase de revoluciones, instigador de todas las rebeliones, consejero de todo género de crímenes, artífice de toda clase de errores, seducciones y mentiras, ¿creéis que se halla muy lejos de vosotros? Guardad silencio y escuchad el grito de las pasiones, el rumor del orgullo que suena sordamente al oído del corazón, el rugido de la voluptuosidad, el estertor de la avaricia. Es el llamamiento de Satanás, al fondo de las almas, ayer, hoy, mañana, bajo todos los cielos, en todas las latitudes, en cada punto del espacio y del tiempo. La empresa de su rehabilitación, si pudiera conseguirse, equivaldría al aniquilamiento de la virtud en la humanidad. Felizmente sobrepuja esta obra al poder, no solamente de la literatura ligera, sino de los genios más fuertes. El Hijo de Dios venció a Satanás, y es verdaderamente notable que tenga el demonio, después del Evangelio, tantos enemigos como tenía adoradores en la antigüedad pagana. ¡Satanás no podría ofrecer hoy a nadie, como lo propuso al Salvador, la dominación universal del mundo ¡tanto ha debilitado su infernal energía la lucha que se atrevió a sostener contra el Verbo encarnado!

; tú serás llamado Cefas, que quiere decir en hebreo Pedro, Piedra. Tal es, en su

, a algunos estadios del extremo del lago de Genesareth en la parte occidental; pero habitaban en la ciudad vecina de Cafarnaúm, donde volveremos a hallar más adelante a Simón, en casa de su suegra. El mismo Juan, hijo de Zebedeo, era de Cafarnaúm. Según observa el doctor Sepp, su oficio les había llevado con frecuencia a las riberas del Jordán, donde tenían relaciones de negocios con los pescadores de Betania. Parece también que al aproximarse las grandes festividades, llevaban a vender sus peces a Jerusalén. Así es como probablemente, habiendo tenido el evangelista San Juan ocasión de ir a casa de Caifás, fue conocido por la criada, que dejó entrar por recomendación suya a San Pedro, en el vestíbulo, cuando fue llevado Jesús ante el Gran Sacerdote. Como quiera que sea, dos pescadores han querido ver dónde moraba Jesús, aquel que les había designado Juan Bautista, como «Cordero de Dios». Jesús les dijo: «¡Venid y ved!» Después de haber pasado algunas horas en compañía del nuevo Maestro, reconocieron a Cristo, el Mesías; y llevaron ante él a Pedro, pescador como ellos. Éstos son los primeros elementos de la Iglesia inmortal, fundada por Jesucristo. El racionalismo halla todo esto sencillo; a los ojos de quien quiera reflexionar en ello, es el medio escogido tan desproporcionado con el efecto, que tenemos derecho para afirmar, sin necesidad de otra prueba, que la Iglesia es divina.

, y que fue anunciado por los profetas. Y díjole Nathanael: ¿Puede salir de Nazareth cosa buena? -Díjole, Felipe: Ven y lo verás. Vio Jesús venir hacia sí a Nathanael, y dijo de él:

He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez. -Preguntóle Nathanael: ¿De qué me conoces? -Respondióle Jesús: Antes que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera. -Al oír esto Nathanael, exclamó: ¡Oh! ¡Maestro mío! tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. -Respondióle Jesús: Has creído porque te dije que te vi debajo de la higuera. Tú verás cosas mucho mayores todavía. -Y añadió: en verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.

». Si hay algo que cause sensación en el texto sagrado que acabamos de reproducir, es precisamente la falta de todo aparato escénico y de toda «ficción». Jesús va a tomar de nuevo el camino de Galilea, y se atrae a Felipe con una sola palabra. «¡Sígueme!» y Felipe le sigue. Expliquémosnos si es posible, el predominio de semejante palabra, en boca de quien la pronuncia, y la obediencia espontánea de aquel a quien se dirige. No solamente sigue Felipe a Jesús, sino que reconoce Felipe en él al Mesías prometido por Moisés y predicho por los Profetas. Felipe hace en favor de Nathanael lo que habían hecho Andrés y Juan la víspera en favor de Simón: corre a informarle de este gran advenimiento de Cristo. «¡Ha venido el Mesías: es Jesús, hijo de Josef de Nazareth!» Felipe no sabe todavía, sobre el origen y la patria de Jesús, más que lo que refiere el vulgo. Admirase Nathanael de que pueda salir el Mesías de Nazareth, cuando han señalado los Profetas a Belén como la ciudad en donde debe nacer Cristo. Y hace de buena . Para comprender bien el sentido de la alusión, es necesario recordar el significado hebraico del nombre de Israel; «Fuerte contra Dios» que se dio al patriarca Jacob, después de la visión de la Escala misteriosa. Este término de Israelita; Fuerte contra Dios, empleado en esta circunstancia, era por sí solo una revelación. Otro que no hubiera sido judío, no lo hubiera comprendido, pero Nathanael no podía equivocarse sobre esto. Conoce que penetra la mirada de Jesús en lo más profundo de su conciencia, y exclama: «¿De qué me conoces?» La mención de la higuera, bajo la cual estaba sentado antes que le llamara Felipe, y donde le había seguido Jesús con sus ojos divinos al través de la distancia, esta particularidad íntima de que nadie había sido testigo, acaba de llevar la fe a su alma: «Rabi (Maestro), dice, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel»; y Jesús, continuando la alusión a la historia del patriarca Jacob, apellidado divinamente Israel, replica: «Tú, verdadero israelita, verás subir y bajar los Ángeles de Dios sobre la cabeza del Hijo del Hombre. « He aquí en su incomparable sencillez y despojada de todo . El racionalismo no parece ni aun sospechar los caracteres intrínsecos de autenticidad, de buena fe y de poder divino que hay en este texto evangélico, y el comentario que de él da se reduce a una presuntuosa pasquinada.

. Tres días después, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba en ellas. Y fue también convidado a estas bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la Madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Y Jesús contestó: Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo? Aun no es llegada . Jesús dijo a los servidores: Llenad de agua las hidrias; y las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesús: Sacad ahora y llevad al Maestresala (o presidente del festín), y ellos la llevaron. Apenas el Maestresala probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde era este vino (aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio

el vino mejor, y cuando los convidados han bebido a su satisfacción, sacan el inferior; pero tú has reservado el buen vino para lo último. Éste fue el primer ».

», y más adelante: «Los discípulos creyeron en él». Es imposible no reconocer aquí que preside María a la manifestación de Jesús en Caná, como había presidido a la de Belén, en favor de los Magos, siendo para los discípulos la introductora en el sendero de la fe. Así, más adelante, los Padres del concilio de Éfeso repetirán en honor suyo, esta gloriosa aclamación: «¡Dios te salve, María, Madre de Dios y siempre Virgen! Por mediación tuya ha evangelizado al mundo el colegio apostólico». La duda de Nathanael se disipó ante el testimonio de la Virgen Madre, así como se disipó la sospecha de San Josef ante la proclamación evangélica de la Virginitad Inmaculada. Así, pues, ». Hay más; así como esperó el Hijo de Dios que expresara su voluntad María para descender a la tierra, y que precediera el Fiat virginal a la obra de redención, como había precedido el Fiat del primer día a la creación, así es la voluntad de María la que adelanta la hora de la manifestación de Jesucristo. Parece que el mismo divino Maestro se queja de la violencia poderosa de su Madre. «Mujer, ¿qué hay de común entre ti y yo? dice. Aún no ha llegado mi hora». - «¿Qué hay de común entre Vos y Ella? ¡Oh Dios mío! exclama San Bernardo. Hay entre Vos y Ella todo lo que hay de común entre una madre y su hijo. ¿Y para qué preguntar lo que hay de común entre un Hijo divino y las entrañas que le han llevado, entre los labios que han mamado la leche, y el seno virginal que los ha lactado? «Esta palabra evangélica es una de las que más han sublevado, bajo diversos puntos de vista, a los herejes de todas épocas. En el siglo de San Agustín, creían encontrar en ella los sectarios de Manés la prueba de que no era Jesús realmente el Hijo de María y que la maternidad divina había tenido sólo una apariencia fantástica. En nuestros días, no deja de citar el racionalismo esta respuesta, para justificar su famosa aserción: «La familia de Jesús no parece que le amase, y hay momentos en que se encuentra a Jesús duro con ella». Las dos conclusiones, maniquea y racionalista, son tan erróneas una como otra. He aquí lo que contestaba el gran obispo de Hipona a la primera: «Nuestro Señor Jesucristo, dice, era a un mismo tiempo Dios y hombre; en cuanto Dios, no tenía madre; en cuanto hombre, tenía una; tal era la madre de su humanidad, de la flaca naturaleza con que quiso revestirse por nosotros. Pues bien, el milagro que iba a verificar debía ser obra de la divinidad, y no de la débil carne; iba a obrar como Dios, sin que tuviera nada de común con la debilidad de ». Así hablaba San Agustín a los racionalistas de su tiempo. Los del nuestro aprenderán de este ilustre doctor, que sólo el Hijo de Dios podía dar semejante respuesta a su madre, así como sólo María podía tener sobre el Hijo de Dios el poder de exigir un milagro; de suerte, que cuanto más rigurosa parezca la respuesta de Jesús, más lleva el sello de la autenticidad intrínseca de que nos ha dado tantos ejemplos el Evangelio.

. ¿Había entre los convidados de Caná muchos, excepto los discípulos, que hubieran apreciado el honor de tener en medio de ellos, un huésped divino? Nadie parece sospecharlo. Pero «allí está la Madre de Jesús»; y parece que tenga prisa de manifestar a todos estos indiferentes la divinidad de su hijo. «Aún no había llegado, sin embargo, la hora», pero la intervención de María tiene el poder de adelantar la hora de la gracia; la hora de María llegará a ser la hora de Dios. «Haced todo lo que él os diga, dice a los sirvientes»; tan segura está la Virgen María de que acceda a ello Jesús. Ella sabía «que le era sumiso». Por orden de Jesús, van los sirvientes a tomar agua, y llenan hasta el borde seis grandes hidrias dispuestas para las abluciones de todos los convidados. No son, pues, los discípulos

del Salvador los que ejecutan la orden de su Señor, como hace observar un intérprete moderno. No hay duda de que los convidados de Caná no formaban una , del Architriclino, como le llama el texto sagrado, representando con este término, con maravillosa exactitud, la observancia de las dos costumbres hebraica y romana en la civilización de la Judea, en aquella época. El Triclinio, lecho de descanso, en que se tendían los convidados, apoyado el codo izquierdo sobre cojines, era una importación romana. Josefo la hace notar como una de las magnificencias del palacio de Herodes. Semejante lujo contrastaba singularmente con la institución mosaica que prescribía a los Hebreos que comiesen el Cordero Pascual, en pie, ceñidos los riñones, calzados los pies con las sandalias de viaje y con el báculo en la mano. Sin embargo, extendiose en breve en Palestina, y lo encontraremos usado en todas partes, en la serie de la historia evangélica. El nombre de Architriclinus procedió indudablemente del Triclinium romano; la expresión era nueva, pero la función que designaba era mucho más antigua entre los Judíos. El capítulo XXXIII del Eclesiástico está consagrado enteramente a trazar las reglas de conducta para uso de los symposiarcas o presidentes de los festines, que servían el vino a los convidados. Todo el mundo sabe las sublimes metáforas que tomaron de esta costumbre nacional David e Isaías en sus cantos populares. ». -Levántate Jerusalén, dice el profeta Isaías. La mano de Jehovah ha derramado sobre tus labios la copa de su cólera, tú has agotado hasta el fondo el cáliz del adormecimiento, y lo has apurado hasta las heces. Los Hebreos tenían, pues, en sus festines, un symposiarca, un «architriclino» encargado de la presidencia del convite. Más adelante veremos que se disputaban tal honor, muy solicitado especialmente por los Fariseos. En las bodas de Caná, se ejercía tal vez esta función por el Parainfo, es decir, por el que dirigía la comitiva de la novia. El elogio que dirige al esposo en esta circunstancia, parece hacerlo sospechar así.

». Pero

». Pero según el sentir de San Agustín y de los Padres de la Iglesia, el milagro de las bodas de Caná, tenía una significación más elevada todavía. El agua que llenaba las hidrias destinadas a las abluciones prescritas por la antigua ley, este elemento de una purificación enteramente material se convierte en el vino del Nuevo Testamento, que hace germinar las Vírgenes, en una generación espiritual y pura. El Evangelio era el vino excelente que tenía en reserva para la última hora el celestial Esposo. «Asistiendo con su Madre a las bodas de Caná, dice San Cirilo de Alejandría, quiso Jesús consagrar el principio de las generaciones humanas, así como había santificado anteriormente el agua bautismal con su contacto divino. Para levantar la naturaleza decaída y volverla a su primitiva santidad, no bastaba que bendijera el Salvador a los hombres que ya habían nacido, era necesario, para el porvenir, que estableciera en las fuentes de la vida, la gracia que debía extenderse a toda la posteridad humana y santificar el origen de todos los nacimientos. « Así, lo mismo que en las puertas del Edén se nos aparecieron Adán y Eva como los primeros padres de una raza culpable, así, en las bodas de Caná, presiden, Jesucristo, el nuevo Adán, y María, la Eva rehabilitada, a la generación espiritual de los hijos de la gracia. El matrimonio cristiano será uno de los sacramentos del Nuevo Testamento. El milagro de las bodas de Caná inaugura la institución divina de la familia, reconstituida en Jesucristo. He aquí lo que se sabía en nuestra Europa, después que fue regenerada por el Evangelio. ¿Cree la exégesis racionalista haber tocado siquiera estas grandes cosas que han convertido al mundo, ?» ¡Este milagro

hubiera obtenido sin duda el favor de una mención más formal si se hubiera verificado en las bodas de Agripina, para distraer de sus iras al César Tiberio!

. Entre tanto, interpelando los Judíos a Jesús, le pre-señal o prodigio nos manifestarás que tienes autoridad para hacer estas cosas? -Respondió Jesús y les dijo: Destruid este Templo, y yo le reedificaré en tres días. -Dijéronle los judíos. Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este Templo, ¿y tú le has de restablecer en tres días? Pero Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Así, después que resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo dijo por esto, y creyeron (con más fe) en la Sagrada Escritura y en las palabras que ».

. La especulación había sido lucrativa, y le imitaron los mercaderes de bueyes y de palomas. En breve todas .

. La empresa que comenzó este príncipe veinte años antes de la E. V. se prolongó aun más allá del periodo evangélico. Veinte y seis años de nuestra era habían transcurrido, en la época de la solemnidad Pascual, en que expulsó Jesús a los mercaderes del Atrio de los

extranjeros; de manera que tenían una exactitud matemática los cuarenta y seis años citados por los Judíos.

».

. La riqueza de Nicodemo, que llamó la atención de los Talmudistas, no causa impresión alguna en el Evangelista; pero fijan particularmente la atención de San Juan, su título de doctor en Israel y el conocimiento de las Escrituras que éste supone. Todo el diálogo de Jesús con este tímido prosélito tiene por base la Escritura. El Antiguo Testamento era como la raíz del Evangelio; pero era precisa la revelación del Verbo para fecundizar este antiguo tronco. ¿Cuántas veces no habían anunciado los Profetas que Dios crearía una nueva generación, nuevos cielos y una tierra nueva? Nicodemo conocía sin duda estos textos sagrados, pero cuando oye la solemne afirmación de la necesidad de un segundo nacimiento, no comprende nada de este misterio, cuya sola enunciación provoca por su parte la objeción del más repugnante materialismo. Sin embargo, había leído las palabras de Jeremías, mandando de parte de Jehovah la circuncisión del corazón y la célebre profecía de Ezequiel: «Os quitaré vuestro corazón de piedra para sustituirlo con otro de carne». Tal vez llevaba, como fariseo escrupuloso, bordada en la orla de su vestidura, la oración de David: ¡Oh Dios! ! «Por lo menos, era fiel observante de las prescripciones legales, respecto de las abluciones frecuentes. Pero bajo la letra de la ley, no sabía discernir la purificación espiritual, de que eran figura los ritos Mosaicos. El bautismo legal en el agua, para borrar las impurezas corporales; el bautismo legal en la carne, por medio de la circuncisión, para imprimir el sello de la adopción de los hijos de Abraham; tales eran a los ojos del Fariseo, los únicos elementos de santificación. He aquí por qué no comprende nada de la regeneración de las almas que acaba de verificar el Hijo de Dios. Para él, así como para todo el judaísmo, debe ser el Mesías un poderoso dominador, un fundador de imperio: subyúgale la idea de ver realizarse esta esperanza en la persona de Jesucristo; viene por la noche a llevar a los pies del Salvador el testimonio de toda su secta. «Rabí, dice, sabemos que vienes de parte de Dios, según nos lo prueban tus milagros». Si le hubiera contestado el divino Maestro: «Dentro de dos años volverá a levantarse el trono de David, Jerusalén eclipsará a la Roma del César, y los hijos de Abraham serán los soberanos del mundo», hubiera comprendido Nicodemo este lenguaje y aplaudido esta revelación.

, pues caen por su peso ante la majestuosa sencillez del Evangelio. «Después de la festividad de Pascua, continúa el escritor sagrado, Jesús, seguido de sus discípulos, volvió a la campiña de Judá, próxima a Jerusalén; . Entonces se hallaba Jesús en las riberas del torrente de Ennom junto a Salim, donde había agua abundante y profunda. Y acudían muchos y eran bautizados, porque en aquella época aún no había sido Juan encarcelado, como lo fue a poco por Herodes Antipas. Habiéndose suscitado una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos sobre el bautismo de su Maestro, acudieron a Juan sus discípulos, y le dijeron: Maestro, aquel que estaba contigo, a la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, sábetse que se ha puesto a bautizar, y todos van a él. Respondió Juan, y dijo: el hombre no puede atribuirse cosa alguna sino le es dada del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él (como precursor suyo). ¿Quién es el esposo, sino aquel en cuyas manos se entrega la

esposa? En cuanto al amigo del esposo, que está para asistirlo, se regocija en extremo de oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo. Conviene que Jesús crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior a todos. Y atestigua los misterios ».

, dejaba la casa paterna de noche, al son de los instrumentos de música a la luz de las lámparas. Formaban su séquito diez Vírgenes con sus lámparas encendidas, a quienes precedía la joven esposa, llevada por el paraninfo. El esposo, ungido de perfumes, ceñida la frente con una corona, venía a recibirla, precedido de diez jóvenes, a cuya cabeza iba el amigo del esposo. Designábase su llegada, que esperaban las jóvenes Vírgenes por la gozosa aclamación que nos ha conservado una parábola evangélica: «He aquí al esposo, salid a su encuentro». Entonces se reunían las dos comitivas, y presentaba el paraninfo la esposa a su futuro esposo. Estos pormenores, tomados de las costumbres tradicionales de los Judíos, nos dan el sentido

, no se mostraron menos hostiles a la influencia del Salvador. «Habiendo, pues, sabido con furiosos celos que Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, dice el Evangelista, conociendo Jesús sus malos designios, dejó la Judea y se fue otra vez a Galilea, para lo que le era necesario pasar por Samaria. Llegó, pues, a una ciudad de este país llamada Sicar, próxima a la heredad que había dado Jacob a su hijo Josef, y donde estaba el pozo llamado la Fuente de Jacob. Fatigado Jesús del camino, se sentó en el brocal del pozo. Era ya cerca de la hora de sexta. Y habiendo venido una Samaritana a sacar agua, le dijo Jesús: Dame de beber, (porque sus discípulos habían ido a la ciudad próxima a comprar de comer.) Y la Samaritana le dijo: ¿cómo, siendo tú Judío, me pides de beber a mí que soy Samaritana? ¿por qué los Judíos no comunican con los Samaritanos? -Respondió Jesús y le dijo: si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a él y te hubiera dado agua viva. -Señor, respondió ella, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondió Jesús y le dijo: Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; antes el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna. -¡Ah! Señor, exclamó la Samaritana, dame de esa agua, para que no , respondió Jesús, créeme a mí: ya llegó el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoréis al Padre. Vosotros los Samaritanos adoráis lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (o el Salvador) procede de los Judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad. -Ya sé, replicó la Samaritana que está para venir el Mesías (que quiere decir Cristo). Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. -Y Jesús le respondió: Ése soy yo, que hablo contigo. A este tiempo llegaron sus discípulos y se admiraban de que estuviese hablando con una mujer. No obstante, ninguno le dijo ¿qué le preguntas, o qué hablas con ella? -Con esto, la mujer dejó su cántaro y fue a la ciudad y dijo a aquella gente: Venid a ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¡Será éste, por ventura el Cristo! -Salieron ellos de

la ciudad y vinieron a verle. Entre tanto, habían servido los discípulos la comida, y rogaban a Jesús diciendo: Maestro, come. -Y él les respondió: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis. Y los discípulos se preguntaban unos a otros. ¿Acaso le habrá traído alguno que comer durante nuestra ausencia? -Pero Jesús respondió. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo. Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse. Aquel que siega recibe su jornal y recoge el fruto para la vida eterna, para que así haya contento tanto para el que siembra como para el que siega. .

. El agua viva que encerraba, llamada así en oposición a los depósitos estancados de aguas pluviales que se recogen en Palestina en las cisternas, era el único recurso de la comarca. He aquí lo que le opuso la Samaritana, interpretando las palabras de Jesús en sentido material.

. El altar Eucarístico, el sacrificio sangriento en que se inmola cada día, «en espíritu y en verdad, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo», he aquí la forma divina de adoración que traía Jesús

. Ningún profeta es venerado en su patria, decía, aplicándose a sí mismo este testimonio. Habiendo, , cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Este oficial, habiendo oído que venía Jesús de la Judea a Galilea, fue a estar con él y le pidió que bajara a Cafarnaúm a curar a su hijo que estaba muriéndose. -Pero Jesús le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis. -Mas el padre replicó: Señor, ven antes que muera mi hijo. Anda, le dijo Jesús, que tu hijo está sano. -Creyó el oficial lo que le dijo Jesús, y marchó. Y cuando iba ya por el camino, le salieron al encuentro sus criados y le dijeron que su hijo estaba ya bueno. -Preguntoles por la hora precisa en que se había sentido mejor, y le dijeron: Ayer a la hora sétima le dejó la fiebre. -Conoció por aquí el padre que ésta era la hora en que le dijo Jesús: Tu hijo está sano, y creyó él y toda su familia. Éste fue el segundo milagro que hizo Jesús después de haber vuelto de Judea a Galilea». Los racionalistas modernos no creen como el oficial de Cafarnaúm. ¡Qué! dicen, ¡había de haber vuelto la vida Jesús con una sola palabra a los labios moribundos de un joven que se hallaba distante y que no podía experimentar la influencia del contacto, ni de la mirada, ni de una enérgica voluntad! ¿Puede la súplica de un padre desesperado interrumpir el orden inmutable de las leyes de la naturaleza? He aquí lo que dicen. Pero el oficial de Cafarnaúm creyó por sí y

». Cuanta más ignorancia y sencillez se suponga en estos cuatro galileos, más se acrecentará el milagro. Porque la afición a las cosas de la tierra está en razón inversa del

grado de cultura de los entendimientos. Cuanto más estrecho es el horizonte que rodea al aldeano y al pobre, más querido les es este horizonte. Y por otra parte, estos cuatro pescadores galileos son las cuatro primeras columnas del edificio inmortal de la Iglesia. Cuanto más se repita que Simón, por sobrenombre Pedro, era un simple pescador sin cultura y sin letras, más se agrandará

». La pesca milagrosa del lago de Genesaret pasma a Simón. Pero Pedro no se admira ya al día siguiente de Pentecostés, cuando según la enérgica expresión del texto sagrado, «cayeron a sus pies tres mil almas». La última pesca en la barca de Tiberiades figuraba la primera pesca en la barca de la Iglesia. El mundo entero debía entrar en las redes de Pedro, así como los

. En estas circunstancias fue, dice Josefo, cuando encontró Herodes Antipas por vez primera a su sobrina Herodías, mujer cruel e intrigante, cuyo nombre mancillado por la historia, llevará hasta el fin de los siglos la mancha de la sangre inocente. Herodías se había casado con Filipo, hijo de Herodes el Grande y hermano materno de Antipater. Este Filipo, que no debe confundirse con el Príncipe del mismo nombre que reinaba en Iturea y la Traconítida, . Herodías sobrado ambiciosa para contentarse con semejante papel, aspiraba a reinar. Había tenido de Filipo, su esposo, una hija llamada Salomé, la célebre bailarina; pero ni el sagrado nombre de esposa ni el de madre valían a sus ojos el título de reina. Supo engañar a Herodes Antipas y hacer que le prometiera que se casaría con ella a su regreso de Roma. Estas nupcias incestuosas se celebraron con gran pompa, cuando habiendo vuelto de su viaje el Tetrarca y colmado de nuevos favores por el emperador, hizo la dedicación solemne de la capital de Galilea, bajo el nombre de Tiberiades. Este enlace causó grande escándalo entre los Judíos, pues jamás se había visto en los peores días del reinado de Herodes el Idumeo arrancar un hermano a su hermano una esposa legítima. Para colmo de ignominia, la joven Salomé había seguido a su madre, y cambiado la inocente oscuridad del hogar doméstico por los esplendores de una corte disoluta.

». Herodes temía la influencia de Juan sobre la multitud que le veneraba como a un profeta. Por otra parte no podía dejar de reconocer la justicia y la santidad del Precursor. Más de una vez obró por su consejo, y le oyó con gusto. Pero Herodías se hizo la Jezabel del nuevo Elías; había jurado la perdición de Juan Bautista, y no pudiendo arrancar una sentencia de muerte contra él a su marido, recurrió a los ardides y artificios. Los fariseos y los doctores de la ley habían protestado siempre contra el bautismo de Juan, desde que les declaró el hombre de Dios que no era Elías ni profeta. No solamente habían rehusado ir con la multitud a recibir de él la purificación bautismal en las aguas del Jordán, sino que declaraban en alta voz que Juan estaba endemoniado y que obraba bajo el imperio del espíritu de Satanás. Herodías halló en ellos cómplices dispuestos a auxiliarle en sus proyectos de venganza, los cuales se encargaron de todo lo odioso de la traición, , denunciaron a Juan Bautista a Herodes, como un sedicioso que sublevaba al pueblo contra su regia autoridad. Con este pretexto se determinó en fin el Tetrarca a hacer prender al Precursor, que fue conducido, cargado de cadenas a la fortaleza de Maqueronta. Mas no hallándose aún satisfecha la crueldad de Herodías, no le bastó la prisión del hombre de

Dios, y quiso su cabeza. Pero el débil Antipas, temiendo más que nunca que se rebelase el pueblo, resistió por el momento a las solicitudes de esta mujer sanguinaria, y aun fingiendo por el ilustre cautivo un especial interés, permitió a sus discípulos que le visitaran en su prisión, y se aprovechó él mismo de su permanencia en Maqueronta para mantener con él relaciones benévolas, según atestiguan los Evangelistas.

. -«Haced penitencia, decía, porque se acerca el reino de los cielos. Así principió a predicar el Evangelio de Dios. Y los sábados iba a la sinagoga y dirigía su enseñanza a la multitud. Todos se pasmaban de la sublimidad de su doctrina, y les enseñaba como quien tenía potestad, y no como los Escribas y doctores». Para comprender que es un testimonio implícito de la divinidad del Salvador. Los Escribas y los doctores Judíos comentaban los libros del Antiguo Testamento; su doctrina no era más que una tradición, su palabra un reflejo. Pero Jesús en la Sinagoga, en día de sábado, en presencia de la multitud congregada para oír la lectura de la Ley, dirige a los habitantes de Cafarnaúm una palabra que no proviene sino de él mismo, una enseñanza que se apoya en su propia autoridad. Jehovah, pues, era el único doctor en Israel; los Scribas aspiraban únicamente al honor de ser sus intérpretes. El Salvador afirmaba, pues, su divinidad a los ojos de los Judíos, del modo más claro y más formal. «Hablaban como quien tiene potestad» y experimentaban la omnipotencia de su palabra los mismos demonios.

». La primer posesión del hombre por Satanás remonta hasta el Edén. Al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, llegó a ser el demonio realmente «el príncipe del mundo». Por mano del fratricida Caín, imprimió en sangrientos caracteres el sello de su tiranía en sus nuevos súbditos. Desde entonces se desarrolló la acción diabólica, en toda la serie de la historia, paralelamente al plan divino seguido de edad en edad para preparar la redención. El mundo antediluviano se había dividido entre el Hijo de Dios y los hijos de Satanás, hasta el día en que, tomando el mal proporciones gigantescas que no volveremos a ver más, atrajo sobre nuestro globo el último cataclismo universal. El imperio de Satanás se perpetuó en la raza postdiluviana, procedente de Noé. Cam volvió a tomar al salir del arca con menos odiosas condiciones, el papel de Caín, en el umbral del Paraíso Terrenal. El demonio recibió bajo todos los nombres divinizados por el politeísmo, los homenajes de la tierra, dio oráculos, se posesionó de las pitonisas, y las agitó con extrañas convulsiones, sobre la trípede de Apolo, bajo las encinas de Dodona, en los antros de Cumas, al pie de los dólmenes y de los menhires de las Galias. La posesión del mundo antiguo por Satanás, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Así es notable que en los primeros días de la Iglesia llegará a ser la expulsión de los demonios en nombre de Cristo, para los mismos paganos, uno de los signos perentorios de la divinidad del Evangelio. El poder infernal, deificado por sus adoradores, se gozaba en su vasto imperio, y tenía manifestaciones sobrenaturales, de que nadie dudaba, porque todo el mundo era testigo de ellas. He aquí lo que escribía Tertuliano en su Apologética: hará bien nuestro siglo en meditar

. Primitivamente recibió de Dios el hombre la soberanía sobre la materia. Pero separándose ».

». Pero como el principio corporal en el hombre está tomado a la naturaleza, tiene Satanás

sobre él un poder inmediato y directo que se manifiesta visiblemente en ciertas circunstancias y en límites determinados por la suprema voluntad de Dios. Así las posesiones corporales del hombre por Satanás, son hechos positivos que ha consignado por otra parte la observación de todos los siglos, habiendo dado el Evangelio a estas manifestaciones sobrenaturales el nombre de endemoniados. Verifican bajo el imperio de ciertas circunstancias particulares, es decir, que los hábitos corporales o espirituales del hombre le predisponen más o menos a experimentar la influencia del espíritu del mal. Los vicios cuyo carácter propio es la degradación del ser humano y su identificación con la materia, las pasiones de la concupiscencia carnal que extinguen el sentido íntimo de la conciencia para sumergir a sus víctimas en la vida animal más grosera, tienen evidentemente por resultado dos desórdenes, en el organismo y en el sistema nervioso por una parte, en las facultades intelectuales por otra. Pero viciados el organismo y el sistema nervioso por hábitos perversos, turbados por la invasión desordenada de las pasiones animales, son instrumentos materiales, sobre los que tiene el demonio un imperio directo y que puede poseer » cuando vendió este apóstol a su divino Maestro; y no obstante, Judas no fue un «endemoniado». El Evangelio no le da este nombre en parte alguna.

. Nos hallamos aquí en presencia de la exégesis racionalista que niega positivamente toda esta doctrina, y no ve en los hechos de posesión diabólica referidos por el Evangelio sino casos de locura, hábitos mórbidos, fenómenos de enajenación mental, a los cuales Jesús, por no chocar contra las preocupaciones universales de su tiempo, dejaba dar el nombre de estados demoniacos y que curaba ya por una virtud superior, ya por los secretos de un arte desconocido. «Uno de los géneros de curaciones que verifica Jesús con más frecuencia, dicen los nuevos críticos, es la expulsión de los demonios. Una facilidad extraña de creer en los demonios reinaba en todos los espíritus. Era una opinión universal, no sólo en Judea, sino en el mundo entero, que los demonios se apoderan del cuerpo de ciertas personas, haciéndolas obrar de un modo contrario a su voluntad. La epilepsia, las enfermedades mentales y nerviosas que parece posesionarse del paciente, las dolencias cuya causa es desconocida, como la sordera, la mudez, se explicaban del mismo modo. Suponíase que había procedimientos más o menos eficaces para expeler los demonios; el estado de exorcista era una profesión ordinaria como la de médico. No es . Esta teoría ya añeja en Alemania no tendrá gran éxito en Francia, a pesar de la novedad que trata de dársele. He aquí la causa. El Evangelio nombra la epilepsia, las enajenaciones mentales, las afecciones nerviosas, absolutamente como las llamamos en el día, y las distingue perfectamente de las posesiones demoniacas. «Presentaron a Jesús, dice San Mateo, toda clase de enfermos, gentes acometidas de varias enfermedades, poseídos del demonio, lunáticos y paralíticos, y los curó». Así no confunde en manera alguna San Mateo los locos ni los epilépticos, sobre cuyo estado mórbido ejercen las fases lunares una influencia no explicada hasta aquí, con los endemoniados. «El estado de exorcista» era desconocido en toda la antigüedad judía y pagana, no obstante hallarse endemoniados en todas las épocas de la historia. El ministerio solemne y públicamente ejercido de arrojar los demonios por medio del exorcismo, sólo aparece con Jesucristo; perpetúase en el seno de la Iglesia Católica, depositaria de la potestad libertadora del Redentor. Este ministerio, que constituye un orden especial en la jerarquía eclesiástica, no dispone ni de un arte oculto, ni de secretos desconocidos. Su fórmula es la misma hoy que lo era en Efeso, cuando los Judíos, testigos de los exorcismos de San Pablo, quisieron imitarlos con algunos endemoniados. «En el nombre de Jesús que

anuncia Pablo, decían ellos al espíritu infernal, yo te conjuro que salgas de este hombre». Y contestaba el espíritu: «¡Conozco a Jesús y sé quien es Pablo! Mas vosotros ¿quién sois?»

. Tiene, pues, la noción sana y clara del ». Semejante notoriedad supone necesariamente en el público el conocimiento de los caracteres propios a los poseídos del demonio. Para que pudiera discernirse este estado sobrenatural de las enajenaciones mentales de las demás afecciones mórbidas enumeradas por San Mateo, era preciso que se revelara la posesión por signos particulares y fenómenos de un género aparte. ¿De qué naturaleza eran estos fenómenos? El Evangelio nos lo dice. El poseso de Cafarnaúm no conocía al Salvador que iba por primera vez a esta ciudad, y no obstante, no bien le apercibe, exclama: «Déjanos, Jesús de Nazareth. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros?» ¿Dónde, pues, había oído el energúmeno el nombre del doctor desconocido que encuentra en la sinagoga? Si se supone que se había divulgado rápidamente por la ciudad el nombre del Salvador y que pudo haberlo sabido el endemoniado por el rumor público, no se hace más que aumentar la dificultad. El milagro de la curación verificada en favor del hijo del oficial real de Cafarnaúm había predisposto ciertamente la opinión a no ver en el taumaturgo más que una potestad bienhechora, y no obstante exclama el endemoniado: «¿Vienes acaso a perdernos?» Pero tal vez se dirá, ésta era una de esas palabras incoherentes que no tienen sentido racional, y tales como pueden salir de los labios de un alucinado. ¿Por qué, pues, responderemos nosotros, este alucinado, este frenético, inconsciente de su propio pensamiento, sigue tan lógicamente y con tan admirable verdad, la idea satánica de que es órgano? «Retírate, Jesús de Nazareno. ¿Qué hay de común entre ti y nosotros? ¿Has venido a perdernos?» Si habló el demonio, no pudo usar otro lenguaje. Si son éstas las exclamaciones de un loco, ¿por qué tienen ese carácter tan manifiesto de lógica demoniaca? Y finalmente, ¿cómo referir a un loco el último rasgo que termina esta extraña interpelación: «Sé quién eres: eres el santo de Dios» cuándo es manifiestamente la expresión más clara y más precisa, y más inesperada de la verdad? Toda la ciudad de Cafarnaúm ignoraba la verdadera naturaleza de Jesucristo. Mirábasele

». Aquí tenemos el segundo carácter de las posesiones demoniacas: el trastorno de las leyes físicas de equilibrio, de ponderabilidad y de sensibilidad en los cuerpos. El demonio levantó a este hombre en medio de la sinagoga y le lanzó violentamente al suelo, sin hacerle daño alguno. No se necesita sabios ni químicos para consignar que semejante fenómeno se halla fuera de las reglas ordinarias de la naturaleza, y que si se tratara medicinalmente a un enajenado por este sistema, se mataría seguramente al enfermo. Así, no se engañaron los habitantes de Cafarnaúm. Aun cuando hubiese habido entre ellos uno de nuestros racionalistas modernos y les hubiera dicho: «Estos ligeros desórdenes merecen poca atención»; no deben exagerarse las dificultades; una palabra suave basta para expeler al demonio» esta teoría les hubiera parecido lo que es realmente, es decir, una puerilidad miserable en comparación del espectáculo sobrenatural de que acababan de ser testigos.

en cama con calentura, y luego le hablaron de ella. Los discípulos rogaron a Jesús que la curase; llegándose, pues, a ella, la tomó por la mano y la levantó, y al instante la dejó la calentura y se puso a servirles». Cuando eligió Jesús sus Apóstoles, dos o tres de ellos estaban ya casados. Simón

». Durante todo este día de sábado, los Judíos de Cafarnaúm no se atreven, a pesar de su impaciencia, a infringir el precepto del sagrado reposo. Obsérvanle con todo el rigor de la interpretación farisaica, pues creerían incurrir en el anatema legal, si prestasen una mano caritativa a sus hermanos enfermos, para llevarlos al Médico celestial. Pero el sábado terminaba con la luz del sol, porque los Hebreos contaban los días de una tarde a otra. Compréndese, pues, la premura de la multitud que sitia la casa del pescador galileo, no bien ha desaparecido el sol del horizonte y ha cesado el descanso sabático. Pero ¿qué comisión científica explicará nunca la instantaneidad de estas curaciones milagrosas verificadas en una multitud de enfermos a los ojos de toda una ciudad, por la sencilla interposición de manos o por

. Y habiendo ido a Nazareth, donde había pasado su infancia, entró en la sinagoga, según su costumbre el día del sábado. Y habiéndose levantado para encargarse de la leyenda e interpretación, fuele dado el libro de las Profecías de Isaías, y luego que lo desplegó, halló el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu de Jehovah reposó sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su unción divina y me ha enviado a predicar el Evangelio a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito, a anunciar a los cautivos la libertad, a dar a los ciegos la vista, a soltar a los que están oprimidos, a publicar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución divina». Después de haber leído esta profecía, arrolló o cerró el libro y lo entregó al ministro y se sentó; y todos los que estaban en la sinagoga tenían fijos en él los ojos. Y él empezó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta sentencia de la Escritura que acabáis de oír. -En seguida continuó explicándoles la Escritura, y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras de gracia que salían de sus labios, y decían: ¿No es este el hijo de Josef? -Mas Jesús replicó: Sin duda que me aplicaréis vosotros este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; haz aquí en tu patria las maravillas que hemos oído hiciste en Cafarnaúm. Mas añadió luego: En verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria. Por cierto os digo, que en tiempo de . También había muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Elías, y ninguno de ellos fue curado, sino Naaman, natural de Siria. Al oír estas cosas en la sinagoga, montaron en cólera, y levantándose alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad y le persiguieron hasta la cima del monte sobre que estaba edificada la ciudad de Nazareth, con ánimo de despeñarle; pero Jesús, pasando por medio de ellos, prosiguió tranquilamente su camino y bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, donde enseñaba al pueblo en los días de sábado».

. La forma de los volúmenes hebreos rollados en un cilindro, de modo que los dos primeros capítulos estaban rollados bajo numerosas vueltas, y los últimos se ofrecían desde luego a la vista, nos hace concebir muy bien que el Salvador no desplegó más que el pliegue superior del pergamino y «encontró al abrir el libro», como dice San Lucas, este pasaje sacado de uno de los últimos capítulos del Profeta, y leyó este texto hebreo. Esta circunstancia destruye enteramente la teoría de los racionalistas modernos que se han atrevido a decir: «Es dudoso que comprendiera bien los escritos hebreos en su lengua original». Pero ¿qué importan estas falaces apreciaciones, en que compite lo ridículo con lo

sacrílego? Jesús responde a los sofistas de Nazareth con las palabras de Isaías: «El Espíritu de Jehovah reposa sobre mí y me ha conferido la unción Santa». Todos los oyentes sabían que en las riberas del Jordán, había reposado en la cabeza de Jesús el espíritu de Dios, en figura de paloma, y que el carácter propio del Mesías, del Cristo a quien se esperaba, sería, como lo indica la misma etimología del nombre, la unción por el Espíritu de Dios, semejante a la unción real de David por el óleo santo. «El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres, a curar los corazones quebrantados, a anunciar la redención a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a libertar a los esclavos, a publicar el año de Jehovah y el día de la retribución divina». La Galilea entera resonaba pues con la predicación del reino de Dios, evangelizado para los pobres; la tiranía de Satanás bajo que gemía el mundo, se veía obligada a abandonar sus víctimas; todos los atacados de las enfermedades y de las pasiones humanas; todos los corazones destrozados por los padecimientos físicos y morales eran consolados y curados; los ojos del ciego se abrían a la luz del día, mientras la luz divina proyectaba

, de Jerusalén, de la Judea entera, de las provincias de Siria y de los confines marítimos de Tiro y Sidón, a oír su palabra y obtener la curación de las enfermedades corporales. Y todos procuraban tocarle, porque salía de él una virtud divina que daba la salud a todos. Viendo Jesús esta multitud inmensa, se dirigió al monte próximo de Cafarnaúm, sentose en él, rodeado de sus discípulos, y alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! ¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios! ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! Dichosos seréis cuando los hombres por causa mía os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor ¿con qué cosa se hará salada? Para nada vale después sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad edificada en un monte no puede ocultarse a los ojos del viajero. Ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

. Si, pues, al ir a llevar tu ofrenda al altar, te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda al pie del altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda al Señor. Componte pronto con tu contrario cuando estés con él en el camino, no sea que el contrario te delate al juez y el juez te entregue al ministro y te pongan en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí . Habéis oído también que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: Cualquiera que mirare a

una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón. Que si tu ojo derecho o tu mano derecha te sirve de escándalo o incita a pecar, sácate el uno y córtate la otra y, arrójalos lejos de ti. Porque más te importa que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. También se dijo a los antiguos: Cualquiera que despidiese a su mujer, dele carta de repudio; pero yo os digo, que todo aquel que repudiare a su mujer, sino es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio».

, antes bien cumplirás ; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, porque no está en vuestra mano hacer blanco o negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; o no, no; porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene. Habéis oído también que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no hagáis resistencia al agravio, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la izquierda. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alérgale también la capa. Y al que te embargare (o requiriere) para ir cargado una milla, ve con él otras dos. Da al que te pide y no tuerzas el rostro al que pretende de ti algún préstamo. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo más: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os , haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque ¿qué mérito hacéis en amar a los que os aman? Por ventura, ¿no hacen esto también los publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? Por ventura, ¿no hacen otro tanto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto».

; pues en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tú des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre que ve lo oculto te recompensará. Y cuando oréis, no habéis de ser como los hipócritas que gustan de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres, porque en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Antes por el contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu cuarto más retirado, y cerrada la puerta, .

; para que no conozcan los hombres que ayunas; sino únicamente tu Padre, a quien no se oculta nada, y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te recompensará. No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierran ni roben. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. -La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido; pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará oscuro. Pues si lo que debe ser luz en sí, es tinieblas, . Pedid y se os dará: buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra a su hijo cuando le pide pan, o que le dé una serpiente, si le pide un pez? Si pues vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas llenas a los que se las piden?»

».

». Si hubo jamás dolencia alguna respecto de la cual . Después de un atento examen, todos cuyos pormenores consignados en el Levítico son de tal naturaleza que bastan para satisfacer a los espíritus más meticulosos, cuando se había reconocido oficialmente la lepra, se prohibía al desgraciado que era atacado de ella entrar en los lugares habitados, debiendo retirarse a las campiñas desiertas, y siendo arrasada su casa, cuyas piedras mismas eran sometidas a la acción de una hoguera encendida, a donde se arrojaba todo lo que había usado personalmente el leproso. Para prevenir los encuentros fortuitos que podían llegar a ser fatales al viajero, al transeúnte, al extranjero, sólo llevaba el leproso vestidos descosidos por cuyas aberturas veía cada cual sus horribles úlceras. Estábale prohibido por la misma razón cubrirse la cabeza; pero debía taparse la boca con la ropa, no fuese que comunicase el contagio el aire pestífero de su aliento; finalmente, estaba obligado a avisar de lejos a los que encontraba en el camino, gritando: ¡Huid del leproso! -Al leer esto, nos preguntamos si sería posible en las sociedades modernas donde ha llegado a sus últimos límites el lujo de reglamentarlo todo, imaginar una organización más apropiada, a un tiempo mismo, a las necesidades del clima, al respeto de la libertad individual y al interés general de . Tal fue la suerte del leproso de Cafarnaúm, y tal es el sentido real de la palabra de Jesús: *Vade, ostende te sacerdoti et offer pro emundatione tua, sicut praecepit Moyses, in testimonium illis.* ¿Haría más una comisión científica que se nombrara hoy por la Academia de París o de Berlín?

».

». Bajo esta forma parabólica, daba el Salvador al mundo la lección más sublime. Necesitábanse para la doctrina celestial del Verbo encarnado, inteligencias y corazones capaces de recibirla. El mundo antiguo resquebrajado,

».

. Dos ciegos, que iban con el gentío, le seguían clamando y diciendo: Hijo de David, ten misericordia de nosotros. -Y habiéndose detenido Jesús en una casa, le presentaron los ciegos, y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo yo curaros? -Sí, Señor, respondieron ellos. - Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase con vosotros, según vuestra fe. -Y al instante se abrieron sus ojos. Y Jesús les dijo: No digáis a nadie lo que acaba de aconteceros. -Sin embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca. Y he aquí que habiendo ellos salido, le presentaron un hombre mudo que estaba endemoniado. Jesús lanzó el inmundo espíritu, y habló el mudo, y admirándose las gentes dijeron: Jamás se ha visto cosa como ésta en Israel. -Pero los Fariseos decían: -¡Lanza a los espíritus impuros por la virtud de Belzebú, príncipe de los demonios! -Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y viendo la mucha gente que se agrupaba a su tránsito, tuvo compasión de ella, porque estaban mal parados y decaídos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: «La mies, a la verdad, es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios.

. En aquellos tiempos se consideraba el curar como una cosa moral; y Jesús, que conocía su fuerza moral, debía creerse dotado especialmente para curar. Convencido de que el contacto de su túnica o vestidura, la imposición de sus manos producía bien a los enfermos, se hubiese mostrado duro, si hubiera rehusado a los que padecían, un alivio que estaba en su poder concederles».

Las aguas termales eran de un uso frecuente, y se tomaban prescribiéndolas los médicos. En breve veremos que no faltaban enfermos indigentes en la Piscina Probática, en el Templo de Jerusalén, y todos saben que la hemorroisa, curada milagrosamente por el Salvador, había gastado durante doce años, todos sus recursos en consultas de médicos. La profesión médica, mencionada ya por los libros hebraicos en la época de los Patriarcas, había sido objeto de prescripciones particulares en la época de Moisés. Volveremos a encontrarla ejerciéndose en tiempo de David, y el autor de los Paralipómenos reprende al rey Asa el

haber puesto toda su esperanza en el arte de los médicos, sin contar con la misericordia divina. . Ya hemos oído a Nuestro Señor citar a sus compatriotas de Nazareth el proverbio divulgado entonces por toda la Judea: «Médico, cúrate a ti mismo». Y responder a los murmullos de los Fariseos, en casa del publicano Leví, con estas otras palabras: «No son los hombres sanos los que necesitan médicos». Era, pues, la medicina científica, conocida, practicada y honrada por los Judíos de Palestina, en la época del Evangelio. El racionalismo que querría inventar una historia nueva para su uso, no ha salido airoso en esta tentativa. Pero ¿qué diremos de su teoría patológica, y de las enfermedades para las que son remedios decisivos «el contacto de una persona predilecta, la presencia de un hombre superior, una sonrisa, una esperanza?» ¿De las enfermedades que cura radicalmente, «el placer de ver a un grande hombre?» ¡Refirámonos sobre esto a todas las comisiones de físicos, de doctores y de químicos! ¡Organícese, según este sistema, verdaderamente muy económico, el servicio de nuestros hospitales, de las casas de curación, de los asilos de sordomudos y de ciegos! No será difícil encontrar «algunos hombres superiores», «algunas naturalezas privilegiadas», «algunas personas predilectas». Suplíqueseles, pues, que se dejen tocar y ver por esa inmensa familia de moribundos y dolientes; y entonces se podrá afirmar que «su contacto o sus miradas valen los recursos de la farmacia, y que esto no es vano». ¡No parece sino que la Judea fue en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo teatro de una epidemia de enfermedades imaginarias! O más bien, parece que en nuestros días, para ofrecer al público semejantes pequeñeces, se ha contado con una epidemia de ceguera intelectual.

, una piscina, llamada en hebreo Bethesda, descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba las aguas. Y el primero que, después de movida el agua, entraba en la piscina, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un paralítico que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Viéndole Jesús tendido en un lecho y conociendo ser de edad avanzada y que ya tenía mucho tiempo de enfermo, le dijo: «¿Quieres ser curado? -Respondióle el enfermo: Señor, no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando se mueve el agua, por lo cual, mientras que yo voy, ya ha bajado a ella otro. -Díjole Jesús: Levántate, coge tu camilla y anda. -Y al instante quedó sano el paralítico, y tomó su camilla y empezó a andar. Y era sábado aquel día. Y los Judíos decían al que había sido curado: Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondióles él: Aquel que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla y anda. -Preguntáronle ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda? -Pero el que había sido curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había inmediatamente después del suceso. Algunas horas después le encontró Jesús en el Templo, y le dijo: Bien ves cómo has quedado sano; no peques en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor. -Este hombre dijo entonces a los Judíos: He aquí al que me ha curado».

. Abríase sobre la calle de los Mercaderes y de los Plateros, en el interior de la ciudad, y daba paso al Templo, del que se consideraba como una de las puertas exteriores. Bajo este título, había recibido una consagración solemne. La mención que hace de ella el texto sagrado, es pues de una rigurosa exactitud; no lo es menos la indicación del monumento, designado con el nombre de piscina de Bethesda o piscina Probática. En tiempo de Eusebio de Cesarea, existía aún esta piscina en su forma primitiva, no obstante haberse arruinado los cinco pórticos cubiertos, cuando devastaron el Templo los soldados de Tito. «Al lado de un lago natural, alimentado por las lluvias del invierno, dice Eusebio, se ve aún una piscina de construcción muy antigua cuyas aguas extraordinariamente rojas, son de color de sangre».

En el día se conoce esta piscina en Jerusalén con el nombre de Bezetha, derivado evidentemente del Bethesda del Evangelio. En cuanto a los caracteres de antigüedad que llamaron la atención de Eusebio, son notados por los viajeros modernos. «Al Este del palacio Antonia, dice monseñor Mislin, en medio de un vasto edificio arruinado, se halla la piscina Bethsaida. En ella se advierte la misma fábrica que en los estanques de Salomón, más allá de Belén, con un baño de piedra clariza, como en los pozos de Salomón, cerca de Tyro, y el mismo barnizado en lo exterior. Sus dimensiones exactas son de ciento cincuenta pies de largo sobre cuarenta de ancho, y en cuanto a su profundidad sería muy difícil medirla en el día, aunque ha debido ser muy considerable». A principios de este siglo, en la época en que la visitó Chateaubriand, estaba ya medio cegada. «Esta piscina, dice el ilustre viajero, se halla actualmente seca, creciendo en ella granados y una especie de tamarindos silvestres de ». El deterioro de este célebre monumento ha hecho nuevos progresos en estos últimos años, «Vese todavía, dice monseñor Mislin, algunos arbustos y algunos troncos de nópalos en el ángulo del Oeste; pero el otro lado se ciega más y más, desde que se amontonan en él los escombros provenientes de las ruinas de la iglesia de Santa Ana, que está en frente». A pesar de los estragos del tiempo, agravados por la notoria falta de inteligencia de la administración local, reconócese todavía la piscina Probática, subsistiendo en nuestros días, como un testigo lapidario, que afirma durante diez y nueve siglos, la veracidad de las indicaciones topográficas del Evangelio. La mayor parte de los arqueólogos reconocen con Broccard que esta piscina es de construcción Salomónica. Los Nathinenses o servidores del Templo, iban a ella a lavar las víctimas que presentaban a los sacerdotes para los sacrificios. Los cinco pórticos de que estaba rodeada, en tiempo de Nuestro Señor, suponen una disposición particular, estudiada recientemente por M. de Sauley. «La columnata no era, dice, de forma circular. La disposición del terreno que conozco perfectamente, no me permite adoptar esta idea, siendo una razón perentoria que entonces el pórtico colocado alrededor de la piscina hubiera conducido o dado paso al Templo por el lado de la ciudad, mientras que este foso lleno de agua, aunque necesario a los usos del Templo, le servía también de defensa por el lado del Norte. Pero en el interior del edificio sagrado, servía un inmenso pórtico sostenido por cuatro filas de columnas, para dar abrigo a los sacrificadores que iban a lavar las víctimas al inmenso lago de Bezetha. Tal es la explicación natural de los términos del Evangelista». Estas inducciones de la ciencia moderna nos hacen comprender perfectamente la relación que existía entre la piscina de Bethesda y los atrios del Templo, en que se halla Nuestro Señor algunos instantes después de la curación del paralítico. La topografía .

, han venido espontáneamente a confirmar todos los datos del Antiguo Testamento, en vano se trataría de eludir el examen científico del Testamento Nuevo. Había, pues, en las dependencias del Templo, en tiempo del Salvador, un , de suerte que la virtud maravillosa de las aguas de Bethesda sobrevivió a la catástrofe de que fue víctima la Ciudad Santa. Tenemos además, respecto de las propiedades particulares de los manantiales que proveían al Templo, un testimonio irrefragable. Josefo habla con admiración de las aguas de Siloé, cercanas a la piscina de Bethesda y tal vez alimentadas por el mismo manantial subterráneo. La Palestina se hallaba abundantemente provista de aguas termales, cuya eficacia atestiguan todos los historiadores. La reputación de las aguas de Callirhoe, en tiempo de Herodes, era universal. La tradición nos habla también de la fuente de Mirjam, cerca del lago de Tiberiades, y menciona la fuente de Eliseo, cerca de Jericó, que brota al

pie del monte de la Quarentena, y se llama hoy entre los Árabes Ain-el-Sultan, o Fuente del Rey.

». Partiendo de este dato exclusivamente físico el doctor Sepp, se expresa de esta suerte: «Los que padecían alguna enfermedad rodeaban ». Admitimos gustosos con el doctor alemán, las propiedades medicinales de la piscina de Bethesda; pero no podríamos adoptar igualmente su comentario del texto sagrado relativo a la intervención del Ángel. No solamente se ha prestado San Juan a la creencia popular de la Judea, sino que ha dado la medida y la regla de la fe en todos tiempos. Sería disminuir singularmente la autoridad de las palabras del Evangelio, adaptarlas de esta suerte a las preocupaciones vulgares. El Evangelio es a un tiempo mismo una historia y una doctrina. Bajo el punto de vista doctrinal, importa, pues, mantenerlo en su integridad divina y en los términos exactos de su interpretación tradicional. Santo Tomás de Aquino ha resumido la verdad en estas palabras demasiado olvidadas en nuestros días. «Toda la naturaleza está regida por los Ángeles. Este principio se halla admitido, no solamente por los doctores, sino por todos los filósofos que han reconocido la existencia ». En un siglo de materialismo como el nuestro, no se insistiría lo suficiente en estos principios, que son los del Evangelio y de la tradición entera. ¿Qué sabríamos nosotros del mundo sobrenatural, sin la revelación del Verbo encarnado? inaccesible a nuestros sentidos, la jerarquía de los espíritus se revela a veces de una manera inusitada. Si los ángeles malos ejercen una fatal influencia sobre el hombre y sobre la naturaleza que de él depende, es cierto que Dios comunica a los Ángeles buenos un poder directo sobre el mundo. He aquí por qué entendemos, con todos los Padres, el texto de San Juan, relativo al Ángel de Bethesda, en un sentido natural y obvio.

?

», añadiendo la misma autoridad legisladora, la de Jehovah, por boca de Moisés: «Si obra un profeta prodigios y viene a decirnos: Vamos a rendir homenaje a los dioses ajenos, dad muerte a este profeta y habréis hecho desaparecer el mal del medio de vosotros». Ciertamente, que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, no predicaba a los Judíos el culto de una divinidad extraña; lejos de violar el precepto sabático, venía a cumplirlo, en el sentido más elevado; había santificado el día del descanso con el sello del milagro. Sin embargo, el espíritu de la legislación mosaica, ahogado en los absurdos comentarios de los Fariseos, había desaparecido para dar lugar a prácticas serviles, requeridas por un egoísmo descontentadizo, y vigiladas por los celos orgullosos de una secta. Moisés había prohibido trabajar el día de sábado. ¿Trabajó acaso el paralítico volviendo a su morada y llevando en sus hombros su camilla? ¿Trabajó el divino Maestro, volviéndole con una palabra al libre ejercicio de sus miembros? Sin embargo, para estos enfermos espirituales, para estos paralíticos del farisaísmo, como les llama San Agustín, el milagro verificado en sábado constituía una violación del descanso sabático. El acto de llevar en sus hombros la camilla donde había yacido tantos años, les parecía como un crimen. Tales aberraciones, repito, no podían hallarse sino en un pueblo dominado por el rigorismo farisaico, y esclavizado por las minuciosas formalidades de una hipócrita observancia. Así ¿cuál no fue de nuestro tiempo no quieren comprender. Irrítanse, no de oír a Jesús dar a Dios el nombre de padre, pues ¿no decimos, todos nosotros: Padre nuestro que estás en los cielos? ¿y no leían los Judíos diariamente la oración de Isaías: Señor, vos sois nuestro padre y nuestro Redentor?

Lo que excita su cólera es que da Jesús a su filiación divina un sentido real y absoluto, tal como no podría corresponder a hombre alguno. Rebélanse porque se hace Jesús igual a Dios». Esto es para ellos una blasfemia, un crimen nacional, previsto por su ley y penado de muerte. He aquí por qué la multitud amotinada y tumultuosa, «trataba, dice el Evangelista, de hacerle morir, no solamente porque violaba el sábado, sino porque llamaba a Dios padre suyo, haciéndose él mismo igual a Dios».

. En esta igualdad de naturaleza, de poder y de divinidad entre el Padre y el Hijo, hay no obstante, una relación jerárquica que les une sin confundirlos, porque «el Hijo no hace más que lo que ve hacer al Padre. El Padre es quien revela al Hijo todas sus obras y quien le ha dado el poder supremo de juzgar». La palabra del Hijo es un instrumento de regeneración, que produce directamente la vida eterna de las almas. Esta vida divina, la trae Jesucristo a la tierra. Todos los muertos espirituales que mató el paganismo, que los demonios de la carne, del sensualismo y del orgullo codicioso, han sepultado en la región de las sombras de la muerte, van a oír la voz del Hijo de Dios y a resucitar a la vida de la fe, de la gracia y del amor. «Ha llegado la hora». Pero esta resurrección de las almas no será más que un preludio, y como el primer acto de la gran resurrección universal. Cuando la Iglesia Católica en su símbolo, ha inscrito este dogma solemne: «Creo en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable», no ha hecho más que traducir en su profesión de fe la palabra del mismo Jesucristo: «Llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo, y se levantarán los que hayan obrado bien para la resurrección de la vida; y los que hayan obrado mal para la resurrección del castigo».

». Toda la teología católica está en este admirable discurso, que resume, con una autoridad divina, el conjunto de la revelación evangélica. Jesucristo, Hijo de Dios, cura los enfermos, resucita los muertos y manda a la naturaleza, de que es creador. Jesucristo, Hijo del hombre, sufre todas las dolencias y achaques humanos; nace en la indigencia; huye ante un tirano vulgar; crece trabajando en un taller; es desconocido de los suyos, perseguido en su patria, ultrajado, contradicho, calumniado, hasta el día en que muera en una cruz. Si el Hijo de Dios halla un Thabor, el Hijo del hombre hallará un Calvario. ¿Qué es todo esto sino el comentario en acción del discurso del Templo? Pero las humillaciones y los padecimientos del hombre no son más que el manto que vuelve a cubrir, sin eclipsarla, la divina omnipotencia. Juan Bautista es el ángel del testimonio, enviado para preparar el camino a los pasos del Dios encarnado. Moisés y el Antiguo Testamento han predicho sus glorias y sus oprobios. Espérale lo pasado, y las obras maravillosas que verifica proclaman su advenimiento. Retórico, que has osado decir: «No se hallará en el Evangelio una sola proposición teológica ¿has leído el Evangelio?»

. -Y sucedió, que en el sábado llamado Segundo-Primero, pasando Jesús por junto a un campo de trigo, arrancaron sus discípulos algunas espigas, y estregándolas entre las manos, comían los granos. Y algunos de los Fariseos, les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?. -Y dirigiéndose a Jesús: He aquí, le dijeron, que tus discípulos violan la ley del sábado. -Y Jesús les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David un día que él y los que

le acompañaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró David en la casa de Dios y tomando los panes de proposición, comió y dio de ellos a sus compañeros, siendo así que a nadie es lícito el comerlos sino a solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo los sacerdotes trabajan en sábado en el servicio del Templo y con todo eso no pecan? Pues yo os digo, que hay aquí alguno que es mayor que el Templo. Que si vosotros supiereis lo que significa la palabra de la Escritura: «Mas quiero la misericordia que no el sacrificio», jamás hubierais condenado a los inocentes. -Después añadió: «El sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por esto el Hijo del hombre es también Señor del sábado».

». He aquí por qué no cometían ninguna infracción los discípulos del Salvador, contra el derecho de propiedad, tal como se hallaba constituido entre los Hebreos, cuando atravesando por campos de trigo en sazón, intentaban, arrancando algunas espigas, más bien entretener que satisfacer el hambre que les atormentaba.

. Así, pues, viene a interponerse aquí, como en Jerusalén, la prescripción del descanso sabático, entendida con el rigorismo de una secta implacable, como una barrera entre el judaísmo mezquino de los Hebreos y la doctrina misericordiosa del Verbo encarnado. Agreguemos a esto, que todos los actos lícitos en un sábado habían sido enumerados minuciosamente por los Doctores y los Escribas. Así, estaba permitido, y el Talmud ha conservado esta indicación, hacer una jornada de dos mil codos, sin infringir el precepto. El hecho de la presencia de los fariseos, siguiendo al divino Maestro, en esta circunstancia, nos prueba suficientemente que la jornada del Salvador y de sus discípulos no excedió el límite tradicional. De otra suerte, lo hubieran notado los fariseos, y se hubieran separado de los viajeros. Pero su escrupulosa crítica halló en el acto de desgranar algunas espigas, un nuevo motivo de escándalo. La respuesta de Nuestro Señor es el modelo divino de un comentario sobre la Sagrada Escritura. Cuando proclama la Iglesia católica que el Antiguo Testamento no era más que la figura del Nuevo, cuando erige en principio, con San Pablo, que «el fin de la ley era el Cristo», es su palabra el eco fiel de la revelación evangélica, habiendo recibido directamente esta doctrina del Salvador. El Tabernáculo de Jehovah

». ¿Puede compararse este cuadro evangélico de la real mansedumbre y de la humildad divina de Jesucristo, con las fantásticas descripciones de una democracia fogosa y soberbia, paseando por Galilea su tiránica usurpación, e inaugurando en las orillas del lago de Genezareth, las declamaciones furibundas de un revolucionarismo trascendental? ¡Ensayarase, si se quiere, el aplicar a esta efusión de milagros, que se producen alrededor de Jesucristo, los irrisorios comentarios del racionalismo y las propiedades excepcionalmente curativas «del placer de ver a una persona predilecta!» No tenemos valor de hacerlo por nosotros mismos. La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo nos arrastra en pos de sí, con la muchedumbre del lago de Tiberiades; subyuga nuestro corazón y nuestra inteligencia, y no nos quedan fuerzas sino para adorarle.

». He aquí, en pocas líneas, la primer piedra del edificio inmortal de la Iglesia, colocada por mano de Jesucristo. Va a posesionarse del mundo todo un orden nuevo de hechos, de ideas

y de doctrina. El número de los discípulos que seguían a Nuestro Señor, era ya tan considerable, que los designa San Lucas con esta expresión: Turba Discipulorum. La igualdad que han pretendido establecer los Heresiarcas modernos entre todos los fieles; la supresión del orden jerárquico en la Iglesia; el derecho reivindicado para cada conciencia de ser por sí misma su guía, su pastor y su sacerdote; (escogidos), conserva, para aplicárselo, el término del Evangelio: Elegit. Cuando todos los odios del mundo, que ha vuelto a hacerse pagano, persiguen al nombre clerical, ¿quién piensa siquiera, en este siglo de suprema ignorancia, que un nombre tan ultrajado es de origen evangélico, y que los que se glorían hoy de llevarlo, recuerdan la promesa de Jesucristo? «Bienaventurados de vosotros cuando se os maldiga, se os persiga y seáis objeto de las más falaces calumnias por causa mía». ¿Qué espíritu fuerte, entre los incrédulos, sabe una palabra de estas cosas divinas? Bástale repetir los absurdos de los racionalistas. «Jamás hubo nadie menos sacerdote que Jesús; ningún cuidado de ayunos, ninguna teología, ninguna práctica religiosa, nada sacerdotal».

. Y por do quiera que vayáis, predicad y anunciad la buena nueva, diciendo que se acerca el reino de los cielos. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios. De balde habéis recibido estos dones, dadlos de balde. No llevéis oro ni plata, ni dinero en vuestros bolsillos. Ni alforja para el viaje, ni más de una túnica, y un . Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Recataos empero de tales hombres, porque os delatarán a sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas. Y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones. Y cuando os hicieren comparecer así ante los magistrados, no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar, porque en aquella hora se os inspirará lo que hayáis de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará a la muerte a su hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir. Y vosotros seréis odiados de todos, por causa de mi nombre, pero quien perseverase hasta el fin, éste se salvará. Y cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. En verdad, os digo, que no acabaréis de convertir a las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre. No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Bástale al discípulo ser tratado como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familias osaron llamar Belzebub ¿cuánto más ultrajarán a sus domésticos? Pero por eso, no tengáis miedo, porque nada está cubierto que no se ha ya de descubrir algún día, ni secreto que no se haya de saber. ».

. «¿Qué ha venido a ser en el seno del protestantismo esta unción de aceite a los enfermos? ¿Qué significan entre nuestros hermanos extraviados estas acusaciones mil veces repetidas de superstición idolátrica, a propósito del sacramento de la Extrema-Unción? Parece verdaderamente que a fuerza de leer el Evangelio, haya llegado el protestantismo a no comprender una sola palabra del texto sagrado. Ya veremos en efecto, pasar a nuestra vista, por el orden de la narración evangélica, todas y cada una de las instituciones actuales de la Iglesia. La tradición apostólica ha reproducido, mantenido y perpetuado la vida y el apostolado de Jesucristo en la tierra, sin quitarle nada, sin añadirle nada; desarrollando, con la expansión misma de la obra, el espíritu de su divino fundador. Jesús, en la Iglesia, enseña, bendice, ruega, ofrece su sacrificio, da la unción a los enfermos, lanza a los

demonios, obra milagros y resucita los muertos, actualmente lo mismo que durante los tres años de su ministerio público.

». Después de haber hablado así Jesús, se volvió a Cafarnaúm, y entró en una casa de la ciudad. Precipitose en ella tal tropel de gentes, que ni siquiera podían tomar allí alimento Jesús ni sus discípulos. Y cayó en desfallecimiento: los discípulos quisieron penetrar por entre la multitud para socorrerle, y se esparció el rumor de que había perdido el uso de los sentidos. Y los Doctores y los Fariseos que le seguían desde Jerusalén, y que se habían juntado con la multitud, exclamaron: «¿no veis que se halla poseído de Belcebub, y lanza los demonios por arte del príncipe de los demonios? -Entonces Jesús hizo acercarse a los Escribas y les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás lanzar a Satanás? Si un reino se divide en partidos contrarios, no puede subsistir. Y si una familia está dividida contra sí misma, no puede subsistir. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido y no podrá subsistir, sino que su poder vacilante tendría bien pronto fin. Nadie puede entrar) «Hablaban Jesús así, para responder a la acusación que acababan de hacerle, diciendo»: ¡Está poseído del demonio! -En este momento, vinieron la Madre de Jesús y sus hermanos (o parientes), y quedándose fuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba alrededor de él, le dijeron: Mira que tu Madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. Y respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando atentamente a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos; porque el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre».

. El nombre de esta divinidad extraña había sobrevivido a su culto, y se había perpetuado en los recuerdos

»; -«apagarlo en su corazón»; -«ultrajar al Espíritu de gracia», son otras tantas locuciones hebraicas, cuyo significado es el de pecar contra Dios. Pero la inclinación del hombre hacia el mal, la debilidad de nuestra flaca o decaída naturaleza, los ciegos impulsos de las pasiones nos solicitan sin cesar al pecado. ¡Acaso Jesucristo, que venia a desposarse con

». El soldado romano en frente de la divinidad de Jesucristo, es uno de los rasgos más admirables del Evangelio. Este centurión, que había tal vez cruzado las Galias y la Germania con las legiones de Varo, vino a acabar sus últimos días en Judea. Tiene toda la bondad del veterano, y toda la disciplina del legionario. Edifica una sinagoga a sus administrados galileos, y manda a sus subalternos con la altivez y el laconismo de un hijo de Rómulo: «Ve», les dice, y van; «ven», y vienen. El mandato breve y preciso de César ha pasado al lenguaje militar de Roma. Pero bajo esta ruda corteza ¡qué elevación de pensamiento, qué delicadeza de sentimiento! El mismo Jesús admira la fe de este Romano. Jamás, en efecto, se expresó más solemnemente la afirmación de la divinidad del Salvador. Parece que se ha unido en el corazón del soldado la ternura del más ferviente apóstol a la energía del carácter nacional. «Señor, dice, no soy digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y quedará sano mi criado». La naturaleza obedece a vuestras leyes, pues que vos sois su Dios. Yo mismo, oficial de un grado inferior en los ejércitos del César Tiberio, no tengo más que decir una palabra, y mis soldados ejecutan mis órdenes. Vos,

Señor supremo, hablad, y los elementos dóciles obedecerán a vuestra voz. -Tal es el sentido de estas enérgicas palabras; y la fe del centurión es oída. Que busque el racionalismo por qué maravilla de contacto lejano, un criado moribundo, que «no tuvo el placer de ver a una persona predilecta»,

. Y sucedió que iba Jesús a la ciudad de Naín, e iban con él sus discípulos y gran multitud de gentes. Y cuando estaba cerca de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, a la cual acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vio el Señor, movido a compasión, la dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro, y los que le llevaban se pararon; y dijo entonces: Mancebo, levántate, yo te lo mando. -Y luego al punto se incorporó el que estaba muerto, y empezó a hablar. Y Jesús le entregó a su madre. Y todos se llenaron de temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. -Y la fama de este milagro se extendió por toda la Judea y las provincias comarcanas».

». ¡Desembarácese como pueda el racionalismo moderno de semejantes testimonios!

. El que tiene oídos para entender, entiéndalo».

. En estas ciudades ingratas, reinan la soledad y el silencio. Palmeras solamente que crecen en medio de las ruinas, y vestigios de un puerto en el lago, son los únicos monumentos de la ciudad galilea. Corozain y Betsaida han desaparecido enteramente, ignorándose hasta su situación. La deliciosa comarca de Genezareth está habitada en el día por los Árabes del desierto que viven medio desnudos bajo sus tiendas. La palmera, signo de victoria que constituía en otro tiempo el ornato de todas estas campiñas, ha desaparecido enteramente de un país que ha entregado Dios, como una presa, a todos los pueblos de la tierra, no quedando ni una sola del célebre bosque que rodeaba en otro tiempo a Jericó. Una torre construida en tiempo de las cruzadas, y algunas barracas árabes indican de un modo bastante dudoso, el sitio donde estuvo situada esta ciudad, famosa por su anfiteatro y por los palacios que hizo construir allí Herodes. Sólo se ven acá y acullá cipreses que dan sombra a los sepulcros de un pueblo extranjero. Los espinos y escaramujos han reemplazado al arbusto que suministraba en otro tiempo un bálsamo famoso a todo el universo. Hase verificado, pues, al pie de la letra la maldición de Jesucristo. Los racionalistas de Galilea que insultaban al Salvador, despreciaron sin duda, como exageraciones sin valor alguno el anatema que dirigía Jesús contra su patria. Eran poderosos, ricos y en gran número; la abundancia del suelo, la dulzura del clima, la importancia de sus relaciones comerciales, el desarrollo de su industria, todo esto parecía una prenda para el porvenir; y no se dignaron ocuparse en la condenación solemne que acababa de caer sobre ellos. ¡Ay! los racionalistas de todos los tiempos se parecen, siendo

su ceguera la misma. La gracia divina se agota contra su obstinación. La trompeta de los jubileos de misericordia no les lleva a las fiestas del Señor; las lamentaciones y los gritos de alarma no les despiertan de su letargo. ¡Así llegan sobre las sociedades los azotes de la justicia; así pasa sobre las naciones el rasero de la venganza celestial!

».

. -Desde entonces, cuando recorría Jesús las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios, en compañía de los doce, seguíanle algunas mujeres a quienes había curado de sus enfermedades y a quienes había librado del espíritu maligno: entre otras, María, llamada Magdalena, de quien habían salido siete demonios; y Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes, y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes».

». Hállase, pues, indicado por San Juan el nombre de la pecadora, el cual pasa en silencio San Lucas en su narración. La pecadora era María, hermana de Marta y de Lázaro. Luego María la pecadora, hermana de Marta y de Lázaro, es realmente María Magdalena, porque el evangelista San Marcos se expresa así: «Habiendo resucitado Jesús la mañana del primer día de la semana (o domingo), apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios». He aquí . Permitiéronse, bajo la fe de algunos críticos exagerados, borrar de la santa liturgia nombres que desagradaban o fechas que se repudiaba. Así desapareció el nombre de María Magdalena de una célebre prosa, reemplazándosele con la vaga designación , y se creyó haber extinguido para siempre la verdad tradicional: como si la tradición de la Iglesia universal, las promesas de infalibilidad doctrinal dadas a Pedro y a sus sucesores hubieran sido súbitamente trasladadas a los siglos XVII y XVIII, en cabeza de algunos novadores hostiles a la autoridad de la Iglesia, y a la de los Papas.

».

. -Entonces dijo Jesús: Esta raza mala y adúltera busca un milagro, pero no se le dará más milagro que el prodigio del profeta Jonás. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Porque así como Jonás fue un milagro para los Ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para los de esta nación infiel e incrédula. Los Ninivitas se levantarán en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia a la predicción de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es más que Jonás. La reina del Mediodía se levantará en el día del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará; porque vino de los extremos de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y con todo mirad que hay quien es más que Salomón. Ninguno enciende una lámpara y la pone en lugar escondido o debajo de un celemín, sino sobre un candelero para iluminar a los que entran. La lámpara de tu cuerpo son sus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; pero si fuere malo, también tu cuerpo estará oscuro. Cuida, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Pues si todo tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna tenebrosa, todo lo demás estará luminoso como en la casa donde resplandece la claridad de la lámpara». El signo de Jonás, la resurrección de Jesucristo, la luz evangélica, este esplendor divino que ha brillado en las tinieblas del antiguo mundo, son en el día hechos

patentes, cuya notoriedad es universal. Sin embargo, el actual racionalismo se coloca aun en el terreno del racionalismo farisaico, persistiendo en poner la luz debajo del celemín, y en sellar el Dios resucitado en la tumba. ¡Maravillosa perseverancia del hombre en engañarse a sí mismo y en envolverse en una atmósfera de tinieblas palpables y de falaces ilusiones! El divino Maestro agotó, para combatir esta funesta inclinación hacia el mal buscado voluntariamente y conservado con obstinación por las conciencias culpables, todas las solicitudes de una misericordia verdaderamente maternal. Porque quería tratar con contemplaciones la independencia del libre alvedrío humano, y dar a su doctrina, a sus milagros, a su vida entera, bastante brillo para convencer a las

. Porque al que tiene lo que debe tener, se le dará aun más y estará en la . Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos porque oyen».

». Así hablaba el Salvador. Por esto sin duda el racionalismo moderno, examinando cada una de sus palabras, no encuentra en ellas nada teológico, ni sobre todo, nada que se parezca a una doctrina sacerdotal.

».

».

».

».

. Por eso le preguntaron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiéndoles él, les dijo: El que siembra las buenas simientes es el Hijo del hombre. Su campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino, la cizaña son los hijos del maligno espíritu. -El hombre enemigo que siembra la cizaña es el diablo. La época de la siega es el fin del mundo. Y los segadores son los Ángeles. Así, pues, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos y a aquellos que cometan la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre». -La profecía y la doctrina se aúnan, en estos símiles pronunciados en el lago de Tiberiades, en la altura del pensamiento y en la sencillez del lenguaje. Jamás habló de esta suerte mortal alguno. ¿No ha llegado a ser el grano de mostaza de la predicación evangélica, el árbol inmenso de la Iglesia, donde hallan las almas un abrigo durante veinte siglos? Y nótese de paso esta significativa particularidad que da a la parábola como un sello de su origen. La mostaza no llega en nuestras comarcas a las proporciones del arbusto más débil. Pero en los climas cálidos, como en Judea y aun en España, se desarrollan sus ramas con un vigor desconocido en Francia. Las campiñas que recorría el Salvador estaban llenas de estos arbustos, pues sabido es que en Egipto tenía la Mostaza una reputación especial entre los antiguos.

Aprovechándose los Galileos de las ventajas de un terreno regado por las aguas del lago, habían introducido este cultivo remunerador en su país. Todos

». La pobreza soportada valerosamente, el despego de las preocupaciones domésticas y de los intereses de familia, tales son aun las condiciones del apostolado. Este heroísmo ha llegado a ser en la Iglesia un fenómeno tan ordinario, que apenas se le advierte. ¿Es por esto menos sobrenatural, y se hace menos milagrosa su permanencia? «Siendo ya tarde, continúa el Evangelio, dijo Jesús a sus discípulos. Pasemos a la otra orilla del lago. Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesús se moviese del sitio en que se hallaba sentado. Íbanles acompañando también otros barcos, y mientras navegaban, se durmió Jesús, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca, de manera que ésta se llenaba de agua, y ellos estaban en peligro. Y llegándose a él sus discípulos, le despertaron, diciendo: Maestro, sálvanos, que perecemos. ¿Te inquieta tan poco nuestra vida?- Y Jesús les dijo: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, mandó a los vientos y a la tempestad. Y dijo al mar: Calla, y sosiégate. Y al instante se calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Y dijo entonces Jesús a sus discípulos: ¿Por qué tenéis miedo? Cómo ¿no tenéis fe todavía? Entre tanto se hallaban ellos sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos a otros: ¿Quién pensáis que sea este hombre? ¿Manda a la mar y a los vientos, y los vientos y la mar le obedecen!» -«¡Así fue cómo cruzaron el lago y llegaron a la otra orilla, al territorio de los Gerasenos, situado en frente de Galilea».

».

». Según el testimonio de Nicéforo Calisto, los discípulos del Precursor obtuvieron el permiso de trasladar su cuerpo a Sebaste, la antigua Samaria, para sustraerle a los últimos ultrajes que podía reservar aun a sus restos sagrados el resentimiento de Herodías. Sabido es, en efecto, que Sebaste no pertenecía ya a la dominación de Antipas, y que formaba parte de la provincia romana de Judea. Como quiera que sea, Herodías y su débil esposo expiaron más tarde su crimen. Despojados de sus Estados por Cayo, sucesor de Tiberio, fueron desde luego desterrados a Lyon en las Galias, y relegados después a España, donde arrastraron en la miseria los últimos días de una existencia maldita. Estos pormenores, de una autenticidad incontestable, nos los suministra el historiador Josefo. El matrimonio de la bailarina con Filipo, el tetrarca, no fue dichoso. Filipo murió prematuramente, sin haber tenido posteridad, y su viuda se desposó en segundas nupcias con Aristóbulo, rey de Cálcida, primo hermano suyo. Tales son las expresiones de Josefo. No ofrece las mismas garantías de autenticidad la narración del fin trágico de la bailarina, tal como lo ha consignado Nicéforo. Cruzando un día un río medio helado, dice Nicéforo, se rompió el hielo a sus pies, y se hundió hasta el cuello, encontrándola sus criados así aprisionada, y dominando con la cabeza su prisión de hielo.

, dice el Evangelio, le salieron al encuentro dos endemoniados. El uno de estos hombres hacía largo tiempo que había dejado los lugares habitados; no llevaba vestidos y tenía su morada en las cuevas sepulcrales de las montañas. Era imposible refrenarle ni aun con cadenas. Porque habiéndole aherrojado los pies y las manos muchas veces con cadenas y grillos, había roto las cadenas y hecho trozos los grillos, sin que nadie pudiera domarle. Y vagaba día y noche por los sepulcros y por los montes, gritando y macerándose con agudas piedras. Y viendo de lejos a Jesús, corrió a él y prosternándose, le adoró. Y clamando en voz alta, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, hijo del Altísimo? ¿Has venido con el fin de atormentarnos .

, ».

, a anunciar el suceso. Por consiguiente, no fue una sola piara la poseída de vértigo. En efecto, nada es menos imitador, nada tiene modos de andar menos uniformes

». Hay, pues, sobre nosotros y entre los principados ». En el mismo sentido decía San Pablo, a los Corintios: «Ya sabéis que nosotros hemos de juzgar hasta a los ángeles». La lógica de Satanás es, pues, manifiesta en este diálogo con el Salvador. El espíritu del mal

no quiere ser, antes de tiempo, antes del juicio final, lanzado de su dominio y vuelto a sumergir en el abismo eterno.

se halla, no obstante, sometido a la suprema voluntad de Dios. El ángel de las tinieblas, Satanás, sólo obra con el permiso de su Criador y de su juez. Así se comprende que se doble toda rodilla, al nombre de Jesús, aun en los abismos del infierno. La súplica dirigida al Salvador por boca del endemoniado, nos revela la ley del mundo infernal. El principio sobrenatural de la gracia falta a esta súplica, que no constituye ni un acto de esperanza ni un acto de caridad. Es la sorda imprecación del esclavo, mordiendo la cadena que le amarra, sin poder romperla. Pero es un acto de fe, el único de que son capaces los demonios, porque dice San Jacobo: «Los demonios creen». La subordinación absoluta de lo potestad satánica a la voluntad de Dios, tranquiliza nuestras almas contra los terrores excesivos, y nos coloca entre un temor legítimo y una esperanza segura, en el camino de la salvación. Cuanto más perversas intenciones oculta la súplica de Satanás, más tesoros de misericordia encierra la voluntad de Jesús. Lo que el demonio pretende hacer que sirva de destrucción y de ruina, Jesús lo convierte en beneficio de la santificación de las almas; y aunque el mismo Satanás trabaje en extinguir la fe en los corazones, no conseguirá más que arraigarla en ellos para siempre.

. El pueblo le recibió con júbilo, porque esperaba su regreso. Los discípulos de Juan Bautista, después de haber sepultado a su maestro, fueron a encontrar a Jesús para decirle lo que había pasado; y en adelante le siguieron. Los Apóstoles, después de su primera excursión a Galilea, se reunieron para volverse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado». La noticia de la muerte de Juan Bautista debió interrumpir la misión de los Apóstoles. Podía temerse de parte de Herodes Antipas un sistema de persecución que se extendiera a los discípulos de Jesús, después de haberse ensañado contra el Precursor. La sangre llama a la sangre bajo el poder de las tiranías sombrías y débiles que se han dejado arrastrar una vez al crimen. «Estaba próxima la festividad de la Pascua», pero Jesús no fue a Jerusalén a la solemnidad. «Venid, dijo a los Apóstoles, a descansar conmigo en el desierto. -Porque la multitud se estrechaba siempre alrededor de ellos, sin dejarles tiempo para comer. -Habiendo, pues, subido en una barca, se retiraron a la próxima soledad de Bethsaida, a la otra orilla del lago. Al verles el pueblo alejarse, adivinó su dirección y les siguió a pie, costeando la mar de Tiberiades. La muchedumbre se aumentaba por el camino con la afluencia de los habitantes del país, los cuales se le agregaban, de suerte, que al bajar Jesús de la barca, fue movido a compasión, y acogióndola con bondad, le comunicó sus enseñanzas y curó a todos los enfermos. Después subió a la montaña y se sentó rodeado de sus discípulos. Entre tanto era ya avanzada la hora, y los Apóstoles se acercaron a Jesús y le dijeron: Este lugar es desierto y empieza a caer el día: despacha esas gentes para que vayan a las ciudades, alquerías y aldeas circunvecinas a comprar qué comer. -No tienen necesidad de ir, respondió Jesús: dadles vosotros de comer. -Pero apenas bastarían doscientos denarios, replicaron los Apóstoles, para comprar lo preciso para tanta gente. -Entonces Jesús alzó sus ojos, y viendo aquella inmensa muchedumbre que venía a él, dijo a Felipe: ».

». Lo que hubiere admirado el satírico en un estoico, lo despreciaba en un pueblo detestado por su intolerancia religiosa. Porque no se perdonaba a la raza judía que permaneciera exclusivamente fiel al culto del verdadero Dios, como no se perdona a la Iglesia de Jesucristo, su adhesión completa a la revelación

».

. Sólo Pedro, el primero en la jerarquía apostólica se atreve a usar este lenguaje, porque es el primero por su adhesión y su amor». La embarcación en que se hallaban los discípulos era una de esas barcas pescadoras, cuyo número se elevaba, según nos dice Josefo, en su tiempo, a cerca de cuatro mil, en el lago de Tiberiades. En la época de la ruina de Jerusalén, se atrevieron los Galileos con esta ligera escuadra a empeñar un combate naval contra los trirremes de Vespasiano y de Tito. Concíbese que San Pedro pudiera saltar fácilmente la barca y descender al mar para ir hacia Jesús. Pero lo que sobrepujará siempre la inteligencia del racionalismo, es que el agua permaneciese firme bajo sus pies. La fe del príncipe de los Apóstoles obtiene un prodigio; sin embargo, esta fe no está aún confirmada en su inmutable estabilidad. El viento

. Entre tanto la muchedumbre, alimentada con el pan milagroso, había pasado la noche al pie de la montaña. Al día siguiente, no viendo ya la única barca que estaba sujeta en la ribera, y sabiendo que Jesús había dejado partir a los discípulos sin acompañarles, se puso a buscarle. Y no habiéndole hallado, cruzó la muchedumbre el lago en las barcas de los pescadores de Tiberiades, y fue a Cafarnaúm a buscar a Jesús. Y habiéndole hallado, le dijo: Maestro, ¿cuándo viniste aquí? Respondióle Jesús, y dijo: En verdad, en verdad, os digo: Vosotros me buscáis, no porque visteis los milagros, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para obtener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el Hijo del hombre, pues en éste imprimió su sello (o imagen) el Padre que es Dios. -Entonces le preguntaron: ¿Qué hemos de hacer ».

». Volviendo, pues, los Escribas y Fariseos de Jerusalén, se juntaron a la muchedumbre que le seguía. Y viendo que algunos de sus discípulos rompían el pan para la comida, sin haber practicado la ablución legal de las manos, les vituperaron. Porque los Fariseos y todo el pueblo judío no comen jamás sin lavarse a menudo las manos. Y si han estado en la plaza, . En efecto, de esta suerte abandonáis el mandamiento de Dios por tradiciones humanas y purificaciones de jarros y de vasos y otras prácticas semejantes a estas. He aquí cómo a pretexto de vuestras tradiciones destruí el precepto de Dios. -Después, dirigiéndose al pueblo, le dijo: Escuchadme todos y entendedlo bien. No es lo que entra en la boca del hombre lo que le hace sin mancha o puro, sino lo que sale de su boca es lo que deja mácula en el hombre. Si alguno tiene oídos para oír, entiéndalo. -En aquel momento se acercaron a él los discípulos, y le dijeron: ¿Sabes que los Fariseos se han escandalizado de tus palabras? Pero respondiendo Jesús, dijo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejad a esos hombres; son ciegos y guías de ciegos. Y si un ciego guía a

otro ciego, ambos caen en el abismo. -Después que se hubo retirado de la gente, y entrado en la casa, desearon sus discípulos saber el sentido de esta parábola, y le dijo Pedro: Señor, ».

. La ley de las abluciones se hallaba restringida a casos de impureza material, especificados por el divino Legislador, tales como el contacto de cadáveres de animales inmundos. En un país y en un clima en que causaba la lepra tan terribles estragos, constituían estas precauciones una necesidad social de primer orden. Pero la reserva de Moisés había desaparecido para dar lugar a la invasión de los ritos supersticiosos del Fariseísmo. Ningún Israelita podía comer un pedazo de pan, si no se había lavado antes las manos, levantándolas a la altura de la cabeza; y aun los más celosos afectaban durante la comida lavarse la punta de los dedos. Finalmente, cuando acababan de comer, practicaban la última ablución, teniendo las manos bajas y observando cuidadosamente que no llegase jamás el agua más arriba de las muñecas. No era permitido sumergir enteramente el brazo en el agua, sino para la comida de los sacrificios; ritos supersticiosos cuya inviolabilidad conservaban los Fariseos, aun cuando fuera preciso, ir a buscar el agua a distancia de cuatro millas. El judío que los infringía, era declarado tan criminal como . Compréndese, pues, el escándalo de los Fariseos y de los Escribas, cuando rompiendo el divino Maestro el haz de sus absurdas tradiciones, les vuelve a llamar al verdadero espíritu de la ley mosaica, y proclama el gran principio de la pureza del corazón. La escuela rabínica de Hillel y de Schammai que había ajustado recientemente estas observancias al precepto positivo de la ley, pretendía darles un valor doctrinal superior al del texto de Moisés. «Las palabras de los sabios en la Escritura, dice el Talmud, prevalecieron sobre las de la ley y de los profetas. El que estudia con la Mischna merece recompensa; pero el que se entrega al estudio de la Gemara hace la acción más meritoria». La aplicación de este principio había sancionado el odioso abuso que reprobó Nuestro Señor con tanta severidad. La lengua hebrea llamaba: Corban, todo lo que se consagraba al Señor. Hállase esta expresión en los libros de Moisés para designar las ovejas, las cabras, las terneras de los holocaustos y de los sacrificios expiatorios o pacíficos. Por extensión, se dio en lo sucesivo este nombre al Gazophilatium, especie de tronco o cepillo dispuesto en el atrio del Templo para recibir las ofrendas del pueblo. La palabra Corban había llegado a ser sacramental en el lenguaje común, para significar todo lo que de hecho o intencionalmente era dedicado al Señor, de suerte que bastaba pronunciar esta palabra: Corban, para atajar toda revindicación aun legítima sobre cualquier objeto, el cual se hallaba investido por esto mismo de la inviolabilidad de una cosa sagrada, perteneciente al Templo, y cubierta por la majestad de Jehovah. Tal era el subterfugio que se empleaba por los hijos ingratos para sustraerse a las obligaciones de la piedad filial. ¡Corban! decían al anciano que tendía la mano, para comer en la mesa de un hijo desnaturalizado. Y los Escribas y los Fariseos enseñaban que no solamente era legítima esta acción, sino que el hijo no podía ya, sin hacerse culpable de sacrilegio, desdecirse de la fórmula sacramental. He aquí verdaderamente la doctrina más monstruosa, que pudieron hacer que aceptase a un pueblo, espíritus

».

. Tal era este avariento proselitismo a que alude Nuestro Señor. Sin duda los Fariseos, para persuadir a su víctima, habían jurado por el Templo de Jerusalén a la matrona Fulvia, ejecutar religiosamente su última voluntad. Pero en el estilo farisaico, no obligaba a nada

jurar por el Templo. Tampoco tenían valor los juramentos por el altar y por el cielo mismo. Los discípulos de Hillel, armados con las distinciones de su maestro, iban, pues, recorriendo los continentes y los mares, para buscar, no tanto prosélitos, como tesoros, y entregar a la maldición de los gentiles el nombre sagrado de Jehovah. El farisaísmo, anatematizado por el Salvador, no tiene en el día las formas altivas y dominadoras de que se había revestido en Judea; pero se atrinchera en las argucias de los sofistas. ¡Cuántas veces no habéis oído al racionalismo moderno desnaturalizar las palabras que el divino Maestro empleaba para abatir la hipocresía de los doctores de la Ley! ¿Para qué dicen los Escribas actuales, imponernos ayunos, cuando ha declarado Jesús que no puede manchar al hombre el alimento que toma el hombre? Miserable equivocación, que notamos aquí,

». A pesar de todas las excitaciones de esta pérvida secta, seguía siempre la muchedumbre los pasos del Salvador. . Un día que se habían olvidado sus discípulos de llevar la provisión de pan para la jornada, les dijo Jesús: Estad alerta y guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de la levadura de Herodes. Mas discurrendo entre sí, se decían uno a otro los discípulos admirados. Esto lo dice, porque no hemos traído pan. -Y conociendo Jesús sus pensamientos, replicó: ¿En que pensáis, hombres de poca fe? ¿Os inquietáis porque no habéis traído pan? ¿Todavía estáis sin conocimiento ni inteligencia? ¿Aún está oscurecido vuestro corazón? ¿Tendréis siempre los oídos sin oír y los ojos sin percibir? ¿Ni os acordáis ya de cuando repartí cinco panes de cebada entre cinco mil hombres? ¿Cuántos cestos llenos de las sobras recogisteis entonces? -Dijéronle: Doce. -Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil personas, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis? -Dijéronle: Siete cestos. -¿Comprendéis, pues, que no he querido hablaros del pan material, al deciros: Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes? Entonces comprendieron los discípulos que por la levadura entendía el Señor la doctrina de los Fariseos y de los Saduceos».

. -Y otros decían: Es Elías; y otros: Es un nuevo profeta o alguno de los antiguos profetas que ha resucitado. -Pero el Tetrarca continuaba diciendo: Juan, a quien yo mandé cortar la cabeza, ha resucitado de entre los muertos. -Y deseaba ver a Jesús». Una circunstancia que nos refiere Josefo, aumentaba el terror del matador. Acababa de experimentar una sangrienta derrota, en las fronteras meridionales de la Perea, en un choque con un jefe árabe, Aretas. Habíase dado la batalla bajos los muros de Maqueronta, al pie de la fortaleza en que fue sacrificado el Precursor a la venganza de una bailarina. Herodes, vendido por algunos tráfugas, súbditos de Filipo, su hermano, había visto la derrota de todo el ejército. Este desastre se consideró por los Hebreos, dice Josefo, como el castigo del crimen cometido en la persona del hombre de Dios. Compréndese, pues, la ansiedad del tetrarca, a medida que le llevaba la fama la noticia de los prodigios obrados por el Salvador. A los remordimientos de una conciencia culpable, a la humillación del rey vencido, se agregaba el temor de una sublevación popular. Sin embargo, Herodes podía interrogar en su propia corte a los discípulos del Salvador, que le hubiesen tranquilizado sobre este punto. De este número eran Chusa, intendente del palacio, gobernador de Cafarnaúm; Juana, su mujer, y Manahem, compañero de infancia y amigo del tetrarca; pero tal vez, como acontece a los tiranos recelosos y débiles, desconfiaba Herodes tanto más de sus servidores más fieles,

cuanto que los consideraba más capaces de decir la verdad. Como quiera que sea, su deseo de ver a Jesús no procedía ciertamente de un sentimiento simpático. «Algunos Fariseos, menos hostiles que los demás, fueron a decir al Señor: Aléjate y sal de aquí, porque Herodes quiere matarte. -Jesús les respondió: Id y decid de mi parte a aquella raposa: ». Necesitábanse tres días, dice el doctor Sepp, para ir de Galilea a Jerusalén. Nuestro Señor toma este término de comparación para designar el tiempo que debía durar su vida pública, hasta que muriese por la redención del mundo. Aquí se toman sus días por años, y por consiguiente, circunscribe el tiempo de su misión evangélica a un intervalo de tres años y medio. Igualmente determina la época y el lugar de su Pasión, que debía verificarse después de su tercer viaje a Jerusalén, por la festividad Pascual. Tales eran las circunstancias en que decía el divino Maestro a sus discípulos: «Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes». Si se extrañase la poco inteligente interpretación que se dio en un principio a sus palabras, no debe olvidarse en manera alguna, que nos ha sido transmitida por los mismos discípulos. La personalidad de los Evangelistas se eclipsa ante la verdad, con una abnegación tan sobrehumana, que este solo hecho constituiría, para todo espíritu imparcial, la más solemne garantía de autenticidad.

».

». No por esto, prosiguió menos Pilatos sus proyectos sobre la construcción del acueducto. Así, pues, hizo levantar en la piscina de Siloé arcadas para sostener el acueducto que debía atravesar la ciudad por encima del valle situado entre el monte Moría y las montañas de Sión. Entonces fue cuando aconteció el accidente de que habla el Evangelio, desplomándose uno de los pilares que se estaban construyendo y aplanando bajo sus ruinas a diez y ocho pobres operarios de los arrabales de Jerusalén.

, era idólatra. Después de haber adorado a Jesús, le dijo: Señor, dignate ampararme. Y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio, que la atormentaba. -Jesús le respondió: Deja primero que se sacien los hijos de la casa, porque no es justo tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros. -Así es, respondió la mujer, pero Señor, también los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos. -Jesús le dijo entonces: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase según deseas. Vete en paz. En premio de lo que has dicho, ya salió de tu hija el demonio. -Y en efecto, en aquella misma hora fue curada su hija, habiéndola encontrado la Cananea, al volver a su casa, reposando apaciblemente en su cama, y libre del demonio».

. Jesús fue entonces a sentarse a la vertiente de un monte vecino. Y se llegaron a él muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos dolientes, y los pusieron a sus pies, y los curó; por manera que las gentes se admiraban, viendo hablar a los mudos, andar a los cojos y con vista a los ciegos, y glorificaban al Dios de Israel. -Y fueron después a Betsaida y le trajeron un ciego y le pedían que le tocara. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo. Y el ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo andar a unos hombres, que

me parecen como árboles. -Y alzando Jesús sus miradas al cielo, volvió a poner las manos sobre los ojos del ciego, y empezó a ver mejor; y finalmente recobró la vista del todo, de suerte, que veía claramente todos los objetos. Y Jesús le envió a su casa, diciendo: Vuelve a tu morada, y no digas a nadie este suceso».

, se abren los oídos del enfermo y se desata su lengua. Pero, dicen los ». -Después humedece el sacerdote el dedo con saliva, y toca los oídos y las narices del niño, diciendo: Ephphtha, abríos a la suave fragancia de los perfumes del Evangelio. «Huye, Satanás, porque se acerca el juicio de Dios». Así habla y obra, desde la era evangélica la Iglesia fundada por Jesucristo, reproduciendo sobre los sordomudos y los ciegos espirituales que se presentan al bautismo, los actos simbólicos verificados por Nuestro Señor sobre el sordomudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida. Pueden consignarlo el farisaísmo protestante y el racionalismo saduceo. La tradición Católica desciende del Salvador y vuelve a subir a él por una cadena no interrumpida. La puerta de salvación,

. Después de haber orado solo, tomó consigo a sus discípulos, y recorrió las aldeas comarcanas. Y en el camino preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?- Los discípulos respondieron: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías, y aún hay quienes pretenden que eres uno de los antiguos Profetas, que ha resucitado en estos tiempos. -Pero vosotros, replicó Jesús, ¿quién decís que soy? -Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. - Respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás (o Juan), porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los Cielos».

del infierno no prevalecerán contra ella».

».

».

, este interesante episodio. «Hallábame, dice, al amanecer, en el Pambamarca, con seis de mis compañeros: hallábase todo el cerro de la montaña envuelto en nubes muy densas, las que, con la salida del sol se fueron disipando, y quedaron solamente unos vapores tan tenues, que no los distinguía la vista; al lado opuesto por donde el sol salía en la misma montaña, a cosa de diez toesas distante de donde estábamos, se veía como en un espejo, representada la imagen de cada uno de nosotros, y haciendo centro en su cabeza tres iris concéntricos, cuyos últimos colores o los más exteriores del uno, tocaban a los primeros del

. La emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, hizo construir una basílica en el mismo sitio en que fue transfigurado Jesús. Desde entonces, todos los peregrinos que visitan la Palestina, han ido a postrar su frente en el sitio donde «cayeron sobre su rostro» Pedro, Santiago y Juan. He aquí la descripción que nos suministra uno de ellos. «La cumbre del Tabor es una explanada de media legua de circunferencia, ligeramente inclinada al Oeste, cubierta toda de verdes encinas, de hiedra, de odoríferos bosquecillos, de antiguas ruinas y de recuerdos. En la parte Sudeste de la llanura, marcan el sitio en que apareció Jesús escoltado de Moisés y de Elias, tres altares resguardados por pequeñas bóvedas. La parte Meridional de la montaña se extiende a lo lejos hacia el Sud, al través de las montañas de Gelboe, sobre las azuladas cadenas de Judá y de Efraím: las alturas más sombrías del Carmelo detienen la vista en el Poniente; en el Norte se extiende la coronada casi siempre de nieves: después vienen los desiertos del Horán, el lago de Tiberiades, el valle del Jordán con su río sagrado, donde se abrieron los cielos, como en el Thabor, para dejar descender las complacencias del Altísimo sobre el Hijo de una Virgen de Nazareth. La inmensa llanura de Esdrelon, donde los guerreros de todas las naciones que respiran debajo del cielo, han plantado sus tiendas en la serie de las edades, se despliega como una brillante alfombra de oro, digna de los esplendores de semejante sitio. Al contemplar esta magnificencia, donde nos sentimos sobrecogidos de un santo entusiasmo, se cree ver aun la nube luminosa, y oír la voz del Eterno. El cristiano que ha visto las maravillas del Thabor cree poder decir con el príncipe de los Apóstoles: «No hemos dado a conocer la potestad y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo ficciones ingeniosas; sino que después de haber sido por nosotros mismos espectadores de su majestad, hemos oído esta voz que venía del cielo, cuando estábamos con él en la Montaña Santa».

. Habiendo llegado a donde le esperaban los otros discípulos, los encontraron rodeados de gran multitud de gente, y a los Escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vio a Jesús, guardó silencio. -Y él les preguntó: ¿Sobre qué altercabais? -Entonces salió un hombre de entre la muchedumbre, y fue a postrarse a sus pies, diciendo: Maestro, te he traído un hijo mío, que es el único que tengo, y se halla poseído de un espíritu mudo. Yo te ruego le mires con ojos de piedad. Es lunático y padece mucho, pues muy a menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y cuando se apodera de él el espíritu del mal, le tira con furia contra el suelo y le hace dar alaridos, y le agita con violentas convulsiones, hasta hacerle arrojar espuma por la boca ».

. Y habiendo llegado a Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo del didracma para el Templo de Jerusalén, y : tómale y dáselo por mí y por ti».

. «Este canon o censo nacional se pagaba por todos los Judíos que tenían por un honor, dice el historiador Josefo, enviarlo de todos los puntos del mundo, en la época de la solemnidad Pascual, cuando no podían llevarlo ellos mismos. El Salvador no había ido este año a Jerusalén, y no había pagado personalmente esta ». Esta actitud de sumisión a los reglamentos y a los poderes establecidos, se halla poco conforme con el retrato de fantasía que nos lo representa como «un demócrata fogoso, en rebelión contra todas las autoridades

locales, detestando el Templo y anunciando a sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento en que esto causa rubor». Verdaderamente sí hay que ruborizarse de algo, es de la ignorancia de un siglo en que es necesario reparar semejantes ineptias. La narración evangélica que se acaba de leer, es una de aquellas cuyos caracteres de autenticidad intrínseca son más patentes. Manifiéstase desde luego la primacía de Pedro por un detalle tanto más significativo cuanto que es menos concertado. El colector del diezmo sagrado se dirige a Pedro. No queriendo importunar al Maestro con una reclamación poco importante, cree más natural trasmitirla por medio del jefe de los discípulos. Pero, según el sistema de sublime delicadeza que hemos notado anteriormente, el Evangelio de San Marcos, escrito bajo la inspiración del príncipe de los Apóstoles guarda silencio sobre este punto. Por todas partes donde la ambición humana hubiera encontrado ocasión legítima de poner su nombre, eclipsa San Pedro el suyo. Trátase del didracma o medio siclo mosaico. Los Judíos tenían dos especies de moneda en tiempo de Nuestro Señor. La dominación de los Césares les había traído el sistema monetario de Roma, el as, con sus múltiplos: el dipondio (dos ases), el denario (diez ases), etc., y los submúltiplos: el quadrans (cuarta parte de un as), etc. Todos estos nombres se hallan en los Evangelistas. Usábanse las evaluaciones en monedas romanas para los negocios, el comercio, los salarios y las transacciones de todo género. Mas por una distinción en la que se retrata todo el carácter hebreo, no bien se trataba del impuesto nacional para el Templo y de los diezmos sagrados establecidos por Moisés, era repudiado el lenguaje romano, empleándose solamente las evaluaciones del antiguo sistema monetario de la

, se colocó en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: En verdad, os digo, si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños (en la sencillez e inocencia), no entraréis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillase como este niño, ése será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere a un niño semejante, en nombre mío, a mí me acoge, y quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió. Quien fuere, pues, el más pequeño entre vosotros, aquel es el más grande. Mirad que no despreciéis a alguno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles (de la guarda) contemplan continuamente en los cielos la majestad de mi Padre celestial. Y además, el Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? El pastor que tiene cien ovejas, si una se descarrió ¿no deja las noventa y nueve en los montes y va en busca de la que se ha descarriado? Y si llega a encontrarla, en verdad, os digo que siente más regocijo por aquella que por las noventa y nueve que no se ».

, pretendía que se podía perdonar a su hermano tres veces, pero que no podía llegarse más allá. Tal era la doctrina rigorista a que aludía el Salvador, al establecer la gran ley de la misericordia evangélica, sin medida y sin límites, sobre , tenía naturalmente para los Judíos la idea de universalidad. He aquí por qué emplea Nuestro Señor esta expresión, en el sentido indeterminado que tenía para sus oyentes. Pero la misericordia debe conciliarse con la justicia, lo mismo en el seno de la Iglesia que en el gobierno del mismo Dios. Para conciliar estos dos términos que parecen excluirse, hase agotado el genio de los legisladores humanos en combinaciones siempre defectuosas. No dejará Jesucristo a su Iglesia desarmada, y manteniendo la gran ley de la misericordia, sabrá asegurar la inviolabilidad de los derechos de la justicia. La regla llena de mansedumbre que ha sentado, hase aplicado a todos los enemigos de la Iglesia, desde Arrio hasta Lutero. Cuando desgarran hijos ingratos

el seno maternal de la esposa de Cristo, la queja caritativa y tierna del Pontífice supremo se dirige a su corazón para despertar en él el sentimiento filial. Si no es oída esta voz, vienen los dos o tres testigos que exigía la ley de Moisés para toda prueba legal, a emplear los esfuerzos de su celo para con el culpable que se obstina en su orgullo. Si tienen el dolor de ser rechazados, es denunciado el rebelde a toda la Iglesia, reunida en solemne tribunal, en la persona de los obispos, sucesores de los Apóstoles. Pronuncia la sentencia el concilio universal, y anatematizado el genio del error, llega a ser para los fieles como un pagano y un publicano.

». Los concilios, las asociaciones para orar, las congregaciones religiosas, esos conventos, para llamarlos con un nombre, que ha querido manchar un odio ciego, se derivan, pues, directamente del Evangelio. Si duo consenserint. Ubi duo vel tres congregati in nomine meo. Tales son las

. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado echándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Y el rey, movido a compasión de aquel criado, le dio por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciendo: Págame al momento lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Mas sin querer oírle este acreedor implacable, le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo y fueron a contar a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el rey llamó a este ingrato, y le dijo: ¡Oh criado inicuo! yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y el rey indignado le entregó en manos de los verdugos ».

».

».

». No era en verdad muy temible la oposición de parte de estos hombres que incitan al Salvador a que elija, para manifestarse al mundo, un teatro más vasto y más brillante. No se hallaba todavía elevada sin duda su fe a la perfección divina, cuyo carácter tardaron tanto tiempo en conocer los mismos Apóstoles. Sin embargo, bajo el punto de vista puramente humano, ¿hay uno solo de los más ilustres racionalistas cuyo amor propio no acogiese con afán semejante homenaje? Si fueran a decirle: ¡No basta a vuestra gloria brillar en el estrecho círculo de vuestra patria; el mundo entero os reclama y os espera! dudamos que se hubiera ofendido mucho de tal lenguaje y que lo hubiera tomado por una declaración de guerra. La pretendida oposición de los «hermanos» del Salvador es, pues, una oposición quimérica. Pero insiste el racionalismo. «El nombre de 'hermanos' es realmente la expresión que emplea el Evangelio; y no pudiendo ser los 'hermanos' de Jesús, designados aquí, ni Santiago el Mayor y Juan, hijos de Zebedeo, ni Santiago el Menor y Judas o Tadeo, hijos de Cleofás, primos hermanos de Jesús, puesto que los cuatro formaban parte del Colegio Apostólico y creían en su Maestro, mientras que los hermanos de que se trata en este pasaje 'no creían en él,' es claro que Jesucristo tuvo realmente hermanos. Es imposible saber, por falta de noticias, si procedían del lado paterno o del materno. En el primer caso, sería la virginidad de José, y en el segundo la de María, una invención apócrifa. Todo lo que se puede afirmar legítimamente, es la existencia de 'hermanos oscuros' de Jesús, cuyo nombre no nos ha conservado la historia». Tal es, en toda su fuerza,

, Aristión, Juan el Anciano, Andrónico Junias, Lucio de Cirene, Barsabas, Silas y Manahem. Por muy restringida que se halle esta nomenclatura, es evidente que si los dos primos-hermanos del Salvador Josef y Simón, hubieran formado parte, desde entonces, de los setenta y dos discípulos, hubieran ocupado el primer lugar en esta lista. Tenía tal importancia desde los primeros siglos de la Iglesia el título de parientes de Jesús, que siempre se les atribuye. Hegesipo, en el año 40 de nuestra era, los designa como hijos de Cleofás, hermano de San Josef. El mismo texto de Hegesipo, inserto por Eusebio de Cesarea en su Historia eclesiástica, es de una autenticidad incontestable. Hegesipo atestigua que la afinidad de Simón con el Salvador fue una de las razones que hicieron elegirle por unanimidad para suceder a Santiago, su hermano, en la silla de Jerusalén. Sobre esto no hay la menor oscuridad en el texto del Evangelio. Cuando nos habla San Juan de los «hermanos de Jesús que no creían en él» y que invitaban al Salvador a acompañarles a Jerusalén, en la peregrinación emprendida en común para la fiesta nacional de los Tabernáculos, emplea exactamente la misma expresión que San Mateo, en una circunstancia análoga. Toda la

antigüedad cristiana ha sabido el nombre de estos pretendidos hermanos oscuros», como lo sabemos aun en el día.

, respondieron. -No tenemos esta suma en dinero, sino en propiedades rústicas, de extensión de treinta y nueve fanegas. Las cultivamos nosotros mismos, sirviéndonos su producto para pagar los impuestos y proveer a nuestra existencia. Hablando así, enseñaban sus manos encallecidas, en las cuales había marcado sus huellas un trabajo incesante. Por fin, Domiciano les habló del Cristo. -¿De qué naturaleza será su reino? preguntó. ¿En dónde debe comenzar? Este imperio no es el imperio de la tierra y de este mundo, respondieron ellos. Es el reino angélico y celestial, que vendrá a la consumación de los siglos, cuando aparezca el Cristo en su gloria para juzgar vivos y muertos, y dar a cada uno según sus obras». -La gloriosa confesión de los hijos reparará la incredulidad momentánea de los padres. Nazareth adoró al crucificado del Gólgota, cuya divina aureola había repudiado por un instante.

al entrar un día en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales, parándose a lo lejos, levantaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros. Luego que Jesús los vio, les dijo: Id, y mostraos a los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados de la lepra. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio de la lepra, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y se postró a los pies de Jesús, pecho por tierra, dándole gracias, y éste era Samaritano. Jesús dijo entonces: ¿Por ventura, no fueron curados todos diez? ¿Dónde están, pues, los otros nueve? Ninguno ha vuelto a dar gloria a Dios, sino este extranjero. Después le dijo: Levántate y vete, porque tu fe, te ha salvado».

y se preguntaban unos a otros. ¿Dónde está aquel? Y se hablaba mucho de él entre el pueblo. Porque unos decían: «Sin duda es hombre de bien. Y otros al contrario: No, que trae engañado al pueblo. -Pero nadie osaba declararse públicamente a favor suyo por temor de los Judíos. Y en el cuarto día de la solemnidad, subió Jesús al Templo y se puso a enseñar al pueblo. Y maravillándose los Judíos de su doctrina decían: ¿Cómo sabe éste las letras sagradas, no habiéndolas aprendido nunca? -Respondió Jesús: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria, mas el que busca únicamente la gloria del que le envía, ése habla en nombre de la verdad, y no hay en él injusticia o fraude. Por ventura ¿no os dio Moisés la ley? y con todo eso, ninguno de vosotros la cumple. Pues ¿por qué buscáis la ocasión de matarme? - Respondió el pueblo y dijo: Tú estás endemoniado: ¿Quién procura matarte? -Jesús continuó diciendo: Yo hice sólo un prodigio »

»; la exégesis católica tiene el sensible deber de bajarse a recoger tales ultrajes, y hacer que se manifieste su profunda inepticia. Si hubiera contestado Nuestro Señor a los Judíos: Yo no he aprendido las Letras en ninguna de vuestras escuelas, y sin embargo, la meditación, el

estudio particular que he hecho de ellas, la inspiración divina me las han revelado, y la prueba de que las conozco es que me oís enseñarlas: si hubiera sido su lenguaje, se mostraría probablemente satisfecho el racionalismo moderno. Apreciaría claramente la correlación entre la objeción y la respuesta, y concedería al Salvador un diploma de

. Jesucristo lo afirma otra vez, con una exactitud que no deja lugar a ningún subterfugio. La ley de Moisés era a los ojos de todos los Judíos, una ley divina. El Salvador la toma como término de comparación respecto de su propia ley. Moisés, les dice, os dio la ley del descanso sabático, al renovar el precepto de la circuncisión impuesto a los Patriarcas. Pues bien, vosotros practicáis sin escrúpulo en día de

». Miqueas se expresó más categóricamente: «Será engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad». No era menos formal la profecía mesiánica de David: «Contigo, decía, está el principado en el día de su poderío, en medio de los resplandores de la santidad; de mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana. Tú eres el Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedech». Cada uno de estos rayos luminosos que hoy nos es tan fácil referir a la inmortal corona de Jesucristo, eran para los Judíos otros tantos problemas que resolver. Cristo debía aparecer en medio de las edades, como la figura patriarcal de Melquisedech, a cuyo padre nadie conocía. Los Judíos creían conocer al padre de Jesús, y le llamaban Josef. Nuestros racionalistas modernos saben tanto como ellos sobre este punto. La generación del Mesías debía ser desconocida a los mortales, y no obstante, los Judíos creían saber positivamente que Jesús era hijo de Josef y de María. El origen del Mesías debía remontarse más allá de los tiempos, y perderse en los esplendores de los santos, y los Judíos creían poder afirmar que Jesús saldría de la humilde casa de un carpintero de Nazareth. Tal era esta situación llena de dudas y de incertidumbres, cual no se vio jamás en otra parte que en Jerusalén. He aquí por qué alzando la voz Jesús, en medio del Templo de su Padre, responde con una afirmación directa de su divinidad.

« Los ministros de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos, no se atrevieron a ejecutar la orden que habían recibido. Al acercarse al Salvador le hallaron instruido de su misión, como si hubiera estado presente al conciliábulo que acababa de reunirse contra él. Y no obstante, Jesús no había abandonado el atrio del Templo, y no había interrumpido su predicación al pueblo. Así, pues, apóyase la narración evangélica en un Substratum continuo de milagros, los más frecuentes, de los cuales son a veces los menos advertidos. El racionalismo no parece haber sospechado ni aun esto. Hase desembarazado de los prodigios de curación con la famosa teoría «del contacto de una persona predilecta». Pero pasa en silencio este fenómeno, bastante notable sin embargo, de las guardias apostadas por los Príncipes

». En el día octavo de la solemnidad de los Tabernáculos, todos los Hebreos dejaban las tiendas de follaje, a cuya sombra iban a pasar la semana, en memoria de la peregrinación de sus abuelos en el desierto debajo de las tiendas de Moisés. Reunida toda la multitud en los pórticos del Templo, asistía al sacrificio de la mañana; en este día a nadie le era dado, a no ser judío, tomar parte en la solemnidad, permaneciendo vacío el atrio de los Gentiles. Después de la inmolación de las víctimas en el altar, un sacerdote, designado para este oficio, iba a la fuente de Siloé, donde cogía tres medidas de agua viva, en una copa de oro. Precedido de los Levitas, volvía al Templo por la puerta del Agua, la misma por donde hizo

su entrada triunfal Nuestro Señor. Recibíasele ». Tal era la solemne ceremonia que recordaba a los Judíos las fuentes milagrosas abiertas por Moisés en el desierto; las fuentes y las palmeras de Elim; los tabernáculos de Israel y las tiendas de Jacob, saludadas en otro tiempo por los hijos de Beor; y finalmente, los racimos de uvas traídos por los enviados del Gran Profeta, en testimonio de la fecundidad de la Tierra Prometida, donde debían cambiar los hijos de Abraham el agua de los torrentes por el vino que regocija el corazón del hombre. La época de la fiesta de los Tabernáculos era aquella en que se venía a recoger el fruto de la viña en las colinas de Engadd y de Jericó. Así se unía el reconocimiento por las bendiciones del Altísimo a las tradiciones seculares de la historia nacional. Cada uno de los hijos de Abraham llevaba a su morada y conservaba todo el año los Lulabim, o ramos de la fiesta de los Tabernáculos. Tales fueron las circunstancias, en medio de las cuales el divino Maestro, haciendo alusión al agua de Siloé, ofrecida en el altar del Templo, y a las palabras proféticas de Isaías, exclamaba: «Quien cree en mí, verá surtir de su seno fuentes de agua viva». Aquí sirven, pues, de comentario al Evangelio los usos y las ceremonias hebraicas.

».

. Los Fariseos, a pesar de sus afectados desdenes, no tienen otra creencia sobre este punto. Así es, que remiten a Nicodemo a las Escrituras, para convencerse de que no debe venir de Galilea el Profeta. Pero la discusión que se suscita entre la multitud, tiene un aspecto más particularmente interesante, bajo el punto de vista de la crítica moderna. ¿Cómo, dicen los racionalistas, podía suscitarse la objeción sobre Belén si hubiera sido público y notorio que nació Jesús en esta ciudad? La polémica empeñada por los Judíos sobre este punto, prueba perentoriamente que la narración evangélica del nacimiento en Belén, es una interpolación apócrifa, inventada después del suceso, por requerirlo así el asunto. -Éste es uno de los argumentos predilectos de la escuela de nuestros sofistas.

»

».

« La pretensión de poner un límite a la bondad suprema, y de hacer prevalecer la exageración de un rigorismo implacable sobre las misericordiosas condescendencias de la gracia divina, es uno de los más extraños contrastes que han podido producirse en el seno de la humanidad. ¡Qué! En medio de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza nativa, en este abismo de ignominia en que se agita una raza de caída, entre estos misterios de vergüenza, que abrasan de rubor todos los rostros y que atormentan en secreto las conciencias, se hallan hipócritas de virtud, de justicia y de pudor, bastante audaces para decir al perdón de Jesucristo: ¡No llegarás hasta mí! ¡Insultas mi dignidad! -Así es, no obstante; y se ostentan a la luz del medio día todas las inconsecuencias más monstruosas, en cuanto se trata de combatir la doctrina de salvación traída al mundo por el Verbo encarnado.

. Los Fariseos y los Doctores de la Ley, cuyos desórdenes e inmoralidad eran entonces tan escandalosos que el mismo Talmud los condena con una energía que desafía toda traducción, habían dejado poco a poco caer en desuso los rigores de

». ¿Se ha tenido la osadía, en verdad, de inscribir esta afirmación, sin temer que viniera el genio de San Agustín, de Santo Tomás o de Bossuet a arrojar esta innoble injuria al rostro de quien la lanzó, revelando toda la radical ignorancia o intrépida mala fe que supone el gusto de un hombre del siglo XIX, capaz de firmar semejante blasfemia! Retórico: os parece rígida y desaliñada esta afirmación del Verbo encarnado: «¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida!» ¿Cuál es, por tanto, a la hora presente el sol del mundo intelectual y moral, cuyo rayo ha ofuscado vuestra mirada hasta el punto de obligaros a la lucha impía, con cuya escandalosa responsabilidad cargáis? En este momento está por do quiera la luz de Jesucristo; la habéis hallado en la historia de lo pasado, en el desarrollo de nuestra civilización actual, en las leyes, las costumbres, las tradiciones y las glorias en medio de las cuales vivís. No podéis dar un paso, sin tropezar con ella; y la mejor prueba de que esta luz es brillante y

». ¿Humillaremos acaso a nuestros racionalistas enviándoles a la escuela del gran obispo de Hipona? Como quiera que sea, necesitan todavía aprender el sentido real de la objeción de los Fariseos. «Das testimonio de ti mismo, decían los Escribas, luego tu testimonio es nulo». Éste es uno de esos argumentos fundados en la ley judía, cuya lógica serían tentados a desconocer nuestros sofistas. Toda declaración debía, para tener carácter oficial, según la ley de Moisés, apoyarse a lo menos en dos testigos. Tal es el sentido real de la objeción Farisaica; y el divino Maestro entra en el fondo de la cuestión, invocando la declaración, conforme a aquella ley, hecha por su Padre en tiempo de Juan Bautista, en las riberas del Jordán. -¿Dónde está tu Padre? preguntaban los Escribas, -Y Jesús renueva la afirmación de su divinidad replicando: «Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre». Después de esto, ¡dejaremos al racionalismo moderno aplicar a la argumentación de Jesús las reglas de la «lógica aristotélica!»

».

».

. Los doctores Fariseos admitían la metempsicosis pitagórica, creyendo que habían participado los seres humanos, que existían a la sazón, de una vida anterior capaz de mérito o de demérito. En este sentido fue en el que podía temer Herodes Antipas que hubiera pasado el alma de Juan Bautista a la persona de Jesús de Nazareth, después del crimen de Maqueronta. La segunda opinión consistía en decir, que en el día de la creación, habían recibido el ser simultáneamente todas las almas, las cuales, esperando ir a ocupar un cuerpo, permanecían, dice el Talmud, en el trono de la gloria celestial. La pregunta de los discípulos está perfectamente de acuerdo con las preocupaciones locales y la sociedad

contemporánea. O el alma del ciego de nacimiento preexistente al cuerpo, había podido contraer, en una vida anterior, manchas que espiaba a la sazón, y en este caso, era culpable el doliente; o bien, en vez de ser la culpa personal, ». Así, la pregunta que hicieron los discípulos no se eleva sobre el nivel de las preocupaciones vulgares, sino que es la expresión espontánea y verdadera de las costumbres de la época. Libres son nuestros espíritus fuertes de compadecerse de ella, y no obstante, ¿qué saben ellos sobre la cuestión del alma? Pero es imposible desconocer su carácter de evidente autenticidad. «Ni los pecados de este hombre ni los de sus padres, responde Jesús, son causa de su ceguera; sino que es ciego para que se manifiesten en él las obras del poder de Dios. Yo soy la luz del mundo. Y lo prueba el Salvador dando vista al ciego de nacimiento. Y «no se hace rogar», ni es posible notar en su semblante la menor apariencia de «mal humor»; ni «hecha en cara a ninguno de sus interlocutores» la tosquedad de su entendimiento. Pero es preciso confesar que hace intervenir en la acción inesperada y libre de su voluntad suprema, «una circunstancia chocante». Con la saliva de su boca hace con tierra un poco barro que aplica a los párpados del ciego. Ni el espiritismo, ni la medicina científica, ni «los encantos de rara eficacia del más potente hechicero», han tenido jamás nada análogo a este barro que va a volver la vista a un ciego. ¿Y qué delicada organización podría soportar la idea de un remedio tan repugnante imaginado como de adrede en contradicción con el objeto a que se dirige, puesto que sería a propósito para cegar a un hombre de buena vista? Pero el dedo que petrificó la arcilla de que fue formado el hombre, es precisamente el que forma un poco barro para el ciego de Jerusalén: la mano que trasformó el barro primitivo en esta admirable estructura de nuestro cuerpo, es la única que tiene el secreto de transformar en un órgano perfectamente constituido el barro que aplica a los ojos apagados. Pues qué; ¿Sería Jesucristo el Dios Criador? ¿Es esta realmente la lógica del Evangelio?

»

. El rebaño perseguido de las ovejas de Cristo gustaba contemplar los rasgos del divino Pastor. Es, pues, incontestable que los primeros fieles, reunidos en Roma bajo la dirección de Pedro y sus sucesores, oían la parábola evangélica en el sentido que le da el Catolicismo aun en el día. Consientan nuestros hermanos separados en estudiar en su sencillez y en su admirable energía la palabra del Salvador: «No habrá más que un solo rebaño y un solo pastor. Yo soy este Pastor, siempre visible, obrando siempre, cuya voz no cesarán jamás de oír las ovejas». La alegoría empleada por Nuestro Señor en esta circunstancia, era familiar hacía largo tiempo a los Judíos, a quienes designa la Escritura con el nombre de: «Ovejas escogidas del rebaño de Jehovah». Los pastores que dirigían el rebaño, eran los Doctores de la ley, los Escribas y los Fariseos, que acababan de excluir de su seno al ciego curado milagrosamente. Igual excomunión amenazaba a quien quiera que confesara, como él en lo futuro, la divinidad del Salvador. He aquí por qué dice Jesús al pueblo: «Yo soy la verdadera puerta del redil de las ovejas. Yo soy el buen Pastor». Todos los pormenores de la Parábola están tomados de los usos y costumbres del Oriente. Los rebaños que formaban la principal riqueza agrícola de la Palestina, tenían que temer sin cesar las incursiones de las

bandas de salteadores árabes y el ataque de las fieras. No era menos temible el pillaje de las tribus nómadas que las garras de las fieras del desierto. He aquí por qué reunían por la noche los pastores de cada comarca sus diferentes rebaños en un inmenso parque cercado de setos, de empalizadas, y aun de tapias de piedra. Guardaba la entrada de este redil común un portero, no dejando entrar en él sino a los pastores. El que entraba por otra parte, es decir, escalaba el cercado para librarse de la vigilancia del portero, era, pues, como dice Jesús, un ladrón y un salteador. Por la mañana iban los pastores a recoger sus ovejas para llevarlas a los pastos. Reconociendo entonces cada rebaño la voz de su pastor, se agrupaba en torno suyo, sin equivocarse ni acercarse a un pastor que no fuera el propio. «Las ovejas no siguen a otro pastor, dice Jesús, apartándose de él, porque no conocen su voz, sino que siguen los pasos

. Y Jesús le dijo: Bien has respondido: haz eso y vivirás. -Mas él, queriendo dar a entender que era justo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? -Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de todo, , donde tuvo cuidado de él. Al día siguiente, al partir, sacó dos denarios, y dioselos al encargado de la caravanera, diciendo: Ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de más yo te lo abonaré a mi vuelta. Jesús preguntó al Doctor: ¿Quién de estos tres, el Sacerdote, el Levita o el Samaritano, te parece haber sido el prójimo del herido? -El Samaritano, que usó de misericordia con él, respondió el Doctor. Pues anda, dijo Jesús, y obra tú de la misma suerte».

de los Griegos significaban únicamente los lazos de parentesco. Habíase admirado, con un esfuerzo sublime de la filosofía especulativa, la famosa palabra de un autor romano: «Yo soy hombre, y no me es extraño nada de cuanto se refiere a la humanidad». Pero permanecía el axioma en estado de abstracción puramente teórica. La realidad era la esclavitud, erigida en principio social; y el desdeñoso epíteto de Bárbaro, dado por un ciudadano del Ágora o del Foro, a todo lo que no era Griego ni Romano. Entre los Judíos no se hallaba menos marcado ni era menos extraño este exclusivismo, habiéndose revestido con las formas rigoristas de la secta farisaica. He aquí cómo raciocinan sobre este punto los Doctores de la Ley. Moisés había escrito en el Levítico estas palabras legales: «Amarás a tu hermano». La palabra hebrea Rea se puede entender en el sentido general de hermano, o en el más restringido de amigo, habiendo prevalecido esta última interpretación en la Sinagoga. Se nos manda amar a nuestros amigos, decían los Rabinos; luego por razón inversa, se nos prescribe odiar a nuestros enemigos. En su consecuencia, el nombre de Gentiles, dado indistintamente por los Judíos a todas las razas extranjeras, expresaba en su boca un sentimiento de desprecio idéntico al que encerraba la palabra de Bárbaro entre los Romanos y los Griegos. Un hebreo profesaba, exceptuada la descendencia de Abraham, a todo el resto del género humano, un horror invencible. Además, había de Judío a Judío una distinción sofística, cuya clave nos da el Fariseo del Evangelio. Un verdadero servidor de Jehovah no consideraba como Rea, o prójimo, sino a un hombre por lo menos tan justo como él mismo. Fijada así, bajo la base del egoísmo, la medida de afecto fraternal de un Fariseo, resultaba no

».

siglo, como se decía al tiempo de Federico II o de Enrique IV de Alemania. Hase verificado la experiencia en la más vasta escala que puede imaginar ninguna comisión científica. Cada tiranía vulgar ha querido destronar a la Iglesia, despojarla, y reemplazar el cetro que lleva en la mano con el báculo del mendigo. Mas de una vez hallaron las pretensiones de esta clase, por cómplice, la potestad más elevada de este mundo, el genio. Semejante situación vale la pena de examinarse seriamente. La Iglesia es siempre el pusillus grex, de que habla el Salvador. Fáltale la fuerza material, pudiendo el hombre de Estado más diminuto tener el gusto de insultar esta debilidad y de hollarla a los pies. Pero he aquí el milagro. La Iglesia destronada, vencida, aniquilada en apariencia, vuelve a levantarse siempre, con la diadema en la frente y el cetro en la mano. ¡Dichosa cuando le es dado bendecir el sepulcro de su perseguidor arrepentido! La solidaridad divina entre el gobierno del cielo y el de la Iglesia, es un hecho atestiguado por el testimonio

en nombre del dueño, la provisión de trigo correspondiente a las necesidades de las diversas familias. Este encargado era también un esclavo; si daba muestra de celo y de una verdadera capacidad, podía llegar a ser administrador general, y este día veía romperse sus cadenas, dándole libertad la manumisión. A esto aludía la palabra del Salvador: «¡Dichoso el esclavo a quien encuentre su Señor fiel a sus deberes! En verdad os digo; el amo le confiará la administración de todos sus bienes». Pero por lo común no se aprovechaban estos esclavos de su elevación, sino para entregarse al instinto brutal y a groseros apetitos que la esclavitud desarrolla en las almas, haciendo pesar su autoridad sobre sus compañeros. «El amo no volverá en mucho tiempo, dicen ellos; y abruman a golpes a criados y criadas, pasando los días en comer, beber y embriagarse». Sin embargo, el amo volvía al fin. Juez supremo en su tierra, teniendo el derecho de vida o muerte sobre todos sus esclavos, reservaba para el encargado infiel los rigores más duros del ergastulum y la flagelación más repetida; lo cual no le impedía castigar los delitos de los demás esclavos, pero con menos severidad, porque dice Nuestro Señor: «Se exige mucho de aquel a quien se ha dado mucho, y se pide más a aquel a quien más se ha confiado». Así, pues, la responsabilidad en el gobierno de la Iglesia es proporcionada a la magnitud de las funciones. El Señor a quien se sirve es Dios, cuya mirada nadie puede engañar, ni sorprender su vigilancia, ni torcer su justicia. He aquí por qué se frustrarán siempre las tentativas de influencia o de corrupción humana, ante los sucesores de Pedro, a quien se dijo: «¿De qué servirá al hombre ganar el universo si pierde su alma?» Vendrá el Señor a la hora menos pensada; juzgará al servidor culpable, y le impondrá suplicios tanto mayores, cuando era más eminente la administración que tenía a su cargo.

. Prolongáronse las fiestas durante ocho días, y esta renovación tan súbita y tan inesperada tomó al lenguaje mismo que habían introducido los Sirios helenistas en Palestina su nombre significativo de Encenias («Renovación», en hebreo: Hanucca). El enemigo no había

tenido tiempo de consumir en honor de los ídolos, toda la provisión de aceite que tenía de reserva para los usos del Templo. Esta circunstancia había redoblado los trasportes de la alegría nacional. Durante los ocho días de la fiesta, fue permanente la iluminación del sagrado edificio. La ciudad entera quiso asociarse a esta piadosa demostración, y ardieron día y noche antorchas encendidas en las fachadas de todas las casas. De aquí el nombre de Fiesta de las Luces, que se dio también a la solemnidad de las Encenias. Judas Macabeo y sus hermanos, reunidos en asamblea nacional con los descendientes de Aarón, ordenaron que en lo sucesivo celebrase Israel, durante ocho días, este sagrado aniversario. Tal era esta Dedicación del Templo de Jerusalén, imagen de la Dedicación de las Iglesias cristianas, celebrada actualmente en todo el universo.

. «Jesús . De un extremo a otro del pórtico de Salomón se ostentaban cuatro columnas paralelas. El diámetro de cada columna era tal, que se necesitaban tres hombres para abarcarlo; su elevación era de veinte y siete pies, y su cuerpo coronado de chapiteles corintios, tenía hacia la base, una doble espiral. Estas columnas llegaban al número de ciento sesenta y dos. En razón del paralelismo de las columnas dispuestas de cuatro en de largo, y más de cincuenta pies de alto. La arcada central tenía el doble de alto y de ancho, de suerte que dominaba completamente las otras dos. El remate se hallaba adornado de esculturas en madera, de alto relieve y de variados dibujos. El de la bovedilla o techo del centro era muy elevado; las paredes superiores estaban cortadas por el arquitrabe, y divididas por columnas empotradas; siendo el conjunto de una arquitectura tan maravillosa, que los que no han visto este edificio no pueden creer lo que de él se refiere; mientras que los que lo han visto, hallan todas sus descripciones inferiores a la realidad. El suelo se hallaba enteramente cubierto de mosaicos».

». Tal era la designación profética del Mesías. Todo el mundo lo sabía en Jerusalén. Si, pues, Jesús no hubiese hecho ningún milagro; si no hubiera abierto los ojos del ciego de nacimiento; si no hubiera obrado uno solo de los prodigios de misericordia, cuyo relato contiene el Evangelio, nadie hubiera pensado en ver en él al Cristo tan deseado. Sin embargo, los mismos Profetas habían sido taumaturgos, no siendo en su consecuencia la señal del milagro la única en que debiera reconocerse al Mesías. La descripción de los esplendores del reinado del Hijo de David, tan elocuentemente trazada con anterioridad por los escritores inspirados, se avenía muy poco entonces con la humildad del Hijo del hombre, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza. Así, pues, vacilaban los Judíos, y decían: «¿Hasta cuándo prolongarás nuestra ansiedad y nuestra incertidumbre? ¿Si eres realmente el Cristo, decláralo abiertamente!» Jesús responde a esta pregunta categórica con una majestad suprema, afirmando, por la vigésima vez, su divinidad. Pero los Judíos querían un Cristo, hijo de David, y no querían un Cristo, Hijo de Dios. Todavía repiten hoy los hijos de Jacob, como dirigiendo una acusación de idolatría contra los Cristianos, la palabra de Moisés: «Oye, Israel. Jehovah, nuestro Dios, el Señor, es uno». Permanece, pues, encubierto a sus miradas, como lo estaba a las de sus antepasados, el misterio de la unidad divina, en los fecundos esplendores de la Trinidad. «¡Qué! ¡Sois un hombre y osáis proclamaros Dios!» exclaman, y se arman todos con piedras para lapidar al blasfemo. Pues bien; Jerusalén era el único lugar del mundo en que se considerase la apoteosis como un crimen. Roma, Atenas, Alejandría, todas las ciudades del Oriente y del Occidente, desde Antioquía hasta la Lugdunum de los Galos, se hallaban pobladas de altares erigidos en honor del dios Tiberio. César, asesinado por su propio hijo, era dios; Augusto era dios;

Livia era diosa; ¡haced, pues, que se componga el Evangelio por un autor extraño a las leyes y a las costumbres judaicas! ¡Imaginad, para los relatos evangélicos, otro teatro distinto del de Judea; otros actores que los hijos de Abraham; otro

. Puede creerse que la aldea hospitalaria, cuyo nombre no ha inscrito San Lucas, era la de Bethania, a 15 estadios, o cerca de 2 millas romanas de Jerusalén, sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos. Atravesábala en todo rigor el camino que conducía de la Ciudad Santa a Jericó. Tal vez había acompañado María al divino Maestro en el viaje. Recordarase, sobre esto, las palabras del Evangelio que hemos reproducido ya: «Cuando Jesús recorría las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce, seguíanle algunas mujeres que habían sido libradas de los espíritus malignos, y curadas de varias enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la cual había echado siete demonios; Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes; Susana y muchas otras que le servían y proveían a sus necesidades con sus bienes». En esta enumeración no aparece, pues, Marta; la cual guardaba el hogar doméstico de su hermano Lázaro, por lo que tuvo el honor de abrir su casa al divino Huésped, que se dignó descansar en él un día. Como quiera que sea, Marta y María representan los dos tipos de la vida nueva que trae el Salvador al mundo. Las almas cristianas podrán escoger entre dos vías, cuyo término y objeto es igualmente la caridad. La acción, es decir, el ministerio exterior del amor de

». La máscara cómica con que afectaba cubrirse el rostro el Fariseo, para reivindicar las prerrogativas de la ley sabática, no puede sostenerse un momento ante la superior lógica de Jesús. Encorvada la raza de Abraham durante diez y ocho siglos bajo los terrores de la ley sinaítica, exagerados por la ambiciosa tradición de los Escribas y Doctores, no podía levantar la cabeza, para contemplar en las alturas celestiales, la misericordia del Dios de

Moisés y de los Patriarcas. Un judío desataba en día de sábado, sin escrúpulo alguno, el buey o el asno del establo, para llevarlo al abrevadero. ¡Y Jesús, enderezando por medio de una simple imposición de manos a la infeliz mujer encorvada por una enfermedad de diez y ocho años, era culpable de una infracción irremisible! La penosa operación de sacar del establo a buey o al asno, los dos animales que constituían la riqueza de un hebreo, y de llevarlos del cabestro hasta la fuente pública, no constituía un delito contra una ley que hacía elástica el interés sabático. ¡Pero, curar con una palabra o un gesto, a una hija de Abraham era un crimen! ¡Diez y ocho años de enfermedad padecidos por una

, aunque sea día de sábado? -Y no sabían qué responder a esto. -Notando entonces que los convidados, no sea que haya otro convidado de más distinción que tú; y viniendo el que a ti y a él os convidó, te diga: Amigo; cede ese lugar a éste, y entonces tengas el sonrojo de verte precisado a ponerte el último: antes bien, cuando fueres convidado, vete a poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba, lo que te granjeará honor en presencia de los demás convidados. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. -Dirigiéndose entonces al Fariseo que lo había convidado, le dijo Jesús: Cuando des alguna comida o cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos que son ricos: para que no suceda que te conviden también ellos a ti, y esto te sirva de recompensa, de lo que recibieron de ti: sino que cuando tuvieres algún banquete, convida a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos, y a los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden recompensarte, y así serás recompensado en la resurrección de los justos. -Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: ¡Bienaventurado aquel que tuviere parte en el convite del reino de Dios! -Mas Jesús le respondió: Un hombre dispuso una gran cena y convidó a mucha gente: A la hora de cenar, envió un criado a decir a los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron ».

».

». La nacionalidad judía entera reivindicaba de las razas extranjeras la superioridad que se arrogaban estos doctores sobre los Hebreos. El banquete de la vida, a que había

.

». ¡Sentencia terrible pronunciada contra la obstinación judía! Su realización, visible desde este mundo, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Cada página del Evangelio es así, o un milagro de profecía o un milagro de poder, o un milagro de revelación divina.

a su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus , no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con qué acabarla, no sea que después de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean, comiencen a burlarse de él, diciendo: ¡Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo acabar! ¿O cuál es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que viene contra él con veinte mil? ¿Y si no puede, le envía embajadores cuando aún está lejos, pidiéndole la paz? Así, pues, cualquiera de

vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena, mas si la sal se desvirtúa o hace insípida ¿con qué será sazonada?

». La distinción indicada por la crítica entre la doctrina de los primeros días del ministerio de Jesucristo y la de los últimos, es aquí tan marcada, que tenemos el deber de censurarla con energía. No existe tal distinción, y es verdaderamente preciso haber especulado con la ligereza de nuestro siglo para afirmarlo así. Desde el año segundo de su predicación pública, desde el momento en que agrupó Nuestro Señor en torno de su divina persona el colegio de los doce apóstoles, les dijo: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí, y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí». Así hablaba el Salvador, en la montaña de Galilea, a los Apóstoles reunidos para recibir la investidura del ministerio evangélico. ¿Hay en esta enseñanza sombra siquiera de la menor diferencia respecto del lenguaje del divino Maestro, en los últimos meses de su predicación? ¿Qué significa, pues, la sacrílega antítesis, entre «el sutil y festivo moralista de los primeros días y el gigante sombrío de los últimos?» ¿En qué se funda? Porque en fin, si no es permitido, ni a un novelista, disfamar sin pruebas una memoria que ha dejado representantes y vengadores en la tierra, ¿qué diremos de la temeraria pretensión de un historiador que sustituye su calumniadora fantasía a los más terminantes textos, y prodiga gratuitamente injurias a un nombre ante el cual doblan la rodilla trescientos millones de hombres? ¡Retóricos! ¿No comprendéis

».

que ».

, y que eran cebados con los algarrobos de las orillas del lago de Tiberiades, para los mercados de la Fenicia y del alto Oriente, son insaciables sus pasiones, abriendo en las almas abismos de voracidad sin fondo. Un día, disputando los hambrientos pródigos su pasto a los puercos, pensaron en los goces sin mezcla alguna del hogar paterno, en las delicias del banquete divino. No les resta de su antiguo esplendor, de su felicidad perdida, más que un amargo recuerdo. La túnica de inocencia ha quedado a girones en las espinas del camino. El anillo de la santa y noble alianza con el cielo, ha desaparecido hace largo tiempo. Sus pies destrozados, ensangrentados en todas las piedras del camino, ya no son protegidos por el calzado que preparaba la ternura maternal por sí misma. La desnudez del pródigo, tal como lo pinta la Parábola, era en la época evangélica, cual la de los esclavos. El esclavo no llevaba sandalias, sino que andaba con los pies desnudos. La túnica flotante, «este primer vestido» de que habla el Evangelio, se hallaba reservada exclusivamente para los hombres

. Díjole el mayordomo. o cargas de trigo. Díjole: Toma tu obligación y escribe otra de ochenta. Y habiéndolo sabido el amo, alabó a este mayordomo infiel (no por su infidelidad) sino porque hubiese sabido portarse sagazmente, porque los hijos de este siglo (o amadores del mundo) son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Así, os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con el Mammon de la iniquidad (o con las riquezas injustas,

manantial de iniquidad, para que cuando falleciereis, seáis recibidos en las moradas eternas».

». Lo único «extraño ». Un día comprenderemos todo el sentido de esta revelación, cuyos términos exceden a los alcances de nuestra mortalidad. Entre los millares de globos luminosos que sigue la mirada de la ciencia en los espacios del éter, hay tal vez una escala jerárquica, cada uno de cuyos peldaños está ocupado por inteligencias bienaventuradas. Circunscrito en los estrechos límites de la materia el espíritu del hombre, no hace más que deletrear el libro de los mundos. El Verbo encarnado nos enseña, que las pruebas de esta vida son el aprendizaje de las grandes responsabilidades de la vida inmortal. Esto es todo lo que podía soportar nuestra limitada inteligencia; porque el peso infinito de gloria que nos espera en los cielos, aplanaría en este momento nuestra debilidad. Ahora nos basta practicar este otro precepto del Salvador: «Nadie puede servir a dos amos, porque o aborrecerá al uno o amará al otro: o se aficionará al primero y no hará caso del segundo: no podéis »).

». Imposible es imaginar una afirmación más clara y más exacta del carácter sobrenatural y divino del Evangelio. La ley mosaica fue su preparación en la serie de las edades; los Profetas anunciaban su advenimiento; Juan Bautista era su precursor. La flor del Antiguo Testamento es el Mesías, el Cristo, que da su perfección a la Ley, su cumplimiento a las profecías, su realización a las esperanzas del mundo. No se equivocan los Fariseos sobre las trascendencia de esta doctrina, y aceptan claramente todas las consecuencias que van a deducirse de ella. Jesucristo se erige en legislador soberano, y proclama su derecho imprescriptible de completar la ley Mosaica y de trasformarla en un código universal, que será la regla de todas las generaciones humanas. Para consignarlo mejor, y tal vez con la esperanza de suscitar la indignación popular contra el Salvador, le proponen una cuestión que dividía durante cuarenta años sus escuelas, y a la cual daba el reciente divorcio de Herodes Antipas una peligrosa actualidad. Los discípulos de Schammai pretendían que la autorización del divorcio, concedida por Moisés, debía limitarse exclusivamente al caso de adulterio. Los discípulos de Hillel daban a esta facultad una extensión general y absoluta. La controversia versaba sobre este texto del Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y después de haber cohabitado con ella, viniere a ser mal vista de él por algún ». La Ley no definía la gravedad del vicio o falta alegada; las dos escuelas interpretaban a su fantasía la cláusula restrictiva, y permanecía siendo imposible la solución del problema. Parecía, pues, perfectamente inspirado el odio de los Fariseos al elegir una cuestión de esta naturaleza. Jesucristo anunciaba su poder de legislador supremo, debiendo en su consecuencia resolver todas las dificultades legales; pero si se pronunciaba en favor de la doctrina rigorista de Schammai, incurría en todas las cóleras oficiales de los partidarios de Herodes Antipas, y perdía, a los ojos de la multitud, el prestigio que le granjeaban su misericordia y su indulgencia, tan elogiadas. Si por el contrario, adoptaba los principios relajados de Hillel, era un corruptor de la moral pública, un ambicioso vulgar, que acariciaba los instintos degradados y perversos del corazón humano, y sacrificaba la verdad, la justicia y la ley a su deseo de popularidad.

. -Jesús replicó: ¿No habéis leído que aquel que al principio crió al linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo: ¿Dejará el hombre a su padre y a su madre, y unirse ha con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre. -Pero ¿por qué, replicaron

ellos, nos autorizó Moisés para dar a la mujer libelo de repudio y despedirla? Respondió Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero no fue así desde el principio. Así, pues, os declaro, que cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio y comételo también, ».

». ¿No acababa de crear, en efecto, por la fecundidad de su palabra divina, una doble paternidad, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, para estos niños hasta entonces tan desamparados? ¡Cuántas veces al encontrar en medio de nuestras sociedades tan profundamente turbadas por el egoísmo de la sensualidad, las humildes vírgenes de Jesucristo, que se constituyen en madres de los que no tienen madres; las modestas maestras de la infancia, que se hacen los padres de toda una generación de almas jóvenes; cuántas veces no hemos repetido la palabra del divino Maestro: «Dejad venir a mí los niños!» ¡Qué prodigio permanente de sacrificios sin gloria, de trabajos oscuros, de adhesiones desconocidas, verificadas por la influencia del consejo evangélico de la

». Tal es la nueva exégesis. Había, pues, ricos que seguían al Salvador en el curso de sus predicaciones. María Magdalena era rica. Lázaro, el amigo a quien resucitará en breve Jesús, era rico. Juana, mujer de Chusa, mayordomo de Herodes Antipas, era rica; Josef de Arimatea era rico. Y ¿mandó acaso el divino Maestro a Lázaro que vendiera la casa de Bethania y distribuyese su precio entre los pobres? ¿Mandó a Josef de Arimatea que enajenase el sepulcro de sus padres en la falda de la colina del Gólgota, en que debía recibir una hospitalidad de tres días el cuerpo del Hombre-Dios? ¿Mandó a la Magdalena que vendiera los perfumes que derramó a los pies del Verbo encarnado, para distribuirlos a los pobres? ¿Ordenó a las santas mujeres que subvenían sus propias necesidades, y que compraron cien libras de aromas preciosos para su sepultura, que vendieran sus bienes y que se desprendieran de sus tesoros? ¿Cuál era, pues, la verdadera doctrina del Salvador, respecto de la riqueza? Hela aquí: Un joven israelita que pertenecía a una familia principal, prínceps, que poseía cuantiosos bienes, se llegó a él y se postró a sus pies, llamándole: ¡Bien Maestro!» Dobló la rodilla: así nos lo dice el Evangelio; de manera que el protestantismo sería tentado de acusar a este joven de idolatría. «¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?» pregunta el adolescente. -«Guarda los mandamientos», responde el Salvador; y enumera todos los artículos del Decálogo. He aquí,

. Lo que acaeció en tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el día del Hijo del hombre. En los días que precedieron al diluvio, los hombres comían y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el día en que Noé entró en el arca, y sobrevino entonces el diluvio de imprevisto y acabó con todos. Como también lo que sucedió en los días de Lot. Se comía y se bebía; se compraba y se vendía; se hacían plantíos y se edificaban casas; mas en el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los abrasó a todos: lo mismo será en el día en que aparezca el Hijo del hombre. En aquella hora, quien se hallare en el terrado y tuviese también sus muebles dentro de casa, no entre a sacarlos, y el que estuviere

en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que quisiere salvar su vida (abandonando la fe) la perderá (eternamente); y quien la perdiere ».

de la Escritura. He aquí por qué dirigen al Señor los Fariseos esta pregunta: ¿en qué época vendrá el reino de Dios? «Puesto que Jesús proclamaba en alta voz su título de Mesías, debía saber el momento preciso en que se realizaría la expectación de Israel. Así, pues, ocultaba la pregunta farisaica en su aparente sencillez, una idea hostil preconcebida y un supuesto capcioso. Si era evasiva e indeterminada la respuesta, sería fácil deducir de ella que ignoraba Jesús el término fijado por los decretos providenciales para la liberación del mundo, y que su título de Mesías era una impostura. Al contrario, si asignaba un tiempo limitado, si indicaba una fecha, se encargarían los mismos acontecimientos contemporáneos de darle un solemne mentís. Era entonces tan formidable el poder de Roma, que no podía la previsión humana señalar la caída. La contestación de Jesús echa por tierra todo este aparato de ardid y de odios. «El advenimiento del reino de Dios se verificará sin aparato o brillo exterior. En este momento está el medio de vosotros». Con esta tranquila y solemne declaración, afirmaba claramente Jesús su divinidad; porque, al cabo la única aparición

».

». La perseverancia en la oración, en la humildad de corazón, tales son, pues, las dos grandes leyes de la vida cristiana. El abismo de nuestras miserias solicita la infinita misericordia del Dios, que perdona a los humildes y castiga nuestro orgullo rebelado.

salió a tomar jornaleros para su viña; y ajustándose con ellos por un denario por día, los envió a su viña. Saliendo después cerca de la hora tercera (o de tercia), se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Y habiendo vuelto a salir cerca de la hora de sexta y de la hora de nona, el padre de familias hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca , porque yo soy bueno? -Así, los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos».

». El precio de un jornal de trabajo que comenzaba a las seis de la mañana, y que concluía a las seis de la tarde, era en la época evangélica un denario o diez y seis ases romanos, que representaban cerca de 0,80 c. de nuestra moneda actual. Deben tenerse aquí en cuenta dos elementos que modifican el resultado de la comparación que se quisiera hacer entre la exigüedad de semejante remuneración y el precio actual de la mano de obra entre nosotros. Por una parte, los géneros de primera necesidad eran proporcionalmente menos caros, pues sabido es que lo que eleva el precio de todas las mercancías, es la abundancia de valores de oro y de plata. Por otra parte, se trata aquí de un trabajo campesino, menos retribuido en todas partes que el de una industria propiamente dicha, que supone un aprendizaje preparatorio, y que se ejerce por lo común en medio de las ciudades, en las que todo lo que se refiere a la vida material exige gastos más considerables. No ha mucho tiempo aún que en Francia, en las provincias vinícolas, las bandas de trabajadores que cubren las colinas en la época de las vendimias, recibían por todo un día de trabajo, un jornal inferior al de los viñadores del Evangelio. Tal es, pues, la explicación literal de la parábola. Es una escena familiar de la vida de los campos que expone Nuestro Señor Jesucristo en su real y viva sencillez. Es una página que no podía escribirse por un apócrifo Griego o Romano. Pero

sobre la autenticidad, por decirlo así, flagrante del texto sagrado, ¡qué profundidad de la revelación divina! El Padre de familias, es Dios; la viña, la Iglesia; los operarios, son los hombres que están situados, antes de la vocación divina, en la plaza pública del mundo, en la ociosidad espiritual. El mayordomo del Padre de familias es el mismo Jesucristo, y el denario, la vida eterna. En todas las horas de la historia humana, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta los tiempos de Abraham, desde Abraham a Moisés, desde Moisés a Jesucristo, desde Jesucristo hasta nosotros, no ha cesado Dios de enviar operarios a su viña. Todo el trabajo social de la humanidad se ha verificado bajo esta acción providencial. La misma ley se aplica a las individualidades; unas son llamadas desde la aurora de la vida, otras en la época de la adolescencia o de

(o en los tormentos), levantando los ojos, vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno y clamó diciendo: Padre mío, Abraham, compadécete de mí, y envíame a Lázaro, para que mojado la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. -Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males, y así, éste ahora es consolado y tú atormentado; además de que entre nosotros y vosotros hay de por medio un abismo insondable, de suerte que los que aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá. -Entonces dijo el rico: Ruégote, pues, ¡oh Padre! que envíes al menos a Lázaro a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos para que les advierta de esto, y no les suceda el venir también a este lugar de tormentos. -Replicole Abraham: Tienen ».

.
.
. Esta María era aquella ».

». -«Creemos, dicen hoy nuestros literatos, que aconteció en Bethania algo que se tuvo por una resurrección. La familia de Lázaro pudo ser inducida, casi sin advertirlo, al acto importante que se deseaba. Tal vez el ardiente deseo de cerrar la boca a los que negaban injuriosamente la misión divina de su amigo, arrastró a estas personas apasionadas más allá de todo límite». -«Un solo Evangelista, decía Woolston, ha hablado de la resurrección de Lázaro. ». -«A la distancia en que nos hallamos del suceso, repite la joven crítica, y en vista de un solo texto que ofrece señales evidentes de haberse ideado artificialmente, es imposible decidir, si es toda ficción en el suceso de que se trata, o si aconteció en Belén un hecho real y efectivo que sirviera de base a los rumores divulgados». Es, pues, «un hecho muy real en el presente caso» el paralelismo entre los dos lenguajes, y podría, sin la menor apariencia de milagro, «considerarse como una resurrección».

». Pero por lo menos hubiera sido necesario que hubiese estado Jesús en Bethania; y hacía dos meses que había pasado Jesús el Jordán, siendo verosímil que ignorase el mensajero que se le enviaba en qué región de la Perea le encontraría. ¡Extraño modo de confabularse, separándose por el tiempo y por el espacio! La Judea no tenía muchos de los medios de comunicación actuales, no conociéndose entonces el vapor y el telégrafo. », sino que

recorría a pie todas las provincias de Palestina, se hallaba tan lejos de Marta y de María en esta circunstancia, como París lo está en el día de Londres. Pero aun hay más. Si se hallara a peso de oro un malvado que quisiera consentir en hacerse encerrar en un féretro y en dejarse sepultar vivo, para la mayor gloria de un charlatán de baja estofa, lo más que de él se podría conseguir, sería que se prestase por algunas horas a esta fúnebre farsa. Pero inténtese que se preste a permanecer cuatro días envuelto en su sudario, y por consiguiente, sin poder tomar alimento, bajo la losa de un sepulcro, y harán resonar sus gritos de furor todos los ecos del contorno, antes que haya terminado el primer acto de esta comedia. Así, pues, ¿es posible creer que hiciera de buena voluntad y como por vía de juego, Lázaro, que era uno de los hombres más ricos de Bethania, uno de los hombres más conocidos de Jerusalén, lo que no hubiera hecho entre nosotros el más miserable de esos seres desgraciados que populan en los grados inferiores de nuestra civilización moderna? Entre nosotros el sudario funeral es un tejido muy elástico, que no intercepta el aire respirable, y que permitiría, en caso necesario, ciertos movimientos indispensables para vivir; pero entre los Judíos estaba herméticamente cubierta con el sudario la cabeza del muerto; y sus miembros ligados con fajas muy apretadas que paralizaban todos sus movimientos, reduciendo el cuerpo al estado de una momia. Si Lázaro, lleno de vida, se hubiese dejado agarrotar de esta suerte, no hubiera indudablemente vivido una hora; y no obstante, según vuestra hipótesis, ¿había de haber aceptado Lázaro voluntariamente, por espacio de cuatro días, este horrible suplicio, habiendo sobrevivido a él? Cualquiera que tenga sentido común comprenderá, que si hubiera podido concebir Lázaro la idea de semejante impostura, hubiese esperado para comenzarla, a que hubiera entrado su resucitador en Bethania, dispuesto a sacarle de tan arriesgada posición.

como a unos quince estadios de Jerusalén. Y habían ido muchos Judíos a consolar a Marta y María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sin embargo, sé que aún ahora te concederá Dios todo lo que le pidieres. Díjole Jesús: Tu hermano resucitará. Bien se que resucitará, respondiéndole Marta, en la resurrección universal, que será el último día. Jesús replicó: Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? ¡Oh! Señor, dijo ella, sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. -Y habiendo dicho esto, volvió a su casa y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndole: Ha llegado el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente, y fue a encontrarle; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Y los Judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al ver a María levantarse tan pronto, y que salía, la siguieron diciendo: Ésta va al sepulcro a llorar. -María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús, luego que le vio, se echó a sus pies, y le dijo: ¡Señor! ¡Si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano! -Jesús al verla llorar, y llorar también los Judíos que habían venido con ella, estremecióse en su alma, y »

; pues no bien era llevado el cadáver al sepulcro, lo cual se verificaba tres horas después de la muerte, se sacaban todas las sillas y lechos para evitar las impurezas legales que podría ocasionar el contacto de estos objetos. Al volver de la fúnebre ceremonia, sentábanse en

tierra todos los miembros de la familia, cubierta la cabeza con un velo y con los pies desnudos; los parientes, amigos y vecinos formaban círculo a su alrededor, y respondían a sus quejas con palabras consolatorias. Durante los tres primeros días, se iba al sepulcro a visitar el cadáver. «Los Judíos, dice Sepp, creían que revoloteaba el alma durante tres días alrededor de su despojo mortal, para volver a entrar en él; pero que lo abandonaba definitivamente, cuando comenzaban a manifestarse las señales de descomposición». Esta creencia, fruto de la leyenda, no es otra cosa, según la observación del doctor Iahn, que la traducción en lenguaje popular, de la admirable legislación de Moisés relativa a los funerales. Para evitar las horribles consecuencias de las inhumaciones precipitadas, dejando a salvo el interés general de la salud pública, en un clima en que son tan peligrosas las emanaciones pútridas, estaba prohibido que pudiera permanecer el cadáver en lugar habitado; pero debía visitarse durante los tres primeros días el sepulcro de familia, donde se le trasladaba inmediatamente después de la muerte; y no se sellaba definitivamente la piedra, hasta que se consignaba la muerte por las dos señales menos equívocas, la descomposición cadavérica y su olor fétido. Al final, el tercer día, se cerraba, pues, para no volverla a abrir, la entrada del monumento fúnebre. Pero se prolongaba el luto de la familia todavía por cuatro días, durante los cuales se acudía a orar y a llorar

. Un impostor no hubiera pensado siquiera en sentarse en semejante caso. Pero tal vez Jesús avisó a las dos hermanas para que viniesen inmediatamente a recibirle, con personas crédulas elegidas anticipadamente como testigos del futuro milagro. No. Sólo es avisada Marta de la llegada de Jesús. Sólo ella sale a recibirle; y su primer palabra echa por tierra todo el aparato de la invención racionalista «¡Señor, dice, si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano!» Una farsante hubiera dicho, deshaciéndose en lágrimas: ¡Señor, ven, pues, al fin a resucitar a mi hermano! Marta conoce tan poco el espíritu de su pretendido papel, que ni siquiera comprende el sentido de la respuesta que le da Jesús: «Tu hermano resucitará, dice»; y Marta,

».

». ¿Qué se ha hecho, en esta narración cercenada y dificultosa, del Jam foetet del Evangelista? Cuanto más habéis tratado de ocultarlo, más queremos verlo. ¿Acaso hería vuestra delicadeza esta circunstancia? ¿Habéis temido la susceptibilidad de un siglo sobrado impresionable para soportar semejantes espectáculos? Sin embargo, según vuestra hipótesis, ha debido llenarse la tumba en que estuviera Lázaro encerrado durante cuatro días, de un olor tan fétido, que Marta, en beneficio de los asistentes, y por un sentimiento de respetuosa ternura por el mismo muerto, se opone a que se quite la piedra sepulcral. ¿Se comprende la posibilidad de vivir durante cuatro días en una atmósfera tan infecta? Hasta que se dé una explicación satisfactoria sobre el Jam foetet, ante el cual han retrocedido vuestra pluma y vuestra imaginación, no habéis hecho nada contra el texto evangélico. Por lo demás, no se hallan mejor aclarados los otros puntos que toca el racionalismo. ¿Qué decir, por ejemplo, de la «opinión popular, que quiere que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo?» Las afecciones del sistema nervioso son bastante frecuentes entre nosotros para que puedan estudiarlas todas las «comisiones de físicos y de químicos». Aún no hemos oído decir que haya hecho el menor milagro la epilepsia. ¿Dónde encontrar, por otra parte, la apariencia de una «convulsión» en la actitud de Jesucristo en la tumba de Lázaro? El divino Maestro «lloró». Lo advierte el Evangelio,

porque Jesús, a quien jamás se vio reír, lloró dos veces solamente. La primera vez lloró la muerte individual de un hombre a quien iba a resucitar; la segunda, lloró ante la ceguera de un pueblo y de una ciudad que corrían a la muerte. No haber reído una vez, y haber llorado dos veces solamente, en treinta y tres años de vida, parece a nuestros racionalistas, síntoma evidente de una constitución tan nerviosa y de un organismo tan debilitado, que reconocen en él todas las señales

. «Si no hubo una resurrección en Bethania, dígasenos ¿por qué este pueblo destruido por los Romanos y que sobrevivió a esta primera ruina, ha cambiado su nombre histórico para llamarse: «Aldea de Lázaro?» ¿Por qué, si el Evangelio no es más que una leyenda, ha conservado la tradición con tal cuidado la memoria de Lázaro, y especialmente, por qué conserva el mismo sepulcro en este momento, después de tantos siglos de revoluciones, la forma exacta y precisa que le da el historiador sagrado? Los apócrifos, los escritores legendarios pueden inventar narraciones, pero no podrían crear ni monumentos, ni tradiciones locales.

que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación judía, sino también para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesús no se dejaba ver en público entre los Judíos, antes bien se retiró a un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efrén, donde moraba con sus discípulos. Y como estaba próxima la Pascua de los Judíos, muchos de aquel distrito fueron a Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Los cuales iban en busca de Jesús; y se decían en el Templo unos a otros: ¿Qué será que aún no ha venido a la fiesta? Pero los Pontífices y Fariseos tenían ya dada orden de que si alguno sabía dónde estaba Jesús, le denunciase, para hacerle prender».

». El odio de los Samaritanos contra Jerusalén estalla aquí en toda su violencia. Niégase a Jesús la hospitalidad, únicamente porque se dirige hacia esta ciudad aborrecida. Los sentimientos de indignación de los Apóstoles se traducen en un lenguaje que debe admirar singularmente a nuestros racionalistas modernos. ¡Qué extraña proposición la de Santiago y de Juan! ¿Se concebiría, si no hubieran sido mil veces testigos de los prodigios obrados por su Maestro, que pudieran racionalmente dirigirle semejante palabra? Sin embargo, el buen Pastor que iba a dar su vida por sus ovejas, les atrae al verdadero espíritu de su vocación. «No he venido a perder las almas, sino a salvarlas». La mansedumbre del divino Maestro absuelve a la ciudad inhospitalaria; y en vez de tomar Jesús su camino por el territorio Samaritano, cambia de dirección y se vuelve a Jerusalén por el camino de Jericó, es decir, que arrostra ostensiblemente el peligro que le ha creado el reciente decreto del Sanhedrín,

pues en el camino que recorre, podrán darle muerte legalmente todos los judíos, a él y a sus discípulos.

». Era la tercera vez que el Salvador del mundo revelaba tan explícitamente a los Apóstoles el misterio de su pasión, de su muerte y de su resurrección. Sin embargo, a pesar de la claridad de semejante lenguaje, a pesar de la gravedad de las circunstancias en que se encontraban, persuadidos más y más los Apóstoles de la divinidad de su Maestro, rehúsan creer en la posibilidad de tantas humillaciones e ignominiosos suplicios. Obsérvese bien, ellos mismos son los que nos confiesan la obstinación de su credulidad sobre este punto. *Sequentes timebant*. La animosidad de los Judíos les consterna, respecto de sí mismos; pero en lo concerniente a Jesucristo, no sólo no imaginan tener el menor cuidado, sino que no comprenden ni aun la sencilla, clara y circunstanciada profecía que les dirige. ¿Qué idea tenían, pues, de Jesús los Apóstoles? Evidentemente, si no hubieran tenido la fe más firme y más indestructible en su divinidad, hubieran comprendido demasiado su predicción.

».

. El Talmud ha conservado igualmente la memoria de esta antigua familia. Hay, pues, motivo para creer que el Zaqueo del Evangelio era de origen hebreo. Pero al aceptar la desacreditada función de agente del fisco, había descendido de su clase y condición, según el reglamento farisaico, considerándose desde entonces deshonorado un Judío, en mantener con él otras relaciones que las puramente oficiales. He aquí por qué rehabilita Jesús al publicano, diciendo: «Este hombre es también un hijo de Abraham». El salvador no había encontrado nunca a Zaqueo, y no obstante, le conoce sin que nadie le nombre; le llama por su nombre al verle en el sicomoro, a donde había subido el Publicano para dar más altura a su poca talla. Así buscó la humanidad elevarse hasta Dios sobre los sicomoros de las religiones antiguas, sin poder llegar a las alturas celestiales. Era preciso que el Verbo Encarnado

, diciéndoles. *Negociad con ellas hasta mi vuelta*. -Es de saber, que sus naturales le aborrecían; y así, despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos a ése por nuestro rey. -Mas habiendo tomado posesión del reino, volvió e hizo llamar los criados a quienes había dado su dinero, para informarse de lo que había negociado cada uno. -Vino, pues, el primero y dijo: Señor, tu mina ha adquirido diez minas. Y el Señor le dijo: Bien está, buen criado, ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha dado cinco minas. Dijo asimismo a éste: Tú tendrás también el gobierno de cinco ciudades. Vino otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina que he guardado envuelta en un pañuelo; porque tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre de un natural duro y austero, tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado. -El príncipe respondió: ¡oh mal siervo! por tu propia boca te condeno: sabías que yo soy un hombre duro y austero, que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado: ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que yo en volviendo lo recobrase con los intereses? Por lo que, dijo a los que estaban presentes: Quitadle la mina, ».

». Esto es correcto como una lección de profesor a un escolar de vigésimo Orden; el cinismo del sacrilegio afecta aquí los aires del pedantismo más estirado, en su proverbial

ignorancia. Perdónesenos por esta vez la explosión de un sentimiento que hemos podido comprimir hasta aquí, en ciertos límites. Pero si es permitido a un retórico ultrajar así al Dios de los cristianos y al hombre más grande de la historia para los mismos racionalistas, debe permitirse la indignación a un cristiano que adora a Jesús como Dios, y que le encuentra, como hombre, superior a todo cuanto puede concebir la humanidad. Y ahora, diremos al sofista, ¿habéis leído por acaso la parábola de las diez Minas de plata? ¿La habéis comprendido? ¡Qué inverosimilitud en el tema evangélico! Parte un pretendiente a recibir la corona en una región extranjera, y le envían los habitantes mismos del país una embajada encargada de decirle: «¡No queremos que este hombre reine sobre nosotros!» El nuevo emperador de Méjico parte en este momento para sus remotos Estados, ¿cómo imaginar que alarmada la Germania, le haga seguir a su futura capital de una diputación que le diga: la Alemania no quiero que el archiduque Maximiliano suba hoy al trono de Viena? No es posible que cupiera semejante concepción política en la cabeza de un demente. Tal es, no obstante, dicen los racionalistas, la idea de la Parábola. Los compatriotas del pretendiente del Evangelio son realmente los que protestan contra él, cuando deberían, por el contrario juzgarse sobrado felices en verse desembarazados de su odiosa presencia. Es inexplicable el paso que dan; y no obstante, el pretendiente. Ya hemos trazado más arriba este episodio. Las circunstancias eran críticas. La degollación de los tres mil Hebreos bajo los Pórticos del Templo, mandada por Arquelao, había levantado un grito de indignación en toda la Palestina. Por todas partes se hallaba armado el pueblo. Arquelao, antes de su partida, había confiado sus tierras, sus bienes muebles y los tesoros de su padre a algunos amigos y servidores fieles, entre los cuales nombra Josefo al oficial Filipo, que defendió, durante la ausencia del príncipe, con riesgo de su vida, las sumas que se le habían entregado, contra la rapacidad de Sabino, gobernador de Siria. Estos pormenores históricos son el comentario vivo de las palabras del Evangelio: «Habiendo llamado a diez de sus criados, entregó a cada uno una mina, diciendo: negociad con ellas hasta que yo vuelva». Sin embargo, una diputación de cincuenta Judíos había seguido a Arquelao a Roma. Agregaron a ella los ocho mil Hebreos fijados en la capital del mundo, y todos juntos se postraron a los pies de Augusto, suplicándole ». Tal es el discurso que pone el historiador Josefo en boca de los embajadores judíos. La Parábola lo resume en una fórmula más concisa y no menos enérgica: «No queremos que reine este hombre sobre nosotros». Sabido es que la política imperial, sin consideración a la protesta de todo un pueblo, confirió al pretendiente el título de Etnarca de la Judea. Arquelao volvió, pues, como señor irritado, a un país que entregaba a su tiranía la investidura concedida por César. Sació de riquezas y de honores a todas sus hechuras, haciendo caer sobre el partido de la oposición todo el peso de su resentimiento y de sus venganzas, hasta que acarrió la misma exageración de sus crueldades su propia ruina y la de la nacionalidad hebraica. Por eso en la Parábola le hace decir el Salvador: «¡Tú sabías que yo soy un Señor implacable que tomo lo que no he depositado, y que siego lo que no he sembrado!»

». Nuestros literatos se lisonjean de haber resumido imparcialmente este hecho evangélico en las tres líneas siguientes: «Al salir de la ciudad el mendigo Bartimeo le dio sumo gusto, llamándole obstinadamente 'Hijo de David', no obstante intimársele que callara».

, continúa el Evangelista, volvió Jesús a Bethania, donde había muerto Lázaro, a quien resucitó Jesús. Durante su permanencia allí, le dispusieron una cena en casa de Simón el

Leproso. Marta servía y Lázaro era uno de los , se acercó al triclinio en que estaba reclinado Jesús, quebró el vaso de alabastro y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús, ungiendo también sus pies, que enjugó con sus cabellos, y se llenó la casa de la fragancia del perfume. Indignáronse algunos de sus discípulos de esta profusión, y Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, aquel que había de entregar a su Maestro, dijo: ¿Para qué esta prodigalidad de un perfume que se hubiera podido vender en más de trescientos denarios para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón; y teniendo la bolsa, quitaba el dinero que entraba en ella. Pero Jesús, conociendo estos murmullos, les dijo: ¿Por qué censuráis a esta mujer? La obra que ha hecho conmigo, es buena y laudable; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien (o darles limosna) cuando quisierais; mas a mí no me tendréis siempre. Al verter sobre mí este perfume, se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará también en memoria o alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer».

. Si no hubo resurrección en Bethania, si jamás curó Jesús leproso, ni verificó un solo milagro, todo esto es ininteligible. Sin embargo, el texto del Evangelio lleva en cada línea un testimonio irrecusable de veracidad. Supóngase que se quiere ofrecer hoy un festín a un huésped distinguido; ¿quién pensaría nunca en derramar sobre su cabeza, en medio de la comida, un unguento perfumado? Entre los Judíos era costumbre en los banquetes solemnes, ungir de esta suerte la cabeza del Rabbi que los presidía. María Magdalena celebra la llegada del divino Maestro como el acontecimiento más feliz. La acción espontánea de Magdalena . Sin embargo, María Magdalena quiebra el vaso precioso: Fracto alabastro. Era costumbre judaica en los festines suntuosos, romper un vaso de valor; acción simbólica que debía recordar a los convidados la fragilidad humana y la corta duración de los goces o alegrías de la vida. En esta circunstancia, la copa quebrada en Bethania tenía una significación que determina aun más el mismo Jesús. Mientras murmura Judas, el ladrón y el traidor, de esta prodigalidad, llama el Salvador la atención de los oyentes sobre su muerte próxima. Anuncia que María no podrá tributarle otros deberes sepulcrales que este embalsamamiento anticipado; y añade, que no perderá jamás el mundo la memoria de este acto de adicta y respetuosa ternura. Profecía dupla, que se verifica en su primer parte con ocho días de intervalo, y en su segunda parte se efectúa aun a nuestra vista, y no ha cesado de realizarse en un período de diez y ocho siglos. La Iglesia Católica celebra la piedad de Magdalena, la perpetúa en su seno, y no cesa de derramar preciosos perfumes a los pies del Dios de la Eucaristía.

. «Tal fue la sentencia de excomunión pronunciada por el Sanhedrín contra Lázaro. El Talmud refiere, dice el doctor Sepp, que al día siguiente de la llegada de Jesús a Bethania, habiéndose divulgado esta noticia por Jerusalén, envió allí el Gran Consejo a dos de sus miembros, Ananías y Azarías, con el fin de tenderle ».

, dice el Evangelista, acercándose Jesús y sus discípulos a Jerusalén, luego que llegaron a la vista de Bethphagé al pie del Monte de los Olivos, despachó Jesús a sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que se ve en frente de vosotros, y a la entrada encontraréis un jumentillo en el cual nadie ha montado hasta ahora, atado junto a su madre. Desatadlos y traédmelo. Y si alguno os pregunta ¿por qué le desatáis? contestad: El Señor lo ha menester; y al instante se os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que

dijo el Profeta: Decid a la hija de Sión: mira que viene a ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino». Los dos discípulos hicieron lo que Jesús les mandó, y hallaron el pollino atado junto a su madre ante la puerta de Bethphagé en la confluencia de dos caminos; y estando desatándole, algunos de los que estaban allí, les dijeron: ¿Qué hacéis? ¿Por qué desatáis ese pollino? Lo necesita el Maestro, contestaron los discípulos, conforme a lo que Jesús les había mandado, y se lo dejaron llevar. Y trajeron el pollino a Jesús seguido de su madre, y habiéndolos aparejado con los vestidos de ellos, montó Jesús en él. Entre tanto la multitud que acudía de Jerusalén para la fiesta de Pascua, habiendo sabido que llegaba Jesús, salió de la ciudad llevando ramos de palmas en las manos, y fueron a su encuentro, exclamando: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Y las gentes tendían sus vestidos por el camino y cortaban al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llegar ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! -Algunos de los Fariseos que iban entre la gente, dijeron a Jesús: ¡Maestro, haz callar a tus discípulos Respondióles él: En verdad os digo, que si éstos callan, las mismas piedras prorrumpirán en aclamaciones. -Al llegar cerca de Jerusalén, poniéndose a mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que a te son enviados; cuantas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido. ¡Ah! si por lo menos conocieses en este día que se te ha dado lo que puede atraerte la paz o felicidad; mas ahora, está todo ello oculto a tus ojos. ¡Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos, te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre -Después de haber hablado así, continuó su camino. Entrado que hubo en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo muchos: ¿Quién es éste? -A lo que respondían las gentes: ¡Éste es el Profeta Galileo, Jesús de Nazareth! -Así fue como hizo el Señor su entrada en el Templo. Y al llegar a él, echó fuera a todos los que vendían allí y compraban, y derribó las mesas de los banqueros o cambiantes y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones. - Al mismo tiempo le fueron conducidos varios cojos y ciegos que estaban en los pórticos del Templo, y los curó. Los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas buscaban el medio de perderle, pero temían atacarle, porque le demostraba su admiración la multitud. Testigos, pues, de las maravillas que hacía y oyendo a los mismos niños aclamarle en el Templo, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David, le dijeron: ¿Oyes estas aclamaciones? Jesús les respondió: Sí, por cierto. Pues ¿qué no habéis leído jamás la profecía: De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la más perfecta alabanza? «Si estos niños callaran las mismas piedras hablarían. -Y siendo ya tarde, salió Jesús de la ciudad de Bethania».

». La resurrección de Lázaro había sido, pues, para la multitud, la última y solemne demostración de la divinidad de Jesús. Después de este prodigio patente e irresistible, desaparecen todas las anteriores vacilaciones. ¡Jesús es el Mesías, el heredero del trono de David, el verdadero rey de Israel! Sin embargo, no era Lázaro el único a quien hubiera resucitado de entre los muertos el divino Maestro. La hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín, vueltos a la vida con una palabra del Salvador, habían demostrado hacía largo tiempo a toda Judea el divino poder de Jesús. Pero las circunstancias de las dos anteriores resurrecciones, el sitio en que se habían verificado, las personas que habían sido su objeto, no ofrecían igual notoriedad ni el mismo carácter solemne. La hija del oficial de Cafarnaúm se hallaba aun en el lecho de muerte en que acababa de exhalar el último suspiro, cuando la reanimó la voz omnipotente de Jesús. El hijo de la viuda de Naín no había entrado todavía en posesión de su tumba, «de la casa de su eternidad», como decían los Judíos, cuando se levantó del féretro a la orden de Nuestro Señor. Ya hemos dicho que los Hebreos creían, que el alma revoloteaba durante tres días alrededor de sus mortales despojos, para volver a entrar en ellos, y que los abandonaba definitivamente cuando comenzaban a manifestarse señales de descomposición en el cadáver. La consignación oficial de la muerte requería, pues, tres días; he aquí por qué no se cerraba sin remisión el monumento fúnebre hasta que trascurría este plazo. Por esta misma razón quiso sin duda el Salvador del mundo resucitar el mismo día tercero después de su muerte. Verdaderamente las condiciones bajo las cuales se verificó la resurrección de Lázaro realzaron a los ojos de los Judíos lo pasmoso .

. ¿Y que diré?, ¡Oh Padre, líbrame de esta hora! Mas no; que para esa misma , que el Cristo debe vivir eternamente ¿pues cómo dices que debe ser levantado en alto (o crucificado) el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre de quien hablas? -Respondioles Jesús. La luz aún está entre vosotros por un poco tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, que quien anda entre tinieblas no sabe adónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz para que seáis hijos de la luz. Mas con haber hecho Jesús tantos milagros delante de ellos, no creían en él, de suerte que vinieron a cumplirse las palabras que dio el profeta Isaías: ¡Oh Señor! ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿y quién reconoció el poder de vuestro brazo?» Por eso no podían creer, y su obstinación realizaba esta otra predicción de Isaías: El Señor cegó sus ojos y endureció su corazón, para que con los ojos no vean y no perciban en su corazón, por temor de convertirse y de que yo los cure!» Esto dijo Isaías cuando vio anticipadamente la gloria del Cristo, y predijo su

advenimiento. No obstante, hubo aun de los magnates que creyeron en él; mas por temor de los Fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la Sinagoga. Y es que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Jesús, pues, alzó la voz y dijo: Quien cree en mí, no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que a mí me ve, ve al que me envió». Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas. Que si alguno oye mis palabras y no las observa, yo no le doy la sentencia, pues no he venido (ahora) a juzgar al mundo, sino a salvarle. Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue; la palabra que yo . - Después de haber hablado así, habiéndose hecho tarde, los dejó, y saliendo de la ciudad se fue a Bethania con los doce».

y San Marcos por la Fenicia, la Siria y las provincias Árabes. Pero, ¿por qué, puesto que se halla a la sazón el divino Maestro en el Templo, por qué tienen estos extranjeros necesidad de recurrir a la intervención de Felipe, uno de los Apóstoles? Este pormenor, que nota de paso un escritor sagrado, es también una prueba de autenticidad intrínseca. Los «extranjeros» no podían traspasar el recinto del Atrio, llamado con su nombre «Atrio de los Gentiles». Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo enseñaba entonces a la multitud en el «Atrio de los Judíos», adonde no podían entrar los extranjeros. Los «Helenos» se dirigen, pues, al Apóstol Felipe para obtener el favor de «ver a Jesús». La » que vamos a reproducir íntegros.

. Me escribís para que vaya a vuestra corte. Pero tengo que cumplir aquí todas las cosas para que he sido enviado; y después que sean cumplidas debo volver a Aquel que me envió. Cuando haya subido a su lado, os enviaré uno de mis discípulos para que os cure de vuestra enfermedad y abra para vos y para los que os rodean el camino de la vida».

, no cesó de preocupar el mundo sabio en Italia, en Inglaterra y en Alemania.

». Avagair reconoció el dominio eminente de Roma, pero conservó su independencia relativamente a las pretensiones de Herodes el Idumeo, y más adelante, de Herodes el Tetrarca, a los cuales hizo la guerra con buen éxito. Unido su ejército al de Aretas, hizo sufrir al matador de San Juan Bautista la sangrienta derrota de Maqueronta. En una expedición a Persia, restableció en el trono de este país al rey Artases, a quien querían sus hermanos arrebatarse la herencia paterna. Esta intervención acrecentó su influjo. Herodes Antipas, el mismo Pilatos, en cualidad de gobernador de Judea, acriminaron la conducta de Avagair. Sus acusaciones, llevadas a la corte de Tiberio, presentaban al rey de Armenia como un ambicioso, dispuesto a sacudir el yugo imperial, y apoyando en los estados vecinos una política hostil a los intereses de Roma. «En aquel tiempo, dice Moisés de Corene, gobernaba la Fenicia, la Palestina, la Siria y la Mesopotamia el tribuno de César Marino. Avagair diputó a su lado dos de sus oficiales, Marihab, gobernador de Alznia, y Samsagram, príncipe de la Apahunia, a los cuales agregó su fiel Anano. Estos diputados

debían exponer al Procónsul los verdaderos motivos de la expedición de Persia, y entregarle una copia del tratado verificado entre Artases y sus hermanos. Los embajadores

». El Salvador, pues en esta época y en las circunstancias en que se hallaba, rehusó acceder a la invitación del rey, pero se dignó contestarle en estos términos:

.

».

. Finalmente, la tradición que atestigua que jamás escribió nada Jesús, se halla confirmada de un modo admirable por el texto de Moisés de Corene. Anteriormente, los defensores de Eusebio respondían a la objeción de los adversarios con una conjetura muy plausible, diciendo: Nada hay en la contestación a Agbar, reproducida por el Obispo de Cesarea, que pruebe que se trata de una carta autógrafa.

».

». La nueva crítica

». Semejante argumento no tendría absolutamente valor en París, en Londres o en Berlín. Pero en Jerusalén

.

. Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios, y se dará a una gente que dé sus frutos. Y el que cayese sobre esta piedra, se hará pedazos, pero a aquel sobre quien ella cayere, le reducirá a polvo. Y habiendo oído los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos estas parábolas de Jesús, comprendieron que hablaba por ellos, y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; porque le tenía por un profeta».

».

».

. Al introducir los servidores a los convidados al festín parabólico, habían tenido cuidado de ofrecer a cada uno de ellos la túnica de honor o «traje nupcial». El desdichado que se descuidaba de revestirse con ella, insultaba voluntariamente la noble hospitalidad que se le ofrecía. He aquí por qué lo hace el rey «arrojar a las tinieblas exteriores». Ya hemos tenido ocasión de observar, que el festín nupcial en Judea se verificaba durante la noche, a la luz

de lámparas encendidas. «Las tinieblas exteriores» de la parábola, se refieren, pues, a la brusca transición que hace pasar al convidado, expulsado de esta suerte, de las luminosas claridades del salón del festín, a la sombría noche que reina en lo exterior. Pero bajo el sentido literal de

, que hiciesen de los hombres de bien o justos para cogerle en falta en sus respuestas, a fin de entregarle al Sanhedrín y al tribunal del Gobernador. Eligieron, pues, algunos Fariseos discípulos suyos con algunos Herodianos. Éstos dirigieron a Jesús esta pregunta: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de la ley de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas: dinos, pues, qué te parece de esto: ¿es o no lícito a los Judíos pagar tributo al César? -A lo cual Jesús, conociendo su pérfido ardid, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? -De César, respondieron ellos. -Dad, pues, al César lo que es del César, dijo, y a Dios lo que es de Dios. -Y no pudiendo censurar esta respuesta delante del pueblo, antes bien, admirados de ella, guardaron silencio y se retiraron».

». Tratemos de hacer resaltar la increíble candidez que hay en esta interpretación racionalista. Supongamos que hoy fuese la tasa de la capitación, o como se diría en lenguaje fiscal, la cuota personal de cada francés un franco. Si pasase en París la escena Evangélica, y quisiera ver Jesús una moneda de este valor, podría suceder que se lo presentara una moneda con la efigie de un monarca extranjero, de un soberano decaído, o de alguna república enterrada. No sería, pues, exacto entre nosotros el raciocinio que quería basar Jesús en el Numisma census, sino con la condición de hallar casualmente una moneda acuñada con la efigie del soberano actual; y como la política inconstante multiplica desgraciadamente en nuestro país los cambios de gobierno, no significa nada la efigie de la moneda, sino que lo es todo el valor intrínseco del metal. No era así en Jerusalén en la época Evangélica. El fisco romano no aceptaba en pago del impuesto más que la moneda romana, mientras que los Judíos no se servían para sus transacciones privadas, y para la tasa o tarifa del Templo, más que de la moneda nacional. He aquí por qué volvemos a hallar en cada página del Evangelio la mención de los cambiantes que especulaban a un tiempo mismo con el fisco romano y con la patriótica preocupación de los Hebreos. El signo de la decadencia, la señal de la servidumbre judía era, pues, realmente entonces la efigie de César, que imponía a los hijos de Jacob su moneda y el censo. Así, pues,

». Es el caso que había entre nosotros una familia compuesta de siete hermanos. El primero, o mayor, tomó mujer, y murió sin hijos: casó con ella el segundo y murió también sin hijos: la tomó el tercero, y así todos siete, y todos murieron sin dejar sucesión. En fin, » Y en verdad que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. Luego estáis vosotros en un grande error. Algunos Escribas habiéndole oído hablar así, le dijeron: Has respondido bien, Maestro. Y el pueblo estaba asombrado de su doctrina».

. Así, el Pentateuco era el único libro de la Escritura, cuya inspiración admitiesen, desechando todos los demás. El pasaje del Deuteronomio que invocaban en favor de su grosero materialismo, les parecía decisivo. El divino Maestro reconocía su buena fe. Así que, no les dice, como a los Fariseos: «Hipócritas; »

Pues si David llama a Cristo su Señor, ¿cómo puede ser Cristo hijo de David? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo ya quien desde aquel día osase hacerle más preguntas. Y el numeroso auditorio le oía con gusto». La última prueba de los Fariseos para «tentar» a Jesús, después que le oyeron rechazar las proposiciones de una secta rival, ofrece el mismo carácter de perfidia y malignidad que marcaba sus interrogaciones precedentes. La primera y la más grande enseñanza de la revelación a los ojos de todos los Judíos, era ésta: «Escucha, Israel, Jehovah, Dios tuyo, es el solo Dios». Esta palabra se hallaba inscrita en los filacterios que llevaban los Hebreos en las sinagogas, en la frente y en la mano izquierda, sin que la

y multiplican las orlas de su manto. Gustan de ser saludados públicamente a su paso; quieren las primeras sillas en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes que los hombres les den el título de Maestros. Vosotros por el contrario, no habéis de querer ser saludados como Maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco debéis llamar a nadie sobre la tierra vuestro padre, pues uno solo es vuestro verdadero Padre, el cual está en los cielos. Que el mayor de entre vosotros, sea ministro o criado vuestro. -Habiendo hablado así Jesús, se sentó frente al arca de las ofrendas (Gazophylacium), y observaba cómo la gente echaba en ella sus ofrendas. Muchos ricos echaban muchas monedas de plata. Vino también una viuda pobre, la cual echó solamente dos pequeñas monedas de cobre, de valor de un cuarto de as; y entonces, convocando a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás, han echado algo de lo que les sobra, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, y el único recurso que le quedaba. -Después de haber hablado así, salió del Templo».

». Tal es la fórmula que resume, según ellos, con una rigurosa fidelidad, todo el relato Evangélico, y cuando hace el Salvador un elogio tan conmovedor de la pobre viuda que deposita el óbolo de su indigencia en el Gazophylacium, exclaman los racionalistas, siempre con la misma suerte en su interpretación: ¡Era enemigo mortal de las prácticas de los de devotos!» Mientras el divino Maestro descendía por última vez las gradas de la Montaña Santa, le mostraban sus discípulos, continúa el Evangelio, la magnificencia de la fábrica. ¡Qué piedras tan preciosas! ¡Qué riqueza de adornos! decían. -Maestro, dijo uno de ellos, mira qué enormes piedras y qué fábrica tan asombrosa. Jesús le dio por respuesta: ¿Veis toda esa gran fábrica? ¡Pues en verdad os digo, que llegará día en que de tal modo será destruida, que no quedará de ella piedra sobre piedra! Después, habiendo llegado al Monte de los Olivos, se sentó en frente del Templo, y le preguntaron aparte Pedro y Santiago y Juan y Andrés: Maestro, ¿cuándo sucederá esa ruina y cuáles serán las seriales precursoras? -Jesús respondió: Oiréis rumores de guerra y el tumulto de sediciones y el estrépito de las armas: no hay que turbaros por eso; que si bien han de acaecer estas cosas, no serán todavía el fin. Es verdad que se levantará nación contra nación y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres y terror por do quiera y siniestros presagios. Empero todo esto aun no será más que el principio de los dolores. Pero antes se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y os encerrarán en las cárceles, y os llevarán por fuerza a los tribunales para ser puestos en los tormentos; y seréis presentados por causa de mí ante los gobernadores y los reyes, lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio de mí. Por tanto; grabad esto en vuestros corazones. Cuando os lleven a sus tribunales, no debéis discurrir de antemano lo

que habréis de responder, sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance, pues yo pondré en vuestros labios una elocuencia y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Porque no seréis entonces vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano hará traición a su hermano; y el padre a su hijo invadido el Lugar Santo (el que lea esto nótele bien), entonces los que moran en Judea huyan a los montes, y los habitantes abandonen este país, y los de las regiones extranjeras no traten de entrar en él. Porque aquellos días serán los de la venganza, y todas las palabras del Profeta se cumplirán. Ay de las mujeres que estén en cinta o criando en aquellos días. Rogad, pues, a Dios que vuestra huida no sea en invierno o en sábado (en que se puede caminar poco); porque será tan terrible la tribulación entonces cual no la hubo ni habrá jamás semejante. Pues este país se verá en grandes angustias, y la ira de Dios descargará sobre este pueblo. Parte morirán al filo de espada; parte serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los Gentiles hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse. Si el Señor no hubiese abreviado aquellos días, nadie se salvaría de este desastre; mas en gracia de los escogidos que él eligió, Dios los ha abreviado».

». He aquí por qué refiere, sin duda, Eusebio, «que al acercarse Tito y sus legiones, todos los cristianos que habitaban la Palestina, guiados por el oráculo divino, abandonaron en masa este país, y se refugiaron más allá del Jordán, en las montañas de Galaad». Hay por otra parte en esta profecía, rasgos que no hubiera podido añadir una mano apócrifa. ¿Quién hubiera podido escribir, después de la ruina de Jerusalén por Tito, que los Judíos no volverían a constituir nunca su nacionalidad en el suelo de su patria, que permanecerían dispersos entre todos los pueblos; y que la ciudad de Dios «sería aplanada por el talón de las razas extranjeras hasta que se completara la era de las naciones?» Sin embargo, así es. La planta de los hijos de Mahoma aplana hoy día a Jerusalén; otros cien vencedores han precedido a los actuales tiranos, y les sucederán tal vez. Jamás han vuelto ni volverán a entrar los Judíos como señores en la tierra de sus abuelos.

hasta que se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán».

, sino sólo mi Padre. Estad, pues, alerta, velad y orad, ya que no sabéis cuándo será el tiempo. Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones (o entendimientos) con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día, que será como un lazo que sorprenderá a todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos los males venideros, y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre. Acontecerá como al padre de familia, que estando para emprender un largo viaje, confió su casa a sus criados, y mandó al portero que velase. Velad, pues, también vosotros, porque ignoráis cuándo vendrá el dueño, si a la tarde o a la media noche, si al canto del gallo o al amanecer, no. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes; pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron profundamente dormidas. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayáis a los que lo venden y compréis el que os falta. Mientras iban éstas a comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor! ¡Señor! ¡ábrelos. Pero, el esposo les respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco. Así que, velad vosotros, porque no sabéis ni el día ni la hora».

».

».

, uno de los doce Apóstoles, el cual se fue a encontrar a los Príncipes de los Sacerdotes, ofreciéndoles entregarles a Jesús. Y se puso a tratar con ellos y con los magistrados del Templo sobre la manera de entregarle. ¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos? -A estas palabras se colmaron de alegría y se convinieron con él en darle más adelante cierta suma de dinero, entregándole desde luego treinta monedas ».

con el servicio que va a prestar, y con el gozo que excita su proposición en la asamblea: Promiserunt ei pecuniam se daturos. Sin embargo, no le entregan anticipadamente más que treinta monedas de plata. Constituerunt ei triginta argenteos, cerca de doscientos reales de nuestra moneda. Apenas era el precio de un esclavo fuera de edad. Y ésta fue la suma que en otro tiempo recibieron los hermanos de Josef. No impedía el odio a los ancianos del Sanhedrín calcular sus intereses, así que especulaban con la codicia del traidor, y bajo un doble punto de vista, creyeron que era buen negocio para ellos.

. Sabiendo Jesús que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amo hasta el fin. Cuando estuvo dispuesta la cena pascual, aquel en cuyas manos había puesto el Padre .

».

.

. Pero no lleva los labios a la bebida mosaica, y variando la fórmula ordinaria, anuncia el fin de la Ley Antigua y el advenimiento de la Nueva. «En verdad os digo, no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva, en el reino de Dios». Después de la Elogia de la copa, el presidente del festín pascual tomaba, según el precepto de la ley, las lechugas silvestres que mojaba en vinagre, y teniéndolas en

alto con la mano derecha, decía: «Comemos estas amargas legumbres, en memoria de la amargura con que llenó Egipto la vida de los Israelitas nuestros abuelos!» Entonces comía como el tamaño de una oliva, dice el Talmud, de este desabrido alimento, imitándole todos los convidados. En seguida se traía una nueva copa de vino, dos panes ázimos y el Cordero pascual. El presidente de la comida tomaba uno de los panes con la mano derecha, y decía: Comemos este pan sin levadura, en memoria de . Todos estos pormenores del ceremonial judaico forman en el relato Evangélico un cuadro de autenticidad que nos dispensará de más amplios comentarios. Al vino de la liberación y al pan de la amargura, va a sustituir Jesús «el pan de los Ángeles y el vino que hace germinar las vírgenes».

».

. He aquí, en efecto, que se halla en esta mesa la mano del traidor. En verdad os digo, que uno de vosotros, uno de los doce que lleva conmigo la mano al plato me hará traición. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, según está escrito de él. Pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Más le valdría no haber nacido! Los Apóstoles afligidos sobre manera, empezaron cada uno de por sí a preguntar: ¡Señor! ¿soy yo acaso? Inmediatamente comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos podría ser el que tal hiciera. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado en la mesa, cerca del seno de Jesús. A este discípulo, pues, le hizo . -Judas, el traidor, preguntaba en aquel momento: ¿Soy yo acaso? Maestro. -Jesús respondió de modo que lo oyera sólo Juan: Tú lo has dicho. -Después, mojado un pedazo de pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote, del cual, después que tomó este bocado, se apoderó Satanás. Y Jesús le dijo en alta voz: Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes. Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió a qué fin se lo dijo: porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús quería decirle: Compra pronto lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. -Judas, luego que tomó el bocado, se salió, y era ya de noche».

». Los Apóstoles comprendieron esta palabra en el sentido del advenimiento inmediato de Jesucristo. «¿Quién será el mayor en el nuevo reino? preguntaron entre sí. -Jesús va a contestarles, y al confirmar por segunda vez el nombramiento hecho anteriormente del jefe futuro de la Iglesia, les recuerda las condiciones de la autoridad cristiana». «Los reyes de las naciones las tratan con imperio, dice; los que tienen autoridad sobre ellas se hacen dar títulos lisonjeros. No habéis de ser vosotros así: antes bien el mayor de entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierna sea como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es claro que quien está a la mesa? No obstante, yo que presido a esta mesa estoy entre vosotros ».

. -Pedro le dijo: ¿Por qué no puedo seguirte al presente? -Entonces le dijo Jesús: Todos vosotros padeceréis escándalo, y me abandonaréis, por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño». Mas en resucitando, yo os precederé a Galilea. Pedro, respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo, ni te abandonaré; yo daré por ti mi vida: Señor, estoy pronto a ir contigo a la cárcel y a la muerte. -Replicole Jesús: ¿Tú darás la vida por mí? ¡En verdad, en verdad te digo: esta noche antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces! Él, no obstante, se afirmaba más y más en lo dicho, diciendo: Aunque tenga que morir contigo, no

te negaré nunca. -Eso mismo protestaron todos los discípulos. Jesús les dijo: En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? -Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsillo llévele, y también alforja, y el que no tiene espada, venda ». «Se acerca mi fin». -Los Apóstoles comprendieron entonces que estaba a punto de empeñarse una lucha terrible. Señor, exclamaron, he aquí dos espadas. -Basta, respondió Jesús». En efecto, en manos de la Iglesia han bastado las dos espadas del poder espiritual y del temporal, para conquistar al mundo. Pero no debían emplearse una ni otra, a la manera que los conquistadores humanos: por eso reprime Jesús el belicoso ardor de los Apóstoles. «No se turbe vuestro corazón: pues creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas: voy a preparar lugar para vosotros. Después, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estuviere estéis también vosotros. Que ya sabéis a dónde voy, y sabéis asimismo el camino. -Díjole Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino? - Respondióle Jesús: Yo soy el camino y la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido a mí, hubierais sin duda conocido a mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habéis visto (en cierto modo). -Señor, preguntó Felipe; muéstranos al Padre y eso nos basta. Respondióle Jesús: Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y ¿aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre. Pues como dices tú, ¿muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? El Padre que está en mí, él mismo hace conmigo las obras que yo hago. Creed en las obras que habéis visto. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese mismo hará las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; porque yo voy al Padre, y haré todo lo que pidierais al Padre en mi nombre. Si me amáis, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os enviará otro Paráclito (consolador) para que esté con vosotros eternamente; a saber, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; yo volveré a vosotros. Aún resta un poco de tiempo, después del cual el . En adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el Príncipe de este mundo; en mí no tiene cosa alguna; pero es preciso que sepa el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado. Levantaos y salgamos de aquí».

, dejaron el Cenáculo, dirigiéndose hacia el Monte de los Olivos». Por el camino, mientras iban cruzando collados cubiertos de vides, continuó el divino Maestro hablándoles en estos términos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo cortará, y todo el que diere fruto lo podará para . Ahora me voy a Aquel que me envió. Y ninguno de vosotros me pregunta a dónde voy. Esta palabra de separación ha llenado vuestro corazón de tristeza. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Espíritu consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de estas tres grandes verdades: el pecado, la justicia y el juicio. ; os repito, pues, que lloraréis y plañiréis, y el mundo se alegrará. Os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le llegó su hora; mas una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón saltará de un gozo que nadie os podrá arrebatarse. En verdad, en verdad, os digo, que cuanto pidierais al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi

nombre: pedidle y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Ha llegado el tiempo en que os hablaré claramente del Padre. Entonces le pediréis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo, y otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre. -Dijéronle sus discípulos. Ahora sí que hablas claro, y no por medio de parábolas: ahora conocemos que tú lo sabes todo, y creemos que has salido de Dios. - Respondioles Jesús: ¿Creéis ahora en efecto? Mirad que viene la hora, en que cada uno de vosotros se irá por su lado y me dejaréis solo, pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que halléis la paz en mí. En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza; yo he venido al mundo».

». Habiendo hablado así, en un lenguaje que sólo podía usar el Verbo encarnado, y que bastará hasta el fin de las edades para la felicidad de nuestra tierra «atravesó Jesús con sus discípulos el torrente Cedron».

, donde había un huerto perfectamente conocido del traidor Judas, porque el Señor solía retirarse muchas veces a él con sus discípulos. Jesús entró, pues, en él, y dijo a los Apóstoles. Sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. Orad vosotros también para no caer en tentación. Y llevándose consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a entristecerse y a angustiarse; y les dijo entonces: Mi alma está en una tristeza mortal: aguardad aquí, y velad conmigo. Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de

pedra, hincadas las rodillas, hacía oración y decía: ¡Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; no obstante, hágase tu voluntad y no la mía! En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y Jesús, postrándose en tierra, caído sobre su rostro, cayó en una verdadera agonía, y oraba con mayor intensidad: Abba, ¡Padre mío! decía, todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz, quítame esta copa de amargura, mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. -Y en aquel momento fue cubierto de un sudor como de gotas de sangre que caía hasta el suelo. Y levantándose de la oración, y viniendo a sus discípulos, hallolos dormidos por causa de la tristeza. Y díjoles: ¿Por qué dormís? ¡Levantaos y orad para no caer en tentación; que si bien el espíritu es esforzado, más la carne es flaca! Y dirigiéndose a Pedro, le dijo: Simón, ¿duermes? ¡Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo! Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: ¡Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. -Volviendo después a sus discípulos, encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabían qué responderle. Y dejándolos, se retiró aun a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió a sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó ».

!»

». Entonces ellos le echaron las manos y le aseguraron. Y los Apóstoles que le rodeaban, le dijeron: «Señor ¿heriremos a estos hombres con la espada? Simón Pedro, sin esperar la respuesta, desenvainando la espada, hirió a un criado del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Maleo (Malek, «Rey».) Deteneos, dijo Jesús a los Apóstoles. -Después, dirigiéndose a Pedro, le dijo: Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirviesen de la espada (por su propia autoridad) a espada morirán. ¿He de dejar yo de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿Piensas acaso que no puedo rogar a mi Padre, y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de Ángeles? Mas entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así? En seguida dijo a aquella multitud, entre la que se hallaban los príncipes de los Sacerdotes, los ministros del Templo y los Ancianos: ¡Habéis salido con espadas y con palos a prenderme, como si fuerais en busca de un ladrón! Cada día estaba sentado entre vosotros, enseñando al pueblo en el Templo, y nunca me prendisteis. Mas ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sucedido así para que se cumplan las palabras de los Profetas».

». ¡Tales son las alturas a que se eleva la inteligencia del racionalismo contemporáneo! Con tan feliz comprensión histórica, resume la escena del arresto del Salvador en estos términos. «A todas estas medidas presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora. Tratábase de evitar un escándalo. Como la fiesta de Pascua, que comenzaba este año en la noche del viernes, daba ocasión a grande aglomeración de gente y a la exaltación de los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues Jesús tenía mucha popularidad, y se temió una sedición. Fijose, pues, el arresto para el jueves, resolviéndose también no apoderarse de Jesús en el Templo, a donde iba todos los días, sino espiar sus hábitos para prenderle en algún sitio secreto. Los agentes de los sacerdotes sondearon a los discípulos, esperando obtener de su debilidad o sencillez noticias útiles, y hallaron lo que buscaban en Judas de Kerioth. Este desgraciado por motivos que es imposible explicar, vendió a su maestro, dio todas las noticias necesarias, y se encargó él mismo (aunque tal extremo de

depravación sea apenas creíble) a guiar la partida que debía verificar el arresto. La memoria de horror que la necesidad o la ruindad de este hombre dejó en la tradición cristiana, debió ser causa de que se introdujera en esto alguna exageración, Judas, por un contratiempo común en las funciones activas de cajero, prefirió acrecentar los intereses de la caja, con perjuicio de la obra misma a que estaba destinada, y el administrador mató al Apóstol. Creemos, pues, que son algún tanto injustas las maldiciones con que se lo abruma. La marcha que resolvieron seguir los sacerdotes era muy conforme al derecho establecido. La emboscada judicial formaba parte esencial entre los Judíos de la instrucción criminal».

, como dicen nuestros racionalistas, y cuya extrema elevación rechazaba todo enternecimiento personal», era en el hábito de la vida, un maestro que se dejaba besar por sus discípulos. El traidor Judas se felicitó de hallar a tan poca costa, una señal que comprendiera el populacho. Parece que los Rabí de Israel no se prestaban ya en su tiempo, a esta tierna familiaridad, más que se prestaría hoy un profesor de hebreo del colegio de Francia. Pero Jesús no era ni de la generación de los Escribas, ni de la raza de los Doctores oficiales. Era el amor divino, encarnado para la salvación del mundo. ¡Oh, Jesús! ¡Víctima sagrada! ¡En efecto presidió una gran medida de policía conservadora al arresto que os habéis dignado sufrir! Tal fue el decreto eterno de la conservación del género humano, dado en los consejos de la augusta Trinidad. Pero los Príncipes de los Sacerdotes que ordenaron el arresto del Hijo del Hombre, violaban la ley de Moisés y todas las leyes conocidas. En ninguna parte la justicia humana, que tiene conciencia de sí misma, ejecuta los arrestos en la sombra de la noche. Jamás, y entre los Judíos menos que en ninguna otra nación, podía un juez delegar su mandato a un vil denunciador. ¿Era Judas Iscariote, bajo título alguno un agente público? Por último, ¿qué puede tener de común con la justicia, esa turba armada de espadas y palos? Y ¡ha habido atrevimiento de escribir en un siglo que rebosa en formalismo: «A todas las medidas de arresto presidió un gran sentimiento de orden y de policía conservadora!» ¡Oh, Dios! ¡perdonadles, porque no saben lo que dicen! ¿No les defiende lo suficiente su ignorancia, cuando añaden estas palabras: «Como la fiesta de Pascua que comenzaba aquel año en viernes, daba ocasión a una grande aglomeración de gente y a exaltación en los ánimos, se resolvió adelantar el día del arresto, pues gozando Jesús de popularidad, se temió una sedición: así, pues, se fijó para el arresto el jueves?» Desde que se lee y ». Esta deliberación , no sea que el pueblo se subleve!» En su terror, lejos de tratar de «adelantar» el arresto, pensaban en retrasarlo, para después de la semana de Pascua, cuando comenzaran a alejarse de Jerusalén las caravanas de los peregrinos. «Pero, dice Cornelio a Lapide, resumiendo con una sola palabra la enseñanza de los Padres y la exégesis de todos los siglos, el Consejo de Dios había decretado que muriese Cristo durante la Pascua, para que el tipo divino, la víctima augusta de que era figura el Cordero pascual, fuese inmolada en el día de la verdadera liberación del mundo de que eran símbolos la Pascua y la libertad de Israel». El Nuevo Testamento se fundaba en la sangre del Testamento Antiguo. La historia entera se concentraba en torno de la cruz redentora.

». Despertado tal vez por el ruido de la multitud, dice el doctor Sepp, este joven discípulo, al . «Como quiera que sea, la tentativa de los soldados para apoderarse de este joven,

prueba que les habían mandado los Sacerdotes prender a los Apóstoles. Los Evangelistas ni siquiera se cuidan de mencionar esta circunstancia que atenuaría su fuga. San Marcos escribe, dictándole Pedro: «Entonces le abandonaron todos los discípulos y huyeron», sin tomarse cuidado alguno de atenuar a los ojos del universo, con una palabra explicatoria, este acto de cobardía. ¿Conoce el racionalismo muchos ejemplos de un sentimiento semejante de impersonalidad entre los escritores?

, el cual era conocido del Pontífice, y así pudo entrar con Jesús en el atrio; pero Pedro tuvo que quedarse fuera, mas Juan salió a la puerta y habló a la portera, que franqueó a Pedro la entrada al patio del Gran Sacerdote. Los criados y ministros estaban allí a la lumbre, porque hacía frío, y Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose. Entre tanto el Pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; he enseñado constantemente en las Sinagogas y en el Templo a donde concurren todos los Judíos, y no he pronunciado una sola palabra de enseñanza en secreto. ¿Para qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado, pues éstos saben las cosas que yo les he dicho. Y habiendo Jesús dicho esto, uno de los ministros asistentes dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes ».

, en frente del sepulcro de Absalón; subir la colina del Templo, y penetrar en la ciudad por la puerta Sterquilina. Habían transcurrido cuatro días desde su entrada triunfal, y apenas habían podido marchitarse las palmas con que se había alfombrado el camino. Al hosanna del pueblo habían sucedido los gritos de muerte de una horda infame. Sin embargo, era siempre un rey el que entraba en Jerusalén, sin que disminuyeran su poder las esposas con que se habían cargado sus manos. ¡Qué rayo de majestad divina brilla súbitamente, en el tribunal de Caifás! «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Me veréis un día sentado a la derecha de Jehovah, descender en las nubes del cielo!» He aquí el rayo que surca las tinieblas de esta horrible noche, retumbando en la conciencia de los mismos jueces. Ha poco escribía un literato: «Jamás tuvo Jesús la idea de presentarse a los Judíos como Dios. Su mal humor contra el Templo, que había detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte». ¿Ha leído realmente el Evangelio el literato que usa este lenguaje? La «imprudente palabra contra el Templo» no figura «en los considerandos de la sentencia de muerte». Jesús había dicho a los Judíos: «Destruid el Templo, y yo lo reedificaré en tres días.» Y añade el Evangelista: «Jesús quería hablar del Templo de su cuerpo.» Falsos testigos tratan de desnaturalizar esta palabra. El » Esta doble declaración falaz y contradictoria, fue desechada. El Evangelio lo dice en términos formales: Non erat conveniens testimonium illorum. Caifás proclama un instante después su nulidad: ¿Quid adhuc egemus testibus? ¿Dónde, pues, ha encontrado el racionalista moderno monumentos desconocidos que atestigüen que figuró «la palabra imprudente» contra el Templo entre los considerandos de la sentencia de muerte? Lo que está en el Evangelio tan patente como la luz del Sol, es la solemne declaración de Jesús: «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo.» El Salvador ha guardado silencio mientras se ha tratado de acusaciones calumniosas, o de declaraciones contradictorias puestas en labios venales de testigos falsos. En este acusado que calla, no ven nuestros retóricos más que un hombre. Un hombre ante este tribunal inicuo hubiera protestado contra un juicio tan ilegal. Hubiera invocado los textos mosaicos que prohibían instruir un proceso criminal por la noche, que prohibían absolutamente toda sesión de este género durante la solemnidad

pascual; hubiera recusado sobre todo, como juez a este Caifás, que se había constituido anteriormente en acusador suyo. Cuando le echa en cara un testigo el haber conspirado para destruir el Templo, calla Jesús. Pero, ¿se conoce bien el valor de semejante acusación en el pueblo judío? El Templo de Jehovah era toda la nacionalidad hebraica; la ley divina y humana reunidas en un monumento que todos los hijos de Abraham creían eterno. Para defender este Templo imperecedero contra las legiones romanas, se habían hecho degollar 1.100,000 judíos. Si se hubiese probado que había pensado tan sólo Jesús en destruir el Templo, le hubieran degollado al punto los testigos, los jueces, satélites y criados. Sin embargo, Jesús guardó silencio. Con una sola palabra hubiera podido deshacer la equivocación y restablecer el verdadero sentido de las palabras de que se le acriminaba falsamente. Mas sus labios no

.»

. Sin embargo, uno de los ancianos, el senador Josef de Arimatea, varón virtuoso y justo, que era de los que esperaban el reino de Dios, rehusó concurrir a sus deliberaciones y al designio de los demás. Fue llevado Jesús a la sala del consejo y le dijeron los jueces: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Respondióle Jesús: Si os lo dijere, no me creeréis, y si yo os hiciese alguna pregunta, no me responderéis ni me dejaréis ir. Mas después de ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Dijéronle entonces todos: Luego tú eres el Hijo de Dios. Respondióle él: Así es que yo soy como vosotros decís. A estas palabras exclamaron ellos: ¡Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca! ¡Reo es, pues, de muerte! En esta ratificación sumaria de la sentencia precedente, ya no hay testigos ni forma alguna jurídica, manifestándose únicamente el odio y la venganza. La ley judía prohibía condenar a un hombre, aun por su propia confesión, si no tenía otros testigos del crimen. No podían verificarse las reuniones legales del gran Consejo sino después del sacrificio de la mañana, entre las ocho o las nueve, a fin de que pudiera asistir todo el pueblo a la instrucción del proceso, conocer la acusación y apreciar la justicia de la sentencia. Finalmente, no podía pronunciarse condenación alguna a pena capital, sino hasta tres días después del juicio. Pero el

Era muy de mañana, y los Judíos no quisieron entrar en el pretorio por no contraer la impureza legal que les hubiera imposibilitado comer la Pascua. Así es que estaban a la puerta exterior del tribunal. En aquel momento, el traidor Judas, viendo que era condenado Jesús, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata que había recibido, a los Príncipes de los Sacerdotes, diciendo: ¡Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente del Justo!- A lo que dijeron ellos: ¿A nosotros qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fue, y echándose un lazo, desesperado, se ahorcó. En las angustias de su agonía, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas. Los Príncipes de los Sacerdotes, habiendo recogido las monedas, dijeron: No es lícito depositarlas en el «Corban (Gazophylacium) o Tesoro Sagrado» porque son precio de sangre. -Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el

campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros, por lo cual se llama este campo aun en el día Haceldama, esto es, «campo de sangre» con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Zacarías, que dice: «Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto El escrúpulo de los Judíos que acaban de condenar a un inocente, y que no se atreven a entrar en el pretorio de Pilatos, por temor de contraer una impureza legal, es un rasgo de costumbres farisaicas, que basta hacer notar. La desesperación y el suicidio de Judas Iscariote, referidos tan claramente por el Evangelista, nos recuerdan otros escrúpulos que ha concebido ha poco la conciencia de nuestros literatos. Simpáticos a este desdichado cajero, no pueden admitir tan triste fin los racionalistas modernos. «Tal vez, dicen, retirado a su campo de Hakeldama, llevó Judas una vida pacífica y oscura, mientras sus antiguos compañeros conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia.» No hay duda, que después de haber tenido el valor de vender a su Maestro, y con mayor razón, a su Dios, por treinta monedas de plata, hay derecho para esperar una muerte pacífica y tranquila, como un propietario que se retira al campo. Sin embargo, esta hipótesis idílica no tranquiliza completamente a nuestros literatos, sobre el destino del infortunado Iscariote. «Tal vez también, dicen, la espantosa odiosidad que pesó sobre su cabeza, fue a parar a actos violentos, en que se vio el dedo del cielo.» ¡Una acusación de asesinato, lanzada a la faz del siglo apostólico, que sólo tuvo mártires! ¡Sofista, permítenos pensar que cuando pusiste este punto de interrogación sobre tantas famas ilustres, no comprendiste lo que hacías!

mi reino no es de aquí. -¿Luego tú eres rey? le replicó Pilatos. Respondió Jesús: Así es, como dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que está por la verdad, escucha mi voz. ¿La verdad? dijo Pilatos. ¿Qué es la verdad? -Y diciendo esto, sin esperar la respuesta, salió segunda vez a los Judíos, y les dijo: Yo ningún delito hallo en este

La han subido también de rodillas todas las generaciones cristianas de los peregrinos. Cuando salió Pilatos a hablar a los Judíos, como dice el Evangelio, se paró en lo alto de esta escalera. «Así, el escrúpulo de los Príncipes de los sacerdotes fue respetado, y conservaron intacta la pureza legal, que no les impedía mancharse con la sangre del Justo.»

Busca en el acusado crímenes, y sólo encuentra ideas cuya expresión, tendencias y trascendencias reales no comprende, pero cuya inocencia es incontestable. Después vuelve a decir a los Judíos: «No he encontrado crimen en este hombre.» Juez competente, anula la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrín. Si Pilatos hubiera sostenido como era deber suyo, la inviolabilidad de la sentencia absolutoria; si hubiera resistido a los clamores de la multitud deicida, no hubiera sido entregado su nombre a una infamia eterna. Pero no tiene el valor de la justicia, y se deja intimidar por las vociferaciones de los Judíos. Tal vez es tan poca cosa la vida de un inocente para este romano que no quiere tomarse la pena de defenderla. ¿Qué es una víctima más en el reinado de Tiberio? Como quiera que sea, Jesús de Nazareth depende de la jurisdicción del tetrarca Herodes, y Pilatos remite la causa a su príncipe natural.

¿Castigo por qué? puesto que es inocente. He aquí la justicia sumaria de Pilatos. Y no obstante, nos vemos obligados a añadir, que el inicuo expediente del gobernador romano, era en realidad un acto de clemencia, si se compara con el odio obstinado de los Sacerdotes. Todos los castigos que podrá imponerse a Jesús, no satisfarán su rabia; porque quieren su muerte. La proposición de Pilatos no fue aceptada. «Acostumbraban los presidentes o gobernadores romanos, continúa el Evangelio, conceder por razón de la fiesta de Pascua la libertad de un reo a elección del pueblo, y teniendo a la sazón en la cárcel a un ladrón muy famoso llamado Barrabás, culpable de robo, de sedición y asesinato, preguntó Pilatos a los que habían concurrido: Os repito que no hallo delito alguno en el hombre que me habéis traído a mi tribunal; mas ya que tenéis costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿queréis que os ponga en libertad al Rey de los Judíos? ¿A quién elegís de Barrabás o Jesús, que es llamado el Cristo? -Pilatos hacía esta nueva proposición al pueblo y no a los Príncipes de los Sacerdotes, cuyo odio personal a Jesús era conocido. Y estando el gobernador sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. - Pilatos esperaba que el pueblo sería más compasivo que los Príncipes de los Sacerdotes, pero éstos, de concierto con los Ancianos y con los Escribas, indujeron al pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es, que preguntándoles el presidente otra vez, y diciendo:

Sabida es la importancia que los antiguos daban a los sueños. La oneirocricia o adivinación por sueños, había recorrido el mundo pagano. Del palacio de los Faraones pasó a los de Nínive, de Babilonia y de Persépolis; reinó en la Grecia y dominó a los Romanos, dueños del universo. Calpurnia, aterrada por un sueño, quiso impedir a Julio César que fuera al Senado el día en que debía ser asesinado el héroe. Claudia Prócula quiso sin mejor éxito evitar a Pilatos la mancha que iba a caer en su nombre. El gobernador o presidente intentó, no obstante, disputar la vida de la augusta víctima al furor de sus enemigos. Contaba con que la vista de la sangre inocente que iba a correr a oleadas al azote de los soldados, enternecería a los Judíos. Mas esta cruel concesión debía ser más funesta al acusado que una sentencia capital, pues en lugar de un suplicio, iba a sufrir dos Jesús. La flagelación era un tormento equivalente a la muerte, con que terminaba con frecuencia. El paciente, medio encorvado y metidas ambas manos en un anillo de hierro sujeto a una columna, era despojado de sus vestidos hasta la cintura. Azotábanle cuatro soldados sin contar los golpes, con correas de cuero armadas de bolillas de plomo y garfios de hierro. «Pilatos, dice el Evangelista, mandó azotar a Jesús. Los soldados y después de ejecutar esta orden, le volvieron al vestíbulo. Reunida allí toda la cohorte, le vistieron un manto de escarlata y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una caña en la mano derecha, y se arrojaban a él, y doblando la rodilla, postrándose ante él, le escarnecían diciendo: ¡Salve, oh rey de los Judíos! y dábanle de bofetadas. Al mismo tiempo heríanle con la caña que habían puesto en sus manos atadas y le cubrían de salivas.» Así, pues, comenzó a correr en la pasión la sangre del Redentor al azote de un soldado romano. Un soldado romano fue quien coronó de espinas al Rey de los Judíos y del mundo. ¡Con cuántas lágrimas de amor no ha rescatado la Roma cristiana estos atentados de la Roma de Tiberio! Entre tanto Pilatos volvió a tomar al divino flagelado, y salió con él del palacio. Y salió juntamente con Jesús a lo alto de una arcada que cruzaba la calle, y dominaba a toda la multitud; Jesús, dice el Evangelista, llevaba la corona de espinas en la cabeza y el manto de escarlata en los

hombros. He aquí, dijo Pilatos, que os lo saco fuera para que reconozcáis que yo no hallo en él delito alguno. Después, enseñádoselo con el dedo, añadió: ¡Ved aquí al Hombre! Luego que los Pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale!» El pueblo enternecido

Era entonces cerca de la hora sexta del día de la Parasceve (Preparación) de la Pascua. Pilatos dijo a los Judíos: Aquí tenéis a vuestro Rey. Mas ellos clamaban: ¡Quítale, quítale de enmedio, crucifícale! Díjoles Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar? Respondieron los Pontífices: No tenemos otro rey que el

Aquí comienza el Camino de la Cruz, todos cuyos pasos han sido y no cesarán de ser regados con lágrimas por la piedad cristiana. La Los soldados requiriéndole en nombre de la ley romana, le cargaron la cruz en los hombros y le obligaron a llevarla detrás de Jesús. Ya hemos dicho que el requerimiento del magistrado o del oficial romano, no admitía dilación ni excusa. Este africano, nacido en Libia y establecido en Jerusalén, era verosímilmente el prosélito o «convertido» del Judaísmo, que volvemos a encontrar en los Actos de los Apóstoles, con el nombre de Simón el Negro, al lado de Lucio de Cirene. Una de ellas tuvo valor para penetrar por entre las apiñadas filas de los soldados, y con un pañuelo que llevaba en la mano, enjugó la sangre, el sudor y las salivas que cubrían la faz del Salvador; y la efigie del divino rostro quedó impresa en sangrientos rasgos, en el lienzo de la piadosa Verónica. «Jesús, volviéndose hacia el grupo de las piadosas mujeres, les dijo, ¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Porque presto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosas las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados: Sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera ¿qué se hará con el seco?» En lo alto de la calle se hallaba la Puerta Judiciaria, que era en la que terminaba la ciudad, en tiempo de Nuestro Señor. Otra tercer caída marcó el último paso de Jesús por el suelo de la ingrata ciudad. Quiso Jesús caer tres veces, como Pedro el Jefe de su Iglesia, para expiar nuestras multiplicadas caídas, y para enseñarnos a levantarnos, y a llevar con valor nuestra cruz. Al lado de la Puerta Judiciaria, se abría el campo de las ejecuciones capitales, conocido con el nombre de Gólgota.

y los dos ladrones fueron crucificados uno a su derecha y otro a su izquierda. Y la cruz del Señor quedó en medio, cumpliéndose así las palabras de la Escritura: «Y fue puesto en la clase de los facinerosos.» Entre tanto Jesús decía: «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Pilatos había escrito la inscripción que debía ponerse encima de la cruz. Los soldados fijaron este Título, que enunciaba la causa del suplicio, en la cruz, encima de la cabeza de Jesús. En él estaba escrito en hebreo, en griego y en latín: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.» Este rótulo lo leyeron muchos de los Judíos, porque él lugar en que fue

Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad. Con esto los Pontífices de los Judíos dijeron a Pilatos: No has de escribir: Rey de los Judíos, sino: que se titula Rey de los Judíos. Mas Pilatos respondió: Lo escrito. Entre tanto los soldados, después de haber crucificado Con lo que se cumplió la palabra de la Escritura: Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi Y esto es lo que hicieron los soldados. Y habiéndose sentado junto a él, le guardaban. Y los Judíos que pasaban por allí le blasfemaban, y meneando la cabeza, decían: ¡Oh! tú que derribas el Templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz. Y el pueblo lo estaba mirando todo, y hacía befa de él. Y de la misma manera los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas y los Ancianos, acudieron también a ultrajarle: Ha salvado a otros, decían, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el Rey de Israel, el Cristo elegido por Dios, que baje ahora de la cruz para que seamos testigos de vista y creamos en él. Él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios. -Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arribaban a él, y presentándole una esponja empapada en vinagre, le decían: Si eres el rey de los Judíos, ponte en salvo.»

La fe de este ladrón conquista el cielo. ¿Quién dirá nunca la majestad divina que había en el crucificado del Gólgota, para que descubriera el buen ladrón en él un Rey que partía a la conquista de un imperio inmortal? La segunda palabra de Jesús en la cruz abre el cielo a un ladrón; la primera había solicitado el perdón celestial para los verdugos. La tercera va a dar por madre a todos los hombres a la Reina del cielo. «Estaban al mismo tiempo en pie, junto a la cruz de Jesús, su Madre con María, mujer de Cleofás, María Magdalena y Juan, el discípulo que Jesús amaba. Jesús mirándoles, dijo a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; y al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. -Y desde aquel punto, tomó el discípulo a María por madre suya.» Lo mismo ha hecho la humanidad. La Eva del Paraíso Terrenal, aceptó la muerte para todos sus hijos al pie del árbol del bien y del mal. Al pie del árbol de la cruz, en que abre Jesús el Paraíso terrestre al arrepentimiento, llega a ser María la madre de la salvación, el refugio y la esperanza de los pecadores. «Entre tanto, dice el texto sagrado, desde la hora sexta hasta la hora de nona (tres horas de la tarde), quedó toda la tierra cubierta de tinieblas, y el sol se oscureció. Y cerca de la hora nona, exclamó Jesús con una gran voz, diciendo: Eli, Eli, lamma sabachthani, Elías, el gran taumaturgo del Antiguo Testamento, había sido llamado por los Judíos el Ángel de la alianza, recurriendo a su intercesión en los peligros urgentes. El Talmud refiere que este Profeta, invocado del fondo de los calabozos por los Hebreos fieles, se apareció con frecuencia a los encarcelados, bajo una forma visible, e hizo caer sus cadenas. Aún en el día, durante la noche de Pascua, esperan los hijos de Jacob la venida del Mesías, que debe librar a su pueblo del yugo de los Goim (Gentiles). Estas tradiciones hebraicas son el comentario exacto de la palabra de los Judíos al pie de la cruz. «¡Llama a Elías!» decían. Pero no era tal el sentido de la exclamación del Salvador. Después que Dios, muriendo entre dos malvados, legó el perdón a sus verdugos, el cielo al arrepentimiento, y su propia madre a todos los mortales, el nuevo Adán, el hombre que expía las culpas de la humanidad entera, vuelve a encontrarse en frente de la justicia eterna. Entonces hace oír Jesús las primeras palabras del salmo profético, en que resume David anticipadamente los tormentos del Gólgota. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? No soy un hombre, sino un gusano; he venido a ser oprobio de los humanos y objeto de risa. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza; vociferan blasfemias, diciendo: ¡En el Señor esperaba;

que le liberte; sálvele ya que tanto le ama! Mi sangre ha corrido como el agua; se han agotado mis fuerzas, y mi lengua se ha pegado al paladar: han contado todos mis huesos uno por uno; repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica.» He aquí lo que decía Jesús en su divina agonía, relacionando las profecías de Israel con las realidades del Calvario, y recitando el primero este breviario de la cruz que repetirán sin cesar los sacerdotes de la Iglesia Hasta este punto de ignorancia religiosa ha llegado hoy la Francia. «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!» «Jesús, continúa el Evangelista, sabiendo que se habían cumplido las profecías, para que se cumpliera otra postrera (o la Escritura) dijo: ¡Tengo sed! -Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados corriendo, tomó una esponja y empapola en él, y puesta en la punta de una caña de hisopo, la acercó a los labios de Jesús. ¡Tengo sed, dijo Jesús. Me han abrevado de hiel y vinagre, había escrito David.- «Entre tanto, los Judíos dijeron al soldado: Dejad, veamos si viene Elías a librarle. Jesús, luego que tomó el vinagre, dijo: ¡Todo está cumplido! Y de nuevo, clamando con una voz muy grande, dijo: ¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!- Y profiriendo estas palabras, inclinó la cabeza y expiró.»

«Cristo, añade San Pedro, había muerto según la carne; pero siempre viviendo en su alma, fue a llevar la buena nueva de la liberación a los espíritus cautivos.»

Así hablan nuestros racionalistas. Por lo demás, guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre-Dios. Y no obstante, algo es una súbita oscuridad extendiéndose por toda la naturaleza desde el medio día hasta las tres, en un día de luna llena en que es inexplicable un eclipse de sol, según los fenómenos naturales. Rocas que se dividen y se parten deben dejar rastros de su ruptura. Un terremoto que desgarró el velo del Templo y remueve y levanta las losas de los sepulcros, y deja consternada una multitud como la que llenaba entonces Jerusalén, no debió ser un hecho desapercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la Ciudad Santa para la solemnidad Pascual, todavía sería un cálculo corto. Pero -«En el reinado de Tiberio, dice Plinio el Antiguo, arruinó doce ciudades en Oriente un terremoto tal como no hay memoria humana que se viere jamás.» Testigo ocular del eclipse que desconcertó todas las reglas de la Astronomía, observando Apolófanes este fenómeno en Egipto, donde se encontraba entonces, exclamaba: «¡Estos cambios son sobrenaturales y divinos». Aún en el día presenta a todos los geólogos la roca del Gólgota que se partió a la muerte del Salvador, una prueba palpable de la verdad de la narración Evangélica. «Esta quebradura, que estudié con el mayor cuidado, dice M. de Sauley, es vertical, y forma una línea Un geólogo inglés decía también: «He hecho un largo estudio de las leyes físicas, y estoy seguro de que las rupturas de esta roca no se han cansado por un terremoto ordinario y natural. Un sacudimiento de este género hubiera separado los diversos lechos de que se compone la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que los distinguen, y rompiendo su ligazón por los sitios más débiles. Aquí ha sucedido de muy distinto modo; porque la roca se halla dividida transversalmente, cruzando la ruptura las venas de un modo extraño y sobrenatural. Para mí está demostrado, que esta ruptura es efecto de un milagro que no han podido efectuar ni el arte ni la naturaleza. Doy gracias a Dios por haberme conducido aquí, para contemplar este monumento de su maravilloso poder, este testigo lapidario de la divinidad de Jesucristo.» ¡Qué libro es el Evangelio! Sus páginas se encuentran grabadas en rocas; sus pruebas se hallan registradas por la historia del mundo; los prodigios que refiere tienen por testigos al universo entero. Tertuliano, para convencer a la incredulidad pagana

de su tiempo, decía a los Romanos: «¡En vuestros archivos públicos tenéis el relato de la catástrofe que señaló la pasión de Jesús!» San Cirilo de Jerusalén exclamaba un siglo más tarde: «Si se quiere negar que haya muerto aquí un Dios, mírese solamente las rocas desgarradas del Calvario!» ¡Ahora comprendemos por qué no habla el racionalismo actual de los prodigios que acompañaron la muerte del Salvador!

Podía habérselo vendido. Comúnmente los pretores y los procónsules romanos hacían pagar a los parientes o amigos de los crucificados el favor que concede aquí Pilatos gratuitamente. Con una sola palabra: *Donavit*, «hizo la donación», nos traza el Evangelio todo un sistema de jurisprudencia y de tiranía olvidadas. Merece también notarse otra expresión del escritor sagrado. Josef de Arimathea había disimulado cuidadosamente hasta entonces, dice San Juan, sus relaciones con Jesús, por temor de incurrir en el odio y la venganza de los Judíos: *Discipulus Jesu, occultus, autem propter metum Judaeorum*. Mas ahora está lleno de valor, y se confiesa en voz muy alta discípulo del crucificado, presentándose como tal en casa de Pilatos: *Andacter introivit ad Pilatum*. Los prodigios del Calvario habían reanimado el corazón de los amigos de Jesús, al mismo tiempo que consternaban a sus enemigos. «Como era el día de la Parasceve (Preparación o viernes), continúa el Evangelista, y al día siguiente era el gran sábado, no quisieron los Judíos que los cuerpos quedasen en la cruz durante la solemnidad, y suplicaron a Pilatos que se quebrase las piernas a los crucificados y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas de los dos ladrones para que acabaran de morir: mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua de la herida. El que asegura este hecho lo vio con sus ojos, y su testimonio es verdadero. Así se cumplieron y de esta otra: «Dirigirán sus ojos hacia Aquel a quien traspasaron.»»

las tinieblas de aquel sangriento día; los sepulcros entreabiertos; todos estos prodigios arrojaron en su alma una consternación indecible. ¡Tienen prisa en hacer que desaparezcan los rastros de su atentado! Ha poco que gritaban: «¡Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» ¡No formaban escrúpulo alguno en violar la santidad del Día de la Preparación! ¡Mas ahora tienen miedo de la cruz silenciosa y de la sangre que han derramado! Para abreviar los tormentos de los sentenciados, acostumbraban los Romanos romperles las piernas con una barra de hierro, o darles en el pecho un golpe con una maza, lo que se llamaba el Golpe de gracia. Pero Jesús había muerto, y el soldado para asegurarse mejor de ello, le hiere el corazón con el largo y encorvado

Pero los Apóstoles espían la cobardía de su fuga en Getsemaní; y callan y lloran con Pedro. En medio de las mujeres sentadas a la entrada del sepulcro, está María, la Madre de Jesús, convertida en aquel día en Madre Dolorosa. En sus brazos desfallecidos recibió el cuerpo ensangrentado que había adorado en el pesebre de Belén. Las siete palabras de su Hijo en la cruz habían traspasado su corazón como otras siete espadas; pero pasa sus angustias en silencio, como había hecho con sus gozos. Ni aun el mismo hijo adoptivo que le ha sido legado en el Calvario, levanta en su Evangelio el velo de dolor, con que se envuelve la

compasión de María. La Reina del cielo atraviesa el océano de amargura que debe salvar al mundo, sin que revele una sola palabra la sublimidad de su sacrificio. Solamente los Profetas han descrito anticipadamente este martirio del amor maternal: «¡Oh vosotros que pasáis por el camino, contemplad y ved si hay un dolor semejante al mío!» «¡El manto de humildad de la Virgen María, es tan impenetrable como las tinieblas que se extendían en esta lúgubre noche sobre la ciudad deicida!

Las santas mujeres se habían mostrado más fieles que los Fariseos en observar la ley del descanso sabático. Su amor hacia el divino Maestro no les hace olvidar el respeto a su palabra. El Maestro había dicho: «No he venido a destruir la ley, sino a completar su perfección.» Había dicho también: «Resucitaré al tercer día.» Los Sacerdotes y los Escribas se acordaban de esta profecía, cuyo cumplimiento literal no se Pero, dice San Agustín, si dormían los guardias, ¿cómo pudieron ver a los discípulos hurtar el cuerpo de Jesús? Y si no dormían, ¿cómo no impidieron el rapto? Los Judíos no han contestado nunca a este dilema, cuya solución busca el racionalismo de nuestra época, sin mejor éxito.

He aquí los atrevidos conspiradores que según la hipótesis de Caifás y de nuestros literatos, hubieran tenido el valor de arrostrar la lanza de los soldados romanos, para llevarse a su Maestro! Ni siquiera se atreven a permanecer junto al sepulcro vacío y desierto, protegidos como lo están aun por las sombras de la noche; porque podrían volver los guardias. Así, pues, retíranse tan precipitadamente como han venido, después de haberse, no obstante, asegurado de que no posee el sepulcro a su augusto huésped. Creen en un rapto que les consterna, y no les ocurre ni aun la idea de apropiarse las fajas, la mortaja ni el sudario, abandonados en la gruta sepulcral. ¡Ellos, que según se dice, no hubieran temido venir a

disputar, a viva fuerza, el cuerpo de su divino maestro a los soldados de Tiberio, no se atreven ni aun a llevarse estas sagradas reliquias, temiendo que les comprometan, porque no hay duda que ha de buscarse el cuerpo de Jesús!

¡Desdichado del que necesite demostración para conocer lo que hay de divino en esta página Evangélica! Un literato ha creído atenuar la trascendencia de este admirable relato, diciendo: «¡La exaltada imaginación de María de Magdala, representó en esta circunstancia un papel capital! ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que dio al mundo la pasión de una alucinada un Dios resucitado!» Basta para justiciar estos ultrajes ponerlos en frente del texto del Evangelio. «La imaginación alucinada» de María Magdalena no ejerció influencia alguna respecto de los discípulos, puesto que «se negaron a creer.» -«Y no nos dolamos, dice San Gregorio el Grande, de su incredulidad; porque es el fundamento indestructible de nuestra fe. Cuanto más persisten en este momento en negar la resurrección de Jesucristo, más fuerza tendrá su testimonio, cuando, vencidos a su vez por la evidencia, vayan a hacerse matar, en todos los puntos del globo, diciendo: ¡Ha resucitado el Cristo, esperanza nuestra!»

Nec crediderunt. Pedro es el primero que se realza, y principia también la misión que le ha sido dada de confirmar a sus hermanos en la fe.» Sólo María no aparece en este día de gozo. Su triunfo es mudo, como lo habían sido sus dolores. La primera aparición del Hijo resucitado fue a su Madre. La tradición se halla unánime sobre este punto. Y la Iglesia Católica repetirá hasta el fin de los siglos: «¡Reina del cielo, regocijaos, ¡alleluia! ¡porque aquel de quien merecisteis ser madre, ¡alleluia! ha resucitado, según lo había dicho ¡alleluia!»

y por el camino conversaban de todas las cosas que habían acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, sucedió, que acercándose el mismo Jesús, caminaba a su lado, sin que le conociesen. Díjoles, pues: ¿Qué conversación es esa que lleváis entre vosotros por el camino, y por qué estáis tan tristes? Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? ¿Qué? replicó él.- Lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo. ¿Y cómo los sumos sacerdotes y nuestros magistrados le entregaron para que fuese condenado a muerte y le crucificaron? Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel, y no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad, que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo haberseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado está vivo.

Y has creído enunciar una blasfemia retumbante; y sólo es una impiedad grosera. María Magdalena fue la primera que vio a su buen Maestro, y fue presurosa a anunciar a los Apóstoles la feliz noticia, pero los Apóstoles no la creen. Las santas mujeres favorecidas a su vez por una aparición Preséntanse a su vez los dos discípulos de Emaús, y dicen: Le hemos visto; hemos viajado con él; nos ha hablado durante todo el camino; le hemos

reconocido al partir el pan. -Respóndese a Cleofás y a su compañero de viaje como se ha respondido a Pedro, a las santas Mujeres y a María Magdalena. ¡No os creemos! Nec illis crediderunt. ¡Ah! ¡Comprendo el silencio de la Virgen María en este día en que la incredulidad de los Apóstoles daba a luz la fe inmortal de la Iglesia! Aun cuando hubiera ella dicho: ¡Ha resucitado mi Hijo. Ha venido a consolar mi dolor, se hubiera contestado a la Madre de Dios: ¡No os creemos! ¡Son ilusiones de vuestro corazón maternal! María calla, porque su Hijo es Dios, y sólo Dios puede triunfar de la incredulidad humana. Cada uno de los Apóstoles sólo creerá cuando haya visto por sus propios ojos. Si hubiera sido de otra suerte ¿hubiera querido nunca creer el mundo entero que no ha visto? ¿En qué descansa en este momento la fe de los adoradores de Jesús? En la incredulidad obstinada, perseverante, tenaz de los Apóstoles. ¡Oh Dios mío, Salvador y Maestro mío! Pedro y cada uno de los Apóstoles, antes de morir, se negaron, para atestiguar vuestra resurrección, a creer en ella hasta que os vieron. ¡He aquí por qué creo yo, yo que no he visto; y por qué se creerá hasta el fin de los siglos a testigos que sellan su declaración con su sangre!

y a los Apóstoles en general, conferirles a ellos mismos este poder. Ha llegado el momento, y les confiere la investidura de este sagrado ministerio en el mismo día, en que, triunfante del pecado y de la muerte que es su castigo, sale Jesús vencedor del sepulcro. Pero, dicen los sectarios de Lutero y de Calvino, ¿dónde está el precepto de la confesión auricular, en estas palabras de Jesucristo? Concederese tal vez que sea el sacramento de la Penitencia de institución divina; pero no dice el Evangelio que sea necesario a un hombre confesarse. Jesús perdonaba las culpas de los prevaricadores con una sola palabra. «Hijo mío o hija mía, ten confianza, decía, tus pecados te son perdonados.» Mas no se había efectuado la confesión previa. -Así es como razonan, después de

no estaba con ellos cuando se manifestó Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en la cicatriz que dejaron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré. -Ocho días después, estaban otra vez los discípulos reunidos en la misma casa, y Tomás con ellos. Y vino Jesús estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. -Después, dirigiéndose a Tomás: Mete aquí tu dedo, lo dijo, y registra mis manos, y trae la tuya y métela en la llaga de mi costado y no seas incrédulo, sino fiel. -¡Señor mío y Dios mío! exclamó el Apóstol. -Jesús repuso: Has creído ¡oh Tomás! porque me has visto ¡bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído.»

como el Símbolo del divino Pescador de las almas. ¡Qué recuerdo para el corazón de Pedro, de Juan y de los Apóstoles, esta aparición de Jesús resucitado en las orillas del lago de Genesareth! Por última vez vuelven los pescadores Galileos a su barca y a sus redes,

trabajando toda la noche sin pescar nada. Al despuntar el día, les grita un desconocido desde la ribera: Muchachos ¿tenéis algo que comer? Creen ellos ser su interlocutor uno de aquellos mercaderes que recorrían las riberas del mar de Tiberiades para comprar los productos de la pesca. -«No», contestan ellos, con el laconismo del desaliento que ocasiona haber perdido el trabajo. Pero el desconocido replica: «Echad la red a la derecha de la barca.» La arrojan, y cuando quieren sacarla, son impotentes sus esfuerzos; teniendo que arrastrarla remando hasta tierra. En esta nueva y milagrosa pesca, reconoce Juan al divino Maestro. Se lo dice a Pedro, y este último, sin cuidarse ya ni de las redes ni de los peces ni de la barca, se pone su túnica, y se lanza al mar, para salvar a nado los doscientos codos que le separan de Jesús, y ser el primero que le bese los pies. He aquí lo que era Pedro, el Jefe o Cabeza de la Iglesia. Y no es ya quien refiere el hecho el Evangelio escrito por su discípulo San Marcos, sino el mismo San Juan.

Y después añadió: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú mismo te ceñías el vestido e ibas donde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará donde tú no quieras ir.

Allí le vieron, dice San Pablo más de quinientos discípulos que estaban reunidos. A su vista, cayeron a sus pies y le adoraron. Sin embargo, algunos tuvieron sus dudas. ¿Han leído el Evangelio los racionalistas que nos hablan de la credulidad de los discípulos y de los alucinamientos de Magdalena? Cada Apóstol, cada discípulo no cree hasta que ha visto y tocado. Los quinientos testigos, gran número de los cuales vivía aun veinte y siete años más adelante, cuando escribió San Pablo su primera Epístola a los Corintios, no creen sino porque han visto. Los demás dudan todavía. Entre tanto se acercaba la fiesta de Pentecostés. Según los términos de la ley judía, debían los Apóstoles ir a Jerusalén a esta solemnidad. Allí fue donde les dio el divino Maestro su última cita en la tierra. Jerusalén había crucificado a su Salvador y a su Rey: la ciudad deicida debía ver al Hijo de Dios subir al cielo. Después de esta suprema manifestación, habrá triunfado la fe en la resurrección, de toda clase de resistencias.

-Comiendo con ellos, les mandó Jesús que no partiesen de Jerusalén hasta haber visto cumplirse la promesa del Padre. «Vosotros la oísteis de mi boca, y es, que Juan bautizaba con el agua, mas vosotros dentro de pocos días habéis de ser bautizados en el Espíritu Santo.»

¡Esta confesión no hace verdaderamente honor a la inteligencia de nuestros literatos!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

